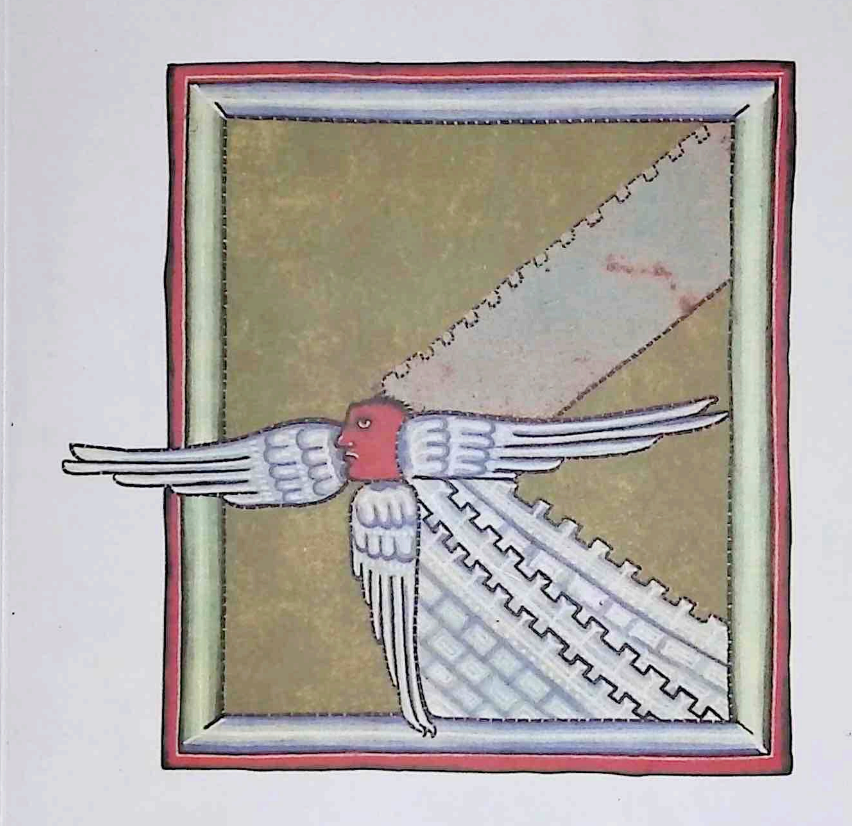
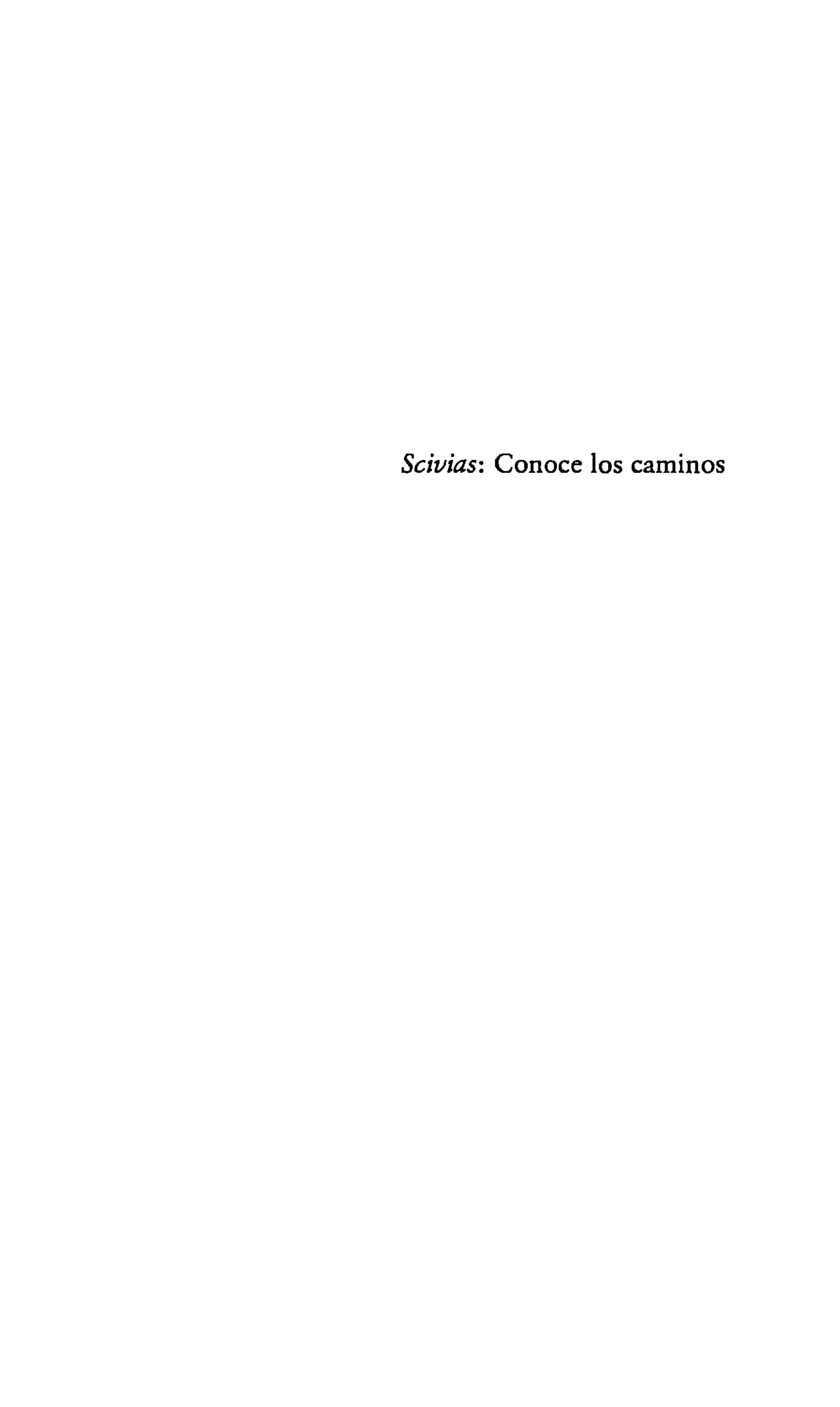
SCIVIAS:
Conoce los caminos



HILDEGARDA DE BINGEN

EDITORIAL TROTTA



Scivias: Conoce los caminos

Scivias: Conoce los caminos

Hildegarda de Bingen

Traducción de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro

E D I T O R I A L   T R O T T A

Este libro ha sido publicado con la ayuda del Instituto de la Mujer

COLECCIÓN ESTRUCTURAS Y PROCESOS
Serie Religión

Ferraz, 55. 28008 Madrid
Teléfono: 91 543 03 61
Fax: 91 543 14 88
E-mail: editorial@trotta.es
http://www.trotta.es

Diseño
Joaquín Gallego

ISBN: 978-84-8164-330-5
Depósito Legal: VA-1041/99

Impresión
Gráficas De Diego

CONTENIDO

TERCERA PARTE

PRESENTACIÓN

NOTICIA SOBRE LA AUTORA

Hildegarda de Bingen, nacida hace nueve siglos (1098, Renania–1179, Monasterio de Rupertsberg), es una de las mujeres más representativas de la Edad Media en Occidente. Mujer muy observadora y dotada de una particular sensibilidad perceptiva, que dice haber tenido visiones desde la niñez, fue mística, compositora, profetisa, entendida en plantas y remedios, conocedora de los caracteres y enfermedades humanos, de los elementos y fenómenos, interesada por los mitos cosmológicos y los símbolos del mundo, cosas todas sobre las que escribió en sus obras. Monja venerada como santa en Alemania y respetada su doctrina como Maestra de la Iglesia, es universalmente conocida como «la Sabina del Rhin» y «la Profetisa Teutónica».

En su época, las órdenes religiosas femeninas no disponían de un gobierno central y ni siquiera sus monasterios podían edificarse en otras provincias: sus límites absolutos eran las tapias de cada convento, y no se les permitía comunicación exterior. Hildegarda fue una de las primeras mujeres que rompió esas barreras morales y físicas: fundó su propio monasterio en Eibingen, y cuando este se quedó pequeño para albergar a tantas jóvenes como acudían a ella, fundará otro en Rupertsberg. Consultada como un oráculo por papas y emperadores, por santos y nobles, cardenales, obispos, abades y clérigos, como revela su abundante correspondencia, alcanzó una popularidad tan inmensa que, en los últimos años de su vida, se vio obligada, al menos en tres ocasiones, a abandonar el convento du-

rante largas temporadas para recorrer las ciudades de ambas márgenes del Rhin, predicando a fervorosas muchedumbres.

NOTA DE LOS TRADUCTORES

El *Scivias* —conoce los caminos— es una de las obras teológicas más importantes de Hildegarda de Bingen, de cuyo título habla la autora en una carta, diciendo que así había de llamarse, según le fue revelado en una visión, porque «procede del camino de la Luz, no de otra doctrina», indicando la fuente de su obra; pero, en una de las exhortaciones contenidas en el *Scivias* se lee: «conoce los caminos, buenos y malos, y cuando los conozcas, elegirás cuál de ellos quieres recorrer»; exhortación que sobrentiende la universalidad de una ciencia del bien y del mal —ciencia especulativa, en palabras de la autora— arraigada en la razón humana, en que se fundamenta, pues, toda elección. El *Scivias* se compone de tres partes con sus respectivas visiones y glosas que configuran un relato de la historia de los hombres como criaturas de Dios. Es un recorrido desde los orígenes hasta esa venidera plenitud, día en que todo se habrá cumplido y sobrevendrá la serena y eterna calma de un «fulgor sin fin». A lo largo del texto la autora narra las visiones a las que siguen las glosas que Dios hace de las mismas —en las que se intercalan preguntas, ¿cómo?, ¿qué quiere decir esto?, realizadas, parece, por la propia Hildegarda al modo de los antiguos profetas, e invocaciones en diálogo con el Señor— y en las que intervienen asimismo las virtudes, el Demonio, las almas peregrinas...; mas estas visiones permanecen en presencia de la autora tanto cuanto duran las glosas, por lo que hay una simultaneidad entre la palabra y la visión. En el desarrollo de la obra confluyen símbolos y textos bíblicos en un complejo despliegue espacio-temporal, articulados, con la narración de esa historia plena, en una especie de inmensa sinfonía que culmina en los cánticos finales. La autora dedicó diez años a escribir su *Scivias*, con la ayuda del monje Volmar y su secretaria Richardis von Stade, a quienes se refiere en el Testimonio.

Consideramos que en esta obra se traslucen dos ejes, entrelazados en el texto: el de la palabra con sus ecos, que llamaríamos melódico; y un eje espacio-temporal, de tipo arquitectónico, que integra las imágenes, como observará el lector. Se advierte una voluntad musical —Hildegarda era compositora— que crea complejos paralelismos de imagen y palabra, pugna por ensalzar la palabra elevándola al ámbito del canto y la envuelve en las estructuras de la músi-

ca; los sentidos y la organización de las palabras con las imágenes que suscitan, regidos por esta voluntad musical, sufren una especie de fulgurante y violenta transformación; su estilo es, pues, muy oscuro, enigmático y difícil, lleno de variaciones y resonancias intrincadas, de acordes que se repiten, de misteriosos simbolismos. Podemos, entonces, concluir que la urdimbre del *Scivias* es la de una obra musical: una morada de la música que abarca la palabra, la imagen, sus encadenamientos rítmicos, sus reverberaciones en una armoniosa síntesis de las Escrituras. Su redacción latina es, además, francamente «áspera»; hemos evitado verter en su literalidad esa aspereza, que el lector tendrá implícitamente en cuenta y que no pocas veces aflora, para mostrar los rasgos primordiales mencionados, pues su presencia habría sido en detrimento de ellos; se han buscado las metáforas que mantuvieran esas construcciones como de espejo, con sus sentidos ocultos y recovecos que forzaban la sintaxis; y hemos querido conferirle expresividad, ritmo y belleza, acordes a las aspiraciones musicales y poéticas de la autora, con el fin de reflejar esa unión entre palabra, imagen y música por la que parece haber luchado duramente.

La edición crítica consigna las citas de la Vulgata y algunas de las posibles alusiones que figuran en el *Scivias*[1]; la traducción de las citas se ha tomado de biblias modernas, pero, por cuanto los pasajes que glosan dichas citas se fundamentan en correspondencias semánticas y constructivas con sus palabras —proceso que se repite en las glosas de las visiones— hemos reseñado si la versión era de la Vulgata, o las discrepancias entre la Vulgata y las biblias modernas que pudieran impedir la comprensión del texto, así como ciertos equívocos, alguno relevante, dimanados de la lectura latina. La edición crítica no incorpora notas de comentario —a excepción de una relativa a la orden monacal—, por lo que, conforme a las razones que acabamos de aducir, realizamos ciertas aclaraciones e interpretaciones, ciñéndonos a los paralelismos bíblicos, y, cuando no existían referencias en la edición crítica, aportamos las necesarias para ilustrar lo que, en ausencia de las mismas, hubiera sido inmotivadamente oscuro. El uso de mayúsculas en los determinantes de la deidad es sólo para evitar ambiguedades y facilitar la identificación del que

1. Incluye, asimismo, referencias a las doctrinas de los padres de la Iglesia, a la regla de san Benito y a otras obras de la autora. Se ha optado por prescindir de dichas referencias y preservar únicamente la consignación de citas y ciertas alusiones, algunas de las cuales han sido incorporadas por los traductores que, en este caso, al tratarse sólo de alusiones, no se señalan como notas de traducción. Esta decisión se ha tomado presuponiéndole al lector un conocimiento general de la Biblia (que le permitirá captar otras muchas relaciones).

habla. Los reiterados vocativos *o homo* se han traducido por «oh hombre», aunque debe tenerse presente su índole genérica.

Con independencia de cuáles sean las causas por las que este texto quedó relegado a esa periferia de la que a veces son recobrados algunos, fuera de los cánones de lectura, sin una tradición interpretativa consistente y, por tanto, sin una sensibilidad ya cultivada que lo acoja, esta recuperación aquí brindada no postula convicciones, de fe religiosa u otras semejantes, que no sean las del raciocinio cuyos instrumentos críticos utiliza. Radica la misión profética de Hildegarda en retomar los cauces de la antigua tradición del clamor, en los que la mística debe ser revelada a plena voz y no escondida, contraponiéndose al estudio erudito hermético. De aquí proviene quizá —entre otras razones— el definirse la autora en la parte de los sencillos, los oprimidos y los «pobres de espíritu», que incluye su condición femenina, como campo sin labranza en que se lleva a cabo la siembra de Dios, pues «hablará por boca de los simples», cercana la plenitud de los tiempos. En este ámbito es perceptible, a nuestro juicio, un rescate de la palabra que es su regreso a una radiante pureza primitiva —paralelo al regreso, en la propia obra, del hombre desde su exilio a sus orígenes— emparentada con la magia de la palabra como creación y fuente de la acción, cuyo apogeo es el canto, designio que parecerá nuevo, pero que los poetas de muchas épocas han hecho suyo.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La primera edición impresa de *Scivias* es de Jacobus Faber, en París, 1513. Los manuscritos que maneja el impresor parisino contienen pasajes oscuros o abreviados: de este mismo defecto adolecerá la siguiente impresión de esta obra, —ya que es copia fiel de la editada por Faber, en el volumen 197 de la *Patrologia Latina* (columnas 383-738) de J. P. Migne que comienza a editarse en 1855.

La edición crítica llevada a cabo por Adelgundis Führkötter O.S.B. y Angela Carlevaris S.S.B. recoge todas las diferencias de texto halladas en los diversos manuscritos disponibles y selecciona en cada caso la más adecuada: *Hildegardis Scivias, Corpus Christianorum* (*Continuatio Medievalis*) vol. XLIII et XLIII, A. Brepols 1978. La traducción que presentamos aquí ha sido realizada sobre la edición crítica.

SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS

Hildegarda de Bingen

Comienza el libro Scivias, *obra de un sencillo ser humano*

Testimonio: estas son visiones verdaderas que dimanan de Dios

Y he aquí que, a los cuarenta y tres años de mi vida en esta tierra, mientras contemplaba, el alma trémula y de temor embargada, una visión celestial, vi un gran esplendor del que surgió una voz venida del cielo diciéndome:

Oh frágil ser humano, ceniza de cenizas y podredumbre de podredumbre: habla y escribe lo que ves y escuchas. Pero al ser tímida para hablar, ingenua para exponer e ignorante para escribir, anuncia y escribe estas visiones, no según las palabras de los hombres, ni según el entendimiento de su fantasía, ni según sus formas de composición, sino tal como las ves y oyes en las alturas celestiales y en las maravillas del Señor; proclámalas como el discípulo que, habiendo escuchado las palabras del maestro, las comunica con expresión fiel, acorde a lo que este quiso, enseñó y prescribió. Así dirás también tú, oh hombre, lo que ves y escuchas; y escríbelo, no a tu gusto o al de algún otro ser humano, sino según la voluntad de Aquel que todo lo sabe, todo lo ve y todo lo dispone en los secretos de Sus misterios.

Y de nuevo oí una voz que me decía desde el cielo:

Anuncia entonces estas maravillas, tal como has aprendido ahora: escribe y di.

Sucedió que, en el año 1141 de la Encarnación de Jesucristo Hijo de Dios, cuando cumplía yo cuarenta y dos años y siete meses de edad, del cielo abierto vino a mí una luz de fuego deslumbrante; inundó mi cerebro todo y, cual llama que aviva pero no abrasa, inflamó todo mi corazón y mi pecho, así como el sol calienta las cosas al extender sus rayos sobre ellas. Y, de pronto, gocé del entendimiento de cuanto

dicen las Escrituras: los Salmos, los Evangelios y todos los demás libros católicos del Antiguo y Nuevo Testamento, aun sin poseer la interpretación de las palabras de sus textos, ni sus divisiones silábicas, casos o tiempos. Pero desde mi infancia, desde los cinco años, hasta el presente, he sentido prodigiosamente en mí la fuerza y el misterio de las visiones secretas y admirables, y la siento todavía. Y estas cosas no las he confesado a nadie, salvo a unas pocas personas que, como yo, también han emprendido la vida religiosa. He guardado silencio, en la calma permanecí hasta el día en que el Señor, por Su gracia, quiso que las anunciara. Mas las visiones que contemplé, nunca las percibí ni durante el sueño, ni en el reposo, ni en el delirio. Ni con los ojos de mi cuerpo, ni con los oídos del hombre exterior, ni en lugares apartados. Sino que las he recibido despierta, absorta con la mente pura, con los ojos y oídos del hombre interior, en espacios abiertos, según quiso la voluntad de Dios. Cómo sea posible esto, no puede el hombre carnal captarlo.

Pero lejos ya la infancia, y alcanzada la referida edad de la plena fortaleza, escuché una voz que me decía desde el cielo:

Yo, Luz viva que ilumina la oscuridad, forjé a Mi placer y milagrosamente esta criatura humana: elegida para introducirla en las grandes maravillas, más allá de lo alcanzado por los antiguos pueblos que contemplaron en Mí muchos secretos. Pero la arrojé a la tierra para que no se ensalzara su mente en la arrogancia. El mundo no ha encontrado en ella ni alegría, ni placeres, ni ciencia en lo que al mundo pertenece; porque la alejé de la pertinaz audacia y es humilde y temerosa en todas sus obras. Ha sufrido el dolor en sus entrañas y en las venas de su carne; atormentados el alma y los sentidos, infinitos quebrantos soportó su cuerpo: no conoce seguridad ninguna y en todos sus rumbos se juzgó culpable. Yo he sellado todos los resquicios de su corazón para que su mente no se enaltezca por orgullo ni se gloríe, sino que sienta temor y pesar más que alegría y jactancia. Por tanto, inspirada por Mi amor, escudriñó su alma, preguntándose dónde encontrar a alguien que corriera por las sendas de salvación. Y descubrió a ese otro, y lo amó, sabiendo que era un hombre fiel y semejante a ella, pues también participaba en las obras que conducen a Mí. Trabajaron unidos, luchando con afán celestial para que fueran revelados Mis hondos misterios. Y, lejos de perseguir su propia alabanza, se inclinó suspirando ante el que había hallado en su ascensión a la humildad y en su designio de buena voluntad. Luego tú, oh hombre, que estas maravillas destinadas a manifestar lo oculto recibes, no en el desaliento de la mentira, sino en la pureza de la sencillez, escribe lo que ves y escuchas.

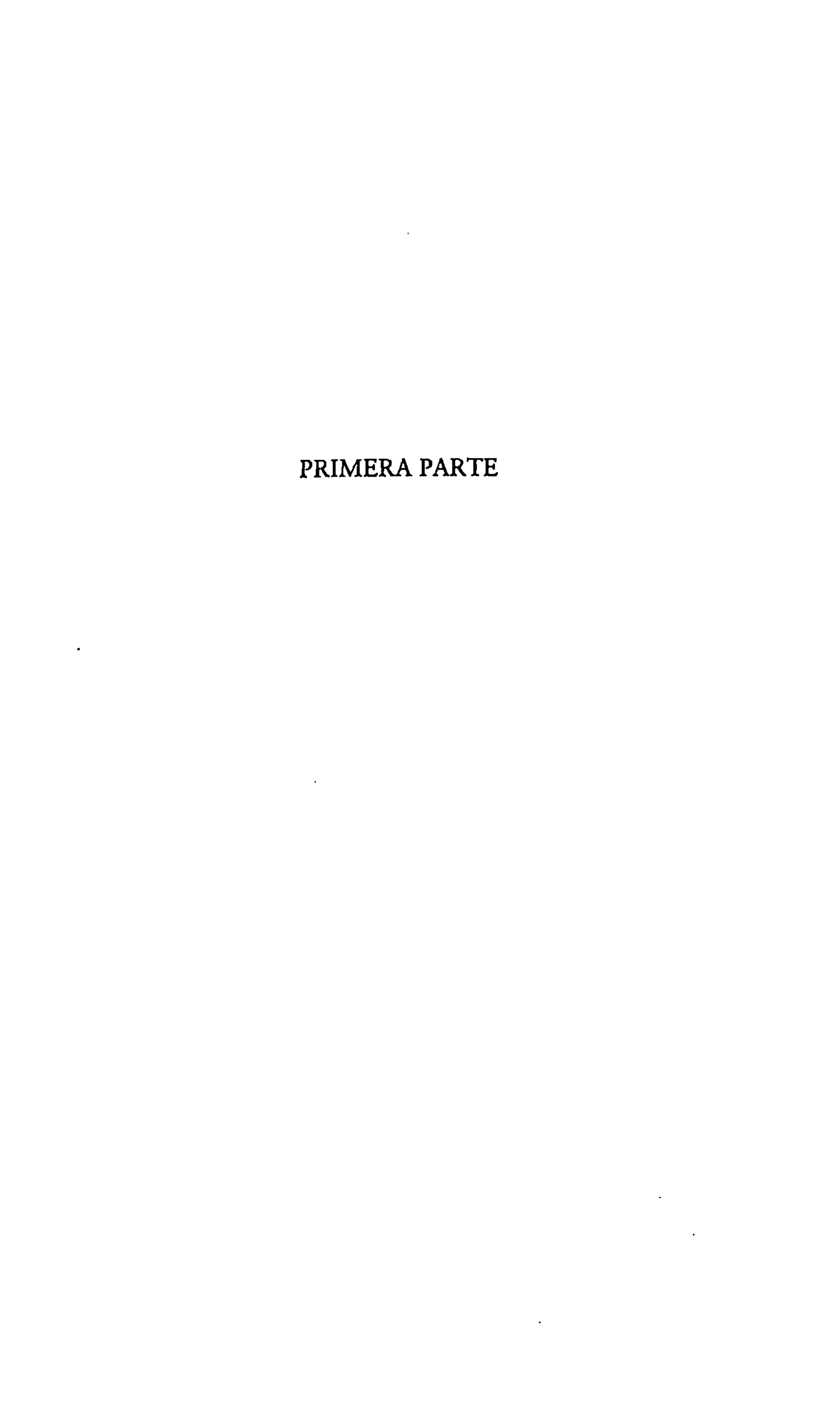
Pero yo, aunque viese y escuchase estas maravillas, ya sea por la duda, la maledicencia o la diversidad de las palabras humanas, me resistí a escribir, no por pertinacia sino por humildad, hasta que el látigo de Dios me golpeó derribándome sobre el lecho de la enfermedad. Y así fue como, forzada por tantas dolencias, con el testimonio de una joven noble y de buenas costumbres, y también de aquel religioso a quien, según digo más arriba, secretamente había buscado y encontrado, empecé por fin a escribir. Mientras lo hacía sentí, como ya he referido, la inmensa hondura contenida en estos libros y, sanando de mi enfermedad, restablecida mi fuerza, trabajé en esta obra durante diez años.

Estas visiones y estas palabras sucedieron en los días en que Enrique era arzobispo de Maguncia; Conrado II, emperador; y Kuno, abad de Disibodenberg, bajo el papa Eugenio III.

Y proclamé y escribí estas cosas no según la fantasía de mi corazón o el de cualquier otro hombre, sino tal como las vi, oí y percibí en los Cielos, por los secretos misterios de Dios.

Y de nuevo escuché una voz que me decía desde el Cielo:

Clama, pues, y escribe así.



PRIMERA PARTE

Primera visión

VISIÓN DEL SEÑOR SOBRE EL MONTE SANTO

Miré y vi un gran monte color de hierro. En su cima se sentaba un ser tan resplandeciente de luz que su resplandor me cegaba. En cada uno de sus costados se extendía una dulce sombra semejante a un ala de anchura y largura prodigiosas. Ante él, al pie mismo del monte, se alzaba una imagen llena de ojos todo alrededor, en la que me era imposible discernir forma humana alguna, por aquellos ojos; y delante de ella estaba la imagen de un niño, ataviado con una túnica pálida, pero con blanco calzado; sobre su cabeza descendía una claridad tan intensa, procedente de Aquel que estaba sentado en la cima del monte, que no fui capaz de mirar su rostro. Pero del que se sentaba en la cima del monte comenzaron a brotar multitud de centellas con vida propia, que revoloteaban muy suavemente alrededor de estas imágenes. Y en el mismo monte había pequeñas ventanas por las que asomaban cabezas humanas, pálidas unas y blancas las otras.

Y entonces, Aquel que se sentaba en la cima del monte gritó, con voz fuerte y penetrante: «Oh frágil ser humano, que polvo de la tierra eres y ceniza de cenizas: proclama y habla del principio de la perfecta salvación hasta que lo aprendan aquellos que, aun conociendo los más profundos contenidos de las Escrituras, no quieren decirlos ni predicarlos porque son tibios y tardos en observar la justicia de Dios; revela los secretos de la mística que ellos, temerosos, en un campo escondido y sin frutos ocultan. Como fuente de abundancia mana y fluye con la sabiduría mística, y que agite el caudal de tus aguas a quienes te desprecian por el pecado de Eva. Pues tu honda clarividencia no la tienes por los hombres, sino por el supremo y formidable Juez de las alturas, donde esta claridad, con luz esplendorosa entre las luces, vívidamente brillará.

»Levántate, pues, clama y di lo que te ha sido anunciado por la fuerza poderosa que es la ayuda del Señor. Porque Él, que gobierna la creación entera con poder y bondad, ilustra con la gloria de la luz celestial a quienes Le temen y sirven con dulce amor, en espíritu humillado, y conduce al júbilo de la contemplación eterna a cuantos perseveran en los caminos de la justicia».

1. *Fortaleza y estabilidad del Reino de Dios*

Como ves, este *gran monte color de hierro* simboliza la fortaleza y estabilidad de la eternidad del Reino de Dios, que ni embate ni mudanza alguna pueden destruir; y *en su cima se sentaba un ser tan resplandeciente de luz que su resplandor te cegaba*: muestra, en el Reino de la Bienaventuranza, a Aquel que gobierna el orbe todo, en el fulgor de la luz inagotable, y es, en Su divinidad suprema, incomprensible para la mente humana. *En cada uno de sus costados se extendía una dulce sombra semejante a un ala, de anchura y largura prodigiosas*: he aquí el suave y alado cobijo del amparo bienaventurado, que exhorta y enmienda, y Su inefable justicia que persevera, recta y bondadosamente, en la equidad verdadera.

2. *El temor de Dios*

Ante él, al pie mismo del monte, se alzaba una imagen llena de ojos todo alrededor: porque, ante la faz del Señor, el temor de Dios contempla humildemente Su Reino y, rodeado por los destellos de la buena y justa mirada, siembra en los hombres su firmeza y afán. Pero *te era imposible discernir, en ella, forma humana alguna, por aquellos ojos*: pues el agudo filo de su mirada fulmina todo olvido de la justicia de Dios, que los hombres reiteradamente sienten en el tedio de sus corazones, así que no hay rumbo de mortales que pueda, en su flaqueza, esquivar su vigilancia.

3. *Los pobres de espíritu*

Y *delante de ella estaba la imagen de un niño ataviado con una túnica pálida, pero con blanco calzado*: el temor de Dios precede y los pobres de espíritu le siguen; pues el temor de Dios sostiene con fuerte mano en la humilde devoción a la bienaventurada pobreza de espíri-

tu, que no ansía la jactancia ni encumbrar el corazón, sino que ama la sobriedad y sencillez de alma, consagrando sus obras de justicia no a sí misma sino al Señor, en la palidez de la sumisión como pálida túnica, y siguiendo fielmente los serenos pasos del Hijo de Dios.

Sobre su cabeza descendía una claridad tan intensa, procedente de Aquel que estaba sentado en la cima del monte, que no fuiste capaz de mirar su rostro: es tanta la serenidad con que Aquel, que loablemente gobierna todo lo creado, infunde el poder y la fuerza de esta bienaventuranza en Su visitación, que con tu frágil y mortal mirada no puedes captar Sus designios, pues Él, que posee las riquezas celestes, Se sometió humildemente a la pobreza.

4. *Las virtudes dimanan del Señor y cobijan a los pobres de espíritu*

Pero del que se sentaba en la cima del monte comenzaron a brotar multitud de centellas con vida propia, que revoloteaban muy suavemente alrededor de estas imágenes: del Dios Omnipotente dimanan, rutilantes en la claridad divina, las distintas y poderosas virtudes que, con su amparo y custodia, cobijan a cuantos temen verdaderamente al Señor y aman, en la fe, la pobreza de espíritu, y con fervor los abrazan y apaciguan.

5. *Los motivos de los actos, obvios al conocimiento de Dios*

Y *en el mismo monte había pequeñas ventanas por las que asomaban cabezas humanas, pálidas unas y blancas las otras*: porque los motivos de los actos humanos no pueden esconderse ni ocultarse a la suma profundidad y agudeza del conocimiento de Dios, mira que en su seno llevan la huella de la indolencia y del candor; pues los hombres lo mismo se adormecen en la ofensa, fatigados de corazón y obra, que despiertos velan por su honor. Como testimonia Salomón, según Mi voluntad, cuando dice:

6. *Salomón sobre esto*

«Mano indolente empobrece; la mano de los diligentes enriquece»[1]. Así dice: débil y pobre se hace, por propia mano, el hombre

1. Proverbios 10,4.

que no quiere cumplir la justicia, ni de la iniquidad despojarse, ni paga sus deudas; pues ante la maravillosa obra de bienaventuranza, indolente permanece. Pero el que realice las poderosas obras de salvación y corra por la senda de la verdad, beberá del agua viva de la gloria, preparándose preciosas riquezas en la tierra y en el Cielo.

Que quien tenga, pues, la ciencia del Espíritu Santo y las alas de la fe, no pase indiferente por esta exhortación Mía, sino que la goce, celebrándola en el alma, y así la reciba.

Segunda visión

EL DESTIERRO DEL PARAÍSO

Luego vi como una enorme multitud de lámparas vivientes que tenían gran claridad y, al recibir un relámpago de fuego, adquirieron un inmenso y sereno resplandor. He aquí que entonces apareció un lago muy ancho y profundo; tenía una boca semejante a la boca de un pozo, por donde vomitaba humo con llamas y un gran hedor, de la que brotó, extendiéndose, una tenebrosa nube que rozó una figura quimérica, como de vena. Y sopló, en otra región clara, sobre una nube blanca que, desgajada de una hermosa forma humana, contenía muchas, muchísimas estrellas; y al soplar arrojó fuera de aquella región a la blanca nube y a la forma humana. Entonces un luminoso resplandor envolvió esa región y, al instante, todos los elementos del mundo, que hasta ese momento habían permanecido en una gran quietud, cayeron en la más terrible conmoción, desencadenando espantosos horrores.

Y de nuevo escuché a Quien me había hablado antes, que ahora me decía:

1. *Los ángeles no se dejan apartar del amor y la alabanza de Dios*

A quienes siguen a Dios con fiel devoción y arden en Su llama con dulce amor, ningún arrebato de injusticia podrá alejarlos, empavorecidos, de la gloria de la dicha suprema. Pero los que oyen a Dios con fingimiento no sólo no alcanzarán cosas superiores, sino que, por justo juicio, serán despojados de lo que falsamente creen poseer. Esto es lo que muestra la *enorme multitud de lámparas vivientes que*

tenían gran claridad: es el grandioso ejército de los espíritus del Cielo que en la vida bienaventurada resplandecen y con inmensa belleza y ornato subsisten; pues cuando Dios los creó, no hizo presa en ellos la soberbia enaltecida, sino que se mantuvieron firmes en el divino amor. Y *al recibir un relámpago de fuego adquirieron un inmenso y sereno resplandor*: porque, unánimes en el celo de Dios ante la caída de Lucifer y los suyos, que trataron de rebelarse contra el Creador supremo, se revistieron de la custodia del amor divino mientras que el ángel perdido y su séquito, no queriendo conocer al Señor, abrazaron la yerta sombra de la ignorancia. ¿Cómo? En la caída del Demonio, los espíritus angélicos que permanecieron en la rectitud junto al Señor entonaron la más grande alabanza, porque con clarividente ojo supieron que Dios es inconmovible, que, sin mudanza alguna, en Su poder subsiste, y no hay adversario capaz de superarle. Y así, de amor arrebatados y en la justicia perseverantes, el tamo de la iniquidad despreciaron.

2. *Lucifer se ensoberbeció y fue arrojado de la gloria celestial*

Lucifer, que por su soberbia cayó de la gloria celeste, era tan grande y luminoso cuando fue creado, que no sintió defecto alguno ni en su belleza ni en su fuerza. Así, al contemplar su propia luz y ponderar la energía de su fuerza, descubrió la soberbia, que le prometió lograr cuanto quisiera emprender. Y, viendo un lugar donde imaginó que podría subsistir, ansiando exhibir allí su belleza y su fuerza, murmuró en su corazón[1] sobre Dios: «Brillaré allí como Él aquí». Entonces todos sus ejércitos le dieron su consentimiento, diciendo: «Lo que tú quieres, también nosotros lo queremos». Y cuando, en la soberbia enaltecido, trató de cumplir lo que había tramado, la ira del Señor, extendiéndose como calígine de fuego, lo abatió con toda su cohorte; así que, en carbón se tornó el fulgor de que gozaron, y en vez de diáfanos, de sombras se llenaron. ¿Por qué?

3. *Dios habría sido injusto si no hubiera abatido a Lucifer*

Si Dios no hubiera abatido la presunción de Lucifer y los suyos, habría sido injusto: habría alentado a los que querían dividir la integridad de lo divino. Pero los abatió, y a nada redujo su impiedad,

1. Isaías 14,12-14.

igual que aparta del gozo de Su claridad a quien trate de oponerse a Él, como muestra Mi siervo Job cuando dice:

4. *Palabras de Job*

«La lámpara de los impíos se apagará, la desgracia irrumpirá sobre ellos y Él repartirá dolores en Su cólera. Serán como paja ante el viento, como tamo que arrebata un torbellino»[2]. Así dice: encendida está la infamia de la maldad arrogante en la falsa abundancia, como luz[3] que arde en la voluntad de la carne de los que no temen al Señor, sino que en su perversa furia Lo escarnecen, sin querer saber de ninguno que pueda prevalecer sobre ellos cuando, con la llama de su locura, ansían abrasar cuanto persiguen. Pero cuando llegue el día de la ira del Señor, como tierra serán hollados y, por supremo juicio, sobre estos impíos se abatirá el airado desprecio de todo lo que habita bajo el cielo: hojarasca serán ante Dios y los hombres. Y porque Dios no les deja tener lo que apetecen, molidos de quebranto, entre los hombres serán aventados por la furia de su locura, pues arden por poseer lo que el Señor no les permite devorar. Y apartados así de Dios, yermo páramo se volverán, nada bueno podrán hacer ni para Dios ni para los hombres: mira que el ojo clarividente del escrutinio divino los ha segado del germen de la vida. He aquí, pues, su destino: que serán hollados, en el tibio soplo que rumorea su maldad se dispersarán; y al irrumpir de los cielos la lluvia del Espíritu Santo, no caerá sobre ellos.

5. *El infierno sumerge en su voracidad las almas*

Pero aquel *lago muy ancho y profundo* que se te apareció es el infierno que, como ves, contiene la anchura de los vicios y el abismo de la perdición. *Tenía una boca semejante a la boca de un pozo por donde vomitaba humo con llamas y un gran hedor*: porque su voracidad es pozo en que sumerge las almas, cuando les muestra suavidad y dulzura para conducirlas, con perversa celada, a los tormentos de la perdición donde arde el fuego con turbulentos humos y la mortífera ponzoña hierve exhalando hedor. Estos atroces suplicios fueron preparados para el Demonio y sus ángeles, que se alejaron

2. Job 21,17-18 (tiempo futuro de los verbos, según Vulgata).
3. Véase Proverbios 21,4.

del Bien Supremo, sin querer conocerlo ni entenderlo. Por eso, proscritos están de todo bien: no por ignorancia, sino porque, en su gran soberbia, Lo despreciaron. ¿Qué significa esto?

6. *El infierno se fundó en la caída del Demonio*

En la caída del Demonio surgieron estas tinieblas exteriores que albergan todos los suplicios, porque los ángeles perdidos recibieron, en vez de la gloria preparada para ellos, la miseria de infinitos tormentos y, a cambio del fulgor de que gozaron, la más lóbrega sombra. ¿Cómo? Cuando el ángel soberbio se alzó como una serpiente, se ganó la prisión del Hades, pues nadie puede prevalecer sobre Dios. ¿Acaso conviene que en un mismo pecho haya dos corazones? Tampoco en el cielo debe haber dos dioses. Pero como el Demonio, con sus huestes, irrumpió encumbrado en su soberbia, encontró un pozo de perdición preparado para él. Así también, cuantos le imiten en sus actos participarán de sus tormentos según lo que merezcan.

7. *De la Gehenna y otros tormentos*

Hay algunas almas que, colmadas de perdición, se han alejado de la ciencia de Dios y, por tanto, irán a las penas infernales sin el consuelo del rescate. Pero aquellas que no olvidaron al Señor soportarán duras pruebas para expiar los pecados cometidos y, al final, sentirán que se desatan sus cadenas y alcanzarán la paz de la liberación. ¿Qué significa esto? La Gehenna es el destino de cuantos, impenitentes, en el olvido de sus corazones arrumbaron al Señor. Y hay otros tormentos para los que, aun habiendo realizado malos actos, no perseveraron en ellos hasta el fin, pues volvieron a mirar a Dios entre gemidos. Por tanto, que los fieles huyan del Demonio y amen al Señor, apartándose del mal y obrando el bien, acendrados por la penitencia; como exhorta Mi siervo Ezequiel, inspirado por Mí, cuando dice:

8. *Palabras de Ezequiel*

«Convertíos y haced penitencia de todos vuestros crímenes, y la iniquidad no será vuestra ruina»[4]. Así dice: Oh vosotros, hombres

4. Ezequiel 18,30 (Vulgata).

que hasta hoy yacíais en el pecado, recordad vuestro nombre cristiano, convertíos al camino de la salvación, y realizad una obra nueva en la fuente de la penitencia, vosotros que habéis cometido muchos crímenes, postrados en una ciénaga de vicios; así que levantaos de vuestras culpas, y la iniquidad que os envenenaba no os abismará en la ruina de la muerte: mira que os habéis despojado de ella el día de vuestra salvación. Y por vosotros exultarán de júbilo los ángeles, porque os habéis apartado del Demonio y voláis hacia el Señor, al que conocéis en las buenas obras más plenamente que antes, cuando en la irrisión del antiguo seductor erais presos.

9. *Ardid diabólico de la serpiente que engañó al primer hombre*

Entonces del lago *brotó, extendiéndose, una tenebrosa nube que rozó una figura quimérica, como de vena*: desde los abismos de la perdición, la falsedad diabólica hizo emerger una serpiente que, llenas sus entrañas con la funesta ponzoña de la intención engañosa, irrumpió para asechar a los hombres. ¿Cómo? Cuando el Demonio vio al hombre en el Paraíso, gritó con gran espanto, diciendo: «¿Quién se pasea por esta mansión de la verdadera dicha?». Y supo que aún no había rematado en otra criatura la malicia que dentro llevaba; pero, al ver a Adán y Eva pasear con inocencia de niños por el jardín de las delicias, presa de gran aturdimiento, tramó el ardid de la serpiente para engañarlos. ¿Por qué? Porque comprendió que la serpiente era, de entre las bestias, la que más se le asemejaba; y se propuso, oculto bajo la astucia de ella, conseguir lo que abiertamente no podía, con su propia figura. Así pues, cuando advirtió que Adán y Eva se apartaban en cuerpo y alma del árbol prohibido, supuso que observaban un precepto divino, y estimó que, en la primera oportunidad, les haría caer fácilmente.

10. *El Demonio supo, por Eva, que el árbol era prohibido*

El Demonio ignoraba que ese árbol era prohibido hasta que lo averiguó con maliciosas preguntas y con las respuestas de ellos. Por eso *sopló, en otra región clara, sobre una nube blanca que, desgajada de una hermosa forma humana, contenía muchas, muchísimas estrellas*: porque fue en el jardín de las delicias donde el Demonio invadió, por la seducción de la serpiente, el alma inocente de Eva —que, formada del inocente Adán, albergaba en sus entrañas la

entera muchedumbre del género humano, llena de luz, por designio del Señor— para hacerla caer. ¿Por qué fue así? Porque el Demonio comprendió que la ternura de la mujer sería mucho más fácil de doblegar que la fuerza del varón; y advirtió, además, que Adán ardía tan vivamente por amor a Eva que, si con su celada lograba seducirla, Adán haría todo cuanto ella le dijera. Entonces, el Demonio *arrojó fuera de aquella región a la blanca nube y a la forma humana*: pues este antiguo seductor desterró con su engaño a Adán y Eva de la morada de la dicha y en las tinieblas de la muerte los precipitó. ¿Cómo? Primero cautivó a Eva para que, a su vez, ablandara a Adán, hasta convencerlo; pues ella, antes que ninguna otra criatura, podía conducir a Adán a la desobediencia, porque había sido creada de su costilla. Y así es como la mujer hace caer rápidamente al hombre, cuando él no desconfía y acepta con facilidad sus palabras.

11. *Qué debe hacerse y qué evitarse en el matrimonio*

Al alcanzar un hombre la plenitud de su edad fértil es cuando puede unirse a una mujer también plena, igual que fue a un hombre ya formado, Adán, y no a un niño pequeño, a quien se le entregó una mujer ya formada, y así como al árbol que empieza a florecer se le da el cultivo adecuado. Y pues Eva fue creada de la costilla de Adán, insuflándole su calor y su savia, así es, por la fuerza y el calor de un hombre, como ahora la mujer recibe su semilla para engendrar su descendencia. El hombre es el sembrador, y la mujer, la receptora de la semilla. Por eso la mujer permanece bajo la potestad del varón, pues la dureza de la piedra es a la suavidad de la tierra como la fuerza del hombre a la receptividad de la mujer.

El que la primera mujer haya sido formada del varón señala la unión de la mujer al hombre. Y debe entenderse así: esta unión no será vana ni se realizará en el olvido de Dios; porque Él, que creó a la mujer del hombre, estableció buena y honestamente esta alianza para formar carne de la carne. Y así como Adán y Eva fueron una sola carne, también el hombre y la mujer se hacen ahora una sola carne en la unión del amor, a fin de que se multiplique el género humano. Por tanto, debe existir entre estos dos un amor perfecto, igual que lo hubo entre los dos primeros. Pues Adán hubiera podido culpar a su mujer por traerle la muerte con su consejo y, en cambio, no la abandonó mientras vivió en este mundo, porque sabía que le había sido entregada por el poder divino. Por eso, por este amor perfecto, que no abandone el hombre a su mujer si no es por las

causas que la fiel Iglesia establece. Y que no haya escisión alguna entre ellos, a no ser que ambos quieran, en un mismo espíritu, contemplar a Mi Hijo y, así, digan en ardiente amor por Él: «Queremos retirarnos de este mundo para seguir a Aquel que ha sufrido por nosotros». Pero si estos dos no llegan a un acuerdo para apartarse del mundo por unánime devoción, que, entonces, no se separen uno de otro en modo alguno; porque así como la sangre no puede desligarse de la carne mientras el espíritu la habita, ni marido ni mujer podrán desunirse, sino que juntos caminarán en una sola voluntad.

Pero si el varón o la mujer quebrantaran la Ley por fornicación, entonces ellos mismos o sus sacerdotes lo harán público, y comparecerán, según la justicia, ante el tribunal del magisterio espiritual. Allí, ante la Iglesia y sus prelados, el marido recriminará en voz alta a su mujer y la mujer a su marido por esta transgresión de la alianza, como establece la justicia de Dios; pero de forma que ni el marido ni la mujer buscarán otra unión, pues o bien permanecerán juntos en la rectitud de la alianza, o bien guardarán ambos la abstinencia, según prescribe la doctrina de la Iglesia; y que no se envenenen uno a otro como víboras rabiosas, sino que se amen con amor puro. Pues mira que ni hombre ni mujer habría, de no haber sido engendrados por esta cópula. Como testimonia Mi amigo Pablo cuando dice:

12. *Palabras del Apóstol*

«Porque si la mujer procede del hombre, el hombre, a su vez, nace mediante la mujer. Y todo proviene de Dios»[5]. Así dice: la mujer fue creada por razón del hombre, y el hombre por razón de la mujer. Pues igual que ella procede del hombre, el hombre procede de ella, en armoniosa correspondencia, no se disuelva la alianza de la procreación. Porque han de trabajar unidos en una misma obra, como el aire y el viento entrelazados. ¿Cómo? El viento mueve el aire, y el aire abraza al viento, y en su ámbito subyugan cuanto es verdor y espesura. ¿Qué significa esto? La mujer colabora con el hombre y el hombre con la mujer para engendrar a sus hijos. Por eso el más funesto y grave crimen es cuando la fornicación quiebra el tiempo de la creación de los hijos, porque entonces el varón y la mujer desarraigan su sangre de su fundamento, arrojándola a un sitio extraño. Ciertamente, habrán caído en la celada del Demonio y en la ira del Señor: habrán quebrantado la alianza que Dios les estableció. ¡Pobres de

5. 1 Corintios 11,12.

ellos, entonces, si no tienen ocasión de que les sea perdonada su culpa! Pero, aun si la mujer y el varón cooperan, como se ha dicho, para engendrar a sus hijos, todo cuanto existe —el hombre, la mujer y las demás criaturas— proviene de la disposición y designio divinos, porque Dios lo ha creado, según Su voluntad.

13. *Razones por las que algunos tenían varias esposas*

Antes de la Encarnación de Mi Hijo, algunos del antiguo pueblo tenían, según su voluntad, varias esposas al mismo tiempo; pues aún no había resonado la prohibición que luego sería abiertamente divulgada: cuando Mi Hijo vino al mundo mostró que la justa raíz de esta unión entre marido y mujer, inquebrantable mientras respiren en esta vida, es la alianza plantada en Adán y Eva, porque esta alianza no ha de fundarse en la voluntad humana, sino en el temor de Dios. Pues es mejor unirse en justa alianza, según los preceptos de la sabiduría de la Iglesia, que apetecer la fornicación; mas vosotros, los hombres, olvidáis esto y corréis en pos de vuestros placeres, no ya como hombres, sino como bestias.

Pero que haya recta fe y amor puro, según la ciencia de Dios, entre marido y mujer, no sea que las artes del Demonio envilezcan su simiente y se desencadene sobre ellos la venganza divina si, mordiéndose uno a otro, se despedazan, o esparcen sus semillas de forma inhumana con la furia de las bestias: pues allí donde reine el odio, irrumpirá la hiel de víboras y habrá quebranto; y donde haya infesta desmesura, al ser derramada la simiente sin temor de Dios y fuera del proceder humano, muchas veces, como castigo de esta perfidia y por justo juicio de Dios, nacerán hijos marcados por la aflicción: faltos de algún miembro y privados de dicha en la vida; a no ser que, recibiendo Yo la penitencia de los que así actúan, Me apacigüe. Porque aceptaré, por amor a Mi Hijo, la penitencia de cuantos Me invoquen arrepentidos de sus pecados. Mira que si alguno levanta un dedo hacia Mí en señal de penitencia, si eleva a Mí el gemido de su corazón arrepentido, diciendo: «He pecado, Señor, ante Ti», Mi Hijo Me enseñará esa penitencia, pues Él es Sacerdote de sacerdotes, y la penitencia que se ofrece ante los sacerdotes, por amor a Mi Hijo, otorga la purificación a los pecadores que la hacen. Por tanto, los hombres que se arrepientan sinceramente se librarán de las fauces del Demonio que, al morder el anzuelo de la divina potencia, malhirió su quijada, y así ahora las almas fieles salen de la perdición y llegan a la salvación. ¿Cómo?

Porque los sacerdotes que invocan Mi nombre en los altares recibirán la confesión de los pueblos y así les enseñarán el remedio de la salvación. Por tanto, que, para aplacar al Señor, no envilezcan su semilla en la ciénaga de los vicios; pues si alguno derrama su simiente en la fornicación o en el adulterio, los hijos que así engendre nacerán faltos de fuerza. ¿Cómo? El que hace una masa con arcilla pura y fango o estiércol ¿acaso puede sacar de ella un vaso consistente? Así también, el que envilece su semilla en la fornicación o el adulterio ¿podrá quizá engendrar hijos fuertes? Mira que no pocos de entre ellos gran fatiga arrastrarán por el quebranto de sus corazones y los devaneos de sus costumbres; en cambio, otros muchos llegarán a convertirse en hombres prudentes ante Dios y ante el mundo. Con ellos se puebla la Jerusalén Celestial porque, al abandonar los vicios y amar las virtudes, imitan a Mi Hijo en la castidad y en los grandes sufrimientos, y llevan sobre sus cuerpos, según sus fuerzas, Su martirio.

Pero cuando no deseo que un hombre tenga hijos, retiro la savia viril de su semilla para que no se coagule en el útero de la madre, así como niego la fecundidad a la tierra allí donde, según Mi justo juicio, quiero hacerlo. ¿Por qué te maravillas, oh hombre, de que Yo permita nacer hijos del adulterio y de crímenes semejantes? Justo es Mi juicio. Mira que, desde la caída de Adán, no he encontrado en la semilla humana la justicia que debía hallarse en ella: el Demonio la ahuyentó con el mordisco de la manzana. Por eso envié a Mi Hijo al mundo, nacido de Virgen, sin pecado, para que con Su sangre, libre de polución carnal, quitara al Demonio el botín que este había arrebatado al hombre.

14. *Sólo el Hijo de Dios podía liberar al género humano*

Ni un hombre, concebido en el pecado, ni un ángel, sin el vestido de la carne, podían liberar del poder diabólico al hombre, que en la culpa yacía, atormentado bajo el peso de su cuerpo. Sólo Aquel que vino sin pecado, en un cuerpo puro y libre de culpa rescató al hombre con Su Pasión. Por eso, he aquí que reúno a los hombres, aunque nacen en el pecado, para llevarlos al Reino Eterno cuando fielmente lo buscan. Mira que ningún mal podrá arrebatarme a Mis elegidos, como testimonia la Sabiduría cuando dice:

15. *Palabras de la Sabiduría*

«Las almas de los justos están en las manos de Dios y no les alcanzará tormento alguno»[6]. Así dice: las almas de cuantos abrazan la senda de la rectitud con devoto amor en sus obras están en manos del Auxiliador Supremo, así que, por estas obras con las que se elevan hacia la altura de la justicia en pos de los cielos, no les quebrantará el tormento de la perdición, porque la luz verdadera los apacienta en el temor y en el amor de Dios. Ahora bien, después de que Adán y Eva fueran expulsados del jardín de las delicias, conocieron la obra de concebir y parir hijos. Pero como al caer en la muerte por su desobediencia percibieron la dulzura del pecado —cuando supieron que podían pecar—, transformaron la justicia de esta obra procreadora que Yo instituí en placer ignominioso; y, aunque debían saber que la agitación de sus venas no era para la dulzura del pecado, sino por amor de los hijos, la entregaron a la lujuria, bajo el hechizo del Demonio: al perder la inocencia de la procreación, la condenaron a la culpa. Así que esto no ocurrió sin la persuasión del Demonio, que lanzó sus dardos contra esta obra para que no se consumara sin su maleficio, cuando dijo: «He aquí mi fuerza: la procreación de los hombres; por tanto, el hombre es mío». Y, comprendiendo que el hombre participaría de sus tormentos al seguirle, murmuró de nuevo para sí: «Todas las iniquidades son contrarias al Dios Todopoderoso, pues no hay en Él injusticia alguna». Entonces, el asechador ocultó esto con gran sigilo en su corazón: si un hombre, por propia voluntad, se comprometía con él, no podría librarse de sus cepos.

Por eso albergaba Yo el secreto designio de enviar a Mi Hijo para redimir a los hombres y que pudieran regresar a la Jerusalén Celestial. Ninguna iniquidad pudo oponerse a este designio Mío, porque cuando Mi Hijo vino al mundo, reunió a Su alrededor a todos los que quisieron escucharle y seguirle abandonando el pecado. Pues Yo soy justo y recto y no Me complazco en la iniquidad a la que tú, oh hombre, abrazas, sabiendo que puedes hacer el mal. Porque Lucifer y el hombre intentaron ambos, cuando fueron creados, rebelarse contra Mí y no pudieron mantenerse en pie, al caer del bien y elegir el mal. Pero Lucifer abarcó todo el mal y rechazó todo el bien y, sin probarlo siquiera, se precipitó en la muerte. En cambio, Adán saboreó el bien al aceptar la obediencia, aunque apeteció el mal y, llevado de su ambición, lo cometió cuando se alzó en

6. Sabiduría 3,1.

rebeldía contra el Señor. Por qué sucedió esto, no es tarea tuya, oh hombre, indagarlo, ni qué ocurrió antes del comienzo de los tiempos, o qué pasará cuando llegue el último día: nada de todo esto puede saber el mortal, pues sólo Dios lo conoce, salvo lo que revele Él a Sus elegidos.

Pero esa fornicación común entre los hombres es abominable ante Mi faz, porque, en el principio, creé al varón y a la mujer en la pureza y no en el oprobio. Por tanto, esos hipócritas en cuya opinión les es lícito fornicar, según los apetitos animales, con quienes deseen, son indignos a Mis ojos; pues despreciando la honra y la altura de su razón, miran a las bestias y a ellas se asemejan. ¡Ay de aquellos que así vivan y en esta ignominia porfíen!

16. *Los consanguíneos no deben unirse en matrimonio*

Tampoco deseo que en el matrimonio se mezcle la sangre próxima, donde la pasión del amor consanguíneo no está enteramente atenuada, para impedir que el recuerdo del parentesco haga brotar un amor impúdico. Quiero que la sangre sea de estirpe ajena, pues no hace sentir la llama de la afinidad, para que en esto se proceda al modo humano.

17. *Ejemplo de la leche*

Cuando se cuece la leche una o dos veces, mantiene su sabor, pero a la séptima u octava vez de ser cocida y cuajarse, pierde sus propiedades, adquiriendo un gusto poco apetecible, salvo para el que la consuma por necesidad. Así: no te unirás a mujer que sea de tu misma sangre, ni establecerás otra unión con los consanguíneos de tu mujer[7]. Que ningún hombre se una en semejantes cópulas, prohibidas por los sabios de la Iglesia, que así lo dispusieron con gran solicitud y honor.

7. Es probable que la autora se refiera a la antigua práctica de tomar mujer entre las hijas del hermano de la madre, véase Génesis 28,1-2; esta práctica no aparece prohibida en Levítico 18,6-16 y 20,8-21, donde se enumeran las uniones proscritas. No obstante, dada la ambigüedad del texto, conviene advertir que en estas referencias a la consanguinidad se enlazan dos conceptos: el emparentamiento dentro una «misma estirpe» y la noción de pueblo elegido. El ladillo interrumpe la secuencia que permite captar ese entrelazamiento de conceptos. (*N. de los T.*)

18. *Sobre la consanguinidad*

Pero si en el Antiguo Testamento la Ley prescribía a los hombres la unión con los de su misma sangre, era por la dureza de sus corazones, para que mantuvieran la paz y el amor se afianzara entre ellos, así que no se dividieran las tribus al mezclarse con paganos en matrimonio, quebrantando Mi Alianza. Hasta que llegó el tiempo en que Mi Hijo trajo la plenitud del amor y transfirió esta unión de la consanguinidad de la cópula carnal[8] a otro pueblo con mesura y sobriedad. Así pues, como la Esposa de Mi Hijo lleva en el sagrado bautismo el vínculo de Mi temor y la recta justicia, aleja de sí las uniones entre consanguíneos: pues la fornicación sin pudor y con placer desmesurado, antes prenderán el fuego de la ignominia en los abrazos entre varón y mujer de la misma sangre que en los de no consanguíneos. Mira que hablo de esta obra por boca de un ser humano que la desconoce, y que recibió estas palabras, no de los hombres, sino de la ciencia del Señor. ¿Y ahora?

19. *Solo cuando el hombre alcance la sazón tomará esposa*

Cuando el varón alcanza la sazón y sus venas están repletas de sangre, entonces es fértil su simiente. Es el momento de que reciba, por la alianza de la legítima institución, a una mujer que también debe estar en la edad del ardor: ella pudorosamente acogerá su semilla y engendrará su descendencia en el camino de la rectitud.

20. *La polución ilícita y libidinosa debe evitarse*

Pero que no derrame el varón su simiente en la desmesura del placer, antes de llegar a sus años de fortaleza; porque la sugestión

8. La edición crítica remite, al principio del pasaje, a Génesis 24,3-4 y Deuteronomio 7,3-6; por ser Israel el pueblo elegido, no podía emparentarse con otros pueblos. Aquí se confirma ese entrelazamiento de conceptos del que hablamos, donde lo esencial es el vínculo entre elección divina de un pueblo y ámbito de parentesco, que incluye el criterio para definir quién es el prójimo, pues la autora habla de una transferencia de ese vínculo —al que adscribe la carnalidad, como suele hacer siempre que se refiere al Antiguo Testamento—, transferencia que anularía su exclusividad: la consanguinidad es de todos los hombres, una especie de fraternidad universal, y el pueblo elegido no es ya sólo el antiguo pueblo, lo cual entronca con las exhortaciones de amar al prójimo, entendido este como todo hombre, en esa referida «plenitud del amor» —véase Romanos 13,9-10—. Más adelante —pp. 89-90— la autora dirá también, siguiendo a Pablo, que la circuncisión fue transferida al bautismo; en esta transferencia el elemento antiguo se despoja de lo carnal y de lo particular y se convierte en espiritual y universal. (*N. de los T.*)

diabólica le habrá tentado para que peque si, en apetencias de deleite, trata de verter su semilla antes de que pueda cuajar con ferviente calor como debe. Y cuando ya el varón haya alcanzado la plenitud y la madurez de su deseo, no consagre sus fuerzas, dentro de lo posible, a este acto, pues si entonces mira al Demonio, consumará una obra diabólica: su cuerpo se volverá despreciable, lo cual es enteramente ilícito. Pero, según lo que enseña la naturaleza racional, busque el varón a su mujer adquirida la sazón, afianzados su calor y la savia de su semilla, en el camino de la rectitud, y obre aquí con mesura humana, por amor de los hijos.

Mas no quiero que este acto se realice cuando la mujer se desgarra porque padece el flujo de su sangre —la apertura de los órganos ocultos de su vientre—, no sea que la semilla, en ese instante recibida y arraigada, perezca al inundarla este fluir de su sangre, pues mira que entonces la mujer se ve entregada al quebranto y la prisión: una pequeña parte del dolor del alumbramiento la atormenta. Y no quitaré este tiempo de quebranto a la mujer, porque fui Yo Quien se lo infligí a Eva cuando concibió el pecado al saborear la manzana; por eso, durante él, la mujer debe ser tratada con el dulce bálsamo de la misericordia; y ella misma se recluirá, guardando su secreto, pero sin dejar de acudir a Mi templo, sino que, con fiel sumisión y espíritu humillado, entre en él para su salvación. Sin embargo, como la Esposa de Mi Hijo permanece siempre en plenitud, que ningún hombre con heridas abiertas —quebrada la integridad de sus miembros al ser lacerado—, entre en Mi templo, si no es acuciado por el temor de una gran necesidad, para que no lo profane igual que Caín desgarró cruelmente los intactos miembros de Abel, que era templo del Señor.

21. *Cuándo no deben entrar en el templo las mujeres*

Pero cuando la mujer ha parido su prole, al haber sido desgarradas las zonas ocultas de su cuerpo, no entrará en Mi templo, si no es según la ley que le he prescrito, para que los santos sacramentos de esta morada Mía permanezcan puros de toda mancha o dolor, tanto del hombre como de la mujer. Porque Mi Hijo fue alumbrado por una Virgen inmaculada, que se mantuvo íntegra y sin herida alguna de pecado. Así, el lugar consagrado en honor de Mi Unigénito debe permanecer íntegro, exento de todo agravio de lesión o herida, pues Mi Unigénito conoció la integridad de un parto virginal. Por tanto, se abstenga de entrar en Mi templo la mujer que corrompe su inte-

gridad virginal con varón hasta que sane la llaga de su corrupción, según le enseña, ciertamente, la disciplina de la Iglesia a este respecto. Pues cuando se unió, como esposa, a Mi Hijo en el madero de la cruz, permaneció oculta hasta que Mi Hijo mandó a Sus discípulos que proclamaran la verdad del Evangelio por todo el mundo: entonces ella salió a plena luz y predicó a las naciones la gloria de su Esposo en la renovación del Espíritu y del agua. Así debe hacer, también, la virgen que se ha unido a varón: que se recluya, con pudor y mesura, hasta transcurrido el tiempo que le prescribe la censura eclesiástica; luego, salga de ese retiro y camine abiertamente al encuentro del amor con su esposo.

22. *Prohibición de la cópula con una embarazada*

Tampoco quiero que el varón y la mujer realicen este acto cuando ya está plantada en la mujer la raíz de un retoño, no sea que la simiente innecesaria, superflua, envilezca la maduración del niño, hasta superada la purificación del parto; entonces se levantará la prohibición de esa cópula, que podrá volver a realizarse por amor de los hijos, con mesura y no con desenfreno. Así pues, los hombres han sido constituidos de forma que se procreen con la dignidad correspondiente a la naturaleza humana, y no como proclaman con sus soflamas algunos insensatos que afirman les es lícito entregarse al deleite según su voluntad, diciendo: «¿Cómo podemos cohibirnos tan cruelmente?». Oh hombre, si miras al Demonio, te instigará a cometer todo mal y, con su mortífero veneno, te aniquilará; si, en cambio, contemplas al Señor, tenderá a ti Su mano y te hará casto. ¿Acaso en tu obrar no apeteces más el placer que la castidad? La mujer está sometida al varón, que en ella siembra su semilla, igual que cultiva la tierra para que brinde frutos. ¿O es que trabaja el hombre la tierra para que críe espinos y abrojos? En modo alguno, sino para que dé buen fruto. Así también, esta obra humana debe encauzarse por amor de los hijos, y no por la desmesura del placer.

Por tanto, oh hombres, llamad con llantos y clamores a vuestro Dios, al que tantas veces habéis agraviado con vuestras culpas cuando arrojáis vuestras semillas en la aciaga fornicación y así os convertís, no ya en fornicadores, sino en homicidas; mira que, entonces, arrumbáis el espejo del Señor y hartáis vuestra pasión, según os place. Por eso el Demonio siempre os ronda en este acto: sabe muy bien que preferís vuestro deleite antes que la alegría de los hijos. ¡Escuchad, pues, vosotros los que habitáis en las torres de la Iglesia!

No Me culpéis a Mí por vuestra fornicación, miraos a vosotros mismos: cuando corréis en pos del Demonio y Me despreciáis, cometéis iniquidad y no queréis ser castos, como afirma Mi siervo Oseas sobre un pueblo envilecido, diciendo:

23. *Palabras de Oseas*

«No les permiten sus obras volver a su Dios, pues un espíritu de prostitución hay dentro de ellos, y no conocen a Yahveh»[9]. Así dice: no conocen los malvados al Señor, el semblante de su corazón ocultan, y no les permiten los mil recovecos de sus tramas volver a la claridad verdadera: abren los ojos, pero no disciernen cuanto es de Dios, sino que apacientan en sus corazones la maldad. Pues presa de la sugestión diabólica, el aliento de la fatua inmundicia enerva la vigorosa fuerza que debían tener dentro de sí: no les deja que arraigue su buena conciencia en el Señor, de la vida de la dicha los aparta.

24. *Canto a la castidad*

Pero, ahora, os hablo a vosotras, Mis ovejas bienamadas, plantadas en Mi corazón, semillas de castidad. Sí: Yo fui el que sembró la virginidad, porque también Mi Hijo nació de una virgen. Por eso es el más bello fruto de entre todos los frutos del valle, y es imponente, más que toda la nobleza que en la Morada del Rey Eterno habita; que no está subyugada al precepto de la ley, pues trajo a Mi Hijo Único al mundo. Así que prestad oído cuantos queráis seguir a Mi Hijo en la inocencia de la libre castidad o en la soledad de la desconsolada viudez; pues aunque la virginidad, inmaculada desde el principio, sea más noble que la viudez, otrora oprimida bajo el yugo del varón, esta puede seguir los pasos de aquella, transcurrido el dolor tras la pérdida del cónyuge.

Mi Hijo soportó infinitos quebrantos en Su cuerpo y padeció la muerte de la cruz; así que también vosotros sufriréis muchas tribulaciones por Su amor, cuando triunféis sobre lo que sembró el deleite del pecado por el sabor de la manzana. Para eso habréis de retener en vuestra semilla los torrentes que brotan del incendio del placer, pues no podéis ser tan castos que no aflore veladamente en vosotros la frágil ternura humana. Y, en esta lucha, deberéis imitar la Pasión de Mi Hijo, resistiéndoos a vosotros mismos: extinguiréis la ardien-

9. Oseas 5,4.

te llama del placer, os despojaréis de los arrebatos y mudanzas de este mundo, de la ira, la soberbia, la jactancia y los demás vicios, y combatiendo duramente alcanzaréis la victoria. He aquí que estas batallas, llenas de luz, de fruto repletas, son para Mí más luminosas que el sol y dulces, más que la caricia de todos los aromas; porque sufrís un quebranto semejante al de Mi Hijo cuando holláis, en tan fiero combate, el ardor del placer en vuestro corazón. Y si así perseveráis, seréis glorificados en el Reino de los Cielos.

Oh dulcísimas flores, los ángeles se admiran de vuestra lucha: derrotáis a la muerte, la venenosa sombra de este mundo no os ha mancillado; y, aun teniendo un cuerpo carnal, tanto lo mortificáis, que seréis sus compañeros en la gloria: igual que ellos, diáfanos luciréis. Alegraos, pues, de perseverar así; porque si fielmente Me dais la bienvenida, si al oír Mi voz se colman de júbilo vuestros corazones, estaré con vosotros; como enseño en una visión secreta de Mi bienamado Juan, diciendo:

25. *Juan, sobre esto*

«Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo»[10]. Así dice: vosotros, los que fielmente Me amáis, a Mí, Salvador vuestro, mirad que estoy esperando a la puerta del tabernáculo de vuestro corazón queriendo ayudaros, viendo lo que el almiar de vuestra conciencia guarda, cribado el corazón; y con el aliento de vuestra memoria llamo a vuestro espíritu para que Me abra la bienvenida de la buena voluntad. Si entonces algún corazón fiel oye Mi temible voz, Me uniré a él y le abrazaré; y tomaré con él el pan imperecedero, pues cual dulce sabor se Me brinda él en sus buenas obras; así que también él tendrá en Mí este pan de vida, porque ama lo que trae la vida a cuantos anhelan la justicia.

26. *Tras la expulsión de Adán, Dios fortificó el Paraíso*

Como ves, tras ser expulsados Adán y Eva del Paraíso, ***un luminoso resplandor envolvió esa región***: porque, mientras por su desobediencia abandonaban el jardín de las delicias, el poder de la Divina Majestad, barriendo toda huella de sordidez que en él quedara,

10. Apocalipsis 3,20.

lo fortificó con Su luz para preservarlo intacto en adelante; y con esto también mostraba que la transgresión allí cometida habría de abolirse alguna vez por clemencia y misericordia.

27. *La creación se opuso al hombre tras su rebeldía*

Y, *al instante, todos los elementos del mundo, que hasta ese momento habían permanecido en una gran quietud, cayeron en la más terrible conmoción, desencadenando espantosos horrores*: la creación, hecha para servir al hombre, nunca había sufrido adversidad; pero cuando el hombre se sublevó, desobedeciendo al Señor, abandonó su calma y se llenó de inquietud: desató terribles y funestas calamidades sobre el hombre a fin de cohibirle por lo mucho que se había denigrado. ¿Qué quiere decir esto? Que la creación, sometida al hombre para servirle, se opuso a él cuando el hombre se alzó en rebeldía contra Dios en el jardín de las delicias.

28. *El Paraíso, alma de la tierra*

El Paraíso es un lugar frondoso, que florece en la lozanía de las flores y el verdor de las hierbas, en la delicia de todos los aromas, lleno todo él de los mejores olores, repleto de la alegría de las almas bienaventuradas. Brinda poderosa savia a la tierra árida y fecundo vigor, como el alma fortalece al cuerpo; porque el Paraíso no se ha oscurecido por la sombra y perdición de los pecadores.

29. *Por qué hizo Dios un hombre que podía pecar*

Así pues, escuchad y entended, vosotros que decís en vuestro corazón: «¿Qué es esto y por qué ocurre?». Oh, por qué sois tan insensatos y tardos de corazón, vosotros, que habéis sido hechos a imagen y semejanza de Dios. ¿Cómo es posible que tanta gloria y honor que se os han dado fueran a mantenerse sin prueba, como si de nada se tratara, de algo sin valor? El oro debe ser acrisolado en el fuego; las piedras preciosas, talladas y aquilatadas; y todas las cosas semejantes han de ser minuciosamente probadas. Por tanto, oh hombres insensatos, ¿todavía creéis que lo que ha sido hecho a imagen y semejanza de Dios podría subsistir sin prueba alguna? Pues he aquí que el hombre debe ser probado más que ninguna otra criatura, y purificado por todas ellas. ¿Cómo?

El espíritu debe ser probado por el espíritu, la carne por la carne, la tierra por el agua, el fuego por el frío, la lucha por la conquista, el bien por el mal, la belleza por la fealdad, la pobreza por la riqueza, la dulzura por la hiel, la salud por la enfermedad, lo grande por lo pequeño, lo duro por lo blando, la altura por la profundidad, la luz por las tinieblas, la vida por la muerte, el Paraíso por los tormentos, el Reino Celestial por la Gehenna, lo terrenal con lo terrenal y lo celestial con lo celestial. Así, el hombre es probado por toda la Creación, en el Paraíso, en la tierra y en el Hades, antes de ser admitido al Cielo. Parece que sólo veis con claridad un poco de lo mucho que se esconde a vuestros ojos. ¿Por qué escarnecéis entonces aquello que ante la mirada del Señor es recto, sencillo, justo y bueno entre todo lo bueno? ¿Por qué os indignáis con esto? Dios es justo, pero el género humano es injusto al quebrantar los preceptos del Señor cuando trata de ser más sabio que Él.

30. *El hombre no escrutará lo elevado*

Dime ahora, oh hombre, ¿qué crees que eras cuando aún no tenías ni cuerpo ni alma? Desde luego, ignoras cómo has sido creado. Y sin embargo ahora, oh hombre, quieres escrutar cielos y tierra, y ponderar su justicia en el designio del Señor; y discernir lo elevado, cuando ni siquiera eres capaz de apreciar lo ínfimo, pues ni sabes cómo vives en tu cuerpo ni cómo serás despojado de él. Quien te creó en el primer hombre ya previó todo esto. Y he aquí que este Padre misericordioso envió a Su Hijo Único a morir por los hombres, para librarlos del poder del Demonio.

31. *El hombre resplandece ahora en el Cielo más que antes*

Y así, el hombre liberado resplandece en Dios, y Dios en el hombre: la amistad del hombre con el Señor le confiere hoy en el Cielo un fulgor más luminoso que el que antaño tuvo. Esto no habría sido posible si el Hijo de Dios no se hubiera revestido de carne; porque si el hombre hubiese permanecido en el Paraíso, el Hijo de Dios no habría sufrido en la cruz. Pero cuando la astuta serpiente sedujo al hombre, Dios, conmovido en Su viva misericordia, dispuso que Su Unigénito Se encarnara de una Virgen inmaculada. Así, tras la ruina del hombre, muchas virtudes se levantaron resplandecientes en el Cielo: la humildad, reina de las virtudes, que floreció en el parto

virginal, y todas las demás que guían a los elegidos del Señor hacia los Cielos. Pues igual que la tierra brinda abundante fruto si se trabaja con mucho empeño, lo mismo pasa en el hombre, porque después de su caída surgieron muchas virtudes para levantarlo[11]. Pero vosotros, oh hombres, abrumados bajo el grave peso del cuerpo, no veis esa inmensa gloria preparada para vosotros, sin sordidez ni agravio, en la plena justicia del Señor, a la que nada puede, pues, abatir. Ya antes de haber sido hecha la forja del mundo, Dios había previsto, en la justicia verdadera, todo esto. Así que, oh hombre, reflexiona sobre la siguiente semejanza:

32. *Semejanza del jardín, la oveja y la perla con el hombre*

Cuando un señor decide, con entusiasmo y mucho interés, hacer un jardín, primero elegirá el terreno apto; luego señalará el lugar para cada planta, sopesando, con este fin, los frutos de los buenos árboles, y el beneficio, sabor, olor y fama de las especias aromáticas. Así este señor, como gran filósofo y diestro artesano, distribuirá la siembra según el buen discernimiento que de su utilidad tiene. Después estudiará cómo amurallar su jardín para preservarlo de cualquier enemigo que pretenda destruirlo. Escogerá luego a sus hortelanos, que sepan dar el riego adecuado, que recojan los frutos y, con ellos, elaboren productos aromáticos. Ahora, oh hombre, considera con atención esto: si el señor de esa tierra previera que su jardín, sin brindar fruto ni utilidad alguna, iba a ser arrasado, ¿por qué, entonces, habría hecho, plantado, regado y amurallado con tamaño esfuerzo y afán su jardín tan gran filósofo y diestro artesano?

¡Presta oído y entiende! Dios, que es el Sol de la justicia, envió Su esplendor sobre el lodo, que es el pecado del hombre, y ese esplendor brilló con mucha claridad, frente al lodo que estaba lleno de podre y de sombra. El Sol resplandeció en Su fulgor, y el lodo se pudrió en su fetidez; por eso los que contemplaron el Sol lo celebraron con mayor alborozo que si no hubiera sido confrontado con el lodo como su contrario. Y así como es fétido el lodo en comparación con el Sol, el pecado del hombre es iniquidad frente a la justicia del Señor. Amarás, pues, la justicia, que es hermosa, y de la sórdida injusticia abominarás.

En esta inmundicia cayó una oveja del señor que había plantado aquel jardín. Pero el señor perdió la oveja, no por descuido suyo,

11. Véase Sabiduría 8,7.

sino porque ella misma, por propia voluntad, quiso marcharse. Más tarde el señor la buscó, con gran pasión y justicia. Entonces el coro de los ángeles, henchido de júbilo, se iluminó al ver al hombre en el cielo. ¿Qué significa esto?

Cuando el Cordero inocente exhaló el espíritu en la cruz, todos los elementos se estremecieron, porque el noble Hijo de la Virgen había muerto en Su cuerpo a manos de los homicidas. Por Su muerte, la oveja perdida fue devuelta a los pastos de la vida. Y al ver el antiguo perseguidor que, a causa de la sangre del Cordero inocente, derramada para salvar a los hombres del pecado, debía soltar aquella oveja, entonces, por vez primera comprendió Quién era este Cordero. Antes no había podido saber cómo este Pan Celestial, sin semilla de varón ni concupiscencia de pecado, se había encarnado de una Virgen, cobijada bajo la sombra del Espíritu Santo.

Pues Dios no quiso hacer frente con Su poder a este perseguidor que, al poco de ser creado, encumbrándose en un arrebato de soberbia, se precipitó él mismo a la muerte y arrojó al hombre de la gloria del Paraíso; antes bien, triunfó sobre él con la humildad, a través de Su Hijo. Y como Lucifer había escarnecido la justicia del Señor, no pudo conocer, por justo juicio de Dios, la Encarnación del Unigénito. Sí: por este designio secreto la oveja perdida fue llevada a la vida. Entonces, oh hombres rebeldes, ¿por qué sois tan duros de corazón? Dios no quiso abandonar al hombre, sino que envió a Su Hijo para salvarlo: así pisó la cabeza de la soberbia en la antigua serpiente. Pues al ser rescatado el hombre de los cepos de la muerte, el infierno abrió su mazmorra mientras Satán clamaba: «Ay, ay, ¿quién me ayudará?». Y he aquí que la hueste diabólica se dispersó con gran fragor, admirándose del poder tan extraordinario que era este, al que ni ellos ni su príncipe podían hacer frente, cuando vieron que les eran arrebatadas las almas fieles. Así, el hombre fue elevado por encima de los cielos porque, merced al Hijo de Dios, el Señor apareció en el hombre y el hombre en el Señor. Ahora bien, el señor que perdió la oveja y la llevó tan triunfalmente de vuelta a la vida tenía, a semejanza de la oveja, una perla de gran valor que también cayó y fue a parar al lodo. Y él, no permitiéndole yacer en la inmundicia, con clemencia la sacó; la purificó de toda aquella hez, como el oro en el crisol, y le restituyó su primitivo esplendor, con más brillo aún. Sí: Dios creó al hombre, pero este, por el hechizo del Demonio, se precipitó en la muerte de la que el Hijo de Dios lo rescató con Su sangre para conducirlo gloriosamente al fulgor celestial. ¿Cómo? Por la humildad y la caridad.

33. *Canto a la humildad y a la caridad, las virtudes más luminosas*

Fue la humildad la que hizo nacer al Hijo de Dios de la Virgen, humildad que no se encuentra ni en el puño del avaro, ni en la belleza de la carne, ni en las riquezas terrenas, ni en los atavíos de oro, ni en los honores mundanos; sino que el Hijo de Dios yacía en un pesebre, porque Su madre era pobre. Pero la humildad siempre gime, implora y destruye todos los crímenes: he aquí su tarea. Por tanto, que quien quiera derrotar al Demonio, se pertreche y arme con la humildad, pues Lucifer huye veloz de ella y al verla se esconde igual que serpiente en el hoyo: mira que allí donde lo atrape, rápidamente lo siega, como a brizna de cizaña.

La caridad trajo al Hijo de Dios del seno de Su Padre, en el cielo, a las entrañas de Su madre, en la tierra, porque no desprecia ni a publicanos ni a pecadores, sino que intenta salvarlos a todos. Por eso a veces hace manar una fuente de lágrimas de los ojos de sus fieles, para ablandar la dureza de sus corazones. La humildad y la caridad son luminosas, más que las otras virtudes, pues son como la trabazón de alma y cuerpo: reúnen una energía mayor que las fuerzas singulares del alma o de los miembros del cuerpo. ¿Cómo? La humildad es como el alma, y la caridad, como el cuerpo: no pueden separarse, sino que obran unidas; a semejanza de alma y cuerpo, que no pueden desligarse, pues han de cooperar durante todo el tiempo en que el espíritu habite la carne. Y así como los diversos miembros corporales están sometidos al alma y al cuerpo, según su naturaleza, las restantes virtudes colaboran, según su justicia, con la humildad y la caridad. Entonces, oh hombres: buscad la humildad y la caridad para gloria de Dios y salvación vuestra; armaos con ellas y no temeréis las celadas del Demonio, sino que alcanzaréis la vida eterna.

Que quien tenga, pues, la ciencia del Espíritu Santo y las alas de la fe, no pase indiferente por esta exhortación Mía, sino que la goce, celebrándola en el alma, y así la reciba.

Tercera visión

EL UNIVERSO

Luego vi un gran instrumento redondo y umbroso, semejante a un huevo, estrecho por arriba, ancho en su mitad y algo más ceñido en la parte inferior; por fuera rodeaba todo su contorno un brillante fuego, con una piel de tinieblas bajo él. En ese fuego había un globo de rojizas llamaradas y de tal magnitud que alumbraba todo el instrumento; por encima de él, tres teas ordenadas en hilera vertical sostenían con sus llamas el globo para que no cayera. A veces este globo se elevaba; entonces, una gran cantidad de fuego iba a su encuentro y lanzaba llamas más largas; otras veces, el globo descendía y acudían a él raudales de frío, por lo que sus llamas se amortiguaban. Pero del fuego que rodeaba este instrumento irrumpió una ráfaga de aire con torbellinos, y de la piel bajo él salió rebullendo otra ráfaga con torbellinos, que se extendieron por doquier en el instrumento. En esa misma piel había un fuego tenebroso, tan terrible que ni siquiera podía mirarlo, y que fustigaba con su ímpetu la piel toda, lleno de estampidos, de tempestades y de afiladísimas piedras, grandes y pequeñas. Mientras hacía retumbar sus truenos, el fuego brillante, los vientos y el aire se estremecían, de manera que los relámpagos precedían a los truenos, pues el fuego sentía en su seno el primer agitarse de los estampidos.

Pero bajo esta piel había un éter purísimo, sin otra piel debajo, y en el que vi un inmenso globo de fuego incandescente, con dos claras teas encima, que lo encauzaban en su trayectoria. El éter albergaba en todo su ámbito muchas esferas radiantes, sobre las que este globo, a veces, aliviaba un tanto su fuego, enviándoles su claridad; luego tornaba junto al globo de rojizo fulgor, restablecía sus llamas en él, y de nuevo las lanzaba sobre las esferas. Y del éter brotó una ráfaga de aire con torbellinos, que se extendía por doquier en el instrumento.

Y bajo el éter vi un aire acuoso, con una piel alba debajo que, desplegándose de aquí a allá, llevaba humedad a todo el instrumento. A veces, se contraía de pronto, y desencadenaba un raudo torren-

te de aguas fragorosas; luego se distendía sosegadamente y derramaba una tenue lluvia de suave cadencia. Pero de aquí también brotó una ráfaga de aire con torbellinos, que se extendió por doquier en el instrumento.

Y, en medio de estos elementos, había un enorme globo de arena que, rodeado por ellos, no podía desplazarse ni a un lado ni a otro. Mas la fuerza del entrechocar los elementos con el embate de las ráfagas de aire, a veces lo movía ligeramente.

Entonces vi, entre el Aquilón y el Oriente, un monte muy grande, cubierto de lóbregas sombras por el lado del Aquilón, y de una inmensa luz por el lado de Oriente, pero de tal manera que ni las tinieblas alcanzaban la luz, ni la luz a las tinieblas.

Luego oí una voz que me decía desde el cielo:

1. *Lo invisible y eterno se manifiesta a través de lo visible y temporal*

Dios, que todo lo hizo según Su voluntad, lo creó para conocimiento y gloria de Su nombre; y, a través de lo visible y temporal que se muestra en Sus obras, manifiesta lo invisible y eterno. Esto enseña la visión que contemplas.

2. *El firmamento, creado a semejanza de un huevo, y qué significa*

Este *gran instrumento redondo y umbroso que ves, semejante a un huevo, estrecho por arriba, ancho en su mitad y algo más ceñido en la parte inferior,* representa al Dios Todopoderoso según la fe, inabarcable en Su majestad, insondable en Sus misterios, esperanza de todos los fieles, que al principio eran hombres rudos y simples en sus actos, pero que después medraron en el Antiguo y Nuevo Testamento y que, al final del mundo, serán oprimidos por muchas angustias y zozobras.

3. *Significado del fuego brillante y la piel de tinieblas*

Por fuera rodeaba todo su contorno un brillante fuego, con una piel de tinieblas bajo él: significa que el Señor abrasa por doquier con el fuego de Su venganza a cuantos están fuera de la fe verdadera; y a los que permanecen en el seno de la fe católica, por doquier los pu-

rifica con el fuego de Su consuelo: así prosterna las tinieblas de la abyección diabólica, como abatió al Demonio que, cuando fue creado por Dios, quiso enfrentarse a Él y cayó derrotado en la perdición.

4. *Significado del sol y las tres estrellas*

En ese fuego había un globo de rojizas llamaradas y de tal magnitud, que alumbraba todo el instrumento y que, con el esplendor de su claridad, muestra que en Dios Padre está Su inefable Unigénito, Sol de Justicia, que brilla con el fuego del amor en Sus rayos y cuya infinita gloria ilustra a todas las criaturas con el fulgor de Su luz. *Por encima de él, tres teas ordenadas en hilera vertical sostenían con sus llamas el globo para que no cayera*: por su orden muestran que, dejando a los ángeles en las alturas, el Hijo de Dios descendió del Cielo a la tierra, donde el ángel Lo había anunciado a los hombres, que subsisten en cuerpo y alma, y donde ellos Le acogieron con fiel alborozo: Él manifestó lo celestial a los que viven en cuerpo y alma, y ellos Le glorificaron al seguir Su luz, rechazando el aciago error, y Le ensalzaron como Hijo de Dios verdadero, encarnado de una Virgen verdadera.

5. *Significado de la ascensión del sol*

A veces este globo se elevaba; entonces, una gran cantidad de fuego iba a su encuentro y lanzaba llamas más largas; porque cuando llegó el tiempo en que, por voluntad del Padre, el Unigénito de Dios habría de encarnarse para redimir y elevar al género humano, el Espíritu Santo obró prodigiosamente supremos misterios, merced al poder del Padre, en la Virgen bienaventurada; así, al hacer fecunda la pureza virginal con el Hijo de Dios, le confirió un extraordinario fulgor que la glorificó; pues en la noble Virgen María se cumplió la anhelada Encarnación.

6. *Significado del descenso del sol*

Otras veces, el globo descendía y acudían a él raudales de frío, por lo que sus llamas se amortiguaban: revela que el Unigénito de Dios, nacido de una Virgen y, por ello, inclinado misericordiosamente hacia la pobreza de los hombres, soportó infinita angustia en

Su cuerpo por las muchas tribulaciones que Le atenazaron; y, cuando Se hubo manifestado corporalmente en la tierra, pasó de este mundo al Padre, en presencia de Sus discípulos, como está escrito:

7. *Palabras de los Hechos de los Apóstoles*

«Fue levantado, en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos»[1]. Así dice: cuando los hijos de la Iglesia hubieron recibido al Hijo de Dios en la ciencia interior de sus corazones, Su Cuerpo Santo se elevó por poder de Su Divinidad. Y, en un milagro místico, la nube del secreto misterio Le acogió, ocultándolo a los ojos mortales; y el soplo de los vientos Le ofreció su servidumbre.

8. *Significado de la primera ráfaga y sus torbellinos*

Pero del fuego que rodeaba este instrumento irrumpió una ráfaga de aire con torbellinos: muestra que del Dios Todopoderoso, que llena el orbe entero con Su poder, dimana la propagación de la verdad con palabras de justicia, en las que el Dios vivo y veraz se revela en la verdad a los hombres.

9. *Significado de la segunda ráfaga y sus torbellinos*

Y de la piel bajo él salió rebullendo otra ráfaga con torbellinos: porque la furia diabólica, que no ignora a Dios, sino que Le teme, exhala la funesta infamia con malvadas soflamas; *que se extendieron por doquier en el instrumento*: pues los rumores útiles y los nefastos se difunden entre los pueblos del mundo, por distintos rumbos.

10. *Significado del fuego, del trueno y de las piedras*

En esa misma piel había un fuego tenebroso, tan terrible que ni siquiera podías mirarlo: de las viles y abyectas celadas del viejo asechador irrumpe la turbia bocanada del más oscuro crimen con tal furor, que el entendimiento humano no puede calibrar su locura. *Y fustigaba con su ímpetu la piel toda*, pues el homicidio abrazó con

1. Hechos 1,9.

su horror toda la malignidad diabólica cuando en el primogénito estalló el odio, prendido por la hiel, y cometió un fratricidio; *lleno de estampidos, de tempestades y de afiladísimas piedras, grandes y pequeñas*: porque el homicidio rebosa ansia, turbulencia de ánimo y acerada dureza de corazón, que revientan despiadadamente tanto en los grandes crímenes como en las pequeñas intemperancias. *Mientras hacía retumbar sus truenos, el fuego brillante, los vientos y el aire se estremecían*: mientras el homicidio, con su sed por derramar sangre, prorrumpe en estridencias, se suscita el supremo juicio, y el soplo de los rumores que vuelan difundiendo el clamoreo, y el ondear de estandartes alzados que piden la venganza de un justo juicio. *De manera que los relámpagos precedían a los truenos, pues el fuego sentía en su seno el primer agitarse de los estampidos*: el destello de la mirada divina, superando esta maldad, la aplasta; pues antes de que el fragor de esa locura se manifieste a plena luz, la Divina Majestad la prevé con Su clarividente ojo, para el que todo está desnudo.

11. *Significado del éter purísimo, de la luna y de las dos estrellas*

Bajo esta piel había un éter purísimo, sin otra piel debajo: porque, bajo las insidias del viejo asechador, brilla una serenísima fe que no alberga sombra alguna de zozobra o de impiedad, pues no se fundamenta en sí misma, sino que pende de Cristo; *y en el que viste un inmenso globo de fuego incandescente*: representa, verdaderamente, a la invicta Iglesia que, como ves, lleva consigo en la fe la claridad de la diáfana inocencia y gran esplendor. *Con dos claras teas encima, que lo encauzaban en su trayectoria*: señalan los dos testimonios dimanados de las alturas, el de la antigua y el de la nueva autoridad, que encauzan a la Iglesia en los preceptos divinos de los secretos celestes: la orientan para que no se precipite y se disgregue en la mudanza y divergencia de procederes, porque el Antiguo y Nuevo Testimonio le enseñan la bienaventuranza de la suprema herencia.

12. *Significado de las demás estrellas*

El éter albergaba en todo su ámbito muchas esferas radiantes, sobre las que este globo, a veces, aliviaba un tanto su fuego, enviándoles su claridad: pues en la pureza de la fe aparecen por doquier muchas esplendorosas obras de piedad, en las que la Iglesia, llegado el tiempo en que haya de soportar el escarnio de sus palabras, irra-

diará el fulgor de sus maravillas; y, mientras esté sumida en el quebranto, admirará las luminosas obras de los hombres perfectos que alumbran a otros. *Luego tornaba junto al globo de rojizo fulgor, restablecía sus llamas en él, y de nuevo las lanzaba sobre las esferas*: porque, mortificada, corre bajo el amparo del Hijo Único de Dios: de Él recibe el aliento de la confortación divina, y así manifiesta, en obras bienaventuradas, su amor por lo celestial.

13. *Significado de la tercera ráfaga y sus torbellinos*

Y del éter brotó una ráfaga de aire con torbellinos, que se extendía por doquier en el instrumento: pues de la unidad de la fe dimana, para auxilio de los hombres, una poderosa buena nueva con palabras de verdad y plenitud que rápidamente conmueven hasta los últimos confines del mundo.

14. *El aire acuoso y la piel alba*

Y bajo el éter viste un aire acuoso con una piel alba debajo que, desplegándose de aquí a allá, llevaba humedad a todo el instrumento: porque, bajo la fe de los antiguos y nuevos padres, fundado sobre la inocencia de la roca bienaventurada, se halla el bautismo en la Iglesia para salvación de los fieles, como te ha sido verdaderamente manifestado, y se difunde por doquier, merced a la inspiración divina, llevando al orbe universo el manantial que brinda la salud a los creyentes. *A veces, se contraía de pronto y desencadenaba un raudo torrente de aguas fragorosas; luego se distendía sosegadamente y derramaba una tenue lluvia de suave cadencia*: a veces, los heraldos de la verdad, con su veloz discurso y en éxtasis la mente, predican el bautismo a los hombres atónitos en medio de una rápida abundancia de palabras que lleva el raudal de la voz; en cambio, otras veces, esos mismos predicadores lo difunden con suave temperamento, y se propaga sobre los pueblos elegidos como dulce rocío en la calma.

15. *La cuarta ráfaga y sus torbellinos*

Pero de aquí también brotó una ráfaga de aire con torbellinos, que se extendió por doquier en el instrumento: del manantial del

bautismo, que trae la salvación a los creyentes, sale una verdadera buena nueva con la poderosa palabra de la predicación, que inunda el mundo todo con las manifestaciones de su bienaventuranza, como se muestra abiertamente en los pueblos que abandonan la impiedad y abrazan la fe católica.

16. *Significado del globo de arena*

Y, en medio de estos elementos, había un enorme globo de arena que, rodeado por ellos, no podía desplazarse ni a un lado ni a otro: esto manifiesta claramente al hombre, imbuido de hondo entendimiento, que habita en medio de las fuerzas de la creación divina, hecho del barro de la tierra con gran gloria y tan unido a las energías de la creación, que no puede separarse de ellas; porque los elementos del mundo, fundados para servir al hombre, le rinden vasallaje, y él está sentado en medio de ellos, gobernándolos por designio divino, como dice David, inspirado por Mí:

17. *Palabras de David*

«De gloria y de esplendor le coronaste, le hiciste señor de las obras de tus manos»[2]. Así dice: Oh Señor, Tú que maravillosamente hiciste todo cuanto existe, coronaste al hombre con el halo dorado y púrpura del entendimiento, con la majestuosa túnica de la belleza visible le ataviaste, y así le proclamaste príncipe, ensalzado sobre la altura de Tus perfectas obras, que con mano justa y buena dispusiste en Tu Creación. Sí, por encima de todas las criaturas Tú concediste al hombre grandes y admirables honores.

18. *El temblor de la tierra y su significado*

Pero la fuerza del entrechocar los elementos con el embate de las ráfagas de aire, a veces lo movía ligeramente: porque cuando llega el tiempo en que las criaturas del Señor, al oír las maravillas de su Creador, se abrazan unas a otras, así que la maravilla se enlaza a la maravilla en el gran clamor de las palabras, el hombre, estremecido por la fuerza de los prodigios, siente la conmoción de su mente y su cuerpo,

2. Salmos 8,6-7.

mientras que, asombrado ante estos milagros, capta su propia fragilidad extremada.

19. *El gran monte entre el Aquilón y el Oriente*

Entonces viste, entre el Aquilón y el Oriente, un monte muy grande, cubierto de lóbregas sombras por el lado del Aquilón, y de una inmensa luz por el lado del Oriente, pues entre la impiedad diabólica y la bondad divina se encuentra la gran caída humana: alberga el infinito quebranto de la condena para los réprobos, que caminaron bajo la sombra del aciago error, y la inmensa dicha del rescate para los elegidos, que recorrieron la luminosa senda de la anhelada salvación. *Pero de tal manera que ni las tinieblas alcanzaban la luz, ni la luz a las tinieblas*: porque no se mezclarán las obras de luz con las de tinieblas, ni las obras de tinieblas se elevarán hacia la luz, aun cuando el Demonio trate sin cesar de entenebrecerlas, a través de los malvados, paganos, herejes, falsos profetas y todos aquellos a los que estos intentan atraerse con argucias y engaños. ¿Cómo? Porque se obstinan en saber lo que no pueden, imitando al que trató de semejarse al Altísimo; y como así le siguen, él responde a sus deseos y les enseña la mentira como verdad. Por tanto, no están Conmigo, ni Yo con ellos; mira que no recorren Mis caminos, por extraños senderos se perdieron, buscando cuantas fantasías les revele, con engaño, sobre lo venidero una necia criatura. Y en todo esto confían, según la perfidia con que van en pos de ello, escarneciéndome y despreciando a Mis santos, que con sincero corazón Me aman.

20. *De los que con artes perversas escudriñan lo venidero*

Pero ¿acaso pueden estos hombres que, con malas artes, tan pertinazmente Me tientan, que escrutan las criaturas hechas para servirles buscando que les revelen cuanto su voluntad ansía saber, quizá pueden, digo, alargar o acortar con sus vaticinios el tiempo que su Creador les ha dado para vivir? En verdad que no: ni por un día, ni siquiera por una hora lo conseguirían. ¿O es que pueden postergar lo que Dios ha predestinado? En modo alguno pueden. Oh miserables: ¿acaso no permito que, a veces, las criaturas anuncien vuestras tribulaciones y dichas, cuyos signos portan porque Me temen, a Mí, el Señor, igual que el siervo en ocasiones hace ostenta-

ción del poder de su dueño, y como el buey, el asno y otros animales manifiestan la voluntad de sus amos al cumplirla fielmente en su servicio? Oh insensatos, cuando Me relegáis al olvido sin contemplarme ni adorarme, y sólo tenéis ojos para ver qué augura y revela una criatura sometida a vosotros, entonces vuestra pertinacia Me escarnece, pues veneráis a una débil criatura en lugar de a vuestro Creador. Así que te digo: oh hombre, ¿por qué adoras a una criatura que ni puede consolarte ni ayudarte, ni te hará medrar en la dicha, como proclaman los astrólogos, artífices de la muerte, y cuantos les siguen en la impiedad pagana, diciendo que las criaturas os dan la vida y rigen todos vuestros actos? Pero, oh insensatos, ¿Quién hizo las estrellas? Sin embargo, a veces permito que las estrellas anuncien, con sus signos, ciertos hechos a los hombres, como enseñó Mi Hijo en el Evangelio cuando dijo:

21. *Palabras del Evangelio*

«Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas»[3]. Así dice: la luz de estas luminarias está para servir a los hombres, y en sus revoluciones se manifiesta el tiempo de los tiempos. Por tanto, cuando llegue la plenitud del mundo, con Mi permiso anunciarán días de quebranto y tribulación: los rayos del sol, el reverberar de la luna y la claridad de las estrellas se apagarán entonces para que los corazones de los hombres se estremezcan. Así también, una estrella anunció, por voluntad Mía, la Encarnación de Mi Hijo. Sin embargo, el hombre no tiene una estrella propia que rija su vida, como algunos necios, en su desatino, tratan de probar; sino que todas las estrellas están, por igual, al servicio de todos los hombres. Y si esa estrella resplandeció con mayor brillo que las otras, fue porque Mi Unigénito nació, a diferencia de los demás hombres, en un parto virginal sin pecado; pero no Le prestó ayuda alguna, salvo la de anunciar fielmente Su Encarnación al pueblo; porque las estrellas todas y las criaturas que Me temen sólo cumplen Mis mandatos, y no poseen ciencia alguna sobre el acaecer de las demás. Sí, cuando Me complace, las criaturas revelan Mis designios, como un orfebre que, al fabricar una moneda, graba en ella una determinada figura: la moneda sólo mostrará esa imagen que le fue labrada, pero no tendrá potestad alguna por el grabado que ostente, ni sabrá cuándo querrá el artesano modificarlo,

3. Lucas 21,25.

porque no podrá discernir si su forma durará mucho o poco tiempo. ¿Qué quiere decir esto?

Oh hombre, imagina ante ti, en el suelo, una piedra en la que, fijándote mucho, interpretaras ciertos signos de lo que te aguarda en tiempos venideros y que, entonces, según tu falsa conjetura, afligido por el infortunio o alborozado por la dicha, exclamaras: «¡Maldición, voy a morir!»; o por el contrario: «¡Albricias, viviré!»; o bien: «¡Cuánta desventura!»; o en cambio: «¡Qué gran dicha veré!»; dime: ¿en qué te habrá aprovechado esta piedra, y qué te dará o qué te arrebatará, si no puede ni dañarte ni favorecerte?

Asimismo: ni los indicios que descifres en las estrellas, o en el fuego, o en las aves, o en cualquier otra criatura semejante, podrán perjudicarte o ayudarte. Porque si te encomiendas a una criatura, hecha para servirte, y Me desprecias, entonces también Yo, por justo juicio Mío, apartaré de ti Mis ojos y te arrebataré la dicha de Mi Reino. Mira: no quiero que escrutes las estrellas, ni el fuego, ni las aves ni otras criaturas semejantes en pos de lo venidero, pues si con pertinacia porfías en escudriñarlas, tus ojos Me afrentarán y te abatiré como al ángel perdido, que se exilió de la verdad y él mismo se precipitó en la condenación.

Oh hombre, ¿dónde estabas tú cuando formaba Yo las estrellas y las otras criaturas? ¿Tal vez aconsejaste a Dios cómo crearlas? Pero la soberbia de tamaña curiosidad surgió en el primer cisma: cuando los hombres relegaron a Dios al olvido y, un pueblo tras otro, escudriñaron con arrogancia las criaturas, buscando en ellas distintos indicios sobre lo venidero. Así se alzó el error de Baal: los hombres adoraban, repletos de engaños, a una criatura del Señor en lugar de al mismo Dios, a lo que les instigó la irrisión diabólica, porque como volvieron los ojos a la criatura en vez de al Creador, quisieron saber lo que no debían.

22. *Cómo burla el Demonio a los hombres con la magia*

Y desgracias peores sucedieron cuando los hombres, cautivados por el Demonio, empezaron a embriagarse con las artes de la magia, llegando a ver y a oír a Satanás: él mismo les hablaba con argucias y les hacía tomar por otra la criatura que contemplaban. Mas no quiero decir cómo instruyó el Demonio a los primeros mentirosos, que lo ven y oyen si le invocan según les enseñó; pero estos son enteramente culpables de su abominación, cuando así reniegan de Mí, que soy su Dios, imitando al antiguo seductor. Oh hombre, mira que te

rescaté con la sangre de Mi Hijo, no con vil iniquidad, sino con inmensa justicia; en cambio, tú Me abandonas, a Mí, que soy el Dios verdadero, y vas en pos de aquel que es un mentiroso. Yo soy la Justicia y la Verdad: te prevengo con la fe, te exhorto con el amor, y te rescato por la penitencia para que, aun cubierto de sangre por las heridas del pecado, te levantes, sin embargo, de tu caída en la ruina. Y si, a pesar de todo, Me desprecias, tu destino será semejante al que cuenta esta parábola, que dice así:

23. *Parábola sobre esto*

Cierto señor, que tenía muchos siervos bajo su mando, entregó a cada uno de ellos diversas armas de guerra, recomendándoles: «Sed honrados y eficaces. Rechazad la pereza y la apatía». Pero cuando marchaba con ellos, a los siervos les llamó la atención un malvado asechador, inventor de malas artes, que estaba junto al camino. Y algunos de ellos, engañados, dijeron: «Queremos aprender las artes de este hombre». Y, arrojando las armas de guerra que llevaban, se acercaron corriendo a él. Los otros siervos les preguntaron: «¿Qué hacéis imitando a ese mentiroso y provocando la ira de nuestro señor?». Y aquellos les respondieron: «¿Qué tiene que oponer a esto nuestro señor?». Entonces, el señor de los siervos les habló: «¡Oh siervos malvados! ¿Por qué habéis arrojado las armas que os entregué? ¿Y por qué preferís ir en pos de esta vanidad que permanecer a mi servicio, si yo soy vuestro señor y vosotros mis siervos? Seguid, pues, a este mentiroso como deseáis, porque no queréis servirme a mí. Y sabréis en qué os aprovechará su necedad». Y así los despidió. La parábola quiere decir esto:

Ese señor es el Dios Omnipotente: gobierna a todos los pueblos, que están bajo Su poder. Él armó a cada hombre con el entendimiento, y les mandó que fueran valientes, que velaran en el ejercicio de la virtud y apartaran de sí la maldad y la negligencia. Pero mientras los hombres marchan por el camino de la verdad, dispuestos a recorrerlo según los mandatos divinos, les asaltan muchas tentaciones, así que reparan en el Demonio, seductor del mundo entero y malvado sembrador de toda la cizaña, que acecha, no en la senda de la verdad, sino en las zanjas, emboscado en sus celadas. Entonces algunos, que prefieren la injusticia a la rectitud, enartados por el Diablo, ponen más empeño en imitar los vicios del antiguo seductor que en cumplir las virtudes de Dios. Y los ojos del entendimiento con que debían mirar los mandatos divinos los extravían en la ciza-

ña de la iniquidad terrena, haciéndose vasallos del Demonio. Sus maestros, como compañeros suyos, les salen, reiteradamente, al encuentro: con las Santas Escrituras en la mano les reprochan su conducta y con fuerte voz les preguntan por qué confían en las fábulas diabólicas, concitándose la venganza divina. Pero ellos casi siempre desprecian estas exhortaciones, y afirman que apenas si afrentan a Dios con su soberbia, pecando sólo en nimiedades. Por tanto, al perseverar en su obstinación, oirán la sentencia divina: a estos siervos de la iniquidad se les imputará haber sofocado el entendimiento que el Cielo les dio y confiado en las mentiras del antiguo seductor antes que amar a su Creador, al que debieron servir con entusiasmo; así que, despreciados, se les destinará a que sigan las fantasías diabólicas, de acuerdo con sus obras, pues no han querido servir a Dios, y se verán obligados, entonces, a ponderar los frutos de tan vil seducción; de este modo rechazados, incurrirán en la condena, porque al arrumbar los preceptos divinos, se esforzaron por obedecer al Demonio antes que al Señor.

No quiero, pues, que los hombres, que deben conocerme por la fe, Me escarnezcan. Porque si Me desprecian y escrutan a una criatura sometida a ellos, imitando, de esta manera, al antiguo seductor, dejaré que cumplan, con la criatura y con el Demonio, cuanto apetezcan sus corazones para que sepan y sientan en su propia carne en qué les ha aprovechado la criatura a la que adoraron y el Demonio a quien siguieron[4].

24. *Cuándo irá el hombre a otro mundo*

Oh hombres necios, ¿por qué preguntáis a una criatura sobre la duración de vuestra vida? Ninguno de vosotros podrá saber el tiempo de su vida esquivarlo o franquearlo, fuera de lo que Yo le he señalado para vivir; porque, oh hombre, cuando tu salud se haya cumplido, en lo secular y en lo espiritual, dejarás este mundo y pasarás a aquel que no tiene fin. Por eso, si un hombre rebosa tanta fortaleza que arde en Mí más vivamente que otros, así que no se embriaga al oler los miasmas terrenos de los inmundos pecados, y esquiva las celadas de la antigua serpiente, no Me llevaré su espíritu de su cuerpo antes de que sus dulces frutos, llenos de suavísimo aroma, alcancen la sazón. Pero a quien estimo tan frágil que, molido de quebrantos su cuerpo y acobardado por el pánico ante el malva-

4. Véase Proverbios 1,31.

do asechador, apenas puede portar Mi yugo, Me lo llevo de este mundo antes de que empiece a secarse su alma, marchita en la tibieza. Pues Yo todo lo sé. Quiero, sin embargo, proporcionar al género humano toda la justicia para salvaguarda suya, de manera que ningún hombre pueda excusarse; porque les advierto y exhorto a cumplir la justicia cuando enarbolo ante ellos la sentencia de muerte, como si ya fueran a morir, y, en verdad, aún vivirán largos días. Pues ninguno podrá cambiar o postergar su tiempo a no ser que, según el fruto que vea en un hombre, y por voluntad Mía, le conceda seguir viviendo, como testimonia Job cuando dice:

25. *Palabras de Job*

«Un límite le has fijado que no franqueará»[5]. Así dice: Tú, que estás por encima de cuanto existe y todo lo prevés antes de que ocurra, también has fijado los límites de cada vida en el secreto de Tu Majestad. Y ni ciencia ni sabiduría ni destreza alguna los franquearán, cualquiera que sea la sazón, ni en la niñez ni en la juventud ni en la vejez de los hombres serán rebasados, si no es según la providencia de Tus secretos, Tú que dispusiste que el hombre fuera creado para gloria de Tu nombre.

26. *Palabras del Señor sobre esto*

He aquí, oh hombre, que antes de haber fundado Yo el mundo, te conocía. Sin embargo, quiero reflexionar sobre tus días, ponderando tus obras; discernir su utilidad; mirar cada uno de tus actos, con diligencia, profundamente. Pero al que Yo arrebate, de pronto, de este mundo temporal, es que habrá colmado ya la sazón de su vida; y si le prolongara sus días, falto ya de lozanía, no dará más buenos frutos, sino que, entibiado en la fe carnal, sólo exhalará el humo de las palabras vacías; y ni el latido secreto de su corazón podrá conmoverme entonces. Por eso no le doy más tiempo de vida y, antes de que caiga en el erial de la tibieza, Me lo llevo de este mundo. Pero a ti, oh hombre, te digo: ¿Por qué Me desprecias? ¿Acaso no te envié a Mis profetas?, ¿es que no entregué a Mi Hijo al madero de la cruz por tu salvación?, ¿quizá no te mandé a Mis após-

5. Job 14,5.

toles para que te enseñaran el camino de la verdad a través del Evangelio? Por tanto, no puedes excusarte, decir que no te he dado todo lo bueno. Entonces, ¿por qué Me abandonas?

27. *Dios no permitirá más los augurios con estrellas o criaturas*

Pero ese perverso error que es buscar indicios de rumbos venideros en las estrellas, en el fuego, en las aves o en otras criaturas semejantes, ya no lo permitiré más: todos los que, al principio, fraguaron este error por instigación del Demonio, despreciaron al Señor y rechazaron enteramente Sus preceptos, por lo que también ellos fueron despreciados. Mas Yo resplandezco en el fulgor de Mi Divinidad, por encima de todas las criaturas, y Mis maravillas se manifiestan a ti en Mis santos; así pues, no quiero que porfíes en tus augurios, sino que en Mí pongas tus ojos.

28. *De la insensatez y contumacia humanas*

Oh necio, ¿Quién soy Yo? En verdad que soy el Sumo Bien. Por tanto, te brindo todo lo bueno cuando con abnegación Me buscas. ¿Y quién crees tú que soy Yo? Yo soy Dios, y estoy por encima de todo y en todo. Pero quieres tratarme como a un campesino que teme a su señor. ¿Cómo? Sí, quieres que cumpla tu voluntad, mientras desprecias Mis mandamientos. Y Dios no es así. ¿Qué significa esto? Dios no conoce principio alguno ni teme ningún final. Los cielos resuenan cantándome alabanzas, Me contemplan y obedecen la justicia por la que los fundé. El sol, la luna y las estrellas aparecen en el nublado según sus trayectorias; las ráfagas de viento y la lluvia rebullen por los aires tal como se les estableció: todas estas obras acatan los mandatos de su Creador. Pero tú, oh hombre, no cumples Mis preceptos, sino que vas en pos de tu voluntad, como si la justicia de la Ley no te hubiera sido prescrita ni revelada. Tanta es tu contumacia que, aun siendo ceniza, no te basta la justicia de Mi Ley, arada y cultivada con la sangre de Mi Hijo y bien trillada por Mis santos del Antiguo y del Nuevo Testamento.

29. *Semejanza con el cabritillo, el ciervo y el lobo*

Pero, en tu gran desatino, querrías cogerme desprevenido cuando Me amenazas diciendo: «Si tanto le agrada a Dios que yo sea justo y bueno, ¿por qué no me hace probo?». Intentas, así, atraparme, como un arrogante cabritillo frente a un ciervo; mas este lo derribará y lo atravesará con sus poderosos cuernos. También Yo, cuando pretendas burlarme con la audacia de tu conducta, te abatiré, por justo juicio, con los preceptos de Mi Ley, a modo de cuernos. Porque estos son trompetas que resuenan en tus oídos, pero no las sigues, sino que corres en pos de un lobo al que crees tener tan domado, que no podrá dañarte. Y he aquí que este lobo te devorará, diciendo: «Esta oveja se desvió del camino, no quiso seguir a su pastor y vino corriendo tras de mí; por tanto, será mía, pues me eligió y abandonó a su pastor». Oh hombre, mira que el Señor es justo, y todo cuanto hizo en los Cielos y la tierra, según un orden justo lo dispuso.

30. *Comparación con un médico*

Yo soy el gran médico de todas las enfermedades, y procedo como un médico cuando ve a un enfermo que desea un remedio de todo corazón. ¿Qué significa esto? Si la enfermedad es leve, lo cura fácilmente. Pero si es grave, le dice al enfermo: «Te exijo plata y oro: si me los entregas, te ayudaré». Así hago Yo también, oh hombre. Los pecados menores los lavo con gemidos, lágrimas y la buena voluntad de los hombres. Mas cuando los pecados son graves, digo: Oh hombre, haz penitencia y enmiéndate. Entonces te mostraré Mi misericordia y te daré la vida eterna. No mirarás, en pos de tu sino, las estrellas ni las demás criaturas; no adorarás al Demonio, ni lo invocarás, ni le pedirás nada. Si quieres saber más de lo que te conviene, el antiguo seductor te engañará. Porque cuando el primer hombre buscó más de lo que debía, cayó en sus cepos y fue a la perdición. Sin embargo, el Demonio no supo que el hombre iba a ser redimido: el Hijo de Dios destruyó la muerte y desmoronó el Hades. Pues al principio, el Diablo venció al hombre a través de una mujer; pero, en el ocaso de los tiempos, el Señor aplastó al Demonio a través de una mujer que engendró al Hijo de Dios: Él redujo prodigiosamente a nada la obra diabólica, como testimonia Mi bienamado Juan cuando dice:

31. *Palabras de Juan*

«El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del Diablo»[6]. ¿Qué quiere decir esto? Para la salud y la salvación de los hombres se manifestó un sublime fulgor: el Hijo de Dios, revestido de la pobreza de un cuerpo humano, pero brillante como una estrella encendida entre nubes umbrosas; fue puesto en un lagar, donde se exprimiría un vino limpio de fermentos; porque Él mismo, piedra angular, cayó en el trujal y dio el vino de más espléndido y suave aroma. Y resplandeció entre el género humano como un hombre luminoso, sin que corriera por Sus venas sangre emponzoñada; y pisó con el calcañar de Su linaje la boca de la antigua serpiente, de sus entrañas de iniquidad deshizo todas las flechas, enherboladas de rabia y de hiel, y en aborrecible despojo la convirtió.

Que quien tenga, pues, la ciencia del Espíritu Santo y las alas de la fe, no pase indiferente por esta exhortación Mía, sino que la goce, celebrándola en el alma, y así la reciba.

6. 1 Juan 3,8.

Cuarta visión

EL HOMBRE EN SU TABERNÁCULO

Después vi un esplendor inmenso y muy sereno; relumbraba como a través de muchos ojos, con cuatro ángulos que señalaban las cuatro partes del mundo: representaba el secreto del Supremo Hacedor y me era revelado en medio de un gran misterio. En ese mismo esplendor apareció otro, semejante a la alborada, que albergaba un halo de fulgor purpúreo. Entonces vi hombres que, en la tierra, portaban ánforas de barro llenas de leche para fabricar queso. Una parte de esa leche era espesa, y con ella hicieron quesos fuertes; otra, ligera, con la que cuajaron quesos suaves; y la tercera parte, mezclada con fermento, la utilizaban para elaborar quesos amargos. Vi luego la imagen de una mujer que tenía una forma humana íntegra encerrada en su vientre. Y he aquí que, por secreto designio del Supremo Creador, esa forma de hombre realizó un movimiento como señal de vida; entonces una esfera de fuego sin rasgo humano alguno inundó el corazón de esa forma y, tocando su cerebro, se expandió a lo largo de todos sus miembros.

Después, la misma forma de hombre, así vivificada, salió del útero de la mujer y, según los movimientos de la esfera en su seno, cambiaba de color.

Y vi que una multitud de torbellinos invadía otra esfera semejante que permanecía en un cuerpo, y la inclinaba hacia la tierra. Pero la esfera, recobrada su fuerza, irguiéndose con valentía resistió vigorosamente el embate y dijo entre gemidos:

1. *Lamento del alma que a Sión regresa desde el camino del error*

Yo peregrina, ¿dónde estoy? En las sombras de la muerte. ¿Por qué camino voy? Por el camino del error. ¿Qué consuelo será el mío? El del peregrino será. Yo debí tener un tabernáculo adornado con cinco piedras cuadradas, luminosas, más que el sol y las estrellas; porque ni el sol de occidente ni las estrellas ponientes podrían brillar en ese tabernáculo, pues allí había de relumbrar la gloria de los ángeles: el topacio debía ser su fundamento, y todas las gemas su estructura; sus escalinatas de cristal, y su atrio cubierto de oro. Yo debí ser la consorte de los ángeles, porque soy el aliento de vida que Dios insufló al polvo de la tierra. Yo debería, por eso, conocer y sentir al Señor. Pero, ay, cuando mi tabernáculo comprendió que, con sus propios ojos, podía mirar todos los caminos, se orientó hacia el Aquilón. Ay, ay de mí. Allí fui capturada y despojada de mis ojos, y del gozo de la ciencia, y mi túnica toda desgarrada. Y así, expulsada de mi heredad, fui conducida a un lugar extraño, privado de toda belleza y esplendor, donde fui sometida a la peor esclavitud. Quienes me habían capturado me golpearon con sus puños, y hube de comer con los cerdos. Y enviándome a un páramo, me dieron de alimento unas hierbas muy amargas, untadas con miel. Luego, colocándome en un lagar, gran quebranto me infligieron. Después me arrancaron mis vestidos, y tras hacerme muchas heridas, me soltaron como ciervo ante una jauría: rabiosos y venenosos reptiles, serpientes, escorpiones, víboras y otros semejantes me persiguieron hasta apresarme. Me clavaron sus colmillos y aguijones hasta empaparme toda con sus venenos, con tal furia que adolecí. Entonces, riéndose, me preguntaron: «¿Dónde está ahora tu honra?». Ay, yo me estremecí toda, y con un gran gemido de dolor, me dije en mi corazón, silenciosamente: «Oh, ¿dónde estoy?, ay, ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué consuelo encontrar en este cautiverio? ¿Cómo romper esta cadena? ¿Qué ojos podrán contemplar mis heridas?, ¿qué nariz será capaz de soportar su espantoso hedor?, ¿qué manos las untarán con aceite? Ay, ¿quién dará misericordia a mi quebranto?

»Escuche el Cielo mi lamento, y tiemble la tierra por mi pesar: que todo cuanto vive se incline apiadado hacia mi cautividad. Pues el más amargo dolor me abruma: peregrina soy, sin consuelo ni cobijo. ¿Quién me alentará, si hasta mi propia madre me abandonó porque me alejé fuera del camino de salvación? ¿Quién sino Dios me ayudará? Cuando te recuerdo, oh madre Sión, donde yo debería vivir, miro la muy amarga servidumbre que me aprisiona; cuando a mi memoria

traigo las muchas músicas que tú desbordas, contemplo mis heridas; cuando evoco los gozos y alegrías de tu gloria, maldigo los venenos de mis llagas. Oh mi Señor, ¿a dónde me encaminaré? ¿A dónde huiré? No puedo contar siquiera mis infinitas penas; pues si persevero en esta senda del error, acabaré como compañera de aquellos con los que viví, oh malhadada, en la tierra de Babilonia. ¿Dónde estás tú, oh madre Sión? ¡Ay de mí! Pues para quebranto mío, de ti me aparté: ¡no haberte conocido y más leve sería mi penar! Ahora, en cambio, huiré de mis malvados compañeros; mira que la desventurada Babilonia me ha puesto en una balanza de plomo, con gruesos astiles me oprime, así que a duras penas puedo respirar. Pero cuando derramo mis lágrimas, gimiendo por ti, oh madre mía, la aciaga Babilonia alza un estrépito tal de aguas rugientes, que no puedes escuchar mi voz. Así pues, buscaré afanosamente los angostos caminos por los que lograré escapar de mis malvados compañeros y de mi infeliz cautiverio».

Y, dicho esto, me dirigí hacia un estrecho sendero, y me escondí en una pequeña cueva, de espaldas al Norte, para llorar amargamente porque había perdido a mi madre. Allí también rememoré todos mis quebrantos y mis agravios. Allí lloré y lloré, tanto y tantas veces, que inundé con mis lágrimas mi dolor todo y las cicatrices de mis heridas.

He aquí que entonces me alcanzó un suavísimo aroma, como si mi madre me enviara una dulce brisa. ¡Cuántos gemidos y lágrimas derramé al sentir este pequeño consuelo! Y allí con tantos gritos y llantos de júbilo exulté, que hasta el mismo monte en cuya cueva me escondía se estremeció. Y dije: «¡Oh madre, oh madre Sión! ¿Qué será de mí? ¿Dónde está ahora tu noble hija? ¡Oh cuánto, cuánto tiempo he sido privada de tu dulzura de madre, tú que, con tantas delicias, tiernamente me alimentabas!». Y las lágrimas me solazaban como si estuviera viendo a mi madre.

Pero mis enemigos, al escuchar mis gritos, dijeron: «¿Dónde se halla esta, a la que, hasta hoy, teníamos con nosotros, manejándola a nuestro antojo y apresurándose a cumplir nuestros deseos? ¡Ahora invoca a los moradores de los Cielos! Despleguemos todas nuestras artes y custodiémosla: abramos bien los ojos, prestemos oído, que no pueda escapar; pues ya la sometimos por completo una vez y, si hacemos esto, nos seguirá de nuevo».

Pero entonces yo, abandonando silenciosamente la cueva en la que me escondía, decidí encaminarme a una altura en la que mis enemigos no pudieran encontrarme. Sin embargo, ellos extendieron ante mí un mar tan embravecido que no pude atravesarlo; había,

también allí, un puente tan estrecho y pequeño, que no me atreví a pasar sobre él. Y en la orilla de este mar surgió una alta sierra tan llena de picachos, que me fue imposible cruzarla. Entonces exclamé: «¡Oh mísera de mí! ¿Qué haré yo ahora? Hacía poco había sentido la dulzura de mi madre, creyendo que me quería junto a sí. Pero, ¡ay!, ¿acaso me abandonaba de nuevo? ¡Ay! ¿a dónde encaminarme? Porque si regreso a mi antiguo cautiverio, mis enemigos se reirán de mí y me humillarán aún más que antes, pues me oyeron gritar, llorando, a mi madre; y ella otra vez me ha desamparado, luego de haber sentido brevemente su dulce aroma».

Pero, por esa dulzura de mi madre, percibida poco antes, me sentía ahora tan fuerte, que me encaminé hacia oriente y comencé a marchar por aquel estrecho sendero. La vereda estaba llena de matas espinosas, de zarzas y de otros obstáculos semejantes, y apenas era capaz de avanzar. Sin embargo, con gran ahínco y sudor pude finalmente recorrerla; y me sobrevino tal fatiga por el esfuerzo, que casi no podía respirar.

Así pues, con infinito agotamiento, alcancé por fin la cumbre del monte en el que antes me había escondido. Pero, cuando me disponía a descender hacia el valle, he aquí que salieron a mi encuentro serpientes, escorpiones y otros reptiles de esa especie, lanzando sus silbidos sobre mí. Yo, espantada, proferí grandes alaridos, diciendo: «¡Oh madre mía!, ¿dónde estás? Menos me dolería yo si no hubiera venido a mí tu dulce aroma; porque voy a caer de nuevo en el cautiverio en que yací. ¿Dónde está tu ayuda ahora?».

Entonces escuché la voz de mi madre que me decía:

2. *Las alas del alma*

«¡Oh hija mía, corre! Ya tienes alas para volar, mira que te las ha entregado el Dador Supremo, a Quien nadie puede hacer frente. ¡Rápido, vuela presurosa sobre la adversidad!». Y yo, reconfortada por tanto consuelo, tomé aquellas alas y volé rápidamente, dejando atrás aquellas fieras venenosas y mortíferas.

3. *Del tabernáculo en el que entró*

Llegué a un tabernáculo cuyo interior estaba construido todo él con un acero muy bien templado. Y apenas entré, ya hice obras de luz, cuando antes las había hecho de tinieblas. En la zona norte del

tabernáculo instalé una columna de hierro sin pulimentar, de la que colgué abanicos de distintas plumas, que se mecían aquí y allá. Encontré maná y comí. En la zona oriental edifiqué una muralla con piedras cuadradas. Y encendiendo allí un fuego, bebí un vino perfumado con mirra, y mosto. En la parte que mira al mediodía levanté una torre de piedras cuadradas de la que colgué escudos de color bermejo, y en sus ventanas coloqué trompetas de marfil. En el centro de esa torre derramé miel y preparé con ella y con hierbas aromáticas un bálsamo maravilloso, cuyo magnífico olor se extendió por todo el tabernáculo. Mas en la zona de occidente no hice obra alguna, pues estaba orientada hacia el mundo.

Mientras yo realizaba estos trabajos, mis enemigos cogieron sus aljabas y con sus flechas atacaron mi tabernáculo. Pero yo, atareada como estaba, no advertí su locura hasta que la puerta de mi tabernáculo se cubrió de saetas. Mas ninguna de aquellas flechas pudo atravesar la puerta, ni el acero de mi tabernáculo, y era, pues, imposible que me hiriesen. Al ver su fracaso, mis enemigos provocaron una crecida de agua para abatirme con mi tabernáculo. Tampoco prosperaron con esta nueva artimaña. Entonces me atreví a reírme de ellos, gritándoles: «El maestro que construyó este tabernáculo era más sabio y fuerte que vosotros. Recoged vuestras flechas y deponedlas; pues, en adelante, no lograrán victoria alguna de vuestra voluntad sobre mí. ¿Qué heridas me han infligido? En cambio, yo he entablado muchas batallas contra vosotros, con mucha fatiga y quebranto, cuando tratabais de entregarme a la muerte. Pero no pudisteis conseguirlo porque, protegida con poderosas armas, blandí contra vosotros espadas muy afiladas, y con ellas me defendí valientemente. Retiraos, pues, retiraos, mirad que ya no podréis jamás conquistarme».

4. *Lamento del alma que lucha contra los torbellinos diabólicos*

Pero yo, indocta y frágil criatura, vi cómo muchos torbellinos irrumpían en otra esfera queriendo derribarla, aunque no lo consiguieron porque ella, resistiendo con fuerza, no dio lugar a su furia. Y entonces se lamentó así: «Aun siendo tan pequeña, gran tarea es la que me aguarda. Oh, ¿qué soy yo? ¿Qué narra este lamento mío? Soy el aliento vivo en el hombre, insuflado en el tabernáculo de la médula, de las venas, de los huesos y de la carne: brindo a este tabernáculo su lozanía, soy la pujanza de todos sus movimientos. Pero, ay, su sensibilidad engendra sordidez, desenfreno, jactancia y todo

género de vicios. ¡Ay, grande es, entonces, mi gemido, terrible mi clamor! Pues cuando gozo de una vida próspera en las obras de mi tabernáculo, he aquí que me asalta la persuasión diabólica, por doquier me atenazan sus cepos, y me encumbra en la torre de la soberbia, así que, enardecida, muchas veces digo: "Me solazaré en la exuberancia de este mundo". Pues en mi tabernáculo comprendo todas mis obras, pero su avidez tanto me aturde, que no calibro mis actos antes de descubrir ya en mí sus crueles heridas. ¡Entonces me golpeo el pecho clamando! Y digo: "¡Oh Señor!, ¿acaso no soy obra de Tus manos? ¡Mira que la tierra vil me aplasta!". Y así empiezo a huir. ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo siente apetencia carnal, como me place ese acto, le doy satisfacción. Pero la razón, que en mí habita con la ciencia, me enseña que Dios me ha creado, y me hace entender por qué Adán, al quebrantar el precepto divino, se ocultó despavorido. Así, también yo temo y me escondo de la faz del Señor cuando siento que las obras de mi tabernáculo son contrarias a Él. Mas al ponderar la pesa de plomo del pecado, maldigo todas las obras que arden en las llamas del placer carnal».

5. *Los torbellinos que levanta la persuasión diabólica*

¡Ay de mí, que peregrina soy! ¿Cómo podré subsistir en medio de semejantes peligros? Y cuando la persuasión diabólica me asalte, diciéndome: «¿Acaso es bueno lo que ni conoces, ni ves, ni puedes hacer?», ¿qué será de mí entonces? Y cuando de nuevo me diga: «Lo que sí conoces y entiendes, y eres capaz de hacer, ¿por qué no lo haces?», ¿qué haré? Llena de dolor responderé: «¡Ah, miserable de mí! Pues por Adán heredé también yo su mortífero veneno: cuando quebrantó el precepto divino y se hizo peregrino en la tierra, se unió al tabernáculo de la carne». Porque con el sabor de la manzana que probó en desobediencia, penetró en su carne y en su sangre una perniciosa dulzura y así surgió la ponzoña de los vicios. Por eso, ahora, también yo siento en mí el pecado de la carne y olvido al Señor, que es todo pureza: la culpa me embriaga. Pero no debe seducirme este sabor que mi tabernáculo lleva consigo. Y pues Adán era puro y sencillo cuando, al principio, el Señor lo creó, temo a Dios, porque sé que también a mí me ha hecho pura y sencilla. Mas he aquí que, sumida en los vicios, camino por sendas de inquietud. ¡Oh, en todo esto soy peregrina! Por eso se alzan en mi corazón torbellinos que, con voces de discordia, muchas mentiras susurran, diciendo así: «¿Quién eres y qué haces?, ¿qué batallas son estas que

entablas? En verdad que eres desdichada: no sabes si tu obra es buena o mala. ¿A dónde irás al fin? ¿Quién te dará cobijo? ¿Qué errores son estos que te llevan a la locura? ¿Acaso cumples tus deseos? ¿Huyes, quizá, de lo que te atormenta? Oh, qué harás, de esto sabedora y de esto ignara. Mira que cuanto es deleite tuyo, te está prohibido y, por precepto divino, obligada estás a lo que te angustia. ¿Y cómo sabes tú si esto es de verdad así? Ah, más te valdría no haber nacido». Y apaciguados los torbellinos que en mí se sublevaban, empiezo a caminar por otra senda, fatigosa para mi carne, porque empiezo a obrar la justicia. Ah, pero de nuevo me asalta la duda de si esto es por don del Espíritu Santo o no, y digo: «¡Vana fatiga es esta!». Entonces quiero volar por encima del nublado. ¿Cómo? Es que quiero volar por encima de mi entendimiento, y emprender lo que no podré culminar. Pero, cuando trato de hacerlo, me sobreviene una inmensa tristeza, así que ni en la altura de la santidad ni en los llanos caminos de la buena voluntad valgo para obrar, sino que en todos mis rumbos llevo en mí la inquietud de la duda, la desesperanza, el quebranto y la opresión. Y cuando la persuasión diabólica así me desazona, oh cuántas desdichas me atenazan entonces: todos los males que hay o pueda haber en la ofensa, en la maldición, en la mortificación del cuerpo y del alma, en las blasfemias contra la pureza, el juicio y la altura del Señor me asaltan para desventura mía. Y esta iniquidad me subleva, me brinda los caminos de la muerte y me aleja de la vida: toda felicidad y todo bien que hay en el hombre y en Dios se tornarán para mí angustia y dolor. ¡Ah, qué atribulada esta lucha que así me lleva de fatiga en fatiga, de quebranto en quebranto, de discordia en discordia, arrebatándome toda la dicha!

6. *Por qué surgen estos errores*

¿De dónde procede el mal de estos errores? De aquí: la antigua serpiente tenía las entrañas ahítas de astucia, de engañosa malicia y del mortífero veneno de la iniquidad. Con su astucia me infunde la contumacia del pecado y despoja mi entendimiento del temor de Dios, así que no me asusta pecar, y digo: «¿Quién es Dios? No sé quién es Dios». Con su engañosa malicia me inculca la porfía, y me encono en el mal. Pero con el mortífero veneno de la iniquidad me arrebata todo el alborozo del espíritu, y no puedo ya regocijarme ni en el Señor ni en el hombre; así me induce a la zozobra de la desesperanza, y entonces dudo si podré salvarme o no. Oh, ¿qué tabernáculos son estos que tantos peligros afrontan entre celadas diabólicas?

Pero cuando, por don del Señor, recuerdo que soy obra de Sus manos, entonces, sumida en estas congojas, respondo así a las persuasiones diabólicas: «No cederé a la frágil tierra, entablaré duro combate». ¿Cómo? Cuando mi tabernáculo quiera cometer iniquidad, con sabia paciencia subyugaré mi médula, mi sangre, mi carne, como el fuerte león se defiende y la serpiente corre a su hoyo para escapar del golpe de la muerte. No me dejaré herir por los dardos del Demonio, ni seré presa del placer carnal. ¿Cómo?

7. *Cómo reprimir la ira, el odio y la soberbia*

Cuando la ira quiera incendiar mi tabernáculo, miraré la bondad del Señor, al que jamás alcanzó la ira; seré, entonces, más suave que la brisa que rocía los eriales con su frescor; y el júbilo del espíritu me colmará cuando las virtudes empiecen a mostrar en mi corazón su lozanía. Así es como siento la bondad del Señor.

Pero cuando el odio intente entenebrecerme, contemplaré la misericordia y el martirio del Hijo de Dios, y así subyugaré mi carne; entonces, con este fiel recuerdo, me llegará de las espinas el suave aroma de las rosas: y así es como reconozco a mi Redentor.

Y cuando la soberbia trate de levantar en mí la torre de la vanidad, sin cimientos de piedra, erigir esa cúspide que no desea rivales y siempre descolla, ¿quién me ayudará si la antigua serpiente, que queriendo encumbrarse por encima del mundo cayó a la muerte, intenta abatirme con ella? Entonces, llena de quebranto, clamaré: «¡Dónde estás, Rey mío y Dios mío! ¿Qué bien puedo hacer sin el Señor? Ninguno». Así miraré a Dios, que me ha dado la vida, y correré hacia la Virgen bienaventurada, que holló la soberbia de la antigua caverna: en firme piedra de la casa del Señor me convertiré, y el codicioso lobo, estrangulado por el arpón de la divinidad, ya nunca prevalecerá sobre mí. Y así es como conozco, en la excelencia del Señor, el suavísimo bien de la humildad; y siento la calma del bálsamo inagotable, alborozada en la dulzura del Señor, como aspirando el olor de todos los aromas. Entonces la humildad será mi fuerte escudo: amparada en ella rechazaré todos los vicios.

8. *Lamento del alma que temerosa sale de su tabernáculo*

Pero entonces yo, pobre de espíritu, vi cómo otra esfera, condensándose —separándose de los contornos de su forma—, soltaba sus ataduras, entre gemidos se liberaba de ellas y, afligida, abandonaba

su morada. Y dijo: «Saldré de mi tabernáculo; pero, llena de quebrantos y mísera como soy, ¿a dónde me encaminaré? ¡Por sendas tenebrosas y temibles iré ante el tribunal donde seré juzgada! Allí he de presentar las obras que realicé en mi tabernáculo, y allí se me retribuirá según mis méritos. ¡Oh, cuánto temor y angustia me aguardan allí!». *Cuando se hubo así desatado, vinieron unos espíritus de luz y de sombras, que habían sido compañeros suyos, conforme a los rumbos de su vida, en su morada; esperaban su desenlace para, una vez desligada, llevársela con ellos.* Y oí una voz viviente que les decía: «Según sus obras, sea conducida de aquí a allí».

Luego escuché una voz que me decía desde el Cielo: «La inefable y bienaventurada Trinidad se manifestó al mundo cuando el Padre envió a Su Unigénito a la tierra, concebido por el Espíritu Santo y nacido de una Virgen, para que llevara a los hombres, nacidos en la mudanza y encadenados a muchas culpas, de vuelta al camino de la verdad, así que éstos, liberados de las ataduras de la carga corporal y llevando consigo obras buenas y santas, alcanzaran el júbilo de la suprema herencia».

9. *Nada puede oscurecer la ciencia de Dios*

Para que captes más hondamente esto, oh hombre, y con mayor claridad lo proclames *has visto un esplendor inmenso y muy sereno; relumbraba como a través de muchos ojos, con cuatro ángulos que señalaban las cuatro partes del mundo*: esto representa la ciencia de Dios, grande en sus misterios, pura en sus manifestaciones, que destella en la insondable profundidad de su clarividencia, extendiendo los agudísimos haces de su fundamento cuadrangular en las cuatro partes del mundo, donde con penetrante ojo prevé a los que vendrán, a los que serán congregados y a los que serán rechazados, y que muestra el misterio de la suprema Majestad, a ti revelado, como contemplas, en un inmenso símbolo de excelsitud y hondura. *En ese mismo esplendor apareció otro, semejante a la alborada, que albergaba un halo de fulgor purpúreo*: porque la ciencia de Dios también manifiesta que el Unigénito del Padre, revestido de carne en una Virgen, presto derramó Su sangre en el diáfano esplendor de la fe por la salvación de los hombres; así, en esta ciencia de Dios se revelarán los buenos y los réprobos, pues no hay tiniebla que la oscurezca jamás. Pero tú, oh hombre, clamas: «¿Qué puede hacer el hombre si Dios ya sabe de antemano cuanto hará?». Entonces, oh hombre, te responderé:

10. *En la belleza de la justicia de Dios no hay iniquidad alguna*

¡Oh insensato! Con la maldad de tu corazón vas en pos de aquel que fue el primero en desdeñar la senda de la verdad y la cambió por la mentira cuando quiso semejarse al Sumo Bien. ¿Quién podrá oscurecer el principio y el fin? El que es, fue y permanecerá. Pero ¿qué eres tú, en cambio?, ¡tamo y ceniza eres! Y ¿qué sabes tú, si nada eras? Mas he aquí que, teniendo un desventurado inicio y un miserable fin, vienes a impugnar lo que ni sabes ni debes saber: la infinita belleza de la justicia del Señor, en la que ni hubo ni hay ni habrá nunca sombra de iniquidad. ¡Oh insensato! ¿Dónde crees tú que está el padre de la iniquidad a quien imitas? Te diré qué significa esto: Cuando la soberbia te enardece, querrías encumbrarte por encima de los astros, de las demás criaturas y de los ángeles, que en todo cumplen los mandatos del Señor. Pero caerás, como también cayó aquel que cambió la mentira por la verdad. Mira que éste amaba la mentira, así que, envuelto en sombras de muerte, se precipitó al abismo. Luego escucha Mis palabras, oh hombre: si cuando no contemplas la caridad con la que Dios te liberó, ni estimas los muchos bienes que siempre te otorga el Señor, ni oyes cómo te llama para que salgas de la muerte; tú, que tantas veces sucumbes al pecado y amas la muerte más que la vida, al cabo trajeras de nuevo a tu corazón las Escrituras y las enseñanzas que te inculcaron los antiguos y fieles padres —que te apartes del mal y obres el bien— y, desde el fondo del alma, dijeras: «He pecado gravemente; me levantaré con la penitencia justa y volveré a mi Padre, que me ha creado», entonces este Padre tuyo con bondad te acogerá, y te pondrá en Su seno, y Su dulce abrazo te colmará. En cambio, ahora desdeñas conocer la bienaventuranza que el Señor te brinda, no quieres escuchar Su justicia ni cumplirla. ¿Acaso no serías capaz de sostener, si pudieras, que el juicio de Dios es inicuo más que verdadero? Por eso, de no haber sido rescatado con la sangre del Hijo de Dios, yacerías extraviado en la perdición. Pero justo y verdadero es el juicio del Señor. Así pues, oh hombre, ¿qué provecho obtendrás si contra Mi juicio te despedazas? En el coro de los ángeles y en Mi viña bienamada se eleva el canto de quienes Me celebran y dicen: «Gloria a Ti, Señor», y no impugnan Mi juicio, porque son justos. Y ¿en qué le aprovechó al Demonio enfrentarse a Mí? Cuando se vio tan desbordante de luz, trató de exaltarse por encima de la creación, y un numeroso séquito de espíritus soberbios le ensalzaron: a todos ellos los abatió la potencia divina con Su justa ira. Y así también serán derrotados cuantos intenten afrentar, con su porfía en el mal, la justicia del Señor, porque se obstinan en cambiar el Sumo Bien por ma-

lévola ignominia. Por tanto, nada inicuo vino jamás de la mano del Señor, sino que creó todo lo que es justo, con Su equitativa bondad.

11. *De los ídolos*

Pero aquellos cuya impiedad les apartó del Señor, que se construyeron ídolos en los que se deslizó el Demonio y los engañó, surgieron, con el atrevimiento de semejante vanidad, cuando ya se hubo extinguido esa estirpe de hombres a los que Adán y Eva contaron cómo fueron creados por Dios y, luego, expulsados del Paraíso. Después vinieron otros que les igualaron en maldad: adoraron a una criatura de Dios en lugar de a su Creador, imaginaron que lo carente de vida podía gobernar su existencia. Por tanto, que cuantos aún se emponzoñan en esta impiedad desechen su mentira y se conviertan fielmente a Aquel que destruyó los cepos del Demonio: que se despojen de la vieja ignorancia y abracen una nueva vida, como exhorta Mi siervo Ezequiel cuando dice:

12. *Palabras del profeta Ezequiel*

«Descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mí y haceos un corazón nuevo y un espíritu nuevo»[1]. Así dice: ¡Oh vosotros!, que queréis perseverar en las sendas de rectitud, bajo el Sol cuyos caminos recorre la grey bienaventurada, arrojad de la ciencia de vuestro corazón la busca de lo oculto, baldío para la verdadera sabiduría: por ello ansiabais remontar vanas alturas y he aquí que os ha hundido en los abismos de una fosa donde no habita honra alguna, sino esa lóbrega ambición, ignorante de Dios. Cuando hayáis hecho esto que os digo, seguid entonces, por vuestra salud, el camino de la verdad, y tendréis un corazón nuevo de cielos rutilantes y un espíritu nuevo, henchido de vida.

13. *De la simiente humana y de los hombres procreados por ella*

Entonces viste hombres que, en la tierra, portaban ánforas de barro llenas de leche para fabricar queso: estos son los hombres del mundo, varones y mujeres, cuyos cuerpos llevan la semilla humana

1. Ezequiel 18,31.

por la que se procrean los distintos pueblos. *Una parte de esa leche era espesa, y con ella hicieron quesos fuertes:* porque la pujanza de esta semilla, bien cocida y atemperada en sazón, gesta hombres fuertes, dotados de gran esplendor de talentos espirituales y carnales por sus linajes insignes y poderosos, que en la abundancia de la sabiduría, discreción y beneficio de sus obras florecen radiantes ante Dios y los hombres, pues no tiene cabida entre ellos el Demonio. *Otra, ligera, con la que cuajaron quesos suaves*: porque la inmadurez de esta semilla, apenas cocida y no del todo atemperada, germina hombres pusilánimes, que muchas veces son necios, tibios, ineptos en sus obras ante Dios y los hombres, pues no buscan con fuerza al Señor. *Y la tercera parte, mezclada con fermento, la utilizaban para elaborar quesos amargos*: porque la inconsistencia de esta semilla, vertida a destiempo y mezclada con inmundicias, engendra hombres de temple lánguido, a menudo ahítos sus corazones de amargura, quebranto y opresión, y, por ello, casi siempre incapaces de levantar sus espíritus a lo sublime. Sin embargo, no pocos de entre estos darán fruto y, aunque continuas tempestades y zozobras agiten sus corazones y sus actos, al final serán victoriosos. Porque si reposaran en la calma y la bonanza, se tornarían tibios y yermos, así que el Señor les apremia y los conduce a las sendas de salvación, como está escrito:

14. *Palabras de Moisés*

«Yo doy la muerte y doy la vida, hiero yo, y sano yo mismo, y no hay quien libre de mi mano»[2]. Así dice: Yo soy el que soy, y no tengo principio ni fin. Yo doy la muerte a los hombres inmundos en sus obras; a esos que se marchitan en los vicios, emponzoñados por el Diablo; a esos que son semilleros de la desventura, en las lóbregas cavernas del Demonio enartados: Oh, ¡qué sagaces las fauces de la víbora: tanto los infla que en su interior quiere entrar la muerte! Por eso les quito la dicha en este mundo: por justo juicio se colman de insuperables y aciagos quebrantos que día y noche les atenazan y a la muerte los conducen. Pero Yo, Aquel del que las sombras huyen, muchas veces les brindo, prodigiosamente, una vida nueva en otro mundo: cuando les arrebato el aliento vivo, elevándolo de la tierra para que no perezca dentro de ellos. Y Yo soy el que hiero a aquellos cuyas mentes se encumbran en la soberbia, mientras quieren alzar su

2. Deuteronomio 32,39.

cúspide en el vacío, creyendo que nada puede abatirlos: hago de sus vidas fatiga, las harto de dolor. Y Yo, el Señor cuya presencia es infinita, del lecho de la enfermedad a veces los levanto a la salud verdadera, no sea que los devoren espurias vanidades con sus traidoras celadas. Pero mira que en parte alguna hay hombre o criatura que, por astucia o furor, libre de estas obras de Mi mano: no hay quien pueda enfrentarse a Mi voluntad y a Mi justicia.

15. *Por qué nacen niños deformes y contrahechos*

Muchas veces verás que cuando el varón y la mujer se unan olvidándose de Mí y en la irrisión diabólica, los que entonces sean engendrados sufrirán malformaciones, para que sus padres, que quebrantaron Mis preceptos, atormentados por estos hijos suyos, vuelvan a Mí con la penitencia; otras veces permito que nazcan, entre los hombres, estas singulares criaturas para gloria Mía y de Mis santos, a fin de que los así deformados sean devueltos a la salud por la ayuda de Mis elegidos y los pueblos ensalcen Mi nombre con mayor entusiasmo. Pero cuantos se abstengan de esta alianza porque anhelan la belleza de la virginidad, como alborada ascenderán a los secretos celestes, pues, por amor a Mi Hijo, se privan de los goces de su cuerpo.

16. *La vida y el alma del niño*

Luego viste la imagen de una mujer que tenía una forma humana íntegra encerrada en su vientre: al concebir la mujer con la simiente humana se gesta, en el oculto habitáculo de su vientre, un niño con todos sus miembros. Y *he aquí que, por secreto designio del Supremo Creador, esa forma de hombre realizó un movimiento como señal de vida*: pues cuando, por insondable y secreto mandato y voluntad del Señor, el niño recibe el espíritu dentro del útero materno, en el tiempo oportuno y señalado según disposición divina, muestra que está vivo por el movimiento de su cuerpo, como la tierra se abre y la flor brinda su fruto al caer el rocío sobre ella. *Entonces una esfera de fuego sin rasgo humano alguno inundó el corazón de esa forma*: porque el alma, que arde en el fuego de la profunda ciencia, discierne los distintos elementos del ámbito que abarca y, desprovista de forma humana —pues, a diferencia del cuerpo humano, no es tangible ni transitoria—, conforta el corazón de los hombres, fundamento del

cuerpo que lo rige entero, a semejanza del firmamento celeste que alberga lo inferior y alcanza lo superior. *Y tocando su cerebro*: con sus energías no sólo entiende lo terreno, sino también lo celeste, pues conoce sabiamente al Señor. *Se expandió a lo largo de todos sus miembros*: brinda lozanía a la médula, a las venas y a todos los miembros del cuerpo entero como el árbol da, desde sus raíces, savia y verdor a todas sus ramas. *Después, la misma forma de hombre, así vivificada, salió del útero de la mujer y, según los movimientos de la esfera en su seno, cambiaba de color*: cuando el hombre ha recibido el espíritu vivificante en el útero materno y nace, empezará a moverse según las obras que realice su alma con el cuerpo, y según sean esas obras serán también sus méritos, así que el bien le revestirá de luz, y el mal, de calígine.

17. *El alma acomoda sus fuerzas a las del cuerpo*

El alma acomoda sus fuerzas a las del cuerpo, así que en la infancia de los hombres muestra sencillez; en la juventud, pujanza; y en la edad de la sazón, cuando las venas del hombre están colmadas de sangre, revela su poderosa fuerza en la sabiduría. Como un árbol que, tierno en su primer brote, luego germina la flor y, de ella, por fin brinda el fruto en su plenitud. Pero después, en la vejez del hombre, cuando su médula y sus venas empiezan a enfilar el deterioro, también las fuerzas del alma decaen, como en el desmedro de la ciencia humana; a semejanza de la savia que, llegado el invierno, se congela en las ramas y en las hojas, y del árbol que, emprendido ya el camino de su vejez, se va curvando.

18. *El hombre tiene dentro tres senderos*

El hombre alberga tres senderos. ¿Cuáles son? El alma, el cuerpo y los sentidos. Por ellos se realiza la vida humana. ¿Cómo? El alma vivifica el cuerpo y exhala los sentidos; el cuerpo atrae hacia sí el alma y abre los sentidos; y los sentidos tocan el alma y excitan al cuerpo. Pues el alma brinda la vida al cuerpo, igual que el fuego llena de luz las sombras, y posee dos fuerzas esenciales: el entendimiento y la voluntad, como dos brazos; pero no es que tenga el alma brazos para moverse, sino que, mediante estas energías, se manifiesta igual que el sol por el fulgor de sus rayos. Oh hombre, no eres, pues, un mero fardo de huesos, así que presta oído a la ciencia de las Escrituras.

19. *Del entendimiento*

El entendimiento está afianzado al alma como el brazo al cuerpo. Pues igual que el brazo, al que se halla unida la mano con sus dedos, se extiende desde el cuerpo, el entendimiento, que, con la cooperación de otras fuerzas del alma, comprende toda obra humana, procede, sin duda, del alma. Sí, el entendimiento, antes que otras fuerzas del alma, discierne cuanto hay en las obras humanas, sea bueno o malo; así que por él, como a través de un maestro, se comprende todo: tamiza todas las cosas, como se criban del trigo las granzas, indagando si son útiles o inútiles, amables o aborrecibles, y si participan de la vida o de la muerte. Y lo mismo que el alimento sin sal es insípido, las restantes fuerzas del alma serían ininteligibles y tibias sin el entendimiento. Y el entendimiento es también al alma lo que los hombros al cuerpo: es el meollo de las demás energías del alma, como fuerte es el hombro del cuerpo; y comprende la Divinidad y la Humanidad del Señor: las articulaciones de los brazos; así que también posee recta fe en sus obras: la articulación de la mano, con la que discierne sus diferentes actos como tamizándolos con la criba que es el tacto de sus dedos. Pero el entendimiento no procede igual que las otras fuerzas del alma. ¿Qué quiere decir esto?

20. *La voluntad*

La voluntad aviva la obra, el ánimo la recibe y la razón la alumbra. Sin embargo, el entendimiento comprende la obra, por cuanto distingue el bien del mal; como los ángeles que, por gozar de entendimiento, aman el bien y se apartan del mal. Y lo mismo que el cuerpo tiene un corazón, el alma posee el entendimiento, que ejerce su fuerza en una parte del alma como la voluntad en otra. ¿Cómo? Porque grande es, sin duda, la fuerza de la voluntad en el alma. ¿Cómo? El alma habita en un ángulo de su morada, en el fundamento del corazón, igual que un hombre se sitúa en un ángulo de su casa para, viéndola toda, orientar su marcha: levanta el brazo derecho a fin de señalar y mostrar cuanto sea útil, y se vuelve hacia el oriente. Así hace también el alma: por todos los caminos del cuerpo mira hacia donde sale el sol. Y arraiga su voluntad, como brazo derecho, en el fundamento de las venas y la médula para mover el cuerpo entero; porque la voluntad es la que realiza toda obra, sea buena o mala.

21. *Semejanza con el fuego y el pan*

Mira que la voluntad es como el fuego: cuece la obra igual que en un horno. Pues el pan se ahorna para que el hombre, confortado al comerlo, pueda seguir viviendo. Así también, la voluntad es la pujanza de toda obra: primero la compone, le añade, luego, levadura para que esponje, y la amasa hasta que adquiere consistencia; de este modo prepara, paso a paso en su cavilar, su obra como si fuera un pan y la hornea, ya dispuesta, con su ardor hasta su perfección; hace, así, de sus obras un alimento mayor para el hombre que el pan mismo: porque el alimento no está siempre presente en el cuerpo humano, pero la acción de su voluntad permanecerá en él hasta que su alma se separe de su cuerpo. Y, por muy diversas que sean las circunstancias de la obra, desde la niñez, la juventud, la edad de la sazón y hasta el declinar de la vida, siempre prospera en la voluntad y por ella se manifestará culminada.

22. *El tabernáculo de la voluntad y las fuerzas del alma*

Pero la voluntad tiene, en la entraña del hombre, un tabernáculo: el ánimo, en el que insuflan su pujanza el entendimiento, la misma voluntad y las otras fuerzas del alma; así que todas ellas se avivan en este tabernáculo y se unen entre sí. ¿Cómo? Si se alza la cólera, se desbordará la hiel y, exhalando su humo en el tabernáculo, hará estallar la ira. Si surge un deleite inmundo, el incendio del apetito prenderá fuego a su sustancia y así enaltecerá el engreimiento propio del pecado, que irrumpirá en el tabernáculo. Pero hay, en cambio, un gozo amable que el Espíritu Santo alumbra en este tabernáculo, al que el alma, congratulándose, recibe con la fe: entonces cumplirá una buena obra, inspirada por deseos celestiales. Y, a veces, los humores próximos a la bilis inundan el tabernáculo de una especie de melancolía, de la que nace el desánimo que suscita en los hombres la amargura, la obstinación y la contumacia, y hunde al alma a no ser que, con ayuda de la gracia de Dios, sea pronto rescatada.

Pero, como en este tabernáculo concurran principios contrarios, muchas veces se verá hostigado por el odio y otros arrebatos mortíferos que matan el alma y le concitan grandes calamidades para perdición suya. En cambio, cuando la voluntad quiera, moverá los elementos del tabernáculo, sean buenos o malos, y los abandonará a su ferviente calor; mas si esos elementos complacieran a la voluntad, cocerá allí mismo su pan y se lo ofrecerá al hombre para que lo

saboree. Por tanto, en este tabernáculo bulle una plétora de bienes y males, como cuando se reúne un ejército en algún lugar; pero, al llegar el príncipe, si le place el ejército, lo aceptará, mas si le disgusta, ordenará que se disperse. También hace así la voluntad. ¿Cómo? Cuando lo bueno o lo malo se levantan en la entraña del corazón, la voluntad lo culmina o lo abandona.

23. *La razón*

La razón se manifiesta en el entendimiento y en la voluntad como voz del alma que alumbra la obra, sea de Dios o del hombre. La voz eleva, en verdad, la palabra a las alturas, igual que el viento alza al águila para que remonte el vuelo. Así, el alma sopla la voz de la razón en el oído y en el entendimiento humanos a fin de que sean comprendidas sus fuerzas y llevada toda obra suya a la plenitud. El cuerpo es, por su parte, el tabernáculo y el pilar de todas las fuerzas del alma: porque el alma habita en el cuerpo y juntos realizan lo bueno o lo malo.

24. *Los sentidos*

La obra de las fuerzas interiores del alma desemboca en los sentidos: ellos las manifiestan dando el fruto de esa obra. Y están subyugados a ellas, pues son ellas las que los conducen a la acción y no ellos los que imponen la obra; porque los sentidos son la sombra de estas fuerzas y realizan cuanto a ellas les place. Pero el hombre exterior se despierta por vez primera, en el útero materno antes de nacer, con los sentidos, mientras que el conjunto de las fuerzas del alma aún permanece oculto. ¿Qué quiere decir esto? La alborada anuncia la luz del día, igual que los sentidos humanos revelan, con la razón, todas las fuerzas del alma. Y así como la Ley y los profetas penden de dos mandamientos de Dios, los sentidos humanos medran por el alma y sus fuerzas. ¿Qué significa esto?

La Ley ha sido fundada para salvación de los hombres, y los profetas manifiestan los secretos del Señor, igual que los sentidos humanos libran al hombre de todo daño y descubren lo interior del alma. Porque el alma exhala los sentidos. ¿Cómo? Vivifica el semblante del hombre con el gesto y la expresión, y le glorifica con la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto; así que el hombre, al recibir esta caricia del alma, se hace perceptivo a cuanto existe. Pues

los sentidos son el signo de todas las fuerzas del alma, como el cuerpo es su vaso. ¿Cómo? Los sentidos sellan todas las fuerzas del alma. ¿Qué significa esto? El hombre es reconocido por su semblante, ve con sus ojos, oye con sus oídos, abre su boca para hablar, toca con sus manos, camina con sus pies; así que los sentidos son en el hombre como piedras preciosas y como un valioso tesoro sellado en un vaso. Pero igual que al ver el vaso se sabe que tiene un tesoro, por los sentidos se conoce el conjunto de las fuerzas del alma.

25. *El alma es la dueña, y la carne, la sierva*

El alma es la dueña, y la carne, la sierva. ¿Cómo? El alma, al vivificar todo el cuerpo, lo rige; y el cuerpo se subyuga a ella, aceptando esta regencia de la vivificación: porque si el alma no vivificara al cuerpo, este se disolvería, exánime. Pero cuando el hombre comete una mala obra, consciente el alma, es tan amargo para ella como el veneno para el cuerpo cuando este lo toma a sabiendas. En cambio, el alma goza con la buena obra igual que se deleita el cuerpo con un dulce alimento. Y el alma recorre el cuerpo como la savia el árbol. ¿Qué quiere decir esto? Por la savia verdece el árbol, da flores y, después, frutos. ¿Y cómo alcanzan sus frutos la sazón? Por la temperie del aire. ¿Cómo? El sol lo calienta, la lluvia lo riega, y así por la temperie del aire madura. ¿Qué significa esto? La misericordia de la gracia de Dios, como el sol, iluminará al hombre; la inspiración del Espíritu Santo, como lluvia, lo regará; y así, el discernimiento, como buena temperie del aire, llevará sus frutos a la sazón.

26. *Semejanza entre el árbol y el alma*

El alma está en el cuerpo cual savia en el árbol, y sus fuerzas son como la forma del árbol. ¿Cómo? El entendimiento se halla en el alma como el verdor de las ramas y las hojas en el árbol; la voluntad, como las flores; el ánimo, como el primer brote de su fruto; la razón, como el fruto ya en sazón; los sentidos, como el alcance de su altura y anchura. Y, a semejanza de esto, el alma consolida y sustenta el cuerpo humano. Por tanto, oh hombre, entiende qué eres en tu alma, tú que abandonas tu buen juicio y te obstinas en parecerte a las bestias.

27. *El don del arrepentimiento levanta el alma*

Oh hombre, que contemplas estas maravillas, también viste *cómo una multitud de torbellinos invadía otra esfera semejante, que permanecía en un cuerpo, y la inclinaba a la tierra*: muchas tentaciones invisibles perturban el alma humana mientras habita en el cuerpo y a menudo la inclinan hacia los pecados de la concupiscencia terrena por el deleite de la carne. *Pero la esfera, recobrada su fuerza, irguiéndose con valentía resistió vigorosamente el embate*: cuantas veces sucumba en el pecado el hombre solícito y fiel, tantas otras se apartará compungido de la culpa, por don de Dios, y, librando su confianza en el Señor, rechazará las ficciones diabólicas buscando fielmente a su Creador, como antes mostraba, en verdad, ese alma fiel que lamentaba sus miserias.

28. *El alma tentada repele sus dardos por inspiración suprema*

Pero *viste cómo muchos torbellinos irrumpían en otra esfera, queriendo derribarla, aunque no lo consiguieron*: las persistentes insidias diabólicas asaltan esta alma y tratan de que sucumba a los pecados llenos de atrocidades, mas no pueden doblegarla con sus añagazas. *Porque ella, resistiendo con fuerza, no dio lugar a su furia*: pues afianzada por la inspiración del Cielo, repele los dardos envenenados de mentiras y vuelve presurosa hacia su Salvador, como declaraba ella misma anteriormente en el lamento que has escuchado.

29. *El alma que aguarda temblorosa la sentencia del Justo Juez*

Y luego *viste cómo otra esfera, condensándose —separándose de los contornos de su forma—, soltaba sus ataduras*: el alma, abandonando los miembros de su habitáculo corporal, se desliga de su trabazón cuando llega el tiempo del desenlace. *Entre gemidos se liberaba de ellas y, afligida, abandonaba su morada*: al apartarse, desconsolada, de su cuerpo, deja que se desmorone, entre grandes temblores, la morada en que habitó, temiendo la inminente sentencia del Juez Supremo, porque entonces percibirá el mérito de sus obras por justo juicio de Dios, como manifestaba antes en su lamento. Por eso, *cuando se hubo así desatado, vinieron unos espíritus de luz y de sombras, que habían sido compañeros suyos, conforme a los rumbos de su vida, en su morada*: en este desenlace, cuando el alma humana abandona su habitáculo, se presentan, según justa y

verdadera disposición del Señor, los espíritus angélicos buenos y malvados, observadores de las obras que realizó con su cuerpo mientras estaba en él. *Esperaban su desenlace para, una vez desligada, llevársela con ellos*: pues aguardan la sentencia del Justo Juez sobre esta alma al separarse del cuerpo para conducirla, ya libre de él, allí donde estime el Juez Supremo, según los méritos de sus obras, como te ha sido fielmente revelado, oh hombre.

30. *Palabras de Dios a los hombres*

Por tanto, oh bienamados hijos Míos, abrid vuestros ojos y oídos y obedeced Mis preceptos. ¿Por qué os enfrentáis a vuestro Padre, que os ha liberado de la muerte? Mirad que los coros de los ángeles cantan: «Justo eres tú, Yahveh»[3]; porque la justicia del Señor no tiene pliegue alguno: Dios no liberó al hombre por Su poder, sino por Su compasión, cuando envió a Su Hijo al mundo para redimir al género humano. Lanza, si quieres, una bola de barro contra el sol y no lo tocarás, como tampoco hay malévola iniquidad capaz de alcanzar al Señor. Pero tú, oh hombre, que miras el bien y el mal en la ciencia especulativa, ¿qué eres cuando en la turba de las apetencias carnales te envileces? ¿Y qué, en cambio, cuando en ti brillan las diáfanas gemas de la virtud? El primer ángel despreció el bien y codició el mal, que recibió, pues, en la muerte de la perdición eterna, y allí fue sepultado por desechar cuanto es bueno. Pero los ángeles fieles desdeñaron el mal y amaron el bien, viendo la caída del Demonio que quiso derrocar la verdad y erigir la mentira. Por eso se enardecieron de amor por Dios, afianzándose en el firme fundamento del Bien pleno, así que no desean sino cuanto complace al Señor y sin cesar Le glorifican. También el primer hombre conoció al Señor y Le amó con sencillez; al recibir Sus preceptos, se dispuso a acatarlos, pero después se inclinó hacia el mal y desobedeció. Pues cuando el Demonio le sugirió el mal, desechó el bien y cometió iniquidad: así fue arrojado del Paraíso. Por tanto, te apartarás del mal, que concita la perdición de la muerte, y cumplirás el bien por amor a la vida.

Pero tú, oh hombre, al tener memoria del bien y del mal, estás como frente a una encrucijada; porque si entonces rechazaras las tinieblas del mal, queriendo mirar a Aquel cuya criatura eres y al que confesaste en el santo bautismo, donde te fue borrado el viejo crimen de Adán, y dijeras: «Huiré del Demonio y sus obras; en pos del Dios

3. Salmos 119 (118),137.

verdadero y Sus preceptos iré», considera, también, cómo se te ha enseñado a apartarte del mal y a obrar el bien, y cómo el Padre Celestial no perdonó ni a Su Unigénito, antes bien, Lo envió para redimirte, y suplica al Señor Su ayuda. Él te oirá favorablemente, y dirá: «Me placen estos ojos». Y si, entonces, te despojas del tedio y caminas gallardamente bajo los mandamientos del Señor, estés donde estés escuchará el clamor de tus plegarias. Deberás, pues, dominar tu carne y subyugarla al poder del alma. En cambio, dices: «Tanta y tamaña carga pesa sobre mi carne, que no soy capaz de superarme; pero, por cuanto el Señor es bueno, me hará bueno. ¿Cómo podría dominar mi carne si soy humano? Dios es bueno: cumplirá en mí todo bien. Cuando Le plazca, podrá hacerme bueno».

Pero Yo te digo: como Dios es bueno, ¿por qué, entonces, desdeñas conocer Su bondad, pues entregó por ti a Su Hijo que te libró de la muerte sufriendo muchos quebrantos y grandes fatigas? Y cuando dices que no puedes obrar el bien, hablas con la iniquidad en la boca. Tienes ojos para ver, oídos para oír, corazón para cavilar, manos para trabajar y pies para caminar: puedes, entonces, con tu cuerpo todo, levantarte y prosternarte, dormir y velar, comer y ayunar. Así te ha creado el Señor. Resiste, pues, las apetencias de tu carne, y Dios te ayudará. Mira que cuando te enfrentas al Demonio, como gallardo luchador a su enemigo, el Señor se complace en tu combate, queriendo que Le invoques noche y día, en todas tus tribulaciones, incesantemente. Pero cuando te niegas a dominar tu carne, le estás dejando celebrar el banquete de los pecados y los vicios, pues le arrebatas las riendas del temor de Dios, con la que debías retenerla para que no vaya a la perdición.

Miras, así, al Demonio, como miró él a la iniquidad cuando cayó en la muerte, el cual, alborozado por tu perdición, exclama: «He aquí uno semejante a nosotros». Y, en ese instante, se abalanza sobre ti, y siembra en tu corazón, según le place, sus caminos, lóbregos rumbos en las sombras de la muerte. Pero el Señor te sabe capaz de hacer el bien. Pues la Ley ha sido fundada según lo que te es posible obrar. Mira que el Señor quiere regocijarse en Sus elegidos desde el principio del mundo hasta la plenitud de los tiempos cuando, fielmente ataviados con el fulgor de las virtudes, sean coronados[4]. ¿Cómo? Resiste, oh hombre, las apetencias de tu carne para que no te desvanezcas en las delicias de este mundo; no plantes tu morada en esta vida con la seguridad del que piensa permanecer siempre en ella: mira que eres un peregrino y tu Padre espera tu regreso, si es que quieres

4. Apocalipsis 2,10.

volver con Él, allí donde sabes que está. Así pues, oh hombre, si vuelves tus ojos a los dos caminos, al bien y al mal, aprenderás y entenderás lo grande tanto como lo ínfimo. ¿Cómo? Por la fe comprenderás al Dios Uno según Su Divinidad y según Su Humanidad; y en el mal verás las obras diabólicas. Y cuando conozcas los caminos justos y los injustos, te diré: «¿Por qué camino quieres ir?». Si, entonces, deseas marchar por los caminos del bien y si escuchas fielmente Mi palabra, reza al Señor noche y día con sincera devoción para que te socorra y no te abandone, pues frágil es tu carne; humilla tu cabeza, arranca de tus obras la cizaña y arrójala, pronto, fuera de ti.

Esto es lo que te pide el Señor. Mira que si alguno te ofreciera oro y plomo, diciéndote: «Al que quieras, lleva tu mano», cogerías, ávido, el oro y dejarías el plomo, pues antes que este prefieres aquel. También así quiero que elijas la patria celestial y no el peso de los pecados. Y si cayeras en la culpa levántate pronto con la confesión y la penitencia pura, antes de que nazca en ti la muerte. He aquí que tu Padre quiere oírte clamar, implorar, pedir auxilio para que no permanezcas en la hez del pecado. Si fueras herido, buscarías un médico antes que dejarte morir. ¿Acaso no desata el Señor, muchas veces, tempestades sobre los hombres para que Le invoquen con mayor afán? Pero tú, oh hombre, dices: «No puedo obrar el bien». Entonces te respondo: «Puedes». «¿Cómo?» —Me preguntas. Y te contesto: «Con el entendimiento y la acción». Y tú: «No tengo entereza». «Aprende a luchar contra ti mismo» te digo. «No puedo luchar contra mí mismo, a no ser que Dios me ayude» aseguras al fin. Escucha, pues, cómo lucharás contra ti mismo: cuando surja en ti el mal y no sepas de qué manera ahuyentarlo, entonces, tocado por la caricia de Mi gracia, pues Mi gracia alumbra los caminos de tu mirada interior, al instante clama, reza, confiesa y llora porque el Señor te ayude, y te despoje del mal, y te colme de fuerza para el bien. La ciencia por la que conoces a Dios, a través de la inspiración del Espíritu Santo, es la que te brinda este consuelo. Pues si fueras vasallo de alguno, ¡oh cuántas veces no habrías de realizar trabajos arduos para tu cuerpo! ¿Es que no soportarías muchas tribulaciones por tu salario terreno? ¿Cómo entonces no sirves, por la recompensa celestial, al Señor que te ha dado el cuerpo y el alma? Porque, si quisieras poseer algún bien transitorio, ¡oh cuánto no te esforzarías por tenerlo, aunque sólo lo disfrutaras poco tiempo!

Y ahora, en cambio, te aburre buscar lo infinito. Así como se estimula al buey con la aguijada, deberás apremiar tu cuerpo con el temor de Dios; porque, si haces esto, no te rechazará el Señor. Mira que si un tirano te apresara, rápidamente buscarías a quien pudiera

socorrerte; le suplicarías, le implorarías, le prometerías todos tus bienes para que te ayudara. Oh hombre, haz lo mismo cuando la iniquidad te aprese; vuélvete hacia el Señor, suplícale, implórale, prométele que te corregirás, y Dios te amparará. Pero tú, oh hombre, eres ciego para ver, sordo para oír, inútil para defenderte: como nada y como estiércol tienes el entendimiento que Dios te infundió y los cinco sentidos que dio a tu cuerpo. ¿Es que no gozas de entendimiento y ciencia? El Reino de los Cielos habrás de adquirirlo a costa de todos tus bienes, no lo ganarás por azar. Escuchad, entonces, oh hombres, y no desdeñéis la entrada en la Jerusalén Celestial, ni abracéis la muerte, ni reneguéis del Señor y confeséis a Satanás, ni crezcáis en el pecado y desmedréis en el bien. Porque no queréis escuchar al Señor cuando os negáis a caminar bajo Sus preceptos y corréis en pos del Demonio, cuando tratáis de saciar las apetencias de vuestra carne. Restableceos, pues, y sed fuertes, que bien lo necesitáis.

Que el hombre fiel observe su dolor y busque un médico, antes que caer en la muerte. Pues si advierte su dolor y busca un médico, una vez encontrado este, le mostrará la amarga pócima que podrá salvarle: las amargas palabras necesarias para probar si la penitencia proviene de la raíz del corazón, o es ráfaga que la zozobra pone en su boca. Y, ya probado, le dará el vino de la penitencia que lavará la podre de sus heridas, y le ofrecerá el óleo de la misericordia, que las aliviará hasta que sanen. Entonces le encomendará que mire por su salud, diciéndole: «Fíjate bien y toma esta medicina con exactitud y tesón, no seas indolente, que tus heridas son graves». Porque muchos son los que apenas si aceptan la penitencia de sus pecados, pero, al final, aunque con inmensas fatigas, la cumplen por miedo a la muerte. Sin embargo, Yo les tiendo Mi mano y convierto su amargor en dulzura para que culminen en paz esa penitencia que emprendieron con grandes tribulaciones. En cambio, el que omita la penitencia de sus pecados, diciendo que no le es posible castigar su cuerpo, es un miserable: no quiere mirar dentro de sí mismo, ni buscar un médico, ni curar sus heridas, sino que cela en su corazón la funesta llaga, con embozo cubre la muerte para hurtarla a los ojos. Reacio es, pues, a probar la penitencia: no quiere recurrir al óleo de la misericordia, ni pedir el consuelo de la redención; por eso irá a la muerte: por haberla amado, sin buscar el Reino de Dios.

Luego, oh fieles Míos, corred bajo los preceptos del Señor, no sea que os atrapen los cepos de la muerte. Revestíos del Nuevo Adán y despojaos del hombre viejo: mirad que el Reino de Dios tiene abiertas sus puertas para el que corre, pero cerradas para el que yace en la tierra. ¡Malhadados estos, que adoran a Satanás y que ignoran

al Señor! ¿Cómo? No honran al Dios Uno en la Trinidad, ni quieren conocer la Trinidad en la Unidad. Por tanto: que quien desee salvarse no dude en la recta fe católica. ¿Qué significa esto?

31. *La fe católica*

No adora al Padre quien reniega del Hijo, ni ama al Hijo el que al Padre ignora; y ni al Padre ni al Hijo tendrá aquel que rechace al Espíritu Santo, ni recibirá al Espíritu Santo quien no honre ni al Padre ni al Hijo. Por tanto: entenderás la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Oh hombre, ¿acaso vives sin corazón ni sangre? Así, tampoco creerás en el Padre sin el Hijo ni el Espíritu Santo; ni en el Hijo sin el Padre ni el Espíritu Santo; ni en el Espíritu Santo sin Ellos. Pero el Padre envió a Su Hijo al mundo por la redención de los hombres y, después, volvió a llevárselo Consigo, igual que el hombre despliega los pensamientos de su corazón y luego nuevamente los recoge junto a sí. Por eso habla Isaías, según la voluntad de la Majestad suprema, de esta salutífera misión del Unigénito de Dios, cuando dice:

32. *Palabras de Isaías*

«Una palabra ha proferido el Señor en Jacob, y ha caído en Israel»[5]. Así dice: la Palabra por la que todo fue hecho, el Hijo Único de Dios que está siempre y sin principio en el corazón del Padre, según la Divinidad, la ha proferido el Señor, el Padre Celestial, por boca de los profetas en Jacob, al anunciar estos fielmente que el Hijo de Dios vendría al mundo por la salvación del género humano para que los hombres, avisados y prevenidos por ellos, derrocaran sagazmente a Satanás y con sabiduría esquivaran sus astutas celadas. Y, así, la Palabra cayó en Israel cuando el Hijo Único de Dios descendió a la gloriosa lozanía de una Virgen en la que ningún varón había puesto su huella, sino que guardaba, inviolable, su flor, para que Aquel, nacido de una Virgen, llevara de vuelta al camino verdadero a cuantos, por su falsa ceguera, ignoraban la Luz de la Verdad, y les restaurara la salud eterna.

Que quien tenga, pues, la ciencia del Espíritu Santo y las alas de la fe, no pase indiferente por esta exhortación Mía, sino que la goce, celebrándola en el alma, y así la reciba.

5. Isaías 9,7.

Quinta visión

LA SINAGOGA

Después vi la imagen de una mujer, pálida de la cabeza al ombligo, y negra desde el ombligo a los pies; sus pies estaban llenos de sangre y en torno a ellos flotaba una nube muy blanca y diáfana. No tenía ojos; con los brazos cruzados ocultaba sus manos y se hallaba delante del altar, ante los ojos de Dios, pero no lo tocaba. Y en su corazón estaba Abraham, y en su pecho, Moisés. Y el resto de los profetas, en su vientre; cada uno mostraba sus signos y admiraban la belleza de la Iglesia. Esta imagen descollaba, con una altura imponente, como una torre en una ciudad; y rodeaba su cabeza un círculo, semejante a la alborada.

Y volví a oír una voz que me decía desde el Cielo: «Dios impuso al antiguo pueblo la austeridad de la Ley al prescribir a Abraham la circuncisión que después convirtió en el suave don de la gracia cuando, a través de Su Hijo, dio a los creyentes la verdad del Evangelio y, con el óleo de la misericordia, alivió a los heridos por el yugo de la Ley».

1. *La Sinagoga, madre de la Encarnación del Hijo de Dios*

Por eso has visto la imagen de una mujer, pálida de la cabeza al ombligo: esta es la Sinagoga, madre de la Encarnación del Hijo de Dios, que, desde el despuntar de sus hijos hasta el apogeo de su fuerza, previó en las penumbras los secretos del Señor, pero no los manifestó plenamente; pues no es ella la rutilante alborada que abiertamente habla, sino que en lontananza la vislumbra, llena de admiración, como dice de ella en el Cantar de los Cantares:

2. *Palabras de Salomón*

«¿Quién es esta que sube del desierto, desbordando delicias y apoyada en su amado?»[1]. Así dice: ¿Quién es esta Nueva Esposa que, con su séquito de bienes, se eleva sobre el desierto de los paganos, renegados de los preceptos legales de la sabiduría divina y adoradores de ídolos? ¿Quién es esta que así asciende a los deseos celestiales, rebosando delicias de los dones del Espíritu Santo, henchida de afán suspirando, y apoyada en su Amado, el Hijo de Dios? Esta es la que, obsequiada por el Hijo de Dios con diáfanas virtudes, lozana florece; de los arroyos de las Escrituras colmada. Y la misma Sinagoga, llena de maravilla ante los hijos de esta Nueva Esposa, dijo así, por boca de Mi siervo el profeta Isaías:

3. *Palabras del profeta Isaías*

«¿Quiénes son estos que como nube vuelan, como palomas a sus palomares?»[2]. Así dice: ¿Quiénes son estos cuyas mentes se remontan lejos de lo terreno y de los deleites carnales; estos que surcan los aires hacia el cielo, henchidos de deseo, colmados de amor; que con sencillez de paloma sin amarga hiel guarnecen los sentidos de su cuerpo y, ardorosos con la pujanza de las virtudes, vuelan al Refugio de la firme roca, el Hijo Único de Dios? Estos son los que, por amor de lo supremo, pisan los reinos de esta tierra y en pos de los celestes van. Y así, la Sinagoga admiraba a la Iglesia, porque no se supo ella misma guarnecida con las virtudes que en esta preveía: pues ángeles custodios montan guardia en torno a la Iglesia para que el Demonio ni la hiera ni la destruya, mientras la Sinagoga, desierta del Señor, yace entre cizaña.

4. *Los distintos colores de la Sinagoga*

Por eso *viste que era negra desde el ombligo a los pies*: porque, pasado el apogeo de su expansión, hasta su crepúsculo, se mancilló al prevaricar contra la Ley y al quebrantar la Alianza de sus padres; pues se extravió, relegando los preceptos divinos, y fue en pos del deleite carnal. *Sus pies estaban llenos de sangre y en torno a ellos*

1. Cantares 8,5 («desbordando delicias», en Vulgata).
2. Isaías 60,8.

flotaba una nube muy blanca y diáfana: llegado su ocaso, dio muerte al Profeta de profetas y, entonces, abatida ella misma, se derrumbó; pero, en este ocaso, surgió en los corazones de los creyentes una fe luminosa y profunda: allí donde se eclipsó la Sinagoga, despuntó la Iglesia cuando, tras la muerte del Hijo de Dios, la enseñanza apostólica se difundió por toda la haz de la tierra.

5. *Significado de su ceguera*

Pero aquella imagen *no tenía ojos y con los brazos cruzados ocultaba sus manos*: pues la Sinagoga no contempló la luz verdadera, al despreciar al Hijo Único de Dios, por lo que sumió las obras de la justicia bajo el tedio de su indolencia y, sin librarse de su ofuscación, con abandono las arrumbó, como si no existieran. *Se hallaba delante del altar, ante los ojos de Dios, pero no lo tocaba*: conoció exteriormente la Ley de Dios, recibida por precepto divino, ante la mirada del Señor, pero no alcanzó su interior, pues, antes que amarla, se apartó de ella, y no quiso ofrecer los holocaustos y el incienso de las oraciones santas a Dios. *En su corazón estaba Abraham*, porque fue el inicio de la circuncisión en la Sinagoga; *y en su pecho, Moisés*: porque trajo la Ley divina a la entraña de los hombres. *Y el resto de los profetas, en su vientre*: en el designio confiado a ellos por don celestial, como atalayadores de los preceptos divinos. *Cada uno mostraba sus signos y admiraban la belleza de la Iglesia*: porque manifestaron las maravillas de sus profecías con señales prodigiosas y, llenos de admiración, aguardaron la desbordante belleza de la Nueva Esposa.

6. *Grande como una torre y con una corona semejante a la alborada*

Esta imagen descollaba con una altura imponente, como una torre en una ciudad: porque al recibir la grandeza de los preceptos divinos, prefiguró el baluarte y el refugio de la noble Ciudad elegida. *Y rodeaba su cabeza un círculo, semejante a la alborada*: pues en su origen anunció el milagro de la Encarnación del Hijo Único de Dios y reveló las diáfanas virtudes y los misterios que seguirían. Su coronación en la primera luz del día, al aceptar los preceptos divinos, designa a Adán, que primero recibió el mandato del Señor, pero después, por su transgresión, cayó en la muerte. Así hicieron también los judíos: al principio acogieron la Ley divina, mas

luego renegaron, en su impiedad, del Hijo de Dios. Pero igual que el hombre ha sido rescatado de la perdición de la muerte por la muerte del Hijo Único de Dios, cercana la plenitud de los tiempos, también la Sinagoga, levantada por clemencia divina, se alejará de su impiedad en el último día y alcanzará, verdaderamente, el conocimiento de Dios. ¿Qué quiere decir esto? ¿Acaso no despunta la alborada antes que el sol? Pero la alborada se desvanece, y el fulgor del sol perdura. ¿Qué es esto? El Antiguo Testamento se ha retirado, y la verdad del Evangelio permanece; pues lo que los antiguos observaban, en cumplimiento de la Ley, según la carne, el nuevo pueblo lo realiza, en el Nuevo Testimonio, según el espíritu: lo que aquellos mostraban en la carne, estos lo llevan a cabo en el espíritu. Porque la circuncisión no ha desaparecido, sino que ha sido trasladada al bautismo: así como aquellos eran marcados en un miembro, estos lo son, ahora, en todos sus miembros. Por tanto, no perecieron los antiguos preceptos, antes bien, han sido transferidos a un mejor estado, como también la Sinagoga se trasladará fielmente en la plenitud de los tiempos a la Iglesia. Pues, oh Sinagoga, cuando errabas por sendas de iniquidad, mancillándote con Baal y otros semejantes, y quebrabas las costumbres de la Ley con la infamia de tu conducta, y desnuda yacías en tus culpas, hice como declara Mi siervo Ezequiel diciendo:

7. *Palabras de Ezequiel*

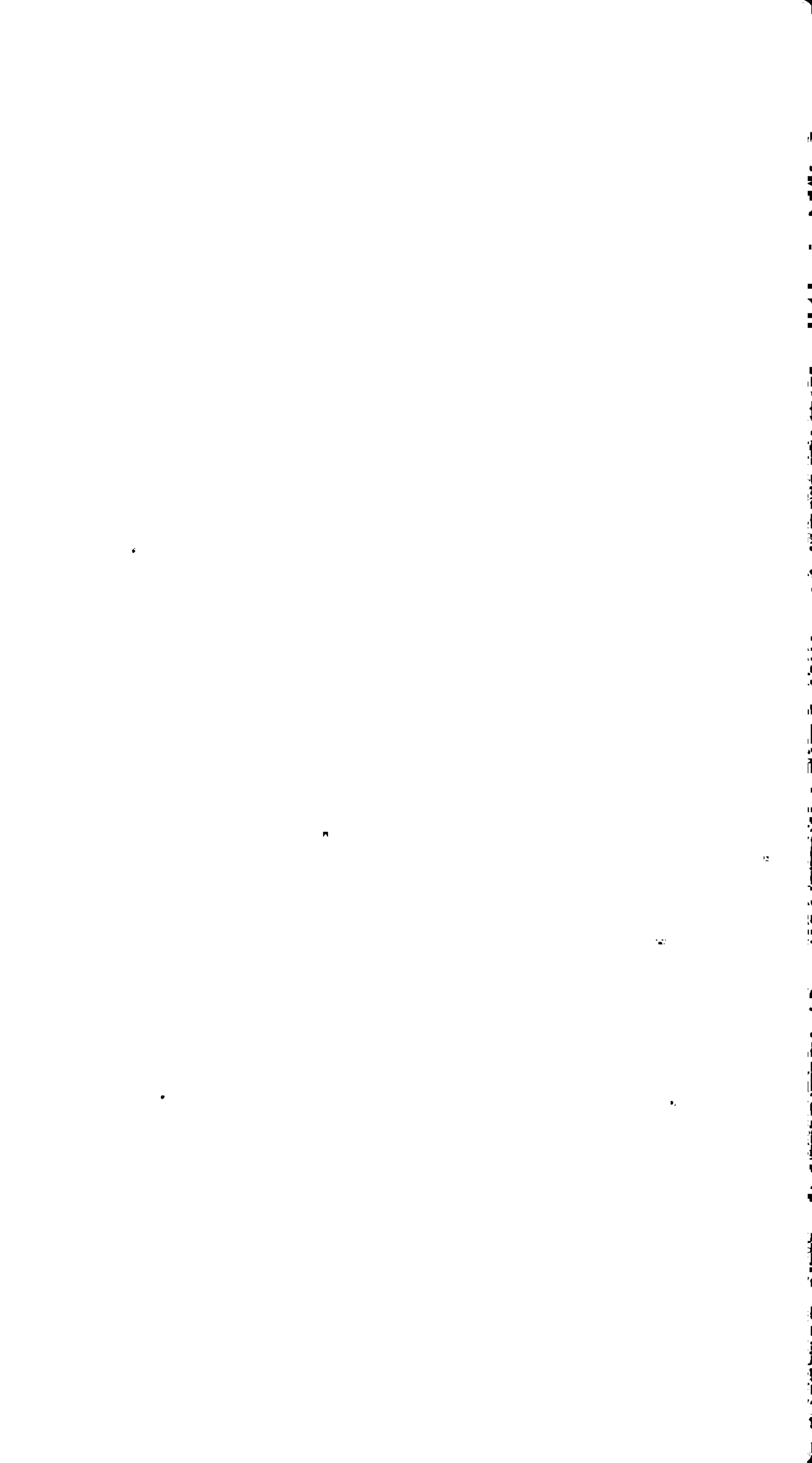
«Extendí sobre ti el borde de mi manto y cubrí tu desnudez; me comprometí con juramento, hice alianza contigo»[3]. Así dice: Yo, el Hijo del Altísimo, por voluntad de Mi Padre extendí Mi Encarnación, oh Sinagoga, sobre ti: por tu salud te despojé de los pecados que en tus muchos olvidos cometiste; y te aseguré con juramento el remedio de la salvación: te revelé los caminos de Mi alianza para salud tuya, cuando te abrí la fe verdadera por la enseñanza apostólica a fin de que observaras Mis preceptos como la mujer se subyuga a la potestad del marido. Te quité la dureza de la Ley exterior; te di, en cambio, la dulzura de la doctrina espiritual; y todos los misterios Míos, Yo mismo te los mostré en la enseñanza del espíritu. Pero tú Me abandonaste, a Mí, el Justo, y al Demonio te uniste.

3. Ezequiel 16,8.

8. *Comparación con Sansón, Saúl y David*

Pero tú, oh hombre, escucha esto: igual que la mujer de Sansón le abandonó, y le fue arrebatada la luz de sus ojos, también la Sinagoga abandonó al Hijo de Dios cuando, obstinada, Le despreció y rechazó Su doctrina. Mas luego sus cabellos volvieron a crecer, lo mismo que la Iglesia del Señor fue afianzada: el Hijo de Dios, plena Su fortaleza, derribó la Sinagoga y desheredó a sus hijos, a los que la ira divina aplastó valiéndose de paganos ignorantes de Dios. Porque ella misma se había entregado a los caminos del error, de confusión y discordia, y se mancilló con la prevaricación de la iniquidad toda. Pero igual que David volvió a llamar, finalmente, junto a sí a la mujer a la que primero desposó y que luego se había deshonrado con otro varón, también el Hijo de Dios recibirá, en la plenitud de los tiempos, a la Sinagoga, que al principio estuvo unida a Él en la Encarnación y después, abandonando la gracia del bautismo, fue en pos del Demonio: ese día ella se alejará de los errores de su impiedad y regresará a la luz de la verdad. Porque el Demonio arrebató la Sinagoga en su ceguera y sembró en ella la cizaña de la infidelidad; y así será hasta la venida del Impío: este Adversario caerá en la exaltación de su soberbia, como en el monte Gelboé, dándose muerte, expiró Saúl, que había arrojado de sus tierras a David igual que el Hijo de la Iniquidad tratará de expulsar a Mi Hijo de entre Sus elegidos. Y cuando, derrotado el Anticristo en la plenitud de los tiempos, los hombres vean abatido a aquel que los engañó y regresen corriendo al camino de la salvación, entonces Mi Hijo llamará nuevamente a la Sinagoga de vuelta a la fe verdadera, como recibió David a su primera esposa tras la muerte de Saúl. Pues mira: no cumplía que la verdad del Evangelio anunciara la sombra de la Ley; porque conviene que lo carnal preceda a lo espiritual, igual que también el siervo anuncia la venida de su señor y no es el señor quien se anticipa sirviéndole. Así, la Sinagoga fue delante, como sombra de lo venidero, y la Iglesia siguió, en la luz de la verdad.

Que quien tenga, pues, la ciencia del Espíritu Santo y las alas de la fe, no pase indiferente por esta exhortación Mía, sino que la goce, celebrándola en el alma, y así la reciba.



Sexta visión

LOS COROS DE LOS ÁNGELES

Luego vi, en la altura de los secretos celestes, dos milicias de espíritus supremos que brillaban con gran fulgor; los de la primera milicia tenían alas en su pecho y rostros semejantes a los de los hombres, en los que afloraban los rasgos humanos como en el agua clara. Los que componían la segunda milicia también llevaban alas en su pecho y rostros igual que los humanos, en los que resplandecía la imagen del Hijo del Hombre como en un espejo. Pero ni en estos ni en aquellos pude discernir más rasgos. Ambas milicias rodeaban a otras cinco, a modo de corona. Los que formaban la primera de ellas tenían rostros parecidos a los humanos y brillaban, desde los hombros hacia abajo, con intenso fulgor; los de la segunda irradiaban tal claridad, que no pude mirarlos; los de la tercera semejaban de mármol blanco, con cabezas igual que las de hombres, sobre las que llevaban ardientes antorchas y, desde los hombros hacia abajo, los rodeaba como una nube de hierro. Los de la cuarta tenían rostros parecidos a los humanos y pies como los de los hombres, con yelmos en sus cabezas y revestidos de túnicas marmóreas; los de la quinta, que no poseían rasgo humano alguno, brillaban como arrebol de alborada. Y no vi en ellos otro rasgo.

Estas milicias rodeaban a otras dos, como una corona. Los de la primera estaban llenos de ojos y alas todo alrededor: en cada ojo había un espejo en el que aparecía un rostro humano, y elevaban las alas a las alturas celestes. Los de la segunda ardían como el fuego, cubiertos de alas, y, en cada una de ellas, igual que en un espejo, mostraban todas las insignes órdenes instituidas en la Iglesia. Pero ni en estos ni en aquellos vi más rasgos. Todas estas milicias celebraban, con toda clase de músicas y prodigiosas voces, las maravillas

que el Señor obra en las almas bienaventuradas, por lo que Le glorificaban con magnificencia.

Luego oí una voz que me decía desde el cielo:

1. *Dios creó el mundo y lo ordenó maravillosamente*

El Dios Inefable y Todopoderoso, que estaba antes de los siglos y no ha tenido principio ni dejará de ser transcurrida la plenitud de los tiempos, fundó y ordenó maravillosamente toda la creación, según Su voluntad. ¿Cómo? Distribuyó el Señor a las criaturas: a unas les mandó que arraigaran en la tierra, a otras, que permanecieran en los Cielos. También dispuso los bienaventurados espíritus angélicos: tanto para salud de los hombres, como para gloria de Su nombre. ¿Cómo? Decidió que unos subvinieran a las necesidades humanas y que otros manifestaran a los hombres Sus juicios secretos.

Por eso *viste, en la altura de los secretos celestes, dos milicias de espíritus supremos que brillaban con gran fulgor*: porque, como te ha sido revelado, en la altura de esos misterios que la mirada carnal no penetrará, pero que la visión interior de los hombres vislumbra, estas dos milicias señalan que el cuerpo y el alma humanos deben servir al Señor para que compartan con los ciudadanos celestes la claridad de la dicha eterna.

2. *Rasgos de los Ángeles y su significado*

Los de la primera milicia tenían alas en su pecho y rostros semejantes a los de los hombres, en los que afloraban los rasgos humanos como en el agua clara: estos son los Ángeles que despliegan, como alas, los deseos de sus profundas mentes; no es que tengan alas igual que los pájaros, sino que en sus deseos cumplen rápidamente la voluntad del Señor, a semejanza del hombre que vuela presuroso en sus pensamientos, así que por sus semblantes manifiestan en sí la belleza de la razón, donde, también, Dios contempla diáfanamente las obras humanas; pues igual que el siervo oye las palabras de su señor y las cumple según la voluntad de este, los Ángeles escuchan la voluntad de Dios en los hombres, y Le enseñan, en sí mismos, los actos de estos.

3. *Rasgos de los Arcángeles y su significado*

Los que componían la segunda milicia también llevaban alas en su pecho y rostros igual que los humanos, en los que resplandecía la imagen del Hijo del Hombre como en un espejo: estos son los Arcángeles que también atienden la voluntad del Señor en los deseos de su entendimiento, manifiestan en sí mismos la belleza de la razón y así glorifican diáfanamente la Palabra de Dios hecha carne, porque, conociendo los secretos designios del Señor, muchas veces han anunciado con sus signos los misterios de la Encarnación del Hijo de Dios. *Pero ni en estos ni en aquellos pudiste discernir más rasgos*: pues en los Ángeles y en los Arcángeles hay muchos secretos misterios que el entendimiento humano, abrumado bajo un cuerpo mortal, no puede captar. *Estas dos milicias rodeaban a otras cinco, a modo de corona*: el cuerpo y el alma humanos abarcan, con su virtuosa pujanza, los cinco sentidos y, lavados por las cinco heridas de Mi Hijo, han de guiarlos en la rectitud de los mandamientos interiores.

4. *Rasgos de las Virtudes y su significado*

Los que formaban la primera de ellas tenían rostros parecidos a los humanos y brillaban, desde los hombros hacia abajo, con intenso fulgor: estas son las Virtudes, que ascienden en el corazón de los creyentes y con ardiente amor edifican en ellos una excelsa torre: sus obras; así, en su razón enseñan las obras de los elegidos y con su pujanza los conducen al buen fin, llenos del inmenso esplendor de la dicha. ¿Cómo? La luz de Mi voluntad ilustra, a través de las Virtudes, a los elegidos, infundiéndoles la claridad de los sentidos interiores, por lo que arrancan de sí la cizaña de su mal y combaten gallardamente las asechanzas del Demonio. Y la batalla que así entablan contra las huestes diabólicas la veo Yo, su Creador, reflejada incesantemente en las Virtudes. Pues en el corazón humano se desencadena una lucha entre la lealtad y la abjuración. ¿Cómo? Porque este Me confiesa y aquel reniega de Mí. Pero he aquí la pregunta que surge en esta lucha: ¿Hay o no hay un Dios? Entonces el Espíritu Santo da esta respuesta dentro del corazón humano: «Hay un Dios que te ha creado y también te ha redimido».

Mientras subsistan en el hombre esta pregunta y su respuesta, no le abandonará la virtud del Señor: esta pregunta y su respuesta llevan consigo la penitencia. Pero si hay alguno que no sienta esta pregunta, tampoco oirá la respuesta del Espíritu Santo: mira que

este hombre ha arrojado de sí el don del Señor y, sin la pregunta de la penitencia, él mismo se precipita en la muerte. Mas las Virtudes ofrecen al Señor los embates de esta lucha, pues son, a los ojos de Dios, la señal que revela con qué determinación es adorado o rechazado.

5. *Rasgos de las Potestades y su significado*

Los de la segunda milicia irradiaban tal claridad que no pudiste mirarlos: estas son las Potestades; señalan que la mortalidad de los pecadores es, por su flaqueza, incapaz de captar la serenidad y belleza de la potestad del Señor ni semejarse a ella, porque indefectible es la potestad de Dios.

6. *Rasgos de los Principados y su significado*

Los de la tercera milicia semejaban de mármol blanco, con cabezas igual que las de los hombres, sobre las que llevaban ardientes antorchas y, desde los hombros hacia abajo, los rodeaba como una nube de hierro: estos son los Principados; señalan que cuantos, por don del Señor, sean en el mundo príncipes de los hombres, deberán revestirse de la sincera fortaleza de la justicia, no caigan en la mudanza y la zozobra; antes bien, mirarán a Cristo, Hijo de Dios, como Cabeza suya, gobernarán sus dominios según Su voluntad en cuanto a los menesteres de los hombres y mantendrán encendida sobre ellos la gracia del Espíritu Santo con el ardor de la verdad para que perseveren, firmes y constantes, en la pujanza de la equidad hasta su final.

7. *Rasgos de las Dominaciones y su significado*

Los de la cuarta milicia tenían rostros parecidos a los humanos y pies como los de los hombres, con yelmos en sus cabezas y revestidos de túnicas marmóreas: estas son las Dominaciones; muestran que Aquel que es Señor de todo cuanto existe levantó de la tierra al cielo la razón de los hombres, mancillada como yacía en la ceniza humana, cuando envió al mundo a Su Hijo, que pisó con Su rectitud al antiguo seductor; por tanto, que los fieles vayan con firme caminar en pos de Aquel que es su Cabeza: libren su esperanza en los cielos y sea su alimento el fuerte deseo de obrar el bien.

8. *Rasgos de los Tronos y su significado*

Los de la quinta milicia, que no poseían rasgo humano alguno, brillaban como arrebol de alborada: estos son los Tronos. Muestran que la Divinidad descendió a la humanidad cuando el Hijo Único de Dios se revistió, por la salvación de los hombres, de un cuerpo humano sin contagio de pecado, pues, concebido por el Espíritu Santo en la alborada —la bienaventurada Virgen—, recibió una carne libre de mancha y de sordidez toda. *Y no viste en ellos otro rasgo*: porque muchos son los misterios de los secretos celestes que la fragilidad humana no puede captar. *Estas milicias rodeaban a otras dos, como una corona*: los fieles que guían sus cinco sentidos corporales hacia lo celeste, sabiendo que han sido redimidos por las cinco heridas del Hijo de Dios, aman al Señor y a su prójimo en todo afán y discurrir de sus mentes, cuando abandonan los deleites de su propio corazón y libran su esperanza en lo interior.

9. *Rasgos de los Querubines y su significado*

Los de la primera estaban llenos de ojos y alas todo alrededor: en cada ojo había un espejo en el que aparecía un rostro humano, y elevaban las alas a las alturas celestes: estos son los Querubines; representan la ciencia de Dios, en la que contemplan los misterios de los secretos celestes, y alientan sus deseos según la voluntad del Señor; así que ellos, en el diáfano destello de su profunda ciencia prevén, con ojo clarividente y de manera prodigiosa, a cuantos conocen al Dios verdadero, y dirigen su intención —se remontan con los deseos de sus corazones, alas de la bondad y la justicia— a Aquel que está sobre todos, pues, como muestra la elevación de sus anhelos, son amadores de lo eterno antes que seguidores de lo caduco.

10. *Rasgos de los Serafines y su significado*

Los de la segunda milicia ardían como el fuego, cubiertos de alas, y, en cada una de ellas, igual que en un espejo, mostraban todas las insignes órdenes instituidas en la Iglesia: estos son los Serafines. Señalan que, así como ellos arden en el amor de Dios y, es su mayor deseo, gozar de Su visión —por lo que, en esos mismos deseos, reflejan con inmensa claridad las dignidades seculares y espirituales que florecen en los misterios de la Iglesia, pues los secretos del Señor aparecen en ellos prodigiosamente—, que así también, cuantos amen la sinceridad con el corazón puro y aspiren a la vida suprema,

adoren ardientemente al Señor y Le abracen con todo su deseo para que alcancen el júbilo de aquellos a los que tan fielmente imitan.

Pero ni en estos ni en aquellos viste más rasgos: muchos secretos hay en los espíritus bienaventurados que no se revelarán a los hombres, pues mientras sean mortales no podrán discernir lo eterno con plenitud.

11. *Todas estas milicias cantan himnos y alabanzas*

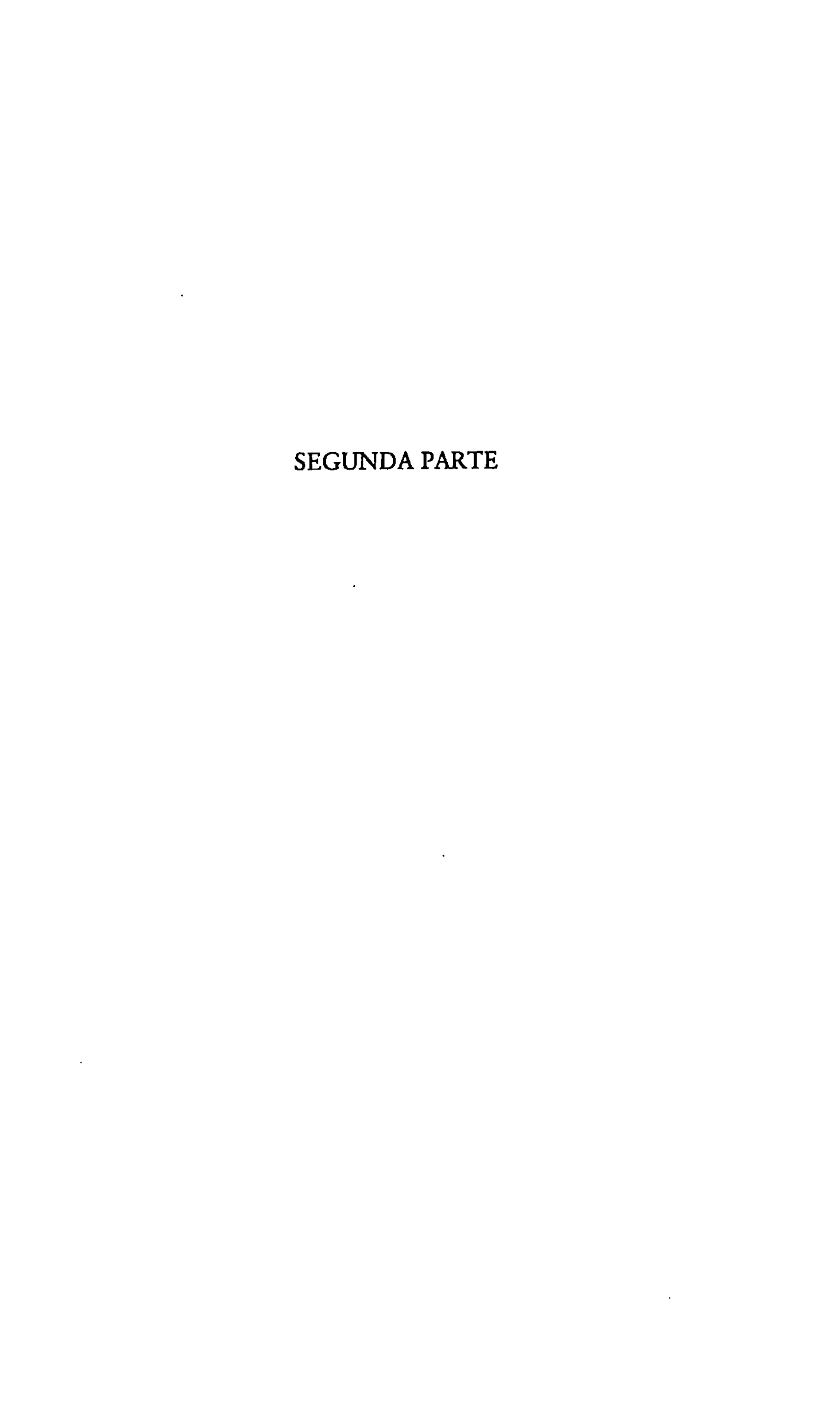
Todas estas milicias celebran, como oyes, con toda clase de músicas y prodigiosas voces, las maravillas que el Señor obra en las almas bienaventuradas, por lo que Le glorifican con magnificencia: porque los espíritus bienaventurados, henchidos de júbilo y con extraordinarios sones, celebran en los cielos el poderío del Señor que ha hecho maravillas en Sus santos, por las que estos, a su vez, ensalzan gloriosamente a Dios, buscándolo en las honduras de la santidad y exultando en la alegría de la salvación, como testimonia Mi siervo David, atalayador de los secretos supremos, cuando dice:

12. *Palabras del salmista*

«Clamor de júbilo y salvación en las tiendas de los justos»[1]. Así dice: clamor de gozo y celebración, al ser hollada la carne y levantado el espíritu, suena anunciando la salud eterna en las moradas de aquellos que de la iniquidad se apartan y cumplen la justicia, que, aun libres de hacer el mal por sugestión del Demonio, obran el bien por inspiración divina. ¿Qué quiere decir esto? ¡Cuántas veces no exulta el hombre con vana alegría al cometer el pecado que, en su desatino, apeteció! Pero, entonces, no habrá allí salvación: mira que hizo lo contrario al precepto del Señor. En cambio, con danzas de alegría y embargado en la dicha de la salud verdadera exultará el que cumpla con denuedo el bien ardientemente anhelado y, mientras habite en su cuerpo, ame la casa de aquellos que corren por el camino de la verdad y del error de la mentira se apartan.

Que quien tenga, pues, la ciencia del Espíritu Santo y las alas de la fe, no pase indiferente por esta exhortación Mía, sino que la goce, celebrándola en el alma, y así la reciba. Amén.

1. Salmos 118 (117),15.



SEGUNDA PARTE

Primera visión

LA PALABRA ENCARNADA

Y yo, criatura que, ni animada con la fuerza de los leones estoy, ni por su aliento cultivada, sino que en la flaqueza de la frágil costilla permanezco, de inspiración mística imbuida, *vi como un lucidísimo fuego inabarcable, inextinguible, viviente todo y todo vida; albergaba en su interior, tan inseparable de él como las entrañas del hombre, una llama celeste que, con un ligero soplo, intensamente ardía. Entonces vi que esta llama, destellando, se tornó incandescente. Y he aquí que, de pronto, surgió un aire oscuro y redondo, de gran magnitud; la llama, encima de él, lo forjaba: a cada golpe le hacía despedir una centella hasta que el aire se consolidó, y el cielo y la tierra resplandecieron, plenamente fundados. Después la misma llama, unida al fuego y su ardor, se extendió hacia una pequeña masa de tierra cenagosa que yacía en el fondo del aire: la calentó hasta transformarla en carne y sangre y, al soplar sobre ella, se irguió un hombre vivo. Hecho esto, el lucidísimo fuego, a través de la llama que, con un ligero soplo, intensamente ardía, dio al hombre una blanca flor, que pendía de la llama como de la hierba el rocío, y cuya fragancia sintió, en verdad, la nariz del hombre, pero ni la saboreó su boca ni sus manos la tocaron y, así, apartándose, se precipitó en unas lóbregas tinieblas de las que ya no pudo alzarse. Las tinieblas crecieron, dilatándose más y más en el aire. Entonces aparecieron en estas tinieblas tres inmensas estrellas, en su fulgor entrelazadas; y, enseguida, otras muchas, grandes y pequeñas, centelleando con vívido resplandor; y luego, una extraordinaria estrella que con prodigiosa claridad relumbraba, dirigiendo su esplendor hacia la llama. Pero he aquí que en la tierra despuntó un halo como alborada, en cuya hondura se sumió, milagrosamente, la llama, sin separarse del luci-*

dísimo fuego. Y así, en ese fulgor de alborada se encendió la Suprema Voluntad.

Y aunque quise contemplar con mayor esmero este encendimiento de la Voluntad, el sello del secreto cubrió mi visión; luego oí una voz que me decía desde el Cielo: «No podrás ver, de este misterio, más de cuanto te sea concedido por el milagro de la fe».

Entonces vi surgir, de aquel fulgor de alborada, un Hombre muy luminoso que irradió Su claridad sobre las tinieblas, pero estas lo rechazaron; así que, arrebolado en sangre y blanco de palidez, se reviró contra ellas, ahuyentándolas su embate con tal fuerza, que el hombre que en ellas yacía, tocado por Él, se revistió de luz y, levantado, salió de allí. Y, luego, el Hombre luminoso surgido de la alborada, apareciendo con una claridad imposible de expresar con lengua humana, ascendió a la insondable altura de la infinita gloria, donde fulguraba prodigiosamente, en la sazón de su desbordante lozanía, sahumado de maravillosos aromas. Y oí una voz venida de aquel fuego viviente que me decía: «Oh tú, que mísero polvo de la tierra eres, sin labranza de maestros carnales porque mujer naciste, indocta, pues, para leer las escrituras con la ciencia de los filósofos, pero viña que sólo Yo he cultivado: en ti siembro Mi luz, que tu corazón enciende como ardiente sol, ¡anuncia, grita y escribe los misterios Míos que ves y oyes en estas místicas visiones! Mira: clama a plena voz y sin temor lo que en espíritu entiendas, tal como hablo por tu boca, y que caiga la vergüenza sobre aquellos que deberían enseñar a Mi pueblo la rectitud, pero, por su infame conducta se niegan a proclamar abiertamente la justicia que conocieron, sin querer apartarse de sus malvados deseos, apegados a ellos como si fueran sus maestros, que les hacen huir de la faz del Señor, así que les sonroja decir la verdad. Por tanto, oh pusilánime: mira que el aliento de la mística ha labrado tu interior, y aunque el varón te humille a causa del pecado de Eva, habla de esta obra de fuego a ti manifestada en esta revelación veraz».

El Dios vivo, que todo lo creó por Su Palabra, por esa Palabra encarnada llevó a la mísera criatura humana, que se había hundido en las tinieblas, de vuelta a la salvación fiel. ¿Qué quiere decir esto?

1. *La omnipotencia de Dios*

Este *lucidísimo fuego* que ves representa al Dios Vivo y Omnipotente, cuyo clarísimo fulgor nunca ha sido oscurecido por la iniquidad; *inabarcable* es siempre, porque nada hay que pueda dividir-

lo ni en principio ni en fin, ni destello de la ciencia de sus criaturas capaz de aprehenderlo tal como es; *inextinguible* permanece pues es la plenitud que no conoce fin; y es *viviente todo*: nada hay oculto para Él, que desconozca; y *todo vida* porque cuanto vive recibe de Él la vida, como muestra Job, inspirado por Mí, cuando dice:

2. *Palabras de Job*

«¿Quién ignora que la mano de Dios ha hecho esto? Él, que tiene en su mano el alma de todo ser viviente y el soplo de toda carne de hombre»[1]. ¿Qué quiere decir esto? No hay criatura de naturaleza tan necia que, de entre las vicisitudes de su crecimiento, ignore qué causas le confieren su medro y sazón. ¿Cómo? El cielo alberga la luz; la luz, el aire; y el aire, los pájaros; la tierra nutre el verdor; el verdor, los frutos; los frutos, a los animales; y todo esto testimonia que ha sido hecho por una fuerte mano: la suprema potencia del Señor del mundo entero, que, en la pujanza de Su virtud, ha obrado todo cuanto existe de modo que nada falte para su provecho. Y este Forjador tiene en Su Omnipotencia el movimiento de todo ser viviente: los que van en pos de lo terreno, como las bestias, a las que Dios no ha insuflado la razón; y el soplo de los que habitan la carne de hombre, y que poseen razón, discernimiento y sabiduría. ¿Cómo?

El alma discurre entre lo terreno, fatigándose en medio de muchas mudanzas, según lo que reclaman las conductas carnales. Pero el espíritu se erige de dos maneras: sea al gemir, anhelar y suspirar en pos del Señor, o al buscar un dominio o un régimen o una opción entre lo cambiante, a modo de precepto, pues merced a la razón, posee discernimiento. Así pues, el hombre alberga dentro de sí la semejanza con el cielo y la tierra. ¿Cómo? Tiene un círculo en el que aparecen la perspicacia, el aliento y el raciocinio, como en el cielo las luminarias, el aire y los pájaros; y un receptáculo en el que se manifiestan la humedad, la germinación y el nacimiento, igual que en la tierra la lozanía, el fruto y los animales. ¿Qué quiere decir esto? Oh hombre, estás plenamente en todas las criaturas y olvidas a tu Creador: si lo sometido a ti Le obedece, tal como le fue ordenado, ¿acaso tú vas a quebrantar Sus preceptos?

1. Job 12,9-10.

3. *La Palabra está indivisible y eternamente en el Padre*

Pero viste que *ese fuego albergaba en su interior, tan inseparable de él como las entrañas del hombre, una llama celeste que, con un ligero soplo, intensamente ardía*: porque en el Padre estaba, antes del tiempo de la fundación del mundo, la Palabra infinita, que habría de encarnarse, en el fuego del amor, bajo el curso de los siglos cercanos a su declive, prodigiosamente, sin mancha ni peso de pecado, por la dulce lozanía del Espíritu Santo, en la alborada de la santa virginidad; y así como antes de hacerse carne estaba indivisiblemente en el Padre, después de revestirse de humanidad permaneció inseparablemente en Él. Pues igual que el hombre no subsistiría sin el latido vital que recorre sus vísceras, tampoco era posible, en modo alguno, que se separara del Padre Su Palabra Única.

4. *Por qué al Hijo de Dios se le llama la Palabra*

¿Y por qué se Le llama Palabra? Porque así como mediante la palabra mundana, transitoria al ser propia de la ceniza humana, los hombres dotados de entendimiento y previsión comprenden sabiamente las órdenes del preceptor y las razones de su mandato; así también, por la Palabra ultramundana, que es intemporal al gozar de vida inextinguible en la eternidad, se manifiesta el poderío del Padre a las distintas criaturas del mundo, que Le sienten y reconocen como el origen de su creación. Y al igual que se traslucen el poder y la honra de un hombre por sus palabras mundanales, así también resplandecen, a través de la Palabra Plena, la santidad y bondad del Padre.

5. *Por virtud de la Palabra se creó todo y el hombre fue rescatado*

Entonces viste que esta llama, destellando, se tornó incandescente: la Palabra de Dios mostró Su poder cual centelleo cuando por ella fueron suscitadas todas las criaturas, y como incandescencia cuando Se encarnó en la alborada y blancura de la virginidad, así que destiló todas las virtudes para el conocimiento del Señor al renacer el hombre en la salvación de las almas.

6. *El inaprehensible poder de Dios creó el mundo y las especies*

Y he aquí que, de pronto, surgió un aire oscuro y redondo, de gran magnitud: esta es la materia del mundo, inerte en la oscuridad

de la imperfección, todavía no iluminada por la plenitud de las criaturas; y *redonda* porque está bajo el inabarcable poder del Señor cuya Divinidad es omnipresente y, surgiendo en la suma potestad de Dios, es elevada por suprema voluntad como en un pestañear de ojos. Así que *la llama, encima de él, lo forjaba: a cada golpe le hacía despedir una centella hasta que el aire se consolidó, y el cielo y la tierra resplandecieron, plenamente fundados*: pues la Palabra Celestial, que está por encima de todas las criaturas, muestra la virtud de Su fuerza al fundar la Creación, que Le está sometida; de esta materia forjó las distintas especies de criaturas, luminosas en el despuntar de su nacimiento, como un artesano extrae con destreza figuras del bronce; hasta que la Creación entera resplandeció en la belleza de su plenitud: lo que está arriba y lo que está abajo, lleno todo del fulgor y la firmeza de su perfecta fundación, porque lo superior alumbra a lo inferior, y lo inferior a lo superior.

7. *Y el hombre fue creado del barro de la tierra*

Después, la misma llama, unida al fuego y su ardor, se extendió hacia una pequeña masa de tierra cenagosa que yacía en el fondo del aire: fundadas las demás criaturas, la Palabra de Dios contempló, con la poderosa voluntad del Padre y el amor de la suprema dulzura, la pobre, quebradiza materia de la fragilidad humana, tierna y recia, de la que se procrearían los hombres, tanto buenos como réprobos, aún inmóvil en el abismo de un inerte y frío letargo, todavía no animada por el cálido soplo de la vida. *La calentó hasta transformarla en carne y en sangre*: con la lozanía Le infundió el calor, porque la tierra es la materia carnal de los hombres, y con su savia los nutre como amamanta la madre a sus hijos. *Y, al soplar sobre ella, se irguió un hombre vivo*: por suprema virtud la animó y sacó, prodigiosamente, un hombre compuesto de cuerpo y de alma.

8. *Adán aceptó la obediencia, pero quebrantó su promesa*

Hecho esto, el lucidísimo fuego, a través de la llama que, con un ligero soplo, intensamente ardía, dio al hombre una blanca flor, que pendía de la llama como de la hierba el rocío: creado Adán, el Padre, que es la luminosa serenidad, le brindó, a través de Su Palabra en el Espíritu Santo, el dulce precepto de la diáfana obediencia, unido a la Palabra en la fragante lozanía de su florecer; porque el Padre derra-

mó, por la Palabra en el Espíritu Santo, la suave esencia de santidad, haciendo brotar el mejor y más exuberante fruto, como una lluvia pura que, al caer sobre la pradera, la esmaltara de flores. *Y cuya fragancia sintió, en verdad, la nariz del hombre, pero ni la saboreó su boca, ni sus manos la tocaron*: pues atrajo hacia sí el precepto de la Ley con el entendimiento de la sabiduría como aspirándolo con su nariz, pero no saboreó plenamente su fuerza con el íntimo abrazo de su boca, ni con la obra de sus manos lo llevó a cabo en la sazón de la bienaventuranza. *Y así, apartándose, se precipitó en unas lóbregas tinieblas de las que ya no pudo alzarse*: por consejo del Demonio volvió la espalda al precepto divino y cayó en los terribles cepos de la muerte, al no buscar al Señor ni con la fe ni con las obras. Por tanto, no pudo levantarse, postrado bajo su culpa, al conocimiento verdadero de Dios hasta la venida de Aquel que, libre de pecado, obedeció plenamente a Su Padre.

Y *las tinieblas crecieron, dilatándose más y más en el aire*: porque el poder de la muerte aumentó, según se propagaba, más y más a lo largo y ancho del mundo, la cizaña: la ciencia humana se envolvió en la discordia y la multiplicación de los vicios por el horror de pecados que estallaban exhalando miasmas.

9. *Patriarcas y profetas hicieron retroceder las tinieblas*

Entonces aparecieron en estas tinieblas tres inmensas estrellas, en su fulgor entrelazadas; y, enseguida, otras muchas, grandes y pequeñas, centelleando con vívido resplandor: estas son las grandes luminarias, símbolo de la Trinidad Suprema: Abraham, Isaac y Jacob, abrazados entre sí tanto por sus fieles obras como por el vínculo de la carne, ahuyentando con sus señales las tinieblas del mundo; y les siguen muchos profetas, mayores y menores, radiantes en sus numerosas y admirables maravillas.

10. *Juan, brillando en sus milagros, prefigura al Hijo de Dios*

Y luego, una extraordinaria estrella que con prodigiosa claridad relumbraba, dirigiendo su esplendor hacia la llama: este es el mayor profeta, Juan el Bautista, que, con sus fieles y fulgurantes obras, desbordante de maravillas arde y alumbra; por ellas anunció la Palabra Verdadera, el Hijo de Dios verdadero, porque no cedió a la iniquidad, sino que la combatió con fuerza y gallardía en sus obras de justicia.

11. *Al encarnarse la palabra se manifiesta el antiguo y gran designio*

Pero he aquí que en la tierra despuntó un halo como alborada, en cuya hondura se sumió, milagrosamente, la llama, sin separarse del lucidísimo fuego: porque el Señor sembró el inmenso esplendor de una luz rutilante en el lugar del nacimiento, donde envió con pleno deseo Su Palabra, pero sin separarse de ella, sino que la dio como exuberante fruto, la hizo brotar como manantial caudaloso, y la garganta fiel que de sus aguas beba nunca más sentirá sed. *Y así, en este fulgor de alborada se encendió la Suprema Voluntad*: pues en esa claridad de fulgor arrebolado se reveló la lozanía del gran y antiguo designio, así que todas las milicias del cielo se maravillaron, embargadas de luminosa dicha.

12. *El hombre no escrutará los designios del Señor*

Pero, oh hombre, mientras, al modo humano, tratas de conocer más plenamente la excelsitud de este designio, se alza frente a ti la muralla de lo impenetrable: porque no escrutarás los secretos del Señor más allá de cuanto la Divina Majestad quiera manifestar por amor a los que creen.

13. *El Hijo de Dios venció con su muerte al Demonio*

Entonces viste surgir, de aquel fulgor de alborada, un Hombre muy luminoso que irradió Su claridad sobre las tinieblas, pero estas lo rechazaron; así que, arrebolado en sangre y blanco de palidez, se reviró contra ellas, ahuyentándola su embate con tal fuerza, que el hombre que en ellas yacía, tocado por Él, se revistió de luz y, levantado, salió de allí: esto representa la Palabra de Dios, inviolablemente encarnada en la pureza de la inmaculada virginidad y nacida sin dolor, mas sin separarse del Padre. ¿Cómo? Cuando el Hijo de Dios nació de Su madre en el mundo, apareció en el Padre, en el Cielo, por lo que, al instante, los ángeles exultaron y, alborozados, cantaron dulcísimas alabanzas. Él, que sin mancha de pecado pasó por este mundo, irradió la luminosa bienaventuranza de Su doctrina y Su salvación en las tinieblas de la impiedad; pero, rechazado por el pueblo incrédulo y llevado a la Pasión, derramó Su preciosa sangre y probó en Su cuerpo la calígine de la muerte. Así venció al Demonio, del Hades rescató a Sus elegidos, allí cautivos y postrados, y los condujo

misericordiosamente, con el aliento de Su redención, a la herencia que por Adán habían perdido. Y mientras llegaban a su heredad, prorrumpieron tamboriles y cítaras, y todos los cantos con músicas llenas de adornos, porque el hombre, que yacía en la perdición, levantado ya en la bienaventuranza y por Suprema Virtud rescatado de la muerte, escapaba de sus cepos, como anuncié por boca de Mi siervo Oseas:

14. *Palabras de Oseas*

«Encerrada está la culpa de Efraím, bien guardado su pecado. Dolores de parturienta le asaltarán, pero él es un hijo necio que no se presentará a tiempo por donde rompen los hijos. De la garra del seol los libraré, de la muerte los rescataré. Yo seré tu muerte, oh muerte, tu ruina seré, seol»[2]. ¿Qué quiere decir esto? Encerrada está bajo férrea cadena la malvada culpa de Satán, de la ira del Señor no se librará: nunca quiso contemplarle con recta mirada, como Le contemplan cuantos fielmente Le temen. Este siempre se levantó contra el Señor clamando: «Yo soy Dios»; sin cesar erró sobre el Bendito del Señor: por Él se hizo adversario del nombre de los cristianos. Tan guardada está, pues, su maldad, que ninguna medicina reparará tamaño crimen, como con inmunda soberbia cruelmente cometió, haciéndolo digno de ser salvado. En la ceguera del dolor permanecerá, cual parturienta en la aflicción desesperada, temiendo no sobrevivir a la apertura de su vientre. Y esta desdicha no lo abandonará: ha sido apartado de la bienaventuranza; porque la sabiduría de los hijos ha huido de él, no ha entrado en sí mismo como entró aquel que de la iniquidad regresó a su padre[3].

Nunca se erguirá confiado en la contrición con que los hijos de la salvación aplastan en el Hijo Celestial a la muerte, vástago de la dura iniquidad que esa astuta serpiente hizo brotar cuando sugirió al primer hombre el engaño que él ignoraba. Mira que estos hijos desprecian el veneno del inmundo hechizo y van en pos de su salud:

2. Oseas 13,12-14. (*El tiempo futuro de los verbos y el último verso, según* Vulgata. La frase relativa a los dolores de parto era una antigua metáfora, muy utilizada entre hebreos y caldeos, que aludía a los desheredados, a quienes, por su contumacia, no estarán en el reparto de la herencia; en Vulgata dice «no estará/ no se levantará en la contrición de los hijos», refiriéndose a la penitencia, necesaria como preparación para el Reino, y, por tanto, al reparto de la herencia: en definitiva, significa que no nacerá como hijo; téngase en cuenta respecto a la glosa de la autora. [*N. de los T.*])

3. Lucas 15,17-18.

los libraré de la servidumbre a los ídolos; ídolos que rebosan mentira en las garras de la perdición, ídolos por los que los infieles abandonan la honra de su Creador y, en los cepos del Demonio presos, cumplen sus obras según su voluntad.

De las penas del seol rescataré las almas de cuantos Me amen, de cuantos Me adoren: las almas de los santos y los justos; pues ningún hombre podrá desatarse de las cadenas diabólicas en que la gélida muerte le apresa al haber prevaricado contra los preceptos del Señor, sino por la redención de Aquel que librará a Sus elegidos con Su propia sangre. Entonces te exterminaré, oh muerte, te aniquilaré: mira que te arrebataré aquello por lo que crees vivir, ¡despreciable cadáver serás llamada! En tus poderosas fuerzas caerás abatida, como el que, exánime, yace postrado hasta exhalar el último suspiro. Mira: un manantial de aguas vivas te anegará cuando las almas venturosas sean resucitadas misericordiosamente en la suprema bienaventuranza por el Hombre Nuevo, que no será cómplice de la infesta mentira. Para confusión tuya, tu ruina seré, seol, cuando Mi poder con fuerte mano te despoje del botín que, con celada, arrebataste; así que, justamente desposeída, nunca más te mostrarás incólume, oh muerte, ni desbordante en tus riquezas, sino que inmunda y herida yacerás postrada: eternamente sobre ti tu confusión.

15. *El Hijo de Dios enseñó el camino de la luz*

Pero, como ves, *el Hombre luminoso, surgido de la alborada, apareció con una claridad imposible de expresar con lengua humana*: muestra que el noble cuerpo del Hijo de Dios, que, nacido de una dulce Virgen, yació tres días en el sepulcro para confirmar que hay Tres Personas en una sola Divinidad, fue tocado por el fulgor del Padre: así recibió el Espíritu Santo y resucitó a una inmortalidad esplendorosa que ningún hombre puede expresar ni con el pensamiento ni con la palabra. Y el Padre Lo enseñó, abiertas Sus heridas, a los coros celestiales, diciendo: «Este es Mi Hijo amado, a quien he enviado a morir por el pueblo»; entonces estalló entre ellos un júbilo inmenso, que rebasa el entendimiento humano, porque tan humillado estaba el olvido criminal por el que se ignoraba al Señor, que la razón humana, antes postrada bajo las asechanzas de Satán, había sido levantada al conocimiento de Dios; pues la suprema bienaventuranza mostró al hombre el camino de la verdad por el que fue conducido de la muerte a la vida.

16. *El Hijo de Dios se apareció a sus discípulos para afianzarlos*

Pero así como los hijos de Israel, liberados de Egipto, peregrinaron cuarenta años por el desierto y al cabo llegaron a la tierra que mana leche y miel, también el Hijo de Dios, resucitado de la muerte, se apareció bondadosamente durante cuarenta días a Sus discípulos y a las mujeres bienaventuradas que lloraban por Él y anhelaban verle de todo corazón, para afianzarlos, no dudaran en la fe y dijeran: «No Le hemos visto, así que no podemos creer que Él sea nuestra salvación». Pero Él se manifestó a ellos durante muchos días para confortarlos y que no cayeran.

17. *La esposa del Hijo de Dios, fundada en su ascensión*

Y ascendió a la insondable altura de la infinita gloria, donde fulguraba prodigiosamente, en la sazón de su desbordante lozanía, sahumado de maravillosos aromas: el Hijo de Dios se elevó al Padre que es, con el Hijo y el Espíritu Santo, la cumbre más alta y excelsa del júbilo y la dicha inexpresables, donde el Hijo, en la abundancia de la luminosa santidad y bienaventuranza, se manifiesta gloriosamente a Sus fieles que, con sencillez y pureza de corazón, creen en Él como Dios y hombre verdadero. Y he aquí que entonces fue fundada la Nueva Esposa del Cordero, llena de adornos: engalanada con todo género de virtudes para el durísimo combate que el pueblo fiel entablaría contra la maliciosa serpiente.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

Segunda visión

LA TRINIDAD

Después vi una luz muy esplendorosa y, en ella, una forma humana del color del zafiro, que ardía entera en un suave fuego rutilante. Y esa esplendorosa luz inundaba todo el fuego rutilante, y el fuego rutilante, la esplendorosa luz; y la esplendorosa luz y el rutilante fuego inundaban toda la forma humana, siendo una sola luz en una sola fuerza y potencia.

Y de nuevo oí a la Luz Viviente que me decía:

1. *Sentir los misterios del Señor*

Esto es sentir los misterios del Señor: observar con discernimiento y comprender qué es esa Plenitud sin principio en la que es inagotable la profunda fortaleza que sembró todos los manantiales de los fuertes[1]. Porque si el Señor estuviera vacío de su propio vigor, ¿qué sería, entonces, su obra? Nada sería. Por tanto, en la obra plena se advierte Quién es su Artesano.

2. *Las Tres Personas*

Así, ves una *luz muy esplendorosa* que sin sombra de quimera, defecto ni engaño, representa al Padre; y, en ella, *una forma humana del color del zafiro,* que, sin mancha de ofuscación, envidia o iniquidad, designa al Hijo, engendrado por el Padre antes de los

1. Véanse Salmos 78 (77),24-25; Juan 7,38-39.

siglos, según Su divinidad, pero después encarnado en el mundo, en el tiempo, según Su humanidad; *y ardía entera en un suave fuego rutilante,* fuego que, sin huella de aridez, mortalidad ni calígine, manifiesta al Espíritu Santo: por Él fue concebido, según la carne, el Hijo Único de Dios, nacido de una Virgen en el tiempo, que irradió en el mundo la luz de la claridad verdadera. *Y esa esplendorosa luz inundaba todo el fuego rutilante, y el fuego rutilante, la esplendorosa luz; y la esplendorosa luz y el rutilante fuego inundaban toda la forma humana, siendo una sola luz en una sola fuerza y potencia*: pues el Padre, que es suprema equidad, pero no existe sin el Hijo y sin el Espíritu Santo, y el Espíritu Santo, que enciende los corazones de los fieles, mas no existe sin el Padre y sin el Hijo, y el Hijo, que es fruto pleno, pero no existe sin el Padre y sin el Espíritu Santo, son inseparables en la Majestad de la Divinidad. Porque el Padre no es sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin Ellos. Así, estas Tres Personas son un solo Dios en una sola e íntegra Majestad Divina; y la Unidad de la Divinidad subsiste indivisiblemente en estas Tres Personas porque la Divinidad no puede ser escindida, pues permanece siempre inviolable, sin mudanza alguna. Pero el Padre se manifiesta a través del Hijo; el Hijo, por el nacimiento de las criaturas; y el Espíritu Santo, por el Hijo encarnado. ¿Cómo? El Padre es Quien engendró al Hijo, antes de los tiempos; el Hijo, Aquel por el que el Padre hizo todo cuanto existe, en el principio de la creación; y el Espíritu Santo es el que, con forma de paloma, apareció en el bautismo del Hijo de Dios, cercano el ocaso de los tiempos.

3. *El hombre ha de invocar un solo Dios en Tres Personas*

Por tanto: no olvidarás, oh hombre, invocarme como un solo Dios en estas Tres Personas. Pues por eso os las he manifestado: para que ardáis tanto más profundamente en Mi amor cuanto por Mi amor a vosotros envié a Mi Hijo al mundo, como testimonia Mi bienamado Juan cuando dice:

4. *Palabras de Juan sobre el amor de Dios*

«En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por

nuestros pecados»[2]. ¿Qué quiere decir esto? Por cuanto Dios nos amó, surgió una nueva salvación, distinta a la que en nuestro origen tuvimos, cuando éramos herederos de la inocencia y la santidad; porque el Padre celestial manifestó Su amor en medio de nuestro infortunio, mientras éramos cautivos del tormento: por virtud suprema envió a Su Palabra, única llena de santidad entre los hijos de los hombres, a las tinieblas del mundo; allí la Palabra cumplió todo el bien y, con Su dulzura, llevó de vuelta a la vida a aquellos que, abatidos por la inmundicia de sus culpas, no podían regresar a la bienaventuranza perdida. ¿Qué quiere decir esto?

Mira: por este manantial de vida vino, cual abrazo, el amor materno del Señor, que nos apacentó para la vida y es nuestro refugio en la tribulación; amor dulce y profundo es, que nos lleva a la penitencia. ¿Cómo?

Dios recordó misericordiosamente Su gran obra, Su más preciosa perla, el hombre, al que formó del barro de la tierra, al que insufló el aliento de vida. ¿Cómo? Fundó la vida en la penitencia, cuya eficacia nunca desmedra; porque la astuta serpiente engañó al hombre al sugerirle la soberbia, pero el Señor la abatió con la penitencia que manifestó la humildad y que el Demonio ni conoció ni obró, pues no supo levantarse hacia el camino recto.

Por tanto: no ha surgido de nosotros esta salvación de la caridad, pues ni sabíamos ni podíamos amar a Dios para salvación nuestra; sino que Él, Creador y Señor de todo, tanto amó a Su pueblo que, por su salvación, envió a Su Hijo, Príncipe y Salvador de los fieles que lavó y sanó nuestras heridas; de Él dimanó esa dulcísima esencia de la que fluye todo el bien de la salvación. Entiende, pues, oh hombre, que ni adversidad ni mudanza alguna pueden alcanzar al Señor. Mira que el Padre es el Padre, el Hijo es el Hijo, y el Espíritu Santo es el Espíritu Santo, y estas Tres Personas perduran indivisiblemente en la Unidad de la Divinidad. ¿Cómo?

5. *Las tres fuerzas de la piedra*

Tres fuerzas hay en una piedra, tres en una llama y tres en una palabra. ¿Cuáles? En la piedra: húmedo vigor, consistencia tangible y fuego rutilante. El húmedo vigor para que no se disuelva ni se resquebraje; la consistencia tangible para que ofrezca morada y refugio; el fuego rutilante para que se temple y consolide hasta afianzarse. Este vigor húmedo representa al Padre, cuya virtud ni se agos-

2. 1 Juan 4,9-10.

ta ni se consume; la consistencia tangible designa al Hijo, que, nacido de una Virgen, pudo ser tocado y percibido; el fuego rutilante simboliza al Espíritu Santo, que ilustra y enciende los corazones de los fieles. ¿Qué quiere decir esto?

Igual que el hombre cuyo cuerpo está en asiduo contacto con el húmedo vigor de la piedra cae enfermo y se enerva, aquel que, empujado por la zozobra de sus pensamientos, quiere mirar temerariamente al Padre, perece en la fe. Y así como los hombres, merced a la consistencia tangible de la piedra, edifican sus moradas para guardarse en ellas de sus enemigos, el Hijo de Dios, piedra angular verdadera, es la morada del pueblo fiel, su refugio frente a los espíritus malignos. Y lo mismo que el fuego rutilante ilumina las tinieblas y abrasa cuanto toca, así el Espíritu Santo ahuyenta la impiedad, el anublo de la iniquidad se lleva.

Y así como estas tres fuerzas se hallan en una sola piedra, la Trinidad verdadera está en la Unidad verdadera.

6. *Las tres fuerzas de la llama*

Mira otra vez: igual que la llama en un solo ardor tres fuerzas posee, hay un solo Dios en Tres Personas. ¿Cómo? El brillante fulgurar, el vigor arrebolado y el aliento ígneo componen la llama: brillante fulgurar para que alumbre, vigor arrebolado para que medre, aliento ígneo para que arda. Entonces, en el brillante fulgurar contempla al Padre, que irradia Su claridad sobre los fieles con paterno amor; en el vigor arrebolado, ínsito en la llama y por el que manifiesta su virtud, reconoce al Hijo, que recibió de una Virgen Su cuerpo y en el que la Divinidad reveló Sus maravillas; y en el aliento ígneo descubre al Espíritu Santo, que ilustra con ardor las mentes de los fieles. Pero igual que allí donde no haya brillante fulgurar, vigor arrebolado y aliento ígneo, no se verá llama, allí donde no sea adorado el Padre con el Hijo y el Espíritu Santo, Dios no será dignamente venerado.

Luego así como en una llama se distinguen tres fuerzas, deberás entender Tres Personas en la Unidad de la Divinidad.

7. *Las tres causas de la palabra humana*

Y tal como en la palabra se advierten tres causas, así habrás de contemplar la Trinidad en la Unidad de la Divinidad. ¿Cómo? Hay en la palabra sonido, fuerza y aliento: sonido para que sea escuchada, fuerza para que sea entendida y aliento para que se cumpla. En el sonido percibe, pues, al Padre, que con Su inexpresable potestad

todo lo manifiesta; en la fuerza, al Hijo, engendrado prodigiosamente por el Padre; y en el aliento, al Espíritu Santo, que arde con suavidad en Ellos. Pero allí donde no se escuche el sonido, no actuará la fuerza ni se elevará el aliento: por tanto, no será comprendida la palabra; igual que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no están separados entre sí, mas realizan Su obra unánimemente.

Por eso, así como en una sola palabra se hallan estas tres causas, también la Suprema Trinidad está en la Suprema Unidad. Y, al igual que en la piedra no existe ni obra el húmedo vigor sin la consistencia tangible y sin el fuego rutilante, ni la consistencia tangible sin el húmedo vigor y sin el fuego rutilante, ni el fuego rutilante sin el húmedo vigor y sin la consistencia tangible; y tal como en la llama no existe ni obra el brillante fulgurar sin el vigor arrebolado y sin el aliento ígneo, ni el vigor arrebolado sin el brillante fulgurar y sin el aliento ígneo, ni el aliento ígneo sin el brillante fulgurar y sin el vigor arrebolado; y a semejanza de la palabra en que no existe ni obra el sonido sin la fuerza y sin el aliento, ni la fuerza sin el sonido y sin el aliento, ni el aliento sin el sonido y sin la fuerza, sino que están indivisiblemente unidos en su obrar, así también estas Tres Personas de la Trinidad verdadera subsisten, inseparables, en la Majestad de la Divinidad y no pueden escindirse.

Entiende, pues, oh hombre, al Dios Uno en Tres Personas. Pero en la necedad de tu mente concibes un Dios tan exánime que no le es posible existir verdaderamente en Tres Personas sino sólo en una, lánguidamente. ¿Qué quiere decir esto? Dios es en Tres Personas el Dios verdadero, el Primero y el Último[3].

8. *Sobre la unidad de la esencia*

Pero el Padre no existe sin el Hijo, ni el Hijo sin el Padre, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin Ellos: estas Tres Personas son inseparables en la Unidad de la Divinidad. ¿Cómo? Resuena la palabra desde la boca de un hombre, mas la boca no resonará sin la palabra, ni resonará la palabra si no hay vida. ¿Y dónde habita la palabra? En el hombre. ¿Y de dónde sale? Del hombre. ¿Cómo? Porque el hombre tiene vida. Así está en el Padre el Hijo, al que el Padre envió a las tierras de calígine por la salvación de los hombres, concebido por el Espíritu Santo en una Virgen; Hijo que, así como es Unigénito en la Divinidad, es también Unigénito en la Virginidad y, al igual que es el Único del Padre, es también el

3. Apocalipsis 1,17.

Único de la Madre: el Padre Lo engendró, sólo a Él, antes del tiempo, como la Madre Lo engendró, sólo a Él, en el tiempo, porque permaneció virgen después del parto.

Por tanto, oh hombre, entiende en estas Tres Personas a tu Dios, que te ha creado en la fortaleza de Su Divinidad y te ha rescatado de la perdición. No olvides, pues, a tu Creador, como te aconseja Salomón, según está escrito:

9. *Palabras de Salomón*

«Acuérdate de tu Creador en tus días mozos, mientras no vengan los días malos, y se echen encima años en que dirás: no me agradan»[4]. ¿Qué quiere decir esto? Recuerda con tu entendimiento a Aquel que te ha creado, cuando en los días de tu falsa confianza creas posible ir donde te lleve tu corazón: remontarte a las alturas y a las simas bajar, alzarte en la prosperidad y en la desdicha caer. Pues el aliento de vida que hay en ti siempre lucha por medrar hasta llegado el tiempo en que se manifieste en su plenitud. ¿Cómo? El niño crece desde que nace hasta alcanzar su estatura completa; después permanece en esa edad de la sazón y deja atrás el imprudente ánimo de las costumbres pueriles: ahora sólo con grandes fatigas y reflexión provee a cuanto es menester en sus asuntos, cosa que no hacía en la ligereza de la niñez. Así obre también el hombre fiel; abandone las costumbres de la infancia, medre hasta la sazón de las virtudes y con su pujanza persevere: no exalte los deseos que laten en el desatino de los vicios, sino medite, atribulado en el desvelo, sobre qué le será provechoso, como antes se entregaba puerilmente a las costumbres de la niñez.

Abraza, pues, a tu Dios, oh hombre, en el esplendor de tu fuerza, mientras no venga la hora de la expiación de tus obras, cuando todo sea manifestado y nada quede oculto, cuando sobrevenga el tiempo de la plenitud sin fin, sobre el que tu corazón de hombre quedamente murmura: «no me agradan estas mudanzas, no sé si serán mi dicha o mi desventura»; mira que la mente humana siempre zozobra en esto: mientras hace el bien se atormenta pensando si complacerá o no al Señor, y mientras comete el mal tiembla por la salud de la remisión.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

4. Eclesiastés 12,1.

Tercera visión

LA IGLESIA

Después vi una imagen de mujer, inmensa como una gran ciudad; ceñía su cabeza una maravillosa diadema, y de sus brazos pendía un esplendor a modo de mangas, que rutilaba del cielo a la tierra. Su vientre estaba, como una red, perforado con muchos agujeros por los que pasaba una enorme multitud de gentes. No tenía piernas ni pies; apoyándose sólo sobre su vientre frente al altar, ante los ojos de Dios, con sus manos extendidas lo abrazaba, y sus penetrantes ojos atalayaban el cielo todo. Pero no pude observar sus vestidos, sólo vi que entera relumbraba con luminosa claridad, de un inmenso halo rodeada, y rutilaba en su pecho un rojo fulgor cual alborada; escuché entonces cómo, brotando de su mismo pecho, todo género de músicas y voces cantaban de ella: «Oh tú, que llena de luz, como alborada resplandeces».

Y esta imagen desplegó su esplendor a semejanza de un vestido, diciendo: «¡Engendraré y alumbraré!». Y al instante acudió a su encuentro, como relámpago, una multitud de ángeles que hicieron en ella escalinatas y asientos para los hombres por los que la imagen sería llevada a su plenitud.

Luego vi unos niños negros que avanzaban por el aire cerca de la tierra, como los peces por el agua, y entraron en el vientre de la imagen a través de los agujeros que la horadaban. Pero ella gimió y los atrajo a lo alto, hacia su cabeza: salieron por su boca mientras ella permanecía incólume. Y he aquí que esa luz esplendorosa y, en ella, la forma humana que ardía toda en un suave fuego rutilante, volvió a aparecérseme tal como la vi en mi anterior visión y, arrancando a cada uno de ellos la piel negra, la arrojó fuera del camino;

atavió a cada cual con una túnica muy blanca y les abrió la luz esplendorosa, diciéndoles de uno en uno:

«Despójate de la vieja injusticia y revístete de la nueva santidad, que abierta está para ti la puerta de tu herencia. Observa, pues, lo que te enseñaron, a fin de que conozcas a tu Padre, al que confesaste: Yo te he recibido y tú Me has confesado. Ahora mira estos dos senderos: uno va al oriente, el otro al aquilón. Si quieres, entonces, contemplarme ardientemente con tus ojos interiores, según te ilustró la fe, te acogeré en Mi Reino. Y si con rectitud Me amas, haré cuanto desees. Pero si Me desprecias y de Mí te apartas, si miras atrás sin querer conocerme ni entenderme, si cuando, hombre sórdido en tus culpas, vuelvo a llamarte a la penitencia pura, y tú, en cambio, en pos del Demonio corriendo vas como a un padre, la perdición te abrazará: pues según tus obras serás juzgado, y te ofrecí el bien, mas no quisiste conocerme».

Pero los niños que habían atravesado el vientre de la imagen, caminaban en el esplendor que la rodeaba. Y ella, mirándolos bondadosamente, dijo con triste voz: «Estos hijos míos volverán de nuevo al polvo de la tierra. A muchos engendro y alumbro que a mí, madre suya, con tempestades de discordia me atormentarán y oprimirán: me impugnarán con la herejía y el cisma y sus vanas luchas, con el pillaje y el homicidio, el adulterio y la fornicación y otros errores semejantes. Mas no pocos de entre estos se levantarán con la penitencia verdadera a la vida eterna; muchos otros, en cambio, caerán, presos de su traidora porfía, en la muerte eterna».

Luego oí de nuevo una voz que me decía desde el Cielo: «La entera morada de las almas vivientes, que se edifica en los Cielos con piedras vivas, engalanada con la inmensa belleza de las virtudes de sus hijos, a los que abraza como gran ciudad una incontable muchedumbre de pueblos y como anchurosa red una enorme abundancia de peces, por las virtudes celestes florece gloriosa, según prospera la obra de los fieles bajo el nombre cristiano».

1. *La edificación de la Iglesia*

Por eso ves una imagen de mujer, inmensa como una gran ciudad: representa a la Esposa de Mi Hijo, que siempre alumbra a sus hijos en la renovación del Espíritu y del agua, pues el poderoso guerrero la erigió para que, en la anchura de las virtudes arraigada, abarcara y perfeccionara a la incontable muchedumbre de sus elegidos. Ningún enemigo prevalecerá en lucha contra ella: arroja de sí la impiedad y en la fe se expande; así que entiendan por esto cuan-

tos habitan el mundo perecedero que cada fiel es un ejemplo para su prójimo, por lo que obra grandes virtudes en los Cielos. Pero sólo cuando cada uno de los justos alcance a los hijos de la luz, se manifestarán en ellos las buenas obras que realizaron y que no pueden conocerse en la perecedera ceniza de la tierra: aquí la sombra de la tribulación las oscurece.

2. *La Iglesia está adornada en su origen con los apóstoles y mártires*

Y *ceñía su cabeza una maravillosa diadema* porque en su despuntar, suscitada en la sangre del Cordero, fue hermosamente engalanada con los apóstoles y mártires: prometida en verdaderos esponsales a Mi Hijo, pues se formó fielmente en Su sangre como firme templo de las almas santas.

3. *El rito sacerdotal y las limosnas engalanan la Iglesia*

De sus brazos descendía un esplendor a modo de mangas, que rutilaba del cielo a la tierra: esta es la acción de la fortaleza en los sacerdotes que, puros el corazón y las manos, ofrecen sobre el santo altar la sacrosanta oblación, sacramento del cuerpo y la sangre de su Salvador, en virtud de los buenos actos. Y es la luminosa obra de los misericordiosos que, con generosidad, siempre brindan su ayuda a cuantos sufren y, compasivos, reparten limosna a los menesterosos, diciendo de todo corazón: «Estos bienes no son míos, sino de Aquel que me ha creado»; porque esta obra, inspirada por el Señor, aparece ante Sus ojos en los cielos cuando los hombres fieles la realizan, merced al culto de la Iglesia, en la tierra.

4. *La bondad maternal de la Iglesia*

Su vientre estaba, como una red, perforado con muchos agujeros por los que pasaba una enorme multitud de gentes: esta es su bondad materna, diestra pescadora de almas fieles con las distintas artes de las virtudes, por las que los pueblos fieles permanecen devotamente enmallados en la fe con creencia verdadera. Pero el que lanza las redes para capturar los peces es Mi Hijo, Esposo de Su bienamada Iglesia, a la que se prometió en Su sangre para restaurar la caída del hombre en la perdición.

5. *La Iglesia alcanzará su plenitud al final de los tiempos*

No tenía piernas ni pies: porque aún no ha adquirido la fortaleza de su total consistencia ni el fulgor de su plenitud; pues cuando llegue el Hijo de la Perdición, que concitará el error en el mundo, sufrirá la tribulación: la más cruel perversidad infligirá a todos sus miembros los suplicios del fuego y la sangre; entonces alcanzará la plenitud por las sangrantes heridas de este quebranto y correrá presurosa hacia la Jerusalén Celestial. Porque también fue en la sangre donde surgió: en la sangre de Mi Hijo se alzó suavemente como Nueva Esposa, y entrará con este mismo ardor en la vida, repleta del alborozo de sus hijos.

6. *La Iglesia ofrece devotamente a sus hijos en la pureza*

Apoyándose sólo sobre su vientre frente al altar, ante los ojos de Dios, con sus manos extendidas lo abrazaba: porque siempre está gestando y alumbrando a sus hijos en la ablución verdadera y se los ofrece devotamente a Dios con las oraciones puras de los santos y el suave aroma de las distintas virtudes, ocultas y manifiestas, que resplandecerán en la luminosa mirada de los ojos de la mente cuando haya sido rechazada toda sórdida falsedad y rumor de alabanzas humanas, como el incienso sahumado se eleva por encima de todo infesto hedor. Esta buena obra es, ante la mirada del Señor, un dulce sacrificio por el que la Iglesia sin cesar se esfuerza: henchida de deseo va en pos de lo celeste con la cosecha de las virtudes, y con este exuberante fruto, acrecentado en treinta, sesenta y ciento, edifica la excelsa torre de las supremas murallas.

7. *La perversidad del arte diabólico no puede oscurecer a la Iglesia*

Y sus penetrantes ojos atalayaban el cielo todo, porque no hay maldad que pueda ofuscar su designio que, llena de devoción, en los cielos fija: ni la persuasión de las artes diabólicas, ni el error de las naciones que claudican, ni las turbulentas tempestades que azotan las tierras de la discordia, donde los hombres insensatos se destruyen cruelmente, arrebatados en el furor de la impiedad.

8. *El entendimiento humano no alcanza los secretos de la Iglesia*

Pero no pudiste observar sus vestidos: porque el entendimiento humano, postrado bajo su desvalida fragilidad, no puede contemplar con plenitud sus secretos; *sólo viste que relumbraba toda con luminosa claridad, de un inmenso halo rodeada*: pues el Sol verdadero la colma toda con la diáfana inspiración del Espíritu Santo y el radiante atavío de las virtudes.

9. *La virginidad de María*

Y rutilaba en su pecho un rojo fulgor como alborada: en el corazón de los fieles brilla con ardiente devoción la pureza de la Virgen bienaventurada que engendró al Hijo de Dios; *escuchaste entonces cómo, brotando de su mismo pecho, todo género de músicas y voces cantaban de ella: «Oh tú, que llena de luz, como alborada resplandeces»*, porque, tal como ha sido imbuido en tu entendimiento, todas las voces de los fieles celebrarán, cantando vivamente en la Iglesia, la virginidad de esta Virgen inmaculada.

10. *La difusión del misterio de la Trinidad verdadera*

Y esta imagen desplegó su esplendor a semejanza de un vestido, diciendo: «engendraré y alumbraré»: en la Iglesia se difunde el sacramento de la Trinidad verdadera, manto bajo el que cobija a los pueblos fieles por los que se edifica en templo de piedras vivas, lavadas y enlucidas en el manantial de la pureza; y anuncia cuán necesario es para la salvación que conciba a sus hijos en la bendición y los alumbre en el baño de la renovación del Espíritu y del agua.

11. *Los Ángeles asisten a los fieles*

Y al instante acudió a su encuentro, como relámpago, una multitud de ángeles que hicieron en ella escalinatas y asientos para los hombres por los que la imagen sería llevada a su plenitud; porque el amable y temible ministerio de los espíritus bienaventurados asiste a cada creyente: preparan el ascenso por la fe y el descanso en el supremo reposo para los fieles por los que la venturosa madre Iglesia alcanzará el fulgor de su plenitud.

12. *Los regenerados por la Iglesia en la fe de la Santa Trinidad*

Luego viste unos niños negros que avanzaban por el aire cerca de la tierra, como los peces por el agua, y entraron en el vientre de la imagen a través de los agujeros que la horadaban: esta es la oscuridad de los necios que aún no han sido lavados en las aguas de la salvación, sino que apetecen lo terrenal, en pos de ello van errantes por doquiera, pues zozobra es su morada, hasta que al fin llegan a la madre de la bienaventuranza y, contemplando la gloria de sus misterios, reciben su bendición, por la que son arrebatados al Demonio y restituidos al Señor; así entran en el ámbito de las órdenes de la Iglesia, donde el hombre fiel es bendecido para la salvación cuando dice en su interior: «creo en Dios» y en todo cuanto pertenece a la fe.

Pero ella gimió y los atrajo a lo alto, hacia su cabeza: salieron por su boca mientras ella permanecía incólume; pues esta madre bienaventurada suspira hondamente al celebrarse el bautismo con el crisma de la santificación del Espíritu Santo, cuando un hombre va a ser renovado por la verdadera circuncisión del Espíritu y del agua: es, así, ofrecido a la suprema bienaventuranza, Cabeza de todo, y hecho miembro de Cristo, recién nacido en la salvación por la invocación de la Santa Trinidad como por la boca de la madre santa, sin que ella sufra herida alguna porque permanecerá eternamente en la plenitud de su virginidad, que es la fe católica; pues ha surgido en la sangre del Cordero verdadero, su íntimo Esposo, nacido de una Virgen inmaculada, intacta su pureza: así, también esta Esposa se mantendrá íntegra, sin que cisma alguno la envilezca.

Y, aunque muchas veces la atenazarán los hombres malvados, se defenderá siempre con gallardía bajo el escudo de su Esposo; como una virgen a quien asaltan persistentes apetencias carnales, concitadas por las artes diabólicas y las continuas persuasiones de los hombres, es librada con fuerte mano de la tentación orando al Señor y conserva incólume su virginidad. Así también la Iglesia resiste a los malignos sembradores de cizaña: los errores de los herejes, sean cristianos, judíos o paganos, que la infestan queriendo envilecer su virginidad —la fe católica—; he aquí que con tesón se enfrenta a ellos para que no la emponzoñen, porque siempre ha sido virgen y así perdurará: la fe verdadera, esencia de su virginidad, permanecerá íntegra contra todo error, como la honra de una virgen casta, cuya esencia es la pureza de su cuerpo, se preserva intacta del placer carnal.

La Iglesia es, pues, la madre virginal de todos los cristianos: los concibe y alumbra en el secreto del Espíritu Santo y los ofrece al

Señor, de manera que son llamados hijos de Dios. Y tal como el Espíritu Santo cubrió con Su sombra a la Madre santa que, así, engendró y parió milagrosamente sin dolor al Hijo de Dios y permaneció virgen, también ilustra a la Iglesia, madre venturosa de los creyentes, que, así, concibe y alumbra sin mancha alguna, en la inocencia, a sus retoños y sigue siendo virgen. ¿Qué quiere decir esto?

13. *Semejanza con el bálsamo, el alabastro y el rubí*

Así como el bálsamo se destila del árbol, y como las fuertes esencias aromáticas emanan del vaso de alabastro donde están guardadas, y como irradia el rubí su clarísimo fulgor sin sombra alguna que lo impida, así nació de la Virgen el Hijo de Dios: suavemente, sin oscuridad ni escollo, y así también la Iglesia, Su Esposa, engendra a sus hijos sin que la anuble el error y permanece virgen en la integridad de la fe.

14. *En el bautismo se abren los cielos y la Santa Trinidad se aparece*

Y viste cómo *esa luz esplendorosa y, en ella, la forma humana que ardía toda en un suave fuego rutilante, según la contemplaste en tu anterior visión, volvió a aparecérsete*: significa que la Trinidad verdadera en la Unidad verdadera —el esplendoroso Padre y, en el Padre, Su dulcísimo Hijo, que estaba en el Padre antes de los siglos según la Divinidad, pero fue concebido por el Espíritu Santo y nacido de una Virgen en el tiempo, según la carne, como te ha sido ya mostrado en una visión verdadera— se te manifiesta nuevamente para confirmación de la fe. Porque esta Santa Trinidad se aparece a los bautizados en el santo bautismo, rasgados los cielos, para que el hombre fiel reciba la fe por la que adorará al Dios Uno en la Trinidad verdadera, que también se reveló, ciertamente, en la primera celebración del sacramento bautismal.

Y, arrancando a cada uno de ellos la piel negra, la arrojó fuera del camino; atavió a cada cual con una túnica muy blanca y les abrió la luz esplendorosa, diciéndoles, de uno en uno, las palabras de su bienaventurada exhortación: la potestad divina, mirando el corazón de los hombres, les despoja misericordiosamente de la infidelidad de sus crímenes en el agua bautismal y arroja esas culpas fuera del camino que es Cristo. Porque en Cristo no hay muerte, sino vida por la confesión purificadora y la ablución de los pecados: a través de Él todo

fiel es ataviado con el fulgor de la salud y, también a través de Él, se le abre a cada uno la claridad de la bienaventurada herencia, de la que fue expulsado el primer hombre; y son exhortados, con las palabras de la verdad, a despojarse de la vieja conducta de la iniquidad y a revestirse del nuevo don de la gracia para la salvación.

Pero los niños que habían atravesado el vientre de la imagen caminaban en el esplendor que la rodeaba: cuantos tienen por madre a la venturosa Iglesia, merced al manantial del sagrado bautismo, permanecerán en la Ley divina, que ilustra y adorna a su madre, y la guardarán, no sea que, si por infidelidad la rechazan, vuelvan a envilecerse con las culpas que les han sido borradas.

15. *Lamento de la Iglesia por el error de sus hijos*

Y ella, mirándolos bondadosamente, dijo con triste voz que sus hijos retornarían de nuevo a la ceniza: esta madre bienaventurada los ama con profunda dilección y, condoliéndose en lo más hondo de sus entrañas, se lamenta de que estos, a los que ha engendrado en el baño de la renovación, purificados en los Cielos, vayan anhelantes en pos de lo terrenal y se mancillen en los pecados. ¿Cómo? Porque muchos, que reciben exteriormente la fe, por dentro la impugnan con la hostilidad de los vicios y caminan por las sendas del error más que por las de la verdad. De entre ellos, sin embargo, no pocos se apartarán de la mentira, mientras que otros tantos porfiarán en la iniquidad, como mostraba esta madre con sus palabras dichas más arriba.

16. *Los dos signos entregados a los hombres para que se defiendan*

Los hombres conocen dos señales, a ellos transmitidas por los que sellaron la ley: la circuncisión de los antiguos padres y el bautismo de los nuevos maestros; y ciñen al hombre como el yugo al buey: pues aunque se apremie al buey con la aguijada, si no estuviera uncido al yugo haría surcos torcidos. A semejanza de esto, no caminarían los hombres por Mis sendas, si no estuvieran uncidos al yugo de sus señales.

17. *Semejanza del joven*

Es como si un joven fuera a partir de viaje y su padre le dijera: «No vayas por desvíos y sigue el camino recto», pero sin darle espa-

da ni arma alguna para protegerse. Entonces, ¿qué? Si algún peligro le saliera al paso, queriendo impedirle proseguir, habría de escapar, inerme, y no se atrevería a defenderse ni podría hacerlo; antes bien, se ocultaría, al no ceñir una armadura que infundiera pavor y le hubiera resguardado. Así, también Mi pueblo estaría inerme si no fuera bautizado; resulta, en cambio, temible a sus enemigos, que lo ven ciñendo el crisma bautismal con el que gallardamente se enfrenta a cuantos quieren destruirle, sea un tropel de hombres, sean las huestes de Satanás.

18. *Por qué no se le dio a Adán esta doble ley*

Pero no quise darle a Adán esta doble ley. ¿Cómo? Le entregué el precepto referente al árbol cuando Me contemplaba en la inocencia de su corazón. Mas, al sucumbir a la astuta serpiente, Me despreció: tan infesto fue ese acto que, desde entonces, los ojos mortales no podrán mirarme mientras habiten en este mundo transitorio. Y por cuanto Adán quebrantó Mi precepto, él y su estirpe permanecieron sin ley hasta llegado el tiempo que anunció la nobleza de Mi Hijo.

19. *La exhortación del Espíritu Santo contra la antigua serpiente*

La admonición del Espíritu Santo apareció con Noé, cuando el género humano se encaminaba a la muerte y Yo alcé el arca sobre las aguas del diluvio. Porque antes de los siglos preví que, desaparecida esa estirpe inicua, enteramente mancillada en la oscuridad del oprobio, surgiría una nueva. Pues muerto Adán, sus descendientes, ignorando que soy Dios, erraban diciendo: «¿Quién es Dios?, ¿quién es Dios?». Y entonces nació en sus corazones todo el mal, así que la antigua serpiente, libre su poder, se deslizó entre ellos y les persuadió para que hicieran cuanto quisieran; mira que en aquel tiempo estaba sin cadenas porque antes del diluvio aún no la había amenazado la admonición del Espíritu Santo que enarbolé contra ella en Noé, de quien surgió una nueva estirpe, cuando di a Mi pueblo una lección tal, que nunca pudiera olvidarla.

La admonición del Espíritu Santo la conminó por vez primera con Noé; después, la circuncisión hirió su quijada con Abraham; y, al final, la Iglesia la encadenó hacia el ocaso de los tiempos, hasta que transcurra el mundo en el último día. Pero dejé que el Demonio

ejerciera su potestad en el mundo antes del diluvio por la antigua lucha en la que derrotó a Adán, hasta que hubiera hartado su vientre con el cadáver de la iniquidad toda; y así lo permití porque justo es Mi juicio. Por eso también Me levanté, cual monte del diluvio, y di muerte a los pecadores, guardando en Mi misterio a Noé, al que Satanás no pudo arrebatar pues estaba en Mi voluntad: sobre las aguas del diluvio. Y en el diluvio prefiguré el germen de justicia, Mi Hijo: os anuncié, oh hombres de un tiempo nuevo, a Aquel que vendría envuelto en silencio al mundo y manifestaría que la Santa Trinidad debía ser verdaderamente adorada. ¿Cómo?

20. *Las tres alas y su significado*

Él enseñará tres alas que representan a la Santa Trinidad: entonces tú, oh Sinagoga, Me negarás, y otro pueblo Me acogerá; entonces tú, oh Abraham, serás glorificado. Oh Abraham, ceñido por la circuncisión, amurallado por el Antiguo Testamento, ataviado con la alborada del sol de la Iglesia. Yo os di a ti y a tu posteridad la circuncisión hasta la venida de Mi Hijo, que perdonó abiertamente los pecados de los hombres: cesó la circuncisión de la carne del viejo prepucio al brotar verdaderamente el manantial del bautismo en la santificación del baño de Mi Hijo.

21. *Los varones incircuncisos quebrantaron la Ley*

Pero aquellos de tu posteridad que, en los días de la circuncisión, no se circuncidaron conforme al tiempo que les había sido señalado, en la niñez o ya mayores, quebrantaron Mi Alianza, salvo las mujeres, a las que no les fue prescrita la circuncisión; mira que la mujer no debe ser circuncidada, pues en su cuerpo se oculta el tabernáculo maternal, que no será tocado sino cuando la carne ciña la carne, y porque está bajo la potestad del varón como el siervo bajo su señor.

22. *Las tres causas del varón al procrear*

Tres causas tiene el varón para procrear: deseo, fuerza y empeño. El deseo enciende la fuerza, así que en ambos surge el empeño y su ardiente voluntad por consumar la obra. Y esto es así porque en la creación de Adán se significaron tres causas: la voluntad de Dios formó con Su poder al hombre y lo culminó con gran piedad por cuanto lo hizo a Su imagen y semejanza. En la voluntad de Dios

descubre, pues, el deseo del varón; en Su potestad, la fuerza, y en la piedad de la voluntad y potestad del Señor, el empeño del deseo y la fuerza del varón.

Así, mediante el hombre se procrea el género humano nacido de mujer, igual que Dios hizo al hombre del barro de la tierra; y como la tierra, en su lozanía, germina los frutos de los campos, así la mujer tiene la savia de la gestación para alumbrar hijos. ¿Qué quiere decir esto?

Hay momentos en que la mujer siente bullir la savia que lleva dentro y que la recorre toda con el humor de la lozanía y el calor: si no, no recibiría voluntariamente al varón, antes bien, lo despreciaría y no acataría su voluntad ni procrearía hijos. Pues si no poseyera el humor de la lozanía con el calor, sería yerma, como erial del que no se saca fruto alguno. Pero este humor de la lozanía no siempre desata, con su calor, el abrasador incendio del deseo en la mujer a no ser que, tocada ya por un varón, conozca el ardiente fervor de la concupiscencia; porque el deseo no es, en ella, tan vivo ni acuciante como en un hombre, que es fuerte como un león en su apetito del acto de procrear; así que él posee la fuerza del deseo y del acto, y el cometido de la mujer es someterse al dominio de la voluntad del varón, pues está dedicada a gestar a sus hijos hasta que los traiga al mundo.

23. *La mujer virgen por amor a Dios será engalanada por el Señor*

Pero si anhela a Mi Hijo y, por amor a Él, aspira a guardar su virginidad, será hermosamente engalanada en Su tálamo, pues al adorarle vence el ardor que soporta: no quiere fundirse en el incendio del abrasador deseo, sino que persevera en la castidad; mira que por su alianza espiritual ha renunciado al hombre carnal: borrando su recuerdo suspira, transida de anhelo, en pos de Mi Hijo. Oh gemas bienamadas, oh dulces flores, suaves más que todos los aromas; la tierna y frágil naturaleza surge en vosotras como alborada para desposar a Mi Hijo, con casto amor Le adoráis inmensamente; ella es Su esposa, y Él, su Esposo; pues la estirpe de vírgenes llena está de amor por Él, y en el Reino Celestial será engalanada con preciosos atavíos. Y ahora ¿qué más?

24. *El hombre célibe por amor a Dios es consorte de su Hijo*

Cuando un varón renuncia a consagrar su fuerza a la alianza con mujer, así que domina, por amor a Mi Hijo, el vigor de su naturaleza

que florece en la procreación de los hijos, y mortifica su cuerpo para que no claudique a las apetencias de la carne, Me complacerá inmensamente que sea, de este modo, dueño de sí mismo. Por eso le haré compañero de Mi Hijo y le pondré como diáfano espejo ante Su faz, pues con gallardía ha resistido al Demonio, que cautivó al género humano con la impiedad de su sórdida ignominia. Para librarlos de sus cepos envié a Mi Hijo al mundo, nacido de una dulce Virgen sin mancha alguna de pecado: trajo el manantial de la salvación al que, como Cordero inocente, santificó para que fuera abolido en Él el prepucio del antiguo crimen. ¿Qué quiere decir esto?

Amargo prepucio es el crimen de la transgresión de Adán, que Mi Hijo quitó cuando, al entrar en el manantial de la salud, consagró noblemente la cohorte cristiana para que la antigua serpiente, que había engañado al hombre, se ahogara en este baño Suyo. ¿Cómo? El Hijo cumplió los requerimientos del Padre y conservó Su herencia. ¿Qué significa esto? La estirpe de Adán fue expulsada, por su desobediencia, del jardín de las delicias, y Mi Hijo la llamó de nuevo a la vida con el bautismo de la salvación. ¿Cómo? Pronunció las palabras de bendición sobre los incrédulos, rebeldes a Mis preceptos, para que, temerosos, suplicaran perdón con espíritu de arrepentimiento, como testimonia Mi siervo Isaías, ilustrado por Mí, cuando dice:

25. *Palabras del profeta Isaías*

«Acudirán a ti encorvados los hijos de los que te humillaban, se postrarán a tus pies todos los que te menospreciaban»[1]. ¿Qué quiere decir esto? Oh Tú, paz celestial y sereno Sol; por Ti brotará la raíz viva, la renovación del Espíritu y del agua: entonces acudirán animosamente a conocerte cuantos en la hez del vil oprobio, bajo funesta maldición, yacían postrados; pues encorvados como estaban, a la verdad y a la justicia se levantarán. ¿Cómo?

Saborearán la dulzura maternal de la fe verdadera: no es que al verla sus ojos la conozcan, sino sólo que la captarán creyendo fielmente. ¿Y quiénes son estos? Estos son los que, con buena voluntad, dulcemente, al fin Te amarán: hijos, nacidos en el pecado, de aquellos que nunca Te contemplaron en ardiente amor, sino que Te afligieron, con cruel pertinacia Te acosaron, como si Tú no fueras su Señor.

1. Isaías 60,14.

Por tanto, cuando vayan en pos de la fe verdadera, como Rey Te ensalzarán, como Señor Te adorarán y correrán velozmente por los santos caminos que Tú les enseñaste; así que, alzadas sus manos, sin cesar Te mirarán, en sus buenas obras Te guardarán siempre: de verte en la fe no sentirán hastío. Y así harán todos los que con irreverencia y audacia Te desgarraban, con odio y envidia Te despedazaban y que ahora, en cambio, Te abrazarán ardientemente en el espejo de la fe. ¿Qué quiere decir esto?

26. *La caída de Adán selló los cielos*

La caída de Adán selló los Cielos por Mi ira: cuando el hombre Me despreció al escuchar a la astuta serpiente; así que se cerró para él toda la gloria del Paraíso. Este sello se mantuvo hasta la venida de Mi noble Hijo que, por voluntad Mía, entró en las fluyentes aguas del Jordán, donde resonó dulcemente Mi voz cuando dije que Aquel era Mi Hijo amado, en Quien Yo bien Me complacía; porque quise que el hombre fuera redimido, en el ocaso de los tiempos, por Mi Hijo, unido a Mí en el luminoso fuego como el panal a la miel. Le envié, entonces, al manantial que Me designa, pues manantial de aguas vivas soy, para que Él, fuente de salvación, resucitara de la muerte eterna las almas de cuantos recibieran, por don del Espíritu Santo en el agua, la remisión de las culpas. Por eso se manifestó allí el Espíritu Santo, porque a través de Él se otorga a los fieles el perdón de los pecados: allí, por místico secreto, Mi Unigénito fue mostrado por el Espíritu Santo, aparecido en forma de paloma, símbolo de la sencillez y la pureza, pues el Espíritu Santo es, en la sencillez y bondad de todo bien, la justicia inexhaustible. Y así debía ser: porque Mi Hijo nació de una Virgen sin mancha alguna de infamia para que también el hombre, nacido de varón y mujer en la culpa, renaciera espléndida y gloriosamente sin pecado, tal como dice Mi Hijo a Nicodemo en el Evangelio:

27. *Palabras del Evangelio*

«En verdad, en verdad te digo: el que no renazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios»[2]. ¿Qué quiere decir esto? Con absoluta certeza y sin temblor de ambigüedad te digo, a ti,

2. Juan 3,5.

hijo de la podredumbre: el que, engendrado en el ardiente calor y de su venenosa hechura revestido, no renazca del agua santificadora y del alumbrante Espíritu, con la verdadera alegría de un recién nacido, en su tibia indiferencia será confundido. ¿Cómo? Sea colmado el hombre del espíritu de lozanía como con agua: que el agua lava la inmundicia, y el espíritu lo yerto vivifica; pues si no es purificado en la renovación verdadera, no se le abrirá la puerta de la salvación para hacerse heredero del Reino de su Creador; porque encadenado está a la culpa de los primeros padres, a los que el Demonio atrapó en su celada. ¿Cómo?

Como el ladrón que entra furtivamente para robar la joya más noble y preciosa del rey, así se deslizó con engaños la serpenteante añagaza desde la voraz entraña del Demonio y arrebató pérfidamente la amada gema de la santa inocencia y la castidad en la que el Espíritu Santo habitaba; por eso ha de ser, ahora, purificada en el baño de la santificación. Porque el mortífero fuego que enciende el ansia, al cuajar el deseo rebelde a los preceptos del Dios Todopoderoso, se apagará en Aquel que nunca oculta con recelo Sus maravillas, sino que esplendorosamente las manifiesta con inconmensurable amor.

28. *Palabras de exhortación de Dios*

Escuchad, pues, a Mi Hijo en este designio de renovación que es la revelación de Mi Reino, y aprended de Él para que cumpláis Mis preceptos. Haced esto, y Me complaceréis; guardaos de que os seduzca la antigua serpiente y, si conserváis lo prometido en el bautismo, tal como os ha sido ordenado en nombre de la Santa Trinidad, no moriréis. Cuantas veces sucumbáis, levantaos de vuestros pecados, conforme a Mi misericordia, con la penitencia reparadora.

Oh bienamados hijos Míos, conoced la bondad de vuestro Padre que os ha liberado, Él mismo, de los cepos del Demonio por la confesión pura y la remisión verdadera, y que os ha otorgado todos los bienes con los que debéis obrar para poseer la Jerusalén Celestial que, por funesta celada, perdisteis. Sabed que ninguno podrá requerir su herencia perdida si no es con el sudor de su trabajo. Pero la suprema bienaventuranza, que es vuestra justa herencia, está al alcance de vuestras manos gracias a un pequeño precepto. Porque el Espíritu Santo, como se ha dicho, arroja el poder de Satanás fuera del hombre en el bautismo, y lo santifica como hombre nuevo en la renovación para que pueda recibir el júbilo perdido. Así pues, si

alguno desea ser salvado, no se niegue a renovarse por la purificación de sus culpas.

29. *Marcas de la circuncisión de Abraham y del bautismo de Cristo*

A los varones de la estirpe de Abraham les prescribí la circuncisión de un solo miembro; pero, a través de Mi Hijo, he ordenado a los varones y mujeres del pueblo todo la circuncisión de todos sus miembros. ¿Cómo? La circuncisión bautismal surgió en el bautismo de Mi Hijo y perdurará hasta el último día: después, su santidad permanecerá eternamente y sin fin. Y cuantos sean circuncidados en el baño bautismal se conservarán en la verdad si ellos, a su vez, conservan este baño con la fe, en obras justas. Mira que acogeré a todo el que, sea cual sea su edad, guarde la alianza que ha sellado Conmigo: si cree en Mí y Me confiesa en la Trinidad verdadera, bien se haya comprometido él mismo, bien lo hagan otros que hablen por él, igual que un niño o un mudo dicen sus palabras por boca del prójimo, y no lo destruiré para toda la eternidad como al que se niegue a recibir este manantial con las obras de la fe, según lo que, de nuevo, está escrito en el Evangelio por enseñanza de Mi Hijo:

30. *Palabras del Evangelio*

«El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará»[3].

¿Qué quiere decir esto? El hombre que, con su ciencia, que es su ojo interior, ve lo oculto a la mirada exterior y no duda de ello, cree verdaderamente: esto es la fe. Pues lo que el hombre cierna exteriormente, también exteriormente lo conocerá; y lo que contemple interiormente, también interiormente lo meditará. Por tanto, cuando un hombre perciba ardientemente con su ciencia, en el espejo de la vida, la inabarcable Divinidad que el ojo exterior no puede ver, entonces humillará las apetencias de su carne y en tierra las postrará.

Así, el espíritu de ese hombre suspirará en pos de la altura verdadera y sentirá el renacer que trajo el Hijo del Hombre, concebido por el Espíritu Santo, Hijo al que Su madre recibió, no de carne de varón empapado por el deseo, sino del secreto del Padre de todos; Hijo que vino suavemente y mostró en el agua el espejo diáfano y

3. Marcos 16,16.

vivo para que el hombre renaciera por él. Porque así como el hombre nace de la carne, habiéndolo creado el poder divino con la forma de Adán, el Espíritu Santo restaura la vida del alma, al colmarla del agua que acoge en su seno el espíritu humano y lo resucita para la vida, igual que al principio es suscitado en una ola de sangre cuando se manifiesta en el vaso de su cuerpo. Y así como entonces se habrá configurado, armoniosamente, una forma humana, y se llamará hombre, así, ahora, el espíritu humano es vivificado en el agua, ante los ojos del Señor, y Dios lo sabrá heredero de la vida.

El que así reciba la fuente de salud con la alianza de la justicia, encontrará la vida en la salvación, porque ha creído fielmente. Pero el que no quiera creer, muerto está: mira que no alberga el aliento del Espíritu para volar a las alturas de los cielos, sino que, ciegos sus ojos, a tientas va entre las sombras de la ciencia carnal, tembloroso y exánime; pues le falta la enseñanza de la vida que Dios insufla en el hombre que, contra la voluntad de la carne, a las alturas se remonta. Por tanto, a la muerte del infiel se condenará: no recibió el baño de la salud. Pues mirad que no he apartado ni a tiempo ni a estirpe algunos de esta salud, sino que he llamado misericordiosamente a través de Mi Hijo al pueblo todo.

31. *Dios recibe en el bautismo a todos los hombres*

Pues sea cual sea la sazón en el transcurrir de las horas, y cualesquiera el sexo o la edad de un ser humano —varón o mujer, que esté en la niñez o en el declive—, si viene al bautismo lleno de fiel devoción, bajo el refugio de Mi amor le acogeré. Y no rechazo el baño bautismal de los niños, como aseguran algunos vanos embusteros al decir, mintiendo, que rehúso semejante ofrenda; igual que tampoco desdeñé la circuncisión de los niños en el Antiguo Testamento, aunque no la pidieran con su propia voz ni la recibieran por su voluntad, sino que sus padres lo hacían en su nombre.

Por tanto, ahora, en la nueva gracia, no Me opongo al bautismo de un niño, aun cuando no lo pida él mismo con sus palabras ni dé su consentimiento, sino que sus padres lo hacen por él.

32. *Tres personas deben asistir al bautizado, en honor de la Trinidad*

Mas si quiere lograr la salud, cumplirá con pleno derecho la fiel promesa que hicieron por él los que le ofrecieron a la fuente sacrosanta y que, en honor de la Santa Trinidad, deben ser tres: el sacer-

dote que lo baña, y los dos que dicen en su nombre las palabras de la fe. Pero los que así se comprometan con el bautizado en el baño bautismal no se unirán a él en la procreación de la carne: pues ya comparten el vínculo de la generación del espíritu. Acordaos de que, en el bautismo de Mi Hijo, Yo, el Padre, clamé con fuerte voz —esto designa al sacerdote que da la bendición en el baño bautismal—, y el Espíritu Santo apareció en forma de ave inocente —significa un hombre que, con sencillez de corazón, habla y enseña al que entonces va a ser bautizado—, y Mi Hijo estaba allí según la carne para bautizarse —esto señala que se hallará presente una mujer, cuya dulzura nutridora simboliza la dulce Encarnación de Mi Unigénito—. Y ahora, ¿qué más?

33. *Semejanza con el recién nacido*

Pero así como un recién nacido se nutre corporalmente de leche y alimentos que otros le preparan, también guardará, en lo más hondo del corazón, la doctrina y la fe recibidas en el bautismo. Mira que si no mama del pecho de su madre, ni toma los alimentos preparados para él, morirá pronto; igual que si no obtiene el sustento de la fervorosa madre Iglesia, ni observa las palabras de los fieles maestros, entregadas a él en el bautismo, su alma no escapará de la muerte cruel: habrá rechazado la salvación del alma y la dulzura de la vida eterna. Cuando un recién nacido no puede masticar el alimento de su cuerpo, por no tener dientes, otros han de triturárselo a fin de que lo coma y no muera: así ha de ser también cuando, al carecer de palabras para confesarme en el bautismo, le asistan sus guías espirituales, que le ofrecerán el alimento de la vida —la fe católica—, no caiga en los cepos de la muerte eterna. ¿Cómo?

Como el señor encomienda una misión a su siervo con imperiosa voz y este la cumple, acuciado por el temor, y como la madre educa a su hija en el amor y ella obedece sus consejos, que así también los que se han comprometido en la fe digan oportunamente al bautizado las palabras de la salud, para que las lleve a cabo con fiel devoción por amor del Cielo.

34. *En el bautismo se perdonan todos los pecados*

Mira que a ninguno abruma una carga de pecados tan grave que no vaya Yo a borrar en verdad todos sus aciagos crímenes si, en

nombre de la sacrosanta Trinidad, es enviado al santo bautismo, así como lavo verdaderamente en un niño la vieja culpa de Adán cuando se sumerge en el baño de la renovación. Mas no te maravilles, oh criatura, de que en la fuente bautismal sea justificado el hombre de todos sus pecados y quede, por ello, apaciblemente aliviado del peso de sus culpas. Porque el Cordero Inocente, que sin mancha alguna de pecado entró en la fuente bautismal, borra misericordiosamente en el bautismo, con el gran misterio de Su Encarnación, los funestos crímenes humanos. Pero Yo atalayo cuanto existe, lo escudriño con Mi clarividente ojo: lo de este mundo y lo eterno, donde no hay muerte corporal, sino que todo está descubierto. ¿Qué quiere decir esto?

Las obras de la muerte evidencian la Gehenna, y las obras que a la vida pertenecen evidencian la vida eterna. La muerte se demuestra por la muerte: cuando un hombre, según justo juicio de Dios, muere en el pecado sin penitencia ni misericordia del Señor —porque no la buscó—, su muerte será arrojada a la muerte del Hades. Y la vida se demuestra por la vida, así que las buenas obras brillan en los Cielos, pues en ellas prevalece la vida eterna.

Así también la santidad del segundo nacimiento atestiguará a los que sean bautizados en el manantial de la bendición. Pero allí soy invocado por el ruego de bendición del sacerdote, y Mis oídos escucharán las palabras de la fe, aun cuando el que Me invoque esté bajo el yugo del pecado.

35. *Dios acepta el bautismo aun del sacerdote pecador*

Pues aunque el sacerdote sea pecador, aceptaré, sin embargo, el bautismo que oficia, si lo celebra fielmente, invocando Mi nombre. Mira que su propia iniquidad le condenará, si en ella persevera sin penitencia. Pero no Me niego a recibir de él la celebración del bautismo cuando Me invoque con las palabras de la fe. ¿Qué quiere decir esto?

36. *Semejanza con un rico*

Si un hombre rico tiene un mayordomo que administra con probidad sus bienes entre sus milicias, cumpliendo fielmente su cometido, y si ese mismo mayordomo resulta ser culpable por un acto ajeno a su oficio, su señor no renunciará al servicio que le debe, aunque

le diga «siervo malvado» por ese acto; y lo estimará como indigno en su mente, si bien no se negará a que le rinda lo que tiene derecho a recibir de él. Así, tampoco Yo, que dispongo de muchos mayordomos, renuncio a aceptar Mi sacramento de un sacerdote que, debidamente ungido, permanece fiel en su oficio, aunque sea culpable por otras obras suyas; lo juzgaré contrario a Mí por esos actos injustos, pero no Me negaré a recibir de él lo que Me pertenece.

37. *Cualquier fiel puede bautizar en caso de necesidad*

Si alguno, que ha de ser bautizado, creyendo cercana la separación de su cuerpo solicita el bautismo, pero no encuentra un sacerdote para oficiarlo, que, entonces, cualquier otro hombre derrame agua sobre él invocando la Trina Majestad, y quedará bautizado: habrá recibido la remisión de sus pecados y la gracia de la suprema bienaventuranza, merced a esta perfusión, pues ha sido bañado en la fe católica, y este bautismo no podrá ser cambiado.

Pero en esta invocación no deberá omitirse ninguna de las Tres Inefables Personas. Porque si por infidelidad se omitiera allí la invocación a alguna de Ellas, no obrará entonces la verdad de la salud, antes bien, el error producirá un engaño. Que no falte, pues, la invocación a la Inefable Trinidad, igual que no faltó la Trinidad en el purísimo bautismo de Mi Hijo, sino que Ella misma manifestó allí, milagrosamente, Sus maravillas. Por tanto: cuantos quieran ser salvos acepten la renovación de la vida para la salvación, y no desdeñen recibirla, pues morirían; porque, como se expulsa un aborto, que, yerto y sin calor de vida, no puede ya adherirse a las vísceras maternas para formarse ni moverse, así también estará en peligro de muerte y sin el consuelo del Espíritu Santo el que, ni en su mente ni en sus obras, se haya comprometido con los sacramentos de la Iglesia, madre de toda santidad.

Escuchad y entended, pueblo todo, si queréis entrar en el Reino de Dios por la renovación del Espíritu y del agua, según os brindan las santas Escrituras por don del Espíritu Santo.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

Cuarta visión

LA CONFIRMACIÓN

Entonces vi una torre inmensa y redonda, hecha toda ella de una sola piedra blanca, con tres ventanas en la cima de las que surgía tal resplandor que también la cúspide de la torre, alzada en forma de cono, aparecía más diáfana, bañada en la claridad de ese fulgor. Las tres ventanas estaban adornadas, todo alrededor, con preciosas esmeraldas. Y la torre se elevaba en medio de la espalda de la imagen de la mujer ya nombrada, tal como se emplaza una torre en la muralla de una ciudad, así que, merced a su fuerza, la imagen no podía desmoronarse.

Y vi cómo aquellos niños, que, según he referido ya, habían atravesado el vientre de esa imagen, resplandecían con gran claridad; a unos engalanaba, desde su frente hasta sus pies, como un color dorado; otros, en cambio, no tenían color y sólo brillaban. Algunos de estos niños contemplaban un esplendor diáfano y luminoso, y los demás un brumoso fulgor arrebolado que hacia el Oriente rielaba. De entre los que miraban el esplendor diáfano y luminoso, unos tenían ojos claros y fuertes pies, y caminaban con ánimo en el vientre de la imagen. Otros, en cambio, de ojos mortecinos y pies débiles, eran arrastrados de aquí a allá por el viento; mas llevaban un báculo en sus manos y revoleaban frente a esta imagen, consiguiendo, a veces, tocarla, aunque con tibio gesto. Había, además, otros de ojos serenos, pero pies débiles, que se desplazaban a un lado y a otro por el aire ante la imagen. Y aún otros, de ojos apagados y fuertes pies que, sin embargo, caminaban con apatía frente a la imagen. Pero de entre aquellos que contemplaban el brumoso fulgor arrebolado, unos avanzaban animosamente, bien engalanados, dentro de la imagen; mas otros, desarraigándose de ella, la impugnaban, y es-

carnecían sus órdenes establecidas; de estos, algunos regresaban humildemente a ella, con el fruto de la penitencia; otros, en cambio, por su terca indiferencia, en la ufanía de la muerte se quedaron.

Luego oí una voz que me decía desde el Cielo:

1. *La unción debe engalanar y confirmar a todos los bautizados*

Así como la Nueva Esposa del Cordero, tras la iluminación del raudal surgida en el Sol de justicia que santificó el mundo con sus aguas bautismales, fue engalanada y afianzada por el ígneo ardor del Espíritu Santo para sazón de su belleza, sea también ornado y consolidado por la unción de un sumo maestro el fiel que haya recibido la renovación del Espíritu y del agua para que, confortados todos sus miembros a fin de alcanzar la bienaventuranza, dé el exuberante fruto de la suprema justicia y logre el esplendor de su plena belleza.

Por tanto, *esta torre que ves* designa el flagrar de los dones del Espíritu Santo, que el Padre envió al mundo por amor a Su Hijo y que, bajando en lenguas de fuego, encendió los corazones de Sus discípulos, así que los afianzó en nombre de la santa y verdadera Trinidad. Pues el que estos se quedaran encerrados en su habitáculo, antes de venir a ellos el ígneo Espíritu Santo, mostraba la cerrazón de sus cuerpos, por la que eran tímidos para proclamar la justicia de Dios y débiles para soportar la animadversión de sus enemigos. Y, como habían contemplado a Mi Hijo según la carne, Lo amaban, cerrados sus ojos interiores, según la carne; así que no vieron entonces la diáfana enseñanza que, después, ellos mismos difundirían por el mundo cuando el Espíritu Santo los hubiera afianzado: en Su venida fueron confirmados de modo que no les arredrara nunca tormento alguno, sino que lo soportaran con valor. He aquí, pues, la fortaleza de esta torre que tanto ha afianzado a la Iglesia, que ningún embate de la furia diabólica podrá derribarla.

2. *En la confirmación se recibe la dulzura del Espíritu Santo*

Entonces viste una torre inmensa y redonda, hecha toda ella de una sola piedra blanca: he aquí cuán inmensa es la dulzura del Espíritu Santo que rodea y abraza con la gracia a todas las criaturas, así que, en la pureza y plenitud de la justicia, es incorruptible; pues al tener un ardiente cauce, deja correr los arroyos de la santidad en Su fulgurante fortaleza, en la que no se hallará sordidez ni tacha; porque el Espíritu Santo es esplendor que arde y alumbra y nunca se

apagará, que vivamente enciende las luminosas virtudes, así que todas las tinieblas ahuyenta.

3. *En la confirmación se manifiesta la Trinidad*

Con tres ventanas en la cima de las que surgía tal resplandor, que también la cúspide de la torre, alzada en forma de cono, aparecía más diáfana, bañada en la claridad de ese fulgor: porque la inefable Trinidad se manifiesta en la excelsa efusión de los dones del Espíritu Santo, así que, por la doctrina de los apóstoles, dimana de esta Santa Trinidad tal fulgor de justicia que, merced a él, la poderosísima virtud divina, incomprensible en la cúspide de Su omnipotente majestad, se revela más nítidamente a las criaturas mortales, que son los hombres; pero, aun así, sólo se percibirá según lo que a la fe de un hombre creyente y fiel le sea posible captar.

Las tres ventanas estaban adornadas, todo alrededor, con preciosas esmeraldas: porque esta Trinidad fue diáfanamente anunciada por doquier en el mundo entero merced a las exuberantes virtudes y a los quebrantos de los apóstoles que nunca se agostaron en yertos eriales. ¿Cómo? Sabido es cómo, por su fe en la verdad, voraces lobos les desgarraban con discordias y tribulaciones que les hicieron aguerridos: se avezaron a las inclemencias de la batalla y, al combatir, conquistaron la Iglesia, la afianzaron con poderosas virtudes para edificación de la fe y la engalanaron con muchos fulgores. Y por cuanto así fortalecieron a la Iglesia bajo la inspiración del Espíritu Santo, ahora la Iglesia quiere y ruega que sus hijos sean adornados con el signo del Espíritu Santo en esta unción, como Él mismo ilustró los corazones de los fieles con la suprema misericordia, que inmensa mística es, pues vino al mundo en lenguas de fuego por voluntad de Dios Padre. Por tanto, el que haya sido bañado en el bautismo de la salvación sea confirmado con la unción del sumo maestro, igual que la Iglesia fue afianzada sobre una firme roca.

4. *La Iglesia, fortalecida por el Espíritu, nunca puede caer en el error*

La torre se elevaba en medio de la espalda de la imagen de la mujer ya nombrada, tal como se emplaza una torre en la muralla de una ciudad, así que, merced a su fuerza, la imagen no podía desmoronarse: porque el Espíritu Santo obró prodigiosamente Sus maravillas en la suprema fortaleza que es la Encarnación del Esposo verdadero de la Iglesia y mostró a la Iglesia tan afianzada por su baluarte que, guarnecida con la fuerza de este ígneo don, nunca sucumbirá al

error de la iniquidad; pues cobijada por la égida celeste siempre exultará, inmaculada y tersa, en el amor de su Esposo, porque también Mi Hijo, concebido por el Espíritu Santo, nació gloriosamente y sin mancha de una Virgen, tal como anuncié a Moisés:

5. *Palabras de Moisés*

«Mira, hay un lugar junto a mí; tú te colocarás sobre la peña. Y al pasar mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña y te cubriré con mi mano hasta que yo haya pasado. Luego apartaré mi mano, para que veas mis espaldas»[1]. ¿Qué quiere decir esto? Cercana está la maravilla que en Mi voluntad se cumplirá. Pero antes lucharás bajo la dureza de los preceptos de la Ley, cuya fuerza mostrarás por sus señales exteriores; no conocerás, pues, la dulzura ni la suavidad que Mi Hijo revelará. Y esta dureza de la Ley, que por mandato Mío escribirás, en duros corazones de piedra permanecerá sellada, en tanto sea manifestada la gloria toda que tú y tu posteridad habéis de mostrarme hasta el advenimiento de Mi Hijo. Cuando se haya cumplido lo que ahora escribes en la Ley, seré glorificado y te pondré en la roca hendida. ¿Cómo? En la dureza de la Ley te pondré al designarte, por precepto Mío, sobre ella: te llamaré Maestro de la Antigua Alianza que Mi Hijo hendirá revelando con Sus palabras místicas más de cuanto tú hiciste cuando, en el tiempo señalado, Lo envíe Yo al mundo. Así pues, Su fortaleza te cubrirá: porque traerá palabras más aceradas que las tuyas y abrirá cuanto está cerrado en los preceptos de la Ley, hasta que regrese a Mí. ¿Qué quiere decir esto?

Revestido de carne, dará las palabras de salud al mundo hasta que en esa misma carne, que recibirá de una Virgen, pase la muerte corporal. Entonces apartaré Mi mano: por encima de los astros Lo elevaré junto a Mí y desnudaré, por el Espíritu Santo, todos Sus misterios; así verás Su Encarnación como se ve a un hombre de espaldas y no de frente: Lo percibirás encarnado, pero no captarás Su Divinidad, pues tus hijos Lo verán y entenderán mejor cuando regrese a Mí que mientras vivía, manifestado, entre ellos.

6. *El epíscopo adorna, en la confirmación, a los bautizados*

Y viste cómo aquellos niños, que, según se dijo, habían atravesado el vientre de esta imagen, resplandecían con gran claridad: pues

1. Éxodo 33,21-23.

estos que en la límpida inocencia de un corazón puro, merced al manantial de la renovación, tienen por madre a la Iglesia, como te ha sido ya mostrado, son hijos de la luz por la ablución de sus pecados. *A unos engalanaba, desde su frente hasta sus pies, como un color dorado*: desde el principio de las buenas obras hasta su culminación en la santidad, están adornados con los refulgentes dones del Espíritu Santo, ungidos en la creencia verdadera por el crisma que la mano del pontífice les impone. ¿Cómo? Igual que el oro se embellece al engastarle piedras preciosas, con la unción del crisma conferido por mano del sumo maestro a los fielmente bautizados se realza el adorno del bautismo, como está escrito:

7. *Palabras del libro de Samuel*

«También el rey pasó el torrente Cedrón y todo el pueblo marchó por el camino del olivar que miraba al desierto»[2]. ¿Qué quiere decir esto? El Hijo de la Virgen, que gobierna el mundo todo como un rey terreno al resto del pueblo, atravesó el torrente de aguas del baño sagrado que, bajo la admonición del Espíritu Santo y el soplo de Su poderosa energía, enseña el camino de la salud. ¿Qué quiere decir esto? Que dejó la muerte y pasó a la vida cuando, en la renovación del Espíritu y del agua —en el gran ornamento de la Ciudad Santa, la Jerusalén Celestial, que no declinará jamás—, anunció la suprema bienaventuranza. Así pues, todo el pueblo que creyó en Él marchó, guiado por el aliento del Espíritu Santo, hacia el camino oculto: fueron, por la unción de los óleos, al pecado de Adán, desierto de la radiante herencia de la justicia divina, para meditar si proseguirían o no desde allí su regreso a la salvación[3]; pues la herida de la culpa del primer hombre precisa ser ungida por el oficio sacer-

2. 2 Samuel 15,23 (según Vulgata. Las Biblias brindan diversas versiones de este pasaje).

3. Este oscuro pasaje parece guardar una críptica semejanza con las tentaciones o pruebas del desierto —Mateo 4,1-9— aquí transferidas a los fieles. Adviértase el orden inverso de las mismas: gobierno del mundo (3.ª), la caída en la Ciudad Santa (2.ª) e, implícito, las piedras convertidas en panes (1.ª) que pudiera ser, en este contexto, alusión a la eucaristía —también por la respuesta que da Jesús en Mateo: el hombre vive de la palabra que sale de la boca de Dios—. Así pues —si esta correspondencia fuera afín a las intenciones de la autora—, primero el fiel es bautizado, por lo que sigue al «rey» reconociendo su dominio sobre el mundo (3.ª prueba); se afianza en el desierto para no claudicar como miembro de la ciudad santa (2.ª prueba) y se halla preparado para comer el pan: recibir la palabra (1.ª prueba); entre estas dos últimas pruebas se encuentra asimismo el vínculo de que los fieles son piedras vivas que edificarán la Jerusalén Celestial —1 Pedro 2,5—. La confirmación es, entonces, el camino del olivar —los óleos— que se halla en, o mira hacia, el desierto, lugar de meditación íntima y enfrentamiento con la culpa «desierta» de justicia. (*N. de los T.*)

dotal, cosa que no necesitó el Hijo de la Virgen, porque había sido concebido enteramente en la santidad, sin que fuera herido ni mancillado el útero de Su madre, sino que permaneció en la plenitud de su honor.

Sea remozado y lustrado, pues, con la unción de los óleos, cuanto hayan marchitado y oscurecido las heridas de la sugestión diabólica; y así sanará la voraz llaga abierta por las apetencias carnales.

8. *De los bautizados sin confirmar*

Viste que otros, en cambio, no tenían color y sólo brillaban: pues estos sólo han sido lavados en el baño bautismal, pero no ungidos por un sumo sacerdote con el crisma, signo del ardiente Espíritu Santo. ¿Qué quiere decir esto? La unción de la confirmación, don del Espíritu Santo, ha de ser conferida, exclusivamente por el obispo, al pueblo fiel después de la renovación del Espíritu y del agua, porque todo el que crea deberá ser afianzado sobre una firme roca. ¿Cómo? Mi Hijo recibió el bautismo en Su cuerpo, y así lo santificó en Su carne, que era íntegra, pues sólo Él es Hijo Único de una Virgen, por eso se Le dice Hijo del Hombre: porque esta Virgen no Lo concibió por varón, sino que Lo engendró en su inmaculada virginidad. Después del quebranto de Su Pasión y de la gloria de Su Resurrección, entró en los cielos, en esta misma carne, regresando a Mí; entonces el Espíritu Santo ilustró el mundo con el fuego de Su luz: confirmó toda la justicia en los corazones de Sus discípulos al abrirles lo que antes estaba oculto. ¿Cómo?

El Espíritu Santo encendió sus corazones como el sol cuando despunta tras la nube y muestra su vivo fuego por la diáfana luz de sus rayos. ¿Qué quiere decir esto? El amor de Mi Hijo ardía oculto en sus mentes, y el calor del Espíritu Santo manifestó, al atravesarlos, el deslumbrante sol de su enseñanza. Pues he aquí el testimonio que el Espíritu Santo dio a la Iglesia: la muerte no podrá resistir la justicia del Señor.

9. *Sólo los epíscopos pueden confirmar*

Así que, oh hijos de la verdad, escuchad y entended la confirmación que el Espíritu Santo os brinda bondadosamente con la unción de Su magisterio, pues es Maestro de toda unción. Por eso este crisma sólo será conferido, en honor del Espíritu Santo, por un sumo sacerdote: mirad que toda orden de la Iglesia está fundada en el Espíritu Santo, por lo que también esta unción es del Espíritu Santo.

Por tanto, si el que haya recibido el misterio del renacer a la vida no es luego ungido con este crisma, no obtendrá el adorno eclesiástico en plenitud para brillar como resplandece la Iglesia, engalanada por el fulgor del Espíritu Santo, según se ha mostrado ya. Pero así como la Iglesia se perfecciona con los dones del Espíritu Santo, que también así sea confirmado el hombre fiel con la unción de un sumo maestro, venerable en honor del Espíritu Santo; porque el Espíritu Santo trae ardientemente al pueblo cristiano y enciende en él, con Su cálida luz, la más firme enseñanza.

10. *El confirmado no se casará con quien le sostuvo las manos*

Por tanto, los que en esta unción del Espíritu Santo asistieron al ungido no se unirán a él en la alianza de la procreación mundana: comparten ya un vínculo en el Espíritu Santo. ¿Qué quiere decir esto? La fe conduce al hombre a esta unción; por eso, el que entonces le tiene las manos representa la fe, que no anhela lo carnal, antes bien, va siempre en pos de lo espiritual. Pues Mi ojo ve al hombre tal como, según sus obras, vendrá junto a Mí.

11. *Del bautizado que regrese al Demonio*

Pero si, después del bautismo, oh hombre, Me abandonas y regresas al Demonio, según justo juicio te condenarás por ello; mira que te he dado el inmenso don del entendimiento, y en el manantial del bautismo te mostré Mi misericordia. Pues cuantos busquen Mi misericordia en el bautismo, la encontrarán propicia merced a Mi Hijo, que vino al mundo y sufrió en Su cuerpo grandes tribulaciones; así que también tú, oh hombre, soportarás con paciencia las luchas entre el alma y el cuerpo y, por Mi Hijo, te acogeré.

Y que a ninguno le sea negado el baño bautismal cuando lo desee fielmente en Mi nombre, pues sea cual sea el tiempo en que un hombre Me busque, ardientemente le recibiré. Y si luego sus obras fueran malvadas, ellas mismas le condenarán a la muerte. Por tanto, oh hombre, cólmate del renacer de la salvación y hazte ungir con el crisma de la santidad; huye, pues, de la muerte hacia la vida. Que también la madre de los fieles suplica fervorosamente para que sus hijos escapen de la muerte y encuentren la vida. ¿Cómo? La Iglesia tiene una voz de lamento por sus hijos, voz que el Señor ha puesto en ella, y gemirá hasta que el último de todos entre en el tabernáculo de la Ciudad Celeste. Por eso clama esta voz: con su son Me mueve a ver y contemplar siempre —a Mí, que estoy antes de los siglos—

que Mi Unigénito Se encarnó, para que, por amor a Él, Me apiade de sus hijos, acogidos por ella en la renovación del Espíritu y del agua; pues no podrán entrar en el Reino de los Cielos si no es por la salvación.

12. *Tres toques de trompeta hace sonar la Iglesia*

Por eso clama así: temed al Padre, amad al Hijo, arded en el Espíritu Santo. ¿Cómo? Yo, el Padre, le he dado este son a través de Mi Hijo en el Espíritu Santo: es voz que en ella resuena como trompeta en una ciudad. Y no habla de otro modo entre sus hijos. También así intercede el Hijo ante Su Padre, el Dios Todopoderoso, para que perdone los pecados de los hombres, que serán absueltos y libres de perdición por la penitencia, porque el Hijo de Dios Se revistió de humanidad libre de culpa. Mira que no podía Él revestirse de carne mancillada, concebida por semilla de pecado; pues justo es el Señor, e inalcanzable la gloria del Reino Celestial a la sórdida inmundicia. ¿Cómo podría ser que el hombre, envilecido por su infesta hez, entrara en el Reino Celestial sino a través de Mi Hijo encarnado sin mancha? Él es Quien recibe a los pecadores justificados por la penitencia. ¿Y Quién podría hacer esto sino Dios? Por eso se vuelve la Iglesia hacia sus hijos y con amor maternal los apacienta.

13. *Sobre las diferencias entre los bautizados*

Pero viste que algunos de estos niños contemplaban un esplendor diáfano y luminoso, y, los demás, un brumoso fulgor arrebolado, que hacia el Oriente rielaba, pues de entre los hijos de la Iglesia, a los que procrea, por poder del Señor, en la inocencia de su integridad, algunos contemplan la pureza de la vida espiritual que brilla con serena virtud: conculcan lo terreno por amor al Sol verdadero; otros, aunque tienen sus facultades carnales perturbadas por el tenaz acoso de los vicios, arden fervorosamente en la recta fe y también suspiran en pos de lo eterno por la retribución suprema. *De entre los que miraban el esplendor diáfano y luminoso, unos tenían ojos claros y fuertes pies, y caminaban con ánimo en el vientre de la imagen,* pues al ir en pos de lo celeste, en los mandatos del Señor arraigan la mirada de su justa reflexión y los pasos de su buen desempeño: así caminan en el estrecho abrazo del amor materno y ni en lo transitorio ni en lo imperecedero decae la devoción de su designio.

Otros, en cambio, de ojos mortecinos y pies débiles: porque ni es clara su intención ni fuerte su empeño en cumplir la obra de la plenitud; así que *eran arrastrados de aquí a allá por el viento:* pues las entorbellinadas tentaciones de la vanidad los dispersan en un vaivén de costumbres.

Mas llevaban un báculo en sus manos y revoleaban frente a la imagen consiguiendo, a veces, tocarla, aunque con tibio gesto: confiando obstinadamente en sus obras, se muestran envueltos en falso esplendor ante la Iglesia de Dios y a veces reparan en ella, pero con ignorancia y por prudencia mundana; mira que cuando por su hueca farsa aparecen como sabios a los ojos de los hombres, necios son ante el Señor por su vanagloria.

Había, además, otros de serenos ojos pero pies débiles, que se desplazaban a un lado y a otro por el aire ante la imagen: aunque por los destellos de su reflexión conozcan los preceptos divinos, claudican sus pasos al cumplirlos, así que se muestran a la Esposa de Cristo con esta mudanza propia de su zozobra; y como atisban entre sombras la sabiduría y creen tenerla en su poder antes de que alcance sus mentes, no les confiere fuerza alguna.

Y aún otros, de ojos apagados y fuertes pies, que, sin embargo, caminaban con apatía frente a la imagen: lánguida es su intención de hacer el bien, aunque deberían avanzar vigorosamente en la obra de la justicia; pero no caminan con sencillez en las sendas de la Iglesia, porque antes arraigan sus mentes en lo terreno que en lo celeste; necios son, pues, ante el Señor: quieren, con mundana destreza, lograr lo que les es inasequible.

Pero de entre aquellos que contemplaban el brumoso fulgor arrebolado, unos avanzaban animosamente, bien engalanados, dentro de la imagen, pues aunque posean riquezas terrenas, llevan a las entrañas de la Iglesia el esplendor de sus fatigas: no se niegan a caminar con los pasos de la justicia en la Ley divina y, obedeciendo los mandatos de Dios, acogen al peregrino, visten al que está desnudo y dan de comer al hambriento. ¡Benditos son estos, que así reciben al Señor, y Él pone en ellos Su morada!

Mas otros, desarraigándose de ella, la impugnaban y escarnecían sus órdenes establecidas: estos abandonan las entrañas maternas y el dulce alimento de la Iglesia; la hostigan con el tumulto del error y quebrantan sus leyes, fundadas por Dios, con reiterado escarnio. *De estos, algunos regresaban humildemente a ella con el fruto de la penitencia*: por cuanto cometieron grave pecado, se castigan duramente, cumpliendo la penitencia merecida para que les sea restaurada la vida. *Otros, en cambio, por su terca indiferencia, en la ufanía de la*

muerte se quedaron: porque estos, endurecido el corazón, desprecian la vida, así que por su perfidia impenitente y contumaz se condenarán a muerte, como dice Ezequiel en su mística visión:

14. *Palabras de Ezequiel*

«El rey estará en duelo, el príncipe vestirá la desolación, las manos del pueblo de la tierra temblarán. Según sus caminos los trataré, los juzgaré según sus juicios, y sabrán que yo soy Yahveh»[4]. ¿Qué quiere decir esto? Cuando el alma, donde habita la razón soberana, siente próximo el placer del pecado, conociendo el mal, lúgubremente se aviene. ¿Cómo? Porque el Señor le ha inspirado la razón, la sabiduría y la ciencia; así pues, aunque consienta al cuerpo, por indigno tiene el mal, sabiéndolo veneno.

Por tanto, cuando se mancilla con los inmundos pecados que comete la carne, hondamente gime, suspirando hacia el Señor. Y, colmada ya la obra fatídica con el soplo de la soberbia, el cuerpo, como un príncipe ignominioso, vestirá la desolación: ha ejercido su dominio en la sordidez; pues igual que un hombre se aflige cuando lleva ropas denigrantes, también se entristece cuando surge de él la mala fama para afrenta suya. Entonces las obras ruines de los hombres, que están postrados en la tierra por su oprobio, temblarán ante los preceptos del Cielo: no llevan los vestidos de salvación, no poseen la bienaventuranza con el Señor; mira que a cuantos falte esta dicha, la aciaga confusión los hará suyos. Y según los caminos de iniquidad en que están siempre, los caminos de pecado en que han puesto su morada, sin sembrar justicia alguna en la senda de su corazón cuando el Espíritu Santo les exhorta, así los trataré Yo: no les brindaré misericordia ninguna; pues ignaros de la ciencia del bien, no Me temieron, sino que con malvada furia Me despreciaron, a Mí, Creador de todo, para hacer cuanto quisieron.

Y según sus juicios —las obras que, obedeciendo a sus deseos, realizaron— los juzgaré: el premio de la dicha no será para ellos, mas les arrojaré las tribulaciones de la perdición, porque no Me han honrado; y así sabrán que nadie podrá librarlos de su ruina sino Yo, que soy Señor de todo.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

4. Ezequiel 7,27 («caminos» en Vulgata).

Quinta visión

LAS ÓRDENES DE LA IGLESIA

Después vi que a la imagen de aquella mujer rodeaba, relumbrando desde su cabeza hasta su garganta, un resplandor blanco como la nieve y diáfano como el cristal. Pero de la garganta al ombligo la ceñía un fulgor rojizo que brillaba cual alborada de la garganta a los pechos y, de estos al ombligo, semejaba púrpura jacintina. Y allí donde rutilaba como aurora su claridad se elevaba, extendiéndose hacia los misterios del Cielo; en esa claridad apareció la imagen de una muchacha muy hermosa con la cabeza descubierta, negros cabellos, y vestida con una túnica roja que descendía hasta sus pies.

Luego oí una voz que decía desde el Cielo: «He aquí la lozanía de la celeste Sión, madre y flor de las rosas y lirio de los valles. Oh lozanía, te desposarás con el Hijo del rey más poderoso y alumbrarás para él una estirpe esplendorosa cuando llegue el tiempo en que seas confortada».

Y alrededor de esa muchacha vi una inmensa multitud de hombres, brillantes más que el sol, engalanados todos maravillosamente con oro y gemas; algunos cubrían sus cabezas con blancos velos, adornados por un halo dorado, y encima de ellas llevaban, como esculpida en los mismos velos en forma de esfera, la imagen de la gloria de la Inefable Trinidad, según me había sido revelada antes simbólicamente; y en sus frentes, el Cordero de Dios; y en su cuello, imágenes de hombres; y en la oreja derecha, un querubín, y en la izquierda, otros ángeles; de modo que la imagen de la gloria de la Suprema Trinidad irradiaba un fulgor dorado que iluminaba estas figuras. Entre esta multitud había algunos que llevaban mitras sobre sus cabezas y el palio del oficio episcopal sobre sus hombros.

Luego volví a oír una voz que decía desde las alturas: «Estas son las hijas de Sión, y con ellas van las cítaras de los citaristas, y todo género de músicos, y voces henchidas de alegría, y júbilo de júbilos».

Pero, bajo ese fulgor donde como alborada rutilaba, vi surgir, entre el cielo y la tierra, unas densísimas tinieblas de un horror tal, que rebasaba cuanto puede expresar la lengua humana.

Y nuevamente oí una voz que decía desde el Cielo: «Mira que si el Hijo de Dios no hubiera sufrido en la cruz, estas tinieblas nunca habrían dejado que el hombre alcanzara la claridad suprema».

Y allí donde aquel fulgor brillaba como púrpura jacintina, ardía ciñendo con fuerza la imagen de la mujer. Pero otro resplandor, cual blanca nube, la rodeaba grácilmente desde el ombligo hacia abajo, hasta donde la imagen aún no se manifestaba. Y estos tres halos, dilatándose más y más en torno a la imagen, iluminaban los numerosos peldaños y escalinatas, hermosa y perfectamente ordenados dentro de ella.

Pero, mientras contemplaba todo esto, me sobrevino un gran temblor y caí, desvanecida, rostro en tierra, incapaz de hablar. He aquí que, entonces, un inmenso resplandor me tocó, como una mano, y recobré mis fuerzas y mi palabra. Luego oí una voz que desde este resplandor me decía:

«Mira, grandes misterios son estos. Pues contempla el Sol, la Luna y las estrellas: Yo formé el Sol para iluminar el día, la Luna y las estrellas para que enciendan la noche. El Sol representa a Mi Hijo, que salió de Mi corazón y alumbró el mundo cuando nació de una Virgen, al ocaso de los tiempos, como el Sol, despuntando, ilustra la tierra cuando amanece al final de la noche. La Luna simboliza a la Iglesia, desposada con Mi Hijo en nupcias verdaderas y celestiales. Pero igual que la Luna, según su naturaleza, siempre crece o mengua, mas no arde ella sola, sino que la enciende la luz del Sol, también la Iglesia tiene un movimiento cíclico en el que sus hijos a veces prosperan al medrar las virtudes, y otras, declinan en el tumulto de las mudanzas, dispersándose por la adversidad; pues a menudo hay tiempos en que hostigan sus misterios lobos voraces: hombres viles —tanto los malos cristianos como los judíos y los paganos—, y no se enciende ella sola para soportarlos, sino que Yo la ilumino, a través de Mi Hijo, a fin de que persevere en el bien. Y las estrellas, diferentes entre sí por la intensidad de su fulgor, representan a los pueblos de las distintas órdenes religiosas de la Iglesia».

1. *El esplendor de las enseñanzas apostólicas en la Iglesia*

Por eso has visto que *a la imagen de aquella mujer rodeaba, relumbrando desde su cabeza hasta su garganta, un resplandor blanco como la nieve y diáfano como el cristal*: porque a la Iglesia, Esposa incorrupta, rodea la enseñanza apostólica que reveló la purísima Encarnación de Aquel que descendió de los cielos al útero de la Virgen y es el espejo más vivo y claro de todos los creyentes; así que esta enseñanza abraza y envuelve fielmente en su espléndido fulgor a la Iglesia desde su principio, cuando empezó a ser edificada, hasta el tiempo en que ya fue capaz de hacer pasar por su garganta y asimilar el alimento de vida. ¿Cómo?

La enseñanza apostólica rodeó con su luz la cabeza de la Iglesia cuando los apóstoles empezaron a edificarla con su prédica: cuando recorrieron las distintas tierras, reuniendo trabajadores que la afianzaran en la fe católica, la proveyeran de sacerdotes, epíscopos y todas las órdenes eclesiásticas, y que establecieran fielmente los derechos de hombres y mujeres bajo la alianza matrimonial y otros vínculos semejantes. Por eso su enseñanza continúa en sus herederos, los ungidores[1], semejantes a los sacerdotes del Antiguo Testamento: pues igual que a estos se los escogía bajo la ley de la circuncisión para sostener al pueblo con el alimento interior, también los apóstoles eligieron estas órdenes con las que ornaron la Iglesia por inspiración divina. ¿Qué quiere decir esto?

Sus sucesores, que llevan fielmente, en lugar de aquellos, el bálsamo de la salud, recorren las plazas, las aldeas, las ciudades y otras regiones y tierras y anuncian al pueblo la Ley divina. Porque son padres escogidos y administradores que difunden con su enseñanza la doctrina de la Iglesia entre el pueblo todo y le reparten el alimento de vida; por tanto, han de comportarse de forma que Mi grey no sienta afrenta por sus obras y camine rectamente en pos de ellos; mira que suya es la misión de suministrar abiertamente al pueblo el pan de vida y ordenar a cada uno, con discernimiento, las tareas de la fe, por lo que deberán mortificarse a fin de no apetecer la cópula carnal; pues han de entregar a los creyentes el alimento espiritual y ofrecer al Señor un sacrificio inmaculado, según se prefigura en el ejemplo del inocente Abel, de quien está escrito:

1. Lit. *pigmentarii*: los que elaboran y administran los bálsamos, metáfora que aquí designa a los sacerdotes. (*N. de los T.*)

2. *Ejemplo de Abel*

«También Abel hizo una oblación de los primogénitos de su rebaño y de la grasa de los mismos»[2]. ¿Qué quiere decir esto? Al alba de los tiempos, la bienaventuranza de la revelación real brilló en aquel cuya vida era inocente, y este don del Dios Todopoderoso alcanzó con su fuerza, no la tierra, sino el Cielo. ¿Cómo? Porque Abel ofreció, en su integridad, al Señor la intención de su voluntad y el desempeño completo de la misma, cuando se propuso en su corazón ofrecerle las primicias de sus bienes y cuando lo llevó a cabo plenamente en su ofrenda: así honró al Padre Supremo y Le mostró la reverencia debida.

Por tanto, igual que Abel estaba al frente de su rebaño, lo apacentaba y custodiaba, y ofrendó al Señor con sencilla devoción sus primogénitos y la grasa de los mismos, que también los ungidores, puestos al frente de los hijos de la Iglesia —la grey de Cristo— según Su designio para apacentarlos, los alimenten fielmente con las palabras de la enseñanza eclesiástica, les defiendan con gallardía de las celadas del viejo asechador y ofrezcan con sincera intención algunas dádivas de ellos a Aquel que todo lo atalaya. ¿Cómo?

Por cuanto no pueden perfeccionarlos en todo, que ofrezcan, sin embargo, al Señor algunos de sus frutos: primero, la recta intención de sus voluntades como sencillo germen que son los primogénitos del rebaño, y luego, la obra cumplida según esa voluntad, cual dulce fruto que es la grasa de los mismos. Pero ¿de dónde viene esta adoración tan devota que rindió Abel al Señor? Su íntegra castidad le llevó a tamaña devoción.

3. *Los ministros de la Iglesia deben observar la castidad*

Por tanto, los que, estando consagrados, deban ofrecer a Dios el sacrosanto sacrificio, se acerquen a Su altar en la dulzura de la castidad. Pues si ellos mismos fueran causantes de la corrupción, ¿cómo podrían tender la mano del bálsamo salutífero a los heridos por la corrupción? Por eso, para que puedan dar a otros el remedio de la salud con la mayor confianza, quiero que imiten vivamente a Mi Hijo en el amor a la castidad. Que si sucumben, se apresuren a levantarse velozmente con la penitencia y huyan, así, del oprobio del pecado como si estuvieran desnudos, buscando el remedio salutífero y siguiendo con fidelidad a Abel, cuyo sacrificio complació al Señor.

2. Génesis 4,4.

4. *Sobre los que viven en clausura*

Pero los que se sometan al yugo de la clausura por amor a Mi Hijo y vivan en observancia de las normas que sus superiores establecieron por inspiración Mía, aun cuando no tengan las preocupaciones de los ungidores en la administración de los sacramentos ni, por tanto, la carga de su angustia, ganarán, como ellos, la suprema merced en la Ciudad Elegida, pues se someten a sus superiores por la recompensa eterna.

5. *Sobre la noble y jubilosa perfección virginal*

Entonces viste que de la garganta al ombligo la ceñía un fulgor rojizo: después de la enseñanza apostólica, cuando la Iglesia estaba ya tan afianzada que podía discernir verdaderamente el alimento de la salvación y transformarlo en su fuerza interior, surgió la más noble perfección de la religión eclesiástica, que saboreó la suprema dulzura con encendido ardor y, mortificándose austeramente, se extendió hasta ceñir la más secreta fortaleza, sin dividirse por la amargura carnal, pues rechazó la cópula de la alianza humana. ¿Cómo?

Ese fulgor *brillaba cual alborada de la garganta a los pechos*: porque esta perfección medró, con virginal júbilo, desde el sabor de la maravillosa lozanía hasta la dulcísima savia de la religión eclesiástica. Y, *de estos al ombligo, semejaba púrpura jacintina*, pues imbuida de esta esplendorosa enseñanza, se fortificó hasta alcanzar la austeridad de la castidad interior: imitó la Pasión de Mi Hijo, por el supremo amor que Él guarda fielmente en Su corazón. Por eso, *allí donde rutilaba como aurora, su claridad se elevaba, extendiéndose hacia los misterios del Cielo*: porque esta perfección que florece en el esplendor de la virginidad encamina prodigiosamente su fuerza, no a lo terreno, sino a lo que está en las alturas celestes.

6. *La imagen de la muchacha*

Y, en esa claridad, apareció la imagen de una muchacha muy hermosa, con la cabeza descubierta y negros cabellos: esta es la luminosa virginidad, inocente de todo agravio de concupiscencia humana; su mente diáfana es libre de ataduras que la envilezcan y, aunque no puede disipar plenamente los tenebrosos pensamientos que atenazan a sus hijos mientras vivan en el mundo, les hace frente con gallardía para ayudarles a resistir.

Por eso *iba vestida con una túnica roja que descendía hasta sus pies,* porque con el esfuerzo de sus fatigas persevera en las obras virtuosas hasta el fin para alcanzar la anchurosa y bienaventurada perfección: rodeada por los empeños de las virtudes, imita a Aquel que es la plenitud de la santidad. Ella es también, como te ha sido revelado en el secreto de la luz suprema, el noble germen de la Jerusalén Celestial: la gloria y el esplendor de cuantos han derramado su sangre por amor a la virginidad y de los que, en la diáfana humildad, se mantuvieron vírgenes por Cristo y reposaron en la dulzura de la paz. Porque, desposada con el Hijo del Dios Todopoderoso, Rey de todo cuanto existe, engendró para Él una noble estirpe, el sublime coro de las vírgenes, cuando se fortaleció caminando en la paz de la Iglesia.

7. *La muchedumbre engalanada que rodea a esta muchacha*

Y alrededor de esa muchacha viste una inmensa multitud de hombres, brillantes más que el sol, engalanados todos maravillosamente con oro y gemas: pues a la noble virginidad envuelve en ardiente abrazo el excelso coro de vírgenes que brillan todos ante la faz del Señor con un resplandor más vivo que el del sol en la tierra porque, hollándose a sí mismos, han vencido con arrojo a la muerte, así que están engalanados con la belleza y maravilla de la suprema sabiduría, por las luminosas obras que, siguiendo a Cristo, humildemente realizaron. Por eso *algunos cubrían sus cabezas con blancos velos, adornados por un halo dorado*: porque, resplandeciendo en la gloria de la virginidad, muestran que cuantos anhelen alcanzar su belleza habrán de amurallar sus mentes contra la llama del funesto incendio y vestir fielmente el blanco fulgor de la inocencia, engalanado con el brillante halo de la castidad.

Sobre sus cabezas llevaban, como esculpida en los mismos velos en forma de esfera, la imagen de la gloria de la Inefable Trinidad, según me había sido antes revelada simbólicamente: muestran que las intenciones humanas deben sostener firme y gallardamente, con la comprensión del amor y la perseverancia en la castidad, el esplendor de la celeste y gloriosa Trinidad, tal como te ha sido revelado en la visión del misterio.

Y en sus frentes, el Cordero de Dios; y en su cuello, imágenes de hombres; y en la oreja derecha, un querubín, y en la izquierda, otros ángeles; esto representa cómo, en la reverencia de su castidad, seguirán la mansedumbre del Hijo de Dios: apartarán el gesto de la

soberbia, humillando su cerviz y estimándose frágiles seres humanos; en la prosperidad, abrazarán la ciencia infalible y verdadera a la que prestan oído, y frente a la adversidad, anhelarán escuchar las palabras de ayuda de los ángeles. *Y la imagen de la gloria de la Trinidad Suprema irradiaba un fulgor dorado que iluminaba estas figuras*: porque la inefable Trinidad obra sin cesar las prodigiosas maravillas de Su profunda sabiduría en los fieles que buscan la virtud y huyen de la seducción diabólica.

Entre esta multitud había algunos que llevaban mitras sobre sus cabezas y el palio del oficio episcopal sobre sus hombros: entre los que florecen en el esplendor de la virginidad hay algunos, en la Ciudad Celeste, que llevaron con firmeza en el mundo la dignidad de antiguos padres y la gloria del magisterio supremo sin perder, sin embargo, el ornato de la virginidad. Así que, como oyes, todos cuantos, suspirando en pos del amor divino, conservaron su pureza son llamados «hijas de Sión» en las moradas celestiales: en su amor a la virginidad imitaron a Mi Hijo, flor de la virginidad. Por eso van con ellos las reverberaciones de los espíritus sonoros, el estallido de las músicas todas, los atavíos alados de las mentes henchidas de júbilo, los destellos dorados de las piedras preciosas y las gemas. ¿Cómo? Mira, por el Hijo de Dios gozan de esto: allí donde Él está encumbrado suena una música, a la que se unen los coros de vírgenes, exultando a plena voz, y un cántico nuevo cantan, como testimonia Juan, virgen y bienamado Mío, cuando dice:

8. *Palabras de Juan*

«Cantan un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro Vivientes y de los Ancianos»[3]. ¿Qué quiere decir esto? La buena voluntad de cuantos fieles abracen la castidad con noble intención y, por amor a Dios, conserven inmaculada su virginidad, prorrumpirá maravillosamente en alabanzas a su Creador. ¿Cómo? Mira que en la alborada de la virginidad, siempre unida al Hijo de Dios, late oculta una inmensa alabanza a la que ni afán terreno ni atadura de la ley podrán desafiar, y con gritos de júbilo canta un cántico celestial a la gloria del Señor. ¿Cómo?

Veloz camino el de este canto que, en la nueva libertad, prodigiosamente suena; que no se había escuchado antes de que el Unigénito de Dios, flor verdadera de la virginidad, regresara, encarnado,

3. Apocalipsis 14,3.

de la tierra al Cielo y se sentara otra vez a la diestra del Padre. Pues así como las nuevas costumbres, nunca antes vistas, producen estupor al ser contempladas, también este nuevo misterio, nunca antes escuchado, resuena ahora en los Cielos en honor a la virginidad y se manifiesta ante la majestad del Señor, que lo ha hecho posible, y ante las cuatro ruedas que recorrieron las cuatro partes del mundo llevando la verdad de toda la justicia y la humanidad del Salvador como vivientes en la nueva Ley, y ante los ancianos que, imbuidos del Espíritu Santo, alumbraron con su propio camino las sendas de rectitud a los hombres en la vieja Ley. ¿Qué quiere decir esto? El Señor ha dulcificado con la Nueva Gracia la austeridad de la Antigua Alianza.

9. *La virginidad ofrecida a Dios ha de preservarse con prudencia*

Pero como la virginidad es tan gloriosa ante el Señor, que cuantos se la ofrecieron por propia voluntad la conserven con prudencia; mira que este santo propósito, emprendido con inmensa devoción por la virginidad, ha de ser fielmente custodiado. Por tanto, que se guarden de claudicar cuantos se inicien en este sacramento. Pues son bienamados seguidores de Mi Hijo cuando así se ofrecen al Señor, que ni los ata vínculo conyugal ni carga mundana los abruma, despreciando la cópula carnal para no subyugarse a todos los requerimientos de su carne, anhelando unirse a la gloriosa pureza del Cordero inocente.

Luego el hombre que en su corazón decida no unirse a mujer, pues desea guardar la pureza virginal por amor a Mi Hijo, será Su compañero si persevera en esas obras de castidad. Mira que ha ofrecido estas sagradas dádivas a Mi Hijo en el voto del pacto santísimo de la religión eclesiástica, por la gloria de la suprema recompensa.

Pero si después, abandonando su pacto por el venenoso aguijón de la carne, comete adulterio, cambiará su libertad en servidumbre: por un inmundo deleite habrá envilecido oprobiosamente la honra de su cerviz, con que debía imitar en pureza a Mi Hijo, y habrá dicho una mentira, pues se comprometió con juramento a vivir en castidad y no ha cumplido. Por tanto, si temerariamente persevera en su culpa, incurrirá en la dura condena del Justo Juez, porque ni el agravio ni la mentira aparecerán en la gloria celestial.

10. *Quien quebrante el pacto de la virginidad pasará a ser esclavo*

Mas si antes de llegado su fin hace penitencia con amargas lágrimas por esta falta suya, el río de la sangre derramada de Mi Hijo le acogerá, pues ha abominado de su culpa; pero no estará entre sus compañeros, que florecen en la gloria de la pureza, porque desertó de su hermandad al rechazar la libertad de su pacto y trocarla en servidumbre del pecado.

Y si una doncella se ofrece, por propia voluntad, en santos esponsales a Mi Hijo, la recibirá complaciente, pues quiere tenerla unida a Él en Su compañía. ¿Cómo? Que Le abrace con casta dilección como Él la ama en Su secreto: bienamada suya será siempre, porque Le ha buscado antes que a un esposo terreno. Pero mira que si luego ella quebranta su pacto, se habrá mancillado ante aquellos que gozan del júbilo celestial; y si en esta temeridad porfía, por justo juicio será privada de la gloria suprema. Mas si se arrepiente, será recibida como sierva y no como dueña: pues desertó de las nupcias reales y amó a otro más que a Aquel a Quien debía amar. Y si el que la sedujo y envileció quiere expiar su culpa, que haga penitencia como si hubiera rasgado los Cielos, no sea que lo aniquile la perdición de la muerte, porque ha mancillado temerariamente un matrimonio celestial. ¿Qué quiere decir esto?

11. *Ejemplo sobre esto*

Si un poderoso príncipe tuviera una esposa muy querida para él y fuera corrompida en adulterio por el último de sus siervos, ¿qué haría este señor? Arrebatado de cólera, mandaría sin duda su ejército contra él, con el fin de aniquilarle, porque le habría herido en sus entrañas mismas. Pero si este siervo, aterrorizado ante el inmenso ejército, le suplica que interceda por él y, además, cae a los pies de su señor llorando para que le perdone, entonces ese príncipe, por su bondad y los ruegos de los otros, le permitirá seguir viviendo y lo devolverá al grupo de sus siervos, mas no le recompensará como a sus restantes familiares y amigos, aunque le trate con la gracia debida a sus semejantes. Así le ocurrirá también a quien envilezca y seduzca a una esposa del Rey Eterno; mira que este Rey lo enviará a la perdición, ejerciendo Su derecho con legítima ira, pues con tal acto le hizo afrenta y, olvidándose de Él, Lo tuvo por embustero.

Pero si este desdichado, anticipándose al día de la ira, ruega suplicante a los elegidos de Dios que imploren el perdón de su Señor

para él, y, además, llorando contempla la humanidad de su Salvador a fin de que, por Su gracia, sea absuelto de su pecado, entonces ese Rey, evocando la sangre derramada para redimir al género humano, y por amor a los ciudadanos celestes, lo rescatará de su culpa y de las garras del Demonio, no sea que vaya a la perdición, y le dará la salvación de las almas bienaventuradas; pero no le adornará en el alegre baile de las nupcias reales, en el que exultarán los demás amigos del Señor con las vírgenes sagradas prometidas a Mi Hijo en esponsales celestes, como tampoco coronará con el esplendor de la virginidad a quien haya perdido la pureza virginal, aunque le otorgue el júbilo junto a Sus otros elegidos en la Ciudad Celestial, con un inestimable galardón.

12. *La gran diferencia entre el deseo celestial y la concupiscencia*

Pero, bajo ese fulgor donde como alborada rutilaba viste surgir, entre el cielo y la tierra, unas densísimas tinieblas de un horror tal, que rebasaba cuanto puede expresar la lengua humana: bajo la gloria virginal, entre el entendimiento espiritual y el carnal, se manifiesta abiertamente la caída de los primeros padres, tan oscurecida en las lóbregas sombras de la infidelidad, que ningún hombre es capaz de describir su espanto. ¿Cómo?

Porque en la Encarnación del Hijo de Dios, nacido de una Virgen, el deseo celestial se elevó y la concupiscencia terrenal sucumbió: la prevaricación de Adán fue milagrosamente restaurada en la salvación por la sangre del Hijo de Dios, pues nadie antes que el Unigénito de Dios, enviado al mundo por el Padre, pudo borrarla para abrir la puerta del Cielo. Así que, tal como oyes en esta mística revelación, si el Hijo de Dios no hubiera derramado Su sangre por la salvación de los hombres, tanto los habría hundido esa culpa, que no les sería posible alcanzar el júbilo de los ciudadanos celestes.

13. *De quienes imitan la Pasión de Cristo: los aromáticos*

Y allí donde aquel fulgor brillaba como púrpura jacintia, ardía ciñendo con fuerza la imagen de la mujer: designa la perfección de cuantos imitan la Pasión de Mi Hijo con ardiente amor y engalanan vivamente a la Iglesia con su sacrificio. ¿Cómo? Porque son la alta morada del tesoro que se eleva en el designio divino; pues cuando la Iglesia, ya afianzada, cobró fuerza, brotó, para esplendor suyo, un

vivo aroma que pronunció los votos del camino de la secreta renovación[4]. ¿Qué quiere decir esto? Que entonces surgió una orden maravillosa a imagen del ejemplo de Mi Hijo; pues igual que Mi Hijo vino al mundo separado del pueblo común, también esta legión vive en el mundo alejada del resto de las gentes. Sí, como bálsamo que con suavidad se destila del árbol, así surgió al principio este pueblo, de forma singular, en el desierto y en lugares retirados y, lo mismo que el árbol extiende sus ramas, lentamente medró hasta hacerse multitud plena. Mira, he bendecido y santificado a este pueblo: son para Mí entrañables flores, rosas y lirios que agrestes florecen en los campos como este pueblo al que ninguna ley obliga a desear una senda tan angosta, sino que la emprende dulcemente inspirado por Mí, sin precepto de la ley, por propia voluntad, haciendo más de cuanto le fue ordenado; por tanto, gran merced recibirá, como está escrito en el Evangelio cuando el samaritano condujo a aquel hombre malherido a una posada:

14. *Palabras del Evangelio*

«Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva»[5]. ¿Qué quiere decir esto? El primer día de la salud, cuando el Hijo de Dios, milagrosamente encarnado, estaba en Su cuerpo, en el mundo, realizó muchas y admirables obras según Su humanidad hasta Su Resurrección, por las que dio los verdaderos remedios salvíficos al hombre malherido. Y al día siguiente, cuando, después de Su Resurrección, todos los misterios de la verdad fueron abiertamente confiados a la Iglesia, presentó, en simbólica revelación, el Antiguo y el Nuevo Testamento: demostración indudable de la vida eterna y dulcísimo alimento para el pueblo fiel.

Y entregó estas Escrituras, por Su gracia, a los pastores de la Iglesia que guardan Su rebaño, diciéndoles con palabras de dulce exhortación: «Cuidad, según las leyes eclesiásticas, a la grey de los cristianos redimidos por Mi sangre, que os he confiado; velad que no yerren, faltándoles algo de cuanto pertenece a la vida. Todo lo que añadáis, por vuestra buena voluntad, a esto que os mando guardar,

4. «Aroma viviente» — véase 2 Corintios 2,15-16— son los monjes; «que pronuncia los votos del camino de la secreta renovación», o «segundo bautismo»— es el monje y la ordenación o profesión monástica, llamada «segundo bautismo» (*N. de la edición crítica*). En adelante, utilizaremos la metáfora «aromáticos» para referirnos a los monjes. (*N. de los T.*)
5. Lucas 10, 35.

haciendo más de lo que os ha sido ordenado, Yo, adalid y Salvador vuestro, que ahora dejo este mundo y Me elevo al Padre, os lo pagaré: os daré con creces el salario de vuestras fatigas y buena voluntad cuando vuelva nuevamente al mundo para juzgarlo y arraigarlo en la eterna estabilidad, más allá del transcurrir de los tiempos. Y entonces te diré: "Oh siervo leal y probo, que fielmente has administrado". El que, por voto propio, añada más de cuanto la Ley le ordena, recibirá doble recompensa, pues lo estimo digno de gloria en Mi nombre, porque mucho Me ha amado». Y digo:

15. *Ni vírgenes ni aromáticos están sometidos al precepto de la Ley*

Ni la estirpe de vírgenes, ni esta orden de singular devoción, ni cuantos les imitan, como los que se retiran a los desiertos, están bajo el precepto de la Ley; igual que tampoco los profetas fueron designados por los hombres bajo la ley carnal, pues surgieron sólo de Mi inspiración henchidos; pero hacen más de cuanto les fue prescrito, a diferencia del orden sacerdotal y las restantes instituciones del mismo oficio: porque la misión de estos fue decretada por Abraham y Moisés en el Antiguo Testamento; luego, también los apóstoles la extrajeron de esa Ley, la ordenaron rectamente según Mi voluntad en el Espíritu Santo y la entregaron a la Iglesia para que la guardara. Pero la misma doctrina apostólica fue establecida por Mi Hijo en el Evangelio, cuando envió a Sus discípulos a que proclamaran las palabras de la verdad por todo el mundo.

¿Qué ocurrió entonces? Cuando los apóstoles anunciaron al pueblo el camino de la salvación, surgió, en el amor de Mi Hijo, la brillante alborada de las Hijas de Sión: aquellos que dominaron enérgicamente su carne y con dureza hicieron morir en sus corazones sus malas apetencias. Y así como entonces esta casta virginidad fue en pos de Mi Hijo con ardiente amor, también esta orden de singular devoción, bienamada Mía, siguió Su Encarnación; mira, estos son Mis firmes templos: a semejanza de los coros de los ángeles Me adoran y llevan en sus cuerpos la Pasión, la muerte y la sepultura de Mi Unigénito, no porque mueran por la espada o por otros terrores por los que perecen los hombres, sino porque imitan a Mi Hijo, rechazando la voluntad de su propia carne cuando se despojan de todo lo secular y de los esplendores en que el mundo se recrea, tal como está escrito acerca de Juan, lámpara del mundo, en el Evangelio:

16. *Ejemplo de Juan el Bautista*

«Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero a sus lomos»[6]. ¿Qué quiere decir esto? Aquel en quien la gracia divina suscitó la admirable abstinencia tenía, por esa misma gracia, su vestido hecho de esta virtud —en su mente despreció los honores y riquezas mundanos—, y ceñía en torno al deleite carnal la mortificación de los vicios —dominó vigorosamente el arrebato de jactancia de su cuerpo—, así que edificó moradas más altas que sus predecesores: caminó por fatigosas y ásperas sendas y conculcó las apetencias terrenas. ¿Cómo?

Porque realizó con gallardía muchas obras de virtud, amó ardientemente la castidad y brindó la senda de la salud a cuantos la buscaban con devoción. Por tanto, los aromáticos, consagrados a la senda de la secreta renovación, seguirán el camino de Juan, que alumbró las lóbregas sombras de este mundo con los haces de luz de sus obras santas y virtuosas: huirán de la fatua altura, la anchura de lo mundano esquivarán, mortificando el esparcimiento de su espíritu ceñirán su cuerpo y rechazarán, de esta manera, los viles deseos; así brillarán resplandecientes, edificando a una mayor altura que cuantos, antes que ellos, marcharon simplemente por los caminos del Señor, haciéndose humildes moradas: emprenderán la fatigosa y angosta senda, hollando fuertemente bajo sus pies los deleites del mundo. ¿Cómo? Al despreciarse a sí mismos y subyugar su cuerpo a la servidumbre de Cristo obrando la virtud, apartarán la petulancia con la austeridad de sus costumbres y, así, por sus buenos ejemplos, serán radiantes luces que iluminen a los demás hombres, pues imitan fielmente al coro de los ángeles. ¿Cómo? Al rechazar lo mundano: igual que los ángeles ni buscan ni apetecen lo terreno, estos les siguen admirablemente despreciando todo cuanto es caduco.

17. *Los aromáticos podrán desempeñar cargos eclesiásticos*

Por tanto, que así como Mi Hijo es nuncio de los sacramentos salvíficos y Sacerdote de sacerdotes y Profeta de profetas y Constructor de torres venturosas, si sobreviniera una necesidad, el que, de entre esos hombres, haya sembrado fructíferamente la raíz del aroma en su corazón, sea nuncio y sacerdote, profeta y consejero de la edificación de la Iglesia; y jamás deberá ser apartado de estos oficios si

6. Mateo 3,4.

luce en sus ojos la claridad y no se duerme en sus cometidos eclesiásticos, sino que vigila su desempeño, rechazando la dedicación a lo terrenal y el contagio de lo mundano; porque ni los ángeles ni los sacerdotes ni los profetas ocultarán la justicia del Señor, antes bien, la anunciarán en la verdad por precepto Suyo; tal como, de nuevo, está escrito en el Evangelio acerca de Juan, que no fue una caña agitada por el viento, y cuya austeridad siguen estos:

18. *Palabras del Evangelio sobre Juan el Bautista*

«Acudía a él gente de toda la región de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados»[7]. ¿Qué quiere decir esto? Con suspiros y gemidos acudían, dejando atrás el deleite de los vicios, a él, en quien obraba la gracia divina, toda fervorosa voluntad de confesión sincera y todo unánime anhelo, hecho fruto, de la visión de la paz: hablo de aquellos hombres cuyos corazones habían sido empujados, por temor de la muerte, al amor a la vida[8]. ¿Cómo? Porque el propio Juan, precursor de la Verdad, les inculcó tanto la amargura como la dulzura. Por eso imploraban de su rectitud el agua de la penitencia para que, apartándose del mal, obrando el bien y confesando sus pecados, fueran dignos de alcanzar a Aquel que no les anunciaría ya el remedio en la sombra de lo viejo, sino que les daría la salud verdadera en la luz de lo nuevo. Pero así como Juan ilustró a cuantos acudieron a él, los bañó en las aguas del río y recibió sus palabras de penitencia en honor del Salvador venidero, que también ahora, en nombre del Salvador ya manifestado, que ha traído la salud a los fieles, cuantos puedan añadir más obras de luz al testimonio de santificación no dejen de hacerlo: emprendan, por inspiración del Espíritu Santo, una nueva austeridad en la renuncia a lo mundano, a semejanza de la que aceptaron, por precepto de ese testimonio de santificación, al renacer del Espíritu y del

7. Marcos 1,5.

8. La autora realiza un paralelismo de difícil traducción: subsume bajo Judea y Jerusalén (véase Isaías 66,12) la intención de confesarse —que lleva consigo la amargura de la penitencia y proviene del temor de la muerte— y su resultado, la dulzura de la remisión y el amor a la vida: el alcanzar la paz, bañándose en el río que purifica los pecados y haciéndose miembros de la Jerusalén Celestial. Los corazones humanos han sido agitados por un movimiento que inicia el temor de Dios, caracterizado por el temblor, virtud que, según la autora, es primera y última, pues conduce al amor —véase p. 398—; para definirlo, emplea la forma verbal *concutio* cuya acción designa, en este texto, los sucesivos estados del alma —miedo, temor y temblor— que la encauzan en el buen obrar (véase nota 10, en p. 344) y dimana del toque de la gracia de Dios que aquí obra mediante Juan el Bautista. De Jerusalén y la Iglesia como visión de la paz en este texto: véanse pp. 280-281, 293-294 y 453-454. (*N. de los T.*)

agua en la liberación de la servidumbre diabólica revistiéndose del Hombre Nuevo. Mas cuando apremie el aguijón de la necesidad, que tiendan la mano de su devota ayuda, exhortando, levantando y sanando a cuantos lo pidan, siempre que alcancen dignamente este cometido, según los cánones de la Iglesia, y, así, imiten con fidelidad a su predecesor, cumpliendo con verdad en la nueva luz lo que él anunció en la penumbra.

Mira, estos son el cinturón de la Iglesia, a la que ciñen ardorosamente, pues se han consagrado a la Encarnación de Mi Hijo y su oficio es propio de los ángeles: porque no cesan de cantar a plena voz noche y día, de rogar con arrepentimiento, pero no con clamoreos desolados como fútiles cenizas, como yermo sin la lozanía de la atrición; y porque no renuncian a trabajar para subvenir a sus necesidades, mas no buscando sus manos lo terreno, sino que con amor y humildad escudriñan profundamente sus corazones.

Oh gallardo y bienamado pueblo Mío: veo en vosotros los quebrantos que Mi Hijo sufrió en Su carne; vivís muriendo Su muerte al abandonar vuestra propia voluntad y por la vida eterna soportáis Su yugo, caminando según los preceptos de vuestros superiores.

19. *Sus vestidos representan la Encarnación y sepultura de Cristo*

Por eso su vestido no es como el de otros pueblos: por su pureza representa la Encarnación inmaculada de Mi Hijo, muy distinta de la procreación de los demás hombres. Pues la Encarnación estaba más allá del precepto legal referente al varón y a la mujer, igual que ninguna ley escrita obliga a este pueblo a ceñirse a tamaña austeridad; pero el que, por propia voluntad y amor a Dios, la abrace pronunciando los votos, persevere en ella, no sea que si claudica, caiga como Lucifer, que se apartó de la luz y se hundió en las tinieblas.

Mira que este vestido, como fulgor de espíritus celestes, vuela con las alas de su sutileza y designa la Encarnación y sepultura de Mi Hijo: pues todo el que se subyugue a la austera obediencia tiene en su vestido la señal de Su Encarnación, y todo el que renuncie a los afanes mundanos por obras de justicia portará la señal de Su sepultura en su vestido. Así, al que por pura voluntad lleve este vestido, un saludable remedio le aliviará.

Por tanto, que quien lo reciba bajo la invocación del Espíritu Santo y con bendiciones no lo rechace; pues el que lo desprecie por la abyección de su porfía en el mal será compañero de aquel que escarneció la orden de los ángeles y fue sepultado en la muerte. ¿Qué

quiere decir esto? Ningún precepto de la Ley apremia a este pueblo a seguir una senda tan austera, sino que por propia voluntad han resuelto observar Mi pacto ilustrando así Mi Iglesia con su santo camino. ¿Cómo? Igual que la alborada del sol despunta tras la primera luz del día, esta orden surgió después del clamor de los apóstoles. ¿Qué quiere decir esto?

20. *El camino de las órdenes y el amanecer*

La primera luz del día representa las fieles palabras de la enseñanza apostólica; la alborada, el inicio del camino que germinó primero en la soledad y en las grutas, después de aquella doctrina; el sol revela la apartada y bien dispuesta senda de Mi siervo Benito, a quien atravesé con ardiente fuego, enseñándole a honrar, con el hábito de su orden, la Encarnación de Mi Hijo y a imitar Su Pasión con la abnegación de Su voluntad; porque Benito es como un nuevo Moisés, puesto en la hendidura de la roca, mortificando y curtiendo su cuerpo con recia austeridad por amor a la vida, igual que el primer Moisés escribió, por precepto Mío, una áspera y dura Ley en tablas de piedra y se la dio a los judíos. Pero lo mismo que Mi Hijo atravesó esa Ley con la dulzura del Evangelio, también Mi siervo Benito hizo del designio de esta orden, que antes de él era un arduo camino, una senda apartada y llana, merced a la dulce inspiración del Espíritu Santo, y, por ella, congregó a la inmensa cohorte de su regla, igual que Mi Hijo reunió junto a Sí, por Su suave aroma, al pueblo cristiano.

Entonces el Espíritu Santo alumbró los corazones de sus elegidos, anhelantes de vida, para que, así como las aguas bautismales borran los pecados de los pueblos, también ellos renunciaran a las pompas de este mundo, a imagen de la Pasión de Mi Hijo. ¿Cómo? Igual que el hombre es rescatado por el santo bautismo de los cepos del Demonio y se despoja de los crímenes de su viejo agravio, también estos se desprenden de los afanes mundanos por el signo de sus vestidos, en los que llevan, además, una señal angélica. ¿Cómo? Mira que son custodios de Mi pueblo, por voluntad Mía.

21. *Si fuera menester, los aromáticos recibirán el sacerdocio*

Sean, por tanto, nombrados pastores de Mi Iglesia los que, curtidos en este santo camino, se juzguen aptos, porque también los án-

geles, a los que no alcanza sombra alguna de afanes mundanos, son custodios de Mi pueblo. Pues así como los ángeles gozan ante Dios de un doble honor, los hombres de esta senda viven con una doble misión. ¿Cómo? Los ángeles sirven incesantemente al Señor en los cielos y siempre protegen a los hombres en la tierra frente a las asechanzas diabólicas. Así hace también este pueblo que imita a los ángeles al despreciar lo terreno, sirviendo constantemente a Dios, y al defender noche y día a los demás hombres de los espíritus malignos con sus oraciones. Por tanto, si no tuviera Mi Iglesia un pastor justo, acuda en su ayuda el pueblo de esta orden con clamores y llantos y, si fuera menester, el que, curtido ya en este camino, sea apto, reciba el sacerdocio completo, defendiéndola gallardamente, de Mi fervor lleno.

22. *Nadie emprenderá esta senda sin haber sido probado*

Que ninguno emprenda esta senda repentinamente, como despertando de un sueño, sin haberse sometido primero a un íntimo examen que pruebe si el dominio de su espíritu es firme para poder perseverar en este designio, no sea que si entra en ella por propia voluntad, mediante un pacto de bendición, y luego, claudicando por su perverso error, impenitente Me burle, perezca miserablemente en la perdición de la muerte. Por tanto, oh bienamados hijos Míos, aciagamente dispersos por la tribulación: levantaos pronto con la humildad y el amor, y avenίos a vuestro santo designio con gallardía y concordia.

23. *El pueblo secular que respeta la ley de Dios engalana la Iglesia*

Pero, viste que otro resplandor, cual blanca nube, rodeaba grácilmente a la imagen, desde el ombligo hacia abajo, hasta donde la imagen aún no se manifestaba: esta es la vida secular que, inmersa en el diáfano fulgor de la intención luminosa, abraza a la Iglesia con la reverencia de la ayuda justa, desde la plenitud de su fuerza gestadora hasta el límite más allá del cual aún no ha crecido en sus hijos. ¿Cómo? Junto al ombligo está el lugar de la germinación de sus miembros, donde es engendrado todo el género humano; por eso se encuentra allí el pueblo secular en la Iglesia, por el que alcanzará ella el número pleno de sus órdenes: porque allí están los reyes y duques, príncipes y gobernantes con sus súbditos, y todos los de-

más, pobres y ricos, y los mendigos que viven entre ellos. Todos ellos engalanan hermosamente a la Iglesia, pues cuando los seglares observan con fidelidad la Ley de Dios que les ha sido prescrita, la adornan con grandeza: envuelven en muchos abrazos al Señor cuando obedecen con sincera humildad y devoción a sus maestros, cuando con limosnas y vigilias, abstinencia y, también, viudez, y otras buenas obras que son de Dios castigan sus cuerpos por amor a Él. Bienamados Míos son, pues, cuantos guardan la Ley a ellos prescrita según Mi voluntad.

24. *De los casados que deseen emprender este camino*

Pero mira, si alguno de entre estos quiere llevar el yugo de Mi libertad en la renuncia a lo mundano, acuda presuroso a Mí, salvo que se encuentre atado a la alianza carnal, vínculo que no soltará temerariamente si no es con la aquiescencia de su consorte. ¿Cómo? Ni el marido abandonará a la mujer ni la mujer al marido con este designio si no es voluntad de ambos; así que reflexionen, si esta es su intención, a fin de que ambos permanezcan en el mundo o se aparten de él, pues es imposible que el cuerpo de un hombre se mantenga íntegro si conserva un pie pero el otro le es amputado. Por tanto, no es conveniente que el marido arraigue en el mundo y su mujer se aleje de él, o que la mujer habite en el mundo y su marido lo rehúya, si quieren alcanzar el esplendor en la vida celestial; mira que si hicieran esto, indiscreta y neciamente, no se llamará oblación sino rapiña. Así pues, que los unidos por vínculo legal en la alianza de la carne vivan juntos en concordia y no se separen insensatamente uno de otro, sin mutuo acuerdo y sin la concesión o venia de la potestad eclesiástica, como, una vez más, está escrito en el Evangelio:

25. *Palabras del Evangelio*

«Lo que Dios unió no lo separe el hombre»[9]. ¿Qué quiere decir esto? Cuando Dios creó el genero humano, tomó carne de la carne, haciéndolas una sola en un vínculo fundado de modo que no pudieran separarse entre sí precipitadamente. ¿Cómo? Porque tal es la alianza entre varón y mujer que, mediante una ceremonia legal, la carne se unirá a la carne y la sangre a la sangre, así que no podrán

9. Mateo 19,6.

desligarse por necia premura, a no ser que, por una causa justa o una devoción fundada, ambos rompan el vínculo; pues el Señor dispuso amorosamente en el secreto de Su sabiduría esta unión de marido y mujer para la propagación de los hombres. Y, por cuanto Él ha fundado tan justamente esta unión, que el necio capricho humano no la separe en sus dos términos, y que ni el uno ni el otro lleven la dote de su sangre a un lugar extraño; mira que así como Dios prescribió que el hombre no mate al hombre, también ordenó que no desarraigue su sangre, por la cruel fornicación, del lugar que le corresponde.

Por tanto, reprima el hombre el ardor de su concupiscencia, no avive con su incendio otro fuego; porque si una ardiente voluntad recibe el crepitar de otra con su abrasadora apetencia —provenga de varón o de mujer—, ambas se fundirán verdaderamente en una sola, por el deseo del alma de esta y el gustoso abrazo del corazón de aquella. Pues lo que el ojo exterior ve, aviva la brasa interior hasta hacerla incendio. Y aunque uno de los cuerpos no cometa pecado con el otro, su vivo deseo prenderá en ellos la obra del ardor, y la conciencia de la misma estremecerá sus entrañas todas. Sean, por tanto, celosamente custodiadas las murallas del hombre exterior para que el hombre interior no resulte herido por fútil imprudencia.

26. *Las instituciones eclesiásticas consolidan la Iglesia*

Y viste cómo *estos tres halos se dilataron más y más en torno a la imagen*: porque, en honor de la Trinidad Suprema, estas tres instituciones referidas por doquier rodean prodigiosamente a la venturosa Iglesia y la afianzan extendiendo su floreciente viña, difundiendo su bienaventurada lozanía. Por eso *iluminaron los numerosos peldaños y escalinatas, hermosa y perfectamente ordenados dentro de ella*: estas son las distintas órdenes de hombres seglares y espirituales por las que la Iglesia, apacentando a sus hijos con dulce reverencia en las buenas obras y el ejercicio de la virtud, los conduce a lo celestial. ¿Cómo? Al despreciar lo terreno y amar lo celeste. ¿Qué quiere decir esto? Que fielmente cumplen, con divino amor, los preceptos de la Ley establecidos para ellos.

27. *Todas las órdenes han de mantener la concordia*

Así como en las Tres Personas hay un solo Dios, en estas tres órdenes hay una sola Iglesia, cuyo fundador es Aquel que siembra

todo lo bueno. Pues todo cuanto no haya plantado su mano caerá; y la orden que Él no haya instituido, en aciago error sucumbirá. ¿Cómo? No ha plantado la mano del Señor a esos que tratan de encumbrarse, henchidos de soberbia, a lo más alto y no quieren someterse a sus superiores. Mira, esto ocurre cuando una orden menor intenta ensalzarse sobre otra mayor, fundada según Mi voluntad en el antiguo consejo de los patriarcas, y cuando algunos, ostentando signos discordantes en sus vestidos, quieren gloriarse conforme a su peculiar proceder, tal cual les dicta su desatino, como si los ángeles pretendieran exaltarse por encima de los arcángeles. ¿Qué resultará entonces? Como nada y vacío serán cuantos traten de dividir con sus vanidades las órdenes rectamente fundadas por la mano del Señor. Mas esto no debe ocurrir.

Como tampoco conviene que Me invoquen los que, en su insensato desvarío, siempre hacen de lo nuevo su designio, incapaces de discernir con su ciencia lo que en sus corazones son, reacios a recorrer la bien trillada senda, la tierra bien arada de los antiguos padres, que el Espíritu Santo les inspiró. Muchos de estos envilecen con su infatuada soberbia las órdenes establecidas que la Iglesia recibió de los patriarcas: innúmeros cismas promueven con sus instituciones antagónicas. Mira que, errando en sus divagaciones, pretenden ser tenidos por árboles con fruto, pero ni siquiera merecen llamarse cañas vacías, según mostró Mi bienamado Juan, hablando del que, marchito en la tibieza, será aventado, como está escrito:

28. *Palabras de Juan*

«Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Ahora bien, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca»[10]. ¿Qué quiere decir esto? Oh necio, que en tu oprobio te marchitas, Yo, conocedor de todos los secretos, con sabio ojo veo las obras de tu veleidad: no has apartado definitivamente tu mano del ardor del alumbrante fuego, ni la llevaste lejos del hielo de la yerta rigidez. ¿Cómo? No eres del todo frío en el mal, ni del todo caliente en el bien: de uno a otro te cimbreas en la zozobra de tu corazón, cual viento tibio, y en ninguno sabes quién eres; mira que ni del mal las merecidas penas, ni del bien la justa recompensa consideras. ¿Cómo? Tan honda sima contemplas, que no le hallarás fondo, y tan alta cumbre ansías, que no podrás coronarla.

10. Apocalipsis 3,15-16.

Oh, cuánto mejor no hubiera sido saberte un siervo inútil y un pecador antes que aletargarte en la tibieza, donde apenas vislumbras la justicia. Pues si te alejaras del bien, te reconocerías pecador, y si del mal te apartaras, tendrías alguna esperanza de vida. En cambio, ahora eres cual viento tibio: ni humedad ni calor brindas a los frutos. Eres, en verdad, de los que empiezan y no terminan: acaricias al principio el bien, pero no lo apacientas hasta la sazón, como brisa que roza la boca del hombre y no el alimento que entra en su cuerpo. ¿Qué es, pues, más valioso, el vano estrépito o la obra plena? La obra plena es, sin duda, mejor que el vano estrépito.

Trabaja, pues, en el silencio de la humildad, no te ensalces con soberbia, porque quien rechace la santa compañía de cuantos con dulce obsequio Me aman y quiera emprender con enardecida jactancia lo que desdeña realizar con suave mansedumbre, será tenido por nada.

Mira que si, en un comienzo de rectitud, intentas entrar en la fuerza de Mis palabras, que brindan el alimento a los fieles, y luego en ellas te aletargas y no muestras la dulzura de la justicia hacia tu prójimo, denigrándote todavía más, iré y, a Mi vez, te arrojaré por tu indolente tibieza: con esta fuerza de Mis palabras te aventaré; porque tus obras no saben a dulzura, no anhelas la jubilosa bienvenida del corazón. Y, así arrojado, te hollarán como alimento insulso que, por ser tibio, el hombre vomita de su boca antes de que lo reciba su cuerpo. Pero ¿y ahora, qué?

Vuelan los vientos y resuena su fragor, mas no florecen ni retoñan las raíces. Pues cuantos debían estar bajo Mi yugo se han envilecido y no caminan según Mi enseñanza. ¿Qué quiere decir esto? Vagan fuera de la recta senda, muchos inútiles tabernáculos se han hecho. No habita, pues, en estos hombres fervor alguno por la justicia, sino que, aletargada el alma, no arden en la Ley establecida para ellos, ni siguen los pasos de sus padres, que les precedieron; mas he aquí que cada uno de ellos siembra en su corazón una rareza, según su arbitrio se dicta leyes y, así, rumbo a sus ensoñaciones, con las alas de su terrible veleidad y alentado por la soberbia, remonta el vuelo. Y como no siguen la recta alianza de sus padres, siempre sin fundamento ni temple, errantes van meciéndose a su antojo de aquí a allá, en el vaivén de su zozobra.

29. *Comparación con los menestrales*

Por eso los comparo con unos insensatos menestrales que, al levantar un gran edificio, no siguen los prudentes consejos de otros

obreros diestros en el manejo de muchos instrumentos, probados por su larga experiencia, buenos conocedores de todas las normas de la construcción, que disponen con acierto de sus herramientas; en cambio aquellos, ignorantes y fatuos, confían en sí mismos, creyendo ser más sabios que los demás. Y su edificio, así alzado, se moverá con las tempestades, y el viento lo desmoronará: porque no está erigido sobre roca, sino sobre arena.

De este modo actúan cuantos, por su soberbia, confían en sí mismos: queriendo parecer más prudentes que los antiguos Padres, no desean caminar según su alianza, sino que se dictan leyes a su arbitrio, levantándolas sobre aciaga zozobra; por eso las tentaciones del Demonio los arrastran muchas veces al pecado, porque no se fundamentan en Cristo, sino en sus tornadizas costumbres.

30. *A los humildes les bastará la alianza de sus predecesores*

Así pues, para que el arrebato de la soberbia no ahuyente la inspiración del Espíritu Santo, que ilustró a los antiguos Padres, quiero que el hombre fiel se avenga con humildad a lo que le establecieron sus predecesores, no sea que al desear vanamente más de cuanto, con humildad, debe, luego se entibie cuando tenga que retroceder, y el rubor de la confusión le cubra, como está escrito en el Evangelio:

31. *Palabras del Evangelio*

«Cuando seas convidado por alguien a una boda, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya sido convidado por él otro más distinguido que tú, y viniendo el que os convidó a ti y a él, te diga: "Deja el sitio a este", y entonces vayas a ocupar avergonzado el último puesto»[11]. ¿Qué quiere decir esto? Cuando, por tus fieles obras, la inspiración celestial te llame para que acudas al tabernáculo donde se celebran sin cesar las bodas de la vida, donde abunda el júbilo y eternamente se festeja la pureza, el honor y la santificación de la rama virginal y la bienaventurada madre Iglesia, allí donde no hay desaliento porque ni se marchitan, ni se anublan, ni se agostan la semilla o la flor, inclina entonces tu corazón en la humildad, no lo ensalces con soberbia. ¿Cómo?

Cuando, por amor a Dios, hayas arrojado de tu cuerpo lo terreno, ascenderás como bellísima flor que en la Jerusalén Celestial

11. Lucas 14,8-9.

siempre lozana florece con el Hijo de Dios, en Quien aparecen todos los adornos de las almas; mira que el hombre viejo engendra todas las abominaciones humanas, pero el hombre nuevo edifica toda la santidad de la virtud. Cuando llegues, pues, a esta santificación, avergüénzate de imitar, por apetito de vanagloria, a la antigua serpiente, que se desterró ella misma del lugar de la bienaventuranza. ¿Qué quiere decir esto? Si ves a otro más esplendoroso que tú, no te alces, enardecido el corazón, sobre él, diciendo: «Quiero ser superior o igual que este». Si así te exaltas, ¿acaso serías, entonces, un siervo fiel, provocando la ira del Señor al oponerte a Él? Pues si al ver que otro tiene talentos más poderosos que los tuyos, por envidia le escarneces, no estarás caminando por la senda llana, sino errando en los desvíos.

Procura, pues, servir humildemente al Señor, no te embriague la soberbia, ni con vanos sueños de grandeza te ensalces por encima de quien, en justicia, brilla con mayor anhelo de vida eterna que tú y, por su fervor celestial, ha sido convidado a las alturas de la bienaventuranza por Él, que se muestra misericordioso para con todos los que aman la verdad; no sea que viniendo con Su sabio ojo Aquel que, por santa inspiración, os convidó, a ti con el obsequio de la humildad y al otro con la dádiva del amor, te juzgue con Su recto juicio diciéndote: «Tú, que te has ensalzado con inflamada soberbia a un lugar que no te corresponde, abandona tu vanagloria y deja, por obediencia, a este bienamado Mío la cumbre de honor que temerariamente le has arrebatado». ¿Qué será de ti entonces?

Mira, si fueras así degradado, irías a ocupar el último puesto de la abyección, sintiendo la angustia de la desolación y la tristeza y, abatido, abominarías de ti mismo, porque el Pastor de las almas te habrá despojado del honor ajeno que arrebataste con argucias cuando te opusiste a Él, pretendiendo apoderarte temerariamente de lo que no te correspondía; ah, entonces se te quitará lo que quisiste tener, y lo que no quisiste se te dará. Así también, cuando una orden menor se ensalce sobre otra mayor, por justo juicio Mío caerá abatida, pues no quiero ante Mis ojos la soberbia sino postrada en la confusión. Porque si una sierva se exalta por encima de su ama, tanto más la despreciarán cuantos la vean, ya que ha intentado ser lo que no debió desear.

32. *El Evangelio, sobre cuantos hacen leyes según su corazón*

Así pues, quienes se hacen leyes para sí mismos según su corazón sin buscar, por tanto, Mi voluntad, antes llegarán con ello a la

penuria que a la sazón, como de nuevo testimonia Mi Hijo en el Evangelio, diciendo: «Toda planta que no haya plantado mi Padre celestial será arrancada de raíz»[12]. ¿Qué quiere decir esto? Toda semilla de la ciencia del corazón, de la mente y de las costumbres que brote en la lozanía de la vida humana cuando el hombre la siembre dentro de sí, y a la que después fomente con su pasión y le haga dar frutos allí donde su voluntad le dicte —haciéndole medrar ya sea en la exaltación del espíritu, o en la arrogancia de la carne, o en la desmesura de los vicios, o en el subterfugio, o en la veleidad—, planta por la que suba y baje imprudentemente en sus devaneos sin discernir nunca dónde arraiga —sin querer saber si es útil o inútil— será, en verdad, arrancada por justo juicio: porque esta siembra que da semejantes frutos no la ha plantado el Padre que habita en los cielos y en toda la justicia. Y, erradicada, se secará; pues no florece con el rocío del cielo, sino con la savia de la carne. ¿Cómo? Porque el hombre la ha plantado según su insensata ciencia, sin querer contemplar la justicia ni la voluntad de su Creador, sino mirando al que siempre mueve infatigable la rueda de su carne.

Pues lo que en ocasiones consideran bueno cuantos, engañado el corazón, no quieren fijar profundamente sus ojos en el Señor, irá a la ruina si no lo aviva el aliento del Espíritu Santo, porque como vanagloria pasará. Mira que cuando los hombres son fatuos, ya sea desmayados por el hastío, ya sea instigados por la sed de gloria, muchas veces se ensalzarán con soberbia, subterfugios y ánimo envidioso, y, otras muchas, la inquietud, la ira y la rebelión contra las instituciones que dimanan de Mí los desgarrarán, y se ocultarán unos a otros los bienes que medran, no en la yerta tibieza, sino en el ardiente deseo de progresar día a día.

Porque cuanto de Mí fluye brinda al alma dulce y suave sabor y siempre avanza perseverante, sin mirar atrás con incertidumbre. Dichoso, pues, aquel que, confiando en Mí, libre su esperanza, desde el principio hasta el fin de sus obras, no en sí mismo sino en Mí. El que así obre, jamás caerá; pero quien quiera subsistir sin Mí, irá a la ruina. ¿Y quiénes son estos? Los que por vanagloria siembran en sus corazones lo inaudito, los que, sintiendo hastío bajo Mis preceptos, en sí mismos confían. Ah, mas no serán escarnecidos Mis dones como un viejo vestido, enojoso a juicio de los hombres: mira que son, en su sencillez, siempre nuevos, y cuanto más antiguos, más valiosos.

Por tanto, todo lo que los hombres conciban sin inspiración Mía, en la vanidad de sus costumbres, por sus fatuos afanes será aventa-

12. Mateo 15,13.

do; y aunque, a veces, parezca subsistir en presencia de los hombres, de Mis ojos lo apartaré y lo tendré por nada, como, de nuevo, está escrito en el Evangelio:

33. *De nuevo, palabras del Evangelio*

«Dejadlos: son ciegos que guían a ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, los dos caerán en el hoyo»[13]. ¿Qué quiere decir esto? Dejad que los malvados de obra en su maldad se desvanezcan, que no quieren enmendarse en la rectitud del bien. Mira que, según su estimación, se llaman justos, y vanas son sus obras: ciegos se han vuelto por esta ligereza suya, pues desdeñan recorrer la senda de justicia y proponen el camino del oprobio antes que el de la verdad a cuantos corren tras ellos en el mal. ¡No brilla en estos la mirada de la rectitud!, justos se creen e inicuos son, pues enseñan a cuantos ignoran la senda de la verdadera doctrina el desvío de la falsa justicia: en el hoyo del desaliento caerán todos, que ni los unos ni los otros saben dónde van.

34. *Dios se venga de estos vanidosos plantadores*

Mira que, a veces, lleno de ira arranco de raíz las plantas de esta locura ante la faz de los hombres, mientras tácitamente permito, en la mesura de Mi clarividente ojo, que otras subsistan en su presencia: pero he aquí que Me vengaré de ellas en el porvenir, según la ponderación de Mi justo juicio. Aprended, pues, de esto: que luche el hombre fiel por ascender a la cumbre de la virtud y no por bajar a la sima de lo mundano. ¿Cómo?

35. *Cumple ascender, pero no descender*

Quien se halle en un grado inferior podrá ascender a otro superior, pero el que esté en el superior no deberá descender al inferior. ¿Qué quiere decir esto? Mira: es posible que los condes lleguen a duques, y los duques, a reyes; no conviene, en cambio, que los reyes desciendan a duques, ni los duques, a condes. Pues si los reyes se

13. Mateo 15,14.

subyugaran a los duques o los duques se sometieran a los condes, todo el pueblo exclamaría «bah», y se reiría de ellos.

Así pues, los seglares podrán ascender a la senda de los ungidores, y estos, unirse a los aromáticos, que se han comprometido en el camino de la secreta renovación; no conviene, en cambio, que los aromáticos pasen a ungidores, ni los ungidores a seglares. Pues si los aromáticos volvieran la vista atrás, hacia los ungidores, o los ungidores descendieran a seglares, las almas de los justos dirían de ellos: «Ay, ay, ay», y serían abyección ante Mi faz, a no ser que con digna penitencia se enmendaran; porque si lo superior declina en inferior, ambos serán destruidos.

Así les ocurrirá a cuantos abandonen su recta senda y regresen atrás. Porque quien se revista de Mi Hijo, ¿de qué otro hijo semejante podrá revestirse? De ninguno, en verdad que de ninguno. Exultad, en cambio, en vuestro Padre, que muchas veces veo en lo pequeño lo grande, y en lo grande descubro lo pequeño: mirad que la soberbia caerá y la humildad será ensalzada.

36. *Ejemplo de las almas y los ángeles*

Mantened, por tanto, la paz, el amor y la humildad entre vosotros, como las almas de los justos con los ángeles, y los ángeles con los arcángeles. Pues las almas de los justos no envidian la dignidad de los ángeles, ni los ángeles desprecian la gloria de los arcángeles. ¿Qué quiere decir esto? Los arcángeles anuncian lo extraordinario en ocasiones extraordinarias; los ángeles, nuevas menores, ante vicisitudes corrientes, y el pueblo fiel obedece con humildad. Así pues: cumpla cada cual fielmente su oficio. ¿Cómo?

Que cuando sobrevenga una ocasión de extraordinaria necesidad en la Iglesia, los aromáticos, consagrados al camino de la secreta renovación, aporten, como los arcángeles, su imprescindible ayuda; que los ungidores afronten con firme denuedo, igual que los ángeles, los apuros corrientes que surjan durante el desempeño habitual de sus tareas en el templo; y que los hombres que aspiran a alcanzar la suprema bienaventuranza escuchen fielmente sus palabras. ¿Cómo?

37. *El grano, la fruta y la carne*

Los aromáticos—comprometidos en el camino de la secreta renovación— son como el grano, seco y sólido manjar de los hom-

bres: así es también este pueblo Mío, áspero y duro frente al jugoso gusto de lo mundano. Los ungidores son cual fruta que brinda dulce sabor al paladar de cuantos la toman, igual que estos son, por el provecho de su oficio, suaves para los hombres. Y a los seglares comunes los estimo como la carne, en la que se encuentra, asimismo, la de los castos pájaros: porque los que viven en el mundo según la carne engendran hijos, y entre ellos, sin embargo, hallarás también a los seguidores de la castidad, las viudas y cuantos se abstienen, que hacia los deseos celestiales vuelan por su afán de buena virtud.

38. *Estas tres instituciones eclesiásticas emprenden dos camino*

Estas órdenes de la institución eclesiástica recorren dos caminos distintos. ¿Cuáles? Espirituales y seculares. ¿Cómo son? Como el día y la noche. ¿Qué quiere decir esto? Los espirituales son como el día y los seculares, como la noche, habitando en la vida temporal de los hombres. ¿Por qué? El día alberga la claridad del sol y la serenidad del aire luminoso, imagen de cómo el pueblo espiritual comprende la orden de los aromáticos —comprometidos en el camino de la secreta renovación— y la orden de los ungidores. La noche, en cambio, posee la luz de la luna con las estrellas, y la oscuridad de las lóbregas sombras: reflejo de que el pueblo secular abarca a los justos, radiantes en sus obras, y a los pecadores, atenazados bajo las tinieblas de sus culpas. Pero que quien abandone la noche secular y, por amor a la vida, se convierta al día espiritual, persevere en este acto suyo, no vaya a claudicar semejándose al viejo Adán, que quebrantó el precepto de la vida y fue arrojado a las tribulaciones del mundo.

Por tanto, que ninguno se apresure en apartarse del mundo y entre audazmente, por propia voluntad, en alianza Conmigo, sin haberse curtido antes con duras pruebas: no quiero que quien haya cogido a Mi Hijo por la túnica, Le abandone. Pues el que se ha revestido de Su Encarnación y ha recibido Su cruz en las manos ¿acaso es justo que desprecie a su Señor? En modo alguno. Entonces, escucha:

39. *Todo hombre cumplirá los votos que me haga*

Si un hombre se ha confesado por voluntad de su corazón y pronunciado los votos con la devoción de su alma para llevar Mi

yugo, abandonando lo mundano, y luego recibe, con ese afán de sus entrañas, por deseo de su anhelante alma, el signo de la religión como sazón de su justo propósito, persevere en él, no sea que si después claudica, con el desdén de la porfía en el mal, caiga sobre él la condena de un severo juicio. ¿Qué quiere decir esto? Habrá escarnecido a Aquel cuyo signo él mismo aceptó y lo habrá conculcado, como lo despreciaron los judíos cuando, en el desatino de su impiedad, Le atormentaron en la cruz. Pues así como los judíos no temieron por su crimen, tampoco este se espanta al rechazar, junto con su voto, la Pasión. Mira que el hombre deberá cumplir los votos que Me haga, como testimonia David cuando dice:

40. *Palabras de David*

«Con holocaustos entraré en tu Casa, te cumpliré mis votos, los que abrieron mis labios»[14]. ¿Qué quiere decir esto? Con la intención de obrar el bien y la justicia entraré, oh mi Señor, en la Casa de Tus santos dones: el lecho del deleite dejaré, lleno de ardiente anhelo, pues nada es más dulce para mí que en pos de Ti suspirar, oh Creador de todo. Así Te cumpliré mis votos que, abriendo mis labios, pronunció mi alma; porque quiero llevar a cabo lo que otrora Te prometí, Justo Juez, en mi ferviente deseo: encaminar a Ti mis obras, mira que neciamente he pecado. Pero ahora ansío regresar junto a Ti, apartarme del mal y hacer el bien; pues la razón y el entendimiento que en mí arden antes buscan en pos de Ti suspirar, Dios vivo, por sendas de penitencia verdadera, que seguir al Demonio por los desvíos de la engañosa rebeldía.

Por tanto, oh hombre, cuando así Me prometas tu corazón, medita cómo lo cumplirás prudentemente. Pues Mi ojo ve con clarividencia cuanto Me dice la voluntad humana. Y reclamaré inexorablemente todo lo que Me pertenezca.

Entonces, oh necios y más que necios, ¿para qué os imponéis tamaña carga pensando que os será fácil apartar la voluntad de la carne? Mirad: la Ley a vosotros entregada, que dimana de Mis preceptos, no os conmina a que abandonéis el mundo si antes no os habéis curtido con tantas fatigas que podáis embridar las apetencias de vuestra carne.

14. Salmos 66(65),13-14.

41. *Los que se asemejan a Balaam*

Ah, pero sois cual viento tibio: sopla en vuestros corazones la vanagloria y, entonces, ante cualquier tribulación, clamáis así: «No quiero seguir penando en este mundo, sino huir pronto de él. ¿Para qué consumirme en esta vana fatiga?». Y cuando os decís esto, creéis que se cumplirá tal como imagináis. Muchos son, en verdad, los que con zozobrante ánimo Me buscan, así que sólo por fuera llevan el signo de la religión, no Me miran con ojos diáfanos, ni criban sus corazones con sencillez en la verdadera enseñanza para saber cómo escapar del Demonio que los ronda ansiando devorarlos, igual que huye la paloma, viendo en el agua clara al ave rapaz que quiere atraparla. He aquí que estos no esquivan a Satanás cuando lo ven acercarse en los escritos de las doctrinas, sino que, en el repentino letargo que la ceguera de sus mentes les induce, cual viento tibio vuelan a Mí.

Mira que algunos entran en el camino espiritual de la religión sin renunciar a su voluntad, sino sólo a sus hábitos seculares, pues han conocido muchas tribulaciones y penurias en el mundo, pero no riquezas; así que lo abandonan por no haber conseguido lo que deseaban. Otros, en cambio, son necios y fatuos a ojos de los hombres, que los desprecian, y no saben dominarse a sí mismos; por eso se alejan del mundo: por este escarnio. Y hay algunos que, ahítos sus cuerpos de quebranto y de dolor, fatigados en su dura lucha contra estas calamidades, se retiran desvalidos del mundo, no por Mi causa, sino buscando un suave alivio que su tormento apacigue. Otros padecen tantas angustias y opresiones de sus amos carnales, a los que están subyugados, que se apartan del mundo por temor a ellos, no con el fin de obedecer Mis preceptos, mas para librarse de la potestad de sus señores.

Y todos estos acuden al camino espiritual de la religión, no por amor celestial, sino por las tribulaciones terrenales que soportan, sin considerar si soy delicioso o insípido, dulce o amargo, morador del Cielo o de la tierra. ¿Qué quiere decir esto? No advierten ni el condimento ni la dulzura de las Escrituras, ni observan cómo habito en los corazones de cuantos buscan el Cielo; y pues no quieren mirar todo esto, ni Me temen, y caminan según su voluntad, son extraños para Mí, y fugitivos serán llamados.

Así que no diré de ellos: han abandonado el mundo para venir a Mí; sino que, en esto, son culpables de temer al siervo y despreciar al Señor; pues persiguen lo temporal y no Me honran, por eso se dice de ellos que son pusilánimes ante lo ínfimo y audaces ante lo

grande. Luego se asemejan a Balaam que, viendo al valiente pueblo de Israel en sus tiendas, fingió que deseaba compartir su destino, cuando exclamó:

42. *Ejemplo de Balaam*

«Muera mi alma con la muerte de los justos, sea mi paradero como el suyo»[15]. ¿Qué quiere decir esto? Cuando a veces, entre suspiros del alma, el hombre se siente movido a emprender obras de justicia, gime anhelándolas con desbordante afán y dice así en su corazón: «Malhadada esta criatura que soy: funestos pecados, pesadas cadenas me atenazan. Pero ilíbrese mi alma de las apetencias carnales, abandone toda la desdicha de la iniquidad, mortifíquese con la atrición de los justos y en la morada del bien permanezca: pues he aquí lo que ahora vivamente deseo! ¿Cómo? Que, en mis rectas obras, sea mi paradero como el de quienes cumplen la justicia de Dios para que el fin de mis buenos actos se avenga con el inicio de su justa intención». Pero si el hombre que así habla en su corazón vuelve, una vez transcurrido el tiempo de los suspiros, a la iniquidad, inflamado por las tentaciones de los espíritus malignos, vencido por la concupiscencia de la carne, habrá hecho como Balaam, a quien engañó su malvada codicia. ¿Cómo? Balaam terminó alcanzado por la discordia por la que quiso, al principio, maldecir a Mi pueblo, cuando Yo le hice frente con Mi ángel y su propio asno y, en Mi ira, le llevé a ensalzarlo con las palabras de bendición que puse en su boca: pues, luego de querer semejarse al pueblo de Israel a la hora de morir, tornó a la enemistad primera y, mediante la idolatría, dispersó a este pueblo con su consejo[16], pagado por la muerte, como había prometido diciendo:

«Ahora, pues, que me marcho a mi pueblo, ven, que te voy a anunciar lo que hará este pueblo al cabo del tiempo»[17]. ¿Qué quiere decir esto? Ahora que me marcho por el camino de mis deseos a mi patria del deleite carnal, vuelvo a la concupiscencia que al principio conocí. ¿Cómo? Porque sé lo que soy en mi carne y afanosamente la

15. Números 23,10.

16. Este pasaje se fundamenta en los varios sentidos de la palabra «consejo» que figura, en Vulgata, en boca de Balaam — «te voy a dar un consejo»—, refiriéndose aquí al anuncio o augurio de una calamidad futura —la idolatría de Baal de Peor— y a un designio o propósito cuyo cumplimiento desencadena el propio Balaam con su «consejo»; la autora sigue la tradición que considera a Balaam un fingidor. (*N. de los T.*)

17. Números 24,14.

sirvo; por eso ven, oh hombre, ansioso de estos placeres, que yo, imbuido de sus causas, te voy a enseñar en el secreto de mi corazón el estímulo de tus deseos: mira que voy a cautivarte, con el soplo del goce avivaré el fuego de tu pasión, y cuando reconozcas los venerables deleites terrenales que en tu corazón florecen, extinguirás aquel ardiente afán, tu anterior anhelo de eso que llaman obras santas, y lo apagarás y, llegado el tiempo, lo abandonarás como si nunca lo hubieras sentido.

Por tanto, oh hombre, como Balaam que, al principio, con recto anhelo miraba hacia los Cielos, mas luego se inclinó a los falsos deleites, así actúan cuantos Me buscan con fingimientos: cuando ven a los que han abandonado en verdad el mundo caminar con sencillez y perseverar sincera y loablemente en su angosta y bienaventurada senda, los ensalzan diciendo que son gallardos y dulces y, al instante, en repentino arrebato, quieren emprender la misma vida, deseando compartir su paradero. Pero después de unirse a ellos, como Balaam al contemplar al pueblo israelita, la antigua maldad que arraigó en sus corazones mientras se hallaban en el mundo vuelve a llamarlos, reiterada, a las apetencias de la carne que ya antes les sojuzgaban. Por eso, así cautivados, envenenan Mi rebaño de elegidos con su ponzoña y su adversidad, lo atribulan con tempestades, con sus viles consejos lo dispersan. Porque cuando engañosamente se alejaron del mundo, no invocaron en sus oraciones Mi auxilio, ni Me preguntaron, al probar sus cuerpos, si podrían perseverar o no en este designio; les dejo, pues, que aprendan en qué les ayuda su propia voluntad cuando en sí mismos confían.

Ah, cuán necios, cuán yermos son, páramos sin labranza de la Ley de Dios, pedregales sin el verdor de Su palabra: no inquirieron qué debían hacer al entrar en la angosta senda, como se provee la buena tierra cuando brinda un fruto útil. Que escuchen, pues, estas palabras: «Oh hombre, mientras hoy ardías vorazmente en las apetencias de tu carne, horno abrasador, ¿quién te dio la brisa para que pudieras escapar del gran incendio de tu frenesí?».

43. *Quien no cumpla sus votos, irá a la ruina*

En verdad te digo: que quien quiera emprender esta senda, mire con sus ojos interiores cómo empezarla por Mí y con Mi ayuda cumplirla, no sea que si comienza neciamente y luego claudica, vaya a la ruina, como aquel viejo enemigo que, confiando en sí mismo, fue abatido por Mi ardiente cólera. Así también serán aventados estos

que, sin respetarse ni a ellos mismos ni a Mí, en el arrebato de su enardecida soberbia se revistan de la Pasión de Mi Hijo y después la rechacen, abrumados porque les desborda. Por tanto, que cuantos la lleven sobre sí, miren por amarla, como exhorta el profeta Jeremías, inspirado por el Espíritu Santo, cuando dice:

44. *Palabras de Jeremías*

«Vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante al dolor que me atormenta, porque el Señor me ha vendimiado, como anunció el día de su ardiente cólera»[18]. ¿Qué quiere decir esto? Oh vosotros, todos los que abandonáis las sendas de iniquidad, que pasáis, en pos de lo espiritual, desasidos de lo mundano, por el camino que es la verdad y la vida, y soy Yo el Hijo de Dios, mirad al empezar el bien, no olvidéis Mi dolor cuando abracéis Mi Pasión y ved, por el cumplimiento de la justicia, si el quebranto que por amor a Mí os infligís es semejante a Mi dolor. ¿Cómo?

Perseverad sin desfallecer hasta el buen fin en estos tormentos que por Mí soportáis, igual que perseveré Yo en Mi dolor hasta morir por vosotros: pues fui vendimiado y conculcado en la Pasión de la cruz, como uva hollada en el lagar, para que comierais Mi cuerpo y bebierais Mi sangre, según anunció, en la presciencia de Su clarividente ojo, el Señor de los cielos y la tierra el día en que Adán abandonó la vida y a la muerte se abrazó; entonces Mi Padre celestial previó que, a través de Mí, Su Hijo, que, encarnado de una Virgen, Me enfrentaría al Demonio con la poderosa fuerza de la justicia, vencería Él al antiguo seductor y liberaría al género humano bajo el escudo del auxilio supremo, hacia el ocaso de los tiempos. Por tanto, que todo aquel que, sea cual sea su sexo o edad, se revista de la Pasión de Cristo, mire por conservarla con perseverancia, pues si, preso en el error de su apatía, la rechaza, cuando quiera luego volver a emprenderla, no podrá encontrarla.

45. *Sobre la entrada de los niños en el camino sagrado*

Así pues, que cuantos quieran entregar sus hijos a esta Pasión en el camino de la humildad, no lo hagan imprudentemente, con irreflexivo arrebato, sino ponderándolo con sabiduría y discernimien-

18. Lamentaciones 1,12. (Último verso, según Vulgata.)

to, no les fuercen a padecer, sin el consenso de su voluntad, lo que ni ellos mismos podrían soportar. ¿Cómo?

Si me ofreces tu hijo cuando aún no posee juicio ni entendimiento, sino cuando su sentido yace todavía en el letargo de la niñez, así que me lo entregas sin estimar su voluntad ni su consenso, entonces no habrás hecho bien al ofrendarme de este modo un carnero. ¿Cómo? Si un hombre quiere sacrificar un carnero en Mi altar y no ata sus cuernos con sólidas cuerdas, ese carnero escapará sin duda. Así ocurrirá también si un padre o una madre entregan su hijo —el carnero— a Mi servicio, sin considerar prudentemente su voluntad —los cuernos del carnero—, ni con diligente cuidado, ni con ruegos, ni con súplicas, ni con celosas exhortaciones —las cuerdas que lo sujetaran—, pues es mediante todo esto como ha de suscitarse en un niño la avenencia de su buena voluntad: si no es examinado con estas pruebas, su cuerpo o su espíritu ciertamente huirán, a no ser que el Señor lo guarde en Sus maravillas.

Pero si, pese a todo, tú, oh hombre, encierras a este niño en una reclusión corporal tan severa que no pueda librarse de la presión de su reacia voluntad, se presentará, marchitos los frutos todos de su cuerpo y de su alma, como erial ante Mi faz, por la prisión que le ha sido —sin su consentimiento— injustamente impuesta. Entonces, oh hombre, autor de sus ataduras, te diré así:

46. *Ejemplo del campo*

Tuve en Mi poder un verde campo. ¿Acaso te lo entregué, oh hombre, para que plantaras en él lo que quisieras? Y si lo sembraras, ¿podrías, quizá, obtener fruto? No. Porque ni el rocío brindas tú, ni la lluvia derramas, ni haces fluir la humedad que reverdece, ni del ardor del sol traes su cálida caricia: mas he aquí que por todo esto es como ha de germinar el buen fruto. Así también: sembrarás la palabra en el oído humano, pero en su corazón, que es Mi campo, no podrás derramar el rocío del arrepentimiento, ni la lluvia de las lágrimas, ni la lozanía de la devoción, ni el cálido aliento del Espíritu Santo, y sin embargo, es por todo esto como ha de brotar el fruto de la santidad.

Y ¿cómo te has atrevido, entonces, a gobernar a este niño, dedicado y consagrado a Mí en el bautismo, tan temerariamente que lo entregas sin su voluntad a la atadura de un durísimo cautiverio imponiéndole Mi yugo y, así, ni se agosta ni florece, ni muerto ni vivo está, pues, para el mundo? ¿Por qué le has oprimido tanto que para

nada vale? Pero que obre Yo un milagro para confortarle a fin de que permanezca en la vida espiritual, no corresponde al hombre escrutarlo; pues no quiero que sus padres pequen en su oblación, ofreciéndomelo sin su voluntad.

Por tanto, que si alguno, padre o madre, quiere entregar su hijo a Mi servicio, antes de presentármelo diga: «Prometo al Señor custodiar a mi hijo con sabiduría hasta que alcance la edad del entendimiento, suplicándole, rogándole, exhortándole para que permanezca con devoción al servicio de Dios. Y si consiente, lo ofreceré presuroso al culto del Señor, pero si no, sea yo inocente a los ojos de Su majestad».

Y si los padres del niño lo custodian así hasta que alcance la edad del entendimiento, pero luego su hijo renuncia y no quiere consentir, que no Me lo ofrezcan, entonces, sin su voluntad —pues ya han demostrado su devoción, a través de él, cuanto les ha sido posible—, ni le fuercen a entrar en esta servidumbre que ellos mismos no desean soportar ni cumplir.

47. *Los que aparten a otros del culto a Dios, cometen sacrilegio*

Pero el que con devoto ánimo desee libremente someterse a Mí, sea exhortado con fervor a cumplirlo, no le disuada de su buena intención el odio de algún alma malvada. Mira que si alguien apartara de su designio a quien quiere seguirme, cometerá sacrilegio: habrá quebrantado Mi alianza en la mente de este; por tanto, si porfía inflexible en semejante maldad, responderá de ese acto suyo en un justo juicio, pues desvió al que anhelaba servirme, cosa que nunca debió hacer, como está escrito:

48. *Palabras de Moisés*

«Nada de lo que a uno pertenece —hombre, animal o campo de su propiedad— que haya sido consagrado a Yahveh podrá venderse ni rescatarse»[19]. ¿Qué quiere decir esto? Cuando el alma anhelante, en la sazón de su ciencia, aviva el buen sentido de un hombre para que lleve a cabo una determinada obra, su voluntad la construye, diciendo: «Esto honrará al Señor». Y si luego, con firme devoción y justa reverencia, se la promete a Dios y él mismo se la ofrece con el

19. Levítico 27,28.

beso del corazón —la voluntad de su anhelo—, habrá sido consagrada al Señor como dote de santidad. ¿Cómo? El Señor, al ver en este hombre su edificante voluntad, la acepta con el anillo de la santificación, igual que el marido se compromete a no abandonar a su esposa, sellando su alianza con el anillo nupcial.

Por tanto, cuando el Señor acepta la voluntad de un alma humana, fruto de su valerosa fuerza, que pugna por renunciar a cuanto posee y ofrecer sus bienes a Dios antes que a sí misma, no podrá quebrantarse esta alianza de consagración ni infringirse su voto. ¿Por qué? Porque la ciencia del hombre la conoció, su buen sentido la comprendió y su voluntad la edificó para honrar al Señor; así pues, bien sea un hombre, ofrecido él mismo a Dios, o sea un animal de su propiedad, sacrificado en Su gloria, o un campo que germine frutos, consagrado al Señor, no deberá darse por un precio demasiado alto ni retenerse por una ínfima retribución para que no se desestime el honor de Dios.

49. *Sea llamado de nuevo quien entre en esta senda y luego renuncie*

Pero así como ninguno ha de ser conminado a pasar, contra su voluntad, del camino secular al espiritual, el que entre a Mi servicio porque lo haya deseado con devoto ánimo mas luego, despreciándolo, renuncie a él, deberá ser llamado de nuevo, por justo juicio, para que lo reanude. ¿Cómo? Si tiene justos priores y maestros espirituales llenos de Mi celo, estos habrán de restituirlo a Mi servicio, y lo harán así: que primero le apacigüen con súplicas, exhortaciones y amables palabras; pero que después le corrijan con flagelaciones, con el tormento del frío y del hambre, y otros castigos semejantes, para que, avisado por estos quebrantos, acudan a su mente las penas del Hades y, por temor a ellas, rescate su alma de la podredumbre y regrese, con esta nueva llamada, al camino que había abandonado, como, acerca de esto, está escrito en el Evangelio:

50. *Palabras del Evangelio*

«Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa»[20]. ¿Qué quiere decir esto? Tú, pastor espiritual, justo adalid, probo maestro, sal de tus antiguas costumbres, heredadas de tus

20. Lucas 14,23.

primeros padres, ve a los angostos y estrechos caminos, a los cercados de los rígidos preceptos que hombres veraces han compuesto con la urdimbre del Espíritu Santo; contempla, con la clarividente mirada de Mi celo, a aquellos que habitaban bajo tu mandato y tu enseñanza, que pronunciaron los votos o aceptaron el santo designio de observar Mi alianza por propia voluntad, no por la injusta coacción de otro hombre, pero que después la despreciaron, a los viejos desvíos de iniquidad quisieron regresar; y, con dulces y amargos reproches, oblígales a entrar en la senda de la Iglesia, hasta que se llene la Casa de Mis profesos con los duramente reprendidos y con los dulcemente amonestados, pues mira que algunos han de ser llamados a la vida con dolorosos castigos, y otros, con tiernos halagos. ¿Cómo?

Como el buen pastor busca sin descanso a su oveja perdida, que también así busquen, incansablemente, los maestros espirituales a sus prosélitos extraviados por los desvíos de iniquidad: que, con su destreza, les conminen a regresar a la Casa de justicia de la que salieron o quisieron salir, hasta que se llene la Iglesia de ovejas —aquí las amargamente castigadas, allí las dulcemente exhortadas—, y sean así conducidas a los pastos celestiales.

51. *Los que deben ser expulsados de esta senda*

Que cuantos, en cambio, sean tan porfiados que no quieran enmendarse ni por los castigos corporales que, llenos de Mi celo, les infligen sus maestros superiores, ni por temor de Mí, pues soy el Dios que no se complace en la iniquidad, ni por amor de la sangre derramada de Mi Hijo, que padeció por ellos, antes bien se empeñen en envenenar con su ponzoña a Mis más fieles amigos que velozmente corren por Mis sendas, sean arrojados como lobos por estos mismos compañeros Míos, no envilezcan Mi grey, según exhorta Mi amigo Pablo cuando dice:

52. *Palabras del Apóstol*

«¡Arrojad de entre vosotros al malvado!»[21]. ¿Qué quiere decir esto? Vosotros, que en la cima de la potestad estáis y en humilde servidumbre permanecéis, arrojad de entre vosotros al malvado,

21. 1 Corintios 5,13.

mirad que no Me teme y Me combate, a Mí, Creador de los cielos y la tierra; descubridlo y segadlo de entre vosotros con tan firme guadaña que no pueda ya sembrar raíz en vuestras conciencias, ni poner el pie en vuestra casa, no se envilezcan los dulces bálsamos de las buenas obras en vuestras entrañas. Pero al que, de estos, quiera regresar con penitencia y Me busque, a Mí, su Creador, con el corazón puro, aunque acudiera en el ocaso de sus días, le acogeré, sin embargo, pues todo lo juzgo con justicia.

53. *La conversión falsa y la conversión verdadera*

Pero el que, enterrando el tesoro de su corazón, lo oculte y diga: «No me apartaré de los deleites terrenos a no ser que sienta cercana la muerte», postergando así su conversión hasta que su alma esté por exhalar el último suspiro y, cuando apenas pueda respirar, desesperado al saber que se han cumplido ya sus días en esta vida, intente, entonces, renunciar al mundo, engañará a su alma, pues su conversión no será sino quimera; mira que la hizo como un juego y como tal será tomada. En cambio, recibiré verdaderamente, con todos los coros de los ángeles, la devoción de aquel que, cercana su muerte, renuncie de corazón al mundo por sus pecados y por amor a Mí, anhelando con ardor servirme mientras aún viva, y le prometeré la gloria de la vida. Pues aunque un hombre sea culpable de muchos crímenes, si, llenos de luz sus ojos, mira sus pecados y amargamente llora sus agravios porque ha provocado Mi ira, lo levantaré de la muerte a la salvación y no le negaré la suprema herencia, como testimonia, imbuido de Mi espíritu, el salmista David cuando dice:

54. *Palabras de David*

«El día en que te invoque, sabré que eres mi Dios»[22]. ¿Qué quiere decir esto? «Un día de mi vida amanecerá en mi mente por gracia divina: a mí, que ahora yazgo en las tinieblas, la claridad de la luz celestial me llenará; entonces, con amarga penitencia por mis pecados, harto de heridas mi abatido corazón, Te invocaré, a Ti que concedes el bálsamo de Tu amor a cuantos Te llaman con el corazón puro, y por esta iluminación que Tu misericordia ha obrado, sabré que eres mi Dios». ¿Qué quiere decir esto?

22. Salmos 56 (55),10 (según Vulgata).

«Cuando, por Tu gracia, me lleves a saberte mi Dios en obras de justicia, así que aparte yo mi mano de la iniquidad, pues nadie sino Tú puede hacer esto, me acogerás; mira que con sencillez Te busco, clamando y llorando en pos de Ti voy, y en la lozanía de mi alma Te conozco; porque con penitencia verdadera atormento mi cuerpo y lo tengo por nada». Y Yo digo: cuando el hombre haga penitencia de esta manera, encontrará el remedio de sus culpas. ¿Cómo? Sabrá que soy su Dios. ¿Cómo? Porque habrá abandonado sus pecados y, por tanto, verá con el ojo de la penitencia cuán vanas fueron las obras que antes realizó, enardecido por malvados deseos.

55. *De los blasfemos impenitentes y de los desesperanzados*

Así pues, que ninguno desdeñe buscar el remedio de la penitencia, y si alguno la descuida mientras su cuerpo aún rebosa salud, procure, sin embargo, encontrarla al final de sus días, que le acogeré y será salvo; pues por grande que sea la hez de sus pecados, merced a Mi Hijo será borrada con la penitencia pura, a no ser que alguno profiera, impenitente, blasfemias contra el Espíritu Santo o que, ofuscado, arroje él mismo su cuerpo a la muerte: estos dos actos son, en verdad, uno solo, y no veré en la gloria de la vida celestial a cuantos los cometan, como está escrito en el Evangelio:

56. *Palabras del Evangelio*

«Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada»[23]. ¿Qué quiere decir esto? Todo pecado cometido en la desmesura de la carne, con placer o con amargura o con otros vicios semejantes, sea la blasfemia del culto a los ídolos —en que se ignora al Dios verdadero y se adora a una falsa figura—, sea la invocación a los demonios —en que se conoce al Dios verdadero mas, por perversidad humana, se implora a Satán—, todo esto se perdonará a los hombres, por la penitencia justa, cuando, con lágrimas de atrición venidas del fondo de sus corazones, busquen fielmente al Dios verdadero que brinda, misericordioso, Su amor a cuantos Le invocan. Pues aunque los hombres yerren gravemente, extraviándose así en los pecados, si no reniegan

23. Mateo 12,31.

por completo del Señor, que reina en los cielos con poder y gloria, encontrarán la mano de Su ayuda cuando la busquen.

Pero si porfían en su infidelidad, sin restablecerse nunca de esta ignominia, antes bien, con la connivencia del alma, niegan absolutamente en sus contumaces corazones al Señor, murmurando para sí: «¿Qué es eso a lo que llaman Dios?, pues no hay Dios con misericordia o verdad que quiera o pueda ayudarme», y así, impenitentes, desconfían de poder ser purificados de sus culpas o salvarse de algún modo, estarán blasfemando contra el Señor; entonces no se les perdonará su blasfemia, por esta obstinada maldad, si en ella perseveran: tanto asfixian el entendimiento de sus corazones, que ya no pueden suspirar en pos de las alturas; mira, en nada estiman a Aquel por cuya misericordia deberían salvarse, como testimonia el salmista David cuando dice:

57. *Palabras de David*

«Dice en su corazón el insensato: "¡No hay Dios!"»[24]. ¿Qué quiere decir esto? Con insensatas palabras niega a Dios en su corazón el hombre yermo de sabiduría y de entendimiento: no ha sabido conocerle. ¿Cómo? No quiso conocer ni entender al Dios verdadero cuando decía en su obstinado corazón: «¿Qué es Dios? ¡No hay Dios! ¿Y qué soy yo, pues? No sé qué soy». Así habla el insensato porque no tiene la verdadera sabiduría con la que se conoce a Dios. Pero el que conozca sin engaño al Señor, que reina en Su poder, será sabio aun cuando fuera un pecador. Por tanto, a aquel que deje arraigar en su corazón la desesperanza frente a la misericordia de Dios diciéndose: «Dios nada es», lo ignoraré como él Me ha ignorado, y al igual que él Me negó, le negaré Yo; así que no resucitará a la vida, ni de júbilo alguno gozará: todas las criaturas le abandonarán, pues ha tenido por nada a su Creador.

Y el que se desespere ante sus pecados, no creyendo posible salvarse a causa de su enorme peso, es también un infiel y, por tanto, no alcanzará la vida: impugna a Aquel que a todos da la vida. Mas si alguno de estos, llevado por la penitencia, Me busca verdaderamente, Me encontrará, pues no rechazaré a ninguno que vuelva a Mí, puro el corazón.

24. Salmos 14 (13),1.

58. *Al que, desesperanzado, resista su quebranto, el Señor le ayudará*

Si las oscuras tempestades de la blasfemia y la desesperanza se ciernen sobre un hombre, y este no cede a ellas ni con su corazón ni con su voluntad, ni recreándose con perversidad en su amargo sabor, sino que entabla dolorosa y terrible batalla contra ellas, y si persevera, resistiendo con denuedo en este combate, acudiré rápido en su ayuda; que no zozobre bajo el peso de esta lóbrega sombra, y diré que es un gallardo luchador contra las más aciagas tempestades: pronta irá Mi mano en auxilio suyo, y le llamaré amigo Mío, pues soportando con paciencia, por amor a Mí, tantos quebrantos, noblemente los venció.

59. *Quien separe cuerpo y alma caerá en la perdición*

Pero así como no resucitará a la vida el que no quiera, en absoluto, conocerme en su corazón, a Mí que soy el Dios verdadero, ni con la fe ni con la esperanza, según se ha dicho ya, tampoco se salvará el que, por propia mano, dé muerte a su cuerpo y no aguarde el desenlace que he fijado a los hombres, sino que se desligue él mismo sin esperanza de misericordia alguna: caerá en la perdición, pues habrá aniquilado aquello con lo que debía hacer penitencia. Sí: el que separe del hombre lo que Yo he plantado en él, será reo por su aciago crimen, como muestra Mi Hijo en el Evangelio cuando dice:

60. *Palabras del Evangelio*

«Habéis oído que se dijo a los antepasados: *No matarás*; y aquel que mate será reo ante el tribunal»[25]. ¿Qué quiere decir esto? Vosotros, que queréis cimentaros sobre el fundamento de roca, fijaos: porque habéis oído, por la palabra venida de la raíz de la razón, que en la obra de las Escrituras, cuyo sentido dimana del dedo de Dios, se dijo a vuestros antepasados que no separaran en el hombre lo que, por designio divino, estaba unido en él. ¿Qué quiere decir esto? Aquel que prohibió a Adán el árbol de la ciencia del bien y del mal, diciéndole: «El día que comieres de él, morirás sin remedio»[26], también dijo a su estirpe, por boca de Moisés: «No matarás»[27], ni desga-

25. Mateo 5,21.
26. Génesis 2,17.
27. Éxodo 20,13.

rrarás, pues, lo que ha sido hecho a imagen de Dios. Pero tal como Adán, al quebrantar los preceptos de Dios, se privó a sí mismo y a su estirpe de la vida de la salud, el que destruya la obra de Dios en el hombre segará de su cuerpo y de su alma la posteridad de su fe: sus obras venideras de salvación, y, reo ante el tribunal, al aciago exilio caminará.

Muchas tribulaciones se concitará, pues, el que obre tan cruel separación en un hombre: ha separado lo que Yo, que he puesto el cuerpo y el alma juntos en el hombre, he unido, y que Me pertenece. ¿Y quién es este que así se atreve a separarlos? Si quien mata a otro comete grave pecado, ¿qué será, entonces, de aquel que se entregue él mismo a la muerte, devolviendo al polvo de la tierra aquello con lo que debía borrar sus crímenes?

Mira, quien se da muerte es como el ángel caído, padre de la iniquidad, que se entregó a la perdición al matarse a sí mismo. ¿Cómo? Porque envidiaba a Dios, que ni tuvo principio ni tendrá fin y reina sobre todo cuanto existe en los Cielos y la tierra. Y así como el arrogante Demonio no quiso contemplarme cuando él mismo se arrojó a la perdición, tampoco se digna conocerme el hombre que, violentamente, por propia mano se desgarra: caerá en la muerte igual que ese otro cuando se concitó la ruina. Mira que antes de sucumbir quiso remontar su iniquidad sobre las alas de los vientos y, cual pájaro en el aire, volar hacia los cielos: por esta presunción él mismo se abatió de la bienaventuranza a la desdicha.

Pero Yo formé al hombre del polvo de la tierra para que ascendiera de lo ínfimo a lo sublime y levantara, emprendiendo y culminando buenas obras, diáfanas virtudes arriba, a las alturas. Por tanto: no se dé muerte por propia mano el hombre hecho de cuerpo y alma mientras no le falten fuerzas para obrar el bien y hacer penitencia, no sea que entonces vaya a ese páramo donde ni obra ni penitencia podrá cumplir, como el Demonio que, al matarse él mismo, se precipitó al seol.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

Sexta visión

EL SACRIFICIO DE CRISTO Y LA IGLESIA

Luego vi que, mientras el Hijo de Dios pendía en la cruz, aquella imagen de mujer, avanzando presurosa, cual luminoso esplendor, desde el antiguo designio, era guiada junto a Él por potencia divina: la sangre que manaba de Su costado, elevándose a las alturas, la inundó toda y, por voluntad del Padre Celestial, se unió a Él en felices esponsales, noblemente dotada con Su carne y Su sangre.

Y oí una voz que Le decía desde el Cielo: «Sea esta, Hijo Mío, Tu Esposa para la restauración de Mi pueblo, cuya madre será ella, renovando las almas por la salvación del Espíritu y del agua».

Y cuando esta imagen hubo cobrado, así, fuerza, vi como un altar al que reiteradamente se acercaba: allí volvía a mirar, llena de devoción, su dote y se la mostraba con humildad al Padre Supremo y a Sus ángeles. Entonces, mientras un sacerdote ataviado con las sagradas vestiduras se aproximaba al ara para celebrar los sacramentos divinos, vi cómo, de pronto, una intensa luz serena, dimanada del Cielo merced a los ángeles, envolvió en su fulgor todo el altar, y permanecería allí hasta que, oficiados los misterios, el sacerdote se retirara. Y he aquí que, recitado ya el Evangelio de la paz y depositada en el altar la ofrenda para ser consagrada, cuando el sacerdote hubo cantado el himno al Dios Omnipotente, «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos», iniciando, pues, el misterio de esta celebración sacramental, un relámpago de fuego, de indescriptible claridad, bajó repentinamente del cielo abierto sobre la oblación y la inundó toda con su luz como alumbra el sol cuanto atraviesan sus rayos. Y mientras así la iluminaba, la elevó invisiblemente a las alturas de los secretos celestes y luego, de nuevo descendiendo, volvió a depositarla sobre el altar, como cuando un hombre

inspira su aliento y después lo exhala: la ofrenda se convirtió en carne y sangre verdaderas, aunque a los ojos de los hombres semejara pan y vino.

Según contemplaba todo esto, aparecieron de pronto, como en un espejo, los signos de la Natividad, la Pasión, la Sepultura, la Resurrección y la Ascensión de nuestro Salvador, el Unigénito de Dios, tal como Le ocurrieron cuando estaba en el mundo. Pero mientras el sacerdote entonaba el cántico del Cordero Inocente —«Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo»— y se preparaba para tomar la santa comunión, el relámpago de fuego se recogió en los Cielos, que se cerraron, y escuché una voz venida de ellos, diciendo: «Comed y bebed el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para borrar la culpa de Eva y que así podáis ser restituidos a la justa herencia». Y en tanto los demás hombres se acercaban al sacerdote para recibir el sacramento, advertí que, por sus rasgos, se agrupaban en cinco géneros: unos eran de cuerpo luminoso y alma ígnea; otros, en cambio, parecían de cuerpo pálido y alma tenebrosa; había algunos de cuerpos hirsutos y alma sórdida por la mucha inmundicia del pecado humano; otros, con el cuerpo rodeado de espinas muy afiladas, semejaban leprosos de alma; y los últimos llevaban el cuerpo ensangrentado y era su alma fétida como cadáver putrefacto. Pero, al recibir cada uno de estos el mismo sacramento, a algunos llenó de luz un resplandor de fuego y a otros, en cambio, una oscura calígine los entenebreció.

Después de terminados estos misterios, mientras el sacerdote se retiraba del altar, aquella luz serena que, venida del cielo, inundaba todo el ara con su fulgor, como se ha dicho, se recogió en las alturas de los secretos celestes.

Y volví a oír una voz que desde el insondable cielo me decía:

1. *La Iglesia surge como salvación de las almas*

Estando Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, en el madero de Su Pasión, la Iglesia se unió a Él en el secreto de los arcanos celestes y fue dotada con Su púrpura sangre, como muestra ella misma cuando, al aproximarse todos los días al altar, reclama su dote y considera profundamente con cuánta devoción la reciben sus hijos, que se acercan a los divinos misterios. Por eso viste *que, mientras el Hijo de Dios pendía en la cruz, aquella imagen de mujer, avanzando presurosa cual luminoso esplendor desde el antiguo designio, era guiada junto a Él*: porque cuando el Cordero Inocente fue alzado en el ara

de la cruz por la salvación de los hombres, la Iglesia, saliendo del secreto divino con la diáfana pureza de la fe y las demás virtudes, por profundo misterio apareció de pronto en el cielo, y se unió al Unigénito de Dios merced a la Majestad Suprema. ¿Qué quiere decir esto? Al instante de brotar la sangre del costado herido de Mi Hijo, empezó la salvación de las almas: cuando Mi Unigénito, al sufrir la muerte temporal en la cruz, despojó al Hades y llevó las almas fieles a los Cielos, fue entregada a los hombres la gloria de la que el Demonio y su séquito habían sido arrojados; así que también en Sus discípulos y sinceros seguidores empezó a medrar y a afianzarse la fe para hacerse herederos del Reino Celestial. Entonces, *la sangre que manaba de Su costado, elevándose a las alturas, la inundó toda y, por voluntad del Padre Celestial, se unió a Él en felices esponsales*: cuando la fuerza de la Pasión del Hijo de Dios se derramó llena de ardor y se elevó milagrosamente a la cima de los misterios celestes, como el olor de los buenos aromas se difunde hacia lo alto, la Iglesia, afianzada por ella con los diáfanos herederos del Reino Eterno, se unió fielmente al Unigénito de Dios, por designio del Padre Supremo. ¿Cómo? Así como la esposa, sometida al esposo en su promesa de sumisión y obediencia, recibe de él, con la alianza del amor, el fértil don para procrear hijos a los que educa a fin de que sean sus herederos, también la Iglesia, unida al Hijo de Dios en la misión de humildad y caridad, recibe de Él la renovación del Espíritu y del agua con la salvación de las almas para restaurarles la vida, y las conduce hacia los Cielos.

Por tanto, *fue noblemente dotada con Su cuerpo y Su sangre*: porque el Unigénito de Dios dio a Sus fieles —la Iglesia y sus hijos— Su cuerpo y Su sangre en excelsa gloria para que, a través de Él, alcancen la vida en la Ciudad Celestial. ¿Cómo?

2. *Dios Padre venció a la serpiente con la humildad, no con su poder*

Porque ofreció Su carne y Su sangre para santificación de los creyentes, lo mismo que el Padre Celestial Le entregó a la Pasión por la redención de los pueblos, venciendo, a través de Él, a la antigua serpiente con la humildad y la justicia: no quiso derrotarla con Su poder y Su fuerza, pues es el Dios justo que no se complace en la iniquidad, como dice el salmista cuando clama:

3. *Palabras del salmista*

«¡Dichoso el hombre que no sigue el consejo de los impíos, ni en la senda de los pecadores se detiene, ni en el banco de los malvados se sienta!»[1]. ¿Qué quiere decir esto?

Dios, Padre de toda la bienaventuranza y la dicha de Sus criaturas, revela en ellas muchos y distintos signos, como también la Encarnación de Su Hijo emanó un suavísimo sabor de inmensa dulzura cuando las virtudes edificaron en Él incontables moradas por las que los hombres regresarán al Reino de los Cielos, libre de la oscura sombra de la muerte. Así se manifestó que las poderosas fuerzas de todas las virtudes se hallan en el Padre Supremo, pues a través de Su Unigénito destruyó gallardamente a la muerte y hendió el Hades y, en el último día, convertirá la tierra toda en un mundo nuevo y mejor.

Así que no siguió con el caudal de Su corazón los errantes caminos de los espíritus malignos que abandonaron la verdad y de la mentira se apoderaron. ¿Cómo? Deseaban escindir la verdad con la mentira. ¿De qué manera? Querían escarnecer al Anciano de los tiempos, anterior al transcurrir de los días y las horas, ansiaban darle por consorte a la antigua serpiente, que no existía antes de los siglos. Pero esto no podía ni debía ser, porque sólo hay un Dios. Por tanto, el Demonio es un mentiroso; mira que se apartó del Señor, abandonando la vida, y encontró la muerte. Así que no se detuvo el Señor en el camino en que siembran sus pasos los pecadores: despreció la senda de Adán y no alabó su pecado, antes bien, cuando fue seducido por el Demonio, lo arrojó del Paraíso; y no reinó entronado en la iniquidad, como los hombres todos, que, presos del seol, en sombras de muerte se sentaron al abandonar con soberbia la verdad. ¿Qué quiere decir esto? Dios no se enfrentó con Su poder a la presunción diabólica ni a la indiferencia humana para vencerlas con Su fuerza. ¿Cómo habría sido esto? Como si hubiera dos luchadores y uno de ellos superara en fuerza al otro: ciertamente, el más fuerte demostraría al débil su mayor poderío para el combate por cuanto le sometería, dejándole confundido, y no querría darle tregua. Pero Dios no hizo así, pues resistió las obras de la ignominia con la suma bondad: envió al mundo a Su Hijo, que con suprema humildad llevó de vuelta a los Cielos, en Su cuerpo, a Su oveja perdida. ¿Cómo? La sangre que brotó de Su cuerpo apareció, apenas hubo manado de Su abierta herida, en los secretos del Cielo implorando el comienzo de la salvación de las almas. ¿Cómo es esto? Toda la creación testimonia

1. Salmos 1,1.

en el Hijo de Dios que, por Su Pasión y Su muerte, la perdición de los hombres fue restablecida en la vida. ¿Cómo? El Unigénito de Dios, que es la vida, Se entregó Él mismo a la Pasión en el ara de la cruz por la redención del género humano y allí, como verdaderamente oíste anunciar a la voz que desde los secretos celestes resonaba, tomó por esposa a la Iglesia para que fuera madre de los pueblos fieles a fin de restituirles la salud y enviarlos a los cielos, sin mancha, merced a la renovación espiritual.

4. *La Iglesia ofrece con devoción su dote a Dios ante los ángeles*

Y cuando esta imagen cobró fuerza, viste como un altar al que reiteradamente se acercaba: allí volvía a mirar, llena de devoción, su dote y se la mostraba con humildad al Padre Celestial y a Sus ángeles: en cuanto la Iglesia, como se ha dicho, medró con bienaventuradas y poderosas virtudes, según te ha sido manifestado en diáfana revelación, al llenar la inspiración del Espíritu Santo los anhelantes corazones de los fieles se obró la santificación de los altares místicos donde la Iglesia, caminando con firme intención sobre las huellas del ejemplo de los suyos y contemplando con honda devoción al Creador de todo, ante la mirada de las luces vivas y ardientes que son los ciudadanos celestes, ofrece su dote, el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios, en obediencia humillada. ¿Qué quiere decir esto? Así como la carne de Mi Unigénito se engendró en el intacto útero de la Virgen María y después fue entregada por la salud de los hombres, también ahora Su carne, acrecentada en la inmaculada pureza de la Iglesia, se ofrece todos los días para santificación de los fieles.

5. *Semejanza con el oro*

Porque así como el orfebre, fundiendo el oro en el fuego, lo liga y, una vez ligado, lo divide, también Yo, el Padre, glorifico ahora la carne y la sangre de Mi Hijo en esta ofrenda merced a la santificación del Espíritu Santo y, ya glorificada, la distribuyo a los hombres fieles para su salvación.

6. *La serena luz que en el altar resplandece*

Así que, *mientras un sacerdote ataviado con las sagradas vestiduras se aproximaba al ara para celebrar los sacramentos divinos,*

viste cómo, de pronto, una intensa luz serena, dimanada del cielo merced a los ángeles, envolvió en su fulgor todo el altar: pues cuando el pastor de las almas, vestido con la sagrada túnica, se acerca a la mesa de la vivificación para inmolar al Cordero Inocente, la inmensa claridad de la suprema herencia disipa al instante las lóbregas tinieblas y, brillando desde el secreto de los cielos merced a la ayuda de los espíritus celestes, inunda por doquier con su fulgor el ara de la santificación, porque allí ha de celebrarse el ágape de las almas para salvación de los fieles. ¿Cómo? Cuando la Iglesia reclama, por boca del pastor, su dote —el cuerpo y la sangre derramada de Mi Hijo— a fin de prepararse para el bienaventurado alumbramiento de las almas en la salvación, pues merced a la efusión de esta preciosa sangre creció hasta hacerse una gran muchedumbre de pueblos, Yo, que soy la Luz Eterna, ilumino con la gloria en Mis rayos el ara de la santificación, en honor del cuerpo y la sangre de Mi Unigénito.

7. *En el sacramento del altar Dios Padre recuerda la Pasión*

Porque mientras el sacerdote empieza a invocarme en la santificación del altar para que contemple que Mi Hijo Me ofreció pan y vino en la cena de Su muerte, cuando iba a dejar este mundo, veo cómo Mi Hijo Me obsequió estas ofrendas en la hora de Su Pasión, cercana Su agonía en el madero de la cruz, señalando que cuantas veces Me fuera consagrada la bienaventurada oblación de este sacrificio sacrosanto por el oficio de un sacerdote, estuviera siempre Su Pasión ante Mis ojos, no la borrara de Mi clarividente mirada, pues al derramar Su sangre, también Él Me brindó el pan y el cáliz, abatiendo a la muerte y levantando a los hombres.

8. *Por qué se ofrecen pan, vino y agua en el sacramento del altar*

Pero como la grandeza de Aquel que entró y salió del claustro de la castidad virginal no provenía de la naturaleza humana, sino del poder divino, por eso es posible que la carne y la sangre de Mi Hijo vuelvan a germinar en el pan del trigo y en el vino de la vid con agua, santificados, según manifesté por boca de Mi fiel siervo el profeta Joel, diciendo así:

9. *Palabras de Joel*

«Las eras se llenarán de trigo, de vino y aceite los lagares rebosarán. Yo os compensaré de los años en que os devoraron la langosta y el pulgón, el saltón y la oruga, mi gran ejército, que contra vosotros envié. Comeréis en abundancia hasta hartaros, y alabaréis el nombre de Yahveh vuestro Dios, que hizo con vosotros maravillas. ¡Mi pueblo no será confundido jamás!»[2]. ¿Qué quiere decir esto? Por maravilloso designio del Señor, las eras de la fe de la creyente Iglesia se llenarán de todo bien: convertiré el grano de trigo en la carne de Mi Hijo; y entonces, en la verdadera salvación por la que Mis fieles serán llamados de vuelta a la patria, los lagares donde conculcarán las apetencias carnales en Mi nombre, rebosarán: allí transformaré para ellos el vino de la vid en la sangre de Mi Unigénito, y el óleo de la misericordia les daré. ¿Cómo?

Porque con un tiempo nuevo, el de vuestra salvación, Yo os compensaré de los años de vanidad en que la langosta del olvido os devoró con la impiedad de la ignorancia; mira que cuando al principio enraizó entre los hijos de Adán la maldad, arrumbaron sus memorias los frutos de Mi justicia, como desatiende el hombre la necesidad de alimentarse después de haber comido, quebrantando con su infidelidad esta justicia Mía, igual que la langosta arrasa la cosecha. ¿Cómo? Allí donde la langosta de la indiferencia, con su insensible espíritu, arruina la utilidad de los buenos frutos, también allí el escarabajo de la infamia se revuelca en el inmundo estiércol; porque los hombres de esta laya se envuelven en la sórdida impiedad de la idolatría y otros cismas semejantes, en las invocaciones diabólicas, las artes mágicas, el escudriñar las criaturas del Señor buscando indicios de la fortuna humana, el vil oprobio del homicidio y la fornicación: con todo esto se alimentan, como el escarabajo del estiércol. ¿Cómo? Allí donde el escarabajo de la ignominia se deleita en la hedionda inmundicia, allí la herrumbre de la amargura corroe el metal de la esplendorosa fe; porque estos hombres, rebeldes a la justicia de Dios, pugnan por ofuscarla, igual que arrebata el óxido su brillo al metal. ¿Cómo?

Allí donde la corrosiva herrumbre empaña el fulgor del bien, allí la venenosa oruga del mal envilece los buenos frutos del lozano vergel; porque semejantes hombres, con su abyecta ruindad, apartan de sí las diáfanas virtudes, como la sencillez, la castidad y la poderosa

2. Joel 2,24-26. (En la Vulgata dice: langosta, escarabajo, herrumbre y oruga; téngase presente en relación con la glosa.)

constancia, que el Espíritu Santo irradia en todo verdecer de bienaventuranza, y tratan, pues, de destruirlas, lo mismo que la oruga devasta el huerto en flor. Y en medio de todo esto se manifiesta Mi inmensa fuerza que con la magnitud de Su poder venció a las adversidades diabólicas cuando, para salvación vuestra, a vosotros la envié[3]. ¿Cómo?

Yo, el Padre, envié a Mi Hijo al mundo, nacido corporalmente de una Virgen, a fin de redimiros por Él de la perdición de la muerte y que así habitara Yo en vosotros y vosotros en Mí; por eso cuando Mi Hijo iba a sufrir la Pasión os entregó Su carne y Su sangre para que comierais y bebierais de ellas. Así que, por vuestra salvación, comeréis devotamente este sacramento que os apacentará en la dicha, y el óleo de Mi misericordia saciará, entonces, el hambre que la perdición sembró en vuestras almas; mirad que Mi Hijo os trajo en la penitencia el bálsamo de vuestras heridas y Su esposa fue engalanada con toda la justicia y la verdad; por eso, exultantes en la fe alabaréis Mi nombre, que soy un solo Dios en la Trinidad verdadera, y os gobierno y he hecho con vosotros maravillas, librándoos prodigiosamente del poder del Demonio. Y la sombra de la muerte no confundirá jamás, en la eternidad venidera, a Mi pueblo, al que tan admirablemente rescaté de las garras del seol.

10. *La ayuda del Señor no abandona al sacerdote*

Y viste cómo *esa intensa luz serena permaneció en el altar hasta que, oficiados los misterios, el sacerdote se retiró*: este resplandor, la mirada eterna, se revela diáfanamente en Sus maravillas hasta que, cumplidos los sacramentos de este sagrado oficio, el dispensador de las ofrendas se retira del ara de la santificación, habiendo celebrado los secretos misterios. ¿Qué quiere decir esto? Que es justo que la Divina Majestad manifieste plenamente Su poder en estos bienaventurados sacramentos y que mientras el hombre permanezca en todo cuanto pertenece al Señor, no le faltará Su ayuda.

3. El versículo *fortitudo mea magna quam misi in vos* es interpretado, en los textos bíblicos, como un ejército: las langostas y otros insectos pequeños y perniciosos aparecen como instrumentos de castigo, son plagas con las que Dios advierte al hombre de su culpabilidad; véase, por ejemplo, Apocalipsis 9 (5.ª trompeta). Además el uso de lo pequeño contra lo grande se muestra numerosas veces en la Biblia (David y Goliat, Holofernes y Judit...; la propia Hildegarda evoca esta imagen al final del *Scivias*). Sin embargo, aquí la autora interpreta ese versículo como: mi poderosa fuerza —el Hijo— que a vosotros envié; la fortaleza era uno de los atributos divinos del verbo. (*N. de los T.*)

11. *Una indescriptible claridad ilumina el principio de la celebración*

Y he aquí que, recitado ya el Evangelio de la paz y depositada en el altar la ofrenda para ser consagrada, cuando el sacerdote hubo cantado el himno al Dios Omnipotente, «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de los ejércitos», iniciando así el misterio de esta celebración sacramental, un relámpago de fuego, de indescriptible claridad, bajó repentinamente del cielo abierto sobre la oblación: cuando el Rey ha exhalado con Su beso la lozanía del aliento vivificador, y el fruto de la luz de la vida, que va a ser purificado en la santificación, ha sido puesto en el muro de la casa del Señor, cuando el nuncio de la verdad entona el dulce canto de alabanza al Creador de todo, invocando tres veces la unción del Dios de los ejércitos, y despunta así el secreto del fulgor de la alborada —el Hijo de Dios encarnado de una Virgen—, entonces, abierto el luminoso tabernáculo, una intensísima claridad de insondable gloria desciende súbitamente sobre el misterio de este sacramento y *lo inunda todo con su luz como alumbra el Sol cuanto atraviesan sus rayos*, porque el santo fuego que dimana de la fuerza del Padre llena el rutilante círculo de la oblación igual que un fulgor radiante penetra todo aquello sobre lo que, al difundirse, cae. ¿Qué quiere decir esto?

La esposa de Mi Hijo ofrece con devoto ánimo la oblación del pan y del vino en Mi altar. ¿Cómo? Con fiel memoria Me implora, por la mano del sacerdote, que entregue la carne y la sangre de Mi Hijo en esta oblación. ¿Cómo? Los sufrimientos de Mi Unigénito siempre están presentes en los secretos de los Cielos, por lo que esta oblación se une, en Mi ardiente fuego, a Mi Hijo, con tan profunda maravilla que verdaderamente y sin sombra de duda se convierte en Su carne y en Su sangre, y así la Iglesia se fortalece con este bienaventurado manjar.

12. *Esta oblación es carne y sangre verdaderas*

Y *mientras esa claridad alumbraba la oblación, como se ha dicho, la elevó invisiblemente a los secretos celestes*: porque, al inundar este fulgor ígneo con su luz el sacramento, según se refirió ya, lo lleva con invisible fuerza hacia las ocultas regiones superiores que los ojos mortales no pueden contemplar; y *luego, de nuevo descendiendo, volvió a depositarla sobre el altar*: pues suavemente torna a ponerla sobre la mesa de la santificación con deferente benevolencia, *como cuando un hombre inspira su aliento y después lo exhala*

mientras aspira, por maravilloso designio del Señor, el soplo que da la fuerza de la vida y enseguida lo expulsa para seguir viviendo; *así, la ofrenda se convirtió en carne y sangre verdaderas, aunque a los ojos de los hombres pareciera pan y vino*: igual que Dios es verdadero y sin falsedad, la altura de este sacramento firme altura es y nadie puede abatirla, pues es carne y sangre verdaderas, sin engaño; porque así como el alma se halla verdaderamente en la carne y en la sangre mientras el hombre vive en su cuerpo, este misterio se hallará en el pan y el vino, allí donde sea adorado en una celebración verdadera, y con esta forma aparecerá ante los mortales: pues lo mismo que los ciegos ojos humanos no pueden contemplar en plenitud al Señor, tampoco es capaz el hombre de distinguir, según la carne, este misterio; mira, percibís sólo el cuerpo de vuestros semejantes, pero no su espíritu, por eso, también advertís el pan y el vino, mas no los sacramentos. ¿Qué quiere decir esto?

La serenidad que apareció sobre el cuerpo del Hijo de Dios enterrado en el sepulcro, resucitándolo del sueño de la muerte, también ilumina en el altar el sacramento del cuerpo y la sangre del Unigénito de Dios, ocultándolo a la mirada de los hombres, que no pueden, así, contemplar Su santidad sino bajo la forma del pan y del vino con que la oblación se pone en el ara; igual que tampoco vieron la divinidad del Hijo de Dios, tan velada bajo Su figura humana que sólo percibían en Él al hombre cuando, como tal, vivió entre ellos, aunque libre de pecado. ¿Qué quiere decir esto?

Yo, Creador de todo cuanto existe, acepto de buena voluntad la oblación que la Iglesia Me ofrece por mano del sacerdote, pues así como la Divinidad reveló Sus maravillas en el útero de la Virgen, también ahora muestra Sus secretos en esta ofrenda. ¿Cómo? Aquí se manifiestan el cuerpo y la sangre del Hijo de Dios. ¿Cómo?

13. *Semejanza con el bálsamo y el zafiro*

Mientras el poder de Dios eleva invisiblemente la oblación a las alturas como en un destello y de nuevo la restituye, el fuego de la Majestad Divina la aviva, transformándola en la carne y la sangre del Unigénito de Dios; pero los hombres no pueden discernir este misterio con su percepción carnal: mira, es como si alguno untara un precioso bálsamo en un simple trozo de pan y escondiera un zafiro en el vino, y Yo luego lo convirtiera en tan dulce sabor que no pudiera tu paladar distinguir, oh hombre, el bálsamo en el pan ni el zafiro en el vino, mas sólo sintieras su delicioso gusto, pues así de

suave y tierno es también Mi Hijo. ¿Qué quiere decir esto? Por el bálsamo entiende a Mi Hijo, nacido de una Virgen, que fue ungido con el más precioso ungüento. ¿Cómo? Se revistió de humanidad santa, precioso bálsamo cuya dulzura restaña las mortíferas heridas de los hombres de tal manera que si caminan en pos de Él, no volverán a pudrirse ni a heder por la perdición de Adán. En el zafiro descubre la Divinidad oculta en Mi Hijo, que es la piedra angular, manso y humilde, pues no surgió de la raíz de la carne humana, que de varón y mujer proviene, sino que por Mi cálida llama Se encarnó milagrosamente de una dulce Virgen, así que también Su carne y Su sangre son suave y sabroso manjar para que los fieles lo tomen.

14. *Por qué no se puede tomar este don espiritual de forma visible*

No puedes, sin embargo, tomar este don espiritual visiblemente, oh hombre, como si comieras carne visible y visible sangre bebieras, pues podredumbre de estiércol eres; pero igual que el espíritu vivo es en ti invisible, también es invisible este sacramento vivo en la oblación que has de recibir invisiblemente, porque lo mismo que el cuerpo de Mi Hijo surgió en el útero de la Virgen, así ahora la carne de Mi Unigénito se eleva en la santificación del altar. ¿Qué quiere decir esto? El invisible espíritu humano recibirá invisiblemente este sacramento, invisible en la oblación, mientras que el visible cuerpo humano tomará visiblemente la oblación, visible en este sacramento, aunque ambas cosas son una sola, igual que el Cristo Único es Dios y Hombre, y como el alma racional y la carne mortal forman un único ser humano; por tanto, aquel que Me contemple con recta fe cuando reciba este sacramento, lo habrá tomado fielmente, para santificación suya. ¿Qué quiere decir esto?

Mi Hijo nació milagrosamente de una Virgen inmaculada cuya carne jamás se encendió en la dulzura del placer y permaneció intacta; porque todo pureza era el receptáculo de esta Virgen, en el que quise que Mi Unigénito se encarnara. No dejé, pues, que el vaso de esta suave Virgen se derramara por el fuego del ardor: mira que en él Mi Hijo recibió milagrosamente un cuerpo humano.

15. *Cuándo se convierte la oblación en cuerpo y sangre de Cristo*

Pero que la Virgen Bienaventurada escuchara en secreto, por las palabras del ángel, un mensaje verdadero y, creyendo, elevara los

suspiros de su corazón al decir: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»[4], concibiendo así al Unigénito de Dios con la venida del Espíritu Santo, señala que el Dios Omnipotente ha de ser invocado por la voz del sacerdote en el oficio de la misa: creyendo fielmente en Él y ofreciéndole con devoto corazón la oblación pura, pronunciará las palabras de la salud en humilde servidumbre, entonces la Majestad Suprema recibirá esta ofrenda y, por admirable virtud, la transformará en la carne y en la sangre del Santo Redentor. ¿Cómo? Así como Mi Hijo recibió milagrosamente la humanidad en la Virgen, también ahora esta oblación se convierte, de forma prodigiosa, en Su carne y Su sangre en el altar. Por tanto, este sacramento es, todo él, íntegro, invisible y visible, como también Mi Unigénito permanece enteramente íntegro, invisible según Su Divinidad, y visible mientras estaba en el mundo según Su humanidad.

16. *Semejanza con el pajarito y la libélula*

Así como el pajarito sale de un huevo y la libélula de una pequeñísima larva, y al alejarse ambos volando la materia de la que nacieron permanece, también en esta oblación se mantendrá, por la fe, la verdad de la carne y la sangre de Mi Hijo, aun cuando a los ojos de los hombres parezca pan y vino.

17. *Los misterios de Cristo resplandecen en el sacramento*

Así que, *según contemplabas todo esto, aparecieron de pronto, como en un espejo, los signos de la Natividad, la Pasión, la Sepultura, la Resurrección y la Ascensión del Salvador de los hombres, el Unigénito de Dios, conforme Le ocurrieron cuando estaba en el mundo*: porque, como ves en esta revelación verdadera, los misterios de Aquel que nació de una Virgen, sufrió en la cruz, fue sepultado en el sepulcro, resucitó de entre los muertos y ascendió a los cielos, Aquel que vino a la tierra para salvación de los hombres, resplandecen con diáfana claridad en este sacramento, según los padeció en Su cuerpo, conforme a la voluntad del Padre, cuando vivió temporalmente en el mundo con los mortales por la redención del género humano. ¿Qué quiere decir esto? Que ante Mis ojos aparece cuanto sufrió Mi Hijo en el mundo por amor a los hombres;

4. Lucas 1,38.

pues la Natividad, la Pasión, la Sepultura, la Resurrección y la Ascensión de Mi Unigénito destruyeron la muerte del género humano. Así que todo esto brilla ante Mi faz en los Cielos: porque no lo he olvidado, sino que hasta la plenitud de los tiempos resplandecerá como alborada con inmensa claridad en Mi presencia. ¿Qué quiere decir esto?

18. *La oración del Padre Nuestro*

En esta Pasión veo con clarividente ojo a todos cuantos creerán en ella y a todos cuantos la rechazarán hasta el fin del mundo; porque siempre brillará ante Mí mientras deba el hombre rezar la plegaria que Mi Hijo enseñó a Sus discípulos para que orasen al Señor, como está escrito: «Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros hemos perdonado a nuestros deudores»[5]. ¿Qué quiere decir esto? Tú, que todo lo tienes en Tu potestad, contempla la efusión de la sangre que ha sido derramada por los hombres y perdónanos, a nosotros que somos hijos del pecado, las deudas que debimos pagarte, pero, por la mezquindad de nuestro corazón, no lo hicimos. ¿Qué significa esto?

No hemos cumplido lo prometido en el bautismo porque hemos quebrantado Tus preceptos y rechazado la inocencia, igual que Adán se rebeló contra Ti en el Paraíso y envileció el vestido de la pureza. Pero Tú, que eres misericordioso, no quieras castigarnos según nuestro oprobio, mas perdónanos, con Tu piedad, nuestra desobediencia, así como nosotros pecadores, a pesar de nuestra funesta maldad, por temor y amor a nuestro Salvador perdonamos de corazón a nuestros deudores las ofensas que nos infligieron. ¿Cómo? A quienes, debiendo amarnos porque somos hombres, con muchas tribulaciones nos quitan la paz y, por tanto, no Te aman sino que desprecian Tus preceptos, no los perseguimos conforme a la maldad que contra nosotros desatan, mas aguardamos Tu justo juicio, sin vengarnos de ellos como podríamos para que también Tú, oh Señor, seas indulgente con nosotros, pues justo y bueno eres, Señor.

Escucha, pues, oh hombre: mientras duren los días en que tú mismo necesites ayuda y puedas socorrer a tu prójimo, la Pasión de Mi Hijo brillará ante Mí en Mi misericordia; mientras duren los días Su carne y Su sangre serán consagradas en el altar para que las reciban los hombres fieles por la salvación y purificación de sus pecados.

5. Mateo 6,12.

Pues cuando Mi Unigénito estaba en el mundo, en Su cuerpo, el trigo y el vino Le sustentaban como alimento de Su carne y Su sangre: por eso ahora se consagran sobre el altar Su carne y Su sangre en la oblación del trigo y del vino para que sean, así, reanimados con ella el alma y el cuerpo de los fieles; mira que Mi Hijo rescató milagrosamente a los hombres de la perdición de Adán y también ahora los libra, por Su misericordia, del mal cotidiano en el que no pocas veces caen. Al consagrarse, pues, la oblación, aparece todo cuanto padeció Mi Hijo corporalmente, en Su carne, por la redención de los hombres, y no quiero ocultarlo, porque Yo elevo a Sus predilectos a las alturas de los cielos para que, a través de ellos, sea perfeccionado Su cuerpo, en Sus miembros elegidos.

19. *La oblación nunca aparece en forma de carne cruda*

Así que revelo milagrosamente todos esos sacramentos en esta oblación, pues cuando aparecen sobre el altar, la ofrenda se convierte en la carne y en la sangre de Mi Hijo, aunque a ojos de los hombres semeje pan y vino: porque tan tierna es la fragilidad humana, que le espantaría recibir carne y sangre crudas. Sí, el hombre perecedero no puede contemplar la Divinidad mientras sea mortal: por eso este misterio, que es todo Divinidad, está velado para vosotros, que habréis de percibirlo invisiblemente, pues también Mi Unigénito es ahora inmortal y ya no morirá más. Te doy, por tanto, oh hombre, Su carne y Su sangre en la oblación del pan y del vino para que, en la fe verdadera, percibas lo invisible a través de lo visible. He aquí que recibes este sacramento con verdadera certidumbre por poder divino, aunque sea invisible para ti, salvo en caso de gran necesidad, como se ha manifestado a veces a Mis elegidos cuando, por esta circunstancia, padecían inmensa tribulación. Mira que obro todo esto por amor y para bien de los hombres. Y toda criatura está sometida a Mis preceptos, pero tú, oh hombre, siempre te rebelas contra Mí. Así que ciego y sordo eres. Mas no te es posible sublevarte contra Mí: ¿acaso no hago cuanto deseo sin que tú lo veas siquiera? Pues tú ni ves ni oyes, con los ojos y oídos de tu carne, cómo envío el alma de un hombre dentro de su cuerpo y cómo Me la llevo de él; ah, pero tu espíritu Me comprenderá cuando haya abandonado su tabernáculo perecedero. Así también doy la carne y la sangre de Mi Hijo para que comáis y bebáis todos de ellas, y hago esto por Mi poder, oh hombre, sin que tú lo veas.

20. *Los fieles comulgan para alcanzar la herencia eterna*

Por eso, como has visto, *mientras el sacerdote entonaba el cántico del Cordero Inocente —«Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo»— y se preparaba para tomar la santa comunión, el relámpago de fuego se recogió en los cielos*: pues cuando el oficiante anuncia la alabanza de Aquel que, en Su mansa inocencia, ha expiado los crímenes de los hombres, y con su devoción exterior abre el fondo de su corazón a estos sacramentos, la invicta claridad que allí manifestaba su fuerza se recoge en los secretos supremos, *en los cielos, que se cerraron* al retirarse los misterios celestes; *y entonces escuchas una voz venida de ellos, diciendo* que los hombres creyentes y fieles coman y beban con verdadera devoción la carne y la sangre de su Salvador, que padeciendo por ellos, sufrió la muerte temporal, para borrar el veneno que los primeros padres trajeron al mundo al quebrantar los preceptos del Señor, a fin de que, purificados de esta culpa, puedan ser fielmente restituidos a la justa herencia que, por contumacia, perdieron.

Mira, así como el Unigénito de Dios entregó, en la Cena, Su cuerpo y Su sangre a Sus discípulos, también ahora, en el altar, da Su carne y Su sangre a Sus fieles, igual que cuando un hombre, realizada la obra de su voluntad, la brinda a otros para su provecho. Pues el Hijo de Dios, cumpliendo los preceptos de Su Padre, Se ofreció Él mismo por la salud de los hombres y les dio Su cuerpo y Su sangre para que comieran y bebieran de ellos, y fueran así santificados, como convida el esposo a sus amigos en el Cantar de los Cantares cuando dice:

21. *Palabras de Salomón*

«¡Comed, amigos, bebed, oh queridos, embriagaos!»[6]. ¿Qué quiere decir esto? Comed en la fe, vosotros que a Mi amistad vinisteis por el santo bautismo; mirad, la sangre derramada de Mi Hijo ha lavado en vosotros la caída de Adán: saboread el verdadero remedio en el cuerpo de Mi Unigénito y os serán borrados con misericordia vuestros persistentes crímenes, cuando porfiadamente cometéis iniquidad al obrar. Y bebed, en la esperanza, de esta vid que os ha liberado de los tormentos eternos, tomad la copa de la salud y creed con firmeza y gallardía en esta gracia que os ha redimido: inundaos de esta

6. Cantares 5,1.

sangre derramada por vosotros. Y embriagaos, pues, en el amor, oh queridos Míos, colmaos de los arroyos de las Escrituras para que con valeroso afán os desatéis de los deseos carnales, que Yo despertaré en vuestros corazones magníficas virtudes bienamadas Mías, al entregaros el cuerpo y la sangre de Mi Unigénito, así como Él dio este sacramento a Sus discípulos, según está escrito en el Evangelio:

22. *Sobre las palabras del Señor a sus discípulos en la Última Cena*

«Mientras estaban comiendo, tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: "Tomad, comed, este es mi cuerpo". Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: "Bebed de ella todos, porque esta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre"»[7]. ¿Qué quiere decir esto?

Cuando el Hijo de Dios celebraba con Sus discípulos esta consumación por la que iba a dejar el mundo y no podía ya, por más tiempo, compartir como hasta entonces con ellos la vida terrenal, sino que debía padecer la Pasión de la cruz según la voluntad del Padre, con suma devoción tomó el pan, por la salvación de los hombres, en memoria de Su cuerpo; y recordando con todo Su dolor a Su Padre cómo había salido de Él y cuánto quería volver a Él, Le suplicó mirara si era posible que, a causa de la debilidad de Su carne, pasara de Él el cáliz que debía beber[8], mas esto no podía ocurrir. Entonces bendijo el pan, en memoria del sufrimiento de Su cuerpo, porque al someterse al precepto del Padre, queriendo morir en la cruz, dio a Sus discípulos, en la angustia de Su Pasión, Su cuerpo y Su sangre para que no olvidaran que les había dejado este ejemplo.

«Y lo partió»: pues aunque esta Pasión fuera dura para Su cuerpo, obedeció a Su Padre y venció a la más amarga muerte con la muerte de Su cuerpo, mostrando que Su carne y Su sangre debían ser entregadas en el sacramento de la oblación a cuantos creyeran en Él.

«Y lo dio a sus discípulos» por su verdadera salvación, para que también ellos hicieran esto en Su nombre, como Él lo hacía por amor a ellos, diciéndoles con dulce voz: «Vosotros, que queréis seguirme en la humildad, tomad con ardiente amor este ejemplo que os dejo,

7. Mateo 26,26-29.
8. Mateo 26,39-42.

Mi Pasión y Mis obras, cumplidas según la voluntad de Mi Padre, porque Él Me envió a enseñar y a revelar Su Reino; y comed fielmente esto que os doy, pues es Mi cuerpo». ¿Qué quiere decir? «Comed Mi cuerpo porque imitaréis Mis obras en vuestra alma y en vuestra carne cuando el Espíritu Santo las inspire en vuestros corazones, como asimila un hombre el alimento que ha tomado; pues así como debéis seguirme en Mis obras, también comeréis Mi cuerpo, vosotros y todos cuantos quieran observar Mis preceptos».

Y luego, tomando por la salvación la copa de la salud, el Hijo de Dios «dio gracias» a Su Padre, pues cuando la sangre brotó de Su costado fue concedida a los fieles una gracia tan poderosa que venció a la antigua serpiente, libró a los hombres de la perdición y fortaleció fielmente a la Iglesia. ¿Cómo? El Salvador entregó a Sus fieles Su precioso ejemplo en la dulzura de Su amor, diciéndoles con la suave inspiración de Su consejo: «Bebed en confianza de esta copa de la salud todos vosotros, que fielmente queréis seguirme, para que mortifiquéis vuestros cuerpos en la angustia, vuestra sangre retengáis en el dolor, por amor a Mí, sacrificándoos a fin de fortalecer a la Iglesia, así como Yo Me he sometido a la Pasión y he derramado Mi sangre por vuestra redención, sin considerar en esto la ternura de Mi carne, sino sediento de vuestra salud. Porque esta sangre derramada por vosotros no es la sangre que, en el Antiguo Testamento, era esparcida en la sombra, sino Mi sangre del Nuevo Testimonio, entregada para la salvación de los pueblos. ¿Cómo? Yo, Hijo único de Mi madre, Hijo de la Virgen inmaculada, derramé Mi sangre en la cruz por la redención de los hombres que en la fe Me contemplan. Y así como entonces la entregué por la liberación del género humano, también ahora la doy por los hombres en el altar para purificación de cuantos fielmente la reciban.

»En la Cena de Mi Pasión os di, pues, Mi cuerpo y Mi sangre para que comierais y bebierais de ellos, y que ahora en el altar hicierais esto, también vosotros, en memoria Mía. Por tanto, en esta revelación de la verdad os digo, a vosotros que fielmente Me seguís: no beberé más de este cáliz de la angustia en el quebranto que ahora padezco por los judíos hasta el mañana aquel en que, resucitado de entre los muertos y postrada la muerte, traiga Yo el día de la salvación: entonces beberé con vosotros, que sois Míos, la copa de vuestra redención y os enseñaré las nuevas de la alegría, porque derrotada estará la perdición del antiguo crimen, y abierto a vosotros el Reino que Mi Padre ha preparado para los que Le aman. ¿Qué quiere decir esto? Con Mi muerte, sufrida en la cruz, sentiréis la salvación de las almas; y cuando, después de Mi Resurrección, ascienda a

los cielos, recibiréis el Espíritu Paráclito y os llenaréis de la nueva y verdadera enseñanza; así que padeceréis en Mi nombre muchas tribulaciones que Yo sufriré con vosotros; no es que vaya a soportar más quebrantos corporales, como los pasé cuando estaba en el mundo en Mi cuerpo, sino que vosotros los sostendréis en Mi nombre, por lo que los padeceré con vosotros, pues estáis en Mí y Yo en vosotros».

Por tanto, todos los que creéis fielmente en Mí tomaréis, como se os ha dicho, el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para borrar vuestros crímenes y que, regocijados por este sacramento, os colme la fuerza de la suprema confortación, como proclama, encendido en Mi voluntad, Mi siervo David, cuando dice:

23. *Palabras de David*

«Del fruto de tus obras se saturará la tierra, haciendo brotar la hierba para el ganado, y las plantas para el uso del hombre, para que saques de la tierra el pan, y el vino que recrea el corazón del hombre, para que lustre su rostro con aceite y el pan conforte el corazón del hombre»[9]. ¿Qué quiere decir esto?

Oh Señor, cuya magnificencia a todos supera, de la fe por la que eres conocido verdaderamente, fruto de las virtudes en Tu sabiduría, se colmará el hombre: aquel que antes, ignorando la verdad y ayuno de rectitud, desfallecía, arraigará en la fe y saciará el hambre de la infidelidad en el camino de la justicia; mira que ahora, rebosante de buenas obras, hace brotar de su alma el arrepentimiento y brinda fielmente a los sencillos, considerando su flaqueza, un ejemplo de humildad; y del germen de la fuerza hace surgir, en esa abundancia colmadora, la planta de la rectitud verdadera para el uso de aquellos que apetecen lo terrenal. Pues para bien de todos ellos alumbra estas obras que, con el obsequio de su cobijo y salvaguarda, guían a las almas fieles al júbilo celestial, como esos que, con el escudo de su fuerza y protección, gallardamente defienden a quienes deben custodiar. Y esto despunta primero entre los hombres según Tu voluntad, oh Señor, a fin de que, engalanados con estas virtudes, maravillosamente saques para ellos el cuerpo de Tu Hijo de ese fruto germinado en la lozana pureza de la tierra, así como Tu Unigénito, venido corporalmente del útero de la castidad virginal, dio con misericordia el pan de vida a cuantos creyeron en Él.

9. Salmos 104 (103),13-15 (según Vulgata).

Y aún obrarás esta maravilla, Señor: que la sangre de Tu Unigénito, derramada por la salvación de las almas, recree la fuerza interior de los hombres, sus espíritus, con la remisión de sus pecados. ¿Cómo? Pues igual que otrora el cuerpo de Tu Hijo fue sacrificado en la cruz por la redención del género humano, Su carne y Su sangre son consagradas ahora en el altar para salvación de los creyentes. Por eso, cuando se haya obrado esta maravilla según Tu voluntad, harás que este sacramento lustre el rostro: la Iglesia bañada en el óleo de Tu misericordia; porque cuantos crean con el júbilo de la fe y abracen la misericordia, hermosos aparecerán ante los ojos del Señor: mira que cuando la Salvación del mundo pendía en la cruz, libró con misericordia a los hombres de los cepos diabólicos, y también entonces los desligó, con Su bondad, de las ataduras del pecado para que, exultantes sus sencillos corazones, creyeran fielmente en Dios y no dejaran de socorrer con ardiente amor a cuantos sufren desdichas.

Y he aquí que en este amor deberán arder todos los fieles para que el pan que da la vida a cuantos lo comen conforte los espíritus de esos que siempre zozobran en la inconstancia: no se incline la mirada de sus corazones al mal, sino que, con ánimo, crezca hacia la vida.

24. *Este misterio se celebrará hasta el fin del mundo*

Este pan es la carne de Mi Hijo, a la que no oscurece la noche del pecado, ni ensombrece la nube de la iniquidad: cuantos dignamente lo tomen verán inundados su cuerpo y su alma de la luz celestial, en la fe les será borrada la sórdida mancha del corazón. No alberguéis, pues, duda alguna sobre esta carne sagrada: comprende que a Aquel que ni de la carne ni del hueso formó al primer hombre Le es posible obrar así este sacramento. Sí, oh vástago virginal, que despuntas, creces, te expandes y haces brotar una inmensa rama llena de retoños, por la que será levantada la Jerusalén Celestial, venido, no de semilla de varón, sino del aliento místico. Pues no conoce atadura ni sombra de pecado Tu alborada, mas floreciste en la maravilla de las virtudes: en un campo agreste germinaste, como flor imperecedera que nunca se marchita, que siempre subsistirá en su lozana plenitud. Así que este sacramento de Tu cuerpo y Tu sangre será adorado en la Iglesia, en la celebración de la verdad, hasta que, al final del mundo, llegue el último de los hombres que ha de ser salvado verdaderamente por este misterio, pues dimanando del secreto del Señor, brinda la salud a los fieles, como testimonia David cuando dice:

25. *Palabras de David*

«Y a las nubes mandó desde lo alto, abrió las compuertas de los Cielos; hizo llover sobre ellos maná para comer, les dio el trigo de los Cielos; pan de Fuertes comió el hombre, les mandó provisión hasta la hartura»[10]. ¿Qué quiere decir esto?

El Padre Celestial, por la potencia de Su gloria, apaciguó desde las alturas de los Cielos los espíritus humanos cuando introdujo a los patriarcas y profetas en el secreto de Su misterio para que predijeran con verdad en el Espíritu Santo al Hijo de Dios y Lo anunciaran maravillosamente a los hombres mediante los preceptos de la Ley, la sangre del macho cabrío y otras revelaciones. Y así, abriendo la suavidad y dulzura de Su corazón, les envió a Su Hijo con la ternura y la cálida llama del amor para que Él aliviara el hambre de su infidelidad, dándoles el alimento de los Cielos con el que, fielmente colmados, alcanzarían el pleno júbilo de toda la dicha y la bienaventuranza. Por tanto, ese pan de cuya dulzura celestial nunca se sacian los ángeles al contemplar al Señor, lo recibió el hombre de la humanidad del Hijo de Dios, cuando el Padre Supremo os envió el manjar de santidad en abundancia para que os colmarais de alegría espiritual. El que tenga oídos en la fe, que oiga:

Oh fieles, que sois la semilla de la Iglesia, escuchad y entended este alivio para vuestras almas; que no sois hijos del Demonio, sino herederos del Reino Celestial. Mirad que Yo, el Padre más dulce y misericordioso, os he colmado de la inmensa dicha de vuestra salud. Ved, pues, la bondad de vuestro Padre: Yo he mandado lo que os salva; porque, aun cuando viles cenizas seáis, la Humanidad de Mi Hijo clama por vuestra redención. ¿Cómo? Mi Hijo nació de una Virgen incorrupta que no conoció dolor, mas permaneció en la lozanía de su pureza, como pradera en la que cae el rocío de los cielos, que en su glorioso verdor subsiste.

26. *Por qué se ofrece pan en el sacramento del altar*

Y por cuanto la Virgen de la que Mi Hijo recibió carne sin pecado era íntegra, justo es, pues, que Su carne se haga ahora de ese fruto, libre del suco de la amargura. ¿Cómo? El grano de trigo es el más

10. Salmos 78 (77),23-25 (los Fuertes son los ángeles).

fuerte y mejor de entre los frutos, no tiene en su tallo ni suco ni médula como otras plantas, sino que de su semilla brota la espiga y esta brinda el fruto, y ni por el frío ni por el calor proporciona amargo jugo, sino harina seca; como seca era, también, la carne de Mi Hijo: sin mancha de polución humana por la que se engendran los hombres en el ardiente abrazo del varón y la mujer. No nació así Mi Unigénito, sino que salió en la lozanía de la pureza, como la caña de trigo germina la espiga. Pues al igual que el tallo de la mies medra sin médula y da granos secos en la pureza de su espiga, también la Virgen bienaventurada gestó a su Santo Hijo sin la fuerza del varón y lo alumbró en la sencillez de la inocencia: Él no recibió de Su madre el suco del pecado, porque lo concibió sin savia de varón; y así como la caña no comunica jugo al grano, pues germina, no por la médula del tallo, sino por el sol, la lluvia y la suave brisa, así la Virgen inmaculada engendró a su Unigénito, no por varón, sino cobijada bajo la sombra de la virtud del Altísimo, llena de la luz y el aliento del Espíritu Santo, en dulce castidad.

Aunque la Virgen nació de la voluntad de un varón y una mujer, no fue así como procreó a su Hijo, pues engendró al Venido de los Cielos, Dios y Hombre verdadero, enteramente puro en su integridad y sin deseo de varón. Y por cuanto Lo concibió en su virginidad, puro y sin mancha, también el pan, ahora consagrado verdaderamente como Su carne, es puro en su candor y ha de ser tomado por los fieles sin fermento ni mezcla algunos, y con el corazón limpio, según enseñé ya a los hijos de Israel, tal como, por voluntad Mía, está escrito:

27. *Palabras de Moisés*

«Acordaos de este día en que salisteis de Egipto, de la casa de servidumbre, pues Yahveh os ha sacado de aquí con mano fuerte; y no comáis pan fermentado»[11]. ¿Qué quiere decir esto?

Vosotros, que queréis seguir a Mi Hijo, mirad de la muerte hacia la vida: acordaos de la salvación de este Día que es Mi Hijo, que conculcó la muerte y dio la vida, día de vuestra salud en que salisteis del desdichado exilio de la perdición, cuando de la oscura noche de la infidelidad os despojasteis, librándoos de la servidumbre en la casa del Demonio, a la que fuisteis entregados por la caída de Adán. Pero

11. Éxodo 13,3.

venga, mirad de las obras terrenales hacia las celestiales, pues con fuerte mano os he sacado del mal, Yo, el Señor: ved que el universo gobierno, invencible es Mi cetro, Mi afilada espada todo lo atraviesa, no hay escollo ni sombra capaz de resistir Mi virtud, así que mediante Mi Hijo os he librado de la tierra donde, por vuestra impiedad, erais siervos de la muerte, donde yacíais sin obrar el bien, postrados en el oprobio, y en él porfiabais, miserablemente.

Pero ahora que Mi Unigénito os ha rescatado de esta opresión, corred de virtud en virtud, guardaos no eche raíz en vuestras almas la impiedad, cuya amargura desalienta y hunde el corazón. ¿Qué quiere decir esto? No queráis ir en pos de las artes diabólicas ni de esas otras fábulas que, envenenados con los sofismas de herejes y paganos, fraguaron para sí los hombres; imitad, en cambio, en el espejo de la fe a Mi Hijo, que os libró de la garra del seol cuando Él mismo se entregó por vosotros a la Pasión de la cruz. Y confortad vuestros corazones con el pan celestial a fin de que prudentemente sigáis Sus pasos: comed con fiel devoción Su cuerpo, pues bajó de los Cielos, nacido de una Virgen dulce y pura, y, sufriendo en el madero de la cruz por vuestra salvación, Se dio a vosotros para que con sincero amor comáis este pan, también dulce y puro, sin fermento de amargura, consagrado como Su cuerpo en el altar por invocación divina, hasta que, saciado el apetito del hombre interior, podáis llegar al ágape de la bienaventuranza eterna.

28. *Por qué se ofrece vino en el sacrificio del altar*

Quiero, ahora, enseñaros la maravilla que obro en el vino de la vid, convertido en sacramento de Su sangre por esta invocación. ¿Qué significa esto?

La sangre de Mi Hijo brotó de Su costado como la uva de la vid. Pero igual que la uva es machacada con los pies y prensada en el lagar, así que mana vino dulce y poderoso para fortalecer la sangre de los hombres, también Mi Unigénito fue conculcado en el quebranto de Su angustia, con golpes y latigazos, y oprimido en el madero de la cruz, así que de Sus heridas fluyó la más perfecta y preciosa sangre: salutífera liberación, derramada sobre los fieles. Y así como la uva es diferente a otros frutos que, al tener una piel dura, se mastican, mientras que la uva suele libarse, también Mi Hijo era distinto de los hombres pecadores, porque estos yacen bajo el peso de la maldad, esclavizados por muchas pasiones, pero Mi Unigénito nació milagrosamente de una Virgen pura, sin contagio de pecado. Por tan-

to, al ser la uva de materia tierna, quiero, pues, que el vino sea consagrado en sangre de Mi Hijo.

Sí, como de la vid mana el vino salió Mi Hijo de Mi corazón; Mi Unigénito es la vid verdadera y de ella brotan muchos sarmientos, porque han sido plantados en Él los fieles que dan fruto en el bien por Su Encarnación. Y así como mana este jugo del dulce y poderoso fruto de la vid, por la Encarnación de Mi Hijo se revela toda la justicia en la misericordia y la verdad, virtudes que en Él encontrarán todos cuantos fielmente Le busquen. ¿Cómo? Los que con la fe arraiguen en Él, por Él germinarán y darán fruto: serán exuberantes en la virtud, igual que Él, dulce y tierno, hizo brotar preciosos vástagos en la santidad y en la justicia, y de la sórdida impiedad purificó a cuantos creyeron en Él, según está escrito en el Cantar de los Cantares:

29. *Palabras del Cantar de los Cantares*

«*Racimo de uvas* es mi amado para mí, en las viñas de Engadí»[12]. ¿Qué quiere decir esto?

El Hijo de Dios que me salvó, a mí, alma exiliada, con Su Pasión, también me ha dado misericordiosamente en Su Resurrección la copa de la vida. ¿Cómo? Así como un racimo de uvas es rica fuente de bebida, también la excelencia del Unigénito de Dios alberga inextinguible abundancia: nunca se agotará, no dejará de brindar el agua de vida a los sedientos, mira que Él mismo es la Salud de la Vida. Y henos aquí ahora confortados por la revelación y la ciencia de la verdadera santificación en las buenas obras, mientras que antes desfallecíamos: henos aquí comiendo el pan de vida por el que conocemos al Señor y caminamos hacia la Vida, mientras que bajo el Anti-

12. Cantares 1,14. El verso que verdaderamente figura en Cantares 1,14 es: «Racimo/ ramillete *de alheña* es mi amado para mí, en las viñas (vergeles) de Engadí». En latín *botrus cypri* es equívoco, pues puede significar tanto «racimo de alheña» como «racimo de uvas de Chipre»; ahora bien, conviene tener presente que sólo este primer sentido se ajusta a la traducción de los versos de Cantares mencionados y que el segundo, aun lícito en latín, no es admisible como traducción de la palabra hebrea *kopher* (alheña) en los referidos versos de Cantares. La autora, según se deduce de la glosa, ha tomado *botrus cypri* por «racimo de uvas de Chipre». Dada su peculiar lectura, hemos preferido traducirlo por «racimo de uvas», omitiendo el prescindible «de Chipre». En los huertos, o vergeles, de Engadí crecían balsameras, entre las que se incluye la alheña, de la que se extraían perfumes, unguentos y tintes, que le dieron mucha fama; las flores de la alheña simbolizaban, además, las bodas. El uso latino de *cyprus* para designar esta planta parece provenir de que en la isla de Chipre abundaban, también, las alheñas. No tenemos noticia de que alguien haya consignado este equívoco, digno de mención, en el *Scivias*, ni de que dicha interpretación haya tenido precedentes o consecuentes. (*N. de los T.*)

guo Testamento, sombra sin sentido pleno pero que albergaba en sus designios muchos significados, gran hambre soportamos, sin poder levantarnos a la salvación. Y ahora, colmados ya en Él, en Él bebemos también la copa de la salud: saboreamos fervorosamente en la fe verdadera al Señor, a Quien no podemos contemplar con nuestros ojos exteriores de carne perecedera, pero al que tenemos en nuestro interior por la inteligencia espiritual, como manifiesta el vino su poderosa fuerza en las venas de los hombres, aunque estos no lo vean y sólo sepan que está dentro de ellos.

Racimo de uvas es, pues, el Esposo de las almas, cuyo fruto no falta, como echa en falta el ciego su visión al cruzar la puerta: pues cuando aquel a quien falte la luz de la fe la alcance, entrará, por la presión del lagar, en el rocío de la sangre de Cristo. ¿Cómo? Así como tenemos vida en nuestras almas por Sus preceptos, por don Suyo recibimos la purificación de nuestra carne: porque, nacidos en la culpa de Adán, somos inmundos, pero Su sangre nos santifica. Por eso el alma desposada, llena del Espíritu Santo, dice de Él: «Dulce y amable es mi Amado al corazón, fuerte vino es Su sangre que plenamente me santifica; pues, mientras que inmunda era yo en la siembra de la carne, como viña aún sin cultivar entre espinos yace, Él, manantial de salvación, lava con misericordia la sordidez de los pecadores y en el misterio de Sus secretos con Su gloria los bendice; mira, igual que del corazón del Padre salió suavemente, también suavemente muestra Su sangre en el vino; y así como nació de una Virgen milagrosamente, también milagrosamente revela Su cuerpo en el pan: es, en verdad, el racimo que ni se seca ni se agota».

Así que como en un lagar es machacado en el ara por voluntad del Padre para que el hombre, incapaz de subsistir por sí mismo, no desfallezca a causa de su desvalida fragilidad: pues igual que la bebida hace medrar la sangre humana, la sangre del Hijo de Dios santifica al hombre. Y lo mismo que tu sangre se marchitaría, si no corre el agua por tus venas reanimándola, que no falte, pues, el vino para ser consagrado en sangre de Mi Hijo y esté siempre sobre el altar en el sacramento de Su misterio.

30. *Por qué en el sacramento del altar debe haber agua en el vino*

Pero fíjate bien, que en esta consagración el vino ha de mezclarse con agua, oh hombre: pues por el costado de Mi Hijo manaron sangre y agua; así que en el vino entenderás Su divinidad, en el agua

sentirás Su humanidad. Y por cuanto en Él están juntas Divinidad y humanidad, en esta consagración el vino debe llevar agua; porque el vino representa Su Divinidad y el agua revela Su humanidad, sin mezcla de sangre de varón, limpia y pura. Mira que Mi Unigénito es el manantial de agua viva: lavó a los hombres la vieja culpa de Adán en la renovación del Espíritu y del agua y los condujo a los Cielos cuando vino al mundo por su salvación, como está escrito:

31. *Palabras de Sabiduría*

«Y yo, como canal derivado de un río, como caz que del Paraíso sale»[13]. ¿Qué quiere decir esto? Cuando Dios consolidó al hombre con el raciocinio, le infundió valiosos secretos místicos: al insuflarle el aliento de vida, le enalteció con la razón. Y, mientras seducido caía en la muerte, Yo, el Hijo de Dios, vine a liberarlo, fluyendo con la belleza de todos los canales que derivan del amor, manando en el anchuroso caudal de la pureza inagotable y verdadera: del secreto del vergel celestial salí para rescatar misericordiosamente al hombre de la perdición, pues encadenado a su culpa, agonizaba. ¿Cómo? Por ellos fue derramada la límpida sangre de la diáfana Inocencia, destilada con el sudor en el quebranto de la Pasión. ¿Por qué? Cuando, por su transgresión, Adán fue expulsado del Paraíso, la angustia de ser culpable agitó su sangre que se desbordó y, como ese mismo tormento le hizo sudar, se mezcló con agua. Así se sabe que, a través del sudor, en la sangre humana hay agua.

Por tanto, oh hombre, cuando el Unigénito de Dios, queriendo padecer por el género humano, empezó a sufrir la angustia en Su carne, Su sangre manaba gotas de sudor y luego, estando ya en la cruz, de la herida de Su costado brotó agua con sangre. Así, en este sacramento en el que se celebra el misterio de Su Pasión, el vino debe estar mezclado con agua: porque del costado herido del Hijo de Dios salieron agua y sangre. Pero, en este sacrificio, el vino ha de ser más abundante que el agua, pues también la sangre domina en la mezcla con otros humores, como la leche excede a su jugo, el suero. Que quienes celebren este misterio lo cumplan, por tanto, como se les ha enseñado y como les exhorta a hacer la Sabiduría que, llena de Mi inspiración, les convida diciendo así:

13. Eclesiástico 24,30 («*del* Paraíso» en Vulgata).

32. *De nuevo, palabras de Sabiduría*

«Venid y comed de mi pan, bebed del vino que he mezclado»[14]. ¿Qué significa esto? Vosotros, que queréis dejar la simpleza, venid de la ignorancia en que olvidabais al Señor, venid de la ignominia que os deparó el exilio, volved a vuestra esplendorosa patria, a vosotros mostrada por el espejo de la fe en el manantial de aguas vivas; y con piadosa devoción comed Mi pan, pan que ni el hombre sembró en los campos ni de la tierra recibió el vigor, sino que vino de Dios y en Él permanece. Sí, igual que el pan se come y la tierra es hollada, el Hijo de Dios, pan vivo, destaca sobre los hijos de los hombres: mira que el Hijo de Dios es firme en la virtud de Su divinidad, mas los hijos de los hombres son lábiles en la flaqueza de su carne. Y, estando el Hijo de Dios corporalmente en el mundo, Su carne no conoció el mórbido suco del pecado, pues como el fuego, al hornear el pan, lo seca y no deja en él humedad ni blandura, así era también el Unigénito de Dios: concebido en el poderoso fuego del Espíritu Santo y nacido de una Virgen casta, sin contagio de pecado en Su cuerpo. Y lo mismo que el pan reconforta al hombre, el Hijo de Dios apacienta en la fe a los creyentes, pues es exuberante fruto que nunca se acaba.

Así que comed, fieles Míos, este pan y bebed también con diáfana mirada este vino que, libre de toda inmundicia, no os llevará a errar por esos vanos ensueños donde la perversidad devora la pureza de la inocencia y en veneno la convierte.

33. *La caída de Adán envileció su sangre*

Pues de esa pureza gozaba el primer hombre cuando fue creado, mira que no albergaba discordia alguna, sino que era inocente en su carne y en su sangre. Y he aquí que, al cometer pecado, cayó en la mentira, así que desde entonces siempre esparce su sangre en la hez de la sórdida fornicación; porque como despreció el esplendor de la inocencia, su sangre perdió su color y se envileció, convirtiéndose en el líquido derramado durante la procreación humana. Este líquido carece de toda configuración hasta que vuelve a surgir la sangre, al gestarse otra forma que, nada más originarse, yace inerme mientras su médula adquiere plena fortaleza y despierta en ella la ciencia, por

14. Proverbios 9,5.

el secreto aliento de la vida. Entonces aparecen una carne y una sangre puras, libres de veneno, hasta que el calor infesto las enardezca, y en su embate arroje la espuma ponzoñosa de la inmundicia. Pero el Hijo de Dios era puro en todo esto, Su carne y Su sangre eran puras, así que nunca Le alcanzó la llama del fuego venenoso, sino que, permaneciendo en la gloria y esplendor de Su lozana cas-tidad, no pudo envilecerle contagio alguno. Y cuando sufría en la angustia de la Pasión, de Su costado fluyeron agua y sangre; porque no se derrama sangre sin agua, pero mezcladas de modo que la sangre fortalece al agua y esta mitiga la sangre.

34. *Una inmensa dulzura vivifica a los comulgantes*

Por eso vosotros, que queréis adorar devotamente al Señor porque amáis vuestra salud, bebed esta copa de la santificación que os he preparado para que la dulzura de la remisión mitigue la dureza del castigo y no sintáis ya su amarga hiel, pues en el Hijo Celestial se hallan Divinidad y humanidad: Su Pasión os liberó de la muerte, Su cuerpo y Su sangre os hacen renacer a fin de que habitéis en la eterna morada. Pero Yo, que soy el Principio y el Fin, una vez más te digo, oh hombre: Mi noble Hijo es la flor del rosal y el lirio de los valles, nacido de una Virgen inmaculada que Lo engendró en su pureza, y Su nacimiento apaciguó la ira que en Mí desató la iniquidad de los primeros padres con su desobediencia.

Por eso siempre contemplo este nacimiento cuando el cuerpo y la sangre de Mi Hijo son consagrados cada día sobre el altar en Mi nombre para que, al comer esta carne y beber esta sangre, seas santificado por este sacramento, oh hombre. Pues allí donde el sacerdote celebre el rito, según le ha sido ordenado, invocándome con las palabras sagradas, estaré Yo con el mismo poder con que estuve allí donde Mi Unigénito Se encarnó, sin discordia de pecado, así que Su cuerpo era muy puro y muy dulce, lleno de santidad, y por eso, cuantos ahora reciban fielmente Su carne y Su sangre, serán renovados con tal dulzura que nunca más sufrirán desprecio ni desdén, como está escrito en el Cantar de los Cantares:

35. *Palabras de Salomón*

«¡Ah, si fueras tú un hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre! Podría besarte, al encontrarte afuera, sin que me despre-

ciaran»[15]. ¿Qué quiere decir esto? Así dice el clamor y la devoción de cuantos están fielmente arraigados en la Iglesia: «Ah, quién Te entregara a mí, hombre mísero y malhadado como soy, en dulce oblación, Esposo de la Iglesia al que llamo hermano mío por Tu encarnación, amamantado en la misericordia y la verdad, manjares con que apacienta a los hombres la Divinidad, madre de mi creación que me enseñó a florecer, dándome la vida». ¿Qué quiere decir esto? «Los alimentos de la Iglesia llenos están de Tu gracia, mira que le brindaste plenitud y abundancia con el sacramento de Tu cuerpo y Tu sangre, oh Pan vivo y manantial de aguas vivas. Y obras así para que, con clara certidumbre, Te encuentre afuera —sabiéndote Hijo de Dios en los Cielos, también Te vea como Hombre en la tierra, que mis ojos mortales no pueden contemplar Tu Divinidad—, para que Te encuentre en el pan y en el vino del divino misterio, sacramento sin el peso del engaño ni el quebranto de la mentira, y pueda, entonces, besarte; pues por mi salud Te encarnaste, me has hecho partícipe de Tu cuerpo y Tu sangre, así que al venir al mundo por mi causa y entregarte a mí, ya nunca más me despreciarán las criaturas que, a Ti sometidas, siempre cumplieron Tu voluntad, mientras que yo, rebelde a Tus preceptos, muchas veces me enfrenté a Ti».

36. *El sacramento se cumple con la invocación del sacerdote*

Ahora pues, como puedes ver, cuando el sacerdote, ofrecido el sacrificio en el altar, empieza a invocarme con las palabras que el Espíritu Santo le ha prescrito, en verdad te digo, oh hombre, que estoy allí en Mi ardiente fuego y con pleno deseo realizo este sacramento. ¿Cómo? Al obrar este misterio, extiendo la llama de Mi cálido amor sobre la oblación desde el comienzo de la invocación del sacerdote, recordando que Mi Hijo, en la angustia de Su Pasión, bendijo el pan y el vino como sacramento de Su cuerpo y Su sangre y lo dio a Sus discípulos para que, también ellos, hicieran lo mismo por la salud de los hombres. Y en verdad os digo que jamás habrá invocación sobre esta ofrenda en memoria de Mi Unigénito sin que en ella se cumpla el misterio de Su cuerpo y Su sangre, que vuestros ojos carnales no podrán contemplar mientras seáis ceniza, salvo lo que vislumbréis, con humilde devoción, por la fe. ¿Cómo? Cuando el pájaro ve que ha puesto un huevo en su nido, abre ardientemente

15. Cantares 8,1 (en Vulgata: «Ah, quién te entregara a mí como si fueras hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre, para encontrarte afuera y besarte sin que nadie ya me despreciara»).

sus alas sobre él y, al confortarlo con su calor, sale el pollito: la cáscara queda en el nido, y el nuevo pájaro emprende el vuelo. ¿Qué quiere decir esto?

Cuando se ha ofrecido la oblación del pan y del vino sobre el altar dedicado a Mi nombre en memoria de Mi Hijo, Yo, el Todopoderoso, la transformo milagrosamente, iluminándola con Mi poder y Mi gloria, en el cuerpo y la sangre de Mi Unigénito. ¿Cómo? Por la misma maravilla por la que Mi Hijo Se encarnó de una Virgen, se convierte la ofrenda en Su carne y Su sangre en esta consagración. Pero aquí el pan y el vino son visibles a los ojos exteriores y, en cambio, por dentro permanece invisible la santidad del cuerpo y la sangre de Mi Hijo. ¿Cómo? Cuando Mi Hijo estaba entre los hombres en el mundo, también estaba junto a Mí en el cielo, y ahora que permanece Conmigo en el Cielo, también permanece con vosotros en la tierra. Pero esto es espiritual, no carnal.

37. *La presencia de Dios en las criaturas*

Así, también Yo, el Padre, estoy presente en toda criatura y no Me ausento de ninguna como te ausentas tú, oh hombre; cuando te miras en el agua, aparece en ella tu rostro, pero desprovisto de fuerza, y al alejarte, se borra. En cambio Yo no Me aparezco a las criaturas con esa inconstancia, sino que estoy en ellas con presencia verdadera, y no aparto de ellas Mi poder, antes bien, ejerzo en ellas la fuerza de Mi voluntad, según Me place. Por tanto, también muestro verdaderamente Mi majestad en el sacramento del cuerpo y la sangre de Mi Hijo: desde que el sacerdote empieza a recitar las palabras secretas y hasta que el pueblo recibe este misterio, obro allí Mis maravillas de forma prodigiosa.

38. *Horas en que puede celebrarse el oficio de la misa*

Este oficio sacerdotal podrá ser celebrado por los fieles desde la primera hora del día hasta la nona —según convenga a las necesidades de tiempo de las costumbres humanas—, porque Adán se levantó al alba y en la hora nona fue seducido, y porque la Pasión de Mi Hijo empezó en el crepúsculo y, como es sabido, se consumó hacia la hora nona en que, agonizando en la cruz, exhaló Su espíritu y con Su muerte derrotó gallardamente a la muerte; allí fue donde la Iglesia, que asistía a Mi Unigénito, recibió su dote, y esto han de celebrarlo ahora los hijos de la Iglesia.

39. *Los comulgantes deben estar en ayunas*

Pero los sacerdotes celebrarán este oficio sacrificial con el vientre vacío y no lleno, no sea que la digestión de los alimentos desvanezca el deseo espiritual, porque el ágape del espíritu debe ir antes que el sustento de la carne, y porque el espíritu ha de ser venerado, y la carne, confortada. Mira que este sacramento será tomado con deseo espiritual, no con apetito carnal: recibido, pues, en ayunas y no habiendo comido, salvo en caso de necesidad, cuando alguno crea hallarse en trance de muerte. Mi Hijo dio Su cuerpo y Su sangre a Sus discípulos al final del día, porque les traía la mañana verdadera de la vida eterna y porque, en la plenitud de los siglos, al pasar la muerte temporal de los hombres, los elegidos brillarán como el Sol en Mi Reino.

40. *El Demonio, no el hombre, cayó sin que ninguno le tentara*

Y así, Mi Unigénito mostró en Su Resurrección que las almas de los justos habían sido rescatadas del seol, y el género humano, conducido a la renovación de la vida eterna, vida que los ángeles malditos perdieron al apetecer la muerte sin que nadie les instigara: no hubo otro seductor que ellos mismos, pues no tenían dentro el sabor del pecado, como lo tiene el hombre en la flaqueza de su cuerpo. Y por cuanto el hombre, siendo frágil su cuerpo, fue seducido por el destructor, ha sido restituido a la vida por el Constructor; en cambio Satán, que era libre de ataduras corporales, quedó abandonado en su perfidia. Y al hombre se le ha dado el manjar verdadero y salutífero en el recibir el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para que, confortada invisiblemente su alma por este sacramento, se levante y resista con gallardía a su invisible adversario.

41. *Al comulgar debe considerarse la santidad y no la cantidad*

Cuantos tomen este sacramento, en mayor o menor cantidad, sepan que, tanto quien recibe mucho como quien recibe poco, todos reciben una y la misma fuerza; porque este sacramento no radica en la cantidad, sino en la santidad, y salva a cuantos lo toman según su fe, tal como está escrito sobre el maná:

42. *Comparación con el maná*

«Así lo hicieron los israelitas; unos recogieron mucho y otros poco. Pero cuando lo midieron con el gomor, ni los que recogieron mucho tenían de más, ni los que recogieron poco tenían de menos. Cada uno había recogido lo que necesitaba para su sustento»[16]. ¿Qué quiere decir esto? Los hijos de la elección, que ardientemente desean contemplar al Señor, aguardan el sacramento celestial como les ha sido ordenado y lo recogen en sus entrañas según las enseñanzas de sus primeros maestros; conforme a lo que de ellos aprendieron lo escrutan en sus almas y, en el secreto almiar de sus corazones, unos albergan mayor devoción, y otros, menor intención. Entonces lo miden con su criterio, según el sentir de sus almas: juzgan la fe que en Dios tienen, sin dividirla, sino en su totalidad, y meditan sobre la naturaleza y magnitud de la devoción con que reciben el cuerpo y la sangre de su Redentor. Pero este sacramento no será más santo porque se obtenga una cantidad mayor, ni lo será menos porque se tome una menor cantidad: iluminará a quien lo reciba según su fe. Así que, oh hombre, no importa la cantidad recibida, pues el Señor Todopoderoso se halla tanto en una pequeña parte de la ofrenda de este misterio como en una grande; por tanto, que cuantos lo tomen piensen sólo en tener al Dios Uno y Trino en sus corazones, con fe íntegra y firme. Y así, que cada fiel recoja, con sincero y recto corazón, el sustento que su alma necesite según la potencia de su fe, guardándose de escrutar la Divinidad por alturas o profundidades que rebasen lo que, con su razón y su pensamiento, puede captar, antes bien, actúe mesuradamente, como le enseñó el Espíritu Santo, sometiéndose al temor de Dios, pues mísera ceniza es el hombre.

43. *No debe dudarse de este sacramento*

Pero, oh insensatos, no dudéis de que este sacramento, así mostrado a vosotros, es el cuerpo y la sangre de Mi Hijo. ¿Acaso no recordáis de dónde creé la carne y la sangre de Adán? Del barro de la tierra las hice, en verdad. ¿Qué os parece, pues? ¿Es más sencillo para Mí hacer de esta oblación la carne y la sangre de Mi Hijo, o formar al hombre del barro de la tierra? El varón derrama la simiente que proviene de su sangre y la mujer la recibe, pero ¿qué más añaden enton-

16. Éxodo 16,17-18.

ces? Nada en absoluto: ni en cuanto a la creación, ni en cuanto a la carne del hijo. Luego ¿Quién sino Yo, Padre de todos, forma al hombre en su carne, sus huesos, su médula, su hermoso rostro? Ni el padre ni la madre tienen poder para formar o crear al niño y, salvo derramar su sangre en ardiente pasión, nada más pueden hacer, después, para configurarlo. ¿Acaso podéis ver cómo se realiza todo esto, si sólo sois capaces de discernir su resultado?

Pero tú, oh hombre, dices: «No veo que esta oblación sea de carne y sangre como sí veo que un ser humano está hecho de carne y sangre», a lo que respondo: «Visteis a Mi Hijo, siendo hombre mortal, con cuerpo y sangre, en la tierra; ahora es inmortal en el Cielo, así que no podréis contemplarlo con los ojos de vuestro cuerpo, ni ver cómo Su carne y Su sangre son consagradas en el altar, sacramento que no se cumple para gloria del sacerdote, sino de Mi Unigénito, que celebró este oficio en la Cena con Sus discípulos. Pero, igual que no os es posible contemplarme en Mi esplendor mientras seáis mortales, tampoco veréis la carne y la sangre de Mi Hijo carnalmente —con los ojos de vuestra carne—, porque no podéis percibir lo invisible, sino que vuestra mirada perecedera sólo es capaz de captar lo visible de forma visible».

44. *Pan, vino y agua se ofrecen en honor de la Trinidad*

Este sacramento debe ofrecérseme en tres elementos. ¿Cuáles? El pan, el vino y el agua, en honor de la Trinidad. Mira que si faltara alguno de los tres, la Trinidad no sería, entonces, verdaderamente adorada; porque el vino designa al Padre, el pan al Hijo, y el agua al Espíritu Santo; así pues, quien ofrezca vino sin pan ni agua, honrará al Padre, pero negará al Hijo y al Espíritu Santo; quien entregue pan sin vino ni agua, tendrá al Hijo, mas rechazará al Padre y al Espíritu Santo; quien presente agua sin vino ni pan, atenderá al Espíritu Santo y, en cambio, rehusará al Padre y al Hijo; quien dé vino y pan sin agua, tendrá al Padre y al Hijo, mas no al Espíritu Santo; quien ofrezca vino y agua sin pan, honrará al Padre y al Espíritu Santo, pero negará al Hijo; quien presente pan y agua sin vino, atenderá al Hijo y al Espíritu Santo, mas rechazará al Padre. Que no haya, pues, escisión en este sacramento, porque Yo, existiendo inseparablemente en Tres Personas, soy un solo Dios indivisible, así como en un mismo hombre se hallan el pensamiento, la voluntad y la obra, y sin ellos no sería.

45. *El sacerdote que no ofrezca estos tres elementos, será castigado*

Si hubiera defecto en este sacrificio, faltando allí el pan, el vino o el agua, aquel cuya negligencia fuera la causante será, en verdad, sometido a un grave castigo. Mira, si esto ocurriera a sabiendas, por indiferencia del tibio, o con infidelidad, por la duda del incrédulo, apartaré de Mis ojos al culpable, a no ser que, entrando en sí mismo con sincera atrición, se imponga un duro escarmiento; y, de suceder inadvertidamente, por negligente olvido, el causante deberá responder de su culpa ante Mí y la expiará con la penitencia, porque no se fijó bien si estaba todo lo indispensable para Mi sacrificio. Cuando Mi Hijo pendía en la cruz no faltó allí nada de cuanto era menester para la salvación, pues al derramar Su sangre, redimió las almas de los hombres, por lo que nada debe olvidarse en este misterio. Sí, este sacramento es la santificación más sagrada, toda santidad, y, por ello, esta carne y esta sangre han de ser recibidas con plena fe y devoción.

46. *Cómo se distribuye al pueblo el cuerpo y la sangre de Cristo*

Que quien coma, pues, esta carne sagrada, no se niegue a beber la sangre de este misterio, porque Mi Hijo es puro, más que todo cuanto existe, y es el espejo de la virtud, así que Su noble sangre debe ser recibida, a no ser que la simplicidad del comulgante haga temer al sacerdote el riesgo de que sea derramada; entonces procederá con él como frente a la ingenuidad de los niños, a los que se les concede el alimento del pan, pero se les niega la copa de vino. Por tanto, que a este le sea dada la carne sacrosanta y denegada la líquida sangre para evitar un riesgo aún mayor y porque, además, la carne sagrada está unida a Su sangre, y la sangre a Su carne en una sola santidad. Pero si un hombre semejante poseyera el juicio requerido para custodiar este misterio, que, entonces, cuando se le dé a comer la carne santa, beba también la sangre de esta carne.

47. *Las vestiduras y palabras de esta celebración*

Que el sacerdote oficiante de este sacramento se atavíe juiciosamente con las vestiduras que los antiguos padres, ilustrados por el Espíritu Santo, establecieron como indumentaria de esta ceremonia; y se fije bien en las palabras que el Espíritu Santo inspiró a dichos padres en orden a celebrar este misterio, guardándose, con toda soli-

citud, de omitir algo, velando con devoción por atenerse al ejemplo que dejó Mi Hijo al tomar el pan y el cáliz y dárselo a Sus discípulos para que comieran y bebieran de ellos. Mira: el que por negligente olvido omitiera, sin percatarse, algo de lo perteneciente a este oficio, sea en las vestiduras o en las palabras, deberá ser escarmentado mediante una dura y reparadora penitencia; aunque si busca Mi misericordia, la encontrará, pues no cometió este yerro por voluntad o mala intención. Al que, en cambio, quebrante conscientemente este sacramento, por la tibieza de su voluntad o por la perfidia de su corazón, airado le diré así:

48. *Palabras del Señor al sacerdote negligente*

«Siervo malvado, ¿por qué no te ataviaste debidamente con la vestimenta sacerdotal según te prescribieron los sumos maestros de la antiguedad, llenos del Espíritu Santo, para distinción del oficio espiritual, como Me obsequian los ángeles, fieles servidores Míos? ¿Por qué no respetaste el tenor de las palabras que dichos padres, imbuidos del Espíritu Santo, te encomendaron con el fin de consagrar el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para salud y gloria del género humano?». Quien sea, pues, reo de esta culpa, responderá de ella ante Mí, a no ser que, contrito, él mismo se dé escarmiento con férrea penitencia.

49. *El sacerdote oficiante también comulgará*

Y el sacerdote que Me ofrece estos manjares en el altar, no se retirará ayuno de ellos, sino que recibirá el cuerpo y la sangre de Mi Hijo para apacentar su alma. Pero, de saberse abrumado por una pesada carga e indigno, pues, de este ágape, que no se atreva a acercarse a Mi mesa ni, inmundo en la hez de sus culpas, tocar a Mi Hijo como hicieron esos que envilecieron la mesa y la gloria de Su nacimiento, decapitando cruelmente a «la lámpara que arde»[17]. Por tanto, que quien esté así mancillado, muestre la índole de su mal al Sumo Sacerdote —Mi Hijo—, y se confiese, también, ante otro sacerdote, mortal como él, que le enseñará, con la penitencia, el remedio del consuelo; entonces podrá regresar, ya purificado, a su oficio.

17. Juan 5,35.

50. *El sacerdote dirá sólo las palabras del canon*

Mira que Yo, Padre de todo cuanto existe, no quiero que el secreto tenor de las palabras sagradas con que debe invocarme el sacerdote en el altar se vea alterado con prolijos y pomposos discursos, sino que sea conforme al recto canon de los primeros maestros que, por don del Espíritu Santo, aprendieron a invocarme con memoria fiel, sin la facundia de la falsa sabiduría, antes bien, con sencillez de corazón: que no Me complazco en el mucho hablar, sino en la pureza de espíritu de cuantos con devoción Me buscan y cordiales Me abrazan, henchidos de amor. En otras ocasiones otorgo a Mis elegidos, cuando Me buscan, Mi gracia según los distintos dones del Espíritu Santo, pero en este sacramento Me doy a ellos plenamente, porque Mi Hijo está en Mí, y Yo estoy en Mi Hijo, el Espíritu Santo está en Nosotros y Nosotros en Él, y somos Uno en la Divinidad, como el cuerpo, el alma y la fuerza de una criatura humana forman un solo hombre vivo. Por tanto, que quien se acerque a este sacramento, mire por venir de tal modo que no ofenda la gloria de la Divinidad.

51. *Cinco modos de comulgar*

Pero, *mientras los demás se acercaban al sacerdote para recibir el sacramento, advertiste, oh hombre, que, por sus rasgos, se agrupaban en cinco géneros*: pues cuantos deseen recibir del sacerdote la comunión del divino misterio, habrán de purificar sus cinco sentidos corporales de la sordidez de sus pecados y preservarlos, digna y laudablemente, frente a la oculta inmundicia para que tomen este sacramento con salud.

52. *Los de cuerpo luminoso y alma ígnea*

Así pues, *de entre los que, como has visto, se acercaban al sacramento, unos eran de cuerpo luminoso y alma ígnea*: por cuanto poseen radiante fe en el sacramento, no dudan de que sea el cuerpo verdadero y la sangre verdadera de Mi Hijo; por tanto, al percibirlo con esta fe, son confortados y bendecidos en su carne para que, santificados por este misterio, aparezcan después de la resurrección en el Cielo con ese cuerpo; y son transformados y encendidos en su alma por el ígneo don del Espíritu Santo a fin de que, llenos de Su iluminación, rechacen lo terrenal y anhelen lo celestial. ¿Cómo? Así

como el viento aviva el fuego en incendio, este sacramento los inflama para que ardan en el supremo amor.

53. *Los de cuerpo pálido y alma tenebrosa*

Otros, en cambio, parecían de cuerpo pálido y alma tenebrosa: tibios en la fe, no poseen firme creencia en este sacramento, mas son necios a los que la sabiduría resulta incomprensible, como niños, pueriles al obrar. Porque conocen de oídas, por fuera, y perciben con tardos corazones cuanto se les dice sobre este sacramento, así que podrían —si quisieran— aprehenderlo plenamente en la fe, pero la duda habita en ellos y les impide intuir la inmensa santidad que hay en él. Mira, pues, que llenos de brumas están por dentro: incapaces de elevar sus espíritus hacia la perfección porque, en pecado concebidos, la pesada carga de sus frágiles cuerpos los atenaza, de modo que no pueden alcanzar la plenitud de la creencia; pero si vencieran la tibieza de sus corazones, estarían en mayor armonía con el espíritu y captarían la fe.

Los que, en cambio, no están todavía postrados bajo el grave peso de los pecados cometidos, preciso es que se avengan, bien que fueran reacios, con el Espíritu, porque su alma, no habiendo perecido en el mal, aún posee fuerza suficiente para someter al cuerpo a su voluntad. Hay, pues, una lucha entre el cuerpo y el alma: el alma quiere subyugar al cuerpo, rebelde a ella por la concupiscencia de la carne, que es pecado; y el cuerpo desprecia la justicia arraigada en el deseo del alma que ama la vida. ¿Qué quiere decir esto? Lo muerto apetece la muerte, y lo vivo ama la vida. ¿Cómo? La carne desea el pecado, y el alma, la justicia: en esto son contrarios y rara vez concuerdan. Pero así como un niño es alimentado y saciado sin trabajo ni esfuerzo racional por su parte, estos hombres son renovados por el sacramento sin que se percaten, pues no lo desprecian con furia ni contumacia, sino que tan sólo lo abrazan con ánimo insípido.

54. *Los de cuerpo hirsuto y alma sórdida*

Había algunos de cuerpos hirsutos y alma sórdida por la mucha inmundicia del pecado humano: porque son sórdidos y procaces en cuanto a su carne, viven sin pudor, mancillándose en el fango de los vicios como se revuelcan los puercos en el barro, y así emponzoñan sus almas al infestarlas con la dañina y contagiosa inmundicia del

pecado humano. Y como, sembrados de cizaña, no temen acercarse envilecidos al sacramento del cuerpo y la sangre de Mi Hijo, deberán ser acendrados por esta presunción en el fuego del crisol: en esta purificación no les negaré, sin embargo, Mi misericordia, pues preveo que se levantará en sus corazones una penitencia justa.

55. *Los del cuerpo con espinas afiladas y leprosos de alma*

Otros, con el cuerpo rodeado de espinas muy afiladas, semejaban leprosos de alma: porque habita en sus corazones la ira, el odio y la envidia, y con estas espinas de la iniquidad espantan de sí la ternura, la dulzura y el amor; así que, al apetecer el mal y rechazar el bien, infligiendo ofensas a los demás hombres con su irrisión, vuelven inmunda su alma como una funesta herida. Si se acercan de este modo al divino misterio, se perjudicarán gravemente; pero volveré Mis ojos a ellos el día en que se castiguen con dureza y supliquen Mi gracia haciendo penitencia.

56. *Los de cuerpo ensangrentado y alma como cadáver putrefacto*

Y los últimos llevaban el cuerpo ensangrentado y era su alma fétida como cadáver putrefacto: con su cruenta mano siembran la hostilidad entre los hombres y vuelven fétida su alma, como ponzoñosa peste, por su feroz perfidia, pues no sienten temor de Mí y arruinan con su atrocidad cuanto fundé en el hombre. Por tanto, si, infestados en esta podredumbre, no temen recibir el cuerpo y la sangre de Mi Hijo, con graves heridas ellos mismos se abatirán al atreverse a tocar, inmundos, este sacramento; pero el manantial de salvación también pasará sobre ellos el día en que, con digna penitencia, se esfuercen por purificarse de su infamia.

57. *El resplandor o la calígine que llenan a los comulgantes*

Pero al recibir cada uno de estos el sacramento, a unos llenó de luz un resplandor de fuego y a otros, en cambio, una oscura calígine los entenebreció: mientras los creyentes procuran acercarse al misterio del cuerpo y la sangre de Mi Hijo, los que lo reciben con mente devota y diáfana fe, brillantes en sus buenas obras, son iluminados por don del Espíritu Santo para salud de sus cuerpos y de sus almas;

pero quienes lo tomen con hostil corazón y ánimo errático, aletargados en sus malos actos, se concitarán las brumas de una presumible desdicha que, para perjuicio suyo, los anublará por dentro y por fuera: mira que temerariamente osaron unirse, mancillados, a esta santidad. Pues quien sea tan rebelde y contumaz que no tema envilecerse por la fornicación consigo mismo, solazándose al tocar los miembros de su propio cuerpo; ni mancillarse fornicando con otros, al derramar su simiente con un varón o una mujer; ni encizañarse con los demás hombres, presa de la ira, el odio, la envidia; ni ensangrentarse por el asesinato de cuantos se crucen en su camino; y así, inmundo y deshonrado, osa temerariamente acercarse al cuerpo y la sangre de Mi Hijo, sin purificarse con la confesión, sin enmendarse por la penitencia, irá a parar por su culpa, consciente y sabedor, al fuego del juicio. ¿Cómo? Será acendrado de esta presunción suya y de su pecado como el oro en el crisol, hasta que no le quede ni sombra de su audacia, pues se acercó, infestado en su inmundicia y deshonra, a la comunión del Cordero Inocente. Porque quien venga mancillado, como se ha dicho, a la santificación del cuerpo y la sangre de Mi Hijo y tome así Su sacramento, recibirá también su propio castigo. ¿Cómo? Como dice Mi bienamado Pablo:

58. *Palabras del Apóstol*

«Por tanto, quien coma el pan o beba la copa del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma así el pan y beba de la copa. Pues quien come y bebe, sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo. Por eso hay entre vosotros muchos enfermos y muchos débiles, y mueren no pocos»[18]. ¿Qué quiere decir esto?

En verdad os digo que quien coma el pan de vida o beba la copa de la salud, sacramento de Aquel que es Señor del Cielo y de la tierra, indignamente —sórdido en el pecado—, sentirá su culpa. ¿Cómo? Porque habrá recibido el cuerpo y la sangre de su Señor, el Salvador del mundo, para su agonía y muerte cuando, postrado en el mal, en la inmundicia mancillado y olvidando el temor de Dios, se acerca, así envilecido, al palacio de la salutífera redención. Allí comete, pues, un asesinato. ¿Cómo? Con aciagas heridas él mismo se concita la ruina, pues sin purificarse ni lavarse con la penitencia, celando sus crímenes, tocó temerariamente el sacramento.

18. 1 Corintios 11,27-30.

Así que le diré: «Oh tú, ingrato y misérrimo, ¿cómo te has atrevido a hundir a tu Señor, a Quien siempre desean contemplar los ciudadanos del Cielo, en un pozo de tamaña desdicha? Serás probado, pues, con amarga penitencia en tu cuerpo y en tu alma, y si no expías tu culpa, serás cogido en ella tras la resurrección de los muertos». Por tanto, examínese con fiel mirada todo el que quiera ser su propio punidor y coma así, con esa devota reflexión, el pan de santidad y beba la copa de la dulzura para que, alcanzando la restauración eterna, escape del hambre que al alma enerva. Pues quien agravie este sacramento, así que sin haberse purificado de la hez de la iniquidad lo tome indignamente, será reo ante el tribunal que vengará su falta, por comerlo y beberlo estando mancillado; mira, con esta audacia suya no logrará ofuscar ni dañar este misterio, antes bien, se perjudicará a sí mismo. Y por cuanto osáis acercaros al sacramento sórdidos en los vicios, hay entre vosotros no pocos enfermos: aquellos que no quisieron buscar en esta santidad el bálsamo de las almas, sino que se concitaron, con este sacramento, el más amargo quebranto, pues con él recibieron su juicio; y hay también muchos débiles, tan endebles en la Ley de Dios que en modo alguno desean tener presente quién es Aquel al que tan indignamente reciben. ¿Qué significa esto? Se inhiben de considerar cómo deben temer y adorar a su Señor, o cómo han de castigar con amarga penitencia su carne, a la que hartaron de vicios. Y al caer en semejante indiferencia, no pocos se aletargan en ese apático olvido, sin saber cómo deberían deplorar sus pecados, ni pretenderlo siquiera, igual que un hombre arrullado en su sueño no tiene conciencia ni noción de su cuerpo.

Por tanto, oh hombre, si recibes el cuerpo y la sangre de Mi Hijo sin purificarte con la confesión o la penitencia, sino sumido en la inmundicia, serás purgado por esta audacia de tus sórdidos pecados en un formidable juicio, como se deslía el mosto durante la fermentación.

59. *Este sacramento será custodiado con fervor*

El sacerdote y el pueblo tratarán y custodiarán este sacramento con diligencia y solicitud para evitar que, por incuria y negligencia, caiga al suelo, pues si debido a esta torpe desidia ocurriera tal cosa, vengaré con Mi ira esta ofensa sea en la tierra, sea en el causante, a no ser que el culpable se castigue él mismo con penitencia y amargas flagelaciones, porque la carne y la sangre deben pagarse con carne y sangre. ¿Cómo? La carne y la sangre del culpable lamentarán haber

tratado con indiferencia el cuerpo y la sangre de Mi Hijo, igual que tembló la tierra y los hombres se sobrecogieron empavorecidos cuando Mi Hijo, en la cruz, exhaló Su espíritu.

60. *No escrutaréis los secretos del cuerpo y la sangre del Señor*

Pero si en la zozobra de tu corazón inquirieras, oh hombre, cómo se convierte esta oblación en el cuerpo y la sangre de Mi Hijo sobre el altar, te responderé entonces: «¿Por qué te preguntas esto, oh hombre, y para qué quieres saberlo? ¿Acaso te lo exijo? ¿Por qué escrutas Mis secretos sobre el cuerpo y la sangre de Mi Hijo? Mira que nada de esto se te pide, sino sólo que lo recibas y custodies celosamente, con gran temor y veneración, y que no dudes ya más de este misterio. Guárdate, pues, de tentarme con tamaña audacia. ¿Qué te va a ti en esto? Búscame, en cambio, con firme fe. Mira que cuando pondere toda tu fe, no te exigiré saber entonces qué son el cuerpo y la sangre de Mi Hijo, ni cómo es consagrado este misterio en el altar. ¿Y quién te pide, oh hombre, que hurgues en el fuego sin sentir arder sus llamas? Nadie. Así pues, no Me escudriñes temerariamente a través de Mis secretos y no te quemarás. Mas si con devoto ánimo quisieras buscarlos, entonces suplícalos celosamente con oraciones, lágrimas y ayuno, como también hicieron, en verdad, tus antiguos padres y muchas veces les fueron revelados. Y cuando así los hayas buscado y hallado, deja cuanto quede al Espíritu Santo».

Pero que quienes se acerquen a estos sacramentos vengan por la recta senda, no por los desvíos, para que no sean aventados y sufran la aciaga tribulación de la ruina. ¿Cómo?

61. *Los que entran en la Iglesia por los desvíos*

El infame embustero que, sin haber sido elegido ni consagrado con la unción de un superior, arrebate con argucias la cátedra del oficio pastoral, y el malvado ladrón que arroje a su pastor entre las burlas de sus secuaces y con saña usurpe su puesto, habrán de someterse ambos por propia voluntad a un severo escarmiento, o, si no, sufrirán por ello la grave sentencia de Mi cólera; pues son para Mí la peor amargura, imitan a aquel que quiso acaparar el máximo esplendor y, despojado de toda la gloria de la dicha, cayó en la muerte; y también siguen a Baal, que Me afrentó nombrándose falsamente dios a sí mismo, y en la ruina sucumbió. Y si con la perfidia de su

mentira y presunción simularan conferir Mis sagradas órdenes, quienes sean, entonces, más que ungidos, infestados por ellos, contarán a Mis ojos tanto como esos bufones que causan la risa de la gente en los juegos y farsas infantiles. Pero igual que esto no tiene valor alguno entre los hombres, también lo que esos usurpadores fingen hacer con sus engaños es fútil para Mí.

Mal cimentada está, pues, su casa, no podrá sostenerse: se desmoronará; y, por eso, cuanto se les vea edificar con las órdenes sagradas en Mi templo, deberá ser destruido porque, carente de justicia, será fútil. Que se corrijan, sí, de su audacia, no sea que acompañen en su condena a aquel que, mientras buscaba más de lo que debía, fue arrojado de las alturas al seol. Y el sanguinario que, sin la unción del cargo sacerdotal, se acerque, por el delirio de su mente, a Mi altar, con tal desatino que, a fuer de tunante, Me tenga por embaucador, y allí toque con osadía la mesa consagrada a Mi nombre, queriendo ofrecer la sacra oblación sin que sea su oficio, no teme herir con atroz quebranto a Mi Hijo. ¿Cómo? Así como el incrédulo con su descreencia ataca al Señor, y como corre a las llamas el loco en su desatino, así este, ignorando que soy su Dios, sin sentir Mi crepitar, Yo que soy ardiente fuego, desprecia el temor a Mí debido y en nada estima Mi mansedumbre, sino que hiere a Mi Hijo cuando desgarra con sus labios sin ungir la palabra que Mi Unigénito ofreció a Su esposa al darle, en dote, Su cuerpo y Su sangre. Entonces, a este que tan temerariamente irrumpe, se le dirá: «¿Quién es este contumaz que toca a Mi Hijo sin haber sido ungido?».

Pero cuantas veces se atreva este, que así se acerca a Mi altar, a invocar a Mi Hijo con las palabras secretas, tantas otras intentará herirle, no porque le atenace con dolor alguno, sino porque no teme tocarlo con tamaña jactancia. Mira que si porfía, impenitente, en esta afrenta, estará entre los que penan por haber crucificado y herido injustamente a Mi Hijo. Por tanto, para que no padezca esos tormentos, que se lamente afligido y no se atreva ya nunca a acercarse al ministerio de Mi altar. Y que cuantos quieran entrar al servicio de los oficios eclesiásticos bajo las órdenes de un sacerdote, se guarden de osar apropiarse de su ministerio, infringiendo la justicia; no vaya a ser que, por usurpar con artimañas ese derecho, sean desechados de la edificación de la casa de la Iglesia, según justo juicio, como piedras toscas y sin pulir estimados. Pues es Mi voluntad que Mis ministros se presenten puros ante Mis ojos, sin dolo ni mancha. ¿Cómo? Que vengan a Mi altar por justa elección y allí Me asistan sin oprobio. ¿Cómo?

62. *Los ministros de la Iglesia deben ser castos*

No vuelvan la mirada a la unión carnal los que eligieron la espiritual. ¿Cómo? Porque aceptaron servirme. Pero si alguno de estos se abrasa en el ardiente deseo de su carne, que macere su cuerpo con la abstinencia y el ayuno, y con el frío y el flagelo se escarmiente. Y si, a la postre, sucumbe en la deshonra con mujer, que escape de esta ponzoña como de un fuego abrasador, como de un mortífero veneno, y con amarga penitencia restañe sus heridas, pues quiero que se Me sirva en castidad. ¿Cómo? Porque Mi Hijo era el más casto, y en Sí Mismo manifestó todas las misiones eclesiásticas. ¿Cómo? En el servir, clamar, predicar y ofrecer. ¿Cómo? Recibió la circuncisión por Su servidumbre, la profecía se cumplió en Su clamor, Él mismo Se predicó a los hombres, y, al final, Se ofreció cual sacrificio vivo en el ara de la cruz. Y por cuanto Él mismo Se entregó como holocausto en castidad, quienes deseen ofrecerle el sacrificio en el altar imitarán Su pureza.

Y guardarán la castidad no sólo frente a otros, sino también consigo mismos. ¿Cómo? Así como el sacerdote debe preservarse del contagio con mujer, también ha de protegerse de sí mismo, cuidando de no desencadenar su propia polución por el tacto de sus manos para que el estrépito de la lujuria no alce en él la sedición del pecado. Porque el crimen de Adán, al traer la muerte a los hombres, despertó en ellos el placer de fornicar. Por tanto, que dominen su carne para no subyugarse ignominiosamente a la desventura de la muerte. ¿Cómo? Porque Mi Hijo venció a la muerte y les dio la vida. Y, por cuanto Se revistió de carne en la integridad de la pureza virginal, los que deseen servirle deberán ser también castos, tal como, según precepto divino, está escrito:

63. *Palabras de Moisés*

«Estad preparados para el tercer día, y absteneos de mujer»[19]. ¿Qué quiere decir esto? Vosotros que queréis servir sólo a Dios, estad preparados con voluntariosos corazones para el día de Su esplendor, cuando aparezca verdaderamente la inefable y Santa Trinidad y con gran milagro revele Sus maravillas. Y si, por tanto, deseáis acercaros dignamente al Señor, guardaos de uniros en cópula carnal por amor de la carne, no mezcléis vuestra sangre con sangre de más

19. Éxodo 19,15.

frágil valía. Libraos de esto, oh sacerdotes y ministros Míos, que lucháis bajo el estandarte espiritual; mirad que los apóstoles, a quienes sucedéis, no se escindieron por alianzas antagónicas ni os dejaron un ejemplo semejante.

64. *El sacerdote no debe tener dos alianzas*

No deseo, pues, que el sacerdote tenga dos alianzas —el amor espiritual y el carnal— porque se ha unido a la justicia de Dios como esposa suya, con la que apacentará y enseñará a los demás hombres igual que un padre cría y educa a sus hijos. ¿Cómo podría un sacerdote sostener cabalmente dos vínculos cuya índole los hace antagónicos? Y ¿por qué son antagónicos? Uno es carnal, y el otro, espiritual.

65. *Cómo podría el Demonio ser sacerdote de sacerdotes*

Y por cuanto el sacerdote es pastor y padre de los hombres que tienen uniones carnales, si él mismo gozara de un vínculo semejante, ¿quién sería, entonces, su sacerdote? No podría haber ningún otro sacerdote que fuera su superior, pues todos los demás sacerdotes son ministros de un solo oficio, salvo el Demonio, que debería ser su sacerdote porque le imitó escondiendo el veneno bajo la miel. ¿Cómo? Así como el Demonio oculta el mal debajo del bien, también estos sacerdotes, más proclives a la ignominia que amantes de la castidad, se esfuerzan por encubrir la cópula carnal bajo la alianza espiritual, como veneno bajo la miel. Pero, por cuanto Mi Hijo es del todo casto, también deben honrar la castidad los que toquen Su cuerpo y Su sangre en el ara, según está escrito:

66. *Palabras de la Ley*

«No tomarán por esposa a una mujer prostituta ni profanada, ni tampoco una mujer repudiada por su marido; pues el sacerdote está consagrado a su Dios. Le tendrás por santo, porque él es quien presenta el alimento de tu Dios»[20]. ¿Qué quiere decir esto? Que quien haya sido designado para ofrecer el sacrificio al Señor no apetezca la

20. Levítico 21,7-8.

injusticia del Demonio, presente en toda la inmundicia y la maldad de la ignominia; ni arruine tan vilmente sus sentidos que cuando quiera llevar Mi yugo siga, aprisionado en la infamia, la voluntad de su carne contra la justicia de Dios y contra los ejemplos de los antiguos padres; no sea que con sus afrentas sucumba en esa deshonra repudiada por los patriarcas, pues sabían que la exhalaba el aliento de la vieja serpiente. Que se aparte, sí, de esta inmundicia y ame la justicia del Señor; mira que está consagrado a su Dios en santidad: ha sido, por tanto, separado de las apetencias carnales ligadas a la procreación para que así pueda, probo y sin mancha, presentar el pan que, por la salud de los hombres, es colocado en la mesa de la santificación. ¿Qué quiere decir esto? El sacrificio que es vida de los vivos, manjar de las almas y espejo de todas las virtudes que, merced a la santa inocencia, se han manifestado en la forma de la castidad, es enteramente puro, exento de toda inmundicia; por tanto, también quienes vayan a ofrendar este sacrificio deberán estar limpios, sin afrenta alguna, y abstenerse del festín y la embriaguez, de la bufonada y la burla, de las costumbres frívolas y libertinas; sean, en cambio, firmes en la reverencia que conviene a los sucesores de los antiguos padres, de quienes son vástagos, y en la dignidad que, como honorables señores, les corresponde. Sea su conducta tal, que no se consagren simultáneamente a dos vidas: que no recorran a la par la senda mundana y la espiritual, porque no es posible servir a la vez a dos señores, como atestigua Mi Hijo en el Evangelio, cuando dice:

67. *Palabras del Evangelio*

«Nadie puede servir a dos señores»[21]. ¿Qué quiere decir esto? Nadie que vista la túnica mortal puede, por la fragilidad de sus sentidos y su cuerpo, brindar simultáneamente el mismo servicio a dos señores. ¿Qué significa esto? Que no puede servir a la vez al Señor de la rectitud y al señor de la injusticia. ¿Por qué? Porque la rectitud repudia la injusticia, y la injusticia ataca la rectitud. Así, tampoco el sacerdote puede consagrarse, con simultánea y pareja devoción, a la sierva y a la señora: la cópula carnal y la compañía espiritual, pues no es posible que ambas se den al mismo tiempo en toda su plenitud; mira: lo carnal combate lo espiritual, y lo espiritual mortifica lo carnal; como muestra Mi amigo Pablo, sabedor de que todo esto es según Mi voluntad, cuando dice:

21. Mateo 6,24.

68. *Palabras del Apóstol*

«Es, pues, necesario que el epíscopo sea irreprensible, casado una sola vez»[22]. ¿Qué quiere decir esto? Es necesario que quien tiene preeminencia sobre otros en el oficio del magisterio espiritual ordene su vida de forma que no se encuentre en él el escándalo de la ofensa o el reproche. ¿Cómo? El sacerdote no debe tener dos alianzas: no puede ser a la vez el marido de una mujer carnal y el esposo de una cónyuge espiritual, sino que estará unido en santidad a una sola esposa, la Iglesia, única en Mi Hijo, porque en Él surgió una sola Iglesia. Y aun siendo una sola, tiene, sin embargo, muchos maridos: celebra nupcias con los sacerdotes de Mi Hijo que diariamente Le sirven, pero permanece virgen en su integridad, pues conserva incorrupta la fe. Por eso Pablo, Mi vaso, no dijo que fuera esposa de un solo marido, porque es la consorte de todos los sacerdotes que surjan en Mi Unigénito hasta el último día: hasta que, más allá de la mudanza y la muerte, se celebren las nupcias eternas. Y cuantos desempeñen un servicio cerca de Mi altar, bajo las órdenes de un sacerdote, son también maridos de esa misma Esposa, como mostró Pablo al ofrecer, en Mi nombre, la enseñanza fiel a los pueblos, diciendo:

69. *De nuevo, palabras de Pablo*

«Los diáconos sean casados una sola vez y gobiernen bien a sus hijos y su propia casa»[23]. ¿Qué quiere decir esto? Que quienes asisten a los sacerdotes con el obsequio de su ayuda sean maridos de una sola esposa en alianza fiel. ¿Y quién es esta esposa? Es la casta Esposa, invulnerable, incorruptible, a diferencia de la mujer que es deshonrada cuando pierde la inocencia y doncellez de las que gozaba al principio de sus esponsales, estando junto a su esposo aún intacta. Así pues, vivan estos prometidos con la Esposa de la justicia tan fielmente que puedan dar buen ejemplo de virtud a cuantos han sido renovados en el Espíritu y el agua merced a su ayuda, y trabajen con firme ahínco en su oficio, que atañe a la fortificación de la morada de la Iglesia, como dedica el hombre mundano todo el desempeño de su afán a sus hijos y a su casa.

Pues Mi amigo Pablo muestra esta Esposa a los sacerdotes y restantes ministros de Mi altar para que la elijan por consorte y no

22. 1 Timoteo 3,2.
23. 1 Timoteo 3,12.

apetezcan cónyuge carnal. Mira que ni Pablo, ni los otros discípulos de Mi Hijo, ni los demás Padres, sucesores suyos, les dieron el ejemplo de recibir mujer carnal y renunciar a la esposa espiritual a la que eligieron primero. Porque el sacerdote que, a fuer de contumaz en el pecado, tome ilícitamente una mujer según el deseo de su carne, cometerá adulterio: habrá abandonado a su auténtica cónyuge, la Iglesia, desposada con él por su oficio espiritual, y sin pudor alguno se une a otra, obedeciendo a su veleidoso ánimo. Pero, aun cuando le resulte muy arduo dominar esta pasión, que, por amor al Cielo, se aparte de tales apetencias, como muestra Mi Hijo en el Evangelio diciendo así:

70. *Los tres géneros de eunucos*

«Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos hechos por los hombres, y hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos. Quien pueda entender, que entienda»[24]. ¿Qué quiere decir esto? Algunos hombres salen ya del seno materno imposibilitados, a causa de su frigidez o atrofia corporales, para tener esposa; no recibirán, pues, recompensa por esta continencia suya, sólo que tampoco soportarán el castigo correspondiente al incumplimiento de esa virtud: no serán penados por una falta que no cometieron. Y hay hombres cuyos cuerpos han sido debilitados por voluntad de otros, así que les faltan fuerzas para cumplir sus deseos carnales en el acto conyugal; pero no merecerán gloria ni encomio por esta continencia suya, pues aunque les sea imposible consumar la obra del incendio, cuán a menudo no les gustaría colmar su infame ardor. Otros, que emprenden la vida espiritual, se abstienen de llevar a cabo con sus cuerpos lo que fácilmente podrían, mira que por la gloria de la suprema herencia desprecian la cópula carnal y ni siquiera la desean: suya será, pues, la máxima alabanza, se verán recompensados con bienaventurada merced.

Así que a estos imitarán con pleno afán Mis sacerdotes y cuantos oficien en Mi altar para que sea suya la corona de la abstinencia y exulten en el alegre baile del júbilo supremo. Y aquel que, con voluntarioso corazón, pueda alcanzar este ejemplo, de modo que subyugue su cuerpo merced a su vivo anhelo de bienaventuranza y arroje de sí las apetencias carnales, que con ardiente devoción alcance la

24. Mateo 19,12.

morada celestial, mortificando su carne y renunciando fielmente a la cópula mundana.

71. *Quien sea incapaz de abstenerse, no se haga sacerdote ni diácono*

El que, en cambio, sea incapaz de abstenerse y arda en apetencias carnales, no se haga sacerdote ni ministro de otro grado del oficio sacerdotal por jactancia o codicia de riquezas; no sea que si luego sucumbe al deleite de su carne, sufra gran infortunio. Pues los que cada día se acerquen a oficiar en Mi altar, guardarán su cuerpo del contacto con mujer y no habrán de unirse en matrimonio bajo ningún pretexto, antes bien, se mantendrán castos por elección propia para servirme con probidad; si así no fuera, que no se consagren al santo servicio en Mi altar.

72. *Por qué los casados podían ser sacerdotes en la Iglesia primitiva*

El que otrora algunos hombres ya subyugados al mundo fueran, sin embargo, admitidos en este oficio —aunque es de ver que se habían sometido al yugo carnal antes de empezar a servirme y no después, así que cuando, más tarde, se libraron de ese yugo, el Espíritu Santo obró gloriosas alabanzas en ellos merced a Sus maravillas— se permitió como algo extraordinario durante la juventud de la Iglesia, por el escaso número de sacerdotes; pero ahora que ya es adulta y bien fuerte, y sus ministros se han multiplicado, la censura eclesiástica previene contra esta práctica, aduciendo el siguiente ejemplo: cuando acababa de nacer el mundo les estaba permitido a los varones tomar mujer de estirpe cercana a la suya, al haber pocos hombres, mas ahora que ya son muchos, les está prohibido; pues las piedras que suelen ponerse como fundamento de un edificio son toscas y sin pulir, pero después se requieren piedras hermosas y bien compuestas para sus muros. Así también, en la infancia de la Iglesia fueron adscritos a este oficio los sacerdotes que entonces pudieron hallarse, en cambio ahora hay entre el pueblo espiritual numerosos hombres aptos para el sacerdocio, que no están atados por la carga mundana de la alianza terrenal; porque no conviene que un padre de familia, ya sometido a los preceptos del vínculo secular, sea llamado al magisterio sacerdotal como nuncio Mío. Escucha, pues, la siguiente semejanza:

73. *Semejanza con el rey*

Cierto rey, cuyo poder era inmenso, había reunido un pequeño ejército. Un día lo revisó con esmero: viéndolo poco aguerrido, eligió a uno de entre ellos y, junto con otros hombres comunes, de la plebe, que le parecieron idóneos para el mando, lo puso al frente de su ejército, porque la excelente estirpe de la nobleza militar no había madurado aún. Pasado el tiempo, el ejército creció y los nobles alcanzaron la edad de la sazón; entonces, el rey estableció un código adecuado a fin de regular bien su ejército y nombró, para acaudillarlo, jefes y capitanes de entre esos nobles, según la categoría de cada uno. ¿Qué quiere decir esto?

El Rey Celestial, cuya fuerza todo lo supera, reunió, al plantar la Iglesia, un pequeño ejército de creyentes. Cuando lo examinó con detenimiento, lo halló indefenso y poco curtido aún para afrontar tribulaciones corporales en Su nombre. Entonces envió allí a Pedro —uno de aquellos que primero habían vivido entre afanes terrenos— y, tras él, a algunos más que también habían saboreado en otro tiempo el jugo de la tierra: ardientemente los purificó a todos del oprobio de lo secular y, previendo con Su clarividencia que serían sagaces y fieles para sanar las almas y apacentar los cuerpos al abrazar la fe católica, los puso al frente con la misión de atar y desatar; porque la rutilante alborada que abrasa la ignominia humana con el ardor de la castidad aún no había difundido ampliamente entre los hombres las flores de Su dulzura. Pero ahora que la numerosa estirpe de la Iglesia se ha extendido a lo largo y ancho del mundo, y ha sido noblemente fortalecida la gloria del honor eclesiástico, este Rey Celestial ha otorgado a los hombres dones seculares y espirituales, según Su benigna y justa disposición, y ha designado como sacerdotes y demás ministros de los oficios divinos a quienes conservan honestamente la sobriedad y la castidad, conforme establece el derecho eclesiástico, fundado en la justicia de Dios.

Así que, oh hombre, por cuanto ya en el pueblo espiritual muchos se alzan entablando batalla contra el mundo y contra Satanás, y se ahíncan por acercarse a Mi altar en la castidad y el dominio de sus cuerpos, quiero que Mis sacerdotes se presenten ante Mí sin contagio de cópula terrena. Pues si bajo el Antiguo Testamento se ordenaba a los sacerdotes abstenerse de mujer cuando se acercaran a Mi altar, en el Nuevo Testamento Mis sacerdotes cumplen ese precepto en todo el ámbito de sus vidas; así que los antiguos guardaban la castidad durante una hora, mientras que los nuevos la observan desde el principio de la infancia hasta el final de la vejez. Y si no quise

recibir de los antiguos un sacrificio mancillado por la cópula con mujer, con mayor razón exigiré ahora que Mi Hijo sea tratado por los nuevos sacerdotes en observancia plena de la castidad.

74. *Los inmaduros y no consagrados no recibirán iglesias*

No se les encomienden iglesias a los que sean demasiado jóvenes y estén sin consagrar, ni se atreva nadie a desear más de una; mira que si alguno pretende le sea confiada una iglesia siendo todavía un niño o sin la consagración sacerdotal, o si el que tiene ya una a su cargo intenta obtener más, prevaricarán contra la justicia y merecerán grave y severa condena, como aquel que no teme fornicar antes del tiempo lícito o sin casamiento legal, o el que, teniendo mujer legítima, no tarda en mancillarse con otra en adulterio.

75. *Cómo deberán ser los sacerdotes*

De entre todo el pueblo de nombre cristiano, se escogerá para el sacerdocio a hombres de buen juicio y con fortaleza de ánimo, que entren a servirme ordenados con probidad, debidamente ungidos y por libre elección suya. Mas no debe ocurrir, sin embargo, que se acerquen al oficio de Mi altar quienes tengan defecto corporal en cualquiera de sus miembros, porque en el Reino de los Cielos no habrá señal de herida alguna en las almas de los hombres. No quiero, por tanto, que asistan Mi altar los que hayan sufrido amputación en sus miembros. Pero, aunque tengan defecto corporal, no serán separados del Reino de los Cielos por esta mutilación si sus almas gozan de salud: si Me buscan en la pureza de las buenas obras. No deseo, sin embargo, que desempeñen el ministerio de Mi altar, sino que se dediquen con humildad y eficacia a obrar el bien.

76. *Las mujeres no deben acercarse al oficio del altar*

Tampoco las mujeres deben acercarse al oficio de Mi altar, porque son desvalido y frágil habitáculo, destinadas a engendrar hijos y, una vez paridos, criarlos diligentemente. Pero la mujer no concibe al hijo ella sola, sino mediante el varón, a semejanza de la tierra, que no se labra ella misma, sino merced al agricultor. Por tanto, así como la tierra no se ara sola, tampoco la mujer será equiparada al sacerdo-

te en el oficio de consagrar el cuerpo y la sangre de Mi Hijo, aunque puede cantar las alabanzas de su Creador, igual que la tierra recibe la lluvia para regar sus frutos. Y lo mismo que la tierra da todos los frutos, el fruto pleno de las buenas obras alcanza la sazón en la mujer. ¿Por qué? Porque puede recibir por esposo al Sumo Sacerdote. ¿Cómo? La virgen prometida a Mi Hijo Lo recibirá por Esposo, pues ha cerrado su cuerpo al hombre carnal y tiene así, en su Esposo, el sacerdocio y el entero ministerio de Mi altar, y con Él posee todas Sus riquezas. También la viuda puede ser llamada esposa de Mi Hijo si renuncia al varón carnal y huye bajo el refugio de Sus alas. Y así como el marido adora a su mujer, Mi Hijo abraza dulcemente a Sus esposas, que, amantes de la castidad, fervorosas corren hacia Él.

77. *El varón y la mujer no cambiarán sus vestiduras*

El varón no se pondrá nunca vestidos de mujer, ni la mujer llevará ropas de varón para que así se distingan —que el varón muestre su fuerza viril, y la mujer, su delicadeza femenina—, porque tal fue Mi designio desde el origen del género humano; a no ser que un hombre tema por su vida o una mujer por su integridad: si llegara, pues, esa hora en que, por miedo a la muerte, el varón humildemente cambiara sus ropas por las de una mujer o la mujer por las de un varón, cuando busquen Mi misericordia por esto, la encontrarán, que no lo hicieron por audacia, sino para salvar la vida. Y por cuanto la mujer no debe llevar ropas de varón, que tampoco se acerque al oficio de Mi altar, pues ni sus cabellos ni sus vestidos son propios de una función masculina.

78. *Toda fornicación será duramente juzgada por Dios*

Que cuantos se acerquen a Mi altar se presenten en castidad ante Mí; y no sólo ellos, sino también los demás que deseen recibir el sacramento del cuerpo y la sangre de Mi Hijo, no sea que se conciten aciaga ruina. Pero muchos hay —tanto entre los espirituales como entre los seculares— que no sólo se mancillan fornicando con mujeres, sino que, envileciéndose asimismo por fornicaciones contranatura, se ganan la grave condena de un duro juicio. ¿Cómo? El varón que peque con otro hombre como con mujer, peca amargamente contra el Señor y contra la alianza con la que Dios unió al varón y a la mujer. Así que, sórdidos ambos ante el Señor, no son sino calígine y

lujuria, abominación y perjuicio para Dios y los hombres: reos de muerte serán, porque al rebelarse contra su Creador, frustran la criatura que ellos mismos son. ¿Cómo?

Dios unió al varón y a la mujer: unió lo fuerte con lo débil para que se sostuvieran uno a otro. Pero cuando estos adúlteros pervertidos cambian su fuerza viril en molicie contra la naturaleza, rechazando la justa armonía establecida entre varones y mujeres, ignominiosamente siguen en su maldad a Satán que, por su soberbia, quiso escindir y quebrantar al Indivisible. Mira que con sus perversas artes han levantado en sus corazones un adulterio atroz y contranatura, así que son a Mis ojos inmundicia y afrenta.

Y el que de este modo peque con mujer, fornicando contranatura, es, a fuer de perverso, un lobo voraz. ¿Cómo? Pues así como los hombres juzgarían indigno y abominable a aquel que, teniendo manjares suculentos y puros, los despreciara para comer, en cambio, las heces expulsadas tras la digestión, también estos son abyectos y sórdidos a Mis ojos, porque abandonan la justa forma de unión con mujer y buscan en ella el pecado de perversión. Y la mujer que, empleando artes diabólicas, se finja varón para simular unirse con otra mujer, no será ante Mi faz sino ignominia, junto con la que se sometió a ella en tamaña afrenta; porque impúdicamente usurparon un derecho ajeno, cuando deberían avergonzarse de su pasión. Y como se han convertido en lo que no eran, extrañas y despreciables criaturas serán para Mí.

También los varones que, tocándose el prepucio, derramen su semen, concitarán aciaga desdicha a sus almas porque, al excitarse así, enteramente se perturban y, por eso, serán a Mis ojos como animales inmundos que devoran a sus crías, pues con perfidia arrojan su semen a tierra en infame polución. Y las mujeres que les imiten, tocándose impúdicamente, y que, incitadas por el ardiente aguijón de la abrasadora lujuria, agiten sus cuerpos hasta extenuarse, son del todo culpables porque deberían mantenerse en la castidad, pero se deshonran en la inmundicia. Así pues, tanto el varón como la mujer que, tocando su cuerpo, derramen sus semillas, infligirán úlceras y heridas a sus almas con este oprobio: incumplieron su obligación de ser castos por amor a Mí. ¿Qué quiere decir esto? Que cuando un hombre se sienta acuciado por el aguijón de la carne, corra a la gruta de la abstinencia y empuñe el escudo de la castidad para defenderse de la ignominia. ¿Cómo? Que avente del trigo las granzas: que arroje de la dulce castidad el estrépito de la lujuria.

Quien así avente el gusto del deseo, muy dulce y amable será para Mí. Pero, oh hombres, he aquí que despreciáis la castidad y vais en

pos del placer cuando fornicáis no sólo con otros hombres, sino también con bestias, derramando vuestras simientes, no en lo vivo, sino en lo muerto, y abandonáis a vuestros semejantes porque apetecéis lo que os está sometido por servidumbre. Por eso claman contra vosotros los elementos, diciendo: «Ay, ay, nuestros señores se unen a nosotros, mezclándonos con su semilla». Y así muestran su tristeza ante Mi ira por vuestras obras. ¿Por qué, pues, rebajáis vuestra diáfana inteligencia a la necedad de las bestias, si os sabéis hombres? ¿Acaso os he creado para que os unáis a las bestias? En modo alguno. Y si os unís a ellas, se cernirá sobre vosotros el malhadado destino de los más aciagos crímenes, porque despreciáis Mi designio de alianza entre varón y mujer. Pues quien se pervierta en sus actos así que obre cuanto se le antoje, quien se envilezca hasta derramar su simiente con las bestias, se concitará la ruina más atroz, igual que Satanás se abatió él mismo por su sedición cuando quiso semejarse a Dios.

Así pues, resistid vuestras apetencias todos los que os mancilláis con tales perversiones, llenándoos de cizaña y de ignominia; escarmentad vuestros cuerpos con amarga y verdadera penitencia, grandes llantos, ayuno, mortificación de la carne y duras flagelaciones, no sea que, a fuer de impenitentes, os encadenéis a los grilletes de las más funestas culpas.

79. *La polución ocurrida durante el sueño*

Quiero, además, que los hombres se libren de la inmundicia no sólo en la vigilia, sino que también se purifiquen dignamente de la polución ocurrida durante el sueño. Porque si el durmiente derrama involuntariamente su semen durante el sueño, no deseo que se acerque, aún inflamado en ese ardiente calor, al sacramento oficiado en Mi altar hasta que se extinga su fuego, como está escrito:

80. *Palabras de Moisés*

«Si hay entre los tuyos un hombre que no esté puro, por causa de una polución nocturna, saldrá del campamento y no volverá a entrar. Pero al llegar la tarde se lavará, y a la puesta del sol podrá volver al campamento»[25]. ¿Qué quiere decir esto? Si entre los que con tesón trabajáis a Mi servicio hay alguno que se mancille por una

25. Deuteronomio 23,11-12.

polución nocturna durante su sueño, se alejará de esta santa congregación perteneciente a Mi altar y no se atreverá a unirse a este misterio hasta que, sofocado ese infesto fuego, se purifique en el baño de la penitencia, confesándose y arrepintiéndose de corazón por el incendio de sus apetitos. Y cumplida la penitencia que ilustrará su espíritu, regrese entonces, en amor de castidad, entre los que fielmente se defienden de la sórdida inmundicia y se acerque, con honra y dignidad, a este sacramento que es plenitud de santidad.

81. *Que quien arda en la lujuria no avive las llamas de su incendio*

Pero que quien, tanto en la vigilia como en el sueño, arda abrasadoramente en la lujuria, se guarde de avivar las llamas de su incendio. ¿Cómo? Que no se enardezca con los alimentos que le brindan el jugo del deseo y se abstenga humildemente de las carnes de todo ese género de animales nacidos desnudos de sus madres, sin caparazón; porque en ellos crepita un fuego más ferviente que en la carne de los pájaros, los cuales no nacen desnudos, sino cubiertos por la cáscara del huevo, por eso se amortigua su llama. Y que también se abstenga de beber inmoderadamente vino, no sea que, por el exceso de bebida, sienta arder sus venas, repletas de sangre venenosa, en el funesto calor del incendio.

82. *Los abrumados por el vicio acudan presurosos a la confesión*

Que si alguno, en cambio, pugna abrumado contra un sinfín de calamidades semejantes, siendo incapaz de resistir solo, Me busque con devoto afán y, en humilde confidencia, Me muestre las heridas de su corazón. ¿Cómo? Que Me las enseñe confesándose con humildad ante un sacerdote. ¿Por qué así? Porque la confesión verdadera es una segunda resurrección. ¿Cómo? Con la caída del viejo Adán el género humano se precipitó al seol, pero el Nuevo Adán lo levantó con Su muerte. Y, por cuanto al morir el Nuevo Adán surgió la resurrección de las almas, el hombre debe confesar sus pecados, cosa que no hizo el viejo Adán cuando ocultó su crimen en vez de reconocerlo. ¿Cómo? No lo confesó arrepentido, sino que lo encubrió acusando a la mujer. Así pues, la confesión ha sido establecida para que los hombres se levanten con ella cuando sucumban. Y quien, por amor a Mí, reconozca sus pecados confesándolos sinceramente ante un sacerdote, resucitará de la muerte a la vida, igual que fue

rescatada del seol aquella que, con lágrimas de penitencia, expió su culpa en un banquete ante Mi Hijo.

83. *La purificación, prefigurada por los antiguos padres*

Mira que los antiguos padres prefiguraron, tiempo ha, el remedio de la purificación. ¿Cómo? Antes de la Ley, los patriarcas y profetas eran el consuelo de los hombres y, bajo la Ley, los pontífices y sacerdotes les ilustraron; después llegaron los apóstoles, que trajeron la justicia verdadera en Mi Hijo, por lo que muchos corrieron a ellos, implorándoles con devoción su ayuda. Por tanto, desde los días de Adán hasta la venida de los apóstoles, siempre hubo quienes, por inspiración celestial, subvinieron a las tribulaciones humanas con su amparo y sabiduría. Pero, tal como enseñaron los apóstoles al pueblo con su predicación y sus muchos milagros, el hombre, que, caído en la muerte por persuasión diabólica, no había podido jamás levantarse él mismo, fue rescatado de sus cepos por Mi Hijo. ¿Cómo? Porque cuando estaba en la tierra soportó muchos quebrantos en Su cuerpo y, al final, fue alzado en la cruz por la redención del mundo.

Los hombres fieles y sus sacerdotes deberán imitar esto por su salvación. ¿Cómo? Que busquen la ayuda de Mi Hijo, pues cuando, luego de bautizados, repitan el viejo crimen de Adán, no podrán levantarse ellos solos de su caída. Que, entonces, pidan consejo como a patriarcas y profetas, se dejen ilustrar como por pontífices y sacerdotes, y acepten ayuda como de los apóstoles cuando, desnudas sus heridas, reconozcan fielmente sus pecados, en confesión pura y verdadera. ¿Cómo?

Confesarán sus pecados, con el corazón y la boca en fervorosa entrega, a un sacerdote, que es ministro de Mi Hijo. Entonces el sacerdote, dándoles un remedio en la penitencia, sepultará sus pecados en la muerte de Mi Unigénito. Y ellos, al haber renacido así a la vida, glorificarán también la Resurrección de Mi Hijo.

84. *Quien rehúse confesar sus pecados, se engaña a sí mismo*

El que, en cambio, rehúya desnudar las heridas de sus pecados y, callándolas, intente curárselas él solo sin la ayuda de otros, según juzgue su corazón, se engaña a sí mismo: quiere ser su propio sacerdote; y he aquí que sin el auxilio de otro no podrá levantarse, pues

el hombre no se irguió él mismo, sino que ha sido salvado por Mi Hijo. Por tanto, que quien desee salvarse no desespere de confesar sus pecados, ni aun al final de su vida.

85. *La confesión del moribundo*

Si alguno buscara remedio para las heridas de sus pecados en la hora de su muerte, pero no hubiera allí sacerdote a quien poder confesárselos, que entonces los confíe a cualquier otro hombre que esté cerca en ese trance; o, si no le fuera posible hallar a nadie con la prontitud requerida, que Me los revele a Mí con el más hondo amor de su corazón, en presencia de los elementos con que los cometió. Yo contemplaré la devoción de sus entrañas y no rechazaré su penitencia.

86. *Que nadie pierda la esperanza por el peso de sus pecados*

Que nadie pierda, pues, la esperanza por el peso de su iniquidad; mira que si desespera de Mi misericordia, no renacerá a la vida. El que, en cambio, luche contra la desesperanza y, al cabo, la reduzca a nada, se habrá liberado, pues a fuer de valiente, ha vencido con gallardía. Pero quien, altanero el corazón, no procure el remedio de la salud, no será amparado, porque cuando pudo hallarme, se negó a buscarme. Así que no te olvides de ti mismo mientras aún duren tus días, oh hombre: busca el alivio de la confesión sincera, como ordenó Mi Hijo al leproso en el Evangelio, al decirle:

87. *Palabras del Evangelio*

«Vete, muéstrate al sacerdote y presenta la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio»[26]. ¿Qué quiere decir esto? Si deseas quedar libre de la hez de tus pecados, vete con buena fe, muéstraselos en confesión sincera al sacerdote, que es ministro Mío, y presenta con devoto corazón la ofrenda de la penitencia verdadera que, según voluntad de Dios, ya señaló aquel a quien el poder divino elevó por encima de los caudalosos aluviones de la iniquidad terrena, para que quienes antes te vieron mancillarte en las

26. Mateo 8,4.

malas obras testimonien que ahora, con la amargura de la penitencia, te has purificado de ellas como en el crisol del juicio. Por tanto, oh hombre, si el pecador ocultara su culpa en lo recóndito del corazón, ¿quién daría, entonces, testimonio de su penitencia? Nadie. Que manifieste, pues, el hombre sus pecados para que tenga un testigo de su contrición.

88. *La limosna y la satisfacción corporal*

Y quien desee cumplir penitencia por sus pecados, se ayude dando limosna. ¿Cómo? Cuando un hombre desfallezca, por la flaqueza de su cuerpo, frente a la fatiga de la penitencia, el dar limosna le servirá de ayuda. Y por cuanto al hombre le es arduo penar duramente y según lo justo, que acepte el dar limosna como a una madre con la que llevará a cabo lo que es tan laborioso para su cuerpo. Pues así como una madre no deja nunca de subvenir a las necesidades de su hijo, pese a que parezca ya criado, también la limosna socorre la fragilidad corporal del penitente, aunque parezca fuerte al atormentar su cuerpo durante el escarmiento. Con todo, las malas obras que, por deseos carnales, haya cometido un hombre con su cuerpo, con su cuerpo las penará, a fin de que sea fielmente purificado de cuanto fue apetecible y dulce para su carne mediante la amargura de la penitencia; porque la hiel de la penitencia debe sanar, con la ayuda de la limosna, las funestas heridas del pecado en los hombres. ¿Cómo? Si bien el hombre se mortifica con el castigo, también se restablece con la limosna. ¿Por qué? Porque la limosna representa Mi misericordia. ¿Cómo? Cuando un hombre fiel socorre a los pobres con sus bienes por amor a Mí, cumple Mis preceptos, pues brinda su misericordia a los menesterosos en gloria a Mi nombre, igual que Yo otorgo Mi gracia a cuantos Me buscan con pureza de corazón. El que así, movido por la misericordia, socorra a los necesitados con el alivio de la limosna, bienamado Mío será, mira que su corazón es misericordioso y cumple lo que está escrito:

89. *Del libro de la Sabiduría*

«Coloca tu tesoro según los mandamientos del Altísimo, y te dará provecho más que el oro»[27]. ¿Qué quiere decir esto?

27. Eclesiástico 29,11 (en Vulgata: «y la limosna te dará provecho, más que el oro»).

Con justa y recta ponderación toma una parte del caudal que llevas en tu regazo, abrazado a tu corazón, y repártela según los preceptos de Quien está por encima de todos, pues he aquí que el Señor te ha mandado apartarte del mal y obrar el bien. Mira que la buena voluntad ha de colmar tus entrañas, no te cuentes entre las ovejas perdidas, mas santifícate ante Dios dando parte de tus riquezas para alivio de los necesitados, porque entonces también el Señor extenderá Su misericordia sobre ti en la tribulación. Si así actúas, tu compasión hacia quien no posee tesoro alguno te dará más provecho que si te subieras, para vanagloria tuya, a una gran montaña de oro. ¿Cómo? Es mejor para ti dar humildemente un poco a los necesitados que poseer con gran deleite el reino de este mundo, pues entonces te verías privado, por el peso de tu soberbia, de la misericordia con que retribuye el Señor: mira que tus entrañas no tuvieron compasión de los pobres.

90. *Los elementos son el lago del placer humano*

Los elementos[28] son, pues, como un lago donde se contienen los placeres humanos y reflejan su proceder. ¿Cómo? Desencadenan la venganza del Señor sobre los pecadores. Aléjate, pues, oh hombre, de la vana avaricia que hará de ti un náufrago, mira que tu justa herencia está en la vida eterna: apártate del mal y obra el bien para despojar de tu corazón el encono y la porfía, para llenarlo de misericordia dando a los indigentes parte de tus riquezas e imitando, en esto, a Dios, que es misericordioso.

91. *Que quien dé o reciba limosnas no lo haga en vano*

Ningún mentiroso prevalecerá, pues, diciendo en tu contra que al ayudar así a los pobres no cumples Mi voluntad, oh hombre. ¿Cómo?

Así como Yo os concedo Mi gracia, repartiréis vuestras limosnas entre los pobres. Pero quien reciba limosna, no la tomará en vano ni según su avaricia. ¿Qué quiere decir esto? Hay muchos que, a fuer de perezosos, no quieren sufrir fatigas corporales para poder alimentarse, ni se esfuerzan espiritualmente por obrar el bien a fin de sostener sus almas, sino que son como las bestias: ni en sus almas ni

28. Con «elementos» la autora se refiere, aquí, a las entrañas mencionadas, al cuerpo humano; véase p. 243. (*N. de los T.*)

en sus cuerpos brilla la luz de la justicia. Indignos serán, pues, a Mis ojos si porfían en la tibieza de tan ingrata maldad, sin enmienda ni penitencia. Pero hay también muchos que, soportando penurias corporales, reciben limosna con humildad, temerosos de Mí, que trabajan para quienes les brindan su misericordia, que rezan por ellos y evitan las pérfidas obras de la sórdida ignominia. Entre estos se encuentran no pocos a los que he privado de riquezas terrenales porque quiero darles las celestiales.

92. *Los afanes serán retribuidos según sus intenciones*

Los que, por propia voluntad y en Mi nombre, soportan la pobreza, son bienamados Míos; pero a los que, por ambición, poseerían de buena gana riquezas seculares y no pueden, no se les recompensarán sus esfuerzos. En cambio, los que persigan estas riquezas para cumplir con ellas Mi voluntad, no su ambición, tendrán espléndida merced junto a Mí por su buena fe. Y quien ansíe el poder de una dignidad para jactancia de su soberbia y no para gloria de Mi nombre, será a Mis ojos como cadáver putrefacto; el que, en cambio, lo busque, no por ensalzarse, sino porque quiere honrarme, será, por ello, esplendoroso en Mi Reino. Así que también los sacerdotes desempeñarán su magisterio, cuya misión es la tutela espiritual, por Mi causa y no por la suya propia, para que puedan guiar a Mi pueblo con mayor firmeza y devoción. ¿Cómo?

93. *Los sacerdotes exhortarán al pueblo a que se confiese*

Enseñarán, amonestarán, exhortarán y apremiarán a Mi pueblo para que guarde, digna y laudablemente, la Ley de Dios. Y mientras los pastores conminan con ruegos y súplicas a su grey, una y otra vez les repetirán que no perseveren en sus pecados sin confesión ni penitencia, sino que execren el mal y obren el bien. Mira que si el pueblo no acatara estas admoniciones de sus sacerdotes, entonces la culpa recaerá sobre él, y los sacerdotes serán eximidos de la carga de semejante negligencia.

94. *Los sacerdotes que tienen su oficio por rapiña*

Pero si los sacerdotes no muestran al pueblo la autoridad propia de su magisterio, no serán llamados sacerdotes, sino lobos rapaces, porque tendrán su oficio por rapiña, igual que el lobo despedaza

cruelmente a la oveja, al ir en pos de sus apetencias antes que custodiar a su grey. Y, a fuer de malvados, temen sembrar en el pueblo la doctrina verdadera, así que consienten la iniquidad —la concupiscencia de la carne— como si fueran sus vasallos, y cierran la puerta de su corazón a la justicia de Dios como a un criado.

95. Los *elementos aúllan por la iniquidad de los sacerdotes*

Ululad, pues, oh pastores, y llorad vuestros crímenes que, por vuestra iniquidad, suenan con terrible aullido, para que los elementos escuchen su clamor y ululen con ellos ante Mí. ¿Cómo os atrevéis a tocar en vuestro oficio al Señor con las manos ensangrentadas, con ponzoñosa inmundicia, con traidora iniquidad? En verdad que con vuestra ignominia estremecéis los fundamentos de la tierra. ¿Cómo? Cuando no teméis tocar a vuestro Señor mancillados por tantos crímenes, hostigo la tierra con grandes quebrantos, vengando así la carne y la sangre de Mi Hijo, pues mira que por este horror no sólo agitáis con crueldad la tierra, sino que con vuestro oprobio emponzoñáis aciagamente los Cielos. ¿Cómo?

Cuando, inmundos en vuestra hez, tocáis a vuestro Señor como puercos que enfangan las perlas, los Cielos, advirtiendo vuestra iniquidad, desatan sobre la tierra la venganza de Mi juicio, por voluntad Mía. Pues debíais preceder a Mi grey con la justicia verdadera y la Ley divina, ilustrándola con las buenas obras para que, caminando a vuestra zaga, no tropezaran los pies de este pueblo Mío con escollo ninguno; pero he aquí que lo mancilláis con mayor iniquidad que aquella con la que él mismo se contamina, y tiene, pues, en vosotros el peor y más ruin ejemplo. Sí, debíais ser una gema tan brillante que, avanzando los fieles a vuestra luz, pudieran conocer la recta senda, y en cambio, por parajes de muerte los lleváis, así que no les es posible hallar medida alguna en vuestro desafuero. ¿Cómo podéis ser sus pastores si así los seducís? ¿Cómo podríais responder de ellos, si ni de vosotros mismos respondéis? Ululad, pues, y llorad antes de que se cumplan vuestros días y os lleve la muerte. ¿Por qué no estimáis el honor que, por encima de otros hombres, se os ha dado? ¿Qué honor? Este:

96. *Los sacerdotes tienen el poder de atar y desatar*

De entre todos, fue a vosotros a quienes Mi Hijo entregó las llaves de los Cielos, que son el discernimiento del justo juicio según la

ciencia de las Escrituras, a cuya luz consideraréis rectamente qué es lo que debéis atar. ¿Qué quiere decir esto?

Cuando los hombres se opongan con pertinacia a Mi Ley y, por tanto, a Mí mismo, les infundiréis el temor de Mi juicio. Y si entonces no enmendaran su culpa, extenderéis sobre ellos vuestra atadura. ¿Cómo? Por cuanto son rebeldes, los ataréis a plena voz con Mis palabras, y les enseñaréis esa atadura, pues han sido encadenados ante Mí por su contumacia, como mostró Mi Hijo al primer pastor de la Iglesia, al decirle así:

97. *Palabras del Evangelio*

«A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los Cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los Cielos»[29]. ¿Qué quiere decir esto? Yo, que tengo la potestad de los Cielos y la tierra, por Mi gracia te daré a ti, que con devoción Me sigues, el discernimiento que abre la dignidad del Reino de los Cielos; y el crimen que por justo juicio ates «en la tierra» (pues cuando Me lleve un alma humana de su cuerpo, ya no le alcanzará tu juicio sobre ella, sino que el juicio será entonces Mío), al ver pecar a los hombres, atado quedará en su iniquidad en las alturas, separado y rechazado de los Cielos, porque en la morada suprema no se concederá espacio ni libertad a la ignominia. Pero la rebelión que, habiendo atado, desates «en la tierra» por la penitencia de los rebeldes (pues tras la muerte de un hombre, rezarás por su alma, mas no podrás ya soltar los nudos de su atadura), desatada quedará en los secretos de los Cielos: mira que el Señor no rechaza el lamento del corazón devoto.

98. *Nadie podrá ser atado si no es culpable*

Pero, oh sacerdotes, que así habéis recibido de Mi Hijo este poder, no atéis a nadie con Mis palabras sin que sea indudablemente culpable, llevados sólo por la furia de vuestro corazón, antes bien, considerad con mesura a quién debéis atar. Mirad: al que ni por pudor humano ni por temor de Mí podáis cohibir con vuestros ruegos o preceptos para que deje de porfiar en su iniquidad, lo apartaréis de Mi grey con la censura eclesiástica de Mis palabras. Pero no

29. Mateo 16,19.

ataréis al inocente, pues si lo hicierais, vosotros mismos os encadenaríais al grillete de una culpa atroz.

99. *Si algún inocente fuera atado, pedirá su liberación*

Mas si alguno, siendo inocente, fuera injustamente atado, que con humilde sumisión y reverencia pida su libertad por el honor de Mi nombre, no se alce con rebeldía y se haga culpable de soberbia. Pero esta atadura es así: el hombre que, a fuer de malvado, no quiera acatar ni los preceptos de sus mayores ni a Mí, será apartado de los Cielos con Mi palabra, lo mismo que Adán fue expulsado del Paraíso por mandato Mío al rebelarse contra Mí; y no será acogido en la compañía de los fieles si no obedece haciendo penitencia, igual que el género humano fue restituido a la patria celestial por el martirio de Mi obediente Hijo.

100. *Los rebeldes y los duros de corazón imitan al Demonio*

Si quien sea tan rebelde que no quiera regresar profesando la humildad, porfiara en su contumacia, será compañero de aquellos que, reacios a despojarse de su corazón de piedra, perseveran en su infidelidad y desdeñan alcanzar la gloria de la bienaventuranza eclesiástica. Sí, el que sea tan obstinado que no se cuide de buscar misericordia alguna para su maldad, imita a la antigua serpiente, que, cuando engañó al primer hombre en el Paraíso, se dijo así:

101. *Palabras del Demonio*

«Heme aquí, arrojado de los cielos y vencido, pues quise luchar con mis ángeles contra los ejercitos del Altísimo y no pude resistir; pero mira, ahora he descubierto al hombre en la tierra: desatando contra él mi ira, me vengaré sin piedad. ¡Oh sí, haré con el hombre en la tierra lo que tramé hacer en el Cielo: me asemejaré al Altísimo! Y si el Señor es justo, no me arrebatará este poder, pues el hombre, dándome su acuerdo, habrá desobedecido a Dios».

Y hablando así en su corazón, el Demonio urdió todas sus artimañas contra el hombre: este se apartó de Dios y siguió al Diablo, el cual lo encadenó tan fuertemente a sí mismo, que el hombre le adoró en lugar de a Dios y renegó del Señor, Creador suyo.

102. *Los hombres, rescatados de las tinieblas*

Pero cuando el hombre yacía postrado en lóbregas tinieblas de impiedad, sin poder levantarse solo, envié para salvarlo a Mi Hijo, encarnado milagrosamente de una Virgen, Dios verdadero y Hombre verdadero. ¿Qué quiere decir esto? Que salió verdaderamente de Mí, el Padre, según Su Divinidad, y recibió verdaderamente carne de una Virgen, Su madre, según Su humanidad. ¿Qué significa esto? Oh hombre, frágil y desvalido tu cuerpo, pero indómita y dura tu impiedad: hasta una piedra puede ser pulida para edificar y en cambio tú no quieres dulcificarte para la fe. Escucha, pues. Si un hombre tuviera una bellísima gema en un cofre, la engastaría para que otros la vieran; así también, Yo, que tengo a Mi Hijo en Mi corazón, quise que Se encarnara de una Virgen a fin de que trajera la salud de la vida a los creyentes. Y si le hubiera dado un padre carnal, ¿quién sería Él entonces? No Mi Hijo, sino Mi siervo. Mas esto no debía ser así. En cambio Él, nacido de una Virgen, comió, bebió, descansó durmiendo y sufrió muchas tribulaciones corporales, pero no sintió el gusto del pecado en Su carne, porque no la recibió en la mentira, sino en la verdad. ¿Qué quiere decir esto? Los demás hombres nacen en el pecado de Adán y Eva, por el gusto del placer: nacen, pues, según la mentira, y no según la verdad. Mi Hijo no vino así al mundo, antes bien, nació en la santidad, de una Virgen casta, por la redención de los hombres. Porque lo semejante no será capaz de soltar de su atadura a lo semejante, si no viene uno más grande que pueda liberarlo. ¿Qué quiere decir esto? Que el hombre, nacido en el pecado, no podía rescatar al hombre pecador de la perdición de la muerte. Por eso vino Mi Hijo libre de pecado: venció a la muerte y misericordiosamente rescató de sus cepos a los hombres.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente.

Séptima visión

LA ANTIGUA SERPIENTE

Entonces vi una ardiente luz, tan inmensa cuanto alta y grande es una montaña, que, en su cumbre, se ramificaba como en muchas lenguas. Ante esta luz se alzaba una multitud de hombres blancos y, delante de ellos, una especie de velo transparente, semejante a un cristal, se extendía desde su pecho hasta sus pies. Frente a esta muchedumbre yacía, tendido sobre el lomo, como en un camino, una suerte de reptil de prodigioso tamaño y longitud, cuya vesania y horror rebasaban cuanto puede expresar un hombre. A su izquierda había como una plaza, donde se veían riquezas humanas, delicias seculares y un mercado de diversos géneros, por la que algunos hombres pasaban presurosos, sin comprar nada, mientras que otros la cruzaban despacio, deteniéndose a vender o comprar. Y el reptil era hirsuto y negro, cubierto de heridas y pústulas; cinco franjas de distintos colores lo recorrían, descendiendo desde su cabeza, a lo largo de su vientre, hasta sus pies: una verde, otra blanca, otra roja, una amarilla y una negra, llenas de mortífero veneno. Pero su cabeza había sido aplastada de tal forma, que tenía la quijada, por el lado izquierdo, destrozada. Sus ojos eran sanguíneos por fuera y de fuego por dentro; sus orejas eran redondas y velludas; sus narices y boca, como las de una víbora; sus manos, semejantes a las humanas; sus pies, de reptil, y su cola, corta y horrible. Ceñía su cuello una cadena que aprisionaba también sus manos y sus pies y que, firmemente sujeta a una piedra del abismo, le agarrotaba, impidiéndole moverse a un lado o a otro, al antojo de su perfidia. Su boca exhalaba abundantes llamas que se esparcían en cuatro partes: una se elevaba hasta las nubes, otra se propagaba entre los hombres seculares, otra se extendía entre los espirituales y la última descendía al abismo. La llama que pretendía las nubes luchaba contra los hombres

que deseaban subir a los Cielos; aquellos se agrupaban, según vi, en tres cohortes:

La primera estaba junto a las nubes; la segunda, en el ámbito que media entre las nubes y la tierra, y la tercera se desplazaba sobre la tierra; todas ellas vociferaban con reiterado clamor: «Adelante, vayamos a los Cielos». Mas la llama los lanzaba a un lado y a otro: algunos resistían, otros apenas lograban mantenerse en pie, otros se precipitaban a la tierra, pero, levantándose de nuevo, a los Cielos se encaminaban. La llama que se difundía entre los hombres del mundo abrasó a algunos de ellos y en horribles tizones los convirtió; a otros ensartó en su aguda lengua y a su antojo los retorcía. De entre estos, unos escaparon y se dirigieron a los que pretendían los Cielos, implorándoles con repetidos gritos: «¡Favor, oh fieles, socorrednos!»; pero los demás permanecieron ensartados. Y la llama que se extendía entre los hombres espirituales los envolvió en su calígine; entonces los vi configurados en seis grupos:

La llama laceró con su cruel fuego a algunos de ellos y exhaló ardientemente sobre cuantos no pudo herir su mortífero veneno —verde, blanco, rojo, amarillo o negro—, que inunda las entrañas de la bestia, descendiendo de su cabeza a sus pies. Y la llama que se hundía en el abismo albergaba innúmeras penas para cuantos no habían sido lavados en la fuente del bautismo, ignorantes de la luz de la verdad y la fe, que adoraron a Satán en lugar de a Dios.

También vi cómo arrojaba su boca un fragor de afiladísimas flechas, y un turbio humo negro emanaba de su pecho; de sus riñones borbotaba un líquido ardiente, un torbellino abrasador soplaba de su ombligo, y de su vientre salía rebullendo una hez como plaga de ranas, todo lo cual causaba gran quebranto a los hombres. Brotaba, asimismo, de sus entrañas una horripilante nube con miasmas mefíticos que infestó con su ponzoña a muchos. He aquí que entonces vino una inmensa multitud de gentes, brillando con intenso resplandor: gallardamente conculcaron por doquier a la bestia, implacables la atormentaron, y a ninguno de ellos pudo herir, ni con sus llamas ni con su veneno.

Y de nuevo oí una voz que me decía desde el Cielo:

1. *El Demonio no subyugará a los fieles*

Dios, que todo lo dispensa con justicia y rectitud, llama a los pueblos fieles a la gloria de la suprema herencia; pero el antiguo

asechador, apostado entre celadas, intenta impedírselo y les opone las artes de su maldad; mas ellos le vencen y ofuscan su soberbia, pues poseen la patria celestial y él, en cambio, los horrores del infierno.

Por eso viste *una ardiente luz, tan inmensa cuanto alta y grande es una montaña, que, en su cumbre, se dividía como en muchas lenguas*: es la justicia de Dios ardiendo en la fe de los creyentes, manifestando, en la fuerza de Su poder, la grandeza de la santidad y la altura de la gloria, y revelando maravillosamente en esa gloria los abundantes dones del Espíritu Santo.

2. *La multitud de los fieles y la Ley divina revelada ante ellos*

Ante esta luz se alzaba una muchedumbre de hombres blancos: en presencia de la justicia de Dios se halla la cohorte de hombres resplandecientes en la fe, recta y honestamente situados por sus buenas obras. *Y, delante de ellos, una especie de velo transparente, semejante a un cristal, se extendía desde su pecho hasta sus pies*: pues tienen siempre ante su mirada la poderosa y espléndida Ley divina, desde que albergan el propósito de las buenas obras hasta haberlas cumplido, y así se fortalecen en ellas, que ni a la astucia ni al engaño de las aviesas persuasiones sucumbirán.

3. *De las emboscadas del Demonio en la senda del mundo*

Pero frente a esta muchedumbre yacía, tendido sobre el lomo, como en un camino, una suerte de reptil de prodigioso tamaño y longitud: cuando los hombres caminan por la senda de este mundo, que Yo he plantado para que buenos y malos la recorran, aparece, claramente manifiesta a su entendimiento, la antigua serpiente; mas no con su forma, sino oculta en sus atributos simbólicos: su tamaño en la malignidad, su longitud en la asechanza, vuelta hacia arriba para engullir, ansiosa, en sus celadas a los que persiguen los Cielos; pero, también, postrada en la tierra: pues he aquí que el Hijo de Dios le arrebató sus fuerzas, y no le es posible ya levantarse. Por eso *su vesania y horror rebasaban cuanto puede expresar un hombre*: porque el juicio de los mortales es incapaz de desentrañar los múltiples recovecos de su venenosa furia y de su avieso instinto.

4. *El Demonio ofrece arteramente riquezas y placeres a los hombres*

A su izquierda había como una plaza donde se veían riquezas humanas, delicias seculares y un mercado de diversos géneros: porque en la muerte —la izquierda de este Adversario— se ve una plaza: las malvadas obras de esa muerte; allí abundan la soberbia y la vanagloria en riquezas perecederas, allí lujuria y desenfreno pululan en placeres transitorios, allí, en un mercado, se compra y vende toda especie de ambiciones terrenales; así son engañados, con subterfugios, los que se horripilarían de ver el espanto diabólico al descubierto, cuando con gentileza se les ofrecen las innumerables tentaciones de los vicios, igual que un mercader muestra a los hombres sus distintas mercaderías, para que, cautivados, compren con parejo frenesí cuanto a sus ojos brinden. Mira que el Demonio ofrece sus artes a los hombres con mentiras. Y los que las apetecen, las compran. ¿Cómo? Arrumban su buena conciencia como si la vendieran, y acumulan mortíferas heridas en su alma como si las compraran.

5. *Algunos rechazan la tentación del Demonio, otros sucumben*

Algunos hombres pasaban presurosos por ella, sin comprar nada: pues los que conocen al Señor llevan el tesoro de la buena voluntad y los aromas de las virtudes, estrechándolos con fuerza contra su corazón, así que velozmente atraviesan, bajo los mandamientos de Dios, los placeres seculares y las inmundicias diabólicas y desprecian la dulzura de su carne. *Mientras que otros la cruzaban despacio, deteniéndose a vender o comprar*: porque estos, tardos en obrar el bien por ser tibios de corazón, con propia mano apagan los deseos celestiales como si los vendieran, y en sus entrañas alimentan las apetencias carnales como si las compraran.

Mira que aquellos recibirán, pues, la recompensa de sus buenas obras, y estos los tormentos de su iniquidad padecerán, como enseña Ezequiel cuando dice:

6. *Palabras de Ezequiel*

«Al justo se le imputará su justicia y al malvado su maldad»[1]. ¿Qué quiere decir esto? Las obras luminosas del hombre puro le llenan de santidad, por doquier le rodean cual mil ojos que atalayasen cumbres

1. Ezequiel 18,20.

y simas, elevándolo a un gran honor y a la mortificación del goce, henchido del Espíritu Santo que le ha inspirado, como ala que impulsa al pájaro para remontarse en el aire adonde le plazca. Pero el que, a fuer de impío, sucumba al veneno viperino de la malvada y cruel serpiente que escupe a los Cielos, que enfanga la perla, que murmura contra el más hermoso de entre todo lo hermoso, será aventado de la esplendorosa obra del dedo de Dios, de los honores todos, de la dicha de la visión suprema; sí, del fruto viviente será desgajado, de la raíz del árbol de justicia, segado.

7. *El Demonio porfía en engañar los cinco sentidos humanos*

Pero has visto que *el reptil era hirsuto y negro, cubierto de heridas y pústulas*: la antigua serpiente está repleta de la negrura de la tenebrosa infidelidad, del pelaje del engaño soterrado, de las heridas de la inmunda polución, de las pústulas de la furia cavernosa. *Cinco franjas de distintos colores lo recorrían, descendiendo desde su cabeza, a lo largo de su vientre, hasta sus pies*: porque no cesa de insuflar en los cinco sentidos humanos las abyectas pasiones de los vicios, desde su conjura —cuando urdió erigirse en el primero— hasta la plenitud de los tiempos —cuando termine su locura— y, fingiendo una falsa rectitud, arrastra a los hombres por los declives de sus inmundas artes. *Una era verde, otra blanca, otra roja, una amarilla y una negra, llenas de mortífero veneno*: el verde representa la tristeza mundana; el blanco, la absurda irreverencia; el rojo, la falsa gloria; el amarillo, la calumnia mordaz; el negro, la ruin simulación y todas las demás perversidades que infligen la muerte a las almas de cuantos sucumben a ellas.

8. *La soberbia del Demonio, abatida en la Encarnación*

Pero su cabeza había sido aplastada de tal forma, que tenía la quijada, por el lado izquierdo, destrozada: porque en la Encarnación del Hijo de Dios fue abatida su soberbia, así que, aniquilada ya la adversidad de la muerte, no puede desplegar la fuerza de su amargura.

9. *Significado de los ojos, los oídos y las narices de la serpiente*

Sus ojos eran sanguíneos por fuera y de fuego por dentro: porque los tentáculos de su perfidia infligen por fuera una sanguinaria mal-

dad en los cuerpos de los hombres y, por dentro, clava en sus corazones una flecha de fuego. *Sus orejas eran redondas y velludas*: pues embosca al hombre con el envolvente pelaje de sus artimañas para hacerle sucumbir rápidamente si descubre en él algo que le pertenece. *Sus narices y boca, como las de una víbora*: porque enseña a los hombres costumbres indiscretas y nauseabundas, con las que cruelmente los aniquila ensartándolos en la afilada lengua de sus muchos vicios.

10. *Significado de sus manos, sus pies y su cola*

Sus manos eran semejantes a las humanas: porque teje la trama de sus artes con las obras de los hombres. *Sus pies, de reptil*: pues con sus celadas no deja de sembrar quebranto diabólico en los caminos de los hombres. *Su cola, corta y horrible*: este es su poder diabólico durante el breve pero aciago tiempo del Hijo de la Perdición que, en su frenesí, querrá abarcar más de lo que pueda.

11. *El Demonio, encadenado*

Ceñía su cuello una cadena que aprisionaba también sus manos y sus pies: la potestad de Dios ha quebrantado y abatido la fuerza demoníaca y, al enervarla, se han desmoronado las funestas obras y los viles caminos con los que seducía a los hombres. *Y esta cadena, firmemente sujeta a una piedra del abismo, le agarrotaba, impidiéndole moverse a un lado o a otro, al antojo de su perfidia*: el poder de Dios, que permanece inextinguible en la inmutable eternidad, aplastó al Demonio con tal fuerza mediante la salvación de las almas, que ya no podrá arrebatar a los fieles la salud de la redención con las argucias, externas o internas, de su vil porfía, para que no lleguen a la morada del júbilo que él mismo perdió por su pertinacia.

12. *El Demonio expande por el mundo el fuego de su iniquidad*

Su boca exhalaba abundantes llamas que se esparcían en cuatro partes: de su rapacísima voracidad escupe multiformes y aciagas maldades, cruel incendio de su aviesa persuasión, y lo esparce ampliamente por las cuatro partes del mundo, entre los hombres, para que le sigan.

Una se elevaba hasta las nubes: porque este soplo demoníaco aparta, con el filo de su llama, a los que van en pos del Cielo con el pleno afán de sus almas. *Otra se propagaba entre los hombres seculares*: pues con sus sinuosas apariencias engaña a los que habitan en los quehaceres terrenales. *Otra se extendía entre los espirituales*: con su mentira emponzoña a los que luchan bajo la disciplina espiritual. *Y la última descendía al abismo*: con su perversidad arroja en los tormentos infernales a los infieles que a ella sucumbieron, pues estos, desviándose por sendas de falsedad y engaño, no siguieron el camino de la rectitud, ni mostraron la reverencia debida al Dios verdadero, como testimonia David cuando dice:

13. *Palabras de David*

«Destrucción y quebranto en sus caminos; camino de paz no conocen; temor de Dios no existe delante de sus ojos»[2]. ¿Qué quiere decir esto?

Las inocentes y poderosísimas obras de Dios, que campean en la fuente viva y pura, son la ruina de los que, con sus actos viles y funestos, arrojan de sus corazones al Señor, como diluvio que borra cuanto inunda, así que ya más no aparece. No resplandecen, pues, ante la mirada de Dios: quebranto y desdicha son séquito en sus caminos, dondequiera que vayan, crecen con los pastos de la muerte. ¿Cómo? Saborean el mal, de él se alimentan; la senda que asciende al calor del sol no conocen sus obras, pues ni en el honor ni en el amor gustan la dulzura del Señor; el temor de Dios desprecian como temor de un extraño: ni tenerlo ante sus ojos ni contemplarle desean.

14. *El Demonio tienta a los seculares y a los espirituales*

Entonces viste cómo *la llama que pretendía las nubes luchaba contra los hombres que deseaban subir a los Cielos*: cuando este fuego alevoso advirtió que los corazones de los fieles ascendían a las alturas, arrebatado en odio desplegó contra ellos sus más feroces artes para que no alcanzaran los Cielos que con tan grandes suspiros anhelaban.

2. La cita viene reseñada como Salmos 14 (13),3; no obstante, la Vulgata añade unos versículos, arriba citados, que son de Isaías 59,7-8 y Salmos 36 (35),2.

15. *De las tres cohortes*

Aquellos se agrupaban, según viste, en tres cohortes: porque, aun sumamente fatigados por sus batallas, no cesan de adorar a la inefable Trinidad verdadera. *La primera estaba junto a las nubes*: pues luchando con denuedo contra el Demonio, elevan su mente a las alturas celestes, por encima de las obras mundanas, como flotan las nubes sobre la tierra. *La segunda, en el ámbito que media entre las nubes y la tierra*: estos se contienen con cierta mesura, así que ni se consagran de todo corazón a lo celestial, ni con pleno afán a lo mundano; mas, según su moderado talante, buscan lo interior sin renunciar a lo exterior. *La tercera se desplazaba sobre la tierra*: estos no abandonan enteramente lo caduco y se adhieren un tanto a ello, por eso se esfuerzan con ahínco, sufriendo muchas fatigas por sus pasiones, aunque con el auxilio supremo se alzarán victoriosos; *todas ellas vociferaban con reiterado clamor: «¡Adelante, vayamos a los Cielos!»*: pues tanto estos como aquellos se exhortan unos a otros, entre hondos suspiros de afán, a encaminarse a los secretos celestes, aun cuando la antigua serpiente, urdiendo celadas, siembre con porfía la tribulación en este designio suyo. *Mas la llama los lanzaba a un lado y a otro*: el soplo de la tentación diabólica los dispersa en la diversidad del obrar; así que *algunos resistían*: pues a fuer de recios luchadores, se defienden con gallardía de sus engaños; *otros apenas lograban mantenerse en pie*: porque en la senda de rectitud plantan su camino y, aunque ahítos de fatigas apenas resistan las asechanzas diabólicas, perseveran, sin embargo, bajo los mandamientos de Dios. *Otros se precipitaban a la tierra, pero, levantándose de nuevo, a los Cielos se encaminaban*: pues estos sucumben en la discordia de los vicios, mas luego se yerguen por la penitencia y, con sus buenas obras, libran su esperanza en el Señor.

16. *Las tentaciones de los seculares*

La llama que se difundía entre los hombres del mundo abrasó a algunos de ellos y en horribles tizones los convirtió: el fuego del pérfido engaño acecha a cuantos porfían en lo terrenal, subyuga a algunos con su abyección, los infesta con los aciagos vicios de la lúgubre iniquidad, así que estos, habiendo rechazado la luz de la fe verdadera e infligiéndose amarga muerte, caen a tierra y consuman con sus actos las obras del oprobio. *A otros ensartó en su aguda lengua, y a su antojo los retorcía*: pues su maldad los subyuga de tal modo, que a

todos los vicios de su depravación los inclina, les insufla la dulzura mundana en los abrazos del ardiente desenfreno, así que muestran, en su divergente proceder, lo caótico de sus costumbres: en sus palabras, en sus cabellos, en sus vestidos, en sus andares y otros gestos semejantes. Se vuelven, pues, tortuosos que olvidan la justicia de Dios, prevaricadores contra la Ley, incircunciso su espíritu: mira que buscan la desmesura en el goce y no observan los tiempos de la Ley tal como Dios les ha ordenado, mas igual que el viento embravece el mar, el soplo del antiguo dragón los solivianta en el revuelo de los vicios. *De entre estos, unos escaparon y se dirigieron a los que pretendían los Cielos, implorándoles con repetidos gritos: «¡Favor, oh fieles, socorrednos!»*: pues se apartan de sus conductas ignominiosas y dañinas y siguen a los que arraigan su mente en lo celestial, deseando con el corazón y la palabra que les concedan su favor y les ayuden. *Pero los demás permanecieron ensartados*: porque, presos en la maraña de los vicios, en el mal perseveran.

17. *Las seis formas de tentaciones del hombre espiritual*

Y la llama que se extendía entre los hombres espirituales los envolvió en su calígine: al lanzar el soplo de la persuasión diabólica su aliento de fuego contra los que deberían servir con todo su ahínco al Espíritu, los obnubila con la perfidia de sus vicios para que ansíen la carne más que el espíritu.

Entonces los viste configurados en seis grupos: porque el antiguo enemigo intenta pervertir no sólo sus cinco sentidos exteriores, sino la íntima devoción de sus corazones, que es como un sexto sentido. *La llama laceró con su cruel fuego a algunos de ellos*: el Demonio descarga sus artes contra ellos, les insufla las apetencias y goces de la carne y así les incita al desenfreno y a la inmunda polución. *Y exhaló ardientemente, sobre cuantos no pudo herir, su mortífero veneno —verde, blanco, rojo, amarillo o negro—, que inunda las entrañas de la bestia, descendiendo de su cabeza a sus pies.* ¿Cómo? Porque si renuncian a los placeres de la polución, les infundirá la tristeza mundana, como un pululante verdor que les enervará, y ni para lo espiritual ni para lo terrenal valdrán; o desatará en sus corazones la irreverencia de los vicios, como una gélida, yerta blancura, y no ocultarán su oprobio ni ante Dios ni ante los hombres; o avivará en ellos el recuerdo de la gloria terrena, como un rojo fulgor, despertando amargura y desaliento en sus almas; o les instigará al encono contra el prójimo, como un tibio amarillo, y se

tornarán murmuradores, delatores de lengua doble; o les impondrá la falsa justicia, como pavorosa calígine que miserablemente entenebrecerá sus corazones.

Sí, todas estas son mortíferas pestes que surgieron en la primera rebelión del Adversario y durarán hasta el último día, cuando ya su furia termine para siempre en el mundo: con ellas infiere a los hombres el venenoso fuego de los vicios.

18. *Sobre los no bautizados*

Y la llama que se hundía en el abismo albergaba innúmeras penas para cuantos no habían sido lavados en la fuente del bautismo, ignorantes de la luz de la verdad y la fe, que adoraron a Satán en lugar de a Dios: el incendio de la perdición infiere crueles y amargos tormentos a las almas que, no habiendo sido lavadas en el manantial de la salud, no ven el resplandor de la suprema herencia ni la fe de la institución eclesiástica y no cesan de adorar al que, emboscado en argucias, porfía en arrojar las almas humanas a la muerte, en lugar de a Aquel que brinda a los hombres la vida y la salvación.

19. *Las flechas, el humo y el líquido que expulsaban*

Y viste cómo arrojaba su boca un fragor de afiladísimas flechas: estos son los fatídicos y perversos dardos que lanza la furia del Demonio, enherbolados en sus muchas iniquidades. *Un turbio humo negro emanaba de su pecho*: esto es lo que arroja la maligna porfía de su tenebrosa ira y de su envidia. *De sus riñones borbotaba un líquido ardiente*: esta es la efusión de ferviente desenfreno que, venida de su inmundicia, infesta a sus elegidos.

20. *El torbellino de su ombligo y las inmundas ranas de su vientre*

Un torbellino abrasador soplaba de su ombligo: este es el sofoco de la ardiente fornicación que brota de su voracidad para con sus sometidos. *Y de su vientre salía rebullendo una hez como plaga de ranas*: esta es la fétida inmundicia que, en su desesperada porfía, expulsa la perdición de su infame avidez cuando el viejo asechador engulle a sus seguidores, manejándolos a su entera voluntad. *Todo lo cual causaba gran quebranto a los hombres*: porque estas perfi-

dias infieren el atroz infortunio del más miserable cautiverio a cuantos arraigan su esperanza en lo terrenal y no en lo celestial.

21. *El Demonio solivianta a los necios: toman por verdad la mentira*

Brotaba, asimismo, de sus entrañas una horripilante nube con miasmas mefíticos que infestó con su ponzoña a muchos: el funesto error de la conciencia fétida, proveniente del Demonio, solivianta a los necios con la abyecta impiedad. ¿Cómo?

En la decapitación de Juan el Bautista, que enseñaba que el Hijo de Dios era el Sanador de las heridas del pecado, surgió un fatídico error: el Demonio cautiva a muchos hombres mediante diversas fábulas, haciéndoles tomar, según sus pareceres, por verdadero cuantas mentiras les muestra. Así pues, no pocos son engañados con estas argucias, porque siempre zozobra su fe en la incertidumbre.

Pero, oh hijos Míos, si queréis vivir con justicia y piedad, huid de este aciago error, no sea que la más amarga muerte os atrape en la incredulidad.

22. *Expulsión de los herejes*

Y escapad de los que moran en cuevas tenebrosas, enclaustradas cohortes del Demonio. Ay, ay de aquellos que así perseveren, vísceras del diablo, heraldos del Hijo de la Perdición.

Apartaos, pues, de ellos con toda la devoción y la plena fuerza de vuestras almas y cuerpos, oh bienamados hijos Míos; mirad que la antigua serpiente los alimenta y atavía con sus celadas, y la adoran en lugar de a Dios, en ella confían por sus añagazas y embustes. Son abyectos homicidas: dan muerte a los incautos que se les unen, antes de dejarles retractarse de su error; son despreciables fornicadores que a sí mismos se prostituyen: sacrifican su semen en el homicidio y se lo ofrecen al Demonio; infestan Mi Iglesia con sus cismas y la profusión de sus vicios cuando, en sus ignominiosas conjuras, se burlan con escarnio del bautismo, del sacramento del cuerpo y la sangre de Mi Hijo, y de otros ritos de Mi Iglesia. Pero, aunque por temor de Mi pueblo no abominen abiertamente de estas instituciones Mías, en su corazón y en sus obras las reducen a nada. Pues fingen poseer la santidad por ilusión diabólica, mas en esto les engaña el Demonio, porque si el mismo Satanás se les mostrara al descubierto, lo conocerían y, entonces, huirían de él. Por eso les enseña

ciertas cosas, mediante sus artes, como si fueran buenas y santas, y de este modo los embauca. ¡Ay de los desdichados que así perseveren en la muerte!

Pero como el Demonio sabe que el tiempo de su error será breve, se apresura en perfeccionar la infidelidad en sus miembros, que sois vosotros, viles embaucadores que porfiáis en subvertir la fe católica. Sois veleidosos y cobardes para repeler las venenosas flechas de la deshonra humana, que arrojáis, según vuestra voluntad, contra la Ley. Por eso, después de saciar vuestro desenfreno con el ponzoñoso semen de la fornicación, fingís orar, os revestís de falsa santidad: pero más indigno es esto a Mis ojos que cieno fétido.

El cisma que se alzó en Horeb, donde el pueblo judío esculpió un ídolo y empezó a recrearse con diabólica irrisión, como todavía hoy hacen algunos con petulancia; y el cisma de Baal, en el que muchos perecieron; y el cisma de las fornicaciones, cuando los madianitas perpetraron terribles saqueos; y otros semejantes: en verdad que todos estos caerán sobre vosotros, porque en todos ellos tenéis parte por vuestra maldad; y sois aún peores que los antiguos, pues conociendo la verdadera Ley de Dios, con pertinacia la despreciáis.

Pero, oh vosotros, los que deseáis vuestra salud y recibisteis el bautismo, que sois el Monte ungido, santuario del Señor: resistid a Satanás, no bajéis del monte de vuestra salvación.

23. *El auxilio de Dios*

Si, en cambio, hay un hombre tan contumaz que desprecie el auxilio del Señor para resistir al Demonio, este no cejará en su asedio, pues verá surgir también en él la lóbrega sombra de la iniquidad, la cual enervará con tal amargura su cuerpo, que se marchitará en el quebranto. Porque cuando un hombre empieza a cavilar sobre su maldad y le sobreviene la desesperanza, como si no le fuera posible apartarse del mal y obrar el bien, el Demonio, al verlo, dice: «He aquí uno de los nuestros, niega a su Dios y en pos de nosotros se vuelve. Apresurémonos, corramos veloces a él, encerrémosle en nuestras celadas, que no escape; pues quiere dejar a su Señor y seguirnos».

Pero si el hombre al que acometen estos males por sugestión diabólica —que le mancillan con el homicidio, el adulterio, la gula, la embriaguez y la desmesura de todos los vicios— persevera impenitente en ellos, caerá en la muerte; el que, en cambio, resista al Demonio y se aparte de estos vicios haciendo penitencia, resucitará

a la vida. Porque cuando un hombre sucumbe a la concupiscencia de su carne y arrumba los buenos deseos de su espíritu, el Hacedor del universo dice de él: «Este Me desprecia y ama su carne con pecado, sin querer saber que ha de apartarse de la perdición; que sea, por tanto, rechazado». Si, en cambio, alguno ama el anhelo de bien que hay en su espíritu y renuncia al placer de su carne, el Creador del mundo dirá de él: «Este Me contempla y no apacienta su cuerpo en la inmundicia; desea saber que debe alejarse de la muerte: sea, pues, amparado».

¿Cómo? Como dice Salomón, según Mi voluntad:

24. *Palabras de Salomón*

«A los pecadores los persigue la desgracia, los justos son colmados de dicha»[3]. ¿Qué quiere decir esto? A los que sucumben en el error y se precipitan en la ruina, terribles quebrantos por doquier les persiguen, pues no contemplan con sabiduría lo verdadero, sino que con indolencia lo arrumban. Así, por cuanto no son dignos de mirar hacia el Señor, ni de tener dicha con Dios o con los hombres, y como reniegan de Dios y eligen al Demonio, muchas desgracias les traerá el mal que obran. Pero los buenos edifican su morada en las alturas con recto sentido y pensamiento justo: sí, reciben en su seno la herencia del Padre porque aguardan la luz celestial; no son de los embaucadores que en la irrisión del mercado —que es vender esto o aquello sin criterio— se entretienen, sino que poseen lo verdadero en el Señor.

25. *Los que adoran a Dios conculcan a la antigua serpiente*

Pero viste cómo *vino una inmensa multitud de gentes, brillando con intenso resplandor, que gallardamente conculcaron por doquier a la bestia, implacables la atormentaron*: el fiel ejército de los creyentes, aunque engendrados en la miseria humana, van en pos de sus afanes celestes, con la fe del bautismo y las bienaventuradas virtudes que les llenan de galanura y esplendor; mira que sus obras son poderoso cerco con que rodean y oprimen al antiguo seductor, le prosternan y con atroces tormentos lo desgarran: son las vírgenes, los mártires y los demás adoradores de Dios, que hollan con todo su

3. Proverbios 13,21.

empeño lo terreno y anhelan lo celestial. *Y a ninguno de ellos pudo herir, ni con sus llamas ni con su veneno*: pues arraigan con tal firmeza y constancia en el Señor, que ni el incendio manifiesto ni la oculta añagaza de la iniquidad diabólica podrán emponzoñarles, porque con la colosal fortaleza de las virtudes abandonan las vanas quimeras y, viviendo con justicia, la santidad alcanzan.

Pero aquel que con ojos vigilantes mire y con oídos afinados escuche, acoja con el beso del amor estas palabras místicas que dimanan de Mí, el Viviente. Así sea.



La vidente (Prólogo)



El Resplandeciente (Visión 1, primera parte)



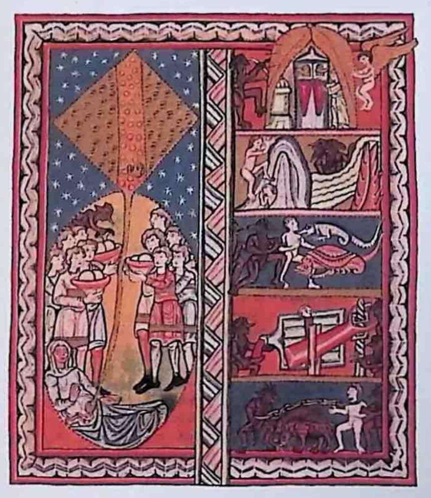
El universo (Visión 3, primera parte)



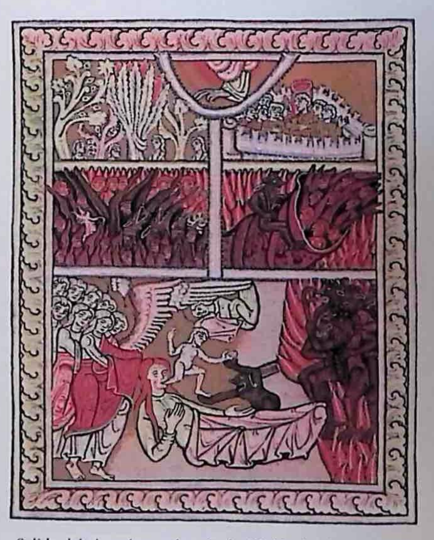
El destierro del Paraíso (Visión 2, primera parte)



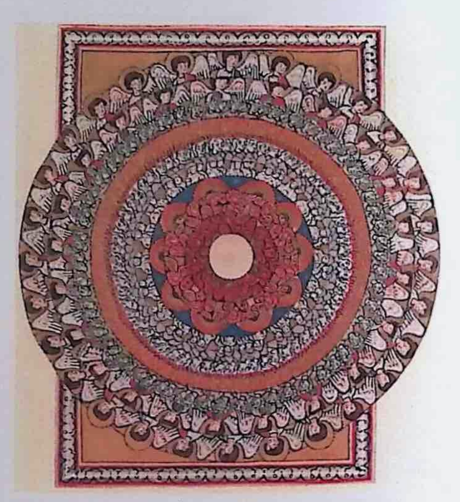
Firmeza del alma ante la tentación
(Visión 4, primera parte)



El hombre en su tabernáculo (Visión 4, primera parte)



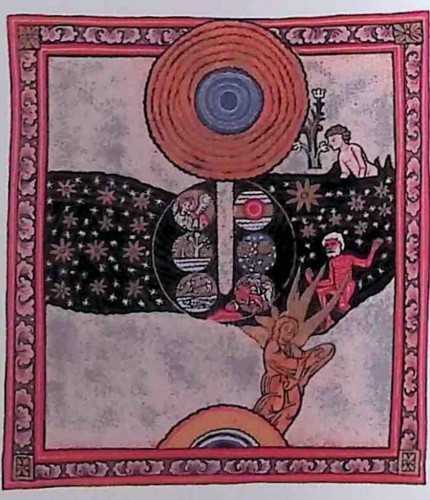
Salida del alma de su tabernáculo (Visión 4, primera parte)



Los coros de los Ángeles (Visión 6, primera parte)



La Sinagoga
(Visión 5, primera parte)



El Redentor (Visión 1, segunda parte)



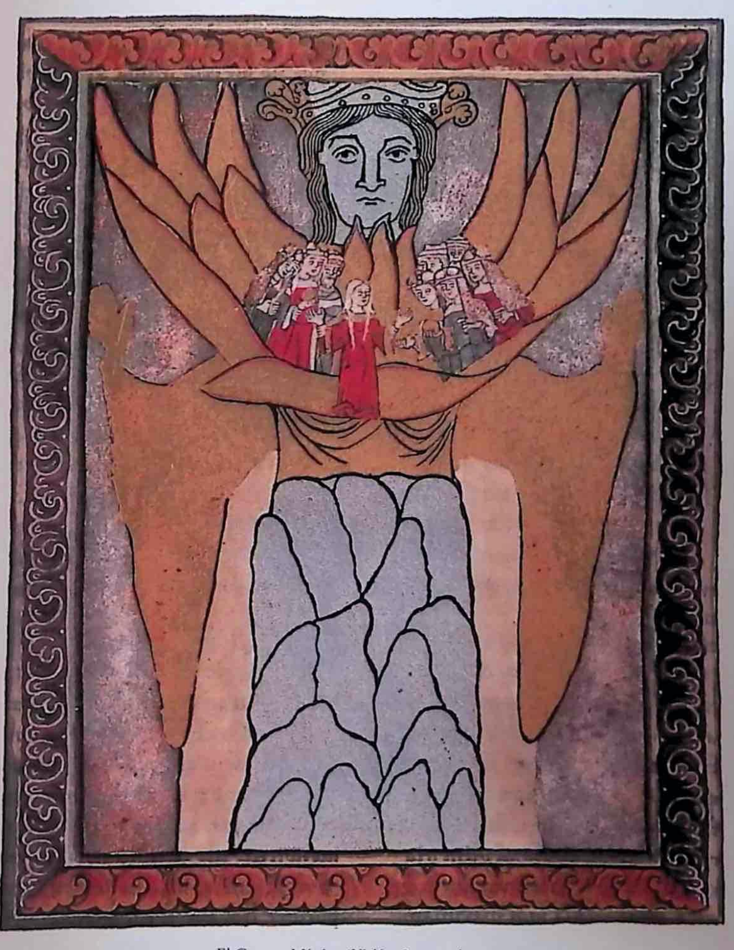
La Trinidad en su íntegra Unidad (Visión 2, segunda parte)



La unción del Espíritu Santo
(Visión 4, segunda parte)



La maternidad que procede del Espíritu y del Agua
(Visión 3, segunda parte)



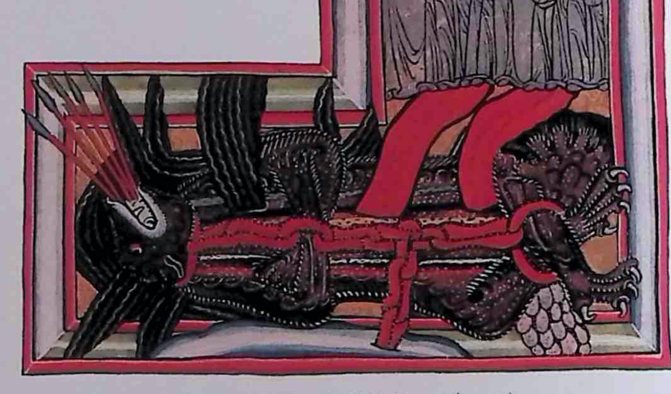
El Cuerpo Místico (Visión 5, segunda parte)



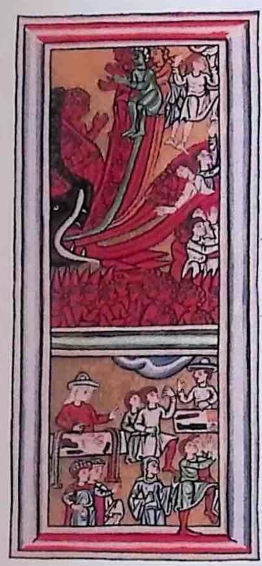
El sacrificio de Cristo
y la Iglesia
(Visión 6, segunda parte)



El pan de vida
(Visión 6, segunda parte)



El enemigo encadenado (Visión 7, segunda parte)



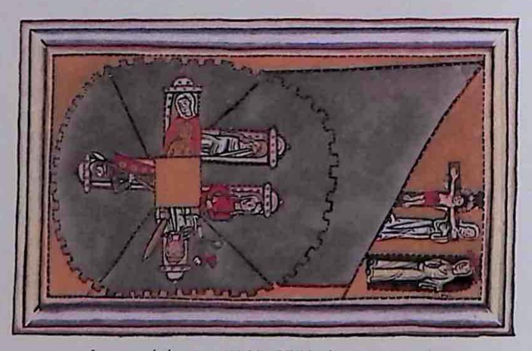
El Tentador
(Visión 7, segunda parte)



El Todopoderoso
(Visión 1, tercera parte)

Estrellas extintas
(Visión 1, tercera parte)

El edificio de la salvación (Visión 2, tercera parte)



La torre de la premonición (Visión 3, tercera parte)



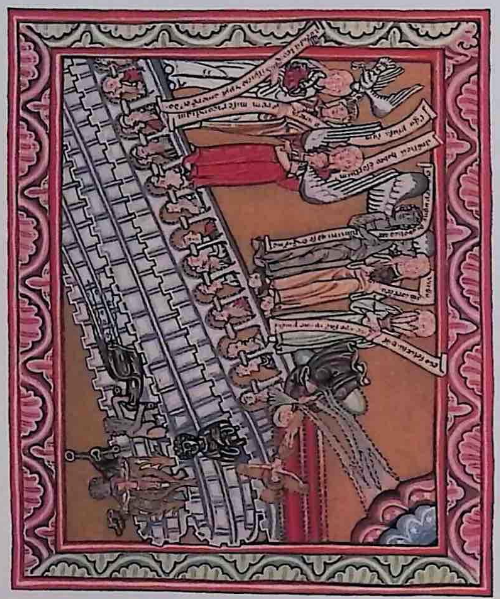
Las cinco figuras de la torre de la premonición
(Visión 3, tercera parte)



La columna de la Palabra de Dios
(Visión 4, tercera parte)



Visión divina (Visión 4, tercera parte)



El muro de la Antigua Alianza (Visión 6, tercera parte)



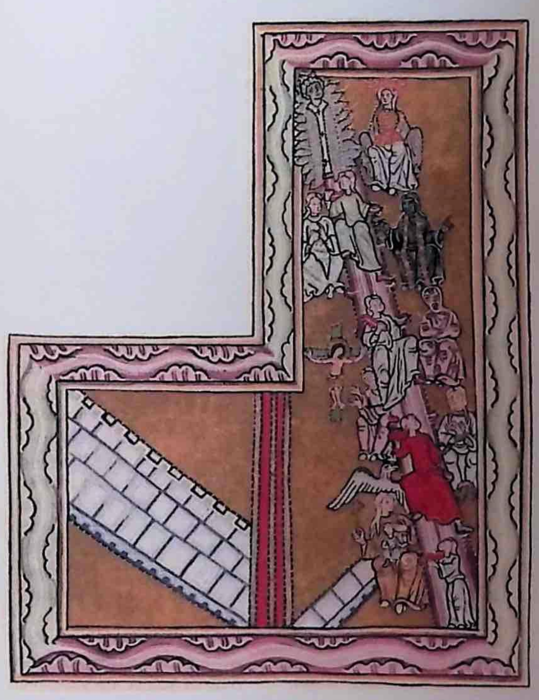
La columna de la Trinidad
(Visión 7, tercera parte)



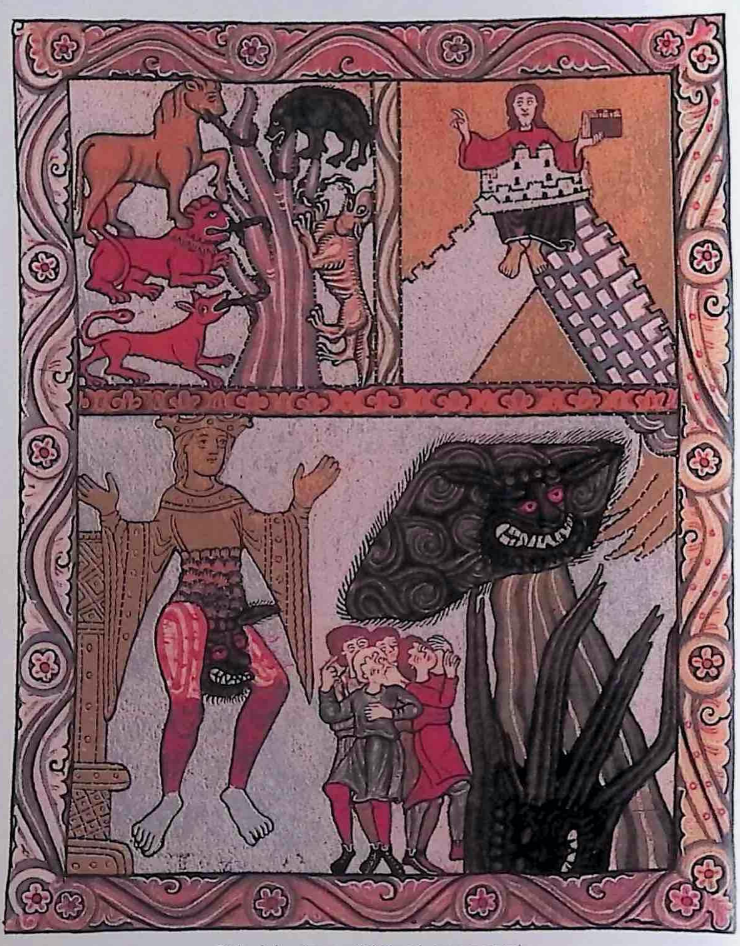
La torre de la Iglesia (Visión 9, tercera parte)



El Hijo del Hombre
(Visión 10, tercera parte)



La columna de la salvación (Visión 8, tercera parte)



El fin de los tiempos (Visión 11, tercera parte)



El día de la gran revelación (Visión 12, tercera parte)



Los nuevos Cielos, la nueva Tierra
(Visión 12, tercera parte)

El coro de los bienaventurados (Visión 13, tercera parte)

TERCERA PARTE

Primera visión

EL QUE EN SU TRONO ESTÁ SENTADO

Y yo, persona tomada de entre las demás, indigna de este nombre porque he pecado contra la Ley de Dios, que debí ser justa mas injusta fui y, sin embargo, criatura del Señor por Su gracia que, también a mí, me salvará, sí: yo miré hacia el Oriente, *y entonces allí vi una piedra de un solo bloque, de anchura y altura colosales; de hierro su color, flotaba sobre ella una blanca nube y, encima de esta, había un trono real, redondo, en el que se sentaba un Ser viviente, inmerso en la luz de una prodigiosa gloria, y de una claridad tal, que no pude verlo con nitidez; tenía en su pecho una masa cenagosa de limo negro, cuyo tamaño era como del corazón de un hombre grande, rodeado de piedras preciosas y de perlas.*

Y aquel Ser luminoso sentado en el trono irradiaba un inmenso círculo dorado como la alborada, cuya amplitud no pude abarcar, que, girando desde el Oriente hacia el Aquilón, el Occidente y el Mediodía, regresaba de nuevo al Oriente, hacia el Ser luminoso, y no tenía fin. Este círculo estaba a tal altura de la tierra, que me era imposible captarla; dimanaba de él un formidable fulgor: haces con los colores de la piedra, el acero, el fuego, y se expandía por doquiera, según su magnitud: arriba, a las cumbres del cielo, y abajo, a las honduras de las simas, así que no pude verle límites.

Entonces, del misterio del Ser luminoso sentado en el trono vi salir una estrella de gran esplendor y belleza y, con ella, una multitud de brillantes centellas; acudieron todas juntas al Sur, en pos de la primera y, mirando al que se sentaba en el trono como a un extraño, se alejaron de Él, pues más que querer contemplarle, les cautivaba el Aquilón. Pero, al instante de ese apartar su mirada, todas ellas se extinguieron, convertidas en la negrura del carbón.

He aquí que, al poco, se levantó de entre ellas un viento entorbellinado que las arrojó del Sur, detrás del Ser sentado en el trono, hacia el Aquilón, y las precipitó a un abismo, así que ya no las divisé más. Y de pronto vi cómo aquel gran resplandor, que les había sido arrebatado cuando se extinguieron, regresaba junto al Ser sentado en el trono.

Y escuché a Aquel que estaba sentado en el trono diciéndome: «Escribe lo que ves y oyes». Con la ciencia interior de esta visión respondí: «Te lo ruego, Señor mío, pon la palabra de la luz en mi boca para que pueda revelar diáfanamente esta mística. No me abandones, afiánzame en la alborada de Tu justicia, en la que se manifestó Tu Hijo. Ilústrame, enséñame la senda, dame la voz para contar el antiguo designio divino que dispusiste en Tu corazón, cómo quisiste que Tu Hijo Se encarnara haciéndose hombre en el tiempo, pues ya antes de la Creación decidiste, en Tu pureza y en el fuego de la Paloma, el Espíritu Santo, que Tu Hijo prodigiosamente amaneciera como Sol esplendoroso al rayar el alba de la virginidad, revestido verdaderamente de humanidad, tomando forma de hombre por la causa de los hombres».

Y de nuevo escuché que me decía: «¡Qué hermosos son tus ojos al cantar lo divino: cuando nace la alborada por designio supremo!». Y con la ciencia de la visión volví a responder: «En lo hondo de mi alma me veo como cenizas de cenicienta escoria, tamo que el viento lleva; heme aquí, pues, sentada temblando cual pluma en la penumbra; pero no me arrojes como a peregrina de la tierra de los vivos, mira que con gran denuedo me consagro a esta visión; y por esta mezquindad, este necio sentir de la carne mía, tengo mi tabernáculo por ínfimo y despreciable: así que no soy digna de llamarme humana, pues mucho temo no atreverme a narrar Tus misterios. Oh Padre, oh Bondad y Calma, enséñame Tu voluntad, enséñame la palabra que debo anunciar. Oh Padre temible, oh dulcísimo Padre, oh Tú, lleno de toda gracia, no me abandones, guárdame en Tu misericordia».

Y oí que de nuevo me decía: «Habla, pues, como se te ha enseñado. Quiero que hables, aunque seas cenizas. Ve y proclama la revelación del pan que es el Hijo de Dios, Él es la vida en la llama del amor, a todos los muertos en el alma y en el cuerpo resucita, con sereno fulgor desata los pecados expiados, Él es la semilla del renacer de la santidad en el hombre, antes de que resucite en Él. Sí, el Dios magnífico, glorioso, inaprehensible, os ha concedido un gran intercesor: envió a Su Hijo en la castidad de una Virgen, libre de mancha alguna que su pureza ajara. No pudo ni debió haber, pues,

sordidez de la carne en la mente de la Virgen: que la muerte, ruina y aniquilación del género humano fue engañada sin saberlo, como en un sueño, cuando el Hijo de Dios vino en silencio en la alborada, en la humilde doncella. La muerte prosiguió, confiada, ignorante de la vida que la dulce Virgen llevaba en su seno, porque su virginidad le había sido ocultada. Esta Virgen era pobre y humilde, así lo quiso la Divina Majestad. Escribe, pues, sobre el verdadero conocimiento del Creador por Su bondad».

1. *Dios debe ser venerado y temido*

Dios, Creador de todo cuanto existe, que concedió al hombre la gloria de la que el ángel de la perdición y su séquito fueron arrojados, debe ser venerado y temido con la máxima honra y temor por todas Sus criaturas; porque es justo que al Creador del universo rindan culto Sus criaturas y Le adoren fielmente como Dios, por encima de todas las cosas. Esto es lo que representa, en verdad, aquella *piedra* que contemplaste: es, en la mística, la magnitud del temor de Dios, que siempre debe nacer y perseverar con la intención más pura en los corazones de los fieles.

Viste que era *de un solo bloque, de anchura y altura colosales y de hierro su color*: esa sólida e inmensa magnitud del temor de Dios debe ser firmemente sentida, pues todas las criaturas han de temer al Señor en total plenitud para que así lo conozcan como Dios único y verdadero: no hay otro sino Él, y ninguno semejante a Él. Y tiene *colosal anchura* porque es enteramente inaprehensible por encima de todas las cosas; y *altura*, pues nadie puede, por mucho que eleve sus sentidos, comprender ni alcanzar la Santa Divinidad que todo lo supera. *Su color era de hierro*: esto representa cuán oneroso y arduo es a la mente humana el temer a Dios, pesada carga para la desvalida y frágil ceniza, porque la criatura humana es rebelde a Él.

2. *El alma fiel que teme sabiamente a Dios se convierte en su trono*

Sobre la piedra *flotaba una blanca nube* que es la diáfana sabiduría de la mente humana; *y, encima de ella, había un trono real, redondo*: esta es la fe poderosa y primordial, abrazada por el pueblo cristiano que conoce fielmente a Dios. Porque dondequiera que arraigue el temor de Dios florecerá, desbordante, la sabiduría de la mente humana y entonces, merced a la ayuda del Señor, enraizará

sobre ella la fe, en la que Dios prepara Su reposo. Sí, cuando Dios es temido, la sabiduría de la mente humana Le comprende con la fe, pues con ella Le toca como toca un asiento a su dueño. Mira que el Señor prepara sobre estos fieles Su asiento, el supremo, por encima de todas las cosas; porque ni el poder ni el dominio pueden captarle, sino que habita en una fe pura y única, pues sólo hay un Dios en el que debe creerse por encima de todo.

3. *El profundo misterio de Dios es inaprehensible*

En el trono se sentaba un Ser viviente, inmerso en la luz de una prodigiosa gloria, y de una claridad tal, que no pudiste verlo con nitidez; tenía en su pecho una masa cenagosa de limo negro, cuyo tamaño era como el corazón de un hombre grande, rodeado de piedras preciosas y de perlas: este es el Dios vivo que reina sobre todas las cosas, resplandeciente en Su bondad, prodigioso en Sus obras, cuya inmensa claridad, por la hondura de Su misterio, no puede hombre alguno captarla plenamente, salvo cuanto le sea posible comprenderle y llevarle en la fe, igual que un asiento contiene y abraza a su dueño. Y así como el asiento está sometido a su dueño y no puede alzarse contra él, tampoco la fe ansía mirar con soberbia a Dios, sino sólo tocarle, con íntima devoción.

4. *La perfección de los elegidos*

En su pecho, en la sabiduría de Su misterio, guarda por amor a Su Hijo ese *limo* frágil, perecedero y pobre que es el hombre, *negro* por la sombra del pecado, *cenagoso* por la inmundicia de la carne; y *tan grande como el corazón de un hombre*: esta es la anchura de la inmensa y profunda sabiduría con que Dios creó al hombre, contemplando a cuantos salvan sus almas por la penitencia, pues cualesquiera que sean los pecados con que, en su flaqueza, se obstinaron contra el Señor, llegarán a Él. Y están *rodeados* de muchos ornamentos: los que, entre ellos, destacan como *piedras preciosas* en personas ilustres —los mártires y las vírgenes bienaventuradas— y como *perlas* —los inocentes y penitentes hijos de la redención—; con ellos está el *limo* espléndidamente engalanado, pues en el cuerpo humano resplandecen todas las virtudes que en Dios brillan con plena luz. Porque Aquel que ha formado el aliento y la vida del hombre mira dentro de Sí mismo. ¿Por qué?

Por la redención: pues en Su clarividencia previó que Su Hijo habría de encarnarse, de modo que debía ser borrada en Su cuerpo toda mancha de pecado. Y así, también vio las almas que, tras el exceso y la desmesura de crímenes cometidos mientras aún habitaban sus cuerpos, serían justificadas, y que, después de sus muchos yerros, se harían a caminar bajo la justicia del Señor: arraigarían en Dios, saldrían de su porfiado olvido, regresarían de todos los vicios que las hirieron en el mundo, cuando sucumbieron al pecado. Y también vió cómo las muchedumbres de las naciones, que se levantarán de las errantes sendas por las que, cubiertas de llagas y aciagos quebrantos, anduvieron, serían rescatadas de la muerte de sus ignominiosos crímenes; y que vendrían muchos, gravemente heridos por la amargura del atroz dolor de la culpa, tan ahítos del encono de su malvado proceder, en el que sobremanera pecaron, que ni siquiera podrán tomar aliento, sumidos en la inquietud, para proseguir la obra de la muerte en el adulterio, el homicidio y el exceso de todo mal.

5. *Ejemplo del Evangelio*

Oh miserables, ¿acaso no vienen estos cual peregrinos de lejanas tierras como enseña la Escritura en el Evangelio, donde el hijo adolescente dice: «Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros»?[1]. Así es, en verdad. El hombre que, caído en el pecado, se restablece por la admonición del Espíritu Santo, dice: «Quiero levantarme de mis insufribles pecados, no soportaré esta grave culpa; sumido en el recuerdo lloraré y lamentaré mis crímenes, iré así a mi Padre, Padre mío porque me ha creado, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo, contra la obra celestial que yo mismo soy; en Tu voluntad me formaste, por la caricia de Tus dedos modelado he sido y debí, por ello, ser celestial, también yo, en mis actos; pero mira que, cometiendo ignominia, por propia mano me desmoroné, he pecado ante Ti, en mi corazón frustré mi naturaleza humana. ¿Cómo?

»En muchas abominaciones he sucumbido. Sí, soy reo de mi perdición ante Tu majestad, ya no merezco ser llamado hijo Tuyo, pues por la iniquidad de mi corazón he llevado la criatura Tuya que soy por rumbos extraños a aquel para el que me formaste. Mas trátame,

1. Lucas 15,18-19.

ahora, como a uno de Tus siervos, recobrado con el salario de la sangre de Tu Hijo, a Quien diste por un precio tan elevado que la muerte no podrá jamás retribuirlo con salario alguno, pero que rescata a los pecadores por la penitencia, surgida en la Pasión de Tu Hijo; porque he perdido la recta herencia de los hijos por Adán que, creado como hijo en la justicia, fue despojado de la gloria bienaventurada. Ahora, en cambio, la penitencia redimirá los pecados de los hombres con la sangre de Tu Hijo».

Que digan estas palabras cuantos repitan la caída de Adán y regresen luego por la penitencia, alcanzando la salvación: rememorarán las muchas enseñanzas que oyeron narradas en las Escrituras sobre la Pasión y la sangre de su Redentor; gimiendo recordarán su desobediencia a cuanto escucharon, de cómo observar la palabra del Señor, y debieron cumplir celosamente: infringieron Su Ley, prescrita para que la custodiaran al erigirse los mandamientos, y se negaron a considerar qué debían hacer y qué rechazar por temor de Dios. Y, al final, llegarán a la verdad, evocarán lo que escucharon y aprendieron del Señor, aunque antes fueran tan ciegos que no quisieran conocer, en modo alguno, Su justicia para evitar anteponerla a sus pecados, al escarnecerla, al renegar de la palabra de Dios, despreciando Su Ley.

Muchos de estos desbordarán de bienes, así que no se saciarán del ágape en la casa del Señor, sin cesar lo festejarán, celebrando el divino oficio y obrando Su justicia en plenitud, siempre llenos de lágrimas los ojos, presente en sus memorias el doloroso recuerdo de los males que cometieron cuando, exiliados de la justicia de la Ley de Dios, la iniquidad cultivaron.

6. *Significado del limo en el pecho*

Este exiliado que regresa es el oscuro *limo que ves en el pecho del Padre misericordioso*. ¿Cómo? Al Hijo de Dios, que salió del corazón del Padre para venir al mundo, se acercan los pueblos fieles y se unen a Él, por su propósito de creerle. En verdad que por eso están también en el corazón del Padre misericordioso, a fin de que ni el ángel ni criatura alguna despreciaran al hombre: porque el Hijo del Dios supremo encarnado tenía forma humana. Pues bien podría el coro de los ángeles considerar indigno al hombre a causa de la ignominiosa hez de sus vicios y pecados, mientras que los mismos ángeles celestiales son inviolables, sin dispersarse por la injusticia, de no ser porque siempre contemplan vivamente el rostro del Padre.

Y lo que el Padre ama en el Hijo, también lo aman ellos. ¿Qué? Que este Hijo de Dios nació como hombre. Porque Yo, el Padre, entregué a Mi Hijo, nacido de una Virgen, por la salvación y renovación de los hombres, como dice Mi siervo el profeta Isaías:

7. *Palabras de Isaías*

«Como pastor pastorea su rebaño: recoge en brazos los corderitos, en el seno los lleva, y trata con cuidado a las paridas»[2]. Así es, en verdad: lo mismo que el pastor apacienta sus ovejas, Mi Hijo, el Buen Pastor, pastorea Su rebaño redimido. ¿Cómo? Lo apacienta en Su Ley, que Él mismo plantó a través de Mí: en Su amplio poder cual brazo —porque este Hijo es hombre— recogerá a los corderos, inocentes de la culpa de Adán por la inocencia del bautismo, despojados del hombre viejo y sus obras, y los alzará, con Sus virtudes y Su Ley, para llevarlos en Su seno. ¿Cómo? Los levantará por encima de las alturas de los cielos y así los convertirá en Sus miembros.

Por eso en el recóndito secreto de la Deidad aparece el hombre con su forma propia y no los ángeles ni ninguna otra criatura, porque Mi Unigénito tomó forma humana en la carne de una Virgen a fin de redimir a los hombres. Él mismo llevará a los retoños en Su corazón. ¿Cómo? Mi Hijo lleva a los hombres en Su sangre para que sean salvados por Sus cinco heridas; por tanto, cuantos pecados cometieran con sus cinco sentidos serán lavados por la suprema justicia después de la penitencia; mira que Él mismo los lleva así porque Se encarnó, fue herido en la cruz, murió, fue sepultado y resucitó de entre los muertos.

Él les tendió la mano cuando los atrajo hacia sí. ¿Cómo? Mi Hijo tomó forma humana por aquellos que se creían perdidos tras la caída de Adán: he aquí que Mi Unigénito venció a la muerte, así que esta ya no pudo subyugarles más. Y los conoció, por tanto, en la virtud de Su gloria, tal como vendrían a Él mediante la purificación de la penitencia.

Y ves que están *en el seno del Padre*: porque el Hijo del Hombre se perfecciona con Sus miembros en el secreto del Padre. ¿Cómo? Cuando llegue la plenitud del mundo, también los elegidos de Cristo, que son Sus miembros, alcanzarán la plenitud. Oh, qué hermoso es este Hijo, como dice el salmista:

2. Isaías 40,11.

8. *Palabras de David*

«Eres hermoso, el más hermoso de los hijos de Adán»[3]. Así es, en verdad: en Él resplandece la más hermosa de las hermosuras, diáfana belleza sin mancha de pecado, sin savia de humana sordidez, sin apetencia por la obra realizada en el deseo de los pecadores, que la fragilidad de su carne les impone. Nada de todo esto tocó jamás a Hombre semejante. Y el cuerpo del Hijo del Hombre nació en la sencillez, más que los otros hombres: una Virgen inmaculada Lo engendró, ignorante del pecado, sin conocer el dolor del parto. ¿Cómo? Porque no sintió el abrazo del pecado y, por tanto, no conoció el dolor del parto, sino que exultaba, dentro de ella, la pureza de su cuerpo. ¡Oh, en verdad que era hermoso!

Pero sepan los hombres que Su belleza corporal no excedía lo que el orden de la profunda sabiduría confirió a la forma humana; porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios en Tres Personas, no se deleitan en la belleza carnal, sino en la gran humildad, igual que el Hijo de Dios se revistió de hombre. Mas Su cuerpo era perfecto, no como el de esos hombres de figura deforme que, por juicio de Dios, a veces se diseminan entre la variedad humana; esos cuyos miembros, carentes de armonía, son desproporcionados, como los contrahechos, lo cual no se debe a la formación natural del cuerpo humano, sino que es por juicio del Señor. Una naturaleza fuerte se manifiesta en un desarrollo armonioso, una débil, en cambio, declina, por su curso anómalo, en la deformidad; y esto no le ocurrió a Mi Hijo.

Pero, por muchas que sean las imperfecciones de los hombres: aunque algunos tengan los miembros de su cuerpo gangrenosos, desfigurados, mancillados, con lepra, hidrópicos, llenos de defectos; aunque, hechizados por las artes diabólicas, la niebla del maleficio los obnubile; aunque sean necios y duros de corazón para ver lo bueno del Señor; aunque hayan de ser acusados y declarados culpables por sus muchos olvidos, pues debieran obrar con justicia y cometen iniquidad, apartándose del bien, despreciando la cruz y el martirio de su Señor: aunque todo esto sea así, Dios Padre contempla con el designio de Su bondad esta obra hecha del barro de la tierra, como un padre mira a sus hijos cuando los sube a su regazo. Y como es Dios, tiene por Sus hijos el amor de un Padre misericordioso. Pues tal es Su amor por los hombres en lo más hondo de Su corazón, que envió a Su Hijo a la cruz como manso cordero llevado

3. Salmos 45 (44),3.

al sacrificio; así que este Hijo Suyo recuperó la oveja perdida, a la que, al encarnarse, llevó sobre Sus hombros entre atroces quebrantos, porque Se ofreció a morir por Su grey.

Pero entre los hombres hay muchos engalanados, ataviados con el precioso adorno de la virtud: los mártires, las vírgenes, los inocentes, los penitentes y cuantos se someten a sus maestros, como antes se dijo, y que son conscientes de sus pecados y se escarmientan en esforzada lucha contra lo que son. Mira que no es posible decir cuáles son los elegidos o dónde están, porque todos serán tenidos en cuenta.

Pues ¿quién puede escrutar en la profunda sabiduría del Altísimo y en el designio de Su ciencia, y ver el número de los elegidos? Insondables son sus juicios para todos los hombres. Pero apresuraos, que está preparado para vosotros el Reino de Dios. Pues según sea el celo de los fieles que obran la justicia del Señor, lavados en el bautismo y reconocidos por la fe, así será su recompensa.

9. *Dios Padre hace, ordena y perfecciona su obra mediante su Hijo*

Y viste cómo *aquel Ser luminoso sentado en el trono irradiaba un inmenso círculo dorado como la alborada, cuya amplitud no pudiste abarcar*: del Padre Omnipotente dimana Su poderosísima fuerza y Su vigoroso obrar, cuya potencia todo lo abarca y que actúa mediante Su Hijo, a Quien tiene siempre junto a sí en la Majestad de la Divinidad; antes de los siglos y desde el principio del mundo, ordena y perfecciona todas Sus obras mediante Él, que, con hermoso fulgor, como alborada resplandece; pues este Hijo Se encarnó de la más sabia Virgen, simbolizada en la aurora, por inspiración del dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, por el que también se realizan todas las obras del Padre. Y no puedes, en modo alguno, captar la amplitud de esta gloria: mira que para ponderar Su potencia y Su obra no hay, ni habrá, ni podrá haber medida de bondad o poder al alcance de las criaturas; sólo es posible columbrar que infinito e insondable es el Señor en Su poder, oh sí, invicto y prodigioso es Él en Su obra.

10. *El círculo que gira*

Este círculo *giraba desde el Oriente hacia el Aquilón, el Occidente y el Mediodía, regresaba de nuevo al Oriente, hacia el sentado en el trono, y no tenía fin*: el poder y la obra de Dios abarcan y com-

prenden a todas las criaturas. ¿Cómo? En la voluntad del Padre que, con el Hijo y el Espíritu Santo, es un solo Dios, surgieron todas las criaturas y todas ellas sienten Su poder. ¿Cómo? Todas Le sienten en la creación, *girando desde el Oriente*, que es el despuntar de la justicia plena; *hacia el Aquilón*, para ofuscar al Demonio; *el Occidente*, donde las tinieblas de la muerte intentan apagar la luz de la vida, pero la luz resurge, vencida la lúgubre calígine; *y el Mediodía*, donde el ardiente fuego de la justicia de Dios inunda los corazones de los fieles; *y de regreso al Oriente*, al origen de la justicia. ¿Qué quiere decir esto?

Cuando la obra de Dios, merced a Su potestad suprema y según el tiempo por Él preestablecido, se haya cumplido en los hombres de la tierra, entonces también el ciclo de este mundo alcanzará su plenitud al culminar los tiempos en el último día; y en Aquel que está sentado en el trono y no conoce fin brillarán todas las obras que ha realizado en Sus elegidos; pues integérrimo es en Su poder y en Su obra el Señor que era, es y permanecerá, sin principio, por encima del tiempo, en la Divinidad: no fue, sino que es.

11. *Insondable es el poder de Dios*

Este círculo estaba a tal altura de la tierra, que te fue imposible captarla: el poder supremo es tan excelso, por encima de todas las vidas de las criaturas, de los sentidos y el intelecto humanos, y tan inconmensurable en todo y sobre todo, que ningún ser tiene capacidad para concebirlo, salvo vislumbrar que Su altura excede cuanto pueda conocerse. Por eso los ángeles cantan incesantemente alabanzas al Señor. Pues Le ven en Su poder y gloria, pero no les es posible contemplarlo en toda Su plenitud, ni saciarse nunca de Su inmensidad y belleza.

12. *Dios es justicia diáfana, veraz y justo, sin mudanza*

Dimanaba de él un terrible fulgor: haces con los colores de la piedra, el acero, el fuego: el poder divino manifiesta con vehemente firmeza Su formidable fuerza contra la iniquidad subrepticia, impenitente e impune; *y es como el acero*: Dios es diáfana justicia, no conoce injusticia alguna propia de la molicie que, como caña al viento, ante la iniquidad cede, llamándola justicia, lo que no place a Dios; Él, en cambio, es esta justicia que, *como el acero,* afianza toda

la demás justicia, tan frágil frente a ella como el hierro frente al acero. *Y es como el fuego* porque Él es el fuego del juicio: abrasa el pecado de toda la injusticia que nunca quiso humillarse ante Él para implorarle Su misericordia.

Dios es también *como piedra* frente al hombre: porque es justo y verdadero sin mudanza, cual roca frente a la leve arena, cual piedra que no se ablandará, tampoco Él cambia; y es *como acero* que, con el filo de Su clarividencia, cuanto existe atraviesa, sin mudanza temporal porque es Dios por encima de todas las cosas; y es *como fuego* que todo lo inflama, lo enciende todo, todo lo ilumina, inmune a las vicisitudes del tiempo y lo nuevo, pues Él es Dios.

13. *Virtud, justicia y juicio de Dios no tienen fin comprensible*

Y ese fulgor se expandía por doquiera, según su magnitud: arriba, a las cumbres del cielo, y abajo, a las honduras de las simas, así que no pudiste verle límites: ni la fuerza del poder y la obra de Dios, ni Su justicia, ni Su recto juicio tienen, por doquier en su inconmensurabilidad, límite alguno en las alturas de los cielos o en las profundidades del abismo que pueda aprehender el sentido humano.

14. *La caída del primer ángel y su séquito*

Entonces, del misterio del Ser luminoso sentado en el trono, viste salir una estrella de gran esplendor y belleza y, con ella, una multitud de brillantes centellas: porque, por mandato del Padre omnipotente, el ángel Lucifer, que ahora es Satanás, surgió en su origen engalanado con inmensa gloria, ataviado con gran resplandor y belleza; y, con él, todas las centellas de su séquito, entonces lucientes en el fulgor de su luz, pero ahora extinguidas en lóbregas tinieblas. Aquel, inclinado al mal, no Me contempló a Mí, que soy Plenitud, sino que, confiando en sí mismo, creyó poder emprender cuanto tramara y culminar lo que iniciara. Por tanto, la honra que debía al que está sentado en el trono, pues fue creado por Él, se la rindió a sí mismo y de este modo sucumbió en el mal.

Con esa estrella *acudieron todas juntas al Sur y, mirando al que se sentaba en el trono como a un extraño, se alejaron de Él, pues más que querer contemplarle, les cautivaba el Aquilón*: Lucifer y su séquito, prodigiosamente creados por la ardiente bondad de Dios, se aventuraron, con oblicuas miras, por los desvíos: despreciaron con soberbia al que reina en los cielos; todos ellos, surgidos al prin-

cipio de la creación, saborearon la impiedad que es senda de la condena, y miraron al Señor, no con el propósito de conocerle en Su bondad, sino porque ansiaban prevalecer sobre Él, como sobre un enemigo; con enardecida altivez se apartaron de la ciencia de Dios y se concitaron su propia caída en lugar de querer conocer al Señor en Su gloria. *Pero al instante de ese apartar su mirada, todas ellas se extinguieron, convertidas en la negrura del carbón*: tan pronto como, con su arrogancia, desdeñaron conocer a Dios, Lucifer, con su séquito de malvados, fue despojado del fulgor de radiante luz con que la potencia divina lo había ataviado; destruyó así la belleza interior, semilla de la ciencia del bien, y se hundió en las fauces de la impiedad que lo devoró: extinguido de la luz eterna, en la eterna perdición cayó. *Todas se convirtieron, pues, en los negros tizones de un fuego apagado*: fueron despojados, con su adalid el Demonio, de su radiante esplendor y en la tenebrosa perdición se extinguieron, privados de toda la gloria de la dicha, como carbón sin lumbre.

He aquí que, al poco, se levantó de entre ellas un viento entorbellinado que las arrojó del Sur, detrás del Ser sentado en el trono, hacia el Aquilón, y las precipitó a un abismo, así que ya no pudiste divisarlas más: este es el furioso torbellino de impiedad que se alzó entre estos ángeles de la ignominia cuando quisieron prevalecer sobre Dios y con su soberbia oprimirle; arrambló sus ráfagas hacia la más amarga sombra de la ruina y los aventó del Mediodía, que es el bien, atrás a las tierras del Aquilón, que es el olvido de Dios, Rey del universo; y allí donde quisieron en su arrogancia ensalzarse, encontraron su confusión y su caída: su soberbia los arrojó al abismo de la muerte eterna, perdición suya, y ya nunca más brillarán en la luz, tal como dije por boca de Mi siervo Ezequiel al bosque del mediodía, que debió brindar el ardiente fruto de la justicia y no lo hizo:

15. *Palabras de Ezequiel*

«He aquí que yo te prendo fuego, que devorará todo árbol verde y todo árbol seco; será una llama que no se apagará, y arderá todo, desde el Négueb hasta el Norte. Todo el mundo verá que yo, Yahveh, lo he encendido; y no se apagará»[4]. Así es, en verdad. Oh necio, que

4. Ezequiel 21,3-4. (En Vulgata, en lugar de «arderá todo», se lee: «todo rostro arderá»; entre los hebreos, «arder el rostro» es metáfora de una plaga, calamidad, suplicio universal; podría decirse que, por la índole del castigo, hasta los rostros arden. Véanse Isaías 13,8; Lamentaciones 4,8; Joel 2,6. Téngase presente en relación con la glosa de Hildegarda. [*N. de los T.*].)

en tu arrogancia te alzaste contra Mí, El que no tiene principio ni fin: haré que Mi celo encienda en ti el fuego de Mi ira, devorará toda tu lozanía con la que quisiste crecer en falso verdor, confiando en ti y no en Mí, aferrado a tu insensata ciencia para alcanzar cuanto tu soberbia anhelaba; abrasaré en ti toda la aridez de la perdición, el yermo pecado, desierto del bien, con que concitas al hombre, que ceniza es: esta asechanza tuya no será tu salvación, sino que prenderá en ti el fuego eterno. No serás recompensado con la redención, ni tú ni cuantos sigan tu ejemplo. Y esta pira del dolor con sus quebrantos no se apagará; arderá tu aciaga soberbia como rostro del honor codiciado, que quisiste poseer al contemplarlo; y toda tu gloria arderá: desde el Sur, donde naciste con luz clara y brillante, hasta el Aquilón, el infierno lleno de tinieblas en que caíste.

Y todo el mundo lo verá, los elegidos y los réprobos conocerán la Gehenna: los elegidos porque huirán de ella, los réprobos porque en ella penarán para siempre; todos sabrán que yo, el Señor todopoderoso, lo he encendido como pago por tu maldad, oh Demonio, y ni tu perfidia ni la de los tuyos lo apagará. Mira: la perdición de la soberbia diabólica arrojó a Satanás y a sus ángeles a las tinieblas exteriores del eterno tormento sin el consuelo de la luz, así que no hay lugar para ellos en la claridad eterna, por eso, oh frágil ser humano, *no pudiste verlos más*, como dijo Ezequiel, en Mi espíritu, al rey de Tiro, con sentido místico:

«Todos cuantos de entre los pueblos te conocen se asombrarán de ti. Serás el espanto de todos y dejarás de existir para siempre»[5]. Así es, en verdad: todos los rectos corazones que te veían, oh Demonio, embriagado en vicios entre las gentes que te abrazaban en la prevaricación contra la Ley de Dios se pasmarán, espantados de tu ignominia, de cómo envileces con tus engaños el santuario, morada del Señor, que es el hombre. Nada eres, pues; por tu soberbia has caído de toda gloria redentora: ya no tienes fuerza, ya no tendrás dicha, ni gozarás, nunca más, de esplendor alguno en la eternidad de los Cielos, mira que en todo esto has sido confundido para siempre.

16. *Dios Padre guardó en su secreto la gloria que perdió el Demonio*

Y de pronto viste cómo aquel gran resplandor, que les había sido arrebatado cuando se extinguieron, regresaba junto al Ser sentado en el trono: el inmenso y diáfano fulgor que el Demonio perdió por su

5. Ezequiel 28,19.

soberbia y contumacia —pues Lucifer tenía una luz más pura que los demás ángeles— cuando germinó en él, y en todos sus secuaces, la semilla de la muerte, regresó a Dios Padre, que lo guardó en Su misterio: no era justo que la gloria de aquel esplendor suyo quedara vacía, y Dios la conservó para otra obra de luz.

Sí, Dios guardó el esplendor de esos ángeles —el Demonio y su séquito—, a los que creó desnudos y sin carne, pero radiantes de luz, para el barro con que formó al hombre, a quien cubrió de esta vil materia terrenal, no fuera que se ensalzara queriendo semejarse a Dios; pues aquel que fue creado como lucero de inmenso fulgor, sin la mísera y frágil materia que cubre al hombre, no pudo mantenerse en su elación, porque sólo hay un Dios sin principio ni fin en la eternidad; y es, por ello, el más funesto de los crímenes querer semejarse a Él.

Por tanto, Yo, que soy el Dios Celestial, conservé esa radiante luz, arrebatada al Demonio por su maldad, guardada celosamente en Mi seno, y la di al barro de la tierra que formé a imagen y semejanza Mía; tal como haría un hombre si muriera su hijo y no tuviera otros que le heredaran: guardaría su herencia para dársela a otro hijo cuando naciera.

17. *El Demonio cayó sin heredero, pero el hombre tiene heredero*

El Demonio cayó sin heredero: sin obrar el bien con recta intención; pues nunca hizo ni emprendió bien alguno, por eso fue otro quien recibió su herencia, el cual también cayó, pero tenía heredero: el comienzo de la obediencia, que aceptó con devoción, aunque no pudiera cumplir plenamente la obra que le correspondía; mas la gracia de Dios culminó esa obra mediante la Encarnación del Salvador de los hombres con la restitución de la justa herencia. Así que el hombre recibió su herencia en Cristo, porque no había despreciado en un principio el precepto de Dios, mientras que el Demonio no quiso servir a su Creador con el bien, sino a la ambición de honor con su soberbia; por eso no recibió su gloria, mas pereció en la ruina.

18. *Ejemplo de David y Goliat*

Igual que Goliat se alzó despreciando a David, el Demonio se encumbró en su presunción, queriendo semejarse al Altísimo. Y así

como Goliat, ignorante de la fuerza de David, le vilipendió, teniéndole por nada, así también la enaltecida soberbia del Demonio menospreció la humildad del Hijo de Dios encarnado que, venido al mundo, buscó en todo la gloria del Padre y no la Suya propia. ¿Cómo? El Demonio no quiso seguir este ejemplo para someterse a su Creador, como se sometió el Hijo de Dios a Su Padre. Pero, al final, David decapitó a Goliat con la secreta fortaleza de Dios, tal como está escrito por inspiración del Espíritu Santo:

«Tomó David la cabeza del filisteo, y la llevó a Jerusalén; pero sus armas las colocó en su tienda»[6]. Así es, en verdad; Mi poderosísimo Hijo tomó el botín y los despojos de las garras del Demonio cuando holló la cabeza de la antigua serpiente. ¿Dónde? En el útero de la Virgen, que conculcó la cabeza de la serpiente. ¿A través de quién? A través de su Hijo. ¿Qué quiere decir este conculcar? La santa humildad, despuntando en la Madre y en el Hijo, escarneció el principio de la soberbia, que es la cabeza del Demonio. Y así, Mi Hijo llevó con humildad en Su cuerpo esta cabeza a la Santa Iglesia, que es la visión de la paz, y le mostró que, merced a esta poderosa humildad, la soberbia del Demonio había sido aniquilada. Pero Mi Hijo quebró sus armas más terribles —los vicios con los que acometía y subyugaba a los hombres para que le veneraran en lugar de a Dios, aterrándolos con ellos como con armas— y las colocó en Su tabernáculo, en la Pasión de Su cuerpo, mientras sufría en la cruz.

Por eso deja Él que esta misma lucha sea, también, librada en los tabernáculos: en los cuerpos de Sus miembros elegidos, para que se repartan con Él las armas del Demonio[7]. ¿Cómo? Que, tal como venció Él al Demonio con Su Pasión, lo derroten ellos, dominando sus deseos, sin sucumbir a sus vicios. Y, según nuestro ejemplo: igual que la gloria de Goliat fue entregada a David, di Yo el esplendor, arrebatado al primer ángel, a Adán y a su estirpe, que Me han confesado guardando Mis preceptos, abatida ya la soberbia del Demonio.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

6. 1 Samuel 17,54.
7. Lucas 11,22.

Segunda visión

EL EDIFICIO DE LA SALVACIÓN

Entonces vi, dentro del ámbito del círculo que irradiaba Aquel sentado en el trono, un gran monte, unido a la raíz de la inmensa piedra sobre la que estaban la nube con el trono del sedente, de forma que la piedra se elevaba hacia lo alto y el monte se extendía en las anchuras.

Sobre este monte se alzaba un edificio cuadrangular, a semejanza de una ciudadela de cuatro esquinas, situado en posición diagonal, de modo que sus ángulos miraban uno al Oriente, otro al Occidente, otro al Aquilón y otro al Mediodía. Alrededor del edificio había una muralla formada por dos elementos: un resplandor brillante como la luz del día y una trabazón de piedras, que convergían ambos en el ángulo oriental y en el septentrional; así que la parte luminosa de la muralla se prolongaba, intacta y sin interrupción, desde el ángulo oriental hasta el septentrional; y la parte pétrea se extendía desde el ángulo septentrional, por el occidental y el meridional, hasta terminar en el oriental, con dos espacios huecos: entre el ángulo occidental y el meridional.

La longitud del edificio era de cien codos, su anchura de cincuenta y su altura de cinco, de modo que los muros laterales tenían el mismo largo, como también los muros frontal y posterior. Los cuatro muros alcanzaban igual altura en todo su recorrido, excepto en los torreones, que la rebasaban ligeramente.

La distancia entre el edificio y el fulgor del círculo mencionado, que se extendía hasta las profundidades del abismo, era de un palmo en el vértice oriental; pero en los demás —septentrional, occidental y meridiano— era de tal magnitud que no pude calcularla.

Y mientras admiraba todo esto, el que estaba sentado en el trono me dijo, una vez más:

1. *La fe, oculta en el Antiguo Testamento, resplandece en el Nuevo*

La fe, que entre los antiguos santos y su obra de justicia edificada a las alturas por la bondad del Padre despuntó rodeada como de pálidas neblinas, avanzó, al encarnarse el Hijo de Dios, resplandeciente hacia la luz, en diáfana revelación y con obras fervorosas; fue cuando el Hijo de Dios, que no iba en pos de lo perecedero, enseñó con Su ejemplo a conculcarlo y a amar lo celestial, mientras que los primeros padres, sin huir del mundo ni separarse de él, adoraban al Señor sólo con sencilla fe y humilde devoción, pues aún no se les había mostrado que debían renunciar a todo.

Por eso viste, *dentro del ámbito del círculo que irradiaba Aquel sentado en el trono, un gran monte, unido a la raíz de la inmensa piedra, sobre la que estaban la nube con el trono del sedente, de forma que la piedra se elevaba hacia lo alto y el monte se extendía en las anchuras*: en la poderosa y fuerte obra de la potestad del Padre Supremo, que Él vigorosamente realiza, se alza un monte simbolizando la fe, grande en virtud, que se manifestó a todos con la circuncisión de Abraham y así prosiguió hasta la venida del Hijo del Dios Celestial cuando, derrotada la antigua serpiente, el Espíritu Santo la inspiró en los hombres para que, fielmente obrando en la bondad del Padre, creyeran que Dios, vencedor de tan terrible enemigo, es Omnipotente y, de este modo, elevados por la fe, alcanzaran la gloria de la que fue arrojado el Demonio a causa de su soberbia.

2. *La fe y el temor de Dios están unidos*

Este monte estaba situado en la raíz de la inmensa piedra que alberga el misterio del temor de Dios: porque la fe está unida a la perseverancia en el temor de Dios, y el temor de Dios, a la fortaleza de la fe; pues el Padre envió a Su Hijo para que naciera de una Virgen, y del Hijo dimanó la fe verdadera, primer fundamento de la obra buena, engendrada por el temor de Dios junto con todas las demás virtudes que tocan al Señor en Su altura; así, Dios, que reina sobre todo cuanto existe, es adorado fervorosamente en la sabiduría de las almas fieles. ¿Cómo? El temor de Dios penetra hondamente los secretos de los cielos con circunspecta mirada, porque es el principio del recto designio con que la fe bienaventurada se despliega

junto a Dios en la amplitud de la perfección cuando, mediante las buenas obras, hasta la santidad crece.

3. *Los fieles edifican buenas obras en las cuatro partes del mundo*

Sobre este monte se alzaba un edificio cuadrangular, a semejanza de una ciudadela de cuatro esquinas: la bondad del Padre edifica buenas obras sobre la fe, reúne muchos fieles de los cuatro ángulos de la tierra y los atrae hacia lo celestial para que, afianzados en la firmeza de la virtud, el Padre Supremo los coloque benignamente en Su seno, en Su secreta potestad y místico designio, con los cuatro fundamentos de la fe. ¿Cómo?

4. *Los cuatro fundamentos*

Yo, el Altísimo, formé para Mi obra el primer fundamento de los hombres, Adán, cuya estirpe, desaparecido él, perduró, debilitándose por un gran cisma, hasta el segundo fundamento, hasta Noé; entonces se desencadenó el diluvio, y allí anuncié los misterios de Mi Hijo en el arca. Pero en este fundamento, Noé, revelé, a través de Mi admonición, la parte luminosa de la muralla de este edificio; porque, al ahogar en el diluvio a los pecadores, señalé a los hombres que huyeran de la muerte y anhelaran la vida, así les abrí diáfanamente la ciencia especulativa de elección entre las dos causas. ¿Qué quiere decir esto?

El hombre cobra lozanía y medra en la vida viva que es el alma, por la que observa y conoce los dos caminos: el bien y el mal; pues uno de los dos recorrerá mientras habite la carne: obrará el bien o el mal con el cuerpo y el alma, lo emprenderá según la elección de su alma y cumplirá su voluntad en la acción. Y así, en Noé fue revelada, a través de Mi admonición, la ciencia especulativa de elección entre las dos causas: la profunda meditación para rechazar el mal y amar el bien; y esto conduce, con el edicto de la circuncisión, según la premonición de la voluntad de Dios, al tercer fundamento, donde Abraham y Moisés están unidos en la circuncisión y en la Ley. La circuncisión y la Ley se extienden hasta el cuarto fundamento, la Santa Trinidad, donde, con el Hijo de Dios, se cumplieron el Antiguo Testamento y los signos exteriores, y donde germinó la semilla interior en la Iglesia, merced al Hijo de Dios, que nació y sufrió por la salud de los hombres, que resucitó y regresó al Padre, que resta-

bleció el ángulo, oculto y menguado por la caída de Adán, con la redención de las almas.

5. *El hombre debe evitar las celadas del Demonio*

Este edificio estaba *situado en posición diagonal*: porque el hombre, que es obra de Dios, no puede, por su fragilidad, caminar firmemente sin pecado y, con audacia, sin temer por su desvalida carne, vencer al Demonio; sino que debe evitarlo con humildad y rehuir con sabiduría sus celadas para no pecar. Que se una fielmente al bien y se edifique, así, en el Hijo de Dios que, sentado en un ángulo, es la piedra angular, en Quien se eleva la trabazón de los fieles en la obra santa.

6. *Significado de los cuatro ángulos del edificio*

Sus ángulos miraban uno al Oriente, otro al Occidente, otro al Aquilón y otro al Mediodía. El Hijo de Dios nació de una Virgen y sufrió en la carne para que, al elevarse la justicia, el hombre fuera restituido a la vida, que es inseparable de la justicia plena: he aquí el *ángulo oriental.* Entonces surgió la salvación de las almas cuando Dios cumplió en Su Hijo toda la justicia, prefigurada desde Abel hasta Su Unigénito, que terminó con los preceptos de observancia carnal del Antiguo Testamento; así llegó la salvación de los fieles por la fe que trajo el Hijo de Dios cuando el Padre Le envió al mundo hacia el ocaso de los tiempos: he aquí el *ángulo occidental.* La justicia se alzó contra el Demonio en Abraham y Moisés, los cuales anunciaron, por ella, la gracia prometida que salvaría al hombre, a quien el Demonio engañó y dio muerte como un ladrón en la caída de Adán: *ángulo septentrional.* La miserable y mortal caída del género humano fue, después, restaurada noble y magníficamente por la gracia celestial, con el pleno fruto de la ardiente obra de Dios y del hombre: *ángulo meridional.*

7. *De nuevo, sobre los ángulos*

El *ángulo meridional* también designa que el primer hombre, Adán, fue creado por Dios; pero de este ángulo no dimana la luz de la ciencia especulativa de elección entre las dos causas, porque, desde Adán, su estirpe se sumió en la discordia, no honraban a Dios con Su ciencia, acatándole en la observancia de la Ley, mas con infame villa-

nía actuaban a su antojo; no brillaban, pues, con el recto conocimiento del Señor ni con la bienaventuranza verdadera, sino que yacían postrados en la muerte. Sin embargo, sólo el Padre guardaba en el misterio de Su corazón Su designio para el hombre. El *ángulo del Oriente* también simboliza a Noé, en quien despuntó la justicia, cuando se reveló abiertamente la ciencia especulativa anunciando toda la santidad que después se cumpliría en el Hijo de Dios. Y como la plena justicia nace con el Hijo de Dios, que es el Oriente verdadero, debe nombrarse este edificio refiriéndose primero al Oriente, en honor de la santidad que se reveló, verdaderamente, primero en Noé.

El ángulo del Septentrión designa a Abraham y Moisés, que guarnecieron la ciencia especulativa con sus gestas contra Satán, fortificándola con piedras preciosas y con la suprema obra dorada de la diáfana justicia divina, que son la circuncisión y la Ley; pues la justicia estaba desnuda y sin obras antes de la circuncisión y de la Ley.

Y el cuarto ángulo, *el occidental*, también prefigura la Trinidad verdadera, revelada abiertamente en el bautismo del Salvador que, al regresar al Cielo, erigió con todas Sus obras la ciudad santa y plena de Jerusalén, por la salvación de las almas.

8. *La fortaleza y defensa de las buenas obras*

Alrededor del edificio había una muralla formada por dos elementos, un resplandor brillante como la luz del día y una trabazón de piedras, que convergían ambos en el ángulo oriental y en el septentrional: la bondad del Padre ha concedido a los hombres de todas partes del mundo una misma seguridad: la fortaleza y defensa de las buenas obras para que, guarnecidos y confortados por ellas, renuncien a las apetencias de la carne y corran hacia el Dios único, que es su baluarte.

La muralla estaba formada por dos elementos: uno de los elementos de esta muralla es la ciencia especulativa de la elección entre las dos causas, que el hombre posee en el agudo y certísimo indagar de su espíritu reflexivo para ser prudente en todos sus rumbos. El otro elemento de la muralla es la carne de ceniza del hombre, que, al ser creado por Dios, recibió la capacidad de obrar.

9. *Sobre la ciencia especulativa*

La ciencia especulativa resplandece radiante *como la luz del día* porque, por ella, los hombres contemplan y consideran sus actos:

es el luminoso rayo de la mente humana cuando reflexiona con cautela; mira que esta diáfana sabiduría aparece en el hombre cual blanca nube que atraviesa presurosa los espíritus humanos como cruzan las nubes los aires, y brilla como la luz del día, pues su claridad dimana de la esplendorosa obra que Dios realiza bondadosamente en los hombres: apartarse del mal y cumplir el bien, que en ellos resplandece como la luz del día.

De esta ciencia proviene toda acción humana. ¿Cómo? El hombre tiene dos senderos. ¿Cuáles? Conoce, con su sensibilidad, el bien y el mal. Cuando se aparta del mal y obra el bien, sigue a Dios, haciendo el bien en el Señor, que es justo y no se complace en la iniquidad. Pero cuando comete el mal, el Demonio asechador lo enmaraña en los pecados y no ceja hasta que lo sabe en los cepos de las malas obras, porque el Demonio busca la injusticia y huye de la santidad. Mas si el hombre se desata del mal y obra el bien, la Suma Bondad le acogerá, pues se habrá vencido a sí mismo por amor a Dios, que por él entregó Su Hijo a la muerte en la cruz.

Esta ciencia es especulativa porque es como un espejo: igual que el hombre mira su rostro en el espejo y advierte si en él hay belleza o defecto, contempla la obra realizada en esta ciencia y considera interiormente lo bueno y lo malo que hay en ella. Esta reflexión radica en el sentido de la razón que Dios inspiró en el hombre cuando sopló en su rostro el aliento de la vida, el alma. Sí, el vivir de las bestias es incompleto: le falta la razón; pero el alma del hombre es plena y vivirá en la eternidad porque es racional. El hombre siente, por tanto, al reflexionar sobre el bien y el mal, si su obra es digna de condena o digna de elección, pues la gracia de Dios lo ha formado y le insufló el sentido de la razón en el instante de crearlo; y esa gracia vuelve a redimirle en la elección del bautismo y la salvación de las almas del Nuevo Testimonio, como dice Mi bienamado Pablo sobre esta elección de la gracia:

10. *Palabras de Pablo*

«Subsiste un resto elegido por la gracia. Y, si es por gracia, ya no lo es por las obras; de otro modo, la gracia no sería ya gracia»[1]. Así es, en verdad: el resto, los que no estaban presos en los cepos de la muerte, fueron salvados al revelarse la redención, no fueran a sucumbir al ejemplo del Demonio, cuando Dios envió a Su Hijo para

1. Romanos 11,5-6 (en Vulgata se lee: «el resto se salva por la elección de la gracia»).

que se encarnara: he aquí la salvación por la elección de la gracia manifestada a los hombres. ¿Cómo?

La gracia de Dios fundó al hombre, pero éste cayó por las malas obras. Entonces la elección de la gracia se reveló en el vaso elegido, cuando nació de la Virgen el Hijo de Dios, a Quien no le era posible, siendo justo, sucumbir. Porque si un hombre hace una cosa útil para sí y alguno se lo arrebata, elegirá otra cosa más útil aún, que nadie pueda quitarle y que le colme plenamente. Así hizo la gracia de Dios: formó a Adán, el primer hombre, a quien el Demonio despojó de la inocencia en el obrar. Pero después, esta gracia alumbró la plenitud de las buenas obras mediante el Hijo de Dios en la salvación de las almas. Mas si la salvación es por la gracia de Dios, no lo es, entonces, por mérito de las obras humanas. ¿Cómo?

La justicia en el obrar faltó con Adán, así que el hombre nunca hubiera podido regresar a la salvación por el mérito de sus actos, si no fuera porque la gracia de Dios le redimió mediante el justo Hijo de Dios, a través de Sus obras, cumplidas en la obediencia a Su Padre, y porque fue purificado en el bautismo que el Hijo de Dios entregó a los hombres con las buenas obras, que la gracia de Dios realiza con el hombre y el hombre con ella. La gracia de Dios habita, por tanto, en estas obras que dimanan de la gracia.

Porque si la salvación hubiera sido por el mérito del hombre, si sus rectas obras lo fueran por él mismo sin que la gracia de Dios las ilustrara, entonces la gracia no sería ya gracia. ¿Cómo? El hombre subsistiría por sí mismo y no por Dios, ninguna criatura daría gracias al Señor, y la gracia de Dios nada sería. En cambio, la gracia de Dios fundó verdaderamente al hombre y le afianzó con la razón para que obre la justicia en la ciencia del bien y del mal de modo que, por esta ciencia, desee el bien y se aparte del mal, y que así conozca la vida y la muerte, eligiendo en cuál de las dos quiere permanecer, como dijo Salomón, imbuido de sabiduría:

11. *Palabras de Salomón*

«Él te ha puesto delante fuego y agua, a donde quieras puedes llevar tu mano»[2]. Así es, en verdad: Dios pone ante el alma, en su primer latido, una fuerza grande y profunda: el conocimiento del bien y del mal, que son el fuego y el agua. Pero así como el agua todo lo inunda y oculta en su seno muchas bestias mortíferas y cosas

2. Eclesiástico 15,16.

vanas, también así se desborda el hombre con sus malas obras y las esconde para que no se sepan. Y así como el fuego todo lo incendia y no hay cizaña que en su seno no arda, y como el artesano remoza la plata quitándole la herrumbre, así el bien purifica al hombre, arrancándole la escoria de la maldad. Sí, el agua y el fuego son contrarios: se sofocan y apagan uno a otro. También así actúa el hombre. Con el mal aniquila el bien, y con el bien, el mal; y en ambos casos siempre oculta quedamente en sus entrañas sus deseos, encauzándolos aquí o allá.

12. *La elección entre las dos causas*

En este bullir de deseos el hombre puede elegir, según su voluntad, el rumbo que prefiera, encaminarse a donde quiera con el propósito de obrar como llevando su mano: hacer el bien con la ayuda de Dios por la gracia, o cometer el mal por instigación del Demonio con el hechizo de sus artes; y el hombre ve todo esto reflejado en la ciencia de la razón. Porque en esta ciencia contempla lo bueno y lo malo y, así, surge en él el deseo de elegir entre las dos causas, el bien o el mal, según su voluntad. ¿Qué quiere decir esto?

La elección radica en que el hombre ve distintas cosas en el deseo de su alma como en un espejo, y se dice: «Ojalá pudiera hacer esto o aquello», cosas que aún no ha alcanzado con su obrar, pero que tiene en su saber: está como en la cabecera de los dos caminos, conoce las dos causas, el bien y el mal, y según su deseo llevará, al fin, su mano a la obra que se alza en las alturas, o a la que yace en las simas.

13. *Las instituciones justas surgen con Abraham y Moisés*

El otro elemento de la muralla que viste es una trabazón de piedras que designa al género humano y también las rectas instituciones surgidas en las mentes de hombres como Abraham, Moisés y otros que fueron gérmenes precursores de la Ley de Dios, y todos los vástagos de Su justicia en la Ley hasta los últimos tiempos. ¿Cómo? La obra de Dios está en el hombre y a través del hombre se cumple: envió para salvación de ellos a Su Hijo, el que no cometió pecado y es el fin de la Ley, el que padeció en un cuerpo humano y colocó sobre Sí mismo los fundamentos de la fe, llevando consigo al género humano y al primer hombre expulsado del paraíso por prevaricación contra la justicia; y realizó todas estas maravillas en los hombres mediante Su Ley, congregando a la cohorte cristiana, san-

tuario que se eleva sobre la bondad del Padre, pues el hombre ha de ser edificado en la Jerusalén Celestial.

14. *La ciencia especulativa empezó en Noé*

Ambos elementos convergían en el ángulo oriental y en el septentrional: la ciencia especulativa y el obrar de los hombres son, unidos, el fin de la injusticia en la que cayó preso el género humano por el olvido de Dios, surgida por vez primera con el insensato desafuero de Adán antes del diluvio y anegada en el raudal de sus aguas, junto con el pueblo todo, por su despiadada iniquidad; entonces amaneció, por inspiración Mía, la ciencia especulativa con la ciencia del bien en Noé —el ángulo oriental—, según se ha dicho ya. Pero aunque la admonición del Señor surgió con Noé, el hambre de mal, levantada su cerviz y aún viva en la memoria, prosiguió triunfante hacia el Aquilón; así que la iniquidad de la rebeldía contra Dios no fue conculcada hasta Abraham, que la abatió en el ángulo septentrional, donde despuntó el alumbrante rayo de la justicia del Señor.

La parte luminosa de la muralla se prolongaba, intacta y sin interrupción, desde el ángulo oriental hasta el septentrional: la ciencia especulativa, que afianza los corazones humanos, amaneció en el ángulo oriental, en los días de Noé; porque antes de Noé la iniquidad porfiaba por conseguir hacer cuanto pudiera para escarnio del Señor: los hombres prefirieron darse a sus apetitos antes que amar y adorar a Dios. El Demonio engulló a su antojo a la primera estirpe de hombres venida de Adán, cuando la ciencia especulativa aún estaba oculta, hasta que se reveló claramente con Noé, según se ha dicho; sin embargo, todavía entonces confiaba el Demonio en poder subyugar a toda la raza humana y, así, la iniquidad prosiguió hasta el ángulo septentrional —hasta Abraham y Moisés—; porque antes de ellos, en la ciencia especulativa, la iniquidad tenía intacta su perfidia: aún no había sido truncada ni conculcada por la justicia constituida en la Ley divina, pues, por entonces, no habían sido prescritas ni la circuncisión ni la Ley con las que los padres empezaron a ofuscar al Demonio que antes reinaba, confiado, en el mundo, como dijo Pablo, Mi luminoso vaso de elección:

15. *Palabras de Pablo*

«Reinó la muerte desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión semejante a la de Adán, el cual

es figura del que había de venir»[3]. Así es, en verdad: la muerte reinó sin contendiente que prevaleciera sobre ella desde Adán hasta Moisés. ¿Cómo? Porque antes de Moisés no había sido promulgada la austeridad y el culto de la Ley, si bien la circuncisión que Abraham llevó a cabo por mandato de Dios prefiguraba tenuemente la Ley; pero la cizaña de la muerte prosiguió, de error en error, a su antojo. Entonces surgió en la voluntad de Dios el valeroso soldado Moisés y preparó las poderosas armas de la justicia con las que ha sido destruida la muerte y su culto mediante los instrumentos de la Ley: porque la Ley albergaba, oculta en su seno, la plena salvación de las almas con la prefiguración del Hijo de Dios; y porque la muerte reinaba aun sobre aquellos inocentes que, por su mesura y sencillez, no cometieron en sus obras la transgresión, propagada entre las naciones, de Adán, el cual es figura del que había de venir. ¿Cómo? Dios creó a Adán justo e inocente de toda noción y propósito de pecado, igual que el Hijo de Dios, nacido de la Virgen María, vino sin mancha de pecado.

16. *Revelación de la recta obra y de la diáfana justicia*

Y viste que *la parte pétrea de la muralla se extendía desde el ángulo septentrional, por el occidental y el meridional, hasta terminar en el oriental*: las rectas obras de los hombres, con las que se afianzan en Dios, avanzaron, dimanadas del ángulo septentrional —de la circuncisión de Abraham, las leyes de Moisés y los frutos de su justicia entre los hombres— hasta el ángulo occidental; allí surgió la diáfana justicia en la Encarnación del Hijo de Dios, que se extiende hasta el ángulo meridional, donde se encendió la ardiente obra para restaurar a Adán en la salvación mediante el bautismo y la restante justicia de la elegida, la nueva Esposa del Cordero, lo cual prosigue, desde allí, hasta terminar en el primer ángulo, el oriental, regresando así al Padre Supremo. ¿Cómo? El Padre Supremo ordenó en Su misterio el designio de justicia que debía restaurar la caída del primer hombre en la salvación de las almas por el regreso a Dios. ¿Cómo? Por cuanto el hombre había sucumbido, Yo Me alcé con misericordia y envié a Mi Hijo para restablecer la salvación de las almas, como enseña Mi siervo el salmista David, al decir:

3. Romanos 5,14.

17. *Palabras de David*

«En la Ley del Señor está su voluntad, en su Ley meditará día y noche»[4]. Así es, en verdad: la voluntad de salvación del Padre estaba en la Ley de la justicia que el Unigénito de Dios —que, nacido de una Virgen, es, con el Padre y el Espíritu Santo, un solo Dios que gobierna todo el orbe— demostró al mundo cuando se encarnó, siendo hombre visible y Dios visible, excelso en la carne por encima de toda otra criatura. ¿Cómo? Cuando el Hijo de Dios, engendrado por el Padre antes del mundo y después nacido de Mujer en el mundo hacia el ocaso de los tiempos, aún no se había encarnado, permanecía invisible en el Padre, como invisible es la voluntad en el hombre hasta que se manifiesta en el obrar, y luego se mostró visible en la carne por la salud de los hombres.

Y así, el Padre Omnipotente meditó con Su Hijo el designio de justicia contra la vieja caída de Adán. ¿Dónde? En el amor de Su Hijo, que permanecía en el Padre, antes de los siglos, en la gloria de la Divinidad y después, llegado el tiempo, se encarnó prodigiosamente, luego que el Padre Lo enviara al mundo desde Su corazón como Sumo Sacerdote sobre toda la justicia. El Hijo de Dios concluyó, por tanto, la Ley de la justicia, tal como la recibió del Padre, convertida en Ley de los cristianos.

Y esta Ley, que el Padre quiso fundar y hacer mediante Su Hijo, susurra Él durante el día. ¿Cómo? Durante el día que Él mismo es, cuando no había tinieblas de iniquidad en las criaturas, antes de crearlas en el tiempo, meditaba la Ley de Su Hijo.

Y también durante la noche. ¿Cómo? Cuando, ya formadas las criaturas, empezó a alzarse el mal, que es como la oscuridad de la noche, en el ángel y en el hombre, el Padre meditaba y meditará hasta ese último día en que culminará cuanto inefablemente obra, mostrando y revelando la Ley de Su Hijo, al perfeccionar en Él todo el bien que debe cumplirse en los hombres.

18. *La perfección aguarda a los miembros de Cristo y la Iglesia*

Y viste cómo *la parte pétrea de la muralla tenía dos espacios huecos, entre el ángulo occidental y el meridional*: la obra humana para afianzar su baluarte es aún imperfecta en dos sentidos: los miem-

4. Salmos 1,2 (según Vulgata; aunque en Salmos la voluntad es la del probo, en el texto de Hildegarda es la voluntad de Dios [*N. de los T.*]).

bros del Hijo de Dios encarnado todavía no están completos con el número pleno de todos Sus elegidos, por eso *el primer hueco se encuentra en el Occidente*, pues el Hijo de Dios fue enviado al mundo en el ocaso de los tiempos; y la Iglesia no ha alcanzado, tampoco, la plenitud en todas sus virtudes, mediante las que deberá erigirse y edificarse en la Jerusalén Celestial, por eso *el segundo hueco está en la parte meridional*, porque la Iglesia se perfeccionará en los cielos.

19. *La decena, restablecida por el Hijo de Dios y aumentada en mil*

La longitud del edificio era de cien codos: la decena que se había perdido, por el hombre pecador, fue restablecida por Mi Hijo, que la multiplicó por la centena de las virtudes aumentadas para la salvación de las almas; y así, al multiplicar la centena por la decena, se llegó hasta mil, que es el número perfecto en todas las virtudes a fin de aniquilar íntegramente las mil artes del Demonio, con las que seduce al rebaño entero, a la bienamada grey del Dios Omnipotente. ¿Qué quiere decir esto?

Yo, el Todopoderoso, formé, al principio, luces ardientes y vivas para que brillaran esplendorosas. Algunas perseveraron en Mi amor; otras, en cambio, cayeron al despreciarme a Mí, su Creador. Pero no era justo que Yo, el Creador, renunciara a lo creado, dándolo por nada y vacío. ¿Cómo? Una criatura, de entre esa cohorte de ángeles ensoberbecidos, destinó a su vanagloria el bien que su Creador le había concedido para que Le conociera, creyendo posible semejarse a Él; por eso cayó en la muerte.

Entonces Dios previó que cuanto había caído con esa cohorte perdida sería restaurado más poderosamente en otra creación. ¿Cómo? Creó al hombre, vivo en cuerpo y alma, del barro de la tierra a fin de que alcanzara la gloria de la que fue arrojado el Demonio sedicioso con su séquito. Por eso el hombre es bienamado de Dios, pues lo hizo a imagen y semejanza Suya para que realizara todas las virtudes en la plenitud de la santidad —como Dios formó a todas las criaturas— a fin de que, obrando con humilde obediencia y virtud, colmara la ofrenda de alabanzas entre las gloriosas órdenes de los ángeles; realzara, en esa cumbre de la bienaventuranza, los laudes de los espíritus supremos que con sempiterna devoción ensalzan al Señor; y llenara, en esta santidad, lo que el ángel perdido, al caer en su presunción, dejó vacío.

El hombre es, por tanto, la decena completa que cumplirá todo esto mediante el poder de Dios. Pero, según nuestra alegoría, la de-

cena multiplica la centena porque el hombre, apartado de Dios por la seducción diabólica, finalmente empezó a esforzarse por conocer al Señor, ilustrado por la inspiración y misericordia divinas, a través de las leyes y profecías del Antiguo Testamento; y luego con más hondura, merced a la santidad y a todos los medios de virtuosa constancia de la Iglesia.

Así pues, el hombre empezó a obrar, desde Abel, todas las virtudes y las cumplirá hasta que llegue el último de los justos: esto representa el número cien de la longitud del edificio, que Dios enseña a los hombres bajo un símbolo místico para que no desesperen al caer en su iniquidad, sino que se levanten de ella y trabajen con denuedo en la obra del Señor. Pues si el que cae en el pecado se alza de él, será más fuerte que antes, así como Dios restituyó al hombre virtudes más grandes y poderosas que cuantas primero obró, al enviar a Su Hijo al mundo para levantar al género humano de su caída.

El hombre trabaja con mayor ahínco teniendo cuerpo y alma que si no soportara carga corporal: porque lucha consigo mismo en medio de innúmeros peligros, entabla durísima batalla en la que triunfará con el Señor, su Dios, para Quien fielmente combate, reconociéndose soldado de Su ejército al dominar su cuerpo. El ángel, sin el peso del cuerpo terrenal, es tan sólo un soldado de la armonía celestial, luminoso y puro, que contempla eternamente a Dios; pero el hombre, abrumado bajo la podredumbre de su cuerpo, es un intrépido combatiente, glorioso y santo, con la obra renovada que, merced al Señor, se realiza en su cuerpo y en su alma; así que por cada centena de su trabajo presente obtendrá mil en la futura retribución cuando, en el último día, reciba su plena recompensa, eternamente gozosos su cuerpo y su alma en la morada celestial. Por tanto, Mi Hijo que, nacido de una Virgen, sufrió en la cruz y condujo de vuelta a los hombres hacia el cielo, restableció la decena perdida, como Él mismo dijo en el Evangelio:

20. *Palabras del Evangelio*

«¿Qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido"»[5]. Así es, en verdad; la Santa Divinidad tenía diez drac-

5. Lucas 15,8-9.

mas: diez órdenes de gloria celestial, entre los ángeles elegidos y el hombre; pero perdió una dracma cuando el hombre, al sucumbir a la seducción diabólica antes que guardar los preceptos divinos, cayó en la muerte. Entonces la Divinidad encendió una brillante luz: Cristo, Dios verdadero y Hombre verdadero, espléndido Sol de justicia, y barrió con Él la casa —el pueblo judío—, y buscó cuidadosamente en la Ley todos los signos de la salvación, en la que fundó la nueva santificación, hasta que encontró así su dracma: el hombre que había perdido. Entonces convocó a sus amigas, las justicias seculares, y a sus vecinas, las virtudes espirituales, y les dijo: «Dadme la enhorabuena, exultad y alegraos conmigo, y edificad la Jerusalén Celestial con las piedras vivas, porque he encontrado al hombre que había perecido por engaño del Demonio».

21. *Las cinco llagas de Cristo borran los pecados de los hombres*

Pero, como has visto, *la anchura del edificio era de cincuenta codos*: los vicios de los hombres que debieron edificar la obra de Dios, mas prefirieron satisfacer sus apetitos en vez de cultivarla, han sido misericordiosamente lavados y perdonados, en toda su amplitud, por la efusión de las cinco heridas que Mi Hijo sufrió en la cruz: las heridas de Sus manos borraron los actos de desobediencia de las manos de Adán y Eva; las heridas de Sus pies liberaron a los hombres de los caminos del exilio; y la herida de Su costado, de donde nació la Iglesia, quitó la culpa de Adán y Eva, porque Eva salió del costado de Adán. Así pues, Mi Hijo fue clavado en el árbol de la cruz a fin de abolir la prevaricación cometida mediante el árbol de la ciencia, y le dieron a beber hiel y vinagre para que fuera borrado el sabor de la manzana.

22. *El Espíritu Santo inspiró los cinco sentidos humanos*

Y su altura era de cinco codos: es la excelencia del conocimiento divino de las Escrituras que hay, por obra de Dios, en los cinco sentidos humanos que el Espíritu Santo ha inspirado para bien de los hombres. Así, el hombre mira con sus cinco sentidos las alturas de la Divinidad y discierne lo bueno y lo malo.

23. *El hombre debe esforzarse por evitar el mal y obrar el bien*

Los muros laterales tenían, en los dos lados, el mismo largo: porque el hombre ha de trabajar con tesón en el edificio de la bondad de Dios, en los dos muros —el del alma y el del cuerpo— de ambos lados: en la prosperidad y frente a la adversidad. ¿Cómo? Apartándose del mal y obrando el bien. ¿Por qué? Porque el inaprehensible y profundo poder divino creó al hombre para que honrara a Dios con toda sus fuerzas, con todas sus facultades y con igual devoción en el entero ámbito que abarca su inteligencia racional; pues es justo que Dios, Creador de cuanto existe, sea dignamente adorado ante todo y sobre todo.

24. *La sabiduría y el discernimiento, como dos muros*

Los muros frontal y posterior también tenían el mismo largo: en la obra de Dios, la sabiduría y el discernimiento son como dos muros: la sabiduría en la parte superior, y el discernimiento, en la inferior; y ambos son un don equitativo y justo que Dios insufla en el amplio ámbito de las mentes humanas para que puedan conocerle.

25. *El hombre debe honrar la fe católica*

Los cuatro muros alcanzaban igual altura en todo su recorrido, excepto en los torreones, que la rebasaban ligeramente: el hombre, que consta de cuatro elementos, mantendrá por doquier bien alta, a través de la bondad del Padre, la fe católica, con igual devoción y culto, honrando, con el Padre y el Espíritu Santo, al Hijo, cuyas obras se cumplen todas mediante Ellos. ¿Cómo? Toda obra que ha realizado y realiza el Hijo se cumple merced a la bondad del Padre en el Espíritu Santo. ¿Qué quiere decir esto? Según la voluntad del Padre, el Hijo redimió a los hombres mediante Su encarnación: he aquí la bondad suprema; pues el Padre dispuso que Su Hijo naciera de una Virgen, concebido por el Espíritu Santo, y se revistiera de humanidad, por amor a los hombres, para llevarles de vuelta a la renovación de la vida, a fin de que el hombre tuviera parte en el Señor, entrando así en la salvación por Él y con la recta fe católica, en la que debe reconocerse al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo como Dios único y verdadero.

26. *El hombre fiel ascenderá de virtud en virtud*[6]

Mas he aquí que *los torreones rebasaban la altura.* ¿Por qué? Porque cuando el hombre mira hacia la cima de la bondad espiritual, edifica altos y sólidos muros ascendiendo, por las virtudes de la obra de Dios, sobre la fe primordial con que entiende y conoce que Dios existe en la potencia de Su Divinidad, y encima de la cual construye, a una altura aún mayor, los eximios torreones de la virtud. ¿Cómo? Edifica virtudes más elevadas porque no le basta tener fe en Dios, sino que asciende cual lozana palma: de virtud en virtud, con las que realza y engalana la rectísima fe, como ciudad con torreones.

27. *El Padre envió a su Hijo al mundo en el tiempo señalado*

La distancia entre el edificio y el fulgor del círculo mencionado, que se extendía hasta las profundidades del abismo, era de un palmo en el vértice oriental: esta es la distancia de los secretos celestiales que media entre la obra del Hijo de Dios —representada como un edificio— cuando vivió en el mundo con un cuerpo sin pecado, realizando muchas maravillas por la bondad del Padre, y el poder del Padre, cuya eximia virtud se expande cual fulgor en lo elevado y en lo ínfimo, cuando envió a Su Hijo al mundo como vértice del ángulo oriental: justicia plena que fue prefigurada por vez primera en Noé, según la admonición del Espíritu Santo, y revelada en la Encarnación del Hijo de Dios. Y entre estos dos misterios había el espacio de un palmo, como una mano extendida del pulgar a los demás dedos: este es el tiempo señalado en el corazón del Padre, pues quiso enviar a Su Unigénito con fuerte mano para que caminara con todas las articulaciones de Sus dedos, que son Sus obras en el Espíritu Santo, hasta que cumpliera la voluntad de Su Padre, sufriendo en la cruz por la mísera y despreciable desobediencia que el Demonio insufló al primer hombre con su sugestión. Por tanto, la misericordia del Señor descendió a la tierra para redimir al hombre, mediante la humanidad del Hijo de Dios, desde la inaprehensible altura de la Divinidad.

28. *De lo que el hombre nunca podrá escrutar*

Pero la distancia entre el edificio y aquel fulgor era de tal magnitud en los ángulos septentrional, occidental y meridiano, que no

6. Salmos 84 (83),8: «de altura en altura marchan».

pudiste calcularla: porque ningún hombre, abrumado bajo el peso del cuerpo mortal, podría comprender la elación del mal en las entrañas del Demonio allá en el Aquilón, ni su desenlace entre las criaturas que obran en el ocaso de la caída humana, ni el principio o el fin del ardiente Mediodía, que es la justicia suprema; ni podría entender cómo, entre las obras y el poder de Mi ciencia, todo esto se difunde y distingue entre los pueblos, elegidos o réprobos, que están bajo Mi perspicaz y justa mirada y serán examinados en Mis preceptos, con ojo diligente y riguroso; pero que también deben tener firme confianza en que proveo a todas sus necesidades. Mas todo esto se halla tan oculto en Mi secreto, que ni el intelecto ni los sentidos humanos pueden, en modo alguno, comprender o abarcar su inmensa hondura, salvo cuanto les sea concedido por aquiescencia Mía.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Tercera visión

LA TORRE DE LA PREMONICIÓN

Entonces miré y he aquí que, en mitad de la parte luminosa de la muralla del edificio, se alzaba una torre color de hierro, emplazada en el lado exterior. Tenía cuatro codos de anchura y siete de altura; en ella divisé cinco imágenes, cada una separada en su propio nicho, coronado con un pináculo: la primera miraba hacia el Oriente, la segunda al Aquilón, la tercera al Septentrión, la cuarta a la columna de la Palabra de Dios, en cuya base estaba el patriarca Abraham, y la quinta a la torre de la Iglesia y a los hombres que, dentro del edificio, iban de un lado a otro.

Había cierta semejanza entre las cinco figuras: todas llevaban vestidos de seda y blanco calzado excepto la quinta, enteramente cubierta por una armadura. La segunda y la tercera tenían la cabeza desnuda, sueltos sus blancos cabellos, y no llevaban manto. La primera, la tercera y la cuarta se ataviaban con túnicas blancas. Pero también había diferencias entre ellas:

La primera imagen llevaba sobre su cabeza una mitra episcopal, sueltos sus blancos cabellos, y vestía un blanco manto con bordados de púrpura en sus dos bordes inferiores. En la mano derecha tenía unos lirios y otras flores; en la izquierda, una palma. Y dijo:

«Oh dulce vida, oh dulce abrazo de la vida imperecedera, oh dicha bienaventurada: en Ti se halla el eterno galardón; siempre estás en las delicias verdaderas; nunca podré saciarme, llenarme hasta la hartura, de la íntima alegría que hay en mi Señor».

La segunda imagen, que vestía una túnica púrpura, semejaba un adolescente, aún no alcanzada la sazón de la edad viril, pero de grave semblante. Y dijo:

«Ni el terrible adversario, el Demonio, ni el hombre enemigo ni

este mundo me arredrarán de la obediencia al Señor: bajo Su mirada persevero».

La tercera cubría su rostro con la manga blanca de su mano derecha. Y dijo:

«Inmundicia y sordidez de este mundo, escondeos, huid de mis ojos, pues mi Bienamado nació de la casta Virgen María».

La cuarta cubría su cabeza con un blanco velo de mujer, y un manto amarillo la envolvía toda. Llevaba sobre su corazón una imagen de Jesucristo, alrededor de la cual estaba escrito en su pecho mismo: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura»[1]*. Y dijo:*

«A los peregrinos, a los necesitados, a los pobres y a los enfermos: a todos los que gimen tiendo siempre mis manos».

La quinta estaba cubierta con una armadura: llevaba un yelmo en la cabeza y vestía loriga, canilleras y guanteletes de hierro; en su mano izquierda portaba un escudo, sujeto a su hombro; en su cintura, una espada, y su mano derecha empuñaba una lanza. A sus pies yacía un león, abiertas sus fauces, la lengua colgando fuera de la boca, y un grupo de hombres: unos, tocando unas trompetas, otros alborotando, bromeando y haciendo comedias, y algunos, divirtiéndose con distintos juegos. La imagen los aplastó con su pie a todos, a la vez que al león, y los atravesó, implacable, con la lanza de su mano derecha. Y dijo:

«He aquí que derroto al fuerte Demonio, y a vosotros, odio y envidia, y a ti, oh inmundicia, con taimados farsadores de enredos y embustes».

Pero en el interior del edificio vi otras dos figuras, de pie frente a la torre: la primera se encontraba sobre el pavimento del edificio, en un nicho de ígneo fulgor pintado, por dentro, con diversas imágenes de espíritus malignos y emplazado contra la torre; la segunda se hallaba fuera de este nicho, al lado, sin afianzarse en nicho alguno. Ambas miraban unas veces a la torre, y otras, a los hombres que entraban y salían del edificio. También vestían ropajes de seda y cubrían sus cabezas con blancos velos de mujer; no llevaban mantos y su calzado era blanco.

La primera ceñía su cabeza con una corona triangular que, en arreboles, como jacinto encendido, brillaba, y vestía una túnica blanca cuyos pliegues eran por doquier de color verde. Y dijo:

«Heme aquí victoriosa en el Oriente con el poderoso Hijo de Dios, que salió del Padre para venir al mundo por la redención de los

1. Lucas 1,78.

hombres y regresó al Padre después de morir en la cruz con inmensos tormentos, resucitar de entre los muertos y ascender a los Cielos; no seré, pues, confundida, huyendo de las miserias y quebrantos de este mundo».

La segunda vestía una túnica blanca, levemente desvaída. En su brazo derecho sostenía una cruz con la imagen del Salvador, y reclinaba sobre ella su cabeza. Y dijo:

«Este niño ha padecido muchos sufrimientos en el mundo; así que llorando y llorando iré, pues, también yo, sobre mí mi quebranto, en pos del júbilo de la vida eterna, adonde el noble Hijo de Dios llevará Sus fieles ovejas».

Y vi cómo todas las imágenes descritas proferían sus palabras, a través del misterio del Señor, para exhortación de los hombres.

Entonces, el que está sentado en el Trono, y que me mostraba todo esto, de nuevo me dijo:

1. *Las virtudes divinas dan pleno fruto en la nueva Ley*

Las virtudes divinas brotaron paulatinamente en el Antiguo Testamento por la fortaleza y constancia de la voluntad de Dios; pero entonces no ofrecían aún la plenitud de su dulce y suave sabor a los que las cultivaban, como en la ignorancia, pues en aquel tiempo sólo había austeridad en la Ley para castigar duramente a los transgresores. En cambio, después dieron mucho fruto en la Nueva Ley, por la gracia de Dios, brindando a los hambrientos de amor celestial el manjar sólido, perfecto y de suma dulzura, mientras que antiguamente, como se ha dicho, eran vislumbres secretos, sombras de lo venidero, según demuestra esta prodigiosa visión y sus glosas.

Esa *torre que has visto, erigida en la mitad de la parte luminosa de la muralla del edificio*, es la imagen de la premonición de la voluntad de Dios, que se reveló en la circuncisión de muchas maneras y con distintos signos, pues mediante la señal de la circuncisión Dios mostró la Ley y, mediante la Ley, la gracia del Evangelio: una vez manifestada la fe en el fiel Abraham, surgió en él la circuncisión como misterio de la prefiguración verdadera; así que por poder divino fueron edificadas fuertes virtudes que se fundamentaron en Abraham como *en mitad* del camino de la ciencia especulativa de la elección entre las dos causas, guarecidas bajo la firme bondad del Padre celestial, y que en el futuro serían reveladas a plena luz por voluntad del Señor, pues eran figuras precurso-

ras de cuanto Dios quería realizar, antes de que se manifestara diáfanamente en obras.

Era color de hierro y estaba emplazada en el lado exterior de la muralla: esta es la invencible y poderosa justicia de Dios, manifestada exteriormente en la ciencia especulativa a través de la circuncisión —que era sellada por fuera: en la carne—, y situada, con las virtudes bienaventuradas, en lo espiritual del muro espiritual que Dios ha edificado en los hombres.

2. *Las virtudes obran en los hombres por voluntad de Dios*

Esta torre tenía cuatro codos de ancho: por voluntad de Dios, estas virtudes obran en el hombre, inmerso en el ámbito de los cuatro elementos con los que subsiste su cuerpo mientras habita en él. *Y siete codos de altura*: porque en la altura de los siete dones del Espíritu Santo hay tal firmeza que se erigió en torre, así que de ella nació la Iglesia en la Encarnación de Mi Hijo, prefigurada en la circuncisión del Antiguo Testamento.

3. *Las figuras de las virtudes y sus significados*

En la torre *divisaste cinco imágenes, cada una en su propio nicho, coronado con un pináculo*: de esta torre —de la fortaleza de la circuncisión— penden cinco poderosas virtudes; ninguna de ellas es una forma viva en sí, sino sólo una brillante esfera que, merced al Señor, resplandece en las acciones humanas; mira: el hombre se perfecciona mediante las virtudes, pues son la obra del hombre que trabaja en Dios.

Por eso las cinco virtudes están en la torre como los cinco sentidos del hombre: sellaron la circuncisión con gran celo, extirpando de ella la iniquidad, igual que los cinco sentidos humanos son circuncidados por el bautismo en la Iglesia; pero no obran por sí solas en el hombre, sino que el hombre obra con ellas, y ellas con el hombre, como tampoco actúan solos los cinco sentidos humanos, sino en reciprocidad con el hombre para que, juntos, den fruto. Cada una de ellas se esfuerza con el mayor denuedo: la altura de su magisterio está coronada con un pináculo que es la eximia y bien guarnecida dignidad de la constancia virtuosa.

La primera miraba hacia el Oriente: pues esta virtud mira con gemidos de amor al Hijo de Dios, esperando que venga para anun-

ciar abiertamente lo que la circuncisión guardaba oculto sobre la vida eterna.

La segunda miraba al Aquilón, porque atalaya del Oriente al Norte: mirando al Oriente contempla al Señor con gran reverencia, y lleva sus ojos al Aquilón como fulminando a los pueblos que en su indócil desmesura y desatino afrentan a Dios y Su Ley escarnecen.

La tercera miraba al Septentrión: porque aniquila con vehemencia la desaforada fornicación, execrándola y protegiéndose de ella bajo el escudo de la Ley.

La cuarta miraba hacia la columna de la Palabra de Dios, en cuya base estaba el patriarca Abraham: pues surgió unida a la Encarnación del Hijo de Dios, a cuyo fundamento se enlazó Abraham con la prodigiosa y penetrante prefiguración del carnero trabado en un zarzal[2].

La quinta miraba a la torre de la Iglesia y a los hombres que, dentro del edificio, iban de un lado a otro: porque se alzó victoriosa para destruir toda la injusticia nacida con Adán; vela por la fortaleza de la Iglesia a fin de que triunfante combata contra los vicios diabólicos, y mira a los hombres que por ella deambulan con costumbres divergentes, enseñándoles, por el temor de la ira divina, a perseverar como grey de la justicia.

4. *Significado de sus vestiduras*

Había cierta semejanza entre ellas: pues todas honran a Dios en las obras humanas con igual devoción. *Todas llevaban vestidos de seda*: todas desbordan dulzura y suavidad, así que ni afligen ni oprimen a los hombres, mas como bálsamo que gota a gota se destila de su fruto, infunden ellas tiernamente la dulzura del Reino Celestial en los corazones humanos, sin la sordidez y dureza de la injusticia. *Y blanco calzado*: porque siguen rectamente Mi justicia en el albor del Reino Celestial, sin claudicar a la subyugación del Demonio, conculcando todas sus huellas en los hombres.

Pero la quinta estaba enteramente cubierta por una armadura: vela por la Iglesia, en la que se entablan las más duras batallas contra los vicios de Satán, y por doquier despliega sobre ellos su victoria con esta preciosa armadura, la invicta fortaleza del Señor, que toda injusticia a su paso aniquila, para confusión del engaño diabólico.

La segunda y la tercera tenían la cabeza desnuda, sueltos sus blancos cabellos: por amor a Mí renuncian al yugo del trabajo, al peso de

2. Génesis 22,13.

las riquezas o la concupiscencia y, desnuda su cabeza —diáfana su conciencia—, Me abren todo su corazón; siempre fervorosas en Mi amor, apartan de sí la ofuscación y el desenfreno de las apetencias carnales, empezando por sus blancos cabellos: la claridad de la mente que desea obrar el bien. *No llevaban manto*: porque arrojan de sí las costumbres paganas, la impudicia y la sordidez del Demonio y todas las solicitudes seculares, pues «la sabiduría de este mundo es necedad a los ojos de Dios»[3].

La primera, la tercera y la cuarta se ataviaban con túnicas blancas: llevan sobre sí la inocencia que, con dulce castidad, prefigura la Encarnación de Mi Hijo, el cual rescató a los hombres de la muerte y los revistió de la vida en la salvación. *Pero también había diferencias entre ellas*: porque la fuerza de cada una dimana de distintos dones del Espíritu Santo, pues esta virtud encauza un determinado talento del alma y aquella, otro; aunque todas son un mismo empeño en Dios y, con ellas, será plenamente construida la Jerusalén Celestial: son la obra que los hombres realizan y por la que se elevan hasta el Señor.

5. *Sentido del amor celestial y sus vestiduras*

Así pues, *la primera imagen* simboliza el amor celestial, que ha de arraigar en el hombre por encima de todo afán. *Llevaba en su cabeza una mitra episcopal, sueltos sus blancos cabellos*: pues ha sido gloriosamente coronada por el Supremo Sacerdote, Jesucristo, por los sumos sacerdotes del Antiguo Testamento y por los que dijeron al Hijo de Dios: «¡Ah, si rompieses los Cielos y descendieras!»[4]. Sueltos sus cabellos, sin velo de mujer que cubra su cabeza, se advierte su blancura: así prefigura que el oficio sacerdotal se desligará del vínculo conyugal con el advenimiento de Mi Hijo, cuya castidad habrán de imitar Sus sacerdotes por la salvación; porque deberán permanecer siempre unidos al perfecto amor celestial para evitar que se propaguen las perversas costumbres humanas por el contagio del pecado, siendo ellos mismos el ámbito diáfano y puro en el don espiritual del Señor.

Vestía un manto blanco, con bordados de púrpura en sus dos bordes inferiores: la gracia de Dios la envuelve toda en su dulce albor, con los preciosos ornamentos de la caridad guarnece y engala-

3. 1 Corintios 3,19.
4. Isaías 63,19.

na los confines del baluarte que le confiere; porque el abrazo de la gracia divina debe abarcar las buenas obras, hasta su culminación, en sus dos extremos: la virtud del amor a Dios y al prójimo.

En la mano derecha tenía unos lirios y otras flores: tiene, por sus buenas obras, el blanco galardón de los lirios de la vida imperecedera, la claridad de la luz eterna y otras flores de bienaventuranza que son compañeros suyos, a ella unidos en el amor celestial.

En la izquierda llevaba una palma: en memoria de la muerte porta una palma que crece del misterio de la bienaventurada virtud; con ella entierra a la muerte igual que bajo un torrente de piedras, tal como declara con sus palabras a los hijos de Dios, según se ha dicho más arriba.

6. *Sentido de la disciplina y sus vestiduras*

La *segunda imagen* representa la disciplina: después del amor de la vida celestial, ha de sobrevenir el dominio de la concupiscencia carnal mediante la disciplina de austera mortificación. *Vestía una túnica púrpura*: está revestida, entre los hombres, de Mi Ley y de la mortificación de la carne, lo cual es imagen de Mi Hijo en el manto de púrpura, pues nació de una Virgen en el amor[5], que se cumplió en Él plenamente.

Semejaba un adolescente, aún no alcanzada la sazón de la edad viril, pero de grave semblante, porque en el temor infantil siempre hay disciplina: el niño se domina al temer la autoridad de su maestro. Y Yo, el Todopoderoso, soy el eterno Maestro de la disciplina, que está ante Mí como un adolescente, pues no pretende fortalecerse para servir su propia voluntad, sino que fielmente persevera en el temor, con la severa moderación que impone la reverencia, según muestra esta virtud en sus palabras antes citadas.

7. *Sentido del pudor y sus vestiduras*

La *tercera imagen* simboliza el pudor porque, después de la disciplina, surge el recato del pudor, que ahuyenta de sí la ofuscación del pecado. Por eso *cubría su rostro con la manga blanca de su mano derecha*: huyendo de la fornicación y de la ponzoña diabólica, protege su íntima conciencia, que es como el semblante de su alma, y se

5. Véase Juan 19,2, y paralelos.

defiende con el blanco vestido de la inocencia y la castidad que tiene en su diestra —en la salvación por sus obras—; mira que mantiene un inquebrantable desprecio por toda la inmundicia de Satanás, que aparta de sí tenazmente, según declara en sus palabras de exhortación ya citadas.

8. *Sentido de la misericordia y sus vestiduras*

La *cuarta imagen* representa la misericordia porque, después del pudor, nace la misericordia para con los necesitados, pues también en el corazón del Padre eterno está la verdadera misericordia de Su gracia; mediante ella dispuso, en Su antiguo designio, lo que por vez primera reveló misericordiosamente a Abraham en la circuncisión cuando, al sacarle de su tierra y prescribirle la circuncisión a él y a su estirpe, le mostró grandes maravillas merced a la Trinidad verdadera, por las que anunció a Su Hijo bajo un símbolo: la misericordia que Abraham prefiguró al ofrecer a Isaac.

Cubría su cabeza con un blanco velo de mujer: este es el cobijo y el principio de la salvación, simbolizando la cabeza que, apiadada de las almas perdidas, las saca del exilio de la muerte bajo la pureza de su santo velo; pues hace blancas las almas y brillantes a los hombres, cubriéndolos con la misericordia del Señor. Porque cuantos despreciaron a Dios mientras yacían postrados en el pecado, Le sentirán brillar cuando reciban la misericordia del cielo como cálido rayo de sol en suave dulzura. Sí, la misericordia, bajo la figura de una mujer, es la fecunda madre, cobijo de las almas frente a la perdición. Igual que una mujer cubre su cabeza, la misericordia hunde la muerte de las almas. Y así como la mujer es más dulce que el varón, la misericordia es suave frente a la rabiosa furia del crimen que inflama al pecador antes de que Dios visite su corazón. También aparece esta virtud con forma de mujer porque, albergada en la castidad femenina, en el vientre de María, fue donde surgió una materia virginal: la suavísima Misericordia, que siempre estuvo velada en el Padre hasta que la hizo visible a través del Espíritu Santo en el útero de la Virgen.

Un manto amarillo la envolvía toda, porque está revestida de un espléndido Sol: el signo de Mi Hijo, que brilla desde el cielo en el mundo, como el fulgor del sol en la tierra; pues Mi Hijo es el Sol verdadero que ilumina el orbe con la santificación de la Iglesia.

Llevaba sobre su corazón una imagen de Mi Unigénito: porque recosté a Mi Hijo sobre el pecho de la misericordia cuando Lo envié al útero de la Virgen María.

Y alrededor de ella estaba escrito, en su pecho mismo: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura». ¿Qué quiere decir esto? Por doquier, en Mi omnipresente potestad, ha sido revelado, merced a la ciencia oculta en el corazón de la misericordia, que Mi Hijo es la verdadera misericordia. ¿Cómo? Como anunciaron las palabras de Mi siervo Zacarías, que dice en el Evangelio: «Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura»[6]. Así es, en verdad: por las entrañas de misericordia del Padre llega la salvación; porque estaba oculto en Su corazón, como las vísceras en el hombre, que Su Hijo Se encarnaría al final de los tiempos, cuando Dios visitara a los hombres. ¿Cómo? En el pan celestial que es Su Hijo, nacido de la Virgen María según la carne, Hijo que, venido de lo alto, saliendo del corazón del Padre, brindó Su inmensa misericordia a cuantos Le buscaron, como dice la virtud, en sus palabras ya citadas, a los hijos de Dios.

9. *Sentido de la victoria y sus vestiduras*

La *quinta imagen* anuncia la victoria, porque, después de la misericordia que mostré en la circuncisión al querer enviar a Mi Hijo al mundo, la victoria se erigió en esa circuncisión y prosiguió, fortaleciéndose, hasta Mi Hijo, y con Él seguirá hasta el último día. Pues con Mi Hijo vencí a la antigua serpiente que había alzado, engreída, su cabeza y avasallado al género humano con mil celadas como cadenas con las que los apresaba, cuando Mi Unigénito, flor de todas las virtudes, destruyó sus cepos con las armas de guerra que surgieron en Su encarnación. ¿Qué quiere decir esto? Después de la misericordia nació la victoria, con la que el hombre triunfó sobre sí mismo y sobre los vicios de su prójimo. ¿Cómo? Así: de las cinco virtudes referidas, la primera es el amor celestial: el hombre conoce y confiesa a Dios, amándole por encima de todas las cosas; después, por esta fe, la ley de la disciplina cohibe al hombre, que luego domina el ansia de pecar mediante el pudor bueno y justo. Merced a estas tres fuerzas, el corazón del hombre será justificado, y entonces podrá ver otra cosa: la tribulación de su prójimo, a quien socorrerá en todas sus necesidades, como a sí mismo.

Y pronto se hace el hombre, con estas tres fuerzas, gallardo soldado, pleno su espíritu al imitar en su misericordia a Mi Hijo, el samaritano verdadero; así logrará la victoria sobre las fuerzas diabó-

6. Lucas 1,78.

licas con las armas de las triunfantes virtudes, cuando sea dueño de sí mismo y guíe a su prójimo, aniquilando con estas virtudes todo mal: abatiendo la soberbia que arrojó a Adán del Paraíso.

Dicha virtud estaba armada con un yelmo sobre su cabeza: porque el hombre lleno de deseo celestial debe suspirar en pos del Señor, Cabeza de todas las cosas, para alcanzar la salvación eterna. *Y vestía loriga*: a fin de que el hombre pueda resistir al Demonio, dominando mediante la justicia la voluntad de sus apetitos carnales, sometido a Dios con temor verdadero y justo temblor, fielmente estremecido ante Su severo juicio, como dice el salmista David, ilustrado por Mí:

«Tus relámpagos alumbraban el orbe, la tierra se estremecía y retemblaba»[7]. Así es, en verdad: relampaguearon Tus maravillas y misterios, oh Señor del universo, prodigiosamente aparecieron. ¿Cómo? Como el relámpago que en parte se vislumbra y en parte permanece oculto, así unas veces entendemos Tus misterios y otras, los ignoramos. Porque no hay nación, a lo largo y ancho del mundo, maravillosamente creado por Tu voluntad, a la que no llegue, de forma prodigiosa, el nombre de Tu gloria, el poder de Tu majestad, a través de distintos portentos, con admirables signos, incluso si la luz de la fe y de la verdad aún no las ha iluminado en plenitud para su salvación. Por eso los hombres, estremecidos con grandes suspiros, se apartan de su propia voluntad y renuncian a sus apetencias, temerosos del juicio supremo; mira que antes vagaban por los afanes mundanos, en necio olvido de ellos mismos, y ahora vuelven en sí con sabiduría.

Y esta virtud llevaba *canilleras* para que, cuando le sea revelado el recto sendero, huya de los caminos de la muerte mediante la mortificación del cuerpo. *Y guanteletes de hierro* a fin de que escape de las obras diabólicas por la circuncisión según el espíritu y la recta fe, así que, creyendo en el Señor, evite las celadas de su atroz enemigo. *En su mano izquierda llevaba un escudo, sujeto a su hombro*: porque en el lado izquierdo, donde se libra la lucha diabólica contra el hombre, la rodea la gracia de los poderosos preceptos de Dios, con los que el hombre se escudará y refugiará bajo la inconquistable fortaleza de la fe, no le envilezca el Demonio con sus artimañas, ni sucumba a sus vicios, protegido bajo la égida del Señor, que desde los hombros le cubre; pues la gracia de Dios se une a la fuerza del alma elevada hacia el Señor con el vínculo del amor a Dios y al prójimo.

En su cintura, una espada: porque el hombre debe dominarse, ciñendo su cuerpo con la austeridad de la palabra de Dios, y extir-

7. Salmos 77 (76),19.

par la iniquidad de sí y de su prójimo. *Su mano derecha empuñaba una lanza*: para que el hombre venza, con el valor de su confianza en Dios, toda la inmundicia diabólica, llevando a cabo esta gesta con la poderosa paz del Señor, verdadera justicia en el terrible combate entre el Demonio y el hombre, hazaña que, sin la ayuda de Dios, no sería posible lograr.

A sus pies yacía un león, abiertas sus fauces: este es Satanás, el Demonio, a quien abatió la victoria bajo el pie del recto camino de la vida y la verdad mientras, con acérrima y amarga crueldad, abiertas sus fauces, rondaba para devorar al género humano. *La lengua colgando fuera de la boca* es su propósito: en su terrible iniquidad ansiaba engullir a toda la estirpe humana venida de Adán.

A sus pies también yacía un grupo de hombres: estos, bajo su rauda destreza atenazados, son los juncos[8] del Demonio, que se inclinan ante el viento del mal, y a los que la virtud aplasta con la ira del Señor, caminando rectamente en la justicia; porque estos perversos artificios se subyugan con sus divergentes costumbres al Demonio y son sus siervos.

Algunos tocaban unas trompetas: embriagados con el estrépito del mal, enloquecen, inflamado de soberbia el corazón, y aborrecen la justicia de Dios; así se conducen de generación en generación, con indómita arrogancia. *Otros alborotaban y bromeaban haciendo comedias*: son embusteros cuyas fantásticas quimeras son hijas del Demonio, y como porfían en su tortuoso y arrogante placer, son ciegos a la disciplina de Dios. *Otros se divertían con distintos juegos*: porque sucumbieron a la veleidad y a la inmundicia de los vicios que sacian según la fantasía de su voluntad, tal como traman sus corazones, mediante las artimañas del Demonio.

La imagen los aplastó con su pie a todos, a la vez que al león: en su implacable ira conculca, con la justicia de Dios, todas estas vanidades, las comedias de los hombres y los ardides de Satanás. *Y los atravesó furiosamente con la lanza de su mano derecha*: pues con la confianza y gallardía dimanadas del Señor, atraviesa de parte a parte con gran fuerza todas estas ruindades, las somete, dolorosamente las despedaza; mira que Dios las escarnece y las tiene por nada, como mostraba esta virtud en su referida exhortación.

8. Los «juncos» o «cañas» simbolizaban a los siervos o súbditos, porque el viento los inclina (en este caso, instrumentos del Demonio); mientras que las ramas, que resisten al viento, las rocas y todo cuanto no es doblegable, dada su firmeza, designaban a los superiores. Son también sinónimos, en este sentido, de «cola» y «cabeza». Véase Isaías 9,13-14. (*N. de los T.*)

10. *Significado de la paciencia y el gemido*

Pero en el interior del edificio viste otras dos figuras, de pie frente a la torre: dentro de la obra que el Padre Celestial ha realizado mediante Su Hijo, al revelar a plena luz a Aquel que en la circuncisión se presagiaba entre sombras, surgieron dos virtudes: en una está el ejemplo de Cristo, en la otra, el seguir sus huellas; y aparecen ante la Premonición de la Voluntad de Dios, con inmensa fortaleza y reverencia, porque representan el fruto prefigurado en la circuncisión.

La primera se encontraba sobre el pavimento del edificio, en un nicho de ígneo fulgor pintado, por dentro, con diversas imágenes de espíritus malignos y emplazado contra la torre: pues esta virtud se cumple entre las cosas terrenas, conculcándolas merced a la bondad del Padre, al superar con tesón las apetencias carnales según el ejemplo del Hijo de Dios. ¿Cómo? Porque atraviesa con inmensa paciencia las adversidades del mundo, duramente mortificada y acribada dentro del nicho: dentro de la apoteosis del poder mundano, ígneo en lo terrorífico de su arredrante soberbia, al que ronda la turbamulta diabólica, concitando a su voluntad las entrañas de los seculares, inclinados a los deseos de la carne. Pero aunque este nicho se enfrente de muchos modos con su poder terrenal a la justicia, combatiendo el testamento verdadero edificado en Dios, la virtud superará triunfante todo esto, con la ayuda del Señor, en los hombres buenos, por mucho que les hostiguen y extenúen las celadas de los espíritus malignos.

La segunda se hallaba fuera de este nicho, al lado, sin afianzarse en nicho alguno: cuando la primera virtud hubo vencido, con su paciencia, al arrogante poder que le infligió muchos quebrantos, la segunda virtud avanzó fuera ya del ámbito de ese poder; pues surgió de los sufrimientos que aquella hubo de soportar, como en el exterior del espacio del poder mundano, huyendo de su furia; pero permanece *a su lado*: en el recuerdo de las tribulaciones por las que ella nació, liberada de la cavidad del nicho porque esta desligada del poder de este mundo, llevando sobre sí, a la vista de todos, la cruz de Cristo.

Ambas miraban a veces a la torre: pues son el fruto pleno prefigurado en la Premonición de la Voluntad de Dios —en la circuncisión del Antiguo Testamento— a la que contemplan como su raíz; pero son más excelsas que su preludio en la circuncisión, porque la obra fulgurante sobrepasa al nacimiento de la doctrina. *Otras veces miraban a los hombres que entraban y salían del edificio*: es su exhortación en el Espíritu Santo a los pueblos que caminan hacia Dios

por el sendero de la Ley de la justicia y a cuantos quieren volver atrás y salir del recto sendero hacia los crímenes del Demonio, conminándoles a que las imiten en el bien.

11. *Significado de sus vestiduras*

También vestían ropajes de seda: porque poseen dulzura para que el hombre no sucumba a la ira al ser perseguido. *Y cubrían sus cabezas con blancos velos de mujer*: pues es justo que el hombre se someta al Señor, que es su Cabeza, cubriendo su mente por siempre con Él en la claridad del amor para que, con júbilo y alegría, sea abrazado, como honra la mujer a su marido, temiéndole y amándole, según estableció Dios.

No llevaban manto: porque, libres de afanes mundanos, sólo aspiran a lo eterno junto a Dios en la vida venidera. *Y su calzado era blanco*: pues resplandecen en los caminos de la justicia con la claridad de la fe, alumbrando los corazones humanos para que estos sigan las huellas de su ejemplo.

12. *Significado de la paciencia y sus vestiduras*

La *primera imagen* representa la paciencia, que surgió en el cuerno de Abraham —en el principio de su obediencia a Dios— anunciando, en la circuncisión, la primera voz de obediencia tras la caída de Adán, que precede a la obediencia hecha obra en la Palabra verdadera, el Hijo de Dios, como el sonido antecede al verbo, y que retumbó en el Septentrión, frente a la maldad y rebeldía de la antigua serpiente. *Ceñía su cabeza con una corona triangular que, en arreboles, como jacinto encendido brillaba*: porque está hermosamente coronada con la fe en la Santa Trinidad como principio del designio de los fieles que, despreciando su carne, no dudan en derramar su sangre por amor a Dios y a la fe verdadera. Pues también el Hijo de Dios, manifestado en la carne, venció a la muerte con el rojo fulgor de Su sangre, que engalanó a la Iglesia como un esplendoroso jacinto encendido en su belleza.

Vestía una túnica blanca cuyos pliegues eran por doquier de color verde: lleva las vestiduras de la obra de Dios en la claridad de la luz eterna, engalanados sus pliegues que son los quebrantos y lamentos del que clama: «¡Oh, cuándo podré ir a ver la faz de la Luz verdadera!», feliz anhelo de lo que en la vida terrena está oculto

entre penumbras, y por el que las adversidades de los fieles les adornan, con verdor de lozanía realzan sus almas las muchas calamidades que, con paciencia, sufren en nombre del Señor, como declara esta virtud en sus palabras citadas.

13. *Significado del gemido y sus vestiduras*

La *segunda imagen* representa el gemido porque, tras la paciencia ante la adversidad, se eleva en Mis elegidos el gemido en recuerdo de la vida: clama evocándome que envié a Mi Hijo al mundo desde Mi corazón por el gemido de Mi pueblo. Pues Mi pueblo del Antiguo y Nuevo Testamento tuvo y sigue teniendo este anhelo del espíritu, que alberga el gemido con su música de lamentos, y que es el quebranto verdadero del corazón.

Por eso esta imagen se encuentra también en el Septentrión, para combatir la pérfida inmundicia de las asechanzas diabólicas. *Y vestía una túnica blanca levemente desvaída*: porque está revestida de las buenas obras en el esplendor de la fe, pero la pálida sombra de la inquietud aflora en ella, pues sin cesar llora y suspira en pos de la felicidad eterna. *En su brazo derecho sostenía una cruz con la imagen del Salvador, y reclinaba sobre ella su cabeza*: con la diestra —con el recto ámbito de su poderosa obra— abraza la Pasión de Mi Hijo, anhelándolo con todo el afán de su corazón, y se inclina hacia Él, siguiéndole en Su dolor y quebranto, como mostraba ella misma en su exhortación citada.

Y viste cómo todas las imágenes descritas proferían sus palabras, a través del misterio del Señor, para exhortación de los hombres: porque la piedad de Dios ilustra con suavísima dulzura los espíritus humanos mediante todas las virtudes y les exhorta a que se aparten del mal y hacia el bien se levanten.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Cuarta visión

LA COLUMNA DE LA PALABRA DE DIOS

Entonces, allende la Torre de la Premonición de la Voluntad divina, a un codo de distancia del ángulo septentrional, vi una columna color de acero, emplazada extramuros, junto a la parte luminosa de la muralla del edificio; su presencia infundía pánico, y era de tal magnitud y altura que no pude calcular su tamaño. Su fuste tenía, de la base a la cima, tres aristas agudas como filos de una espada: la primera miraba al Oriente, la segunda al Septentrión y la tercera, parcialmente unida a la fachada del edificio, al Mediodía.

De la arista que miraba a Oriente brotaban ramas, desde su raíz hasta su cima; junto a la raíz vi, sentado sobre la primera rama, a Abraham; sobre la segunda, a Moisés; sobre la tercera, a Josué y luego a los restantes patriarcas y profetas, sentados cada uno en su rama, en sentido ascendente ordenados según se sucedieron en el tiempo; todos ellos se volvían hacia la arista, de esa misma columna, que miraba al Septentrión, admirándose de las cosas venideras que, en espíritu, allí veían.

Pero la cara del fuste comprendida entre estas dos aristas de la columna, la oriental y la septentrional, a donde miraban los patriarcas y profetas, era, desde la base a la cima, torneada y redonda, rugosa y llena de nudos, como la corteza de un árbol en que brotan tallos.

La segunda arista, la septentrional, irradiaba un esplendor de prodigiosa claridad que se expandía, iluminando hasta el ángulo meridional. En ese fulgor, que se difundía en una inmensa anchura, vi a los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y otros muchos santos, caminando con gran júbilo.

La tercera arista, que miraba al Mediodía, tenía la forma de un

arco tensado para lanzar flechas: con una amplia prominencia en el centro, refluía estrechándose en sus zonas superior e inferior.

Pero en la cima de esta columna vi una luz cuya claridad superaba cuanto puede expresar la lengua humana, y en la que había una paloma, con un rayo dorado en el pico, que irradiaba un intenso fulgor sobre la columna.

Cuando contemplaba todo esto, escuché una voz del Cielo que con su pavoroso retumbar me arredró, diciéndome: «Lo que ves es divino». Y, estremecida por esa voz, no me atreví a mirar más aquello.

Entonces vi, en el interior del edificio y de pie sobre su suelo, una imagen, frente a la columna, que miraba unas veces a la columna, y otras, a los hombres que iban de un lado a otro dentro del edificio. Esta imagen emanaba tal brillo y claridad que, por el extraordinario esplendor con que relumbraba, me fue imposible vislumbrar su rostro ni los ropajes que vestía salvo que, como las demás virtudes, su forma semejaba humana.

A su alrededor vi una hermosa muchedumbre con figuras de ángeles alados que le manifestaban gran veneración, como si a un tiempo la temieran y amaran. Pero ante su faz había, también, otra multitud, con semblantes humanos, en oscuros ropajes envueltos, y de temor embargados.

Y esta imagen contemplaba a los hombres que venían del mundo y que, dentro del edificio, se ataviaban con nuevos ropajes, diciéndoles a cada uno de ellos: «Mira este vestido que llevas y no olvides a tu Creador, que te ha formado».

Y mientras admiraba todo esto, el que está sentado en el trono me dijo de nuevo:

1. *La Palabra, justicia plena, llena de luz y dulzura*

La Palabra de Dios, por la que se hizo todo, engendrada en el corazón del Padre antes de todos los siglos, pero después hecha carne de una Virgen al final de los tiempos, como profetizaron los antiguos santos, que se revistió de humanidad sin dejar Su Divinidad, sino que, con el Padre y el Espíritu Santo, es un solo Dios verdadero, apaciguó con Su dulzura el mundo y con la claridad de Su luz lo iluminó.

Por tanto, esa *columna* que ves *allende la Torre de la Premonición de la Voluntad divina* representa el inefable misterio de la Palabra de Dios; porque en la Palabra verdadera, en el Hijo de Dios, se

ha cumplido toda la justicia del Antiguo y Nuevo Testamento, cuyo núcleo salió a plena luz, por inspiración divina, para ciencia y salvación de cuantos fielmente creyeran, cuando el Hijo del Padre Celestial se ofreció a encarnarse de una dulce Virgen. Mira: después de que, en el inicio de la circuncisión, durante la premonición de la voluntad de Dios, aparecieran poderosas virtudes, se anunció, en el filo de la justicia, el misterio de la Palabra de Dios, perfilada en las voces de los patriarcas y profetas, que predijeron que la Palabra se manifestaría con toda la justicia, con todos los oficios sometidos al Señor y con inmensa austeridad, empuñando la espada de la justicia de Dios que no dejaría ilesa injusticia alguna, antes bien, con los preceptos de la Ley la segaría.

2. *Los patriarcas anunciaron en el misterio la cercanía de la Ley*

Y ves la columna a un codo de distancia del ángulo septentrional: esta es la extraordinaria proximidad que hubo, en el ámbito temporal humano, entre los patriarcas, que anunciaron la afilada justicia de la Palabra de Dios con sus signos, y la Ley, que, en la zona septentrional, combate al Demonio.

3. *No hay soberbia que resista la fortaleza de Dios*

Esta columna es *color de acero y está emplazada extramuros, junto a la parte luminosa de la muralla del edificio*: porque invicta e inexpugnable es la fortaleza de la Palabra de Dios, a la que nadie puede hacer frente ni por fatua rebeldía ni por vil soberbia; y porque los antiguos padres, con la ciencia especulativa, mediante sus actos de amurallamiento y justicia, estaban unidos por fuera a la obra ígnea y perfecta erigida en el Hijo de Dios, aunque no inmersos en ella, pues la profetizaron exteriormente: con el sonido de sus palabras.

4. *La temible justicia de Dios cuya altura excede a todas las criaturas*

Su presencia infundía pánico: la justicia de la Palabra de Dios es temible para la ciencia humana con sus juicios impíos de inicuos jueces que sólo juzgan según su arbitrario baremo. *Y era de tal magnitud y altura que no pudiste calcular su tamaño*: porque la Palabra, el Hijo de Dios, sobremanera excede, por la magnitud de Su gloria y la altura de Su Divinidad, a todas las criaturas en la majestad paterna,

así que ningún hombre puede, en la podredumbre de la carne, captarla plenamente.

5. *La Palabra de Dios tiene tres agudos filos*

El fuste de la columna tenía, de la base a la cima, tres aristas agudas como filos de una espada: la fortaleza de la Palabra de Dios, forjada y templada en la Gracia, cuya revelación en el Nuevo Testamento se prefiguró en el Antiguo, manifestó, a través del Espíritu Santo, los tres filos de Su espada: la antigua Ley, la Nueva Gracia y la exposición de los fieles maestros; mediante ellas el hombre santo cumple la justicia: al emprender el bien se remonta como desde la base, y asciende hasta la cima de la perfección cual cumbre que corona al culminar su obra. Porque todo lo que es justo estuvo, está y estará eternamente en la afilada espada de la Deidad que todo lo atraviesa, así que no hay poder alguno que pueda subsistir en su perfidia, si la gloria de Su fervor quiere abatirlo.

6. *De las tres aristas*

La primera arista miraba hacia el Oriente: este es el clarear, el nacer del conocimiento de Dios por la Ley divina, antes de amanecido el Día perfecto de la plena justicia. *La segunda, al Septentrión*: una vez alumbradas las obras buenas y justas, surgieron el Evangelio de Mi Hijo y otros preceptos a través de Mí, el Padre, contra la tierra del Aquilón, origen de toda la iniquidad. *La tercera, parcialmente unida a la fachada del edificio, miraba al Mediodía*: he aquí, afianzada en obras de justicia, la profunda y excelsa sabiduría de los insignes maestros que, por la cálida luz del Espíritu Santo, iluminaron lo oscuro en la Ley y en la profecía, mostraron el Germen en el Evangelio, sembrándolo para que fuera entendido[1], y que se entrelazan con la materia exterior, correspondiente a las Escrituras, en la obra de la bondad del Padre, meditando dulcemente su sentido místico.

7. *El tiempo de los patriarcas y profetas*

De la arista que miraba a Oriente brotaban ramas, desde su raíz hasta su cima: al nacer el conocimiento de Dios por las leyes de la

1. Véase Mateo 13,18; Marcos 4,14.

justicia, brotaron ramas en toda la arista oriental: el tiempo de los patriarcas y profetas, que este filo de la columna de la Divinidad despliega desde su raíz, el despuntar del bien en los espíritus de Sus elegidos, hasta su cumbre, el advenimiento del Hijo del Hombre, que es toda la justicia.

En la raíz vi, sentado sobre la primera rama, a Abraham: por el agudo soplo divino transcurre el tiempo que nació con Abraham cuando, en calma el corazón, abandonó su patria obedeciendo a Dios. *Sobre la segunda, a Moisés*: entonces la inspiración del Señor hizo brotar una planta: el principio de la Ley que Moisés entregó, prefigurando al Hijo del Altísimo. *Sobre la tercera, a Josué*: después, Dios le llenó a él de Su espíritu para que afianzara y fortaleciera las costumbres de Su Ley por precepto divino.

Y luego viste a los restantes patriarcas y profetas, sentados cada uno en su rama, en sentido ascendente ordenados según se sucedieron en el tiempo: durante las vidas de los sucesivos patriarcas y profetas, Dios inspiró el germen particular de cada uno de ellos, elevándolo a las alturas de Sus preceptos, y así, descansan dispuestos y ordenados según sus días en la justicia que les fue revelada, fielmente sometidos a la Divina Majestad, tal como se sucedieron cada uno en su tiempo.

8. *Los patriarcas y profetas admiran la Encarnación del Hijo de Dios*

Y todos ellos se volvían hacia la arista, de esa misma columna, que miraba al Septentrión, admirándose de las cosas venideras que, en espíritu, allí veían: porque, avisadas sus almas por el Espíritu Santo, todos ellos se volvieron y contemplaron la enseñanza evangélica de la fortaleza del Hijo de Dios, que derrotaría al Demonio; anunciaron Su Encarnación y se admiraron de que saldría del corazón del Padre y del útero de la Virgen, y, entre grandes prodigios, se revelaría en Sus obras y en las de Sus seguidores, los cuales, imitándole maravillosamente en la Nueva Gracia, hollarían lo caduco y con vehemencia anhelarían el júbilo eterno.

9. *La Palabra, prefigurada en las almas de los antiguos elegidos*

Pero la cara del fuste comprendida entre estas dos aristas de la columna, la oriental y la septentrional, a donde miraban los patriarcas y profetas, era, desde la base a la cima, torneada y redonda,

rugosa y llena de nudos como la corteza de un árbol en que brotan tallos: entre ambas cúspides —entre la revelación de Mi conocimiento y la posterior enseñanza de Mi Hijo— permaneció oculta, bajo un símbolo prefiguratorio en las almas de los antiguos padres que habitaban Mi Ley, la Palabra única, Mi Hijo, labrado y torneado en el arte de la mística, del primer elegido al último santo; porque Él mismo moldeó y pulió armoniosamente todos Sus instrumentos: mediante Su fluida gracia se manifestó a todos, lleno de bondad, tal como fue prefigurado en los *nudos* de la circuncisión, sombra de lo venidero que, en los signos aplicados por la austeridad de la Ley, albergaba oculto el recto vástago de la suprema y santa Encarnación.

10. *Las palabras del Hijo se difunden con los frutos de la bendición*

La segunda arista, la septentrional, irradiaba un esplendor de prodigiosa claridad que se expandía, iluminando hasta el ángulo meridional: del Nuevo Testamento, enfrentado al Demonio, dimanan las palabras de Mi Hijo, que salen de Mí y vuelven a Mí; porque cuando prorrumpe en la carne el Sol resplandeciente que es Mi Hijo, brilla la luz del santo Evangelio en Su predicación; luz que se difunde, en fruto de bendición, desde Él y Sus discípulos, y refluye a la fuente de salvación, alcanzando así a los maestros, los penetrantes intérpretes de las palabras del Antiguo y Nuevo Testamento, los cuales revelan que la sabiduría amanece en este Sol que ilustra el mundo y arde intensamente en su cenit, como el Mediodía en Sus elegidos.

11. *Con la enseñanza de Cristo surgen nuevos elegidos*

Y en ese fulgor, que se difundía en una inmensa anchura, viste a los apóstoles, mártires, confesores, vírgenes y otros muchos santos, caminando con gran júbilo: cuando Mi Hijo predicaba y difundía la luz de la verdad, surgieron, en ese diáfano resplandor, los apóstoles, heraldos de la luz verdadera; los mártires, valerosos soldados que derraman fielmente su sangre; los confesores, ministros de Mi Hijo; las vírgenes, que siguen al Germen celestial, y otros elegidos Míos, que se regocijan en el manantial de la alegría y en la fuente de la salvación, mientras el Espíritu Santo los inunda para que ardientes fluyan de virtud en virtud.

12. *La sabiduría de las divinas Escrituras*

La tercera arista, que miraba al Mediodía, tenía la forma de un arco tensado para lanzar flechas: con una amplia prominencia en el centro, refluía estrechándose en sus zonas superior e inferior: es, al difundirse el Evangelio, la sabiduría que los santos buscaban en las honduras para encontrar, mediante ella, la semilla genuina de esa profundidad, el germen de lo que debían captar en la Palabra de Dios, y que creció, ardiente en el fuego del Espíritu Santo, hacia la mitad de su itinerario; pues, confortada y afianzada la fe en el pueblo cristiano, estaba, como en su centro, el anchuroso sentido que dimanó de las almas de los santos maestros, los cuales, indagando en la profunda dificultad de las Escrituras, transmitieron su ciencia a muchos discípulos; y estos, a su vez, ampliaron su percepción al extenderse la sabiduría y el conocimiento de la divina Escritura, que era todavía limitado y menos fervoroso en el inicio de la institución eclesiástica, representado en la zona inferior; porque entonces los pueblos aún no abrazaban esta ciencia con el amor con el que luego lo hicieron; igual que hacia el final del mundo, representado en la zona superior, se enfriará el afán de muchos, que no amarán la ciencia divina con el amor por manifestarla en obras, sino que ocultarán para sí su saber, como si el bien no debiera materializarse en el obrar, y sólo poseerán un conocimiento externo, como el de un sueño.

13. *El hombre, como un arco*

Así que esta arista era, en su centro, prominente y aguda: las austeras obras del culto a Dios, despojadas de su sombra en el Antiguo Testamento, medraron desde su estrecho origen hasta su mitad, que son las poderosas virtudes en el apogeo de la lucha, cuando el pueblo fue veloz en combatir la iniquidad, en herir al Demonio con las palabras del Señor, en abatir y conculcar sus vicios con la gran austeridad de la justicia de Dios; aunque al cabo, hacia el fin del mundo, caerán en el olvido de sí mismos y refluirán, atenuado su fervor en el Espíritu Santo. Así que esta arista es como un arco tenso para la guerra, extendida su cuerda. Como tenso debe el hombre alzarse en cuerpo y alma contra los vicios, ceñido en los extremos y amplio en el medio: circunspecto al principio y al final de su obrar, con gran temor y humildad, y, en mitad del camino, fuerte y constante para disparar las flechas de las buenas obras, por don del Espí-

ritu Santo, contra las insidias del Demonio. Porque al emprender el bien es el hombre tímido en virtud, pero, al obrarlo, adquiere fuerza y se afianza, pues el Espíritu Santo lo inunda plenamente con su luz; mas este poderoso actuar no puede ser inacabable, dada la fragilidad de su carne, y, por tanto, refluirá de nuevo, atenuada su virtud al final del obrar. Y así debe siempre tensarse el arco del que combate contra los vicios diabólicos.

14. *El misterio del Hijo de Dios se muestra entre penumbras*

Pero en la cima de esta columna viste una luz cuya claridad superaba cuanto puede expresar la lengua humana: el Padre Celestial irradió desde Su profundo y supremo secreto los misterios de Su Hijo, radiante en Su Padre como diáfano lucero, fulgor que manifiesta toda la justicia en los designios de la Ley y en el Nuevo Testamento: la sabiduría brillando en el apogeo de su luz, tan deslumbrante que no le es posible al hombre, ceniza de cenizas, decirla con sus palabras mientras habite en la podredumbre de la carne.

Y en esa claridad había una paloma, con un rayo dorado en el pico, que irradiaba un inmenso fulgor sobre la columna: es, en el resplandor de la luz del Hijo de Dios, en el corazón del Padre que relumbra, el ígneo Espíritu Santo, por el que fue revelado el misterio del Hijo del Altísimo venido de la suprema altura para redimir a los hombres, cautivos de la antigua serpiente. Mira que el Espíritu Santo inspiró todos los preceptos legales y los nuevos testimonios: antes de la Encarnación del Señor entregó la Ley del fulgor de Su misterio y, en ese fulgor, mostró Su poder en la Encarnación del Hijo de Dios; exhala Su profundo hálito como un haz dorado: la sublime y eximia iluminación de Su ungimiento; infundió los secretos místicos del Unigénito de Dios, colmando con el raudal de Su efusión a los antiguos enviados que, según se ha dicho, anunciaron mediante símbolos al Hijo de Dios y contemplaron admirados al que salió inefablemente del Padre y surgió como prodigioso amanecer en la alborada de la Virgen eterna; con Su fuego encendió vivamente los textos del Antiguo Testamento y del Evangelio, alumbrando la semilla espiritual en la que se erigió toda la justicia.

Y es tan inmensa esta fuerza de la Deidad, que no te es posible contemplar Su divina luz, pues ningún mortal la verá, sino aquellos a los que, entre penumbras, la muestro según Mi deseo. Así que guárdate, también tú, de atreverte a escrutar temerariamente lo divino, como te ha enseñado el temblor que te sobrecogió.

15. *Significado de la ciencia de Dios*

Entonces viste, en el interior del edificio y de pie sobre su suelo, una imagen frente a la columna: dentro de la obra de Dios Padre se manifiesta esta virtud que anuncia el misterio de la Palabra de Dios; porque reveló toda la justicia en la ciudad del Omnipotente: en el pueblo del Antiguo y Nuevo Testamento; y está de pie sobre el pavimento: por encima de todo lo terrenal en la obra del Padre misericordioso, pues cuanto hay en la tierra como en el cielo habita bajo Su providencia.

Miraba unas veces a la columna, y otras, a los hombres que iban de un lado a otro dentro del edificio: porque contempla el secreto del Señor, revelado por la fuerza de la Divinidad, en la Palabra de Dios, como también a los hombres que trabajan en la bondad del Padre, y prevé cuáles llegarán con su obrar y cuáles no, pues por el esfuerzo de cada uno conoce su índole.

Esta imagen representa la ciencia de Dios porque ve a todos los hombres y cuanto hay en el cielo y en la tierra; *emanaba tal brillo y claridad que, por el extraordinario esplendor con que relumbraba, te fue imposible vislumbrar su rostro ni los ropajes que vestía*: pues es pavorosa en el terror cual relámpago que amenaza, y dulce en la bondad como la luz del sol; mas sea en el terror, sea en la dulzura, es incomprensible para los hombres por el formidable fulgor de lo divino en su rostro y por la claridad que posee como atavío de su belleza, igual que no es posible mirar, del sol, su ardiente faz ni el hermoso vestido de sus rayos. Sí, está en todas las cosas, en todos los hombres, y tal armonía lleva oculta en su seno que ningún mortal puede saber con cuánta dulzura apacigua a los hombres, cómo los aplaca con su insondable misericordia, hasta cuando ya no es posible calar más esa durísima piedra de empedernida dureza que es el hombre contumaz y porfiado, enteramente reacio a apartarse de su mal.

Pero, como las demás virtudes, su forma semejaba humana: porque Dios creó al hombre en la virtud de Su bondad y sembró en su alma el raciocinio, la ciencia y el entendimiento para que Le adorara en lo más íntimo de sus entrañas, con la mayor devoción Le celebrara, y despreciara las quimeras de los demonios, amando sobre todo a Aquel que tan esplendorosamente le enalteció.

16. *Por qué la rodean ángeles alados*

A su alrededor viste una hermosa muchedumbre, con figuras de ángeles alados, que le manifestaban gran veneración, como si a un

tiempo la temieran y amaran: por doquier los espíritus bienaventurados y excelsos glorifican, en su oficio de ángeles, a la ciencia de Dios con alabanzas extraordinarias y puras, cosa que el hombre no podrá cumplir tan sublimemente mientras sea ceniza perecedera. Abrazan a Dios en su calor, pues son luces vivientes; y son alados, no porque tengan alas igual que otras criaturas voladoras, sino porque arden, con sus llamas como alas, en sus esferas por virtud del Señor. Mira que así Me veneran, a Mí, Dios verdadero, perseverando en su recto temor con sumisión fiel, conociendo Mis juicios, en Mi amor encendidos; y pues siempre contemplan Mi faz, no desean ni anhelan sino cuanto ven que place a Mis clarividentes ojos.

17. *Sobre esos a los que llaman ovejas apremiadas*

Pero ante su faz había, también, otra multitud, con semblantes humanos, en oscuros ropajes envueltos y de temor embargados: estos son los hombres que habitan en la ciencia de Dios. ¿Cómo? Dios tiene en gran honor ante Su mirada a quien prevé que le pertenece; en cambio, aquel cuyos esfuerzos se encaminan a la perdición y no a Dios, apartado está de Sus ojos. Pero los que ves en esta multitud son llamados ovejas apremiadas: con figura de hombres, por sus obras humanas; con oscuros vestidos, la zozobra en la que pecaron; y, sin embargo, amilanados y temerosos del juicio de Dios. Así que son llamados ovejas apremiadas[2] porque les acucio de muchas maneras para que vengan a la vida, rescatados de la muerte por la sangre de Mi Hijo. Las ovejas apremiadas son los hombres a los que obligo, contra su voluntad, mediante innumerables tribulaciones y quebrantos, a que se aparten de la iniquidad, a la que gustosamente se entregarían por el ímpetu de la carne y la flor de su juventud mientras habitan en el mundo, porfiando por permanecer en el ardor del frenesí hasta que el fuego de la carne ceda al frío de la edad: a todos estos los conmino de distintas maneras, según lo que en ellos veo, para que desistan de sus pecados.

18. *Dios apremia*

A los que, de entre estos, no se consumen con tan vehemente deseo por el mundo, no los apremio con recio látigo, sino ligero: no veo en ellos la amargura que hay en otros, pues cuando sienten Mi

2. Lucas 14,23.

reproche, al instante abandonan presurosos su voluntad y vienen a Mí, renunciando a las pompas del mundo. En cambio, hay otros a los que castigo con implacable látigo, porque son tan ardorosos y tan indulgentes con los pecados de su viciosa carne que, si no los conminara duramente, no serían aptos para Mi Reino. A todos estos los prevé y conoce Mi ciencia, y los amedrenta según sus excesos.

Pero aún hay otros a los que doblego con los más aciagos, insoportables quebrantos y miserias en el cuerpo y en el alma, porque son tan rebeldes y desaforados en el saciar sus apetencias carnales que, si no los amedrentara con graves calamidades, no cejarían en sus crímenes, dado el ímpetu de su carne, pues mientras su voluntad sea próspera, no volverán al Señor. Porque hay algunos que, por su espíritu pusilánime, caen enteramente en la desesperanza, y otros que se mofan, por su desmesurada soberbia: así, lo que a aquellos les hunde en el más hondo desaliento, a estos apenas les escarmienta en su excesiva porfía. De este modo apremio a los que Me pertenecen cuando reniegan de Mí en sus obras para que, pues los conozco, aunque sea conminados por las calamidades en cuerpo y alma padecidas, vengan a Mí y se salven; igual que Faraón, amedrentado, finalmente hubo de permitir a los israelitas que se marcharan de su tierra, como está escrito:

19. *Ejemplo de Faraón, Moisés y Aarón*

«Llamó Faraón a Moisés y a Aarón, durante la noche, y les dijo: "Levantaos y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los israelitas, e id a dar culto a Yahveh, como habéis dicho. Tomad también vuestros rebaños y vuestras vacadas, como dijisteis. Marchaos y bendecidme también a mí"»[3]. Así es, en verdad: los abrumadores y graves crímenes ligados a este mundo apesadumbran sobremanera, con infinitos quebrantos y miserias, a muchos hombres que en su corazón se dicen: «Ay, ay, ¿a dónde huiremos?». Entonces estas calamidades, combatiéndolos, los arrojan de sí, y los propios hombres, presurosos, se alejan de ellas, porque sus cuerpos se marchitan bajo el peso del recio látigo en la mano del Señor, sin poder ya vivir con alegría en el deleite mundano, pues Dios les ha convocado: es la llamada a los justos, mediante innúmeros sufrimientos, en las tenebrosas obras de la noche del pecado.

Así que Faraón —los vicios diabólicos— llamó con el clamor de

3. Éxodo 12,31-32.

los quebrantos y miserias a Moisés —imagen de los hombres a los que Dios amedrenta con terribles dolores espirituales o corporales— y a Aarón —símbolo de aquellos a los que escarmienta con penas más leves—, convocándolos durante la noche de las malas obras; y los vicios, en medio del yugo de las apetencias humanas, les dijeron: «Levantaos de vuestras costumbres carnales, salid de las viejas moradas donde habitabais con nosotros; sí, salid de en medio del pueblo al que subyugamos, pues nos idolatra; apartaos de los afanes mundanos a los que estamos placenteramente unidos; vosotros, a los que amedrentábamos cuando os teníamos cautivos, y, con vosotros, los hijos de Dios, que en su ciencia Le contemplan.

»Id, pues, por otro camino, abandonadnos y ofreceos a Dios con las invencibles gestas en que nos superasteis, como decís que es vuestro deseo. Tomad también vuestra dulzura, la mansedumbre de las ovejas, que os hace arduo trabajar con nosotros, pues queréis soportar otro yugo siguiendo al Cordero; tomad, sí, las armas victoriosas, la fortaleza de la grey, con las que nos vencisteis y a las que no pudimos resistir, tomad todo esto según la renovación de la mente con que ahora queréis transformaros; separaos de nosotros, como hace tiempo deseabais, cuando nos combatíais implacablemente; marchaos a la patria que vuestras almas añoran, marchaos, sí, en pos de esa otra vida que os aleja de nosotros, y bendecid, entre alabanzas al Señor, esta lucha en que os habéis desarraigado de las causas y afanes del mundo».

20. *Castigos y consuelos de Dios a los hombres*

Y así como Yo, el Dios Omnipotente, apremio a estas ovejas para que vengan a Mí, también afianzo Mis columnas: a Mis herederos celestiales fortalezco con el fundamento de Mi castigo, según la furia con que irrumpa contra ellos, envolviéndoles, la maldad del pecado de Adán, porque no podrían mantenerse firmes si no los consolidara Mi gracia. A los que, de entre ellos, no están postrados bajo una carga tan onerosa de vicios, los amedrento con liviano castigo, pues si los escarmentara con más recio látigo, caerían, del todo exánimes, en la desesperanza, al no estar encadenados por el soplo del más fiero torbellino del hechizo diabólico.

A otros, en cambio, postrados por el ataque del Demonio bajo una carga más grave, con el descarrío de conductas execrables, con la desmesura de las apetencias, los someto bajo el duro yugo de los más intensos quebrantos para que no abandonen Mi alianza, en la

que participan, pues quieren abrazarme con todo su afán y observar Mis preceptos, y, si los castigara levemente como a los anteriores, en nada tendrían Mis reproches, porque la antigua serpiente les acomete con el más encarnizado embate.

Y hay algunos, exiliados de la patria celestial, a los que desconozco, pues Me han dejado enteramente por la codicia de sus corazones, una furia voraz los posee: ni Me buscan, ni quieren conocerme, sino que asfixian en sus entrañas los buenos deseos, así que no Me piden auxilio, sólo ansían celebrar el banquete de sus propios afanes, deleitándose en las apetencias de la carne.

Pero, de entre estos, hay algunos que obran cuanto les place en la desmesura y deleite de la carne, y que, sin embargo, no rebosan odio ni envidia, sino que se regocijan con livianos placeres, disfrutando de los goces y dulzuras de su carne: a estos les dejo que prosperen, ricos en frutos de la tierra, para que no desfallezcan en la pobreza, porque también han sido creados por Mí, y porque no engullen con su malicia a Mi pueblo; por eso reciben según sus deseos.

Pero hay otros tan feroces en la desmesura de su amarga hiel, de su odio, de su envidia, devolviendo mal por mal, reacios a soportar afrenta alguna recibida, que, si tuvieran honores y riquezas mundanos, destruirían en los demás hombres las virtudes celestiales para que no las cultivaran. A estos les niego, por tanto, los frutos de la tierra y las riquezas, y los arrojo a grandes infortunios a fin de que no puedan ensalzarse hasta alcanzar tanto mal como hay en su voluntad, pues cumplirían las obras del Demonio si tuvieran posibilidad de hacerlo.

Así intercepto los caminos de los hombres, buenos y malos, con la recta medida, y sus voluntades pondero según lo que Mis ojos ven en sus deseos, como testimonia la Sabiduría, diciendo con palabras de Salomón:

21. *Palabras de la sabiduría de Salomón*

«Todos los caminos de los hombres están abiertos a sus ojos, Yahveh es el que pondera los espíritus»[4]. Así es, en verdad: todos los caminos en pos de los que suspira el alma viva del hombre con el báculo de su ciencia, todos los caminos que abarca el ámbito del entendimiento humano, el vergel lleno de frutos o el seco páramo, son diáfanos a los ojos del Dios Omnipotente. Todo lo ve el Señor,

4. Proverbios 16,2 (según Vulgata).

nada hay oculto a Su divina mirada; he aquí que todo lo conoce: contemplando el universo, ordena rectamente cada causa. ¿Cómo? Es Él Quien pondera los espíritus: con Su dulce caricia los sosiega y apacigua, o con las tribulaciones del quebranto y la desventura los castiga, para que se ciñan a la recta medida que no podrán franquear, ni corriendo ni huyendo en rebeldía, si no es que, conforme a sus méritos, Él lo consienta; porque el valor de cada uno se manifestará en su retribución, sea en este mundo, sea en el venidero, según hayan honrado a Dios.

Sí, con justicia son ponderados los espíritus, así que la razón humana no sea ensalzada ni humillada más allá del equilibrio estimado por el justo juicio de Dios; porque es tal Su resistencia que no hay alma, por mucho que abunde su fuerza en un dominio cualquiera, capaz de prevalecer sobre el Señor, pues todo lo juzga con rectitud: opone a los hombres Su justicia, contra la que no pueden rebelarse para franquear los límites de Su aquiescencia.

Así como el plomo equilibra justamente la moneda, también Dios, con justa pesa, pondera a buenos y malos, porque a todos opone el mismo obstáculo: la equidad de Su justicia a la que no pueden sustraerse[5]; aquellos reciben, por sus méritos, la gloria y alegría de la vida, y estos, las penas y desdichas de la muerte, según lo que Dios ve diáfanamente en sus corazones.

22. *La ciencia de Dios observa a los hombres con nuevos ropajes*

Esta imagen contemplaba a los hombres que venían del mundo y que, dentro del edificio, se ataviaban con nuevos ropajes: la ciencia de Dios conoce a los que, despojándose de la perfidia de la infidelidad, se revisten del Hombre Nuevo en el bautismo, bajo el poder de la obra de Dios, para la vida eterna; les exhorta a que no vuelvan atrás hacia el Demonio, y a que, si claudicaran, regresen a Dios, su Creador, según dice a cada uno en sus palabras de admonición ya referidas.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

5. Véase Proverbios 16,11.

Quinta visión

LA IRA DE DIOS

Después de esto miré y he aquí que, en el ángulo septentrional, donde convergen las dos partes de la muralla del edificio mencionado, había una cabeza de prodigiosa forma; estaba sujeta, inamoviblemente, por el cuello, al exterior de ese ángulo, y a igual distancia que este de la tierra, sin sobrepasarlo, sino que coincidían en la cima, en el mismo plano de altura. Esta cabeza era del color del fuego, rutilante cual ígnea llama, y tenía un terrible rostro humano que, lleno de ira, miraba hacia el Aquilón.

A partir del cuello, no pude ver nada más de esta figura, porque el resto de su cuerpo se encontraba enteramente oculto y encerrado en el ángulo. Pero vi su cabeza, semejante a una cabeza humana desnuda; no la cubrían cabellos, como a la de un hombre, ni velo de mujer, aunque parecía más de varón que de mujer, y contemplarla infundía pánico.

Tenía tres alas de prodigiosa amplitud y envergadura, blancas como blancas nubes, no enhiestas ni recogidas, sino separadas y enteramente extendidas en derechura, así que la cabeza sobresalía ligeramente: la primera surgía de la mandíbula diestra, desplegada hacia el Aquilón; la segunda —la del medio— tendía de su garganta al Septentrión; y la tercera se expandía desde su mandíbula izquierda hacia el Poniente. A veces se movían, infundiendo un gran terror, y hostigaban esos territorios, pero otras, cesaba su batir. No escuché a esta cabeza proferir palabra alguna, mas permanecía inmóvil, agitando, de cuando en cuando, sus alas allí donde se cernían, como se ha referido ya.

Y de nuevo escuché al que estaba sentado en el trono, diciéndome:

1. *Imagen de la ira de Dios y sus obras*

Dios, que desencadenó duramente Su ira sobre el antiguo pueblo, Se mostró, sin embargo, más dulce y apacible ante el nuevo, por amor a Su Hijo: no porque ahora omita, relegando con apatía, los pecados de cuantos prevarican, sino porque aguarda misericordiosamente la honda y verdadera penitencia del corazón puro; pero no tolera la maldad de los porfiados y según Su justo juicio los castigará.

Por tanto, *la cabeza* que ves *en el ángulo septentrional, donde convergen las dos partes de la muralla del edificio mencionado,* muestra, bajo un símbolo, la ira del Señor: es la venganza contra la indómita iniquidad que no desea remedio alguno, y surgió abiertamente ya perfilado el misterio de la Palabra de Dios que anunciaron con sus signos y clamores los patriarcas y profetas en sus vaticinios.

La ira de Dios tiene *forma de cabeza*: pues, más que por el terror que suscita, se la conoce por la dureza de su venganza, como a un hombre por su rostro; y lanza sus llamas contra el Septentrión porque, acerada y rauda en el Señor, aniquila al Demonio y a todo el mal, pues también allí, en Abraham y Moisés, convergen los dos elementos del baluarte de los que edifican en la obra de Dios —la ciencia especulativa de la elección entre las dos causas y el género humano—. Mira: el hombre, afianzado en la ciencia del bien y del mal, construirá cuanto emprenda, por la bondad del Padre, en esforzada lucha contra el Demonio.

La ira del Señor vengará, en cambio, los desafueros de cuantos transgredieron Sus preceptos encaminándose, con la ciencia especulativa, por sendas donde no habrá indulgencia. ¿Dónde? Allí donde no hay temor de Dios ni del hombre: donde no hay ciencia del Señor. Y al corazón tan enconado y moribundo en la ciénaga de la iniquidad, que ni tema la justicia de Dios ni los airados ojos de los hombres, lo confundirá con Su justo juicio la cólera del Señor, con Su venganza lo abatirá, según la Ley de Dios. ¿Cómo?

2. *Dios examina los pecados*

Una vez fundada la Ley, allí donde hubiera prevaricación contra ella se alzaba la ira para suprimir la injusticia con su recto juicio: en el Antiguo Testamento, todo desafuero era erradicado mediante la austeridad del castigo infligido al hombre exterior, que pagaba su transgresión con heridas corporales; pero, revelada la gracia del Evangelio, la ira se venga mediante la penitencia y, tras la muerte

del hombre, por los suplicios y tormentos de la Gehenna. Porque profundamente escruto las iniquidades que los hombres conciben, manifiestas o intrincadas en su obrar, para castigarlas, sea corporalmente, en su carne, sea con las penas de un tiempo venidero, sea que el hombre las expíe por la penitencia de la remisión mientras aún habite en el alma y el cuerpo con los que pecó, como dice, en Mi espíritu, Mi siervo Job:

3. *Palabras de Job*

«(Si digo:) mudaré de semblante para ponerme alegre, me asalta el temor de todos mis pesares, pues sé que tú no me tendrás por inocente. Y si me he hecho culpable, ¿para qué voy a fatigarme en vano?»[1]. Así es, en verdad: mudaré mi semblante interior. ¿Cómo? Borraré lo que soy, mi zozobra, esta sangre que colma mis venas, esta mudanza en mi sentir unas veces el gozo, otras veces la ira, o el desaliento de la tristeza, gestos todos que en mi corazón veo como grato semblante, porque es el rostro de mi voluntad, y contra mi voluntad cambiaré, me convertiré a la obra del bien. Y cuando lo haga, me atormentará el recio látigo de mi castigo para borrar de mí este antiguo rostro mío: la obra de mi voluntad en el deleite infesto; y miraré en el espejo de mi alma, veré al Señor en mi buena conciencia, pues habré abandonado el deseo carnal que de Él me apartaba. Y ante estos dos caminos, me asalta el temor de todas mis obras. ¿Cómo?

Cuando cumplo una buena obra, temo que no sea perfecta a los ojos del Señor, pues no puedo verla diáfanamente, sino borrosa, como en un espejo: unas veces en mi espíritu la conozco, otras, por la abrumadora carga de mi cuerpo, la desconozco. En cambio, al obrar el mal, la conciencia de mi espíritu me sume en la confusión porque en mi entendimiento interior comprendo que no serán perdonados los que se saben en el pecado: cuando advierten lo que en sus obras es hostil al Señor; es necesario, entonces, expiarlas, sea con la represalia corporal, sea con el duelo de la penitencia, sea con mortificantes penas en la otra vida. Mira que no será tenido por inocente el pecador que no se arrepienta, pues no se le ha dado la libertad de pecar para que peque, mas deberá ser castigado aquí o en lo venidero.

1. Job 9,27-29 (en Vulgata puede leerse el primer verso así: «mudo mi semblante y me atormenta el dolor»).

Si me he hecho, pues, tan culpable y es tanta mi porfía que no quiero doblegarme, cejar en estos afanes míos, en mis yerros, ni me enfrento a esa dura lucha combatiéndome a mí mismo porque en el quebranto yazgo, si es mi vida eterna rebelión contra el Señor en todos mis rumbos, pues pecador fui concebido, cometer iniquidad siempre ansío, sin temor de que Él me juzgue, ¿para qué fatigarme en vano?, ¿para qué batallar noche y día en mi corazón la iniquidad con la ciencia por la que confieso a Dios? Mas tan incapaz no soy, que el bien y el mal desconozca. Si arrumbo, por tanto, mi inteligencia y digo: «No conozco a Dios», estaré mintiendo; porque esta ciencia me delata como culpable y deudor de Dios cuando emprendo la iniquidad. Pero no me habré fatigado en vano si, con mi buena conciencia, lucho contra el mal, pues soy obra de Dios, a Él me vuelvo y gran merced recibiré.

4. *Sobre los que pecan con temor y su perdón*

Así pues Yo, Señor de todo cuanto existe, declaro que habréis de expiar todas vuestras culpas, sea con gemidos de pesar, sea con el duelo de la penitencia, sea con un escarmiento justo, en este mundo o en el venidero, según se ha dicho ya. ¿Cómo? Los que pecan con temor y en la penitencia se duelen, amedrentados, de sus errores, merecerán, por la gracia de Dios, levantarse muchas veces de sus culpas justificados y, si no encontraran la remisión plena en este mundo, serán salvos para la vida en el venidero.

Pero los que sean tan duros de corazón que ni deseen ni quieran conocer sus pecados sintiendo el temor y la aflicción de la penitencia, antes bien, porfíen en su maldad como si no debieran temer a Dios, no serán salvos de sus culpas, ni este mundo ni en el venidero, sino que padecerán tormentos sin la consolación de ser justificados para la vida, porque no quisieron responder de su desafuero conforme al raciocinio con que los creé. ¿Cómo?

5. *El raciocinio humano ante el bien y el mal*

El entendimiento, fundado en el raciocinio humano, posee dos caminos por la ciencia del bien y del mal, a los que pertenecen dos respuestas: la del bien y la del mal. ¿Cómo? El bien responde al mal cuando le hace frente en Dios. Pero el mal responde al bien cuando lo combate con el Demonio. Los que siempre se guardan del mal

para no embriagarse en sus deleites, le responden con el bien. En cambio, con el mal responden al bien los que nunca se apartan de su perfidia, celebrando el festín de sus apetitos, sin querer replicar a la llamada del mal. ¿Cómo?

6. *Hay dos vocaciones: una llama a la vida, la otra, a la muerte*

Hay en el hombre dos llamadas: el anhelo de fruto y el apetito del vacío. ¿Cómo? Por el anhelo de fruto es llamado a la vida, por el apetito del vacío, a la muerte. Cuando, por anhelo de fruto, desea el hombre realizar el bien, dice en su corazón: «Haré buenas obras»: he aquí la respuesta contra el mal, para evitarlo y medrar hasta la sazón. Pero si, por apetito del vacío, ansía cometer el mal, se aguijoneará diciéndose: «Haz lo que te plazca»: esta es la respuesta contra el bien del que no quiere resistir su iniquidad y se deleita en la ignominia que le llevará al vacío; quien así responde, Me desprecia y fabulador Me reputa, porque no Me muestra la honra debida. Y pues da la espalda al bien y no se duele, afligido, por temor de Mí, con sus quimeras fabula los cielos, como dice, por revelación Mía, el salmista David:

7. *Palabras del salmista*

«Ponen en el cielo su boca, y su lengua se pasea por la tierra»[2]. Así es, en verdad: muchos necios hay que no saben emplear su raciocinio, reacios a entender el ilimitado temor de Dios, apartan de sí los buenos deseos por los que deberían anhelarme y conocerme como Dios verdadero; se niegan a admitir la buena ciencia, constante amparo de los hombres para que obren el bien en el Señor, mas prefieren abrazar la amargura en enemistad con el bien: ellos mismos se desposeen, con propia mano se arrebatan el buen tesoro, guardando, en cambio, una plétora de iniquidades.

Y así ponen en las obras celestes las fabulaciones de sus mentes, como poniendo su boca abierta para maldecir, y, con furioso escarnio, las destruyen en su corazón murmurando: «Podemos cumplir nuestra voluntad tan libremente como esas obras llamadas celestiales, que los antiguos erigieron a su arbitrio, sin contar con nosotros». Y de este modo afrentan las palabras y las instituciones de los antiguos padres que, mediante obras celestiales, en Mí se fundamentan.

2. Salmos 73 (72),9.

Así, soliviantados con el gusto de su perfidia, como saboreándola en su lengua, pasean la desmesura de su audacia: en cumplir su voluntad porfían, reacios a poner freno a sus cuerpos contra el vicio y, sin esfuerzo de sus espíritus, en apetencias carnales se solazan, como revolcándose en la tierra: he aquí la seducción del Demonio.

8. *La ira del Señor se reveló en el Antiguo Testamento*

Y ves que *esta cabeza era de prodigiosa forma*: porque en la ira del Señor hay maravillosos y admirables juicios de Dios que ningún hombre, postrado bajo el peso del pecado, puede conocer.

Y *estaba sujeta, inamoviblemente, por el cuello al exterior de ese ángulo*: Mi ira contra el Demonio, tal como fue revelada en el Antiguo Testamento a través de Abraham y Moisés, se mostró a plena luz ante la mirada de los hombres en la ciencia especulativa y en el proceder humano para que Me temieran, sintiendo, Mis ojos frente a los suyos, el terror que infundo; y esta justicia Mía amenaza la cruel iniquidad de Satán, cerniéndose sobre el Aquilón.

9. *La justicia de Dios es inamovible*

Y *permanecía inamoviblemente* —porque ni las palabras falaces ni las adulaciones pueden jamás mover a Dios o mitigar la rectitud de Su juicio sobre crímenes impunes— *sujeta por el cuello*, que simboliza su fortaleza, a la Ley que Dios ha establecido para regir la conducta humana: a cuantos incumplen los preceptos de la Ley les retribuye los castigos merecidos según los malos actos en cuya ciénaga agonizan, así como también combate, con su eximia fuerza, que es la reciedumbre de su cuello, al Demonio y a sus huestes, oponiéndose a su injusticia.

10. *La venganza divina no excede la gravedad del pecado que castiga*

Estaba a igual distancia de la tierra que el ángulo: porque Dios, en la suprema justicia de Su venganza, supera todo lo terrenal, y la altura de esta venganza es la misma que fue señalada por la Ley, en la prefiguración de Abraham y Moisés, para las obras humanas; pues el juicio divino se encuentra en la cima de la ciencia especulativa y de los actos humanos a fin de abatir su ignorancia cuando no quieran conocer a Dios.

Y no sobrepasaba el ángulo, sino que coincidían en la cima, en el mismo plano de altura: porque la venganza suprema no excede los actos humanos al castigar su maldad, ni es más dura de lo que merecen, pues sólo con equitativo y justo juicio pondera todo rectamente, en la excelencia de Su justicia, como sabía según el espíritu el salmista David, que dijo:

11. *Palabras de David*

«Yo sé, Yahveh, que son justos tus juicios, que con Tu verdad me humillas tú»[3]. Así es, en verdad: he sabido, Señor, por Tu bondad, cuando por mis pecados no me diste muerte, ni el don de obrar en cuerpo y alma me arrebataste, que ni con Tu poder ni con Tu ira juzgas al que sabe o al ignorante más duramente de lo que merecen.

Obro el bien luchando contra mí mismo, pero cometo el mal por las apetencias de la carne. Y así, das merced al bueno y castigo al malvado, y no juzgas de otro modo que el justo y equitativo. ¿Cómo? Si Tu rigor excediera lo que puede cumplir el obrar humano, no habría equidad de juicio. Pero si con tibieza dejaras impune la iniquidad, sin conminarla a la penitencia ni exigir su purificación, entonces Tú, Dios justo, exonerarías y fomentarías la injusticia. Cierto que el morir fue amarga condena en la muerte de Adán; sin embargo, ahora, restaurada la gracia por la penitencia, vuelves a llamar al hombre a la vida, y esto sólo puedes hacerlo Tú, Señor.

Y este es Tu juicio justo y equitativo: la justificación para la vida con la gracia; porque Tus juicios ponderan con la justa pesa cada sendero. Todo lo haces con verdad, no cometes desafuero, no rebasas falazmente la medida, pues falaz es el exceso o el defecto respecto a lo que es justo. Pero moderas Tu poder con inmensa misericordia, sin dar muerte a ninguno por la potencia de Tu esplendorosa fuerza: has querido ofrecer el perdón por la penitencia. Y por Tu misericordia me humillo ante Ti, glorificando Tu nombre, y, a veces, también me atribulo por Tu juicio sobre mis culpas merecedoras de castigo.

12. *Dios siempre castiga la injusticia, y sus juicios son inescrutables*

Y viste que esa cabeza era del color del fuego, rutilante cual ígnea llama: pues la ira del Señor es un escollo de fuego, en la viva llama de

3. Salmos 119 (118),75.

Su venganza, encendida; *y tenía un terrible rostro humano*: los ojos del Señor miran toda injusticia «cara a cara», porque no hay culpa de crimen, sea cual sea, que pase inadvertida a Dios, que no escrute pavorosamente Su «faz», examinándola con Su justo juicio, y porque las inicuas obras de los hombres son como un «semblante» humano monstruoso y horripilante en los actos de apetencia carnal.

Y, llena de ira, miraba hacia el Aquilón: pues Dios humilla con Su venganza todo mal que nace de la sugestión diabólica. Pero, *a partir del cuello, no pudiste ver nada más de esta figura, porque el resto de su cuerpo se encontraba enteramente oculto y encerrado en el ángulo*: no hay sentido humano capaz de escrutar hasta el fondo los rectos juicios en la ira de Dios, que implacablemente aniquilan la ignominia de los réprobos, pues se hallan ocultos y entreverados en el ángulo de la ciencia especulativa y las obras humanas; así que no pueden ser contemplados ni aprehendidos en búsqueda alguna, sólo a veces se manifiestan, cuando se revela un hecho extraordinario desencadenado por la venganza del Señor, como aparece el rostro de un hombre según los deseos de su voluntad. Tampoco hay, en esta venganza, subterfugios ni concesiones: no hay sino el eterno justo juicio, conforme a los pecados de los hombres, porque sus crímenes no quedarán impunes, como se ha dicho, pues la ira del Señor es su contrapeso.

13. *La ira del Señor es terrible*

Y viste que esta cabeza era semejante a una cabeza humana desnuda: nada de cuanto es perecedero subyuga a la ira del Señor que, desnuda de toda servidumbre y flaqueza, juzga con justicia las obras humanas. *No la cubrían cabellos, como la de un hombre, ni velo de mujer*: porque no conoce la angustia de enfrentarse a un rival superior para, con fuerza viril, debelarle, ni alberga la languidez femenina cuyo apocado ánimo le arredra ante el adversario.

Aunque parecía más de varón que de mujer: la poderosísima fuerza de Dios es más afín a la reciedumbre viril que a la lánguida flaqueza femenina. *Y contemplarla infundía pánico*: pues pavorosa y temible es esta ira para toda criatura que siente sobrevenir Su venganza.

14. *La Santa Trinidad doblega los espíritus humanos*

Tenía tres alas de prodigiosa amplitud y envergadura, blancas como blancas nubes: es la expansión del indescriptible poder de la

Santa Trinidad que ningún hombre puede aprehender en la amplitud de Su gloria ni en la envergadura de Su potencia, brillante con la grandiosa dulzura y fulgor de la Divinidad, y que doblega, con Su recta venganza, los espíritus humanos, errantes en la diversidad como nubes dispersas.

No enhiestas ni recogidas, sino separadas y enteramente extendidas en derechura, así que la cabeza sobresalía ligeramente: porque la venganza del Señor no se alza con arrogancia alguna, sino que se ciñe, por separado, a cada causa según sus méritos, desplegada en el recto canon conforme al justo juicio de Su castigo. Pero la potencia posible de Dios —cual cabeza de Su venganza— supera en la altura de Su fuerza a las obras humanas, que la Trinidad verdadera no deja impunes: ni las castiga ni las conculca tan duramente como podría.

15. *La ira del Señor derrota al Demonio y al hijo de la perdición*

La primera ala surgía de la mandíbula diestra, desplegada hacia el Aquilón: porque Dios venció, con Su justo juicio, al Demonio y a todo el mal a través de Su Hijo, primero por el ala derecha, la de la salvación. *La segunda —la del medio— tendía de su garganta al Septentrión*: después de la salvación que trajo el Hijo de Dios, como en mitad del camino —cuando ya la fe estaba afianzada y los elegidos habían saboreado su dulzura—, hizo huir, mediante ellos, al enemigo rugiente, y de sus fauces los rescató. *Y la tercera se expandía desde su mandíbula izquierda hacia el Poniente*: porque Satanás, ahuyentado por los elegidos de Dios, será enteramente exterminado en el Hijo de la Perdición[4], por el ala izquierda, la parte de la condenación, cuando ya el mundo derive al ocaso final.

A veces se movían, infundiendo un gran terror, y hostigaban esos territorios: el terrible y formidable escrutinio hecho a toda criatura mueve la ira del Señor a la venganza y allí donde, según el justo juicio, disponga la Divina Majestad, ejecuta Sus sentencias de castigo. Pues dondequiera que el Señor sea temido, amado y honrado con reverencia fiel, se mostrará indulgente y propicio, y no desatará Su venganza; en cambio, escarmentará con pavoroso pero justo látigo a los duros de corazón y a los rebeldes.

4. Véase 2 Tesalonicenses 2.

16. *Los duros de corazón se condenarán*

Así pues, la primera ala de Mi venganza golpea y arroja en el abismo de la perdición a esos hombres, duros de corazón más que pedernal, que, cerrados sus ojos interiores, siempre desprecian Mi justicia y vuelven atrás la mirada de su entendimiento; que antes se adhieren a las apetencias carnales y a las sugestiones del Demonio que al deseo de conocer la justicia verdadera y, ni por admonición Mía ni por exhortación de otros hombres, consienten en apartarse de su iniquidad: así agravian el espíritu de su ciencia, pues es mayor su diligencia en observar y cumplir la ignominia de Satán que Mi justicia. Mira: estos vierten plomo fundido en sus corazones, los apetitos derretidos de su pérfida molicie, que cuajan hasta ser el duro hierro del olvido de Dios; hasta ser como hierro, enconados; y ni por Dios ni por los hombres, ante nadie ni ante sí mismos, mitigarán entonces su iniquidad.

17. *Los elementos claman contra los impenitentes*

Contra estos claman los elementos y las otras criaturas todas, deplorando cuán rebelde a Dios se ha hecho esta vil naturaleza humana en brevísimo tiempo, mientras que ellos siempre cumplen los preceptos del Señor con temor y reverencia. Así que terriblemente braman contra el hombre. ¿Cómo? No es que clamen los elementos con la voz, ni con la ciencia de una criatura racional se quejen, sino que, por su índole, braman con estrépito y fragor, con sobrecogedor espanto lanzan sus aullidos: es así como, con el resto de la creación, concitan el juicio de Dios sobre los hombres, pues mira que estos viven en rebeldía, y aquellos, en cambio, no conocen permanencia ni mudanza si no es según el designio que la Divina Potestad les impuso. Sí, estos duros de corazón atrozmente imitan a Satán que, porfiado en su iniquidad, no quiso someterse a Dios, su Creador, por lo que pereció para toda bienaventuranza, y con él también perecerán cuantos le sigan.

18. *Castigos para cuantos pecan con saña, presunción y a conciencia*

La segunda ala de Mi ira se cierne sobre los coléricos y sobre toda la arrogancia del mal que, consciente y temerariamente, cometen los hombres y que, por vez primera, clamó en la sangre de Abel,

a quien su hermano aborrecía por ser bienamado del Señor al haberle ofrendado sus bienes con buena voluntad; también se alzó en Faraón que, conminado por Mis maravillas y de terror a Mí sobrecogido, dejó marchar, renuente, a Mi pueblo israelita y, cuando furioso quiso de nuevo retenerlo, fue devorado por Mi ira; y se alzó entre aquellos de Mi pueblo que, aun conociéndome y habiendo contemplado Mis prodigios, adoraron a un ídolo en Horeb: rodó, pues, la corona de su cabeza; mira que reputaron corruptible la Ley de Dios, escrita en dos tablas de piedra, y otros preceptos semejantes, por lo que cayeron de su gloria y de su felicidad, y Mi venganza castigó todo esto.

Porque entonces Moisés, siervo Mío lleno de Mi ira, tomó, conforme a Mi voluntad, venganza de este pueblo hostil, tantas veces rebelde a Mí, cuando apremió a Mis elegidos a que mataran «cada uno a su hermano, a su amigo y a su pariente»[5], y, de nuevo, cuando, con ardor, dijo a los jueces de este pueblo que dieran muerte «cada uno a los vuestros que se hayan adherido a Baal de Peor»[6], con lo que Me vengué, suprimida la iniquidad que Me combatía.

19. *La ira del Señor venga las transgresiones de Su justicia*

En Abel amaneció la justicia de Dios; después de él, en medio de todas las malvadas y perversas generaciones siguientes, hubo otros muchos elegidos que recogieron y cultivaron hasta los más sutiles de Mis preceptos, como los hijos de Israel, entre los que se alzaron los llantos y gemidos de cuantos anhelaban la humanidad de Mi Hijo. Y al manifestarse Mi Hijo, a Quien envié, nacido de una Virgen, toda la justicia de la Ley estaba ya horneada y en sazón: hecha dulce y suave manjar para todo el pueblo que creyó en Mí, predicada ya la Verdad por boca de Sus Apóstoles. Así que Mi ira ha vengado, a lo largo de todas estas generaciones, la transgresión deliberada de Mi justicia, y aún la vengará, pues el Dios que era entonces, es también ahora y por siempre permanecerá; así como Mi cólera, que entonces era y que es ahora, perdurará: hasta que no se acaben las naciones y los pueblos, no se habrá cumplido la justicia del Señor, que a toda la cizaña de la iniquidad prende fuego.

5. Éxodo 32,27.
6. Números 25,5.

20. *La ira del Señor caerá sobre quienes abominen de la Iglesia*

Por eso en Mi ira erradico la iniquidad: prosterno a cuantos, como perros, abominan de la Iglesia que en Mí florece, a cuantos, en la furia de su ignominia, escarnecen lo dedicado a Mí o cualesquiera actos de culto que a Mi templo pertenezcan, firmemente erigidos en la prefiguración de Mi siervo Jacob, según viene en las Escrituras:

21. *En el acto de Jacob se prefigura la dedicación de la Iglesia*

«Levantose Jacob de madrugada, y tomando la piedra que se había puesto por cabezal, la erigió como estela y derramó aceite sobre ella. Y llamó a aquel lugar Betel»[7]. Así es, en verdad; se levantó Jacob de madrugada: como amante tempestivo[8] de la justicia verdadera amaneció en el santuario erigido del Señor, al que impuso el nombre apropiado, pues de él iba a nacer el más recto templo, la Virgen María, por la que brillaría el Sol de justicia. Y tomó la piedra que, como símbolo del altar, había puesto bajo la parte superior de su cabeza, que es Cristo, para que en nombre de Aquel que es la piedra verdadera fuese santificada y llamada santa, porque toda consagración de un altar está bajo la potestad de Dios Omnipotente, Cabeza de todos los fieles; y la erigió como estela del Libro de la Vida, como efigie del sublime Aroma de la Jerusalén Celestial: pues igual que Cristo es la Cabeza de Sus miembros en la Jerusalén eterna, todo altar consagrado es la parte más excelsa de Su templo, rociado con el óleo, señal del crisma: la efusión de la gracia de Dios Omnipotente en el santo bautismo. Y llamó a este lugar santificado Morada y Templo de Dios, según el nombre de la ciudad celestial Jerusalén: Templo vivo del Dios Vivo.

22. *La piedra ungida es señal del templo*

Según este ejemplo y su significado, cuando se edifique un templo en Mi nombre, deberá erigirse una piedra, señalando con ella el Santuario, porque Yo soy la firme roca, fundamento de toda la justicia y la ley de los cristianos. Y allí donde hubiera un lugar santifica-

7. Génesis 28,18-19.
8. «Tempestivo» tiene, aquí, el sentido de «primero en la mañana», en consonancia con el valor místico del «día». (*N. de los T.*)

do en que vaya a inmolarse el cuerpo de Mi Hijo, quiero, pues soy la fortaleza veraz, que haya una piedra ungida con Mi nombre, incluso si algo impidiera levantar allí un templo, porque Mi siervo Jacob erigió, en su prefiguración, una piedra en Mi nombre, como se ha dicho, ya que Mi Hijo Se encarnaría de su estirpe.

23. *La edificación del templo no debe ser en vano*

En un templo dedicado a Mí no debe faltar el esfuerzo humano por cuya causa se ha edificado: el trabajo del pueblo que está a su servicio, como tampoco la Jerusalén Celestial, cuya cabeza es Cristo, desea que falte Su justicia, y siempre contempla las fatigas de sus hijos, a los que recibirá en Dios. ¿Por qué? Para que se libren de la servidumbre al Demonio, dominando las apetencias propias de la carne, y luchen contra sí mismos en la renuncia de sus bienes terrenales por amor de los celestiales, no disfrutándolos todos, sino separando una parte a fin de ofrecérsela a Dios en Su honor, según anticipó también Mi siervo Jacob al instituir el diezmo de todos sus bienes cuando dijo, como de nuevo está escrito:

24. *Cómo y por qué ofreció Jacob el diezmo de todos sus bienes*

«Y de todo lo que me dieres, te pagaré el diezmo»[9]. Así es, en verdad: de todo lo que me dieres, Te ofreceré la décima parte, pues esta es Tu Ley; primero en mi alma, oh mi Señor, de ella segaré mi propia voluntad, Tu justicia contra mí Te ofreceré; y después, la décima parte de cuanto poseo en esta tierra. ¿Qué quiere decir esto? Todo hombre fiel, que pertenece al décimo orden de los ciudadanos celestiales, debe entregar siempre a Mi templo la décima parte de sus riquezas por aquella restitución merced a la que se cuenta en el décimo número de los elegidos: los que habitan en la ciencia de Dios y pertenecen al Templo verdadero, la Jerusalén Celestial.

25. *Ay de aquellos que profanen el templo*

Pero ay de los que, olvidado el temor de Mí, por el desenfreno de su iniquidad destruyan los templos consagrados en Mi nombre; ay de los que profanen su dedicación, fundada según el ejemplo de Jacob, mancillando los lugares santificados sea con sangre de homi-

9. Génesis 28,22.

cidio, sea con la impureza del semen derramado en el adulterio o en la fornicación; ay de cuantos, en el supremo sacrificio, omitan la consagración de los antiguos padres, oficiando sin la piedra signada que Jacob erigió en su prefiguración; ay de los que quebranten la justicia por Mí establecida en los diezmos o en los bienes de Mi templo; ¡ay de vosotros, miserables! ¡Oh ruina y maldición! ¡Malhadados los que tan vergonzosamente se engañan! Cuán abyectos ante los ojos de Mi majestad, indiferentes a Mis instituciones, que provienen todas de la antigua Ley. Mira que del Antiguo Testamento surge la Nueva Ley en Mi Hijo, según la misericordia de la gracia; y toda la justicia de la Ley y de los profetas, que era menor, en Él se multiplicó; sí, en Él, en Quien se manifestaron diáfanamente, en justicia plena, todos los signos que los primeros padres anunciaron entre penumbras místicas.

26. *De quien distribuya los bienes de la Iglesia a los depravados*

A los que todo esto escarnezcan, a cuantos desprecien el pan de vida hecho de los dos Testamentos y, hollándolo como barro, lo repartan a los perros, a los cerdos y a otras bestias, que son los hombres depravados, y lo consagren a sus costumbres paganas, a su vana ignorancia en vez de a Mí, Dios Omnipotente, y dispongan de ello en beneficio propio, conforme a su voluntad, a todos estos y a su estirpe también Yo los escarneceré: los arrojaré de lo sublime a lo ínfimo, y de la riqueza a la pobreza, en la venganza de Mi ira.

27. *La venganza de Dios golpea a los creyentes y a los impíos*

La tercera ala de Mi venganza fustiga a los que creen y a los que no creen en sus actos impíos e inicuos. Golpea a los creyentes que, por propia voluntad, no hacen obras buenas y justas, esos que ven ciertamente la fe y conocen la justicia del Señor y, sin embargo, se sientan en la noche del mal, como necios gimen tras las lóbregas sombras del oprobio y de perfidia querrían embriagarse, afán que Dios no les deja cumplir conforme a sus deseos: con Su venganza lo siega de ellos, mientras obnubilados por tinieblas Le olvidan, alejándose gozosos de Él.

Y a los incrédulos golpea en su infidelidad, de su ignominia los despoja con el escarmiento de Su venganza, pues no les deja cometer el mal que gustosamente harían; por eso el maligno Satanás, de-

rrotado por la bienaventuranza de los fieles que resplandecen ante los ojos del Señor, querría en su maldad atraerlos a las tinieblas de la muerte, pero no tiene más poder del que le cedan en sus obras.

28. *La ira del Señor contra los engreídos*

Hay otra índole de hombres sobre la tierra: aquellos cuya fortuna radica en un espíritu sensato; sabios para recordar al Señor conforme a su voluntad, ilustrados con la ciencia sus sentidos; mas por eso mismo se engríen, se jactan de tener la sabiduría, haciendo cuanto se les ocurre, mezclando la justicia con la iniquidad; pero cuán necia es esta sabiduría suya: se creen tan pletóricos y perfectos como para poseer, abarcar y conseguir la plenitud de sus deseos, según lo que les dicte su arbitrio.

Y mientras traman alzar sus alas, por su poder, sobre las provincias, ciudades y otras regiones y dominios cuyo mando ostentan, sin querer ponderar la inteligencia de sus actos en la mirada de Dios, caerán en desgracia, serán aventados ante la faz del Señor, por la impiedad y desafuero con que antes juzgaron, deliberadamente ignorantes del temor de Dios.

Mi cólera hará de ellos gran lamento y llanto de quejumbrosas voces ante el pueblo todo cuando, llegado el tiempo, vean y escuchen el juicio de su iniquidad; entonces, algunos de ellos aún vivirán en este mundo, en medio de insoportables quebrantos y muchas privaciones; otros, en cambio, aciaga muerte sufrirán, agonizando entre pesares sin fin. Y con esta mudanza de sinos, castiga y aniquila Mi ira toda injusticia, pues está contra Mí.

29. *La ira del Señor, inmutable y firme potestad del justo juicio*

No escuchaste a esta cabeza proferir palabra alguna, mas permanecía inmóvil, agitando, de cuando en cuando, sus alas allí donde se cernían, como se ha referido ya: no hay, en la ira del Señor, clamor de voz que amenace y con soberbia se alce, mas inmutable permanece en la potestad de Su fortaleza y de Su justo juicio; con Su venganza se cierne sobre la furia de los actos cometidos sin temor de Dios, según lo merezcan los ofusca y aplasta, conforme a la envergadura del castigo que dicte Su juicio los escarmienta, como te ha sido demostrado, oh hombre, en esta revelación verdadera. Y pues Dios es justo, conviene que toda injusticia sea examinada por contraposición a lo justo,

porque el Señor conoce bien la encrucijada que hay en la ciencia humana.

30. *La encrucijada de la ciencia humana*

La ciencia humana es como un espejo en el que se ocultan los deseos del que quiere el bien o el mal. Y el hombre, ante esta encrucijada, se orientará, por su voluntad, al camino que prefiera. Quien elija el bien, abrazándolo con las obras de la fe, merced a la ayuda del Señor, recibirá la recompensa de la bienaventuranza y será ensalzado, porque despreció el mal y cumplió el bien. Pero quien se incline al mal, devorándolo con su perfidia, bajo el hechizo del Demonio, incurrirá, para desdicha suya, en las penas que, por justicia, merece, porque rechazó el bien y cometió el mal. Confíate, pues, oh hombre, al Señor con gran devoción y humildad, llevando a cabo fielmente tu salvación, que del Sumo Bien dimana, para que exulte tu alma en la santidad interior, pues con el temblor[10] que la encauza en el buen designio y en el recto empeño sirve a su Creador. ¿Cómo?

31. *El miedo, el temor y el temblor, para cumplir la justicia*

El miedo, que es el principio de la angustia, engendra el temor, y el temor suscita el temblor: mediante ellos obrará el hombre la justicia. ¿Cómo? Si el hombre empieza a angustiarse, lleno de miedo, es porque, merced al don del Espíritu Santo, posee el sentido de la razón, por lo que no puede, en modo alguno, negar que conozca a Dios, y esta ciencia que tiene de Dios le suscita el temor: comienza a temer en armonía con todo cuanto es de Dios. Y si subsiste con fervor en este conocimiento de Dios, la ardiente gracia en Cristo volverá a estremecerle, exhortándole a que tiemble para que, amedrentado por la compunción, cumpla fielmente la justicia de Dios.

32. *La razón humana y la ardiente gracia en Cristo*

Ahora pues, oh hombres, escuchad y aprended: ¿de dónde procede todo esto y qué significa? Dios es Quien obra en vosotros el

10. Literalmente *concussio*, entendiéndose por ello el estremecimiento que denota el paso de uno a otro de los estados del ánimo expresados en el punto siguiente —miedo, temor y temblor—. (*N. de los T.*)

bien. ¿Cómo? Él os hizo de forma que Le sintáis, a través de la razón, en las obras que cumplís sabiamente, con discernimiento. Mira: los animales irracionales llevan a cabo todos sus actos sin entendimiento ni sabiduría, sin discreción ni pudor; no conocen a Dios, pues son irracionales, sino que sólo Le sienten, porque son Sus criaturas. Pero el animal racional, que es el hombre, posee entendimiento y sabiduría, discreción y pudor en sus obras porque las cumple con la razón: y esta es la raíz primordial que la gracia de Dios plantó en todos los hombres, despertados a la vida con el alma. Luego estos talentos medran en la razón para que, conociendo mediante ellos a Dios, deseen los hombres lo que es justo. Por tanto, en la buena voluntad del hombre germina la tarea plena y próspera que emprende en su Salvador —el Hijo de Dios, por Quien el Padre hace todas Sus obras en el Espíritu Santo— y se halla iluminada y alentada, sin cesar, por la ígnea gracia que le ha sido dada por Jesucristo.

33. *Nadie debe excusar su pecado murmurando contra su Creador*

Cumple, pues, oh hombre, las obras de justicia con el gozo del Espíritu Santo sin zozobrar entre perversos murmullos, sin decir que te falta algo de todo esto: la raíz primordial plantada en el hombre por don de Dios, o la ardiente gracia del Espíritu Santo que vivifica nuevamente esa raíz con Su admonición; no sucumbas con perfidia y, habiendo obrado por un ímpetu reprensible, te desazones, como si tu raíz interior careciera de algo: después de tu caída, sumido en la necesidad, no murmures, diciendo en tu corazón: «Ay, ay qué he hecho, que no he podido prever mis obras en Dios». Y camina sin la carga de la impiedad para que no desconfíes del Señor al obrar, pues si en Él te mantienes firme, no habrás de lamentar con sollozos tu caída en la culpa.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Sexta visión

EL MURO DE LA ANTIGUA ALIANZA

Después vi el muro emplazado entre el ángulo septentrional y el occidental del mencionado edificio; su parte interna la formaba una arquería, igual que una cancela[1]*, pero de arcos ciegos, y en cada uno de ellos figuraba como el retrato de un hombre. En la parte externa de este muro vi dos muros menores, cuya longitud equivalía a la distancia que mediaba entre el ángulo septentrional y el occidental, unidos a estos ángulos en cada extremo, al modo de una bóveda. La altura de ambos muros menores era de tres codos. El espacio entre el muro interior de arquería y el del medio era de un codo, y entre este y el exterior, de un palmo, como el de la mano de un niño.*

Dentro del edificio vi, de pie sobre su suelo, seis imágenes ante el referido muro de arquería; tres de ellas estaban juntas al frente del muro, cerca del ángulo que miraba al Septentrión; las otras tres, también juntas, se encontraban al final del muro, próximas al ángulo occidental; y todas contemplaban los retratos pintados en los arcos del muro.

Y en el mismo extremo de este muro vi, dentro del edificio, otra imagen, sentada en una piedra puesta a modo de asiento sobre el suelo; inclinaba su lado derecho hacia el muro y volvía su rostro hacia la columna de la Trinidad verdadera. Pero vi, todavía, otra imagen, en ese extremo, de pie sobre el muro, en un lugar más alto, que también miraba hacia la columna de la Trinidad verdadera.

En todas estas imágenes descubrí las siguientes semejanzas: iban vestidas, como las anteriores, con ropajes de seda y calzado blanco, excepto la que se hallaba a la derecha en el trío que vi al final del

1. Iconostasio (*N. de los T.*)

muro, figura de tal pureza y claridad, que no me fue posible distinguir bien su forma, entre su inmenso fulgor, y excepto la que estaba sobre el muro, según se ha dicho, que iba calzada de negro. Pero ninguna vestía manto, salvo la del medio del primer trío —situado al principio del muro— que llevaba una capa.

Había dos de este mismo primer trío —las que estaban a la derecha y a la izquierda de la del medio— y dos del segundo trío —la del medio y la de su izquierda— que no llevaban velo de mujer, descubiertos sus blancos cabellos. La del medio del primer trío y la que se sentaba sobre una piedra junto al muro cubrían, en cambio, sus cabezas con blancos velos, como suelen las mujeres. Y, en el primer trío, la del medio y la de su derecha vestían túnicas blancas. Pero también vi las siguientes diferencias entre ellas:

La imagen del medio, en el primer trío, llevaba sobre su cabeza, a modo de corona, un círculo amarillo con la inscripción «Siempre ardiendo» grabada en su parte derecha. Y vi volar, a su diestra, una paloma que exhalaba de su pico la misma leyenda.

Y esta imagen decía:

1. *Palabras de la templanza*

«Mira: de la misericordia que mis entrañas llena, mana un arroyo que no ocultará la riqueza ni el oro, las piedras preciosas ni las perlas, a los pobres y menesterosos, a cuantos lloran porque nada tienen. Les consolaré, siempre seré el alivio de su pobreza por amor del Hijo de Dios, que es dulce y manso, que Sus bienes reparte entre las almas de los justos y restaña las heridas de sus pecados por la penitencia».

La otra imagen, que estaba a su derecha, tenía sobre su pecho un león que fulguraba igual que un espejo, y de su cuello pendía hasta su pecho una serpiente de pálido color como enroscada en torno a una vara.

Y dijo:

2. *Palabras de la generosidad*

«Miro al león fulgurante y, por su amor, doy[2]. De la serpiente abrasadora huyo, pero en la serpiente que pende del mástil mis ojos pongo»[3].

2. Apocalipsis 5,5.
3. Números 21,6-9.

La tercera imagen, que estaba a la izquierda, vestía una túnica de un rojo intenso como el jacinto. En su pecho había un ángel, con un ala a cada lado: su ala diestra se extendía hasta el hombro derecho de la imagen, y el ala izquierda, hasta el hombro izquierdo.

Y esta imagen habló así:

3. *Palabras de la piedad*

«En compañía de los ángeles voy, no quiero caminar con los hipócritas fingidores, sino exultar en el ágape de los justos».

La imagen que se hallaba en medio del segundo trío vestía una túnica color azafrán. Una blanquísima paloma, posada en su hombro derecho, exhalaba su aliento con el pico en el oído derecho de la imagen. En su pecho aparecía una cabeza humana monstruosa y deforme. Yacían bajo sus pies una especie de hombres, hollados y aplastados por ella. En sus manos sostenía una carta desplegada y, en la parte que daba al cielo, había escritas siete líneas que quise leer pero no pude.

Y dijo:

4. *Palabras de la verdad*

«Quiero ser la vara del amargo castigo, el látigo contra ese mentiroso, hijo del Demonio: que el Demonio es el perseguidor de la inefable justicia de Dios. Soy, pues, su adversaria, su antagonista soy, nunca me encontraréis en su boca, así como a él lo escupo de la mía cual mortífero veneno, ¡que jamás me apresó su astucia! Él es para mí el mal más aciago y hostil de todos los males: padre de la maldad misma es. He aquí que, por eso, lo derribo, con la justicia del Señor lo aplasto, justicia digna de amor, eterna bienamada mía, bienamada sin fin, pues soy su trabazón, soy su báculo, sobre mí se afianzará y subsistirá la morada que las virtudes de Dios levantan al Cielo. ¡Oh Todopoderoso Señor, lleno de gloria, escúchame!».

La otra imagen, que estaba a su derecha, tenía semblante de ángel y, a cada lado, un ala voladora; su figura, en cambio, era humana, como las demás virtudes.

Y habló así:

5. *Palabras de la paz*

«Los ataques del Demonio rechazo, que se alza contra mí diciendo pertinaz: "No soportaré tribulación, ¡lejos de mí, adversidad! Que a nada temo, pues ¿a quién he de temer? Yo, que temor no conozco". Pero los que esta ignominia proclamen serán, por mí, aventados: mira que fui suscitada para la eterna alegría, para exultar sin fin, desbordante de bienes, pues el Señor Jesús es reposo y consuelo de todo dolor: Él mismo llevó en Su cuerpo el quebranto.

»Y porque Él es la reparación justa, a Él unirme quiero, llevarlo en mí siempre: apartar de mí el odio, la envidia, todo mal. ¡Alegre mi faz en Tu justicia estaré, Señor!».

La tercera imagen, que se hallaba a su izquierda, vestía una túnica blanca con matices verdes. Portaba en sus manos un pequeño vaso de pálido esplendor que irradiaba de dentro mucha luz como un relámpago, luz que reverberaba en el semblante y en torno al cuello de esta imagen.

Y así dijo:

6. *Palabras de la bienaventuranza*

«Feliz soy: hermosa y radiante me hizo Jesucristo el Señor y así me suscitó, porque huyo del mortal consejo del Demonio que siempre ronda la desdicha: rechazar a Dios y atraerse al Diablo con el mal. A Satanás esquivo, de mí lo aparto; siempre lo juzgo agravio en mi camino, yo, que suspiro en pos del Amante al que eternamente abrazaré, con Quien exultaré en todo y sobre todo».

La figura que, al final del muro, se sentaba sobre una piedra, vestía una túnica negra. En su hombro derecho portaba una pequeña cruz con la imagen de Jesucristo, que volvía a un lado y a otro. Y, como bajando de las nubes, brillaba en su pecho un esplendor de prodigiosa claridad, que se dividía en muchos rayos, como la luz del sol cuando relumbra a través de un objeto lleno de minúsculos agujeros. En su mano derecha llevaba un pequeño tallo, a guisa de abanico, en cuya parte superior habían brotado, maravillosamente, tres vástagos con una flor. Tenía en su regazo minúsculas piedrecillas, muestra de todas las gemas, que contemplaba con mucha solicitud y aprecio, como suele el mercader velar por sus mercaderías.

Y así habló:

7. *Palabras de la discreción*

«Yo, madre de las virtudes, en todo cuanto existe observo la justicia del Señor. Y en la lucha espiritual y en el estrépito del mundo, dentro de mi conciencia siempre aguardo a mi Dios. No condeno, no escarnezco, no desprecio a los reyes, ni a los duques, a los condes ni a los demás magisterios seculares, fundados por el Creador de todo. ¿Acaso es lícito que la ceniza desprecie a la ceniza? El Hijo de Dios crucificado se dirigió a todos, a todos exhortó con Su justicia y misericordia. Guardaré, pues, cuanto ha ordenado y fundado, según Su voluntad».

La imagen que, en el mismo extremo, estaba sobre el muro, llevaba la cabeza descubierta, negros y rizados cabellos, y oscuro semblante. Vestía una túnica entretejida de muchos colores. Y vi cómo, despojándose de la túnica y los zapatos, quedó desnuda. Y de pronto sus cabellos y su rostro resplandecieron con la belleza de una nueva alborada, igual que un recién nacido, y ya todo su cuerpo rutilaba, como un esplendor diáfano y puro relumbra en su halo. Entonces vi en su pecho una cruz fulgurante con la imagen de Jesucristo sobre un arbusto entre dos flores, lirio y rosa, que se curvaban un poco hacia la cruz en lo alto. También vi cómo sacudía con fuerza la túnica y los zapatos que se había quitado, arrojando de ellos una nube de polvo.

Y así dijo:

8. *Palabras de la salvación de las almas*

«Me desnudo del Antiguo Testamento y me revisto del noble Hijo de Dios con Su justicia en la santidad y en la verdad. Pues en el bien me he renovado y de los vicios me despojo. Así que Tú, mi Señor, de los pecados de mi juventud no te acuerdes, no me condenes por mis pecados»[4].

Y mientras, absorta, contemplaba todo esto, el que está sentado en el trono me dijo de nuevo:

9. *Todo fiel debe someterse a la autoridad humana*

Que ningún fiel que quiera obedecer humildemente a Dios dude en someterse a la autoridad humana; porque, para eficacia y bien de los vivos, ha sido dispuesto, a través del Espíritu Santo, un magiste-

4. Salmos 25 (24),7 y Tobías 3,3.

rio sobre el pueblo, que se mantiene en las observancias de la Iglesia y ha de ser fiel y firmemente guardado, tal como se prefiguró en la Antigua Alianza.

Así pues, has visto *el muro emplazado entre el ángulo septentrional y el occidental del mencionado edificio; su parte interna la formaba una arquería, igual que una cancela, pero de arcos ciegos,* porque desde el ángulo septentrional —desde el combate de Abraham y Moisés contra el Demonio— hasta el ángulo occidental —la Trinidad verdadera, que fue revelada a plena luz en la verdadera fe católica cuando Dios Padre envió a Su Hijo al mundo, hacia el fin de los tiempos, para que difundiera a raudales Su doctrina— hay un muro: el pueblo de los israelitas, establecidos bajo la Ley de la justicia de Dios, que construyeron el edificio de la bondad del Padre Omnipotente, sometidos al Antiguo Testamento y por él unidos; porque, después de manifestada la austeridad que la ira de Dios impuso mediante las instituciones de la antigua Alianza, se anunció el magisterio de las nuevas autoridades.

El Antiguo Testamento perduró hasta el Nuevo, y de su semilla germinaron los preceptos de la ley del Nuevo Testamento, superiores a cuantos habían nacido primero en aquel; y así, de lo menor floreció lo mayor: de la doctrina menor de los antiguos preceptos nació la doctrina mayor y más amplia de los nuevos. Porque el Antiguo Testamento era sólo como el primer fundamento, sobre el cual se edificó la sabiduría más profunda de toda la doctrina revelada en la Encarnación del Hijo de Dios; y perduró desde la antigua ley de la circuncisión hasta el nuevo precepto del bautismo, que está engalanado con los mandamientos mayores.

10. *Lo oculto bajo la dureza de la Ley, revelado en la Encarnación*

Este muro —el pueblo judío en el ámbito interior, espiritual, de su entendimiento, en el que el alma humana conoce a Dios— está enteramente cubierto de arcos: rodeado y protegido por los signos de la enseñanza de sus precursores, que proclamaron y les revelaron los preceptos de la Ley de Dios —como los hombres menores suelen escudarse detrás de hombres mayores y más excelsos—; lo que semeja la arquitectura de una cancela: prefiguración del Espíritu Santo, que atravesó la dureza de las escrituras con la Encarnación del Hijo de Dios, Quien abrió plenamente las cancelas de Su misericordia a cuantos Le imploraron. Pero el muro estaba cerrado *—era de arcos ciegos—*, pues la iluminación del Espíritu Santo, guardián de las

puertas, aún no lo había abierto —el entendimiento espiritual no se desnudó de la vieja Ley—, como hará, después, en las cancelas de la misericordia —el Hijo del Altísimo manifestado en la carne—, sino que permaneció sellado bajo la dureza de los preceptos de la Ley, que luego el Espíritu Santo llenaría de luz en la fuente de aguas vivas.

11. *El hombre que desempeñe el magisterio representa a Dios*

En cada uno de los arcos figuraba como el retrato de un hombre: pues así como estos retratos muestran imágenes de hombres, aquel que se encuentre en el arco triunfal —la dignidad del magisterio— representa a Dios. ¿Cómo? Porque la gracia de Dios ha puesto la sabiduría más profunda y esencial en la boca del raciocinio humano para que un hombre desempeñe, en nombre del Altísimo, el oficio del magisterio, con la exigencia de Su justicia y misericordia.

12. *En los asuntos mundanos hay hombres más poderosos que otros*

En la parte externa de este muro viste dos muros menores: en los asuntos mundanos —exteriores—, allende el magisterio espiritual, el pueblo se halla distribuido en dos ámbitos distintos —los más poderosos y los que lo son menos—, establecidos por precepto de Dios como en dos muros. Los del muro externo son de mayor abolengo por la fortaleza del poder secular, que ejercen según Mi disposición; los del muro medio son los menos poderosos, que permanecen bajo la potestad de las dignidades espirituales y seculares, situados como entre los arcos del muro interno —el magisterio espiritual— y el muro externo —el poder secular, como se ha dicho—. Así que ambos muros se encuentran allende el ámbito del muro interior de arquería, porque las autoridades seculares, en los asuntos terrenales, tienen más de exterior que de interior, aunque también están en la viña que Yo he plantado. ¿Cómo?

13. *A través de lo exterior puede comprenderse lo interior*

A través de lo exterior puede comprenderse lo interior, pues así como adviertes, por la dignidad visible y elevada de un hombre, que ha de ser temido, honrado y amado, con el mismo razonamiento entenderás cómo el Dios invisible y altísimo debe ser temido, vene-

rado y amado sobre todas las cosas. Sí, a través de la dominación exterior, secular, se previene al hombre sobre la potestad interior, espiritual, de la Majestad Divina, tan recóndita y oculta a los mortales que no pueden verla con los ojos de su carne, salvo cuanto vislumbren con la fe. Y por cuanto Dios es invisible para toda criatura perecedera, que el hombre aprenda, al menos mediante un magisterio visible, a temer y venerar al Altísimo que instituyó ese rango. ¿Cómo?

14. *Por qué permite Dios que unos prevalezcan y otros no*

La inspiración divina infundió en los hombres, mediante su raciocinio, la noción de que, en un orden cabal de los pueblos, los grandes deben dominar, y ser temidos y honrados por ellos. Pues Dios permitió que unos prevalecieran y otros fueran subyugados para que los hombres, así distribuidos, no se mataran entre ellos y perecieran; mira que, de otro modo, permanecerían ociosos, sin saber cómo llegar al conocimiento de Dios por no haberlo aprendido al temer y honrar a otros hombres.

Así hizo el Espíritu Santo al guiar al pueblo a la ley interior del espíritu, con la que sería gobernado el hombre, interior y exteriormente, hasta que brotó el Manantial de agua viva, raudal que vino al mundo con la plenitud de la justicia, para regir a un mismo tiempo el cuerpo y el alma. Por tanto, la tutela del poder secular ha sido establecida a fin de procurar el provecho de lo terreno: que el cuerpo encuentre alimento y no desfallezca; y el magisterio espiritual, para avivar el anhelo interior de llegar a servir a Dios: que el alma suspire en pos de lo celestial. Yo he fundado uno y otro conforme a Mi designio, como dijo Isaac a su hijo Jacob:

15. *Palabras de Isaac a Jacob*

«Sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre»[5]. Así es, en verdad: sé señor de tus hermanos, prevalece sobre ellos en honores y dichas, bendito seas con las bendiciones que Dios me ha dado; adórente todos los hijos de tu madre y su posteridad, sírvante porque eres bendito entre todos. Sí, de ti saldrá una gran estirpe de la que surgirá el varón más poderoso y fuerte, a quien sus hermanos

5. Génesis 27,29.

perseguirán y desterrarán; pero él, raudo con la fuerza de un león, se librará de ellos, los subyugará con su prodigioso dominio, los abatirá en nombre de su poder, que jamás será segado como un junco vil, sino que sus hermanos estarán a su zaga[6].

Así, también Yo, Padre Celestial, dije a Mi Hijo Encarnado: «Sé Señor de todos los que nazcan germinados de semilla humana, a los que he creado a través de Ti; porque eres nacido de Virgen, milagrosamente, sin siembra de varón concebido, mas saliste de Mí por el ardiente fuego, venido a la tierra como Hombre verdadero, cerrado el sello de la Virgen inmaculada y purísima.

»Eres, pues, por la suprema claridad divina, Señor de estos, hermanos tuyos por Tu encarnación en hombre. Adórente, sírvante todos los hijos de Tu madre que es Tu encarnación; obséquiente con piadosa devoción, a Ti sometidos, todos los nacidos de los hombres».

Y pues el Hijo de Dios es Señor de todas las criaturas, también por Él, en la voluntad del Padre y en el aliento del Espíritu Santo, fue establecido el orden de las distintas potestades en el mundo. ¿Cómo? Dios segó la desmesura y la jactancia por la que los pueblos no se honraban unos a otros, así que cada cual haría su antojo si Dios, con la inconmensurable sabiduría de Su designio, no lo hubiera impedido, pues separó a unos hombres de otros: a unos, los menos grandes, impuso el deber de la obediencia y la sumisión a los más poderosos; a otros, los superiores, el ayudar con todos los recursos del poder, con destreza y afecto, a sus sometidos; igual que Jacob recibió de su padre, por inspiración del Espíritu Santo, el derecho a ser señor de sus hermanos, como se ha dicho.

16. *Hay tres órdenes: gobernantes, hombres libres y siervos*

Pero en esas palabras con que lo nombra señor, se demuestra esto: en los asuntos terrenales hay un hombre preeminente que, habiendo de gobernar la libertad de otros, por su potestad exonera de los vínculos de servidumbre a los que le tributan honores porque le temen y, sin oprimirlos, los tiene con afecto por hermanos.

En cambio, cuando se dice que han de adorarle, se indica el yugo de los siervos, de aquellos que, por el vínculo de la servidum-

6. Antiguamente «cola», «junco» y «caña», como ya dijimos, eran expresiones populares que designaban a los siervos y súbditos (a veces, también a los falsos profetas); véase Isaías 9,13-14: «va a cortar Yahveh cabeza y cola de Israel». Este pasaje del texto parece alusión al rey David; véase Eclesiástico 47,7 y 11, donde dice que «exaltó su cuerno para siempre». Véase, asimismo, el primer libro de Samuel, cuando es perseguido. (*N. de los T.*)

bre, están sometidos a su señor, que los tiene, bajo tutela carnal, como hijos según la carne.

Pero después de que Jacob arrebatara este dominio a su hermano, suplantándole en la bendición paterna, instituyó —por la piedra que erigió como estela y el diezmo que hizo voto de ofrendar, según se ha referido ya— la celebridad celestial, designando la dignidad preeminente de la milicia espiritual. Porque cada fiel debe ascender desde el grado más bajo hacia la cima: llegar a conocer, mediante el poder secular, el supremo magisterio de la Luz más diáfana, de la vida espiritual, en que el oficio del adalid se cumple según el camino del Cordero Inmaculado, que elevó al género humano con la plenitud y bondad de toda la justicia, pues levantó al hombre, postrado bajo las insidias del malvado asechador.

17. *Hay cuatro rangos de espirituales y laicos*

Estas dos categorías, orientadas a lo terrenal y a lo celestial, se dividen cada una en cuatro rangos; porque el Señor infundió en los hombres la inmensa fuerza de la ciencia racional para que, por iluminación del Espíritu Santo, ellos mismos discernieran esos cuatro rangos a imagen de los cuatro elementos, acrecentando las dos categorías mencionadas, cosa que ni desdeño ni desprecio; porque quien, en Mi nombre, multiplique lo menor, digno será de merced y no de rechazo; y hay establecidos, pues, cuatro rangos, tanto en las fatigas seculares como en las instituciones espirituales. ¿Cómo? En los asuntos seculares hay nobles y próceres, siervos y vasallos. En el sacramento espiritual están los prelados y superiores, los que obedecen y los que reprenden.

18. *No deberá usurparse una dignidad espiritual o secular*

Pero no quiero, en modo alguno, que estos oficios, fundados según Mi designio, sean arrebatados y, como objeto de rapiña, furtivamente vendidos y comprados, antes bien, deseo sean asignados por una causa razonable para que cuantos los reciban sean útiles a Dios y a los hombres. Pero ¡ay!, algunos escorpiones venenosos quebrantan Mi justicia y, con la mortal ponzoña de su avaricia y soberbia, los arrebatan, no sólo entre los rangos seglares, sino también entre los espirituales.

Y si el pillaje de las dignidades seculares —en que lo terrenal se

pondera con lo terrenal— ha de ser duramente juzgado por la encendida cólera de Dios, en la rapiña de lo espiritual es mayor el peso, y el contrapeso que exigirá su expiación en la balanza de justicia será también mayor. Porque los seglares son, en lo externo, carne de la carne; pero los espirituales están unidos, en lo interior, al espíritu. Y, aun cuando los seglares se ocupen de lo externo y tengan bajo su tutela lo terrenal, también deben, dentro de ese mismo ámbito, aspirar a las cosas interiores del espíritu en su gobierno. Pero los espirituales, que se hallan en el feudo de la religión y la renuncia a lo mundano, arraigados, interiormente, en el corazón del Padre Omnipotente, con mayor razón deben, en nombre de lo espiritual, imitar con fervor el Sumo Sacerdocio del Hijo de Dios; porque así como el Hijo salió del corazón de Su Padre, también el Padre ha puesto junto a Sí, mediante Su Hijo, a cuantos sirven en Su magisterio, situados en tan insigne rango para utilidad de la Iglesia, y unidos a Dios con las rectas obras. ¿Cómo?

19. *Sobre los que son dignos de entrar a Mi servicio*

Los que en la contrición acendren sus corazones y, maduro su entendimiento, tengan buena conciencia, lo cual es diáfano a Mis ojos, así que no codicien injusta y malvadamente un magisterio, ni lo procuren por las artes diabólicas, ni lo obtengan con dinero o poderes seculares, ni busquen, pues, mediante él, las frívolas palabras de alabanza humana, sino que lo reciban humildemente, por verdadera elección Mía y del pueblo: estos son Mis legítimos custodios, bienamados y fieles amigos Míos.

20. *Quienes obtengan un cargo con artimañas serán castigados*

Pero los que caminan hacia atrás y lo obtienen al contrario, con celadas en las sombras, arrebatando con argucias seculares y mundanas los misterios celestiales, esos que huyen ante Mi faz, que ingratamente aniquilan sus almas, Me escarnecen, pues reniegan de Mí, contra Mi voluntad se sublevan. ¿Cómo?

Porque, al despreciarme, no desean obtener la potestad del magisterio a través de Mí, elevándome los ojos interiores de su corazón y diciendo: «¿Placerá esto al Señor o no?»; sino que cada uno de ellos murmura para sí: «Aunque esto sea malo ante Dios, lo aceptaré, seguro en el Señor; que tiempo tengo de hacer penitencia mientras dure

mi vida»; y así consiguen el magisterio sin Mí, Dios vivo, sin pedírmelo, sin confiar en alcanzarlo por Mi voluntad, mas con su codicia huyen ante Mi faz usurpándolo, náufragos de Mi misericordia.

Estos no habitan en el corazón del Padre Supremo, sino que están fuera, allá en el Aquilón, príncipe de sus afanes; sin querer buscarme a Mí, Creador de todo, sino a su propia voluntad, que por Dios suplantan: a ella la sirven, a Mí Me abandonan. Y como no quieren conocerme, tampoco Yo a ellos. Sus apetencias les dictan sus designios. Y como se niegan a temerme, también Yo Me niego a hacerles frente, ahora, con el terror de Mi ira, hasta que sean aventados cuando llegue el día en que ya nunca más prevalecerán; porque, como ya he anunciado, o bien los venceré en esta vida, o bien responderán, en el terrible juicio venidero, de cuanto han hecho: que Me conocieron en la fe, pero no quisieron mirarme en sus obras.

21. *Durante el tiempo de los hombres, habrá diferencias entre ellos*

Ahora bien, según viste, *la longitud de los dos muros menores equivalía a la distancia que mediaba entre el ángulo septentrional y el occidental*: al formarse los pueblos mayores y menores a lo largo del tiempo de los hombres —desde Abraham y Moisés, desde el Septentrión, hasta la manifestación de la fe universal en la Trinidad verdadera, que Mi Hijo enseñó cuando Le envié al mundo en el Ocaso—, surgieron bajo Mi Ley los pueblos y sus superiores, sus maestros: germen precursor y ejemplo del pueblo del Nuevo Testimonio, que se despliegan desde los días de Mi ira hasta el advenimiento de Mi Hijo, nacido en la carne; igual que hubo, hay y habrá siempre diferencias entre los hombres interiores y exteriores, entre espirituales y seglares, entre mayores y menores.

Se unían a estos ángulos en cada extremo, al modo de una bóveda: pues los pueblos se hallan unidos tanto al Antiguo como al Nuevo Testamento desde el principio de cada uno, en el honor y el magisterio, a semejanza de una bóveda: bien trabados y dignamente afianzados bajo la autoridad de la Divina Providencia para levantar el Templo de la Jerusalén Celestial.

22. *Hay tres estados entre los seglares*

La altura de ambos muros menores era de tres codos: en la recta edificación de las dos condiciones seglares, mayor y menor, hay tres

estratos de hombres: los gobernantes principales, los libres del vínculo de servidumbre y el pueblo común, que subyace a sus superiores, a ellos sometido.

23. *Supremacía del magisterio espiritual sobre el pueblo*

El espacio entre el muro interior de arquería y el del medio era de un codo: he aquí la distancia entre la preeminente dignidad del magisterio espiritual y el menor rango de la servidumbre terrenal, distancia establecida, conforme al Señor, en la unidad de la fe, para corregir a sus súbditos.

24. *El poder secular y el pueblo*

Entre el muro exterior y el medio había un palmo, como el de la mano de un niño: la distancia entre la menor potestad de los regímenes seculares y la sumisión de sus súbditos mundanos es la de la justa estimación para que, con la sencilla y unánime devoción de la inocencia infantil, unan ambos sus manos en el obrar fraternal.

25. *Las seis virtudes de la obra de Dios prefiguran las demás*

Dentro del edificio viste, de pie sobre su suelo, seis imágenes ante el referido muro de arquería: en la obra de la bondad de Dios aparecen seis virtudes que prefiguran todas las demás, igual que el Señor formó a las criaturas en seis días; estas virtudes se encuentran, como sombra de lo venidero, delante del muro —delante del pueblo israelita, sometido bajo la Ley divina y amurallado por la enseñanza y el baluarte de sus precursores—, y pisan el suelo de los afanes terrenos en la morada del Padre Supremo indicando que, mediante ellas, las milicias cristianas combatirán al Demonio.

26. *De las seis virtudes, de la discreción y de la salvación de las almas*

Tres de ellas estaban juntas al frente del muro, cerca del ángulo que miraba al Septentrión: porque la Santa Trinidad, indivisible en la virtud de Su majestad, fue prefigurada por.distintas imágenes secretas al empezar el Antiguo Testamento con Abraham y Moisés enfrentados al Demonio.

Las otras tres, también juntas, se encontraban al final del muro, próximas al ángulo occidental: la Trinidad, que reina en la Unidad de la Divinidad, fue proclamada a plena luz con Su nombre al cumplirse el declinar de la Ley, cuando nació en la carne el Hijo de Dios por la redención de los hombres, que se acercaban al ocaso.

Todas contemplaban los retratos pintados en los arcos del muro: siempre contemplan, llenas de unánime y perseverante fervor, el magisterio del designio de Dios entre los hombres, que Su poder señaló en la Ley del Antiguo y Nuevo Testamento, estimando cómo se cumple en ellos.

Y en el mismo extremo de este muro viste, dentro del edificio, otra imagen, sentada en una piedra puesta a modo de asiento sobre el suelo: al eclipsarse la vieja Ley del antiguo pueblo y amanecer la nueva fe con la Trinidad verdadera, cuando Dios erigió todas las perseverantes virtudes en la Iglesia, también surgió, hermosamente, en la obra del Padre Supremo, esta virtud que edificará esa morada con los hombres hasta el fin del mundo.

Por eso se sienta sobre la más firme roca, sobre el Hijo Único de Dios, sede y reposo de todos los fieles, que lo perecedero desprecian y con diáfana fe creen en Él.

Inclinaba su lado derecho hacia el muro: pues con la derechura del reposo, por el lado de la salvación, se halla unida a ese pueblo que está bajo el magisterio por designio de Dios para que, tanto los mayores como los menores, la cultiven en sus obras.

Y volvía su rostro hacia la columna de la Trinidad verdadera: en todo dirige los ojos de su designio a la Trinidad, con la penetrante mirada de la contemplación justa —pues la eterna Trinidad ha de ser contemplada indivisiblemente en Tres Personas— para que así la contemplen, con fervor en sus obras, cuantos adoran a Dios, y no se apartarán de ella.

Mas en este extremo viste, todavía, otra imagen, de pie sobre el muro, en un lugar más alto: cuando, por la fe en la Santa Trinidad, se disiparon las sombras de la antigua Ley y alboreó la Luz verdadera de la justicia, esta virtud se elevó, mediante el supremo magisterio y el pueblo fiel, a la más alta cumbre del deseo de salvación celestial; y se mantiene en pie luchando contra los vicios, erigida en el Hijo de Dios, pues de Él nació y con Él permanecerá en la Jerusalén Celestial, después del fin de los tiempos.

Y también miraba hacia la columna de la Trinidad verdadera: porque, confortada por la inefable y Santa Trinidad, lleva las almas de vuelta a su patria.

27. *Significado de sus vestidos*

Entre esas imágenes descubriste algunas semejanzas: pues estas virtudes permanecen unánimes dentro de los distintos dones del Señor. *Iban vestidas, como las anteriores, con ropajes de seda*: porque ellas y todas las demás virtudes están revestidas de las suavísimas obras, cosecha que, de la siembra de la Ley divina, a Dios rinden sus cultores, labradas en la justicia de la Verdad; *y calzado blanco*: con su ardor infunden en los hombres la pureza de seguir su ejemplo obrando el bien.

Pero la que se encontraba a la derecha en el trío que viste al final del muro era, toda ella, de tal pureza y claridad, que no te fue posible distinguir bien su forma, entre su inmenso fulgor: porque esta virtud, surgida, por don de la Santa Trinidad, con la salud de la confortación verdadera al final de la antigua austeridad de la Ley, es toda diáfana y pura, libre de la furia diabólica, en el resplandor del alegre gozo de la fraternidad humana, así que, por los raudales de gloria y honor que posee en los cielos, no hay mirada mortal capaz de captar su infinita concordia —que es como su forma— más allá de cuanto a Dios plazca revelar. *Y la que estaba sobre el muro iba calzada de negro*: pues antes de la Encarnación de Mi Hijo, en todos los hombres, de mayor y menor rango, se hallaba la señal y el vestigio de la muerte.

Pero ninguna vestía manto: porque se han despojado tanto de los cultos terrenos como de los hábitos externos del precepto de la Ley, y contemplan interiormente la justicia verdadera; *salvo la del medio del primer trío —situado al principio del muro— que llevaba una capa*: pues cuando empezó la austeridad prescrita, combatió bajo el escudo del Señor, envuelta en el manto de Su amor, en el que escondió, lejos los afanes de la carne, el tesoro celestial.

Había dos de este mismo primer trío —las que estaban a la derecha y a la izquierda de la del medio— y dos del segundo trío —la del medio y la de su izquierda— que no llevaban velo de mujer, descubiertos sus blancos cabellos: de la virtud de la Suprema Majestad dimanaron la Ley y la Profecía, que muestran con su fortaleza la vida y la muerte, y se hallan junto con los dos preceptos gemelos del amor que siguieron por potencia divina —la perseverancia en la íntima reflexión frente al mal y la dulce alegría ante lo celestial—, fielmente despojadas de la servidumbre al dolor, de los cepos de la muerte: descubierta su Cabeza que es Cristo Mi Hijo, desnudos sus cabellos que resplandecen con el albor de la virginidad, pues bienamada del Señor es la naturaleza virginal de María.

Pero la del medio del primer trío y la que se sentaba sobre una piedra junto al muro cubrían sus cabezas con blancos velos, como suelen las mujeres: porque la una con el escudo de la altura celestial, y la otra con la firme custodia del reposo bienaventurado, ambas están suave y dulcemente ligadas por la recia atadura de la sumisión, venerando a Dios, Cabeza de todos los fieles, con la blancura de la devoción fervorosa, así como la mujer ha de honrar a su marido con amor sincero.

Y, *en el primer trío, la del medio y la de su derecha vestían túnicas blancas*: por virtud de la Divina Majestad irradian, con dulce bienaventuranza, sus luminosas y diáfanas obras en los hombres, plantadas en la Ley del Señor, al que están unidas.

Pero también viste diferencias entre ellas: pues poseen diferentes dones del Señor, aunque unánimemente Le adoran.

28. *Significado de la templanza y su vestido*

La imagen del medio, en el primer trío, representa la templanza: porque, al ser la primera en el combate, es como la ciudadela, el fundamento y el estandarte de todas las virtudes a ella unidas; se aparta del pecado en el proceder con mesura, es la que atalaya y rechaza todo el desvarío del mal; no conoce presunción, sino que es como una madre, en medio de las virtudes que prefiguran, al principio de la Ley entregada al antiguo pueblo, la gloria de la Trinidad.

Llevaba sobre su cabeza, a modo de corona, un círculo amarillo, con la inscripción «Siempre ardiendo» grabada en su parte derecha: pues está coronada por la Cabeza Suprema con el rayo amarillo del Sol esplendoroso, el Hijo de Dios, cuya luz la abraza toda; y no anhela sino a Él, que, por el lado derecho —el de la salvación de las almas—, siempre la mantiene encendida.

Y *viste volar, a la diestra de esta imagen, una paloma que exhalaba de su pico la misma leyenda,* pues por la diestra, la prosperidad celestial, viene el don de la sencillez verdadera: el Espíritu Santo, que, por inspiración suprema, alumbra todo bien de la Templanza para salvación de las almas, como muestra esta misma virtud en sus palabras de exhortación citadas.

29. *La generosidad*

La otra imagen, que estaba a su derecha, representa la generosidad, dotada de la sencillez de la infancia, sin astucia ni acritud alguna

frente al dolor humano; con ella, la templanza aparta siempre de sí toda inclemencia, encaminándose de este modo, por la derecha de las buenas obras, al Señor: porque la generosidad es el principio de la acción cuando la templanza, su adalid, emprende su obra.

Tenía sobre su pecho un león que fulguraba igual que un espejo: es Mi Hijo, Jesucristo, poderosísimo león, guardado en su corazón como en el espejo del amor misericordioso y espléndido.

Y de su cuello pendía hasta su pecho una serpiente de pálido color como enroscada en torno a una vara, porque el cuello es la inquebrantable paciencia con la que Mi Hijo, sabedor de lo que le aguardaba, pálido en el tormento de la carne, soportó la torsión de las penas y la elevación en la cruz: bálsamo de todas las heridas, que la generosidad, por amor celestial, lleva grabado sobre su pecho y que sondea en las mentes de los hombres, como ella misma declara en sus palabras de exhortación citadas.

30. *La piedad*

La tercera imagen, que estaba a la izquierda en el trío, simboliza la piedad, que no alberga odio ni envidia ante la dicha humana, sino que, siempre exultante, festeja la felicidad de todos los hombres, y con cuya lozanía y exuberante fervor la templanza resiste, por la parte izquierda, el embate del Demonio: porque la piedad es la obra consumada de la templanza en la lucha signífera y, merced a ella, siempre se alza victoriosa.

Vestía una túnica de un rojo intenso como el jacinto, pues una espléndida obra, bajo la que laten los tormentos sangrantes padecidos con gallardía, la envuelve: soportar el agravio siguiendo el ejemplo de la Pasión de Mi Hijo. *En su pecho había un ángel con un ala a cada lado,* porque el hombre ha de imitar con su pensamiento a los ángeles, amando cada uno de los mandamientos de Dios: que, desde sus dos lados, la prosperidad y la adversidad, con cada ala y ambas alas a la par, con el Dios Uno y mediante esta virtud gemela, sin ensalzarse por encima del bien ni dejarse humillar por el mal, se eleve para volar, para mirar a Dios con el corazón puro, remontándose a la altura y no abatiéndose a la tierra.

Su ala diestra se extendía hasta el hombro derecho de la imagen: la prosperidad humana tiende su diestra —la salvación de las almas— en auxilio de la piedad, pues Mi Hijo llevó a los hombres de vuelta a su patria. *Y el ala izquierda, hasta el hombro izquierdo*: porque en la izquierda —frente a la hostilidad de las insidias diabólicas— el

hombre fiel extiende el ala voladora con la que rechaza las obras de tinieblas, elevándola al refugio de Mi Hijo, en Quien se fortalece contra toda adversidad, imitando la vida de los justos, como esta misma virtud proclamaba con las palabras que antes escuchaste.

31. *La verdad*

La imagen que se hallaba en medio del segundo trío representa la verdad: porque, después de la templanza y las virtudes que consigo lleva, surgió la verdad con todas sus obras, atalaya y baluarte de las imágenes que se presentan con ella, como una inexpugnable ciudadela en medio de las virtudes que prefiguran la Santa Trinidad en el ocaso de las costumbres judías, al alba de la fe verdadera.

Una blanquísima paloma, posada en su hombro derecho, exhalaba su aliento con el pico en el oído derecho de la imagen: en la parte superior derecha —el bienaventurado regreso a la vida por la Encarnación de Mi Hijo— aparece la prodigiosa fuerza del Espíritu Santo que exhala Su soplo en el oído derecho, en los corazones de los creyentes, para que entiendan Quién es Dios en Su divina potencia.

En su pecho aparecía una cabeza humana monstruosa y deforme: porque Dios permite que los corazones de Sus elegidos soporten la miseria y la persecución de los príncipes terrenales, así como Su Hijo quiso sufrir las de los sumos sacerdotes. Mira: pues el Señor habita en los corazones de los fieles, también los hombres deberán conllevar con paciencia la persecución, por amor a Dios; y por cuanto la muerte se alzó en la caída del Demonio, cumple al fiel entablar muchas batallas contra la maldad diabólica, entre innúmeras calamidades que no pocas veces serán fatiga y quebranto para su cuerpo; porque al hombre se adhiere aquello que la antigua serpiente siempre persigue. ¿Qué? Las apetencias de la carne, en las que el maligno enemigo acecha emboscado.

Yacían bajo sus pies una especie de hombres, hollados y aplastados por ella: bajo los pasos de la verdad, a nada son reducidas cuantas mentiras diabólicas tomaron cuerpo en las obras humanas; mira que la verdad consagra su amor a la edificación de la Iglesia: cuando todas las virtudes se revelaron a plena luz, fueron confirmadas por la verdad, que antes de los siglos permanecía invisible, oculta en el corazón del Padre, pero al final de los tiempos se manifestó, visible en la carne verdadera del Hijo de Dios.

En sus manos sostenía una carta desplegada y, en la parte que daba al cielo, había escritas siete líneas: porque en todas las obras de

la verdad se desenvuelve, por la gracia de Dios, la textura de la Ley aprestada para el pueblo cristiano, que ha de ser sostenida con abierta reverencia por la parte que se refiere a los deseos celestiales, y temida por la parte concerniente a las apetencias de la carne, y que en sí muestra los siete dones del Espíritu Santo: el inexpugnable firmamento contra las diabólicas asechanzas de la muerte. *Y quisiste leerlas pero no pudiste*: pues por mucho que desee el hombre conocer los misterios y lo oculto en los dones de Dios, no le será posible, mientras esté postrado bajo su cuerpo mortal, entender o captar qué quiere suscitar el Señor con Sus maravillas; pero que los abrace y comprenda en la verdad: siguiendo fielmente los preceptos de Dios, según enseña esta virtud en sus palabras citadas.

32. *La paz*

La otra imagen, que estaba a su derecha, representa la paz, que porta el signo del Cielo y es compañera de los ángeles, pues germina en la lozanía plena de la verdad: porque, por la parte derecha, la de la salvación de las almas, rodean a la verdad eximios dones celestiales, y lleva consigo la paz por el Hijo de Dios. ¿Cómo? Como está escrito en el cántico de los ángeles, donde se dice: «gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad»[7]. Así es, en verdad: el hombre brilla en las alturas del Señor y el Señor en el hombre, porque el Hijo de Dios se ha encarnado milagrosamente; por eso, que loado y glorificado sea el Señor en el Cielo por todas Sus criaturas y que, en la tierra, la Paz de la salvación esté con los hombres que reciben la Voluntad del Padre con devoción y fe, pues la Paz de la buena voluntad es la Voluntad de toda la bondad del Padre: Su Hijo, Dios y Hombre.

¿Y por qué es Él nuestra Paz? Él es nuestra Paz al defender a los hombres de las asechanzas de la antigua serpiente, que fue la primera en pecar y, arrojada en las tinieblas, perdió la luz de la Vida, luz que la Paz verdadera, el Hijo de Dios verdadero, trajo a los hombres, haciéndolos partícipes del Reino de Dios en el lugar bienaventurado que perdió el Demonio.

Y viste que *tenía semblante de ángel*: porque huye de todo mal y con el semblante de su bienaventurado designio, con su angélico deseo, mira a Dios. *Y, a cada lado, un ala voladora*: pues con el ala de cada lado —las vicisitudes de la calma y la tribulación— se eleva

7. Lucas 2,14.

hacia Dios, sin sembrar el temor ni la amargura, sino siempre plácida en la prosperidad, y al Dios Uno envuelve en la concordia de sus dos alas unánimes: ninguna turbulenta tempestad le hará zozobrar ni en el bien ni frente al mal, sólo en el sosiego persevera.

Su figura era humana como las demás virtudes: porque resplandeció milagrosamente a través del Hijo de Dios, pues ella confirma todas las virtudes en los hombres, así que no busca ni discordia ni batalla, sino siempre la calma, y de este modo hace frente al ataque del Demonio, como más arriba manifiestan sus palabras.

33. *La bienaventuranza*

La tercera imagen, que se hallaba a la izquierda, representa la bienaventuranza, que anhela la vida eterna; mediante su fidelidad y mansedumbre de corazón, la verdad combate, por su izquierda, todas las pérfidas añagazas de la serpiente, que engañan a cuantos sucumben a ella; porque la bienaventuranza es la invicta confianza en la claridad verdadera, por la que no teme la desdicha de la muerte. Por eso *vestía una túnica blanca con matices verdes*: porque la envuelven las obras de los fieles que, en el deseo celestial, alborecen, engalanadas con los múltiples dones que, en la lozanía del Espíritu Santo, frondosos reverdecen.

Portaba en sus manos un pequeño vaso de pálido esplendor: en sus obras muestra cómo en un pequeño receptáculo —el secreto de su contrito corazón— capta el hombre a Dios por la fe, aun con la palidez de la frágil carne humana, pues la fe ha de ser cultivada con toda la pureza posible en esta vida mortal, donde la miseria no abandona a los hombres. Y *que irradiaba de dentro mucha luz como un relámpago, luz que reverberaba en el semblante y en torno al cuello de esta imagen,* porque el conocimiento de la luz eterna se difunde en el temor y amor a Dios: se irradia desde el interior del corazón humano *hasta el semblante* —hasta el principio del recto obrar que en el buen ejemplo revela su designio—*y en torno al cuello*: luego, esta ciencia abarca con sabiduría por doquier la fortaleza, que culmina la obra cuando esta brilla en los hombres, radiante más que el sol, ante la faz de Dios, a través de la bienaventuranza, según declara esta misma virtud en sus palabras citadas.

34. *La discreción*

La figura que, al final del muro, se sentaba sobre una piedra representa la discreción, que apareció plenamente al final del antiguo culto, descansando en Cristo; es la que criba con destreza todas las cosas: guarda lo que ha de ser guardado, y extirpa lo que ha de ser extirpado, como del trigo es separada la cizaña.

Y vestía una túnica negra: la rodea la mortificación de la carne, rechazando la ligereza de toda vanidad. *En su hombro derecho portaba una pequeña cruz con la imagen de Jesucristo*: pues esta virtud arraigó en la parte derecha, la de la poderosa fortaleza del Señor, cuando el Dios Omnipotente envió a Su Hijo para que milagrosamente Se encarnara y sufriera con humildad, y a Su amor está unida la discreción, porque fue revelada por Él a fin de que, mediante ella, sea discernida toda la justicia. Y por cuanto Dios es el que ha dispensado a los hombres su justa altura, la discreción Le imita en su tarea: cumple su obra en el Dispensador, el Hijo de Dios crucificado, pues ella misma tiene ambas dignidades, la divina y la humana.

Y la volvía a un lado y a otro: porque recorre toda la amplitud que abarca a los buenos y a los malos con el signo de la Santa Cruz. *Y, como bajando de las nubes, brillaba en su pecho un esplendor de prodigiosa claridad*: la luz de la divina piedad se derrama desde la misericordia del Señor, como de una diáfana nube, en los corazones de los hombres, imbuyéndoles la discreción e iluminándolos.

Que se dividía en muchos rayos, como la luz del sol cuando relumbra a través de un objeto lleno de minúsculos agujeros: con Su poder celestial, el Espíritu Santo reparte entre los hombres los distintos rayos de Sus dones, más luminosos que el sol, e inefablemente distribuidos, los difunde en las humildes cavernas —la penetrante mirada de las almas de Sus fieles—, ilustrando su entendimiento y sus almas para que, en todo rumbo, disciernan con perspicacia qué deben hacer, oportunamente, en el Señor.

En su mano derecha llevaba un pequeño tallo, a guisa de abanico: porque en la parte derecha, la de la salvación de las almas, la discreción siempre considera su obra por don del Espíritu Santo en los hombres como en una rama de frágil carne, con la que, sin embargo, a imagen de un abanico en manos del auxilio divino, espantará las hostigadoras moscas de la persuasión diabólica, sin dispersarse por ellas en el revuelo de las vanidades. Por eso *en su parte superior habían brotado maravillosamente tres vástagos con una flor* para que los hombres fieles crean con fervor, sobre todo y en todo, que la Santa Trinidad, siempre floreciente en Sus maravillas, reina llena de

gloria en la Unidad de la Divinidad, sin atreverse a escrutar, dentro de sí mismos, los secretos celestiales sino que, así como Dios dispone todas Sus obras justa y discretamente en las distintas criaturas, también los hombres fundamenten todos sus actos en el bien y la rectitud, mediante la fuerza de la discreción.

Tenía en su regazo minúsculas piedrecillas, muestra de todas las gemas, que contemplaba con mucha solicitud y aprecio, como suele el mercader velar por sus mercaderías: porque guarda en el seno de la mente humana cuanto es bueno y necesario, hasta en sus más pequeños designios y obras, como gemas de virtud; y sondea con cauta y diligente mirada cada mandamiento establecido por Dios, para medrar en todas las cosas cabal y justamente en los corazones humanos, a los que pondera con esmero en función de la merced que, por sus obras, retribuirá el Señor, como ella misma anuncia en sus palabras, según se ha mostrado ya.

35. *La salvación de las almas*

La imagen que, en el mismo extremo, estaba sobre el muro representa la salvación de las almas, que resplandeció en el cenit de la autoridad de la Nueva Gracia, llegado el ocaso de la antigua austeridad de la Ley; la discreción es su fundamento: con ella y sobre ella apareció la salvación de las almas, surgida en el Hijo de Dios cuando nació de una Virgen por la redención de los hombres. *Llevaba la cabeza descubierta, y negros y rizados cabellos*: se ha desnudado de las ataduras de la servidumbre, libre es su naturaleza, pues está unida abiertamente al Hijo de Dios que la suscitó con misericordia; *pero sus cabellos eran negros* porque, en el pueblo judío, latía oculta entre la espesura, sin gozar la claridad verdadera, sino frondosa, con los cabellos rizados de la variedad de observancias.

Su semblante era oscuro porque antes de la Encarnación del Hijo de Dios, en las sombras de la muerte, no parecía albergar la felicidad de la salud eterna. *Vestía una túnica entretejida de muchos colores*: pues en el antiguo pueblo la rodeaba, con gran diversidad, una mezcla de obras desiguales, en las que también se entretejían muchos vicios.

Y viste cómo, despojándose de la túnica y los zapatos, quedó desnuda porque, borrada la muerte en la Pasión de Mi Hijo, cuando, tras la venida del Espíritu Santo, los clamores y palabras de los apóstoles se difundieron hasta los confines del mundo, se levantó la salvación de las almas: se despojó de las obras de tinieblas, de los

pasos de las sombras se despojó, desnuda y gallardamente liberada del yugo del Demonio, diciendo para sí: «Oh tú, miserable Demonio, jamás me habrías soltado si no hubiera sido redimida en la sangre del Cordero. Sí, en el lago del infierno quisiste retenerme, pero ahora, por la gracia del Señor, soy libre».

Y, de pronto, sus cabellos y su rostro resplandecieron con la belleza de una nueva alborada, como un recién nacido: después de la Encarnación de Mi Hijo, creció un pueblo numeroso, a semejanza de sus cabellos: plenamente iluminado el semblante interior del alma, abrazado a la verdadera y esplendorosa justicia, pueblo que busca la dicha imperecedera, que, con el albor de la vida y con su liberación como fieles miembros unidos a Cristo, su Cabeza, confía en ser salvado para la vida eterna, por la nueva regeneración y por la verdadera inocencia de recién nacido. *Y ya todo su cuerpo rutilaba, como un esplendor diáfano y puro relumbra en su halo*: porque por todos sus miembros —por el pueblo fiel sometido a ella en Mi Hijo— se ha hecho pura con la sencillez de la paloma y diáfana con la luminosa belleza de la justicia del Señor.

Y viste en su pecho una cruz fulgurante con la imagen de Jesucristo sobre un arbusto entre dos flores, lirio y rosa, que se curvaban un poco hacia la cruz en lo alto: esta virtud se convirtió en el esforzado pecho del pueblo creyente con la Pasión de Jesús el Salvador, que, por Su martirio, con los pasos de Su buen y recto ejemplo, abatió y conculcó el árbol de la muerte y perdición de Adán; en este combate también se destacaron, por designio del Señor, los dos Testamentos —el Antiguo con la blancura del lirio, y el Nuevo con el arrebol de la rosa—, que retornaron de la perdición de la muerte y se enderezaron, en la altura del entendimiento espiritual, hacia la Pasión del misericordioso y noble Redentor y hacia toda Su justicia.

Y viste cómo sacudía con fuerza la túnica y los zapatos que se había quitado, arrojando de ellos una nube de polvo: porque la salvación de las almas muestra, en las nuevas y justas obras de los hombres, que ha sido apartada la túnica de las antiguas costumbres, de todos los viejos vicios, y el mal ejemplo de la desobediencia de Adán, rechazado: la sacude con su implacable juicio, lejos la arroja con desdén, aventando el polvo de la vanagloria y los pecados, tal como más arriba dice de sí misma al presentarse.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Septima visión

LA COLUMNA DE LA TRINIDAD

Luego vi, en el ángulo occidental del mencionado edificio, una columna admirable, misteriosa y muy recia, de un color púrpura negruzco, emplazada de tal modo en el ángulo, que era visible desde dentro y fuera del edificio. Tan inmensa era, que su grosor y altura desbordaban mi entendimiento, sólo pude advertir su prodigiosa tersura, sin rugosidad alguna.

En la parte exterior tenía, de la base a la cima, tres aristas color de acero, afiladas como aguda espada: una miraba contra el ábrego, donde había muchas hierbas secas, segadas y esparcidas por ella; otra, contra el viento cauro, donde habían caído infinidad de pequeñas alas, cercenadas por ella; y la del medio, contra el poniente, donde yacían numerosas ramas podridas, taladas por ella; y cada una de estas cosas había sido cortada por las aristas en pago de su temeridad.

Y de nuevo Aquel a Quien vi sentado en el trono y que me revelaba todo esto, me habló así: «Oh hombre, esta plenitud de dones místicos, prodigiosos y desconocidos que ves diáfanamente en la luz verdadera, Yo te los revelo y te digo: mira, ve y anúncialos, enséñalos y que se enciendan los corazones de fuego de los fieles, que son las piedras más puras para edificar la Jerusalén Celestial».

1. *La Santa Trinidad no debe ser escrutada*

Los fieles deben creer, con sencillo y humilde corazón, en la inefable y Santa Trinidad de la Unidad Suprema —oculta a los que servían bajo el yugo de la Ley y manifestada en la Nueva Gracia a los

liberados de la servidumbre— como Dios Uno y Verdadero en Tres Personas, y no tratarán de escrutarla, pues ay del que desestime el don recibido del Espíritu Santo y busque más de lo que debe: por su temerario orgullo, antes le llegará caer en lo peor que encontrar cuanto indignamente apetece. Y esta visión lo demuestra.

Así pues, *la columna que has visto en el ángulo occidental del mencionado edificio* representa la Trinidad verdadera; porque el Padre, la Palabra y el Espíritu Santo son un solo Dios en la Trinidad, y esta Trinidad es en la Unidad: columna perfecta de todo el bien, que lo supremo y lo ínfimo atraviesa y en el orbe universo reina.

Aparece en la parte occidental: pues el Hijo de Dios se encarnó en el ocaso del tiempo, por todo el mundo glorificó a Su Padre, a Sus discípulos prometió el Espíritu Santo y, al sufrir la muerte por voluntad del Padre, dejó el ejemplo del bien a los hombres para que, cumpliendo obras de justicia y verdad en el Espíritu Santo, también ellos caminaran rectamente hacia la morada del Padre Supremo.

Era admirable, misteriosa y muy recia: porque el Señor es en Sus criaturas tan prodigioso, que no podrán confinarlo; tan secreto, que no deberán obstinarse en indagarlo con su ciencia o su percepción; tan recio, que toda fuerza de Él dimana, y ninguna es capaz de compararse con la Suya.

2. *La Trinidad, aun revelada, es insondable*

Púrpura negruzco su color, estaba emplazada de tal modo en el ángulo, que era visible desde dentro y fuera del edificio: por voluntad del Padre, Su único Hijo derramó Su púrpura sangre por la negrura de los pecados humanos, y así Su Pasión salvó al mundo y trajo la fe recta y verdadera a los creyentes; porque, al declinar las antiguas observancias, en el alba de la Nueva Santificación, se anunció a plena luz el culto de la Santa Trinidad, cuando fue creído abiertamente que el Padre Celestial había enviado al mundo, concebido por el Espíritu Santo, a Su Hijo, que buscó la gloria del Padre y no la Suya y reveló el profundo consuelo del Espíritu Santo, como se ha dicho; así que en ninguna parte se oculta ya, a todos ha sido anunciada: a los fieles que permanecen dentro de la obra del Señor y a los infieles que están fuera de la fe.

Tan inmensa era, que su grosor y altura desbordaban tu entendimiento: la gloria y el poder de la Trinidad son tan inefables, que la grandeza de Su majestad y la altura de Su divinidad sobrepasan cuanto la sabiduría de la mente humana pueda calibrar, por amplio que

su ámbito sea o por mucho que se ensalce. *Era prodigiosa su tersura, sin rugosidad alguna*: oh, admírate y exulta, porque es suavísima en la gracia, siempre benigna, tersa en Su dulce justicia para cuantos La buscan: no hallaréis en ella arruga de iniquidad alguna, justa y buena es, en sendas de salvación arraiga.

3. *La espada de tres filos de la Trinidad*

En la parte exterior tenía, de la base a la cima, tres aristas color de acero, afiladas como aguda espada: la inefable Trinidad, en lucha contra la hostilidad de las tinieblas en el universo mundo, aparece a plena luz en la Unidad Divina; a ninguna criatura se oculta Su imperio y potestad salvo a los corazones incrédulos, a los que su propia incredulidad se la esconde; por eso el juicio de Dios les dará la justa recompensa, la muerte merecida, como acero inquebrantable que ante orgullo enemigo no cede, que se extiende de cabo a cabo de la tierra: desde el principio de la creación del mundo hasta su final, y con Su acerada Divinidad, como afilada espada, siempre ha atravesado y atravesará agudamente cuanto haya, en sabiduría y poder templada.

4. *La siega de los cristianos infieles*

Una de las aristas miraba contra el ábrego, donde había muchas hierbas secas, segadas y esparcidas por ella: la justa Trinidad divina segará y quemará entre el pueblo cristiano la seca hojarasca de la divergencia, la rebeldía y el oprobio, adversaria de la recta fe católica, para máxima confusión suya, como paja que se pisa y se arroja al fuego, una vez cribado el buen grano de trigo que es la fe y sus obras en la ciencia de las Escrituras: sí, de esta fe verdadera será extirpado cuanto sea inútil y contrario a ella, y en esa incredulidad suya, pasto del pueblo ignorante que, como rebaño de necios, en ella se apacienta, aventado será.

5. *La siega del pueblo judío*

Otra arista miraba contra el viento cauro, donde habían caído infinidad de pequeñas alas, cercenadas por ella: la Divinidad abatió la arrogancia enaltecida del pueblo judío, que con gran soberbia,

volaba, las alas de sus mentes remontando alturas, confiando en su justicia y no en la de Dios, como los fariseos, que trataron de subir a las cumbres de los cielos, seguros de su fe en sí mismos, pero el justo juicio de Dios los segó por la rebeldía de sus costumbres y en su presunción cayeron.

6. *La siega de los gentiles*

La arista del medio miraba contra el poniente, donde yacían numerosas ramas podridas, taladas por ella: porque la Trinidad siega la funesta discordia diabólica de los pueblos gentiles que, en el sombrío ocaso de la infidelidad, se extravían de la recta fe; pues como madera carcomida, que el hombre desecha por ser inservible, así es cortado y arrojado de la alegría de la vida este pueblo, que antes sigue las quimeras del Demonio que los preceptos divinos.

Y cada una de estas cosas había sido cortada por las aristas en pago de su temeridad: pues en todo lo referido la verdadera y Santa Trinidad deja que cuantos infieles quieran audazmente destruirla o se obstinen en no creer en ella vayan, desgajados de ella, a la perdición; porque en su necedad y furia combaten la Divinidad, negándose a abrazar la fe que trajo consigo el Hijo de Dios y que transmitió, a través de Sus discípulos, a los hombres, según narra esta parábola:

7. *Parábola sobre esto*

Cierto señor que tenía una piedra de lumbre quiso, él mismo y a través de sus mensajeros, mandar a muchos hombres una buena nueva. Pero los mensajeros, lejos de ser sabios y sagaces, resultaron necios y tardos para entender las palabras de su señor y cumplir sus órdenes. Entretanto, se desencadenó un tumulto, estalló una terrible tempestad, se desbordaron las aguas, pavorosos truenos retumbaron, así que tembló la tierra y las rocas se hendieron, y un cántaro en cuyo interior había muchos cántaros pequeños que, con la base hacia el cielo, yacía sepultado en la tierra, fue desenterrado por una poderosísima sacudida y vuelta su boca al cielo.

Entonces sobrevino, dimanada del señor a través de su piedra, una impetuosa ráfaga de fuego que atravesó a sus mensajeros con tal ardor, que todas sus venas se encendieron y toda su cobarde apatía se disipó tan raudamente como se desvanece de una piel seca el agua

derramada sobre ella. Así recordaron, al fin, cuanto habían oído y aprendido de su señor, y se marcharon hacia el pueblo que no tenía ombligo, cuya ciudad había sido destruida, y le anunciaron las palabras de su señor. A algunos de ellos les restituyeron el ombligo y, reedificando su ciudad, se la restablecieron; a otros, en cambio, ni les devolvieron su ombligo ni les rehicieron su ciudad, sino que les dieron muerte y los despedazaron como a cerdos. Y de este modo se manifestó al mundo entero aquella piedra, que aventa y prende fuego a todos los vicios de la carne humana. Así es, en verdad:

Ese señor es el Padre Omnipotente, junto al que está Su Unigénito, la piedra angular, concebido por el fuego del Espíritu Santo y nacido de una Virgen Inmaculada como hombre, la flor más blanca y bella de cuantas haya, en el albor y belleza de la santidad plena. Sí, el Hijo de Dios existía según la Divinidad, inenarrablemente, antes de los siglos, antes de todas las criaturas, con el Padre y el Fuego hecho de calma y brisa; después, en el tiempo señalado, el Padre Lo envió para que, concebido por el Espíritu Santo, como se ha dicho, naciera, verdaderamente encarnado, de una Virgen a fin de que otorgara a los creyentes el albor y belleza de la vida.

Y una vez encarnado, el Padre Celestial reveló, anunciándola benignamente a través de Él y Sus discípulos, aquella buena nueva: la redención y salud de todos los hombres que creyeran en Él. Pero mientras el Hijo de Dios vivió corporalmente entre ellos en el mundo, los discípulos fueron incautos y necios, ignorantes y tardos para entender avisadamente Sus palabras según el espíritu y convertirlas en obras; las escuchaban como en un sueño, con simplicidad, pues aún no habían sido confirmados y eran pusilánimes y temerosos, como hombres corrientes.

Entretanto llegó el tiempo de los corazones insensatos: los judíos fraguaron el estallido de un tumulto, concitando muchas discordias contra el Hijo de Dios hasta que, en medio de esa terrible tempestad, Lo mataron. Y mientras saciaban toda su maldad como querían, entre ese funesto fragor de truenos se cometió un homicidio tan grande como no lo hubo nunca ni lo habrá jamás, así que tembló la tierra: los corazones terrenales de los hombres y las demás criaturas se empavorecieron, y la piedra de la Ley judía se hendió por su crimen.

Entonces, el primer hombre y su estirpe, en quien se ocultaba el signo de todas las demás criaturas, que yacía sepultado en la muerte, hundidos los ojos de su voluntad en lo terrenal, la espalda vuelta al Cielo, sin querer mirar al Señor, fue desenterrado por la inmensa fuerza del Hijo de Dios de la tierra de la muerte, en la que dormía con sus retoños; así que respiró, henchido el corazón, por toda su

ciencia como por su boca vuelta hacia la patria celestial, pues oyó que Cristo, el Hijo de Dios, había muerto por él.

Pero, después de la Ascensión del Hijo de Dios, vino, dimanado del Padre a través del Hijo, como Él mismo había prometido, el Espíritu Santo; pues toda la tierra emanaba suprema dulzura, porque había estado en el mundo el Pan bajado del Cielo que los infieles desdeñaron, como murmurando a Su paso, y que los fieles, en cambio, recibieron con plena devoción. Por eso, por cuanto la Palabra verdadera se había encarnado, el Espíritu Santo se apareció abiertamente en lenguas de fuego; porque por el Espíritu Santo fue concebido este Hijo que convirtió al mundo a la verdad con Sus enseñanzas. Y pues los apóstoles habían sido instruidos por el Hijo, el Espíritu Santo los llenó de sus cálidas llamas y se pusieron a hablar en muchas lenguas, en cuerpo y alma, y como sus almas dominaban sus cuerpos, así clamaron, que hasta los confines de la tierra estremecieron con sus voces.

El Espíritu Santo libró a los apóstoles del temor de los hombres y ya no tuvieron más miedo, ni la crueldad humana les arredró de predicar la Palabra de Dios, sino que les fue arrebatada toda cobardía con tal ardor y rapidez, que se volvieron secos y recios, igual que muertos: impasibles frente a cualquier adversidad que pudiera sobrevenirles. Así que, de pronto, se acordaron, con pleno sentido, de todo lo que antes, apáticos y tardos en la fe, habían escuchado y recibido de Cristo, y acudió a sus memorias tan nítidamente como si en esa misma hora acabaran de oírselo.

Y partieron haciendo camino entre los pueblos incrédulos que no tenían ombligo —no tenían el sello que designa el conocimiento de la santa inocencia y la justicia— y cuya ciudad —la fortaleza de la Ley de Dios— había sido destruida por su infidelidad: les anunciaron las palabras de la salud y de la fe verdadera en Cristo. Así pues, a muchos de entre aquellos los llevaron de vuelta a la ciencia de Dios, los guiaron al ombligo: al manantial del bautismo, en el que recibieron la santidad que habían perdido por el arrogante pecado; y erigieron la ciudad santa de los preceptos de Dios: les edificaron de nuevo aquella que el Demonio asechador les había arrebatado en Adán, y se la devolvieron con la fe para su salvación.

A los que, en cambio, por su infidelidad no quisieron recibir la fe del bautismo ni la fortaleza de los preceptos de Dios, los atravesaron con las señales que acompañaban a sus palabras y, condenados por su incredulidad y dureza de corazón, en manos de la muerte los dejaron; porque estos se revolcaban en su atrocidad, emponzoñando su carne en la inmundicia, en los hechizos de la fornicación y el

adulterio como puercos en el fango, sin querer convertirse a la fe verdadera: fueron, pues, despedazados y segados de la vida.

Y así, el Hijo de Dios, inefablemente engendrado por el Padre, según Su Divinidad, antes de los siglos, y después encarnado milagrosamente de una Virgen, según Su Humanidad, en el tiempo, fue manifestado en todo el orbe de la tierra a través de muchas señales admirables, de manera que los corazones de cuantos escucharon esta buena nueva, llenos de pavor y temor, se estremecieron, conmovidos, y las obras vanas y falaces, cometidas conforme a sus apetencias, se desvanecieron de ellos por su rechazo de la muerte: pues la Palabra verdadera de Dios da testimonio de la Santa Trinidad y de la vivificadora salvación que devuelve a la vida por el agua de la renovación, como mostró Mi bienamado Juan cuando exhortó a los hombres, diciendo:

8. *Palabras de Juan*

«Y el Espíritu es el que da testimonio, porque Cristo es la Verdad. Pues tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre. Y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo. Y estos tres son uno»[1]. Así es, en verdad; el espíritu del hombre es espiritual: no procede de la sangre ni nace de la carne, sino que dimana del secreto del Señor y es invisible para el que está sometido a la mudanza del tiempo. Por eso da testimonio del Hijo de Dios, cuya maravillosa gloria habita en el aliento místico y que ningún hombre puede captar en plenitud: no, no es posible que entendáis cómo el Unigénito de Dios ha sido concebido por el Espíritu Santo y ha venido a este mundo, igual que no sois capaces de comprender enteramente cómo entra el alma en el cuerpo y la sangre de los hombres para formar una sola vida.

Y así como el espíritu del hombre es la causa cierta de la ciencia que Dios le ha dado, mediante la cual discierne todo cuanto el Señor le permite, pues no es ilusión ni engaño, sino vida profunda, también Cristo es la Verdad plena en la que renació la Vida y brilló la Luz de la Salvación, que abatió a la muerte, madre de la mentira.

Tres son los que, a imagen de la Trinidad, dan testimonio en la tierra: muestran y ofrecen en este mundo el remedio de la salvación vivificadora, por la que alcanzaréis lo celestial que eternamente per-

1. 1 Juan 5,6-8 (la Vulgata, citada arriba, difiere de otras versiones, añadiendo los dos últimos versos).

manece y que, ahora, en la mortalidad de la carne, no poseéis en verdad, mas aguardáis en la esperanza.

El espíritu del hombre da este testimonio Mío: que no nace a la vida plena de la restauración salvadora si no resurge por Mí en el agua de la renovación, pues le falta la Luz que en Mí resplandece, arrojado de la dicha al concebir la ponzoña del crimen que se propaga por la sangre.

Y el agua da este testimonio: que toda sordidez lava en su seno, que a la aciaga perdición de la muerte da muerte en su regazo por la ablución purificadora, unida al espíritu antes que la sangre; pues así como el espíritu es espiritual, el agua brinda la santificación espiritual y está entre el espíritu y la sangre porque, confortando al alma y al cuerpo por la renovación espiritual, los conduce a la vida.

Y la sangre da este testimonio: que, dejando atrás sus venenosas sendas, se encauza hacia la morada de santificación por el agua de la salud, fuerza reparadora que dimana de Mi Hijo y en Él permanece para la vida; porque la sangre alberga la inmensa culpa del crimen, la gran tribulación de la injusticia, por caminos del error fluye con tortuosa dulzura, sierva del ardiente desenfreno que asfixia la inocencia con sus espantosos vicios y medra por el gusto de cuantos saborean la sugestión del Demonio asechador.

Y estos tres son uno: porque el espíritu no es hombre vivo sin la materia corporal de la sangre, ni la materia corporal de la sangre es hombre vivo sin el alma, ni renacen estos dos a la vida en la gracia de la nueva Ley si no es por el agua de la renovación; así que estos tres son uno en la redención, pero no podrán serlo en la salvación mientras estén separados del agua restauradora: pues al raciocinio le hace falta el honor sublime de la vida, en la que el hombre redimido exultará cantando la más grande alabanza ante la faz del Señor, que le infundió la razón.

Sí, Dios creó al hombre por propia voluntad para este honor que se cumple en el cuerpo de Su Hijo en la vida eterna, cuando el hombre perdido renace a la gloria de la vida, redimido en Dios por la gracia salvadora. Y el espíritu, que es invisible a los ojos de la carne, designa al Padre inescrutable para toda criatura; y el agua, que lleva a cabo la purificación de los pecados, significa la Palabra: el Hijo que con Su Pasión lava la sordidez de los hombres; y la sangre, que fluye por el cuerpo humano y lo aviva, simboliza al Espíritu Santo, que suscita y enciende las diáfanas virtudes en el hombre. Así, estos tres —el espíritu, el agua y la sangre— son uno, y uno en tres, y son uno en la salvación, como se ha dicho, y manifiestan la Trinidad en la Unidad y la Unidad en la Trinidad. ¿Cómo?

La Santa Trinidad celestial da testimonio en el Cielo, testimonio que no proviene sino de la Verdad en ella manifestada. ¿Cómo? El Padre testimonia que Su Palabra única y fructuosa, a la que engendró antes de los siglos y por la que todo fue creado, floreció, llena de gloria, en una Virgen, en el tiempo señalado. La Palabra testimonia que salió del Padre y descendió a la naturaleza humana: se encarnó en la castidad virginal, pues salió del Padre según el Espíritu y volvió de nuevo al Padre en el fruto de la carne; y está en medio porque fue engendrada invisiblemente por el Padre antes de los siglos y concebida corporalmente por el Espíritu Santo en el útero de la Virgen, en el tiempo. El Espíritu Santo testimonia que alumbró la pureza de la Virgen para que concibiera la Palabra de Dios, y que confirmó la enseñanza de la Palabra cuando, en lenguas como de fuego, llenó a los apóstoles a fin de que anunciaran a plena voz por todo el mundo la Trinidad verdadera. ¿Cómo?

Proclamaron que Dios Padre había consumado la creación del hombre para la felicidad suprema que le fuera arrebatada; porque el hombre fue hecho del barro de la tierra a fin de que se levantara a lo alto, pero su voluntad lo postró en la tierra; y ahora, por el Hijo de Dios encarnado, de nuevo ha sido levantado en la gracia y restituido a la Luz eterna, iluminado y confirmado por el Espíritu Santo, no vaya a morir en la perdición, sino que sea salvado en la redención.

9. *Diferencia y unidad de las Tres Personas*

Así, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo testimonian que Su potestad es la misma aunque sean Personas distintas, pues obran simultáneamente en la unidad de la sustancia inmutable y absoluta. ¿Cómo? El Padre es Quien todo lo crea por la Palabra, por Su Hijo, en el Espíritu Santo; el Hijo es Aquel por el que todo se perfecciona en el Padre y en el Espíritu Santo; el Espíritu Santo es Aquel por el que todo medra en el Padre y en el Hijo. Y estas Tres Personas existen de tal modo en la unidad de Su indivisible sustancia que no se mezclan entre sí. ¿Cómo? El que ha engendrado es el Padre; el que ha nacido, el Hijo; y el que procede del Padre y el Hijo con ardiente lozanía, el que apareció como pájaro inocente sobre las aguas y las santificó, el que llenó a los apóstoles con el fervor del fuego, es el Espíritu Santo.

El Padre engendró al Hijo antes de los tiempos del mundo; el Hijo estaba con el Padre, y el Espíritu Santo existía, coeterno, con el Padre y el Hijo en la Unidad de la Divinidad sin fin. Por tanto, he-

mos de entender que si de estas Tres Personas faltara una, o dos, Dios no sería en Su plenitud. ¿Cómo? Porque son una Unidad de la Divinidad, y si alguna faltara, Dios no sería. Pues aunque sean Personas distintas, son, sin embargo, una sola sustancia, íntegra, inmutable, de inconmensurable belleza, y permanecen en la Unidad indivisible. ¿Cómo?

10. *Tres semejanzas de la Trinidad*

El poder, la voluntad, el ardor: tres picos de una sola cima de la acción. ¿Cómo? En el poder está la voluntad, y en la voluntad, el ardor, y son inseparables, como el aliento de un hombre al ser exhalado. ¿Cómo? El aire que circula, la humedad y el calor componen la indivisible exhalación del aliento humano, como indivisible es también tu ojo en su integridad. ¿Cómo? El círculo de tu ojo tiene dos capas transparentes, pero componen un único habitáculo que rige lo que lo integra. ¡Escucha y entiende, oh hombre!

De este modo hay Tres Personas en una sola esencia inmutable de la Divinidad. En el Padre está el Hijo, y en ambos, el Espíritu Santo, y son uno y obran inseparablemente: ni el Padre obra sin el Hijo, ni el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin Ellos, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, pues son una Unidad indivisible. Así, Dios es en Tres Personas, sin principio, antes de los siglos; pero el Hijo no se revistió de carne antes del comienzo del mundo, sino en el tiempo señalado, cuando, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a Su Hijo. Y aun encarnado el Hijo, Dios existía en Tres Personas y en Ellas quiso ser invocado: al brotar esa Flor virginal en la pureza de la virginidad, no se añadió otra persona a la inefable Trinidad, sólo que el Hijo de Dios se revistió de carne, asumida sin mancha.

Por tanto, estas Tres Personas son un solo Dios en la Divinidad, y quien no crea en esto será separado del Reino de Dios, porque queriendo desgarrar la integridad de la Divinidad, se desgarra a sí mismo en la fe, como está escrito:

11. *Palabras del libro de Samuel*

«Al tercer día llegó del campamento uno de los hombres de Saúl, con los vestidos rotos y cubierta de polvo su cabeza»[2]. Así es, en verdad: aquel día, cuando nació la fe católica al manifestarse la San-

2. 2 Samuel 1,2.

ta Trinidad, la aciaga discordia había dispersado a los hombres venidos de las cohortes del ejército de la muerte, que escrutaban pérfidamente lo que los mortales no pueden saber. Así que, doblegados bajo las atenazadoras sugestiones del arte diabólico, se figuraron que remontaban las alturas, queriendo ver más de lo que debían sobre la inescrutable Divinidad. Se les desgarró, pues, el vestido de la salvación y la justicia, porque eran contrarios al Señor, y se envilecieron por la disgregación y la discordia en la cabeza de la fe: no era íntegra su fe, sino que en muchas sectas escindieron el honor único y supremo de la Deidad, haciéndolo añicos en el escarnio de los cismas. Pero el Señor los juzgará a todos ellos, como muestra lo que sigue:

«David preguntó al joven que le había llevado la noticia: —¿De dónde eres? Respondió: —Soy hijo de un forastero amalecita. Le dijo David: —¿Cómo no has temido alzar tu mano para matar al ungido de Yahveh? Y llamó David a uno de los jóvenes y le dijo: —Acércate y mátale. Él le hirió y murió. David le dijo: —Tu sangre sobre tu cabeza, pues tu misma boca te acusó cuando dijiste: "Yo maté al ungido de Yahveh"»[3]. He aquí su significado: así habla el Victorioso, inaprehensible para toda criatura, a la pueril ignorancia del hombre, a esa puerilidad que le hace exaltarse, querer saber lo que le sobrepasa, necedad con la que aborda a Dios, anunciándole temerario: «Te conozco bien, Señor», entonces le responde el Señor de este modo: «¿De dónde eres, que teniendo comienzo, tratas de conocer todo lo que no lo tiene?». Y la necedad, alzada en el hombre que tiene comienzo, contesta, como con la audacia de su ciencia, diciendo: «Hijo soy de un peregrino y aquí vengo desde la tierra maldita; porque el primer hombre, caído al probar la manzana, hizo su camino en el exilio de la patria, y yo soy retoño suyo».

Entonces Dios le dice: «Y siendo hombre de la tierra maldita, arrojado de tu patria al exilio, ¿cómo no has temido escrutar con tanta soberbia lo que no has de saber? Así asfixias tu obra: no dará fruto, ni la luz de la esperanza la iluminará. Así te emponzoñas con el veneno del crimen; pues el que se atreva a escrutar qué fue Dios antes de la creación del mundo o qué hará después del último día, sea separado de su parte en la santa comunión, porque no es esto lo que ha de saber el que tiene un comienzo mortal, cargado de pecados; ah maldito, la bienaventurada salud de la buena ciencia no será contigo, pues con pertinacia perseguiste lo que no debías.

»Ah tú, que como asesino te conduces, presunción y crueldad son tus armas: en tu corazón das violenta muerte a la sabiduría bien-

3. 2 Samuel 1,13-16.

aventurada de la profecía del rey; mira que debiste buscar la ciencia pura, fielmente: con la sencillez con que se ha de creer en Dios».

Entonces Dios da órdenes a la ira de Su justicia pura, que no tiene mancha de iniquidad, la convoca con la recta unidad de todos Sus juicios, y le dice: «Corre y aplástale, que no le quede nada de la buena ciencia que una vez tuvo, que no pueda sentir ya la paz de la dicha, pues no Me dejó reposo en su corazón».

Así, el azote de la ira del Señor le golpea, y no le queda chispa de luz en sus ojos para ver, para conocer a Dios. Muerto está: la justicia del consuelo de la vida no será suya, no es ya dueño de sí mismo. Entonces le dice Dios: «La sangre de tu crimen de subir a las alturas que no has de contemplar sea sobre tu corazón, que injustamente alzaste contra Mí; te hunda ese mal en un profundo abismo de donde no puedas ya levantarte con el báculo de la fe, pues no quisiste caminar por sendas de rectitud, aciaga discordia buscó tu alma. Sí: ¡de toda palabra de sabiduría quede desierta tu boca!, porque habló contra tu salvación cuando falazmente escrutaste la insondable y secreta Divinidad, y te jactaste de saber lo que no ha de ser conocido, diciéndote con temeridad: "Bien sé yo qué es Dios", y con esta audacia diste muerte a la salud de tu alma, mira que no quisiste creer con prudencia en el Señor, sino que, arrogante, contra Él te alzaste».

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Octava visión

LA COLUMNA DE LA SALVACIÓN

Después vi, en la parte sur del muro de piedra del edificio, allende la columna de la Trinidad verdadera, otra columna grande y oscura, visible desde dentro y fuera del edificio, a mis ojos tan umbrosa, que ni su grosor ni su altura pude discernir. Entre esta columna y la de la verdadera Trinidad había, según se dijo ya, un espacio vacío de tres codos de longitud, sin muro, sólo con los fundamentos.

Y esta umbría columna se alzaba en el edificio en el mismo lugar sobre el que había visto yo antes, en los arcanos celestiales ante la faz del Señor, aquel inmenso esplendor de cuatro haces y luminosísimo brillo que, simbolizando el misterio del Creador Supremo, se me manifestó en medio del más grande secreto, y en el que rutilaba otro fulgor, semejante a la alborada que alberga en su etérea claridad una intensa luz púrpura, como revelación mística que me ilustró el misterio del Hijo de Dios encarnado. En esta columna había, de la base a la cima, un camino ascendente a modo de escalinata por donde vi a todas las virtudes de Dios bajar y subir, cargando piedras para su obra, con denodado ahínco en cumplirla.

Y escuché al Ser luminoso que estaba sentado en el trono, diciéndome: «Estos son los obreros más fuertes de Dios».

Pero, de entre estas virtudes, observé sobre todo a siete, cuyas formas y vestiduras contemplé detenidamente. Advertí las siguientes semejanzas entre ellas: todas vestían ropajes de seda, como las otras virtudes antes mencionadas; todas tenían cabellos blancos, iban con la cabeza descubierta y sin manto alguno, excepto la primera —que llevaba velo, según suelen las mujeres, y vestía una casulla diáfana, como de cristal—, la segunda —de negros cabellos— y la tercera, de figura diferente a la humana. La primera, la cuarta y la quinta ves-

tían túnicas blancas. Todas llevaban zapatos blancos salvo la tercera, que no tenía aspecto humano, como se ha dicho, y la cuarta, que calzaba unos zapatos cristalinos de prodigioso brillo.

Y había entre ellas las siguientes diferencias: la primera imagen ceñía una corona de oro, con tres ramas que, en lo alto, descollaban, y deslumbrantes adornos de piedras preciosas verdes y rojas, y perlas blancas. En su pecho llevaba un espejo luminoso en el que aparecía, con mirífica claridad, la imagen del Hijo encarnado de Dios.

Y habló así:

1. *Palabras de la humildad*

«De las mentes humildes soy columna; de los corazones arrogantes, la guadaña que los siega. Empecé por lo pequeño y subí hasta la escarpada altura de los cielos, mientras que Lucifer trató de enaltecerse y en desmedro cayó, abatido al abismo. Que quien desee imitarme, ser mi hijo, como madre suya abrazarme, cumpliendo conmigo mi obra, desde el fundamento ascienda dulcemente a las alturas. Oh hombre, te diré qué quiere decir esto: considera primero la vileza de tu carne y asciende, entonces, paso a paso, de virtud en virtud, con suave y apacible ánimo; mira: a quien se agarre primero a la rama más alta del árbol para subir, pronto le sorprenderá la caída; el que, en cambio, queriendo ascender, empiece por la raíz, difícilmente caerá, si avanza con cautela».

La segunda semejaba toda ella, en su forma y en su túnica, un jacinto con el sublime azul del cielo. Tenía su túnica dos franjas maravillosamente tejidas con preciosos adornos de oro y gemas que descendían, cada una desde un hombro de la imagen, hasta sus pies, por delante y por detrás.

Y dijo:

2. *Palabras de la caridad*

«Ah, en los Cielos se desató mi ira cuando, con dentelladas de odio y soberbia, Lucifer a sí mismo se devoró. Pero, oh, oh, oh, la humildad no quiso tolerarlo. Así que fue arrojado a la gran ruina. Y, ya creado el hombre, oh, oh, oh, el más noble Germen, oh, oh, oh, el más dulce Fruto, el Hijo de Dios, nació hombre por los hombres, hacia el final de los tiempos. Y pues Lucifer quiso y trató de desgarrar

mi vestido y mi pureza, aparecí como luminoso esplendor en Dios y en el hombre. Ahora, en cambio, he aquí que en boca de los ciegos y los muertos soy confundida: llaman amor a la fornicación, la prostitución y el incesto. Pero igual que el fango no puede alcanzar el cielo, imposible es que esta inmundicia emponzoñe mi voluntad. Mira: con las demás virtudes me haré unas alas, con ellas barreré esta cizaña que Lucifer ha esparcido por el mundo. Oh virtudes, ¿dónde está Lucifer? En el infierno está. Levantémonos, pues, todas a una, acerquémonos a la Luz verdadera, construyamos en las provincias las más grandes y fuertes torres para que, al llegar el último día, llevemos abundante fruto en lo carnal y en lo espiritual. Y cuando haya entrado la totalidad de los gentiles, también nosotras habremos alcanzado la perfección en la tierra y en el Cielo. Oh miserable Lucifer, ¿de qué te ha valido tu repentina audacia? Cuando te creó Dios, en tu esplendor primero te embriagaste y, enloquecido, quisiste conculcarme y del Cielo arrojarme; mas tú caíste al abismo, mientras yo permanecí en el Cielo y, después, descendí a la tierra en el Hijo de Dios encarnado. Por mí se perfecciona el ejército de los fieles, pertrechado con mil armas de justicia y bondad y, si hubieras podido, hace tiempo que de buena gana se las habrías arrebatado. Oh humildad, que a los llenos de quebranto y hollados como la tierra a las estrellas elevas, oh humildad, que eres la más gloriosa reina de las virtudes, cuán fuerte e inexpugnable es por doquier tu baluarte: los que con el corazón puro te aman, no desfallecerán; igual que también yo soy, contigo, eficaz escudo, deseable valimiento de los míos, fina y sutil como soy, busco los poros más pequeños de cuantos me adoran, y por ellos entro, hasta colmarlos plenamente».

La tercera imagen se me manifestó con la misma figura con que la vi en mi primera visión: más grande y alta que las demás virtudes, y de forma distinta a la humana; por doquier llena de ojos, habitaba toda ella en la sabiduría; vestía un ropaje umbroso, a través del cual atisbaban sus ojos, y temblaba, embargada de temor, ante el Ser radiante que está sentado en el trono.

Y habló así:

3. *Palabras del temor de Dios*

«¡Ay de vosotros, malhadados pecadores sin temor de Dios que por fabulador Le tenéis! ¿Quién puede huir del temor al Dios incomprensible que deja morir al culpable si porfía en el mal? Tema yo, pues, al Señor, mi Dios, de temor a Él me llene. ¿Quién me

asistirá ante la faz del Dios verdadero? ¿Quién de Su terrible juicio me librará? Oh, nadie lo hará, nadie sino Él, el Dios justo. A mi Señor buscaré, sea mi paradero tu morada, Señor».

La cuarta llevaba en torno al cuello una cadena nívea, y manos y pies atados con blancas ligaduras.

Y así dijo:

4. *Palabras de la obediencia*

«No puedo correr a mi antojo por los caminos del mundo, ni que sea mi rumbo el afán de los hombres: oh, deseo regresar al Señor, Padre de todos, a Quien el Demonio rechazó y no quiso obedecer».

La quinta llevaba en torno al cuello un collar rojo.

Y dijo:

5. *Palabras de la fe*

«El Dios único ha de ser adorado en Tres Personas de una sola esencia y la misma gloria. Fe y confianza en el Señor tendré, pues, y no borraré jamás Su nombre de mi corazón».

La sexta vestía una túnica pálida. Ante ella, en el aire, aparecía la cruz de la Pasión del Hijo de Dios Crucificado, hacia la que elevaba los ojos y las manos con inmensa devoción.

Y habló así:

6. *Palabras de la esperanza*

«Oh Padre misericordioso, perdona a los pecadores, Tú, que no abandonaste a los exiliados, sino que sobre Tus hombros los llevaste. Teniendo esperanza en Ti, ya no moriremos».

La séptima vestía una túnica luminosa y diáfana, más que el cristal, y relumbraba en su claridad como reverbera el agua con los rayos del sol. Sobre su cabeza había una paloma, con las alas desplegadas como para volar, que, inclinándose, miraba su rostro. Y en su vientre aparecía, igual que en un espejo, un niño blanquísimo, en cuya frente estaba escrito: «Inocencia». Su mano derecha sostenía un cetro real y apoyaba la izquierda sobre su pecho.

Y dijo:

7. *Palabras de la castidad*

«Libre soy, sin ataduras. He pasado a través del manantial más puro: el dulcísimo Hijo de Dios, el Amado. Pasé a través de Él y de Él salí. Ah, pise mi calcañar al arrogante Demonio, que no conseguirá encadenarme: lejos de mí, segado ha sido, pues en el Padre Supremo permanezco siempre».

Pero en la cima de la columna umbría vi otra imagen muy hermosa, de pie, con la cabeza descubierta, ensortijados y negros cabellos y un rostro masculino de tan encendida claridad, que no pude contemplarlo con nitidez como el rostro de un hombre. Vestía una túnica púrpura y negra, sobre cada hombro tenía una franja tejida de rojo y amarillo que descendía hasta los pies, por delante y por detrás. En torno al cuello llevaba una estola episcopal maravillosamente adornada con oro y piedras preciosas. Por doquier la rodeaba un esplendor tan diáfano, que no pude mirarla sino por delante, desde su cabeza hacia abajo, hasta sus pies; mas sus brazos, manos y pies me los ocultaban las sombras. Pero el fulgor que la envolvía estaba enteramente lleno de ojos y, vivo todo él, se deslizaba de un lado a otro como las nubes: ora se dilataba, ora se encogía.

Y esta imagen gritó con fuerte voz en el mundo, diciendo a los hombres:

8. *Exhortación de la gracia de Dios a los hombres*

«Oh hijos míos, oídme todos y entended, que la gracia de Dios os habla: doy la luz de las almas a cuantos escuchan mi exhortación, las guardo en la bienaventuranza, no regresen a la iniquidad. Y a estos, pues no me han despreciado, quiero tocar con mi admonición para que emprendan las buenas obras, a estos, digo, que me buscan con sinceridad y pureza de corazón.

Y al repartir las perlas del bien, avisando y exhortando a los hombres, al tocar el entendimiento humano, soy para él un principio: si la mente de un hombre, abiertos sus oídos, escucha mi admonición y la entiende, así que, entrando su sentir en armonía conmigo, deja que ilumine yo su alma, seré entonces, en él, el principio del bien, que ha de empezar con mi ayuda. Y allí se librará la lucha a fin de llevar a la plenitud o no lo que doy. ¿Cómo? Quiero que lo entendáis así: si cuando exhorto al hombre de modo que empieza a gemir y llorar por sus pecados, consiente su voluntad esta advertencia mía con la que le conmino –pues notando sus sentidos esta

mudanza del alma, elevará entonces sus ojos para ver, sus oídos para escuchar, su boca para hablar, sus manos para tocar, sus pies para caminar, según este nuevo deseo que le anima—, y si acoge su voluntad mi admonición, he aquí que, al instante, se levantará, dominará y guiará a los sentidos, que aprenderán a hacer lo que, en sus costumbres, desconocían. ¿Cómo?

Los sentidos cambian porque, aun renuentes, les es necesario seguir a la voluntad que les domina, pues están sometidos a su servicio y, siendo inferiores, habrán de obedecerle, quieran o no. Sí, yo brindo el principio del bien, en la mente lo avivo, ofrezco esta tarea a la voluntad para que la cumpla. Y obro esto mediante la admonición, la exhortación y el ígneo hálito de los dones del Espíritu Santo. Pero si la voluntad rechazara estos dones, entonces todo cuanto os he dicho quedaría en nada. Apresúrate, pues, oh hombre, mientras dure el tiempo en que puedes empezar el bien, mientras el fuego de los dones del insigne mensajero, que yo te envío, te aliente: acuda rauda tu voluntad y lleve esta obra a su plenitud en la claridad.

El hombre tiene la ciencia del bien y del mal para que, en todos sus actos, entienda mejor a Dios, apartándose del mal y obrando el bien; porque así adora a Dios con temor, al abrazarlo en la plenitud del amor. ¿Cómo? Al abrir al bien los ojos interiores del espíritu y al rechazar y extirpar del hombre exterior el mal que pudiera cometer. Por eso se halla bajo su potestad la creación de la tierra: a fin de que pueda, con la máxima amplitud, entender y amar a Dios, y cumplir en Él la obra de su ciencia con este entendimiento, merced al cual ama y teme al Todopoderoso, que le ha otorgado el gran honor de ser servido por una gran multitud de criaturas. Así que, por todo esto, el hombre siembra y recoge: primero discierne con su entendimiento y su ciencia las distintas criaturas, y entonces sabe cuáles son amables y cuáles aborrecibles, cuáles son útiles, cuáles inútiles; y después, con la fe por la que comprende a Dios, culmina todas sus obras de modo que plazcan al Señor y a los ángeles.

Cuando toco el alma humana y la avivo para que obre según la justicia y se aparte del mal, a veces me desdeña, cree posible actuar a su antojo y se promete que hará penitencia al llegar esa edad en que el cuerpo, insensible y frío, consienta, porque en la vejez le sea ya fatigoso seguir pecando. Entonces de nuevo le exhorto y le conmino a que obre el bien y resista su alma. Y mientras porfíe en olvidarme, sufrirá muchas calamidades, cambios de fortuna y otras vicisitudes que le conducirán a obrar el bien, como renuente y a despecho de sí mismo, y a cumplir, ya sin hallar deleite, atormentada su alma, lo que prometió en días más prósperos, cuando estimaba que nada se

le opondría, pues se concedió tanto tiempo para llevarlo a cabo como a su placer convino. Este hombre me recibió en la zozobra, pero no quise abandonarle, porque, aun acogiéndome así, no me despreció del todo: no me habré fatigado por él en vano.

Pues no me espantará tocar las heridas ulcerosas llenas de ponzoña, comidas por los gusanos, en la plétora de los vicios, con el hedor del agravio y la calumnia, con la purulencia de la iniquidad arraigada en el pecado; ni sentiré aversión al restañarlas suavemente cuando, llegado el tiempo, empiece a quitarles la voraz gangrena del mal, cuando las mire y las cauterice tocándolas con el dulce fuego del aliento del Espíritu Santo. Pero, si es tan inveterado el dolor que, resistente a los viejos remedios, se recrudece: si el calor del pecado vuelve a encender el alma yesca del hombre, y ese mal enconado reabre las heridas del crimen; si de esa hez enquistada brotan excrecencias y bultos llenos de la pululante inmundicia de los gusanos, y entre los fomentos de espeso barro bulle la mortífera ponzoña de los escorpiones, las serpientes, las ranas y otras sabandijas venenosas semejantes; si, como roca, se endurece más y más, con dureza impensable de quebrar: la dureza del más pesado fardo, carga insufrible de maldad que a estos hombres doblega, entonces, ¿qué hacer? Ah, entonces los hombres, por su infidelidad, no confían en que uno así sea capaz de volver de su agravio hacia el Señor, pues lo ven como alimento del Demonio. Pero he aquí que yo no le abandonaré: con mi aguerrido brazo acudiré a su lado en la batalla, y empezaré a ablandar dulcemente la dura roca de su pecado, piedra difícil de quebrar, con el asfixiante hedor de aciagos crímenes que son la raíz de esta monstruosa ponzoña, de esta ignominia, que son como cadáver putrefacto, alimento del Demonio que sin duda ha digerido en su vientre. ¿Cómo? Dice el Hijo de Dios en las Escrituras: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado»[1]; y, al contrario, el alimento del Demonio es hundir a los hombres en la muerte, por lo que insufla esa ponzoña que os digo a quien se entrega a su voluntad y en pos de él sucumbe. Esto es lo que persigue, por esto porfía con saña el Demonio, pues de esta hez nace todo el mal.

Pero, de entre esos hombres, muchos acaban por entenderme. ¿Cómo? Cuando los toco por vez primera, dice uno de estos para sí: «¿Qué me pasa, si ni conozco el bien ni soy capaz de concebirlo?». Y, de nuevo, ignorante suspira y exclama: «¡Ay de mí, pecador!». Y ya no siente nada más, porque pesa sobre él la carga del pecado, porque le ciegan las sombras de la muerte. Entonces toco otra vez sus

1. Juan 4,34.

heridas. Y pues ya le advertí antes, ahora me entiende mejor y, mirando dentro de sí, vuelve a decir: «Ay de mí, ¿qué haré? No sé, ni soy capaz de imaginar, qué será de mí por todos estos pecados. Ah, ¿a dónde iré, a quién acudiré que me ayude a enterrar mis miserables culpas y a borrarlas con la penitencia?».

Entonces mira de nuevo en su interior y con ese denuedo, con el mismo deseo con que antes se entregaba enardecido a su afán de pecar, se vuelve ahora a la verdadera penitencia. Y, despierto por mi exhortación del sueño de la muerte que había elegido en lugar de la vida, ya no querrá pecar más ni con el pensamiento ni con la palabra ni con la obra que antes dedicó ardientemente al mal; mas con ahínco y durísima penitencia, hacia mí se levantará. Yo al instante le abrazaré todo, lo desataré y quedará libre para siempre; le habrá sido extirpada la raíz de su mal, ya no sufrirá las graves heridas que soportan mis bienamados hijos, a los que prevengo por medio de innumerables quebrantos entre las ardientes flechas de las persuasiones diabólicas, porque ya no le hará falta. Pues siempre se dolerá por los pecados cometidos, enfurecido consigo mismo se someterá a una amarga penitencia, estimándose indigno de llamarse hombre. Pero he aquí la victoria sobre la hedionda inmundicia de estos hombres, a los que no quiero rechazar porque, después de pecar, me buscaron. Sí, los que no me desprecian, sino que reciben mi exhortación y me buscan devotamente, me tienen dispuesta a hacer lo que deseen. Ah, esos que, en cambio, me arrumban despectivos están muertos, y no los conozco.

Sí, hay muchos que, cuando sienten mi presencia, comprendiendo que mi admonición ha tocado sus mentes, huyen de mí por las malas artes de los pecados que urden y que, con todo su empeño, su consentimiento y sus obras, devoran; en verdad que estos son estimados como nada y vacío ante Dios, porque no desean saber qué pueden hacer al ser tocados por mí. Mas no permaneceré en la hez de estos pecadores que no quieren recibir mi admonición ni purificarse por mi exhortación a que se aparten de sus pecados, ni anhelan comer el alimento que es la Palabra del Evangelio, con el que han de saciarse todos los fieles, ni ansían gustar su sabor, que les ha sido ofrecido; sino que huyen presurosos de la gracia de Dios, pues no quieren ni ver ni oír ni pensar qué han de hacer cuando son llamados por la admonición del bien. Escapan de la exhortación al bien como el gusano que se mete bajo tierra, escondiéndose de toda la belleza del mundo. Así obran estos hombres viles, fugitivos de los preceptos de Dios, mancillándose en la ciénaga donde se envuelven en la muerte, agazapados en su maldad sin querer salir de su hedionda ponzoña

hacia la luz. Los que son de tal jaez, no me pertenecen. Pues no deseo desperdigarme aquí y allá en la inmundicia de la ciénaga. ¿Cómo? Yo estoy con los que, mediante la penitencia verdadera, me comprenden: allí me sumo en la podredumbre humana porque quiero purificarla. Pero a los que no me entienden, los aparto de mí; no habitaré en ellos, pues nada tenemos en común, están de parte de la ciega ignorancia sin querer escucharme, y no participaré en esa obra que es trabazón de la maldad endurecida, la muerte.

Los que así me escarnecen imitan al ángel perdido que, mientras pudo ver al Señor, no quiso contemplarlo para conocerlo en la humildad, por lo que pronto cayó de toda gloria celestial, sucumbió en la muerte al tratar de semejarse a Dios con el mismo honor. Estos me desprecian, participan en la obra del maligno, según les exigen las execrables apetencias carnales que les enardecen. Y como me rechazan, hacen lo que les place. Estos desdeñan al Señor, arrumbando así Sus preceptos. Por eso, muchas veces, en mi ira les pongo por destino que lleven a cabo cuanto desean, hasta la plenitud de sus mentes, pues la vida de la eterna felicidad se les escapa, como si nada fueran; y, muchas otras, no conocerán la prosperidad ni en esta vida ni en la venidera, porque son inamovibles y duros ante la dicha del bien. Sí, a los pecadores contumaces que perseveran en su mal los abandono, y vivifico, en cambio, a los que miran en su interior y se vuelven de sus pecados, con temor y penitencia pura, hacia mí.

Pues soy la columna de la firme estabilidad, que nunca abandono a cuantos me buscan: el que me abrace y se una a mí, honda y fielmente, jamás caerá en la perdición. Pero ay de aquel que me arrumbe en el olvido de su mente y se ensalce queriendo superarme, aquel que confía más en sí mismo que en mí, que renuncia, por tanto, a tenerme fe, porque en nada estima la gracia de Dios, pues soy en su corazón como viento en torbellinos y me arrincona y me escarnece altanero, en su desesperada arrogancia, ése que, no por la gravedad de los pecados cometidos, sino por su soberbia, riéndose de mí exclama: «¿Qué es la gracia de Dios?»: al que así sea, abatiéndole le daré muerte, y no se levantará por elección mía, pues muerto está para la dicha eterna.

Estos hombres que no confían en poder levantarse de las graves culpas de sus pecados escarnecen así a Dios y a Su gracia: desesperanzados, en el más lóbrego desaliento, como si no pudieran ser salvados de la desmesura de sus crímenes, sucumben, apartados de mí; y caen en la más amarga muerte, agonizantes en el fondo del seol, condenados al morir eterno.

Pero ahora os hablaré de mis hijos bienamados: los que me acogen con mente abierta, firme ánimo y hondo entendimiento; los que me acarician con sus llantos y gemidos, y van en pos de mí jubilosos, abrazándome con toda el alma. ¡Oh flores mías! Que, al sentir mi presencia, exultan conmigo y yo con ellas. Son para mí más dulces y suaves que el deleite de las piedras preciosas, de las luminosas perlas para el hombre que, con ardiente deseo, las acaricia. Son para mí las más nobles piedras sillares, siempre se regocija en ellas mi mirada. Las puliré y lavaré sin cesar a fin de que sean puestas recta y hermosamente en la Jerusalén Celestial; pues siempre apacientan sus corazones conmigo en buena voluntad y nunca se sacian de mi justicia. Al instante de advertir mi presencia, corren en pos de mí como el ciervo tras las corrientes de agua. Pero a veces se sienten abandonados, sin ayuda, porque me alejo de ellos para que no se enaltezca su hombre exterior por la soberbia. Entonces claman y lloran, creyendo haberme agraviado, mas así veo yo la fe que me tienen.

Entretanto, con fuerte mano los sostengo, aparto de ellos la arrogancia, sin permitirles saber lo que son en sus bienes ocultos: porque quiero que den mucho fruto, fruto que germinará en la sazón de sus almas dolientes, de sus corazones heridos por el quebranto. A veces dejo que las persuasiones diabólicas les acometan con dardos encendidos en el fuego abrasador del desenfreno, en el humo de la ponzoña enherbolados, que hieren sus cuerpos por la debilidad de su frágil naturaleza; y dejo que así sea para que después, plenamente imbuidos de la inspiración del Espíritu Santo, se conviertan en aguerridos heraldos y brillen en la virtud. Porque serán acendrados como el oro en el crisol: serán probados por el escarnio y la ignominia, como si se contaran entre los muertos, despojados innumerables veces de sus bienes por los ladrones, presa del encono y la discordia de los hombres, serán despellejados como el cordero por los lobos. Pero igual que las ovejas se dispersan cuando las persigue el lobo, y así no mueren, tampoco en el morir de las almas perecen estos hombres, sino que se colman de vida, purificadas por la adversidad. Sí, al buen árbol hay que regarlo, podarlo y cavar a su alrededor para que llegue a la sazón, y quitarle las orugas, no se coman su fruto. ¿Qué quiere decir esto?

Que ningún hombre bueno sea duro ni empedernido frente a la justicia de Dios, sino tierno y flexible al bien: extirpe de sí el mal, lo cribe al escrutar sus obras, arranque de su corazón la cizaña de sus hirientes enemigos. Pues en verdad te digo, oh hombre: antes de que me sientas en tu pensamiento, antes de que tu razón sepa mi presencia en tus entrañas, soy para ti el principio, la plantadora de

la abundancia, la virtud y la fuerza de la firme ciudad, edificada sobre la sólida roca. ¡Que todo hombre fiel me escuche! Mira que te digo:

«Oh hombre, ¿acaso es apropiado y congruente que el ser racional se convierta en una bestia irracional y necia que no hace sino seguir sus instintos? ¡Oh miserables, que os negáis a conocer la inmensa gloria que Dios os ha dado a semejanza Suya! Ah, pero no es posible que, según pretenden, hagan libremente, como por un derecho de herencia, como sancionados por naturaleza, todo el mal que desean, sin querer considerar que tienen el honor de poder obrar el bien. Dios todo lo estableció justamente en Su designio. ¿Y quién es capaz de hacerle frente? Porque te pregunto: ¿quién podría, en un parangón de esta índole, compararse a Dios en sabiduría y discernimiento sobre lo que fuere, ofreciendo un ejemplo semejante a Su designio? ¿Por qué, pues, quieren desposeerse del talento que se les ha dado para hacer el bien o el mal? ¿Cómo? Tan pronto como sienten mi presencia aquellos que me comprenden cuando les exhorto con mi caricia, pueden cumplir la buena obra que deseen, gracias a mi ayuda; los que, en cambio, me desprecian, sucumben en su necedad y en su ignominia. Los hombres viles tratan de excusarse diciendo que no pueden obrar el bien; y así actúan porque el hombre exterior ejerce en ellos su voluntad sin trabas.

»Pero ahora, oh queridos hijos míos, dulce esencia para mí, más que todos los aromas, escuchadme, porque os exhorto a que, mientras dure el tiempo en que podéis hacer el bien y el mal, adoréis a vuestro Dios con sincera devoción. Y aún más, oh queridos hijos míos, que surgís cual alborada y arderéis en el amor como el sol en sus rayos: corred, apresuraos, bienamados míos, por el camino de la verdad, que es la Luz del mundo, Jesucristo el Hijo de Dios, que os ha redimido con Su sangre hacia el fin de los tiempos, para que, después de vuestro tránsito, con gozo podáis llegar a Él».

Y de nuevo escuché al que estaba sentado en el trono, diciéndome:

«Los que aspiren al cielo deben creer fielmente, pero que no escruten, con pertinacia, cómo fue enviado el Hijo de Dios por el Padre y nació de una Virgen; mira que a la mente humana abruma su frágil carne mortal, y la carga del pecado la atenaza: no puede discernir el secreto del Señor más allá de cuanto el Espíritu Santo revele a quien quiera».

9. *La Humanidad del Salvador sostiene la Iglesia*

Así que *la columna que viste en la parte sur del muro de piedra del edificio, allende la columna de la Trinidad verdadera,* simboliza, por místico secreto, la Humanidad del Salvador que, concebido por el Espíritu Santo y nacido de una dulcísima Virgen, es el Hijo del Altísimo, la columna más fuerte de la santidad, que sustenta toda la edificación de la Iglesia. Su Humanidad aparece en la ardiente fe del pueblo fiel que obra esforzadamente, edificándose, como piedras, en la bondad del Padre Celestial, y se manifestó después de la revelación de la Trinidad: porque, testimoniada al pueblo fiel la Trinidad en un solo Dios, también se creyó en la Palabra encarnada de Dios como Dios verdadero que, con el Padre y el Espíritu Santo en la Unidad de la Divinidad, ha ser adorada en un único y verdadero Dios.

10. *La santidad de la Encarnación es oscura para las mentes humanas*

Esta columna era grande y oscura, visible desde dentro y fuera del edificio: porque la santidad de la Encarnación verdadera, inmensa, inconmensurable, es tan oscura para las mentes humanas, que no pueden ver sino lo que sea posible vislumbrar por la fe: lo que conozcan, por la fe y las obras, los que habitan en el interior, consagrados al culto divino; o lo que sea manifestado, por la fama y la voz, a los que viven fuera, dedicados a lo transitorio.

A tus ojos tan umbrosa, que ni su grosor ni su altura pudiste discernir: pues cuando Mi Hijo vivió entre los hombres en carne mortal, porque venía a sufrir la muerte por ellos, esa mortalidad Lo envolvía en sus sombras, aunque apareció sin mancha alguna de pecado, así que Su Encarnación verdadera, incomprensible en la grandeza mística de los secretos de Dios, inconmensurable en la excelencia del poder divino, sobrepasa todo cuanto el entendimiento humano puede conocer.

11. *El Cuerpo de Cristo, aún oculto en sus miembros*

Entre esta columna y la de la verdadera Trinidad había, según te fue mostrado ya, un espacio vacío de tres codos de longitud, porque el Hijo Encarnado de Dios, Dios verdadero con el Padre y el Espíritu Santo, está aún oculto en Sus miembros: los hombres fieles que nacerán hasta el fin del mundo, que por sus obras vivas son los miem-

bros de Su cuerpo y Él su Cabeza, como te ha sido enseñado más arriba con símbolos y maravillas. Quiénes serán, cuántos y cuáles, los que llegarán en el correr de los tiempos venideros, se halla en el misterio de la inefable Trinidad, a la que adorarán en la Unidad de la Divinidad con culto fiel, pues aún está vacío el lugar de los que nacerán: sin edificar la muralla de sus buenas obras.

Sólo estaban los fundamentos: porque se hallan en la presciencia del Señor y porque su fe en la salvación, que habrán de alcanzar, está ya firmemente cimentada, de modo que el hombre no libre su esperanza ni confíe sino en Dios, que no desespere de Su misericordia, antes bien, arraigue en Él, que es el poderoso fundamento del alma fiel.

12. *Las obras del Hijo de Dios están en la voluntad del Padre*

Y esta umbría columna se alzaba en el edificio sobre el mismo lugar en el que habías visto antes, en los arcanos celestiales ante la faz del Señor, aquel inmenso esplendor de cuatro haces y luminosísimo brillo que, simbolizando el misterio del Creador Supremo, se te manifestó en medio del más grande secreto: todas las obras que el Hijo de Dios Encarnado llevó a cabo corporalmente en el mundo, padeciendo injurias, las cumplió según la secreta voluntad del Padre. *Ese inmenso esplendor, y sus cuatro ángulos, también representa, en los misterios del Señor,* que muchos de los que nacerán en las cuatro partes del mundo llegarán al conocimiento de Cristo. *Y era de una eximia blancura*: porque ninguna tiniebla puede oscurecer la luminosa Divinidad, por la que te ha sido revelado, entre símbolos, el secreto de la suprema y gloriosa Majestad en la inmensa hondura y en el misterio de la ciencia del Creador de todo, que formó el universo sólo con Su voluntad de bondad, a través de Su Palabra, así que nadie Le ayudó y nadie puede hacerle frente y resistirle. *En ese esplendor rutilaba otro fulgor semejante a la alborada que alberga en su etérea claridad una intensa luz púrpura, como revelación mística que te ilustró el misterio del Hijo de Dios Encarnado*: en lo recóndito del Dios Supremo surge el brillo de la aurora: la Virgen María, la cual llevó en su útero al Hijo del Padre Celestial y Altísimo que derramó esplendorosamente Su sangre púrpura en la clarísima Luz de la salvación, y así te es revelada en esta secreta visión la Encarnación del Señor entre místicas penumbras.

13. *Todas las virtudes obran plenamente y salen a la luz en Cristo*

En esta columna había, de la base a la cima, un camino ascendente a modo de escalinata: todas las virtudes obraron plenamente en el Hijo de Dios Encarnado, que dejó en Sí mismo el camino de la salvación a fin de que, del menor al mayor de los fieles, encuentren en Él la grada correspondiente para poner el pie y ascender por la virtud hasta alcanzar el lugar más excelso, donde todo es virtud. ¿Cómo? En los lugares más excelsos de los buenos corazones las virtudes se unen a su santa obra hasta que lleven a la plenitud al Hijo de Dios en Sus miembros: en Sus elegidos. Porque en Él esta el ejemplo de la plenitud para todos los fieles consagrados a la Ley de Dios, a fin de que vayan, rodeándolo en su subida, de lo bueno a lo mejor, conociendo la manifestación de la Encarnación verdadera, por la que se reveló, verdaderamente, según la carne, el Hijo de Dios, en Quien se halla el firme camino de ascensión a los Cielos. *Y viste que por ella bajaban y subían todas las virtudes de Dios, cargando piedras para su obra*: porque, en el Unigénito de Dios, las luminosas virtudes descienden a través de Su humanidad, y a las alturas suben a través de Su divinidad. Descienden por Él a las entrañas de los fieles que, con buen corazón, renuncian a su propia voluntad y se vuelven hacia las obras justas, flexibles como el trabajador que se agacha para alzar la piedra y llevarla al edificio. Y por Él suben cuando, exultantes, ofrecen al Señor las obras celestiales cumplidas por los hombres a fin de que el cuerpo de Cristo alcance Su plenitud cuanto antes en Sus miembros fieles. Por eso llevan a las alturas estas piedras —las obras aladas y luminosas que los hombres realizan con ellas para su salvaguarda: porque cada acción recibe de Dios sus alas, con las que se eleva allende la inmundicia de la mente humana, llena de un rutilante esplendor por el que brilla ante Su faz; pues cuanto fluye del manantial de la vida eterna no puede obstruirse ni ocultarse—. Mira: igual que la fuente no debe esconderse, sino brotar a plena luz, así que cuantos tengan sed vengan, tomen y beban de ella, tampoco el Hijo de Dios esta enterrado ni oculto a Sus elegidos, sino que sale a plena luz, preparado para retribuir las obras a fin de que, mediante una justa recompensa, sean manifestadas aquellas que los hombres han cumplido según Su voluntad. Que los hombres fieles caminen, pues, en la fe hacia Dios, que busquen Su misericordia, y les será dada. Porque el que no la busque, no la encontrará; lo mismo que el manantial no fluye para el hombre que sabe dónde está, pero no va hacia él: tendrá que acercarse si quiere beber sus aguas. Que así haga el hombre. Que se acerque al Señor a través de la Ley que Él le prescribió, y Le encon-

trará: le será dado el alimento de la vida y el agua de la salvación, y ya nunca más sufrirá hambre ni sed. Y estas virtudes *mostraban denodado ahínco en cumplir su obra*: porque corren apasionadamente hacia la obra divina como torrentes de agua para que los miembros de Cristo, brillando más que el sol, alcancen noblemente la plenitud, unidos a su Cabeza en luminosa trabazón. Por eso escuchaste que eran llamadas fuertes trabajadores del Señor: siempre se consagran esforzadamente a las buenas obras de los fieles.

14. *Las siete virtudes de los siete dones del Espíritu Santo*

Pero, de entre estas virtudes, observaste sobre todo a siete, cuyas formas y vestiduras contemplaste según te fue concedido: entre las obras virtuosas, estas siete virtudes sobresalen al designar los siete ardientes dones del Espíritu Santo; porque la Virgen Inmaculada concibió sin pecado al Hijo de Dios, cubierta por la sombra del Espíritu Santo: en la santificación de las bienaventuradas virtudes que se manifestaron a plena luz en el Unigénito de Dios, iluminando mediante su forma los corazones de los fieles y extendiéndose, en el desplegar sus vestidos, en la unidad de la fe, como testimonia Mi siervo Isaías cuando dice:

15. *Palabras de Isaías*

«Saldrá una rama del tronco de Jesé, y una flor de sus raíces brotará. Reposará sobre ella el espíritu de Yahveh: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad. Y le colmará el temor de Yahveh»[2]. Así es, en verdad: la Virgen María salió de la angustia y la opresión del mundo a la dulzura de la virtud, como aquel que sale de la casa en que ha estado encerrado, no por arriba, sino siguiendo el recto camino frente a sí, y como el reguero de vino exprimido en el lagar no mana saltando por encima del trujal, sino fluyendo mansamente por su caño. ¿Y por qué dice «rama»[3]? Porque no tiene espinas su naturaleza, ni nudos de afanes terrenos, sino lisura: de apetencia carnal desligada, brota del tronco de Jesé, que es como el fundamento de la estirpe real de la que salió esta Madre Inmaculada. Y de la raíz de

2. Isaías 11,1-3 (según Vulgata).
3. Literalmente *virga*.

esta rama emanó un suavísimo aroma: la plena lozanía de la Virgen, volando hasta las alturas, donde el Espíritu Santo la llenó para que naciera de ella la Flor del alimento. ¿Cómo? Como brota una flor en el campo sin ser sembrada, así surgió en ella el Pan celestial, sin raíz de cópula con varón y sin peso humano alguno: engendrado sólo en la dulzura divina, libre de la mancha del pecado, vino sin saberlo la serpiente asechadora, que no pudo tocarlo. Por eso esta Flor oculta confundió a la serpiente, así que subió a las alturas y levantó al género humano, concebido en el pecado, al que la serpiente había atrapado en sus celadas y arrastrado consigo a la perdición. Y como esta Flor era el Hijo de Dios, sobre Ella reposó el espíritu del Señor: el espíritu de la eterna Divinidad. ¿Cómo?

Cuando la humildad fue ensalzada en la ascensión de esta Flor, allí en el escarnio fue abatida la soberbia, a la que la primera mujer prestó oído, queriendo tener más de lo que debía: la segunda mujer se entregó al servicio del Señor, se reconoció pequeña en la humildad y confesó a su Dios; entonces el Espíritu Santo reposó con Su fuego en Aquel en el que se escondía el amor elegido, que salvó a las ovejas perdidas, borrando los pecados y agravios de los hombres. Oh sí, en Él estaba la plenitud de la santidad, irradió la luz viva que abrasó la venenosa manzana y toda su iniquidad; de Él emanó el bálsamo de los muertos, enhiesto estandarte[4] que abatió y derrotó a la muerte. No faltaba fuerza alguna a Su santidad: concebido sin sombra de pecado como el que atenaza siempre a los hijos de los hombres, nacidos en la lóbrega noche de la culpa. Cuando esta Flor exhaló, con Sus hechos y Sus enseñanzas, hasta el último aliento de la justicia, alumbró Su fruto en la plenitud el Espíritu Santo: porque el Hijo de Dios, revestido de carne, manifestó en la diáfana luz de Sus obras cuanto el Espíritu Santo había anunciado otrora con Su inspiración, en las penumbras de la mística.

Las palabras del profeta señalan que el Espíritu Santo reposó septiformemente sobre esta Flor: pues cuando Dios creó todas las cosas por Su Palabra en el Espíritu Santo, descansó «en el día séptimo de toda la labor que hiciera»[5]. Pero estos dones son nombrados de dos en dos: porque el cuerpo y el alma obrarán unidos entre sí en mutuo amor por la unción del Espíritu Santo, mientras que el temor de Dios se menciona solo, pues ese espíritu, que venera tembloroso al Amor, significa adorar al Uno sobre todo. Por eso llama el profeta, nombrándolo también solo, *el* espíritu del Señor al espíritu del

4. Véase Isaías 11,10.
5. Génesis 2,2.

que dimanan, resplandecientes, las poderosas virtudes como brotan las ramas de la raíz: porque es un solo Dios del que procede todo el bien y por el que todo ha sido dispuesto sabiamente. Y como el espíritu del Señor reposó sobre esa Flor, el espíritu de la sabiduría también permaneció en Ella, pues allí donde esté el espíritu del Señor, no faltará la sabiduría.

Así que en Ella habitaba el espíritu de sabiduría e inteligencia: porque la excelsa sabiduría apareció cuando Dios creó todo por Su Palabra, pues la sabiduría estaba tan arraigada en Ella, que la Palabra era sabiduría. Pero la Palabra, invisible mientras aún no se había encarnado, se volvió visible al encarnarse: porque la Palabra, que estaba antes de la creación en el corazón del Padre, por la que se hizo todo y sin la que no se hizo nada de cuanto existe, alboreó como una flor en el tiempo: lució en la humanidad y dio a los hombres la inteligencia del bien con Su testimonio. ¿Qué quiere decir esto? La sabiduría y la inteligencia están, en verdad, unidas, y pues Dios creó al hombre con sabiduría, este debería entender dignamente a su Creador. Por tanto, antes del parto virginal, Dios había de ser entendido indudablemente. Pero después del parto virginal que alumbró a la Flor en la carne, esta misma Flor debía ser comprendida como Dios y como hombre, admirablemente. Y esta inteligencia, antes invisible, se hizo visible, a los ojos de todos, en la Flor, porque la Flor trajo a la luz su fundamento: que el hombre puede entender a Dios si obra con sabiduría. ¿Cómo? La sabiduría es el origen de las buenas obras cuando, con ella, venera el hombre a su Dios; y a ella se une la inteligencia, porque al obrar el hombre el bien por la sabiduría, lo difunde a otros: inunda jubilosamente sus inteligencias con el buen aroma y dulce sabor que de él dimanan.

En esta Flor virginal, a la inteligencia le sigue el espíritu de consejo: pues el hombre con inteligencia iba a ser liberado por el consejo divino[6]. Por eso descansó sobre Ella el espíritu de consejo y fortaleza, porque, más allá de los siglos, ya estaba en el Padre este designio: que Su Palabra se encarnaría en el tiempo, cumpliría todas Sus obras según la voluntad del Padre y mostraría la obediencia en Sí misma para que, irradiándola, iluminara a los hombres y así estos aprendieran a imitarle en sus actos.

Cuando la Flor apareció en Su vigorosa lozanía, surgiendo toda de la Divinidad, la fortaleza se hallaba celada en Su seno para vencer con tanto mayor poder al Demonio cuanto, por designio, más secretamente se le ocultara. ¿Cómo? Al consejo está unida la fortaleza que

6. Téngase presente que esta palabra también significa «designio». (*N. de los T.*)

requiere: porque el consejo de Dios destruyó el reino del Demonio mediante la fortaleza de Su Hijo. Por eso el Hijo de Dios, el poderoso león, conculcó la muerte, hija de la impiedad, con la radiante luz que es la fe; pues gran fortaleza es, en verdad, que el hombre crea, por consejo, en aquello que los ojos de la carne no pueden ver. ¿Qué quiere decir esto? El consejo atraviesa, mediante la fortaleza unida a él, la dureza de los pétreos corazones, empedernidos por su porfía en la ignominia, y de tal modo hiende esta necia dureza, que es rechazada la obra de la carne y cumplida con capacidad la obra del Señor. Por eso, en esta Flor, la ciencia acompaña a la fortaleza: pues los hombres, merced a la fortaleza dimanada de Dios, llegan a Su ciencia para conocerle. Así que también halló reposo en Ella, gracias a la suprema dulzura, el espíritu de ciencia y piedad; porque conoció y se compadeció de las miserias humanas, siendo Ella misma la esperanza por la que entraréis en la salvación, pues también conoció la muerte y, por Su muerte, lavó los pecados del mundo con inmensa piedad. ¿Qué quiere decir esto?

A la ciencia está unida, rectamente, la piedad: porque el Hijo de Dios cumplió, con conocimiento e inmensa piedad, la voluntad de Su Padre. El Unigénito, nacido de una Virgen, sembró entre los hombres, para que imitaran a la cohorte de los ángeles, el germen de la virtud celestial, el pudor de la castidad, virtud que surgió por la piedad suprema cuando, en la rama venida de Jesé, germinaron las virtudes de esta Flor, que la primera mujer rechazó al querer escuchar el consejo de la serpiente, por lo que cayó con ella todo el género humano, despojado de la alegría de la claridad celeste; y en esas tinieblas seguiría si no fuera porque el florecer de esta rama lo levantó, con Su ciencia y Su piedad, a la santidad de la salvación. ¿Cómo? A la fortaleza que venció al Demonio se une la ciencia inspirada por el Espíritu Santo cuando los hombres fieles conocen, con devoción y ardiente deseo, a Dios y, henchidos de anhelo, Le abrazan con todas las entrañas del alma fervorosa.

Pero, en la Flor virginal, a la piedad sigue el temor de Dios: cuando la piedad habita en los fieles, les inspira el temor de Dios a fin de cumplir Sus preceptos. Por eso el temor de Dios colmaba esta Flor: porque tal plenitud de virtudes poseía, que no era posible hallar en Ella hueco para la aciaga soberbia, el ansia de honor o la desobediencia a la Ley; pues llena estaba de temor de Dios, sin buscar nada impropio, como hicieron el primer ángel y Adán, sino que glorificó a Su Padre en toda Su obra, ofreciéndole el acatamiento debido. Por eso el temor de Dios es el comienzo de toda la justicia: es el principio y el fin de las demás virtudes, así como el descanso del

día séptimo es la consumación y el origen de las criaturas. ¿Cómo? El temor despierta y mueve al temblor, raíz que germina para que den su fruto las virtudes. Así pues, el temor de Dios llena esta Flor: porque todo germen de las buenas obras dimana de Ella, Ella es su savia, hace retoñar la lozanía de todas las virtudes, colmada entre todas de su fruto, a fin de que sea alcanzada la plenitud del bien, como dicen de esta Flor las Escrituras:

16. *Palabras de Salomón*

«Como el manzano entre los árboles silvestres, así mi amado entre los mozos. A su sombra apetecida estoy sentada, y su fruto me es dulce al paladar»[7]. Así es, en verdad: el Hijo de la Virgen, dulce Amado del casto amor, con Quien se funde el alma fiel en suave abrazo apetecido para coronar su plenitud, el Cristo al que, desligada del vínculo de la carne, se une y ama en esta verdadera alianza y en el espejo de la fe contempla, oh, es el más hermoso fruto del árbol en sazón, sí, como fruto venido de la lozana rama en flor, así es el Hijo de la Virgen, nacido de la castidad virginal: da el pan que conforta a los hambrientos y el agua que dulcifica la sed. Entre los árboles silvestres destaca: entre los hijos de los hombres, que en la culpa nacieron y en pecado habitan, que no dan un fruto comparable al Suyo, porque Él salió de Dios y brindó el fruto pleno de la dulzura de la vida, pero, los demás, sólo por Él tienen lozanía y llegan a la sazón. ¿Cómo? Al encarnarse trajo al mundo la salvación: el Amado Hijo de Dios apareció entre los hijos de los hombres que, por Su cálida savia, florecieron y dieron fruto, mas sin la fértil plenitud que Él desbordaba, pues salió de Dios lleno de santidad y nació de una Virgen. ¿Y por qué es amado? Porque conculca cuanto se oponga al alma fiel que al Cielo corre.

Por eso el alma bienaventurada Le llama, con recto juicio, el Amado, porque por la fe de su amor se desvive, librando dura batalla contra las apetencias carnales en pos de Él suspira amorosamente, y purificándose con ardientes lágrimas de deseo, a Él se abraza, como la esposa al esposo al que se unió, henchido de gozo el corazón. Pues cuando sella su alianza de castidad, siente que Lo anhela, diciéndose: «Me despojaré de las pasiones carnales para unirme al Amado, a la sombra de Su amor me sentaré, a la sombra largamente apetecida, colmada de Su ardor me cobijará del infesto fuego». ¿Cómo? Em-

7. Cantares 2,3.

briagada de pasión por Su amor, someteré el fuego del amor carnal, al que apagaré con la voluntad de mi alma. Por eso Su dulce fruto, que saboreó mi alma al suspirar por el Señor, es más dulce a mi paladar que toda la dulzura sentida de la carne, otrora apetecida. ¿Y por qué es dulce? Porque, nacido de la Virgen, tiene un dulcísimo sabor y emana un poderoso ungüento: el bálsamo de la resurrección a la vida, por la que los muertos se han levantado, el bálsamo celestial que cura las heridas de los pecados por Su encarnación, llena de santidad y dulzura en todas las virtudes y en la virginidad.

Oh virginidad, el fuego te encendió y en ti germinó el más fuerte retoño, que brillante de tu seno, oh estrella de los mares, despuntó, que toda sórdida ignominia aniquila, siempre combatiendo contra los crueles dardos del Demonio: oh exulta en la armonía celestial, en la esperanza de estar entre los ángeles. ¿Cómo? El Espíritu Santo suena con armonía en el tabernáculo de la virginidad porque esta siempre canta la Palabra del Señor para poder abrazar a Cristo con toda la devoción, ardiendo en Su amor, y enterrar en el olvido las apetencias carnales que, en furioso incendio, enervan al hombre, unida al único Esposo, al que nunca tocó el pecado, unida sin deseo de la carne, siempre floreciendo con Él, en el gozo de las nupcias reales.

17. *Significado de estas virtudes y sus vestiduras*

Advertiste las siguientes semejanzas entre ellas: todas vestían ropajes de seda como las otras virtudes que antes te fueron reveladas, porque estas luminarias preparan, cada una según su orden, una piadosa armonía en las mentes humanas y, como las demás virtudes, visten, en el Señor, la dulzura: la suave devoción en la custodia de las almas santas, sin las duras espinas de los vicios. *Todas tenían cabellos blancos, iban con la cabeza descubierta y sin manto alguno*: pues se unen a las mentes humanas con el esplendor de la inocencia, sin las ataduras de la depravación, desnudas de las vanidades mundanas, siempre huyendo de la zozobra de los vicios.

Pero la primera llevaba velo, según suelen las mujeres, y vestía una casulla diáfana, como de cristal: humildemente sometida a Dios lleva el yugo de la obediencia, con su afán celestial prosterna toda exaltación diabólica y se une a Cristo, Cabeza misericordiosa, imitando con la luminosa pureza del corazón al Humilde Sacerdote, puro y diáfano, sin sombra de pecado; porque los sacerdotes del Sumo Sacerdote han de ser obedientes, humildes y puros.

Y la segunda era de negros cabellos: porque muestra a plena luz que, a través de Cristo, su Cabeza, lava en los hombres la negrura del pecado.

La tercera tenía una figura diferente a la humana: pues su tarea es conmover a los hombres para que tiemblen y se amedrenten ante el juicio de Dios; por eso no es humana su forma: porque, a diferencia de ella, los hombres muchas veces arrumban al Señor, olvidando temerle.

La primera, la cuarta y la quinta vestían túnicas blancas: llevan las vestiduras de la inocencia, que Adán perdió al desobedecer el mandato divino, pero que después el blanquísimo lirio de la floreciente virginidad recuperó en la salvación, vestido humildemente con la obra de la sumisión al Señor, que brilla ante Dios como relumbra ante los ojos de los hombres la más luminosa estrella.

Todas llevaban zapatos blancos salvo la tercera, que no tenía aspecto humano: son las más hermosas obras de los hombres, que reducen a nada sus apetencias carnales caminando tras el ejemplo de su Salvador, luz esplendorosa. *Una de ellas no parecía humana*: pues no concibe audacia alguna, siempre vigilante y alerta, a diferencia del hombre, que no pocas veces se abandona, contumaz, a su apatía; y es el heraldo de la justicia exhortando a los fieles para que observen con prudencia el juicio de Dios. *Y la cuarta calzaba unos zapatos cristalinos de prodigioso brillo*: porque subyuga su voluntad y camina por la luminosa senda de Cristo, así extermina en su seno a la muerte con el ardiente fuego del Espíritu Santo.

También había diferencias entre ellas: pues su designio es unánime, pero distintas sus obras en los hombres.

18. *Sentido de la humildad y sus vestiduras*

La *primera imagen* representa la humildad, la primera que manifestó al Hijo de Dios cuando Su Padre, que tiene bajo Su potestad el Cielo y la tierra, no desdeñó enviarlo al mundo. Por eso *ceñía una corona de oro con tres altas ramas que, en lo alto, descollaban*: porque supera a todas las demás virtudes y suavemente las precede, ciñe una corona de oro: la preciosa y resplandeciente Encarnación del Salvador, que la engalanó al encarnarse, como cabeza en este misterio. Y tiene tres picos, pues la Trinidad está en la Unidad y la Unidad en la Trinidad: el Hijo con el Padre y el Espíritu Santo forman un solo Dios verdadero, que todo lo sobrepasa en la altura de la Divinidad. *Y deslumbrantes adornos de piedras preciosas verdes y rojas, y*

perlas blancas: porque la humanidad del Salvador revela la elevada y profunda bondad de Su obra, obra que el Hijo de Dios cumplió con el verdor con el que pronto cobraron lozanía las virtudes en Su enseñanza, con el rojo esplendor de Su sangre derramada al sufrir la muerte en la cruz salvando a los hombres, y con la diáfana blancura de Su Resurrección y Ascensión, con todo lo cual fue iluminada y engalanada la Iglesia, como las piedras preciosas ilustran y realzan su engaste.

En su pecho llevaba un espejo luminoso en el que aparecía, con mirífica claridad, la imagen del Hijo Encarnado de Dios: en la humildad, que habita en el corazón del templo sagrado, resplandece el Unigénito de Dios, con los rayos de la ciencia bienaventurada y esplendorosa, lleno de misericordia, sencillez, firmeza y fulgor en todas las obras que llevó a cabo corporalmente y por las que se manifestó a plena luz al mundo. Por eso esta virtud sella la parte más luminosa de los corazones de los fieles elegidos: erige en ellos su tribunal, gobierna y guía todos sus actos, porque es el más sólido fundamento de todo bien en los hombres, como ha mostrado antes, en su exhortación maternal.

19. *Sentido de la caridad y sus vestiduras*

La segunda imagen representa la caridad porque, después de la humildad con que el Hijo de Dios condescendió en encarnarse, se reveló la verdadera y ardiente lámpara de la caridad; pues tanto amó Dios al mundo que, por amor, envió a Su Unigénito para que se encarnara. *Semejaba toda ella, en su forma y en su túnica, un jacinto con el sublime azul del cielo*: el Hijo de Dios encarnado ilustró, a través de Su humanidad, a los hombres fieles y celestiales como ilumina el jacinto aquello sobre lo que se pone; y encendió en ellos la caridad para que ayudaran fielmente a todos los menesterosos, así como esta virtud, vestida con la dulzura de Dios, es el faro que alumbra a todos los hombres en la devoción, la obra y el fruto, con la luz de la justicia.

Por eso *tenía su túnica dos franjas maravillosamente tejidas con preciosos adornos de oro y gemas* que son, en la dulzura de Dios, los dos preceptos del amor, compuestos por la primordial buena voluntad, como el oro, y las obras de justicia, cual piedras preciosas, por admirable don del Dador supremo. *Y descendían, cada una desde un hombro de la imagen, hasta sus pies, por delante y por detrás,* porque lleva estos preceptos con mucha solicitud: el referente a Dios en el hombro derecho, y el referente al prójimo en el hombro izquierdo,

como está escrito: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo»[8]. Así es, en verdad:

Amarás al Señor tu Dios, que es tu Señor porque con Su gloria domina a todas las criaturas, que es tu Dios porque no tiene principio y es el Creador de todo, así que, por amor a Él, primero venzas y sometas con tu corazón la carne de tu cuerpo en dura batalla, pues cuando triunfes sobre la carne, reinará en ti el espíritu; entonces entenderá tu alma al Señor para que guardes Sus mandamientos con sabiduría y te apresures a cumplirlos en obras. De este modo, todas las fuerzas de tu cuerpo y de tu alma estarán sometidas a Dios, porque habrás logrado la primera victoria sobre tu carne: en todos tus designios comprenderá tu mente con plena fuerza al Señor, tan firme baluarte contra las asechanzas de tus enemigos, que ninguno podrá jamás prevalecer sobre Su fortaleza en nada de cuanto has conquistado y que tu mente debe conservar, afianzando y consolidando todas tus obras.

Cumplirás, pues, esto «con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente»: que tu fe sea plena para que no consientas nada de cuanto combate contra Dios, ni te disperses en lo inútil, mas recógete en la dulzura de Su amor, amándote también a ti mismo. ¿Cómo? Si amas a Dios, amas tu salvación. Y así como te amas a ti mismo en todo esto, amarás a tu prójimo, a cada fiel cercano a ti en el nombre cristiano y en la fe: exultarás por su justa dicha y por su salvación celestial, porque sea conservado firmemente en la fe, así como te regocijas por tu salvación.

Por tanto, que las dos obras del amor arraiguen en el hombre bajando hasta sus pies —hasta su consumación—, por delante —en la Ley de Dios— y por detrás —en la ayuda al prójimo—; así que el hombre siga al Amor para que, vencida la muerte, llegue a la plenitud de la vida, tal como ha proclamado más arriba la caridad con sus palabras.

20. *Significado del temor de Dios y sus vestiduras*

La tercera imagen representa el temor de Dios: después del amor que Dios manifestó a los hombres cuando quiso que Su Hijo sufriera la muerte por ellos, surgió en las mentes de los fieles el temor de Dios para que comprendieran los preceptos celestiales más plena-

8. Lucas 10,27.

mente y los cumplieran mejor que antes. *Se te manifestó con la misma figura con que la viste en tu primera visión*: porque el Dios inmutable ha de ser honrado y venerado de forma constante y sin mudanza en toda obra y criatura Suya, según te fue revelado antes. *Era más grande y alta que las demás virtudes y de forma distinta a la humana*: pues infunde, más que ninguna otra, la angustia y el temblor en los hombres para que empavorezcan al colmar siempre sus ojos, con perspicaz mirada, de la grandeza de la Suprema Majestad y de la altura de Su Divinidad; porque los hombres deben temer, con gran veneración, al Señor: que Él, y no otro, los ha creado. Por eso esta virtud *no tenía forma humana*: pues, como se ha dicho, prosterna la rebeldía que se enfrenta al Señor con el mal y, dirigiendo su ciencia interior sólo a Dios, camina por las rectas sendas de Su voluntad. *Por doquier llena de ojos, habitaba toda ella en la sabiduría*: todo lo atalaya con los ojos del buen entendimiento: contempla al Señor en la plenitud de Sus maravillas para seguir el recto camino de las buenas obras y atravesar, con el rayo de la ciencia de Dios, la ceguera diabólica en los corazones de los réprobos; así que entera resplandece, llena de sabiduría: desprecia toda la mortífera ponzoña que envilece al espíritu, lejos de la muerte huye, de la iniquidad se aparta, edificando sabiamente su morada en la Vida.

Vestía un ropaje umbroso, a través de cual atisbaban sus ojos: porque se escuda en una inquebrantable austeridad que apaga los deseos carnales en los hombres y, a través de esta abstinencia, contempla la Luz de la Vida, en la que el hombre resplandece maravillosamente, inmerso en bienaventuranza. *Y temblaba, embargada de temor, ante Mí*: pues aviva la angustia y el temblor en los corazones de los hombres fervorosos para que sientan eterno espanto de los torbellinos y veleidades de su carne, no sucumban en el pecado y no confíen en sí mismos ni en otro, sino en Aquel que reina por los siglos de los siglos, como esta misma virtud implora más arriba en su clamor.

21. *Sentido de la obediencia y sus vestiduras*

La cuarta imagen representa la obediencia: porque, después del temor con que habéis de reverenciarme, deberéis obedecer, en concordancia, Mis preceptos. *Llevaba en torno al cuello una cadena nívea*: pues vuelve puras las mentes humanas que se someten a la obediencia fiel, siempre humillando la fuerza de su cuello —su voluntad— para unirse a Mi Hijo, el Cordero Inocente. *Y manos y pies atados con blancas ligaduras*: porque está unida a la obra de Cristo y

a la senda de la verdad con la blancura de la fe verdadera: no actúa ni camina a su antojo, sino según la voz del Señor, su adalid, como demuestra ella misma en sus palabras citadas.

22. *Sentido de la fe y sus vestiduras*

La quinta imagen representa la fe, porque, después de la obediencia con que el pueblo escucha y acata Mis preceptos, se afianza en la fe, cumpliendo lealmente en sus obras cuanto captó, con perspicacia, al ser exhortado.

Llevaba en torno al cuello un collar rojo: por doquier persevera fielmente en su fortaleza, engalanada con el martirio de la sangre: no arraiga su confianza en falaces vanidades, sino en Dios, según lo que, como se ha mostrado más arriba, dice sobre sí misma.

23. *Sentido de la esperanza y sus vestiduras*

La sexta imagen representa la esperanza, que surgió a la vida una vez arraigada la fe en Dios; no habita en la tierra, sino en el Cielo, oculta hasta que llegue el tiempo de la recompensa eterna que la esperanza anhela con pleno deseo, como un soldado su salario o un joven la herencia que le pertenece. Por eso *vestía una túnica pálida*: la confianza en su obra es como un pálido vestido que la cubre, pues aún no ha sido recompensada y gime sin cesar anhelando, entre muchas fatigas, el futuro rescate.

Ante ella, en el aire, aparecía la cruz de la Pasión de Mi Hijo crucificado, hacia la que elevaba los ojos y las manos con inmensa devoción: porque siembra en las mentes fieles una firme confianza en el martirio de Mi Unigénito, con un deseo celestial que subsiste como en el aire, para que levanten a Él la mirada interior de la fe y sus luminosas obras, fruto de su esfuerzo, con humilde y sincera intención, como muestra más arriba esta virtud con sus palabras.

24. *Sentido de la castidad y sus vestiduras*

La séptima imagen representa la castidad: después de que los hombres tuvieran plena esperanza en Dios, creció en ellos la obra perfecta para que empezaran a sofocar las apetencias carnales con la castidad, que despierta vivamente la abstinencia en la flor de la carne

como una joven que, al sentir el ardor del deseo, no quiere mirar al varón. Así, la castidad se despoja de toda la inmundicia suspirando con hermoso anhelo en pos de su dulce Amado, el más suave y adorable aroma de todo el bien, en las delicias de la plenitud de fuerzas de la constancia, a Quien Sus amantes han de contemplar en la belleza interior del alma. *Vestía una túnica luminosa y diáfana, más que el cristal, y relumbraba en su claridad como reverbera el agua con los rayos del sol*: pues luminosa y límpida su mirada, diáfana y sin sombra de las ardientes apetencias carnales, confortada milagrosamente por el Espíritu Santo, está revestida de la inocencia que resplandece en la cristalina pureza del manantial de aguas vivas: el Sol esplendoroso de la claridad eterna.

Sobre su cabeza había una paloma con las alas desplegadas como para volar, que, inclinándose, miraba su rostro: porque en su origen —su cabeza— está cobijada por la defensa del Espíritu Santo que, a la sombra de sus alas desplegadas, la transporta remontando las turbulencias de las asechanzas diabólicas cuando, con el ígneo amor de la bienaventurada inspiración, dirige Su mirada allí donde la castidad revela su dulce rostro.

En su vientre aparecía, igual que en un espejo, un niño blanquísimo, en cuya frente estaba escrito: «Inocencia»: en las entrañas de esta límpida y diáfana virtud subsiste intacta, hermosa e inquebrantable, la pureza, que aparece bajo la forma de un retoño, simbolizando la integridad de la sencillez infantil; así como en su frente —su conocimiento— no veréis arrogancia ni enaltecida soberbia, sino franca inocencia.

Su mano derecha sostenía un cetro real, y apoyaba la izquierda sobre su pecho: porque, por la parte derecha —la de la salvación—, se ha manifestado a través del Hijo de Dios, Rey de todos, la vida en la castidad que bajo Su escudo combate, por la izquierda, el desenfreno, segándolo de los corazones de cuantos la aman. ¿Cómo? Mira que no da tregua a los placeres y, como un ave rapaz que, apoderándose de un despojo putrefacto, lo hace pedazos y lo reduce a nada, así ella conculca enteramente y aniquila ante Dios las hediondas apetencias, que, holladas, no podrán ya tomar aliento, según ha manifestado antes con sus palabras.

25. *Sentido de la gracia de Dios y sus vestiduras*

Pero en la cima de la columna umbría viste otra imagen muy hermosa: en la Encarnación del Salvador se manifestó, por la suprema y excelsa piedad del Omnipotente, una esplendorosa virtud, la

gracia de Dios, que en Él subsiste como poderosa plenitud y exhorta a los hombres a que hagan penitencia para que, mediante ella, sean desatados de las maldades cometidas.

De pie, con la cabeza descubierta: su dignidad y claridad están a plena luz para cuantos la buscan. *Tenía ensortijados y negros cabellos*: porque el Unigénito de Dios se revistió de humanidad en carne virginal sin mancha de pecado bajo el pueblo judío, que se hallaba envuelto y sumido en la espesura de su infidelidad.

Y un rostro masculino de tan encendida claridad, que no pudiste contemplarlo con nitidez como el rostro de un hombre: porque, por poderosa virtud del Omnipotente, la gracia de Dios surgió a la vida dando la vida, tan brillante en la clarísima Divinidad, que deslumbrará la mirada interior o exterior del hombre, mientras pese sobre él la carga de su cuerpo; mas no se muestra desnuda ante el entendimiento humano, desvelados sus misterios, sino que es inescrutable, pues secretos son los juicios de la gracia divina.

Vestía una túnica púrpura y negra: la obra de la gracia de Dios, ardiente en el amor, se inclina hacia la lóbrega vestidura humana de los pecadores. ¿Cómo? Les exhorta a que se salven, levantándolos, por la penitencia, de la ciénaga del pecado al paisaje de la Luz: pues así como el día ahuyenta las tinieblas, disipa ella la maldad, y vuelve a edificar a los pecadores en la vida por la penitencia.

Sobre cada hombro tenía una franja tejida de rojo y amarillo que descendía hasta los pies, por delante y por detrás: la gracia de Dios se inclina hacia los hombres fieles y los eleva con su fuerza y piedad a las alturas de los Cielos. ¿Cómo? Por estos dos caminos de sus franjas: acaricia el quebranto de la frágil carne que se desangra en el combate y la virtud de la fuerza del alma que se entibia en el cuerpo, y los lleva, por el esplendor rojo y amarillo de la Humanidad y Divinidad del Hijo de Dios, el sereno Sol, al amor celestial; así el hombre fiel se mantendrá firme contra el placer de los pecados, lleno todo él de la caricia de la gracia: por delante —para la virtud— y por detrás —para la mortificación de los vicios—, a fin de que culmine valerosamente sus obras, ataviado por ellas con un grato y alegre vestido.

En torno al cuello llevaba una estola episcopal maravillosamente adornada con oro y piedras preciosas: Cristo, el Hijo de Dios, es el Sumo Sacerdote del Padre y por doquiera tiene, en Su insuperable poder, el oficio sacerdotal que Sus imitadores deben engalanar por la gracia de Dios con el oro de la sabiduría y las gemas de las virtudes en los fieles miembros Suyos que ellos mismos son. *Por doquier la rodeaba un esplendor tan diáfano, que no pudiste mirarla sino por delante, desde su cabeza hacia abajo, hasta sus pies*: el sereno candor

de la misericordia del Omnipotente abraza a Su gracia que yacía invisible, oculta en el misterio de la Divinidad, en los tiempos anteriores a la Humanidad del Salvador, y se ha revelado a plena luz, manifiestas sus obras sólo en tanto sean inteligibles a los hombres, desde la Encarnación del Salvador hasta que llegue el último de Sus miembros en la plenitud de los siglos.

Mas sus brazos, manos y pies te los ocultaban las sombras: porque ni la fortaleza ni las obras ni el final del camino de la gracia de Dios entre los hombres se revelan plenamente al conocimiento de aquellos que están doblegados bajo el peso del cuerpo.

Pero el fulgor que la envolvía estaba enteramente lleno de ojos y vivo todo él: la divina misericordia, unida a la gracia de Dios, muestra su infinita conmiseración en sus innumerables ojos llenos de piedad que miran los quebrantos humanos de cuantos desean seguir al Señor: para consuelo y salvación de sus almas está toda viva, preparándoles, no la perdición, sino la vida.

Y se deslizaba de un lado a otro como las nubes: porque precede a los justos para que se guarden de sucumbir, y sigue a los pecadores para que hagan penitencia y se levanten; con un don celestial se revela a cuantos la buscan y *ora se dilataba, ora se encogía*, pues medra, exuberante, en los corazones gimientes y atormentados de los fieles, pero en las mentes baldías y enconadas de los pecadores, por su aridez desmedra.

Por eso la gracia precede y sigue, toca y exhorta a los hombres, según se ha dicho, para que cuantos deseen ser hijos de Dios, reciban exultantes sus palabras y, al recibirlas, las cumplan, rechazando lo caduco y abrazando lo eterno, tal como anunciaba más arriba esta virtud a los hijos del Señor en su admonición.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Novena visión

LA TORRE DE LA IGLESIA

Después vi, allende la columna de la Humanidad del Salvador, una torre de radiante esplendor, emplazada de tal modo en el muro de piedra, al sur del edificio, que era visible desde dentro y fuera del mismo; en la parte interior su contorno medía cinco codos de ancho, pero no pude calcular su inmensa altura.

Entre esta torre y la columna de la Humanidad del Salvador se veía un hueco, un espacio vacío de un codo de ancho, en el que sólo yacían los fundamentos, aún sin edificar el muro, según se ha referido ya. Pero la torre no estaba todavía rematada: la construían, sin pausa, muchos trabajadores hábiles y rápidos; y siete magníficos torreones de firme trabazón guarnecían su cima.

Y vi una escalinata que subía desde la parte interior del edificio hasta la cima de la torre: sobre sus gradas, de la primera a la última había, de pie, una multitud de hombres con rostros de fuego, vestidos blancos y negro calzado; entre ellos, algunos, de porte semejante al resto pero más altos y resplandecientes, contemplaban absortos la torre.

Luego vi, en la parte septentrional del edificio, al mundo y los hombres procreados de la semilla de Adán, que caminaban entre el muro luminoso de la ciencia especulativa del edificio y el ámbito circular que irradiaba Aquel sentado en el trono; muchos de ellos recorrían el edificio, entre la Torre de la Premonición de la Voluntad de Dios y la columna de la Palabra divina, entrando y saliendo por el muro de la ciencia especulativa como se mecen las nubes de un lado a otro. Los que entraban en el edificio eran ataviados con ropajes blancos. Algunos de ellos, exultantes, con gran regocijo por la tersura y suavidad de estos vestidos, los conservaban; mas otros querían

despojarse de ellos, entristecidos como si les pesaran y estorbaran. Y la virtud a la que antes oí llamar ciencia de Dios, con dulzura, les detenía sin cesar, diciendo a cada uno de ellos: «Mira el vestido que has recibido y consérvalo».

Entonces vi cómo algunos de ellos, amedrentados por estas palabras, conservaban el vestido con mucho esfuerzo, aun cuando les resultara arduo. Pero otros, escarneciendo esas palabras, se despojaron furiosamente del vestido y lo arrojaron para regresar al mundo de donde venían: allí mucho indagaron, y aprendieron innumerables fruslerías, caducas vanidades. Finalmente, algunos de ellos volvieron al edificio y de nuevo se pusieron el vestido que habían rechazado; otros, en cambio, no quisieron regresar y, desnudos, permanecieron ignominiosamente en el mundo.

Y vi a unos que venían del Aquilón, inmundos, llenos de negrura, como embriagados en el delirio, y que irrumpieron en el edificio y asaltaron la torre danzando enloquecidos, silbando como serpientes. Algunos cesaron en su furia y fueron purificados, pero otros persistieron en su inmundicia y oprobio.

Y he aquí que dentro del edificio vi, en dirección a la torre, siete columnas blancas de mármol, torneadas con prodigiosa tersura, de siete codos de alto; sobre ellas había un armazón como de hierro, redondo, ligera y hermosamente abovedado. En la cima de este armazón vi una bellísima imagen, de pie, que miraba a los hombres en el mundo y cuya cabeza, cual fulgor, tanta luz irradiaba, que no pude contemplarla plenamente. Apoyaba con devoción las manos sobre el pecho, y sus pies se ocultaban a mi mirada en el armazón. Ceñía su cabeza un círculo a guisa de corona, refulgente, de intenso esplendor. Vestía una túnica dorada por la que descendía, desde su pecho hasta sus pies, una franja engalanada con preciosas gemas verdes, blancas, rojas, celestes, y un destellante centelleo purpúreo la realzaba.

Y lanzó su clamor a los hombres que en el mundo estaban, diciéndoles:

1. *Palabras de la Sabiduría*

«Oh tardos de corazón, ¿por qué no venís? ¿Acaso no se os ayudará si queréis volver? Cuando empezáis a caminar por las sendas del Señor, os aturden con su zumbido las moscas y mosquitos, ¡pero aventadlos con el aliento del Espíritu Santo, espantadlos cuanto an-

tes de vuestro lado! Apresuraos, que Dios os ayudará. No acudáis con subterfugios a servir al Señor, y Su mano os confortará».

Pero en el suelo de este edificio vi tres imágenes más: una se reclinaba en las columnas mencionadas y las dos restantes estaban de pie, ante ella y a sus lados: las tres miraban la columna de la Humanidad del Salvador y la torre. La que se apoyaba en las columnas era tan ancha como el espacio que podrían ocupar cinco hombres de pie uno junto a otro; pero me fue imposible discernir bien su altura, tan inmensa que atalayaba todo el edificio. Su cabeza era grande y, con sus ojos claros, escudriñaba agudamente los cielos. Era toda diáfana y límpida, como una serena nube. Mas no advertí en ella ningún otro rasgo humano.

Y resonó su clamor por todo el edificio, cuando dijo a las demás virtudes:

2. *Palabras de la Justicia*

«Rápido, levantémonos todas a una, que Lucifer despliega sus tinieblas por la haz de la tierra. Construyamos baluartes y afiancémoslos con torreones celestiales, ah, que el Demonio es acérrimo enemigo de los elegidos del Señor. Pues así como al principio quiso y trató de ganar la cima, embriagado en su claridad, ahora quiere y trata de ganar el mundo, cubriéndolo con sus sombras. Sí, todo lo oscurece con su lóbrega maldad y con su oprobio, soplando y esparciéndolos, y no quiere detenerse. Alcemos contra él nuestro ejército celestial para vencer su perfidia y agravio, pues por su hostilidad no habrá hombre en el mundo que pueda ser salvado. Y así como este intentó, al principio, cuando fue creado, enfrentarse a la Divinidad, su imitador, el Anticristo, intentará enfrentarse a la Encarnación del Señor al final de los días: Lucifer sucumbió al alba de los tiempos y el Impío sucumbirá al ocaso. Entonces se sabrá Quién es el verdadero Dios; se verá Quién es el que nunca sucumbe. Pero igual que Lucifer tuvo su cohorte de demonios, que le siguieron de las alturas de los cielos a la caída en el abismo de la condena, tiene ahora un séquito de hombres en la tierra, que corren en pos de él a la perdición de la muerte. Mas nosotras, Virtudes, nos alzamos contra las astucias y celadas que sopla por el mundo para devorar las almas; nosotras reduciremos a nada todas sus artimañas en los corazones justos, hasta que por doquiera le veáis abatido. Así alumbraremos el conocimiento de Dios, que ha de manifestarse y no ser ocultado, porque justo es Él en todos Sus caminos».

La primera de las imágenes que estaban ante esta, a sus lados, iba armada; llevaba yelmo, loriga, canilleras y guanteletes de hierro; su mano derecha esgrimía una espada desenvainada y en la izquierda empuñaba una lanza. Hollando con sus pies un horrible dragón, con el hierro de la lanza atravesaba su boca, y la bestia vomitaba ponzoñosas espumas. Y enarbolada la espada, presta al ataque, con fuerza la blandía.

Y dijo:

3. *Palabras de la Fortaleza*

«Oh Dios Todopoderoso, ¿quién puede enfrentarse a Ti, quién puede combatirte? Ni la antigua serpiente ni el dragón diabólico. A combatirlos iré con Tu ayuda: nadie prevalecerá sobre mí, nadie me abatirá; ni el fuerte o el débil, ni el príncipe o el vasallo, ni el noble o el plebeyo, ni el rico o el pobre. Seré el más fuerte acero, de mí se harán todas las armas invencibles para batirse en la guerra del Señor. Seré su aguda espada: nada podrá quebrarme, templada en el Todopoderoso Señor, por el que me alzaré a fin de postrar al Demonio. Seré siempre el firme escudo de la fragilidad humana, a su flaqueza daré afilado acero para defensa suya. ¡Oh Señor, dulce y misericordioso, ayuda a los oprimidos!».

La otra imagen era tricéfala: tenía una cabeza en su lugar natural y otras dos, una en cada hombro, y la de en medio sobresalía un tanto. La del medio y la de su derecha irradiaban tal fulgor, que su claridad deslumbraba mi mirada, y no pude distinguir bien si sus rasgos eran masculinos o femeninos. Pero la cabeza de su izquierda era ligeramente oscura, cubierta con un blanco velo, según la costumbre de las mujeres. La imagen vestía una túnica de seda blanca y zapatos blanquísimos. En su pecho llevaba el signo de la cruz, en torno al cual, también en el pecho, rutilaba un inmenso esplendor, como luciente alborada. Su mano derecha empuñaba una espada desnuda que, con gran devoción, apoyaba sobre su pecho y la cruz.

Y vi que la cabeza del medio llevaba escrito en la frente: «Santidad»; la derecha: «Raíz del bien»; y la izquierda: «Mortificación». Entonces dijo la del medio, mirando a las otras dos:

4. *Palabras de la Santidad Tricéfala*

«Vengo de la bienaventurada humildad, de ella he nacido como el hijo de la madre. Ella me alimentó y me confortó, como cría la

nodriza al niño para que se fortalezca. Mi madre, la humildad, resiste y supera todas las adversidades que a otros parecen invencibles».

Y la cabeza de su derecha, mirándola, dijo:

5. *Palabras de la cabeza derecha*

«Nací enraizada en el monte de la más alta cumbre: mi Señor; y, para que resistas, a tus entrañas me uniré, oh santidad».

Y la cabeza de la izquierda, mirando también a la del medio, dijo:

6. *Palabras de la cabeza izquierda*

«Ay, ay, ay, cómo es que soy tan inflexible y dura que apenas puedo dominarme para acudir en tu ayuda, pues no podrás resistir, oh Santidad, si te abandono. ¡Ay de quien olvide el bien! ¡Ay, ay de él! Mira que he de arrancarme esta dolorosa espina: me aguijonea, intentará arrojarme a la perdición si no la saco antes de que se me clave entera, antes de que en mí se cebe como en un pútrido cadáver. Sí, para que puedas perseverar libremente en tu senda esquivaré, oh Santidad, los voraces cepos del Demonio, merced al Dios verdadero los quebraré».

Y de nuevo, Aquel que estaba sentado en el Trono, como ya he referido, me reveló todo esto diciéndome:

7. *La llamada al Nuevo pueblo*

Una vez encarnado el Hijo de Dios surgió, resonando a través de Su enseñanza en el Espíritu Santo, la llamada al Nuevo pueblo para su salvación: protegida bajo el escudo de los hombres justos que siguieron la exhortación de las virtudes contra el implacable enemigo a quien nadie puede hacer frente sin el amparo de la gracia de Dios, tan invencible se alza con la ayuda del Señor, que ninguna malévola insidia del Demonio podrá apartarla de Dios ni destruirla. Así pues, *la torre que viste allende la columna de la Humanidad del Salvador* representa a la Iglesia, nueva construcción de todas las buenas obras, que surgió al cumplirse la Encarnación de Mi Hijo, como una torre bien guarnecida con la fortaleza y la altura de los actos celestiales para hacer frente y resistir a la iniquidad del Demonio.

8. *La Iglesia, ilustrada por el Hijo de Dios*

De radiante esplendor, estaba emplazada de tal modo en el muro de piedra, al sur del edificio, que era visible desde dentro y fuera del mismo: porque la serena luz de la Humanidad del Hijo de Dios la ilustra y tanto resplandecen las piedras vivas que componen su obra divina, encendidas por el fuego del Espíritu Santo, que se revela abiertamente a la ciencia interior —el entendimiento celestial de las Escrituras— y a la necedad exterior de los afanes mundanos, a los fieles como a los infieles, en esta edificación que el Padre Supremo levanta a través de Su Unigénito.

9. *La Iglesia ofrece sus adornos a su Esposo*

En la parte interior, su contorno medía cinco codos de ancho: porque ofrece la amplitud que alcanza toda su mirada interior y el ámbito que abarca en toda su incesante meditación a través de los cinco sentidos, ilustrados por la inspiración del Espíritu Santo con todas las virtudes que el Cordero Verdadero le ha revelado, en honor de este Cordero, su Esposo.

10. *No escrutarás la sabiduría divina en la obra de la Iglesia*

Pero no pudiste calcular su inmensa altura: porque mayor es la altura y profundidad de la sabiduría y ciencia divinas en la obra de la Iglesia que cuanto el frágil y mortal corazón humano pueda escrutar con su juicio.

11. *La Iglesia camina hacia la perfección*

Entre esta torre y la columna de la Humanidad del Salvador se veía un hueco, un espacio vacío de un codo de ancho, en el que sólo yacían los fundamentos, aún sin edificar el muro, según se ha referido ya: la inmensa alabanza de la Iglesia, desposada con Mi Hijo, permanece aún oculta en la ciencia de Dios como en un firme fundamento: aún no resuena resplandeciente en la obra consumada y perfecta, pues todavía no ha sido edificada en los corazones humanos; y ese espacio tiene una medida humana: porque los sentidos de los hombres están bajo la potestad del único, verdadero y omnipotente Dios para que, con la ciencia del bien y del mal, puedan, a través de

sus inteligencias, discernir cuanto les sea más provechoso, según te ha sido manifestado ya, en una diáfana revelación.

Pero la torre no estaba todavía rematada: la construían, sin pausa, muchos trabajadores hábiles y rápidos: porque la Iglesia aún no ha alcanzado la dimensión y altura que, en lo venidero, alcanzará, si bien no cesa de caminar hacia su plenitud, cada día, sin tardanza, con mucho ahínco y denuedo, a través de las veloces ráfagas del tiempo, merced a los hijos que ha engendrado, engendra y engendrará.

12. *La Iglesia, guarnecida con los siete dones del Espíritu Santo*

Siete magníficos torreones de firme trabazón guarnecían su cima: porque la altura de sus obras celestiales está guarnecida por los siete inexpugnables dones del Espíritu Santo, cuya fuerza es tan inmensa que no hay adversario capaz de destruirlos o remontarse hasta ellos enalteciendo su mente por la soberbia.

13. *La Iglesia, fortalecida por los sabios*

Y viste una escalinata que subía desde la parte interior del edificio hasta la cima de la torre: en la obra que el Padre Celestial llevó a cabo mediante Su Hijo, según el designio divino, ascienden numerosas gradas, en armonía con el parejo florecer y crecimiento de la construcción eclesiástica, hasta alcanzar la altura de los secretos celestiales en los que la Iglesia se arraiga, confortada y afianzada.

Y, sobre sus gradas, de la primera a la última, había, de pie, una multitud de hombres: desde los primeros tiempos —los esponsales de la Iglesia— hasta que se celebren las nupcias —cuando exulte a plena luz con su Esposo, completo el número de sus hijos—, brillarán, en las gradas de la edificación de los preceptos divinos con los que ha sido erigida, las luminarias apostólicas, escudo de luz que la defenderá frente a las tinieblas de la infidelidad.

14. *Los sabios de la Iglesia ilustran a los errantes*

Estos hombres tenían rostros de fuego, vestidos blancos y negro calzado: el fuego del Espíritu Santo encendió la raíz del pensamiento de los maestros apostólicos con la fe —creer en el Dios único— visible como un rostro luminoso, así que brillan por su diáfana claridad, ataviados con las buenas obras ante Dios y el mundo; pero llevan

negro calzado porque atravesaron los caminos de la infidelidad, los sombríos páramos llenos del pecado de los pueblos impíos, a los que, en ardua lucha, convirtieron y, con su ejemplo, guiaron de vuelta a la senda de la justicia.

15. *Los Apóstoles y sus sucesores, al frente de la Iglesia*

Entre ellos, había algunos de porte semejante al resto, pero más altos y resplandecientes: entre estos adalides de la Iglesia se encuentran sus fundadores, que empezaron a edificarla con su apostolado, después del Hijo de Dios, y aunque tienen el mismo porte que sus sucesores —que les siguieron y continuaron cuanto aquellos habían inaugurado al precederles— son más prestantes, porque su único precursor, en el que se inspiraron para anunciar la Nueva Gracia, fue el Hijo de Dios, de cuya boca escucharon la palabra de la vida; y son más luminosos porque, a diferencia de los demás, vieron con sus propios ojos el fulgor de Su Encarnación. *Y contemplaban absortos la torre*: pues siempre asisten, con divino amor, a la esposa de Dios, y la custodian fervorosamente para que persevere, incólume su fuerza, según está escrito:

16. *Palabras de Salomón*

«Tu cuello, la torre de David, erigida para trofeos; mil escudos penden de ella, todos paveses de valientes»[1]. Así es, en verdad.

Así como la Encarnación del Hijo del Supremo Adalid, el poderosísimo león venido del florecer virginal, es la más recia columna de la Nueva Gracia, así la fortaleza de tu fe, que incólume permanece, oh Nueva Esposa, es el baluarte más firme del pueblo fiel. ¿Cómo? Al amparo de tus victoriosas fuerzas se agavillan, formando empavesada, los escudos de tus hijos, a los que ilustrará el nuevo fulgor de los torrentes que brotan del manantial vivo y puro, tus hijos, a ti unidos, torre de la fortaleza, igual que el cuello al cuerpo, para que seas indestructible, para que inexpugnable seas, como invencibles fueron las triunfantes armas de David. ¿Cómo?

La virtud de Jesucristo, Hijo de Dios, es una poderosísima torre: en ella se ejercitan las triunfantes milicias de los fieles para hacerse invencibles, y ningún adversario podrá gloriarse de haberlas rendi-

1. Cantares 4,4 (en Vulgata dice: «edificada con propugnáculos»).

do. Porque tienen por cabeza a Cristo, Dios y Hombre verdadero, por Quien, en el segundo renacer, la entera trabazón de tus hijos crecerá armoniosamente hasta la salud. Así, esta purísima Encarnación, anunciada por los profetas, engalanada con las piedras preciosas de las virtudes, se difundió por todo el mundo desde los propugnáculos de la enseñanza apostólica -sembradores de la justicia de la Luz verdadera— para salvación de los creyentes, como te muestra la siguiente parábola:

17. *Parábola sobre el mismo tema*

Había una vez un señor que tenía una ciudad de mármol. Un buen día retumbó con su voz de trueno sobre ella y esculpió numerosos grabados en sus muros interiores, por lo que se desprendieron finísimas esquirlas, tasquiles sin pulir. Hecho esto, mandó el señor, con una sola palabra de su boca, que creciera el agua de todas las aguas hasta cubrir con su raudal las cumbres de los montes. Y cumplido también esto, en silencio despertó al fuego de todos los fuegos para que fraguara pequeños tabernáculos. Una vez acabados, los tabernáculos se elevaron tan alto que, con su veloz subida, pronto rebasaron la cúspide de la ciudad. Así es, en verdad:

Este señor es Aquel cuyo dominio no tiene rival: es el único Señor sobre todo y en todo, antes y después de Él nada hay, porque es Señor de cuanto existe. Tenía una noble ciudad: el coro de los profetas, firme y fuertemente arraigados en Su poder contra la furia de las tempestades del mundo; porque se llenaron de la inspiración del Espíritu Santo cuando el Señor resonó en ellos: Su voz de trueno llevó a sus bocas el aliento de Su misterio, que exhalaron con oscuras palabras, y lo mismo que precede la voz al sentido, así al son de sus profecías siguió la Palabra verdadera, el Hijo de Dios encarnado. Mira, el Señor esculpió en sus corazones múltiples grabados: infundió en sus mentes el abundante espíritu de la sabiduría, por lo que profetizaron, según el Espíritu, los secretos del Señor, del mundo presente y del venidero, y por Él lanzaron un penetrante clamor contra las malvadas costumbres humanas que despertó en los duros corazones de los judíos la dulzura y piedad de las obras bienaventuradas.

Pero, encarnado el Hijo de Dios, el Padre Celestial mandó con esa única Palabra Suya a los apóstoles —hombres escogidos de entre el pueblo común como manantiales puros de entre las aguas que fluyen por las llanuras— que crecieran hasta inundar con el raudal de la fe verdadera toda la haz de la tierra, anegando y arrastrando la

aciaga discordia: la irrisión de la soberbia enaltecida y el delirio de la idolatría, para que los hombres conocieran al Dios verdadero y abandonaran su infidelidad al escuchar su predicación.

Y una vez afianzada la fe en el pueblo, el Dador de todo exhortó con dulzura en el Espíritu Santo a las mentes radiantes de Sus elegidos —iluminadas por los ardientes corazones de aquellos a los que el Espíritu Santo llenó al venir en lenguas de fuego— a que despreciaran el mundo, consagrándose a la contemplación de la vida celestial, y no desdeñaran ser pequeños y pobres de espíritu, pues mediante estos modestos tabernáculos de humildad ganarían grandes riquezas en el cielo. Así que, al seguir el camino de la humildad, meditando siempre con excelso fervor en los sutiles preceptos de Dios, cuantos renunciaron a lo perecedero, como los mártires, vírgenes y todos los que se desprecian a sí mismos, se elevaron, por su mortificación, al amor celestial y rebasaron a los que cultivaban las viñas del Antiguo Testamento, creciendo raudos con sus buenos frutos, mientras se tenían por nada y en pos de lo eterno suspiraban, henchido el corazón.

Por eso mil escudos penden del Hijo de Dios: mil magníficos paveses de la perfecta fe en la Nueva Gracia, enarbolados cuando los primeros pastores de la Iglesia, inspirados en Él y con la esperanza de la vida imperecedera, se mortificaron y derramaron su sangre para fortalecer y proteger la fe católica contra las ardientes flechas del Demonio, que desgarran las almas humanas; y tras ellos vinieron las milicias celestiales de los demás elegidos, armados con las mil virtudes, consagrados al amor de Dios en este mundo. ¿Por qué? La antigua serpiente insufló al primer hombre la funesta pestilencia del desprecio al Señor; por eso atraviesan dolorosamente al Demonio, como flechas celestiales disparadas contra él, el aroma de los aromas todos —la castidad y la abstinencia—, las ligaduras de los preceptos divinos, el yugo del sufrimiento junto a Cristo y la renuncia a lo mundano; así es expulsado el Demonio de la ciudad de Dios y, ofuscado y abatido, pública su condena, es execrado por los fieles.

18. *Cuantos viven según la carne están bajo la potestad de Dios*

Luego viste, en la parte septentrional del edificio, al mundo y los hombres procreados de la semilla de Adán, que caminaban entre el muro luminoso de la ciencia especulativa del edificio y el ámbito circular que irradiaba Aquel sentado en el Trono: al mundo y a los hombres del mundo —sumidos, por la caída de los primeros padres,

en los deseos de la carne que enervan el alma por los caminos de los caducos placeres terrenos— les ha sido manifestada, por una parte, la ciencia del bien y del mal —a fin de que se acerquen, por el bien, a la obra de Dios y huyan del mal—, y les ha sido revelada, por otra parte, la potestad de Dios, para que se sepan bajo Su majestad y no duden de que todos sus actos serán juzgados por Él.

19. *Sobre los que entran y salen de la Iglesia*

Muchos de ellos recorrían el edificio, entre la Torre de la Premonición de la Voluntad de Dios y la columna de la Palabra divina, entrando y saliendo por el muro de la ciencia especulativa como se mecen las nubes de un lado a otro: porque muchos hombres, exhortados por el Antiguo y Nuevo Testamento, se acercan a la obra divina y entran en ella a través de la ciencia especulativa, liberados de los deseos carnales; muchos otros, en cambio, presa de sus apetencias, salen por sus malvadas pasiones, así que su veleidad los arrastra lo mismo al bien que al mal con la ligereza de las nubes: mecidos livianamente de aquí a allá por las ráfagas de sus pensamientos.

Los que entraban en el edificio eran ataviados con ropajes blancos: los que entran de buena voluntad en la obra de Dios son ataviados, por la misericordia divina, con el diáfano y luminoso vestido de la fe verdadera para que conozcan al Señor. *Algunos de ellos, exultantes, con gran regocijo por la tersura y suavidad de estos vestidos, los conservaban*: porque imbuidos del espíritu de contrición y humildad, llenos de la dulce y suave fe católica, colmados de la esencia mística de la santidad, siempre festejan, henchida de gozo su mirada interior, lo celestial, y cumplen y guardan con amor cuanto les ha inspirado el Espíritu Santo. *Mas otros querían despojarse de ellos, entristecidos como si les pesaran y estorbaran*: pues abrumados como bajo una pesada carga, impedidos por los escollos del camino, desgarran sus corazones y se marchitan con las aciagas y amargas conductas de sus inicuas apetencias, tratan de despojarse de la fe en sus obras y no se dejan exhortar por los preceptos divinos. *Y la virtud a la que antes oíste llamar Ciencia de Dios con dulzura les detenía sin cesar, diciéndoles a cada uno de ellos sus palabras de admonición*: porque el Altísimo Dios, sabiendo de antemano que los corazones empedernidos de los hombres serán ablandados, se inclina hacia ellos con Su misericordia, según te ha sido revelado, y, una y otra vez, los exhorta a que imploren, gimiendo y llorando en su interior, para que los libere del infortunio de la maldad que les ha insuflado

la sugestión diabólica y puedan, así, regresar por esta penitencia al entendimiento de la buena voluntad, recordando los vestidos de la inocencia que recibieron en la renovación del Espíritu y del agua.

Entonces viste cómo algunos de ellos, amedrentados por estas palabras, conservaban el vestido con mucho esfuerzo, aun cuando les resultara arduo: porque, exhortados por la inspiración del Espíritu Santo en la fe recibida, emprenden el camino agotador y laborioso para sus mentes. Pero, aunque sea grande la fatiga, ni se desesperan ni les paraliza el tedio y, al final, lo culminan.

Pero otros, escarneciendo esas palabras, se despojaron furiosamente del vestido y lo arrojaron para regresar al mundo de donde venían: allí mucho indagaron, y aprendieron innumerables fruslerías, caducas vanidades: estos escarnecen la Ley y la Justicia de Dios, se desnudan de la fe católica en su fatuo error, abjurando de ella en sus malignas obras, hijas de la muerte, y se arrastran al mundo de sus vanidades al que antes habían renunciado con subterfugios: allí, con sus perversas artimañas en pos de los placeres, descubren el ardiente sabor del mundo y lo emponzoñan con la irrisión diabólica de su engaño. *Finalmente, algunos de ellos volvieron al edificio y se pusieron de nuevo el vestido que habían rechazado*: porque regresan, recobrados, de la senda del error a la obra divina, se extirpan la cizaña que el Demonio sembró en ellos según su voluntad y, confesándose con el corazón puro y limpio, de nuevo se atavían con el vestido de la fe verdadera que recibieron en el bautismo y al que habían renunciado, escarneciendo al Dios verdadero, con sus desvaríos. *Otros, en cambio, no quisieron regresar y, desnudos, permanecieron ignominiosamente en el mundo*: pues se niegan a volver a Dios con la penitencia verdadera; despojados del vestido de la inocencia y, por tanto, desnudos del bien de las obras fieles; llenos, en cambio, de la cizaña de las viciosas artes diabólicas, arrastran sus vidas por la ciénaga de las perecederas vanidades, impenitentes hasta la muerte, sumidos en la más lóbrega confusión tanto en este mundo como en el venidero.

20. *Los simoníacos y el secreto juicio divino sobre ellos*

Pero viste *a unos que venían del Aquilón, inmundos, llenos de negrura, como embriagados en el delirio, y que irrumpieron en el edificio y asaltaron la torre danzando enloquecidos, silbando como serpientes*: porque algunos hombres malvados, quemándose bajo la veleidosa llama de la alegre ligereza, mirando a través de la oscura visión diabólica, desprecian a Dios y no buscan lo que desean me-

diante los dones del Espíritu Santo, sino alentados y enardecidos por las artes diabólicas; enviados de la tierra maldita, entran con astutas añagazas en la obra divina: ora roban furtivamente, ora saquean a la luz del día; embriagados en su delirio se atreven a devorar los oficios establecidos por Dios con el vil dinero de la horrible negritud diabólica, y así conturban a la Iglesia con su insensata furia, silban en ella los engaños de la antigua serpiente. ¿Cómo? Con astucia diabólica soplan sobre los hombres incautos hasta que los doblegan, según su voluntad, con el salario de la muerte, y su silbido de jactancia emponzoña la Iglesia mientras arrebatan las potestades en ella constituidas por designio de Dios. Y pues con semejante proceder se conducen, son arrojados de Mi mirada, impenitentes, y no los reconozco en estas dignidades que obtuvieron por sí mismos, sin contar Conmigo, como mostró Mi siervo Oseas cuando dijo: «Han puesto reyes sin contar conmigo, han puesto príncipes sin saberlo yo. Con su plata y su oro se han hecho ídolos, ¡para muerte suya!»[2]. Así es, en verdad:

Los hombres esclavizados por su propia voluntad fraguan y disponen ellos mismos cuanto les inspiran sus apetitos. ¿Qué quiere decir esto? Sus ávidas apetencias les persuaden de dominar a otros hombres mediante honores usurpados y saqueados, sin contar Conmigo para solicitarlos, recibirlos o desempeñarlos. Pero a veces dejo que así sea a fin de que caiga sobre ellos la condena del juicio por su propia voluntad: pues no Me buscaron en esto. Y qué les aprovecha, si en esto no florecen, sino que se marchitan porque no lo plantó Mi mano. Sólo crían cizaña y no arraigarán. Pues la cizaña brota espontáneamente de la tierra, pero la planta fructífera hay que sembrarla y cultivarla con mucho trabajo. Así, a veces dejo que los deseos terrenales del hombre broten fácilmente sin raíz en los eriales del mal: mira que no busca arraigar en el vergel del bien y no conocerá la sazón del verano; y, también, otras veces permito que sus rectos deseos, firmemente enraizados en el bien, den el fruto de su inmenso quebranto: mira que este hombre ama el agua de la santidad y no conocerá la dura escarcha del invierno. Por eso los hombres viles gobiernan, con frecuencia, sobre el pueblo común y útil, así como la maleza es a veces más alta que las plantas fructíferas; helos ahí, fundados sólo en sus propios afanes y no porque Yo los haya plantado, o tocado con el don de Mi ciencia, o enraizado en Mi designio; sin embargo, permito que así sea por justo juicio: pues no Me lo pidieron, sino que ellos mismos lo urdieron, habrán de responder por ello ante Mí el día del juicio.

2. Oseas 8,4.

Sí, han malogrado la dicha de la sublime enseñanza —que debieron acrisolar en sus corazones, despojándose de la abyecta impiedad, como es remozada la plata al quitarle la escoria— y la buena semilla de la profunda sabiduría —que debieron sembrar en su voluntad a fin de que medrara a la luz de la fe y les ilustrara para adorar, venerar y confesar siempre al Señor: en lo contrario lo han convertido—[3]. ¿Cómo? Por la máxima desdicha trocan la dicha: la inteligencia que Dios les ha dado, a la insaciable apetencia carnal la consagran, como si esa carne hedionda y pútrida fuera su Dios; no quieren alzar sus ojos al Señor que los ha creado, sino que por su propia voluntad Lo han suplantado, pues según ella viven, preveen y disponen. Pero no hacen esto con el fin de arraigar en el campo que germina el alimento de la vida imperecedera, sino para desenraizarse de él y morir aventados, eternamente impenitentes: porque aquel que adoran en lugar de Dios muerto está, como ellos mismos, compradores y vendedores de lo espiritual, que quisieron ser lo que no Me pidieron. Pues el insensato que usurpa un poder, convirtiendo en objeto de venta el don racional del Espíritu Santo, ¿cómo podría ser salvado si ha vendido su dote, y el hombre que enajena su riqueza ya no la aprovechará más? Y ¿cómo podrá el comprador beneficiarse de la salvación adquirida que no quiso recibir de Dios, sino que se apresuró a obtener por dinero? Mas con Su justo juicio permitió el Señor que así fuera:

Sí, lleno de ira consiente el Señor que estos saqueen, pero, de entre ellos, a algunos los condena con Su inescrutable juicio ya en el presente a que el mundo, que en el olvido del Espíritu Santo amaron, se vuelva contra ellos y esta ofuscación les lleve a regresar al Señor mediante la penitencia: cumplida esta, conseguirán el futuro rescate. A otros no los castiga en el presente, sino que, por justo juicio, posterga su condena a un tiempo venidero, porque han suplantado su designio por el de Dios: entonces les enseñará el amargo fruto de su propia voluntad. Pero aún hay otros a los que escarmienta tanto en el presente como en el futuro: porque envilecen y malogran su aguda inteligencia, según su voluntad, imitando al Demonio en su ignominia. A algunos les deja alcanzar este extremo para que, mediante la penitencia, entierren sus propios males cuando se castiguen a sí mismos duramente por las injusticias cometidas, extirpándolas como a cadáver putrefacto. En cambio, a otros les im-

3. Este pasaje está fundado en el paralelismo con el verso: «con su plata y su oro se han hecho ídolos» de la precedente cita de Oseas. Literalmente sería: «con la sublime enseñanza [...] y la buena semilla de la profunda sabiduría [...] se han hecho lo contrario y vano». (*N. de los T.*)

pide misericordiosamente llegar a ese límite porque, si lo hicieran, no escaparían de las penas de la Gehenna y merecerían los más amargos suplicios.

Pero que cuantos envilezcan o usurpen para sí una dignidad, según el consejo de su amo el dinero, del que se hacen vasallos cuando compran por él como en un mercado su perdición, sean expulsados de ella —el que la ofreció y el que la recibió—. Pues si a un hombre le arrebataran furtivamente una de sus ovejas para vendérsela a otro, y el desposeído la encontrara, con todo derecho exigiría, tanto al que la compró como al que la vendió, que ambos, sin rechistar, se la devolvieran. Así también, si la dignidad del poder que debe ocuparse según Mi justicia fuera arrebatada, a cambio de una recompensa furtiva, y desbaratada ignominiosamente en manos ajenas, será reclamada por Mi estricto juicio y, por ello, tanto el que la puso en venta como el que, con abyección, la adquirió serán privados, por justa sentencia, de su provecho: porque han convertido el templo consagrado a Mi nombre en una cueva de bandidos[4]. ¿Cómo?

Dispusieron vender la sabiduría y prudencia que infundí en sus corazones y recibieron, a cambio de la perdición de otros, el dinero de la iniquidad. Por lo que deberán abominar de este pillaje mediante una amarga penitencia, o responderán ante Mí en el crepitar del fuego eterno. Pues quien adquiera una dignidad viviente —vivificada por la mística llama del Espíritu— con el salario de la muerte, trata de emponzoñarla con el hedor mefítico de la podredumbre y, si no se arrepiente veloz de esa perversa osadía, estará perdido, tal como Pedro, hijo de la Paloma, que, iluminado por el Espíritu Santo, se apartó del error y renunció a todo, dijo al fugaz torbellino que quería devorar la luz con su terrible espesura:

21. *Palabras del apóstol Pedro*

«Vaya tu dinero a la perdición y tú con él; pues has pensado que el don de Dios se compra con dinero. En este asunto no tienes tú parte ni herencia, pues tu corazón no es recto delante de Dios»[5]. Así es, en verdad:

El dinero de tu falsa confianza como señor de lo ajeno te convierte en nada: que vaya contigo a la perdición de las llamas infernales si retienes, impenitente, este don del ígneo Espíritu Santo, comprado con el dinero del oprobio; porque en la fugaz ciencia de tu

4. Véase Mateo 21,13.
5. Hechos 8,20-21.

corazón estimaste falsamente que, a cambio de dinero, recibirías la iluminación del profundo escrutador de las almas, que no creíste posible poseer por don de Dios. Pero, si te arrepientes de esto, devuelve lo comprado y da por perdido el dinero que por ello pagaste, pues has querido comprar con barro lo eterno a Aquel que te formó del barro. Mientras conserves lo que has comprado, no participarás de la luz en compañía de los ángeles celestiales: tu lengua pronunció las voraces palabras de tu corazón, ansiando algo ajeno a lo que desean los ciudadanos de la claridad eterna. Y ahora, sumido en esta perversidad, injusto es tu corazón ante Dios: quisiste obtener por dinero lo que Dios regala. A cuantos quebranten este pacto divino, porque deberían buscarlo por el don gratuito del Espíritu Santo y no lo hacen, con justo juicio los tendré por vanos ídolos: pues así como estos son obra de sus manos, vacíos del aliento de la verdad, pero adorados como un Dios por los infieles, aquellos son obra de mano que emponzoña la dádiva con el dinero, vacíos de la iluminación del Espíritu Santo, falsos maestros; no han sido elegidos entre suspiros de sus almas, pensándose indignos de semejante oficio, sino que, con enardecida soberbia, lo han recibido de los hombres, sin contar en esto con Mi voluntad.

No sé, pues, de dónde vienen, son como extraños para Mí: si así perseveran, de Mi herencia serán aventados por esta iniquidad suya. Pero si hacen penitencia de todo corazón, los recibiré, y extenderé sobre ellos el júbilo de los ángeles.

22. *Las dignidades, establecidas por Dios*

Pero, aun cuando los que codician estas dignidades con perverso afán actúen injustamente y no deba consentírseles que con su maldad traten de usurparlas, como se ha dicho, estas autoridades son buenas y han sido justamente establecidas por Dios para utilidad de los hombres, que no han de oponerse a ellas con soberbia y pertinacia sino, al contrario, acatarlas por amor a Mí. Por tanto, que ningún fiel que quiera dignamente someterse a Dios se insubordine contra el poder que le rige: porque este, a semejanza de la gloria de Dios, custodia y apacienta sus ovejas para que la honra de su grey no se envilezca en manos de un extraño, ladrón y salteador; pues así como nadie debe enfrentarse a Dios, que ninguno se subleve insensatamente contra Su magisterio.

Por tanto, que todo ser humano, vivo en carne y alma, sometido a las dignidades superiores a él, que custodian la justicia espiritual o

secular, las acate a fin de que, por el temor a su autoridad, sea encauzado dentro de la ley constituida para los hombres, no se desvíen estos por los errantes caminos de su libre voluntad, dictándose leyes según su antojo y apartándose, así, de las sendas del Señor; pues a fin de que no yerren, el poder dimana de Dios. ¿Cómo?

Las autoridades humanas han sido dispuestas por inspiración del Espíritu Santo para que, mediante ellas, los hombres aprendan a temer a Dios; y si las envilecen y malogran a causa de sus veleidades, no será por voluntad de Dios, sino por tácito permiso Suyo a fin de que, según justo juicio, sacien sus apetencias con perverso afán en detrimento suyo.

Luego Dios ha fundado justamente las dignidades del poder, en Él inspiradas, para bien de los hombres por la gran necesidad que de ellas tienen, no viva la grey del Señor como rebaño sin pastor, marchando por los desvíos de su veleidad. Así pues, quien se rebele contra ellas y, por ímpetu de soberbia, no quiera acatarlas con humilde sumisión, como es justo, no desafiará a los hombres sino a Mí, el Creador, que todo lo dispongo con justicia; a Mí se enfrentará como pertinaz hijo de la desobediencia de Adán y, espesando con su rebeldía las tinieblas de su condena, caminará igual que su padre, al encuentro de la desdicha, exiliado de la felicidad. No hablo de aquel que humildemente se resiste a la ponzoñosa maldad humana bajo el escudo de Mi ira —porque, al contrario, este aumenta la recta justicia de Dios en lugar de menoscabarla, si lo hace oportuna y congruentemente— sino de aquel que, con insolencia, ansía oprimir estas dignidades, sublevado por su enaltecida soberbia; pues han sido establecidas por designio Mío para utilidad de los vivos, como se ha dicho. Y quien se rebele con soberbia contra ellas estará execrando Mi inspiración; aun cuando, por justo juicio, permito que algunos insensatos que, con su ignorancia, no sienten temor de Mí, reciban esas dignidades que codician, desobedeciendo los preceptos divinos con su inicua voluntad: responderán por ello, según pondere la balanza de justicia, con dura penitencia o en el fuego de la Gehenna.

23. *Los simoníacos que se arrepienten y los que no*

Y viste que algunos cesaron en su furia y fueron purificados, pero otros persistieron en su inmundicia y oprobio: algunos de ellos se restablecen por inspiración divina de su maldad, al cumplir penitencia pura y verdadera, y se hacen dignos de ser bendecidos y salva-

dos; otros, contumaces e impenitentes, en la ciénaga de sus añagazas perseveran hasta el final de sus vidas, y entonces, asfixiados, agonizan entre miserias y amarguras, en la ruina de la muerte despiadada.

24. *La Nueva Esposa, afianzada con los dones del Espíritu Santo*

Y he aquí que dentro del edifico viste, en dirección a la torre, siete columnas blancas de mármol, torneadas con prodigiosa tersura: en la obra del Padre Omnipotente, el Espíritu Santo revela, para defensa y ornato de la Nueva Esposa, los siete blanquísimos pilares de Su inspiración, cuya fortaleza ahuyenta las turbulentas tempestades, y así manifiesta el poder supremo que subsiste, sin principio ni fin, en la redondez de la eternidad. *De siete codos de alto*: porque estos dones, que rebasan toda potencia y altura del entero discernimiento humano, revelan que el Creador del universo ha de ser adorado con diáfana fe.

Sobre ellas había un armazón como de hierro, redondo, ligera y hermosamente abovedado: representan, en su eximia claridad, el agudo e inabarcable poder de la Divinidad y, con su gallarda rectitud, amparan y sostienen en su ascenso a lo celestial a cuantos, en el mundo, se desligan de las apetencias carnales merced a los dones del Espíritu Santo.

25. *Significado de la Sabiduría y sus vestiduras*

En la cima de este armazón viste una bellísima imagen, de pie: esta virtud, que estaba en el Altísimo Padre antes de los siglos, ordenó, según Su designio, todos los talentos de las criaturas fundadas en el Cielo y en la tierra; es el más eximio adorno que relumbra en el Señor, la grada más amplia de entre las gradas de las virtudes que habitan en Dios, y a Él se une con dulcísimo abrazo, exultante en la danza del ardiente amor. *Miraba a los hombres en el mundo*: siempre rige y custodia bajo su escudo a cuantos quieren seguirla y los ama intensamente, pues en ella perseveran. Sí, esta imagen representa la sabiduría de Dios: Dios creó y ordenó todas las cosas por ella. *Su cabeza, cual fulgor, tanta luz irradiaba, que no pudiste contemplarla plenamente*: porque la Divinidad, dulce y formidable para toda criatura, todo lo atalaya, todo lo pondera, como juzga el ojo humano cuanto contempla, y no hay hombre capaz de captar su insondable misterio.

Apoyaba con devoción las manos sobre el pecho: es el poder de la sabiduría, que sabiamente estrecha contra sí, por lo que forja todas sus obras de tal modo que, ni en prudencia ni en fuerza, puede nadie oponérsele; *pero sus pies se ocultaban a tu mirada en el armazón*: porque su camino está oculto a los ojos de los hombres en el corazón del Padre, sólo para el Señor son diáfanos y manifiestos sus secretos. *Ceñía su cabeza un círculo a guisa de corona, refulgente, de intenso esplendor*: la majestad de Dios, que no tiene principio ni fin, resplandece con incomparable gloria, y tal fulgor irradia Su divinidad, que deslumbra los ojos de la mente de los mortales. *Vestía una túnica dorada*: pues la obra de la sabiduría a menudo se compara con el oro más puro. Por eso *descendía por ella, desde su pecho hasta sus pies, una franja engalanada con preciosas gemas verdes, blancas, rojas, celestes, y un destellante centelleo purpúreo la realzaba*: porque desde el origen del mundo, cuando por vez primera la sabiduría manifestó su obra en diáfana revelación, hasta el fin de los tiempos, camina por una sola senda, engalanada con santos y justos mandamientos: el vergel primitivo donde germinaron los verdes brotes de los patriarcas y profetas que, entre los gemidos de su quebranto y su lucha, imploraban con ferviente deseo que el Hijo de Dios se encarnara; luego, la blanquísima virginidad de María; después, la roja y poderosa sangre que los mártires derramaron por la fe; y, al final, el purpúreo y luminoso amor de la contemplación por la que ha de amarse, en el fuego del Espíritu Santo, a Dios y al prójimo; así caminará hasta el postrer día: su exhortación no cesará, sino que, mientras dure el mundo, siempre clamará, como esta misma virtud anuncia en su admonición referida.

26. *La Justicia, la Fortaleza y la Santidad*

Pero en el suelo de este edificio viste tres imágenes más: estas tres virtudes, que hollan lo terrenal y van en pos de lo celestial en la obra divina, representan tres medios por los que la Iglesia pretende lo eterno con sus hijos: el alimento de los maestros, la lucha de los fieles contra el Demonio y su regreso de la adhesión a los vicios. *Una se reclinaba en las columnas mencionadas*: porque los maestros de la Iglesia, imbuidos de los dones del Espíritu Santo, hallan reposo en su fortaleza; *y las dos restantes estaban de pie ante ella y a sus lados*: pues la concordia y unión de su obrar alberga el amor a Dios y al prójimo al que exhortan.

Las tres miraban la columna de la Humanidad del Salvador y la torre: con su mirar unánime manifiestan que el Hijo de Dios es venerado y adorado con gran devoción en la Iglesia, como Dios verdadero y Hombre verdadero, así elevan la justicia sobre la justicia: en los antiguos santos revelan al Dios Altísimo y, en la Encarnación de Su Hijo, la salvación de las almas.

27. *La Justicia*

La que se apoyaba en las columnas representa la justicia de Dios, que, tras la sabiduría, es forjada en todos los actos de justicia de los hombres, merced al Espíritu Santo. *Era tan ancha como el espacio que podrían ocupar cinco hombres de pie uno junto a otro*: he aquí la extensión de los cinco sentidos del talento humano con que habita en la amplitud de la Ley de Dios, albergando y conservando los preceptos de vida instituidos por el Señor para cuantos la aman. *Pero te fue imposible discernir bien su altura, tan inmensa que atalayaba todo el edificio*: porque en su altura excede el entendimiento humano, remontándose a las cumbres de los cielos, así como, en la Encarnación del Salvador, de los cielos se asomó cuando el Redentor, el Hijo de Dios, salió del Padre, que es la justicia verdadera. Por eso su mirada guía toda la edificación de la Iglesia: pues por la justicia es forjada y en la justicia subsiste, como los torreones más altos están unidos a la inexpugnable torre para poder afianzarse. *Su cabeza era grande y, con sus ojos claros, escudriñaba agudamente los cielos*: porque la infinita y suprema bondad de la justicia iluminó las miradas de los hombres en la Encarnación del Hijo de Dios, cuando se manifestó en cuerpo humano a los ojos terrenales y llenos de tinieblas, abriéndolos a lo celestial mediante la salvación de las almas. *Era toda diáfana y límpida como una serena nube*: pues habita en la transparencia y la pureza de las mentes de los justos, que a ella consagran toda su pasión como fieles súbditos de la justicia de Dios. Por eso se asemeja a una nube: porque se prepara un grato tabernáculo en los corazones de los justos.

Mas no advertiste en ella ningún otro rasgo humano: su naturaleza es celestial y no terrenal, según te ha sido revelado: no se adhieren a ella las obras humanas que causan el desaliento de los hombres, sino las que los guían a la justificación de la vida, pues justo es el Señor, como ella misma, en lucha contra el Demonio, muestra fielmente más arriba, exhortando a las demás virtudes en la obra de Dios.

28. *La Fortaleza*

La primera de las imágenes que estaban ante esta, a sus lados, representa la fortaleza: tras la justicia de Dios, surgió la fortaleza, como un príncipe en presencia del Rey supremo, que, con sus obras rectas y bienaventuradas, combate en los hombres todas las asechanzas de sus enemigos; está revestida de las fuertes armas del Dios Omnipotente: firme en la fe, resiste con gallardía los ataques del Demonio. Así pues, ciñe el *yelmo* del vigor celestial para salvación de los fieles; la *loriga,* ley de los cristianos, forjada en la justicia a fin de que no la quiebre flecha alguna del arte diabólico; las *canilleras* de los rectos caminos recorridos según la enseñanza de los supremos maestros; y los *guanteletes de hierro* de las poderosísimas y aceradas obras que los fieles cumplen en Cristo.

Su mano derecha esgrimía una espada desenvainada: esta es la gesta por la que aparece desnuda y diáfana la promesa del Señor en las divinas escrituras, cuyo sentido místico desveló el Hijo del Dios verdadero cuando, al desenvainar la Ley, sacó a la luz la interior dulzura de su núcleo. *Y en la izquierda empuñaba una lanza*: representa la acerada confianza en lo eterno que templa a los fieles para combatir los deseos carnales cuando les rondan con sus placeres.

Hollaba con sus pies un horrible dragón: por el camino de la rectitud doblega con su poder a la antigua y horrible serpiente; *con el hierro de la lanza atravesaba su boca, y la bestia vomitaba ponzoñosas espumas*: porque atraviesa las abiertas fauces del sórdido apetito diabólico con la acerada valentía de la castidad, y le hace expulsar la viscosa baba del ardiente frenesí con que embeleña a los hombres.

Y enarbolada la espada, presta al ataque, con fuerza la blandía: pues Dios manifestó la aguda espada de Su Palabra para que aniquilara, con el largo filo de Su Fortaleza, toda la perfidia de la idolatría y otras discordias, hijas de la impiedad, tal como esta misma virtud proclama en su exhortación referida.

29. *La Santidad*

La otra imagen representa la santidad, pues cuando la fortaleza rechaza al Demonio, nace la santidad en los hombres buenos para ornato de las milicias celestiales. *Era tricéfala*: porque mediante esta triple dignidad alcanza su plenitud, así que *tenía una cabeza en su lugar natural y otras dos, una en cada hombro*: Dios, cabeza de todo verdadero júbilo con Su obrar justo y digno, ha de ser temido y

venerado tanto en la prosperidad que alegra a los hombres como en la desdicha que los entristece; *y la del medio sobresalía un tanto*: pues Aquel que es Juez de buenos y malos todo lo supera con Su equidad. *La del medio y la de su derecha irradiaban tal fulgor, que su claridad deslumbraba tu mirada y no pudiste distinguir bien si sus rasgos eran masculinos o femeninos*: porque tanto resplandece la santidad en la cumbre de la gloria y en la parte de la prosperidad de la eterna dulzura, desbordante de gracia divina, que la hondura de su misterio sobrepasa el entendimiento humano, postrado bajo el peso de la mortalidad y, por tanto, incapaz de discernir su libertad y sumisión en Cristo: sólo sabe que en Él subsiste.

Pero la cabeza de su izquierda era ligeramente oscura, cubierta con un blanco velo, según la costumbre de las mujeres: esta perfección, que se mortifica duramente por amor a Dios ante la adversidad con que la asedian las enherboladas flechas diabólicas y las obras humanas, busca, llena de inquietud y anhelo, cómo guarecerse bajo el escudo divino y se encomienda al Sumo Redentor, entre los gemidos de los corazones fieles, con humilde sumisión, en la blancura y belleza de la lucha cristiana.

La imagen vestía una túnica de seda blanca: aparece revestida de la obra de la pasión luminosa y suavísima con que esta perfecta santidad va en pos de Mi Hijo; *y zapatos blanquísimos,* porque resplandece en las mentes humanas, por la muerte de Cristo, con la pureza de la renovación del Espíritu y del agua para que los hombres imiten Su muerte.

En su pecho llevaba el signo de la cruz, en torno al cual, también en el pecho, rutilaba un inmenso esplendor, como luciente alborada: pues perpetúa la memoria de la Pasión de Jesucristo en el anhelo de los corazones fieles que la abrazan con amor, y con el sereno fulgor de la fe en estos corazones, que por doquier resplandece, proclama que Aquel que, obedeciendo al Padre, tanto sufrió en Su bienaventurada Humanidad, nació, según la voluntad del Padre, sin mancha de pecado en la incomparable aurora del Sol, la Virgen María.

Su mano derecha empuñaba una espada desnuda que, con gran devoción, apoyaba sobre su pecho y la cruz: mediante su obra buena y santa infunde su inmenso amor por las Escrituras, que el Espíritu Santo ha desvelado, en la memoria de las mentes de los elegidos para que con dulzura evoquen la Pasión de su Redentor.

Y viste que la cabeza del medio llevaba escrito en la frente: «Santidad»: porque la santidad se reconoce en el semblante interior: el alma sin sombra de agravio, exultante de vida. *Y la derecha: «Raíz del bien»*: pues es el claro principio y fundamento de la santidad en

la senda de la salvación. *Y la izquierda: «Mortificación»*: porque se ciñe a la austeridad sin dejarse vencer por la apatía, rechaza la flaqueza y vanidad de las apetencias carnales y camina bajo el estandarte de las demás virtudes para alcanzar la plenitud, perseverando en la lucha.

Y, mirándose las tres unas a otras, cada una prestó a las demás su apoyo: pues permanecen firmemente unánimes en su visión interior y en su amor, así que ninguna puede subsistir sin la ayuda de las otras dos, y dirigen sus palabras y exhortaciones a los hombres para que progresen, como se ha dicho.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Décima visión

EL HIJO DEL HOMBRE

Y después vi, en la cima del ángulo oriental del edificio referido —donde se unían las dos partes, de luz y piedra, de la muralla—, siete gradas de blanquísima piedra que ascendían, a guisa de testudo, hasta la gran roca sobre la que estaba el Ser luminoso sentado en el trono.

Sobre esas gradas había un asiento en el que descansaba un joven de rostro noble y gallardo, pero pálido, de negros cabellos que le caían por la espalda, y vestido con una túnica púrpura. Me era visible desde la cabeza hasta el ombligo, mas desde este hacia abajo las sombras lo ocultaban a mi visión.

Y, mirando al mundo, gritó con fuerte voz a los hombres que allí había, diciendo:

1. *Palabras del Hijo del Hombre*

Oh insensatos, que en tibieza y oprobio sumidos, por dentro os marchitáis, sin querer abrir siquiera un ojo para ver qué sois en el caudal de vuestros corazones; que siempre codiciáis el mal: las apetencias de la carne os acucian, renunciáis a la buena conciencia y al recto meditar de vuestras almas, como si no tuvierais la ciencia del bien y del mal ni la gloria de saber obrar el bien y apartaros del mal. Escuchadme, mirad que el Hijo del Hombre os habla así: qué eras tú, oh hombre, cuando fuiste cuajado en el vientre de tu madre; entonces, ni la sabiduría ni la fuerza de la vida tenías, sino que te fue dado el espíritu, el movimiento y el sentir para que, vivo, caminaras y, caminando, entendieras y alumbraras el fruto del bien.

2. *El hombre, con la ciencia del bien y del mal, no puede excusarse*

Tienes, pues, la ciencia del bien y del mal, y el poder de obrar. No puedes, entonces, excusarte, decir que te falta el talento para adorar con verdad y justicia al Señor, iluminado por la inspiración del Cielo, y resistir los apetitos y placeres ignominiosos; para mortificarte frente a ellos y apagar su llama con el amor de Mi Pasión, portando Mi cruz en tu cuerpo, huyendo de los malos deseos cuando ansíes pecar. ¿Para qué, en fin, se te ha dado este poder? Para que evites el mal y obres el bien. Y por esta ciencia del bien y del mal por la que te sabes hombre Me responderás. Ah, pero renuncias al bien y haces el mal, ardiendo en deseos carnales: porque el bien te parece arduo y el mal despierta fácilmente en tu corazón. Y al ser así, no quieres dominarte, sino pecar libremente.

¿Qué hice Yo, el Hijo del Hombre, cuando sufrí en la cruz y adolecí en la carne, cuando, oprimido por la angustia, temblaba atormentado? Por eso te reclamo tu propio martirio, escollo de tus afanes: que padezcas en las apetencias de tu carne, en todas las tribulaciones, en los deseos inicuos, contrarios a Mi voluntad, y en su séquito de perversidades; y en esto no podrás excusarte, decir que no sabías si obrabas el bien o el mal.

3. *Exhortación a los casados*

Mas no rechazo la unión con mujer en legítimo matrimonio, establecido por designio divino a fin de que se multipliquen y medren los hijos de Adán, siempre que se haga por verdadero deseo de procrear, no con la falsa apetencia de la carne, y entre quienes actúan lícitamente, sin cometer afrenta, como prescribe la Ley de Dios para cuantos se consagran al mundo y no se apartan por vocación del Espíritu. Sí, todo el bien que de Mí has recibido, deberás amarlo incluso contra ti mismo, porque eres celeste según el espíritu y terreno según la carne: amarás lo celestial y conculcarás lo terrenal. En las obras celestes te mostraré la suprema recompensa, pero en los afanes de tu carne, cuando quieras cometer iniquidad, te enseñaré Mi martirio y los tormentos que por tu causa he soportado, para que resistas tus funestas apetencias por amor de Mi Pasión.

Cuanto más entendimiento tengas, más fruto se te pedirá. Mucho se te ha dado, y mucho te será reclamado. Pero en todo esto soy tu Cabeza y tu ayuda; si, tocado por la mano del Cielo, Me invocas, escucharás Mi respuesta; mira que si llamas a Mi puerta, te abriré.

Porque has sido imbuido del espíritu de la más profunda ciencia, tienes cuanto te es útil. Y según este talento con que estás dotado, Mis clarividentes ojos, que todo lo ven, juzgarán lo que en ti contemplen.

Por tanto, reclamaré de tu conciencia las heridas y quebrantos de tu corazón mortificado: pues cuando sientas que tu voluntad te arrastra al pecado, que te abrasas, que entero te derrites y apenas puedes respirar, he aquí que estaré mirándote. Y ¿qué harás? Si entonces, herido el corazón en esta lucha, arrasados en lágrimas los ojos, amedrentado por temor de Mi juicio, Me invocas, si no cesa tu clamor para que te ayude contra la maldad de tu carne, contra los ataques de los espíritus malignos, haré, en verdad, cuanto desees, y en ti pondré Mi morada.

4. *Semejanza del campo*

Y ahora, pues, hijo mío, mira con cuánto esfuerzo y sudor se trabaja el campo antes de sembrar la semilla. Pero, después de plantada, brinda su cosecha. Entonces, escucha y considera esto: ¿acaso dejo que la tierra dé fruto sin el sudor del trabajo? Mas cuando Me place, se colma de tal abundancia de frutos, que los hombres tienen todo lo necesario y hasta de sobra. Y otras veces, también según Mi deseo, tanto desmedra su cosecha, que los hombres apenas pueden subsistir por el hambre y muchos mueren desfallecidos. A semejanza de este ejemplo he puesto Yo a los hombres del mundo: al que, de buen corazón, recibe voluntariamente la semilla de Mi palabra, le doy en abundancia los magníficos dones del Espíritu Santo, como a la buena tierra. Pero aquel que unas veces recibe Mi palabra y otras renuncia a ella, es como el campo que ora verdece, ora se agosta. Mas este hombre no perecerá enteramente: pues, pese a que su alma esté hambrienta, también posee vigor, aunque sea poco. En cambio, aquel que no tenga intención ni deseo alguno de recibir Mis palabras y ni por la exhortación del Espíritu Santo ni por la enseñanza de los hombres quiere que su corazón despierte al bien, morirá sin remedio. Oh hombre, que miras todo esto y anhelas saber la razón de que así sea:

5. *Ejemplos de cómo el hombre no escrutará lo que no debe saber*

Así como no puedes contemplar la Divinidad con tus ojos mortales, tampoco te es posible captar Sus secretos con tu inteligencia

perecedera, más allá de cuanto te sea concedido. Pero caminas, errante tu alma, de aquí a allá, y lo mismo que el calor del ardiente hogar seca el agua, el quebranto de tu alma insensata agosta tu corazón: porque ansías saber aquello que no ha de conocer la carne concebida de semilla humana en el pecado. ¡Alza, pues, tu dedo y toca las nubes! ¿Y qué? No te es posible hacerlo, como escrutar lo que no debes saber. Pero igual que las plantas carecen de sentido y entendimiento para comprender los campos, y no saben qué son ni qué fruto dan, aunque los campos les proveen de cuanto necesitan; y así como los mosquitos, las hormigas y otras criaturas pequeñas no desean dominar a sus semejantes, ni albergan ansias de saber o entender lo que les sobrepasa: la fuerza y la forma de un león o de otros animales más grandes, tampoco tú puedes conocer qué hay en la ciencia del Señor.

Pues ¿qué hiciste tú y dónde estabas cuando fueron creados los cielos y la tierra? Quien los fundó no necesitó tu ayuda. Ni la necesita ahora. ¿Para qué, pues, escrutas los juicios del Señor? Cuando la lluvia salvífica te riegue desde el cielo, enséñame cómo trabajas y cultivas el campo de tu corazón. Porque si tu esfuerzo Me complace, te daré óptimo fruto. Según sea tu trabajo, así será tu cosecha y tu salario. ¿Acaso doy los frutos de la tierra sin trabajo? Tampoco a ti te los daré, oh hombre, sin la fatiga que te reclamo. En verdad que te he dado el talento para trabajar este campo: de Mí lo has recibido todo.

Así pues, trabaja con ahínco y darás fruto. Y cuando des fruto, recibirás tu salario. Pero ¿y ahora qué? Muchos Me buscan con el corazón devoto, puro y sencillo y, al encontrarme, Me guardan.

6. *Ejemplos de cómo no se alcanza repentinamente la santidad*

Pero muchos otros intentan bromear, jugar Conmigo, queriendo acercarse a Mí sin el esfuerzo de su alma y su pensamiento, negándose a meditar previamente qué deben hacer: invocarme y velar por la aquiescencia de su cuerpo; tan sólo desean asirme como quien despierta de un profundo sueño y, con el gesto repentino de la ilusión y el engaño, emprenden el camino de la santidad, según esta ensoñación suya; algunos con la renuncia a los afanes mundanos, otros con la abstinencia de la carne, otros con el pudor virginal, portan Mi yugo sobre sus hombros creyendo que les es posible llegar a ser cuanto apetecen: se niegan a considerar quiénes son y qué son o qué pueden hacer, no quieren saber Quién los ha creado ni

Quién es su Dios, sólo ansían tenerlo como siervo suyo, que cumple todos sus deseos.

No quiero, pues, otorgar Mis dones ni sembrarlos en los campos baldíos de estos hombres que con semejante vanidad tratan de unirse a Mí, como si no Me conocieran, con su insensata ignorancia. Ah, por eso muchas veces tropezarán sus pies. Y mira, Yo les diré así: «¿Por qué no has cuidado el campo de tu alma, oh hombre, para arrancarle la cizaña, los espinos, los abrojos, invocándome y purificándote, antes de venir a Mí embriagado, como en delirio, sin saber quién eres, pues sin Mi ayuda no puedes cumplir las obras de la luz? Porque, después de este arrebato de buscarme como en un sueño, estando ya bajo Mi yugo, la nostalgia y el tedio trajeron a tu memoria las fantasías de otrora: el sueño de tus pecados volviste a dormir, a tus viejos crímenes regresaste, oh necio, ignorante del bien, despojado de la ayuda y el consuelo del Espíritu Paráclito. Pero ¿a quién buscaste como guía y socorro para esto? A tu alma ilusoria y fatua, que te guiaba, oh insensato, a los páramos donde no hay verdor ni memoria de la razón: allí olvidaste que nada bueno puedes hacer sin Mí. ¿Qué te queda, pues, ahora? En verdad que ahora, miserable y vacío, caerás ante Mi faz y ante los hombres: como hojarasca serás hollado. ¿Acaso puedes hacer algo contra Mí? Nada. ¿Y unido a Mí? Las obras de la luz, más esplendorosas que el fulgor del sol, y dulces para el sabor del alma, más que la leche y la miel, cuando se manifiestan al pueblo que las anhela. Pues si Me llamas con la voz más honda del corazón, según te enseñó la fe en el bautismo, ¿acaso no hago cuanto deseas?».

Pero muchos Me llaman después de su caída, gimiendo atormentados, cuando deberían haberme buscado antes de sucumbir. Yo les tiendo Mi mano y les digo: «¿Por qué no Me llamasteis antes de caer? ¿Dónde estaba Yo, y dónde Me buscabais? ¿Acaso os rechacé cuando Me invocasteis?». Y digo: «Mira que si te encontraras, oh hombre, junto a un puente que cruza sobre aguas profundas y, por tu necia jactancia y olvido —igual que Me has despreciado en todo esto al concebir que te era posible llegar a ser cuanto apetecías, como si no necesitaras Mi ayuda—, murmuraras con soberbia para ti: "No iré por el puente, caminaré por las aguas", ¿acaso estarías obrando con prudencia? Porque si hicieras esto, insensata y presuntuosamente, sin duda exhalarías tu espíritu, anegado en esa criatura que, a ti sometida, fue formada para serte útil. Pero en presencia del agua te sobreviene el temor y, comprendiendo que puede engullirte en la muerte, te guardas de que así sea. Y si vieras caer un inmenso árbol recién talado, ¿es que no te apartarías para no ser herido? Y si en el camino

vieras salir a tu encuentro leones, osos o lobos, ¿no te esconderías, si pudieras, bajo tierra, sobrecogido de terror ante las fieras? Y si de este modo esquivas los quebrantos de tu cuerpo, ¿por qué no evitas la ingrata muerte del alma temiendo a tu Creador? ¿Has visto o has oído jamás de alguno que pudiera enfrentarse a Mí? Porque quien no está Conmigo, será aventado; y a aquel sobre quien Yo caiga, le aplastaré. ¿Qué eras tú cuando creaba Yo los Cielos y la tierra, que obran según les fue prescrito? Tú, en cambio, formado en el designio del Señor y por Su luz ilustrado, quebrantas Sus mandamientos. ¡Oh terrible desatino! Por una criatura que, a ti sometida, te sirve, reniegas de tu Dios, saltas por encima de los Cielos y la tierra que, temiendo a su Creador, Le acatan y cumplen Sus preceptos, mientras que tú no lo haces, cuando no quieres saber de Él ni en tus pensamientos ni en tus obras, ni mirarle anhelando conocerle.

»Así que, si no te arrepientes, por justo juicio caerás en el abrazo del Hades, como aquel que, por su porfía, fue arrojado de los Cielos y a quien tú imitas. Pero si cuando caes Me llamas con fiel clamor, te levantaré y te acogeré. Sin embargo, cuántas veces quieres alcanzar las cumbres, oh hombre, y ni siquiera puedes comprender lo más ínfimo».

7. *Exhortación a las vírgenes y a los castos sobre la santidad*

Escucha, pues, Mis palabras: si, exhortado por Mí, deseas llevar Mi yugo en la renuncia a los afanes mundanos o en la abstinencia de la carne, antes de emprender esta senda, clama y persevera buscándome, que Yo te ayudaré. Si quieres imitarme, tocado por Mi admonición, contemplándome con la pureza de la virginidad —porque así como la flor nace en un campo sin labrar, nací Yo sin semilla de varón—, enséñame el campo de tu alma con gran humildad, háblame, bañado en el arroyo de tus lágrimas tu corazón, y dime: «Oh Dios mío, mira que soy un indigno ser humano: no podré cumplir mi promesa de guardar mi virginidad sin Tu ayuda, Señor; pues lleno de culpa estoy desde que nací: por mis venas fluye el jugo del ardor y así camino, harto de quebrantos, preguntándome sin cesar por la causa de mi flaqueza. No tengo fuerzas para combatir en mi seno el dulce sabor de mi carne: soy un árbol concebido y nacido en el pecado. Dame, entonces, Señor, por Tu virtud, el ígneo don que extinguirá en mí esta llama, este perverso ardor, y beberé, anhelante de justicia, en el agua del manantial vivo, y, colmado de vida, exultaré; yo, que soy pútrida ceniza, yo, que estoy mirando las obras de

las tinieblas y no las de la luz». Y si con ahínco y firmeza perseveras en esta súplica, Me prepararé en ti ese campo con el que Isaac comparó a su hijo al decir: «Mira el aroma de mi hijo, como el aroma de un campo, que ha bendecido Yahveh»[1], y bendeciré ese campo Mío en tu corazón; y así como luego dijo: «Sé señor de tus hermanos y adórente los hijos de tu madre»[2], también tú pertenecerás a una estirpe elevada, por encima del pueblo común. Entonces sembraré en este campo las rosas y los lirios y todas las incomparables hierbas aromáticas de la virtud; no dejaré de regarlo con la inspiración del Espíritu Santo; lo desbrozaré, le arrancaré la cizaña del mal para que, recorriéndolo Mis ojos, se apaciente Mi mirada en el verdor y florecer de este vergel incorrupto.

Todo esto es Mío y no tuyo, oh hombre, por Mí se realiza y no por ti. Pues soy el lirio de los valles: así como el campo que no conoce arado engendra flores, así Yo, el Hijo del Hombre, nací de una Virgen que no conoció varón. Por tanto, Mío, y no tuyo, es este don: porque tú, en pecado concebido, en la culpa naciste, hijo de la podredumbre. Pero si Me pides fielmente este don, te lo confiaré sin duda, y haré de ti Mi compañero en la virginidad, ante Mi Padre. Mas tu cuerpo es frágil y no podrás recibir Mi don sin luchar contra el ardor que te recorre; pues cuántas veces no aflora en ti tu débil naturaleza humana y no te es posible evitarlo, porque carne de la carne eres.

Pero, en esto, deberás llevar Mi cruz, imitar Mi martirio, mortificándote para que por Mí te venzas a ti mismo, y esta lucha tuya siempre Me complacerá: porque sé que eres frágil cántaro; por eso quiero estar a tu lado en el dolor y compartirlo contigo. Mas si en esta lucha alguna vez cayeras, levántate presuroso y haz penitencia de corazón, que Yo te acogeré y te salvaré.

8. *Ejemplos sobre la templanza interior de la mente*

Pero algunos, engañados por el Demonio y porfiados en el mal, se creen santificados cuando apartan su hombre exterior de la cópula y, sin embargo, renuncian a la circuncisión de la mente: por eso están llenos de pensamientos inmundos; incircunciso su espíritu, el mal acude a sus bocas y a sus obras, no quieren reconocer su infamia, son tibios que tan sólo procuran mantener su carne libre

1. Génesis 27,27.
2. Génesis 27,29.

de cópula mientras rechazan la pureza de su espíritu. Por tanto, indignos son ante Mi faz: proscritos que están fuera de la ley carnal y espiritual, porque no vivieron según la justicia de Dios ni en la carne ni en el espíritu. Ni guardaron la ley del matrimonio establecida para ellos ni, más allá de lo prescrito por la Ley, conservaron el amor de la virginidad. Y he aquí que no merecen estar ante Mis ojos: no sé qué son; no los he visto caminar bajo los mandamientos de la Ley, ni hacer más de cuanto les había sido prescrito. Apartados están, pues, de Mi mirada. Son para Mí cual páramos donde crecen espinos, abrojos, cizaña: maleza inservible cuya altura y color la asemeja a las rosas, y a los lirios, y a otras flores y plantas beneficiosas y balsámicas por su útil jugo, dulce fruto y buen aroma. Son para Mí como el cobre, que por fuera parece oro, pero por dentro se ve que es falso y espurio: porque así es como estos por fuera aparentan ser vírgenes prudentes, mas por dentro están llenos de iniquidad y de mentira.

Por eso son para Mí cual viento tibio que, sin fuerza alguna, no es ni caliente ni frío: pues ni posee su alma calor a fin de perseverar en la abstinencia virginal que emprendieron, ni valen, en el frío de los afanes mundanos, para recorrer sus caminos seculares según se propusieron. Ni pecan sin Ley como los publicanos, ni bajo la Ley como los réprobos, sino que son tibios de corazón: ni plenamente justos ni plenamente injustos. Pero igual que el cachorro de un animal inmundo es alejado antes de que se sienta vivo o de que se fortalezca en la edad de la sazón, así son desterrados estos hombres a la muerte: porque ni saben vivir para la Vida ni saben reconocer en su interior la fuerza de las virtudes que habitan en la morada de la Sabiduría. Y si impenitentes perseveran, los vomitaré de Mi boca, pues no son dignos de estar ante Mi faz. Pero ahora, oh hombre, mírate a ti mismo:

9. *Ejemplo del tesoro*

Si un hombre te diera un tesoro, porque te aprecia mucho, y te dijera: «Aprovéchalo y hazte rico para que todos sepan quién te ha regalado este tesoro», entonces te convendría pensar con detenimiento cómo podrías sacarle provecho, diciéndote: «El tesoro de mi señor ha de resplandecer en mí con su mejor fruto, así que sea él alabado por ello». Y cuando lo multipliques, aumentando su beneficio, tu buena fama llegará a oídos de quien te lo dio. Entonces este, acordándose de ti, te querrá aún más y te concederá mayores dones.

Así hace también tu Creador. Te ha dado el mejor tesoro: el entendimiento vivo, pues siendo tú Su criatura, inmensamente te ama. Y te ha ordenado —mediante las palabras de la Ley por Él fundada— que aprovecharas tu entendimiento con buenas obras y te hicieras rico en virtudes a fin de que sea conocido y glorificado este Buen Dador. Por tanto, es preciso que a todas horas medites cómo sacar fruto, para el prójimo y para ti mismo, de tan inmenso don, con obras de justicia que irradien de ti el esplendor de la santidad a fin de que los hombres, despertados por tu buen ejemplo, canten alabanzas y ensalcen al Señor. Mira que cuando lo hayas multiplicado útilmente con todas tus obras de justicia, las loas y enhorabuenas llegarán a oídos del Señor, que te inspiró estas virtudes en el Espíritu Santo; entonces, inclinándose a ti con la misericordia de Su gracia, avivará tu llama: de la dulzura de Su amor te colmará para que, lleno de la consolación del Espíritu Santo, disciernas sabiamente el bien y hagas aun mayores obras buenas, glorificando con ardiente amor a tu Padre que, magnánimo, te ha dado todo esto.

Que escuche Mi grey estas palabras, y el que tenga oídos del espíritu interior que oiga, porque Me complace que así obren cuantos Me conocen y aman: que comprenda su corazón qué deben hacer con los dones del Espíritu Santo.

Pero en la misma zona oriental vi, ante aquel joven, tres imágenes de pie una junto a otra sobre el suelo del edificio, que le miraban con inmensa devoción. Y frente al Aquilón, entre el gran círculo que irradiaba el Ser luminoso sentado en el trono y el edificio, vi una rueda que pendía en el aire y, dentro de ella, la imagen de un hombre, visible hasta el pecho, que atalayaba agudamente el mundo.

Y ante el ángulo orientado al Sur había, en el interior del edificio, otra imagen, de pie sobre su pavimento, que miraba al joven con infinito júbilo. Estas imágenes tenían ciertas semejanzas entre sí: como las virtudes que había visto antes, todas vestían ropajes de seda. Todas cubrían sus cabezas con blancos velos excepto, del trío mencionado, la que se encontraba a la derecha de la del centro, que, descubierta su cabeza, tenía blancos cabellos. Ninguna vestía manto, salvo la del centro del trío, que se ataviaba con un manto blanco. Todas llevaban túnicas blancas, pero la que estaba dentro de la rueda vestía una túnica negra y la que se hallaba a la izquierda en el trío, una túnica pálida. Todas calzaban zapatos blancos, excepto la del centro del trío, cuyos zapatos eran negros, engalanados con distintos colores. Y también había ciertas diferencias entre ellas:

En el pecho de la imagen que se hallaba en el centro del trío había dos ventanitas y, sobre ellas, un ciervo que miraba hacia la

diestra de la imagen: apoyaba sus patas delanteras encima de la ventana derecha, y las traseras, encima de la izquierda, en ademán de empezar a correr.

Y esta imagen dijo:

10. *Palabras de la constancia*

«Soy la más recia columna, ni mudanza ni ligereza me harán vacilar, como zarandean las ráfagas de viento las hojas de los árboles y, en su rebullir, de aquí a allá las llevan. Perseveraré en la roca verdadera: el Hijo de Dios verdadero. Y ¿quién conseguirá hacerme zozobrar, quién podrá herirme? Ni el fuerte o el débil, ni el príncipe o el vasallo, ni el rico o el pobre podrán: porque en el Dios verdadero perseveraré, que es inconmovible, estable para siempre[3].

»Inconmovible seré también yo: edificada estoy sobre el más firme fundamento. No me veréis entre los aduladores a los que el viento de la tentación esparce por los caminos, irresolutos que jamás arraigan en la calma de la perseverancia, antes bien, van cayendo sin cesar a lo más ínfimo, en el fondo de la abyección se hunden. No así yo, que enraizada estoy sobre la firme roca».

Pero la imagen que se hallaba a su derecha, mirando al ciervo, dijo:

11. *Palabras del deseo celestial*

«"Como jadea la cierva, tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de ti, mi Dios"[4]. Ah, cruzaré los montes y collados, y los yermos de dulzura de la vida transitoria pasaré, diáfano mi corazón, sólo en pos del manantial de aguas vivas correré: mira que desborda infinita gloria, su suavidad la sed apacigua pero no hastía».

La imagen que estaba a la izquierda, mirando las ventanitas mencionadas, dijo:

12. *Palabras del dolor de corazón*

«Siempre contemplo y guardo la Luz verdadera y eterna: en pos de la inagotable dulzura que hay en el Señor de los Cielos iré, con el pensamiento, el suspirar y la mirada, sin poder saciarme de ella».

3. Salmos 125 (124),1.
4. Salmos 42 (41),2.

Pero la imagen que se hallaba, frente al Aquilón, en la rueda, sostenía en su mano derecha una rama verdeciente. Y la rueda giraba sin cesar, aunque la imagen, en su interior, permanecía inmóvil. En el contorno de la rueda estaba escrito: «Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor»[5]*; y en el pecho de la imagen estaba grabado: «Soy el sacrificio de alabanza*[6] *en toda la tierra».*

Y esta imagen habló así:

13. *Palabras del desprecio del mundo*

«"Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el Paraíso de Dios"[7], porque el manantial de la salud, anegando a la muerte, pasó sus arroyos sobre mí y me hizo verdecer en la redención».

Pero el semblante de la imagen que estaba ante el ángulo austral irradiaba tal fulgor, que no pude mirarla bien. En cada costado tenía un ala blanca, cuya envergadura superaba el tamaño de la imagen.

Y dijo:

14. *Palabras de la concordia*

«¿Quién tiene tanta fuerza como para enfrentarse a Dios? ¿Quién es tan audaz que se atreva a desnudarme y envilecerme con el agravio del odio y la envidia? Justo es el Señor, único en Su verdadero poder y gloria. Siempre Le abrazaré, puro mi corazón, lleno de júbilo el semblante, en toda Su justicia sin cesar exultaré. No mudará mi ánimo, con un mismo espíritu perseveraré siempre, ensalzaré eternamente al Señor. Ni el Demonio ni el hombre malvado podrán doblegarme, en la furia del engaño abatirme, sin que pueda yo seguir siempre los pasos de la Paz, por sendas de rectitud y concordia. Mira que cuando pase este mundo será mi luz más diáfana en la visión del Cielo».

Luego miré y *he aquí que todo el suelo del edificio parecía un cristal diáfano que irradiaba un serenísimo fulgor. Entonces, el esplendor de Aquel Ser luminoso sentado en el trono, que me revelaba todo esto, resplandeció por el pavimento, atravesándolo hasta el abismo. Entre el círculo que rutilaba desde el Ser sentado en el trono y el*

5. Juan 12,26 (véase el versículo anterior para el nombre de la virtud).
6. Hebreos 13,15.
7. Apocalipsis 2,7.

edificio, sólo aparecía la tierra, inclinada igual que una pendiente, como si el edificio estuviera emplazado sobre la cima de un monte. Y el Ser luminoso sentado en el trono me dijo de nuevo: «Mira que el Hijo de Dios Vivo, nacido de una Virgen, piedra angular que desecharon los que debieron edificar bajo la Ley de Dios por su salvación y se negaron, pues amaban las tinieblas más que la luz y la muerte más que la vida, reina con poder sobre los que, encendidos por el aliento del Espíritu Santo, conculcan salutíferamente lo exterior y abrazan de todo corazón lo interior del espíritu, en plenitud de virtudes y buenas obras».

15. *De cómo se afianza la obra de Dios en los hombres*

En la cima del ángulo oriental del edificio referido —donde se unían las dos partes, de luz y piedra, de la muralla— viste siete gradas de blanquísima piedra: porque en la cumbre de la justicia, dimanada del Oriente verdadero —la piedra angular en la obra divina— donde se unen, en la concordia del reposo, los dos elementos imprescindibles de la muralla —la ciencia especulativa y el trabajo humano—, se eleva la escalinata de siete gradas de la más pura fortaleza: plenitud de la recta obra que Dios lleva a cabo y culmina en el hombre, así como durante seis días trabajó y el día séptimo descansó.

16. *El temor de Dios, unido a las obras de la fe*

Y ascendían, a guisa de testudo, hasta la gran roca sobre la que estaba el Ser luminoso sentado en el trono: todo acto que cumplan los fieles en la fe y en las obras está unido, mediante el poder de la divina providencia, en armoniosa trabazón, al temor de Dios, sobre el que preside con eterna omnipotencia Aquel que todo lo rige.

17. *El Hijo de Dios rige a quienes desean perseverar en el bien*

Sobre esas gradas había un asiento: sobre la obra que Dios realiza en los hombres hay un firmamento que los rige y ayuda con su sólida protección: porque quien quiera perseverar con Él, no sucumbirá en el error, pues es el más firme cimiento sobre el que se edifica toda la justicia.

En el asiento descansaba un joven: este es el Hijo del Hombre en Su inquebrantable soberanía, el Hijo de Dios que reina en toda la

justicia con el Padre y el Espíritu Santo como un solo Dios; *de rostro gallardo y noble*: es el poderosísimo león que destruyó a la muerte, límpido Su semblante sin pecado, pues se manifestó al venir al mundo, nacido de una Virgen; *pero pálido*, porque cuando estaba en la tierra no buscó honores terrenales, sino que se mostró sencillo, modesto y pobre, en santa humildad.

18. *La sombra de la Ley se disipa con Cristo*

Tenía negros cabellos que le caían hasta la espalda: porque el pueblo judío no buscó la claridad de la fe, manifestada en la Encarnación de Mi Hijo, sino que, oculto bajo la sombra del entendimiento exterior de la Ley, se marchitó en la impiedad y en la pertinacia; aunque este pueblo había surgido en la cabeza de la justicia y perduró hasta los hombros —que son la fortaleza: hasta que la obra perfecta floreció en la Humanidad de Mi Hijo, cuando su infidelidad les perdió.

Y vestía una túnica púrpura: derramando Su sangre en el amor, redimió a los hombres, que en los cepos de la muerte perecían.

19. *El conocimiento del futuro de la Iglesia*

Te era visible desde la cabeza hasta el ombligo: porque todas las obras que lleva a cabo en la Iglesia, desde Su Encarnación hasta el tiempo presente, se han manifestado a los fieles; pero *desde el ombligo hacia abajo, las sombras lo ocultaban a tu visión*: cuanto ocurra en el futuro de la Iglesia, desde hoy hasta la plenitud de los tiempos, no podrá verse ni conocerse más allá de lo que sea percibido por revelación divina y a través de la fe católica, pues el máximo fulgor de las virtudes aún se halla oculto a los hombres en el misterio hasta que, al llegar el último día, resplandezca en ellos.

20. *Dios exhorta a los hombres a alcanzar la patria celestial*

Y miraba al mundo: porque el Hijo de Dios dirige Su misericordiosa mirada a los hombres y, en medio de las vicisitudes pasadas y venideras, les dice Sus fieles palabras exhortándoles a que sigan los pasos de sus santos, imitando a los ejércitos celestiales y esquivando las celadas del pecado para que, en esforzada lucha, merezcan por sus obras la dicha eterna y no la condena de los réprobos.

21. *Las siete virtudes y su significado*

Pero en la misma zona oriental viste, ante aquel joven, tres imágenes de pie una junto a otra sobre el suelo del edificio, que le miraban con inmensa devoción: al nacer la justicia que aplasta las apetencias carnales, cuando, conforme al designio del Padre Omnipotente, se manifestó el Hijo de Dios en Su cuerpo, se revelaron armoniosamente, merced al poder de la Trinidad, estas tres virtudes, unánimes en su devoción, absorta su mirada en Él: pues Le anhelan y buscan Su imagen en los hombres fieles. *Y frente al Aquilón, entre el gran círculo que irradiaba el Ser luminoso sentado en el Trono y el edificio, viste una rueda que pendía en el aire y, dentro de ella, la imagen de un hombre, visible hasta el pecho, que atalayaba agudamente el mundo*: porque, entre la secreta potestad de Dios y Su edificación espiritual, enfrentada a las artes diabólicas, está la rueda de Su misericordia en las mentes humanas, que pende como en el aire y gira ora tocando la potencia de la justicia divina, ora afianzando fuertemente Su obra en los hombres; en su interior aparece, visible hasta el pecho —que es su fortaleza—, la plenitud cristiana del desprecio del mundo: pues esta virtud, cuya fuerza en los más esforzados combates dimana de su confianza en Dios, exhorta con la penetrante mirada de su admonición a los hombres que habitan en el mundo transitorio a que, en la renuncia a lo caduco, imiten el ejemplo del Hijo de Dios, predecesor suyo, y suspiren en pos de Él, caminando firmemente, con inquebrantable empeño. *Y ante el ángulo orientado al Sur había, en el interior del edificio, otra imagen, de pie sobre su pavimento, que miraba al joven con infinito júbilo*: al ser restablecida la caída del hombre con el ardor de la lozanía para la vida, merced a la bondad del Padre Supremo, se manifestó abiertamente esta virtud, en la dulzura de Su amor, que conculca lo terrenal en la plenitud de la obra divina. Y crece hacia el Hijo de Dios en compañía de las cohortes angélicas, con el júbilo de los fieles: pues, por poder celestial, floreció en la Encarnación del Salvador.

22. *Ropaje de las virtudes y su significado*

Estas imágenes tenían ciertas semejanzas entre sí: porque con la misma devoción manifiestan a Dios en los hombres que Le glorifican unánimemente en sus obras. Así que, *como las virtudes que habías visto antes, todas vestían ropajes de seda*: pues, por sus talentos, no

se diferencian de las demás virtudes que te fueron verdaderamente reveladas, sino que, envueltas en la dulce trama de las suaves obras de los fieles, se encaminan siempre unidas hacia las alturas del Señor.

Todas cubrían sus cabezas con blancos velos: porque, con firme vínculo, todas ellas se cubren con los blancos preceptos de la institución de la Ley ante Dios, su Cabeza, así como la mujer suele cubrirse ante su marido. *Excepto la que se encontraba a la derecha en el trío mencionado, que, descubierta su cabeza, tenía blancos cabellos*: pues arraigada en la prosperidad de la fuerza que dimana de la Trinidad Suprema, y desligada de las inquietudes mundanas, sólo quiere, inmersa en el blanco fulgor del anhelo celestial, «partir y estar con Cristo»[8]. Y *ninguna vestía manto*: porque están desnudas de todo vínculo de servidumbre que les impida cumplir el designio de su libertad: mirar siempre hacia los Cielos y anhelar al Señor, y no desean sino lo imperecedero. *Salvo la del centro del trío, que se ataviaba con un manto blanco*: la belleza divina se trasluce al sustentar la discreta obra de la Ley bienaventurada con la que se cubre, envuelta en ella como un hombre en su manto.

Todas llevaban túnicas blancas: pues habitan en el albor de las buenas obras, fuera de las tinieblas de las costumbres pérfidas que la ignominia y los vicios de la ciega impiedad enlobreguecen. *Pero la que estaba dentro de la rueda vestía una túnica negra*: porque, en el girar de la clemencia divina, está revestida de obras austeras y mortificantes para la carne. *Y la que se hallaba a la izquierda en el trío, una túnica pálida*: está cobijada bajo la égida de la Majestad Suprema, que la protege frente a la adversidad, y guarecida por las lágrimas de quebranto y los gemidos de sus obras en las que, sollozante y afligida, en pos del Señor siempre suspira. *Todas calzaban zapatos blancos*: con el resplandor de la muerte de Mi Hijo iluminadas, preparan el camino de la paz en las mentes humanas para que anhelen lo celestial; *excepto la del centro del trío, cuyos zapatos eran negros, engalanados con distintos colores*: pues permanece bajo la protección del Señor y, aunque sufre las cruentas discordias de los infieles que, envueltos en las tinieblas del escarnio, se desviaron del camino de la verdad, hacia los cielos se dirige, engalanada con el martirio de Mi Hijo, sin abandonar la recta senda de la fe, a través de los incesantes ataques del arte diabólico y las muchas tribulaciones del proceder humano, perseverando en su fuerza y belleza.

Y también había ciertas diferencias entre ellas: porque, aun cuando obren en común, unánimes y entrelazadas, cada una despliega,

8. Filipenses 1,23.

con el fervor de la claridad celestial, su propio talento en los hombres a ellas sometidos.

23. *La constancia*

La imagen que se hallaba en el centro del trío representa la constancia, columna y baluarte de las virtudes a ella unidas, que se manifiesta en el centro de este número, símbolo de la Santa Trinidad, y se muestra a los hombres para que sean perseverantes en las buenas obras: pues Cristo, Dios y hombre, culminó con buen fin todas las obras que realizó cuando estaba en el mundo, así como esta virtud, fundamento de las virtudes interiores en los hombres, los conduce con inquebrantable empeño hacia Dios. *En su pecho había dos ventanitas*: esta es la manifestación de lo celestial en los corazones humanos, reflejada en los dos espejos de la fe, porque ha de creerse en la Divinidad y en la Humanidad del Hijo de Dios, merced al cual esta virtud se perfecciona en los hombres, inconmovible en la fortaleza de su rectitud. *Y sobre ellas había un ciervo que miraba a la diestra de la imagen*: sobre la fe en el Hijo de Dios como Dios y hombre se encuentra Cristo, firmemente sostenido por la creencia del pueblo fiel, y en su raudo caminar —símbolo de los deseos celestiales— mira a la derecha de la constancia: pues la vida eterna se alcanza con la perseverancia en las buenas obras. *Apoyaba sus patas delanteras encima de la ventana derecha, y las traseras, encima de la izquierda*: porque cuantos amen verdaderamente a Dios no han de olvidar, en la prosperidad de la fe, que Cristo es Dios verdadero, ni dudar, cuando la fe sea atacada, que es Hombre verdadero. *En ademán de empezar a correr*, pues en su camino se encuentra la salvación de las almas: cuando, entre inmensos tormentos, marchó sin arredrarse a la Pasión de la cruz, trajo la vida a cuantos perseveran en la senda de la verdad, tal como señalaba esta virtud en su testimonio.

24. *El deseo celestial*

La segunda imagen, que se encontraba a su derecha, representa el deseo celestial: siempre mira hacia los Cielos y camina hacia la salvación; merced a ella, la constancia arrumba la prosperidad de lo efímero y anhela la dicha eterna. *Y miraba al ciervo*: porque sin cesar contempla al Hijo de Dios en Su luminosa obra, y de Sus dulces abrazos no puede saciarse, tal como afirmaba más arriba, hablando de sus afanes.

25. *El dolor de corazón*

La tercera imagen, que estaba a la izquierda, representa el dolor de corazón y la memoria de la mente que gime y llora con incesante quebranto por su exilio; con su bienaventurada efusión de lágrimas, la constancia esquiva la adversidad en la parte izquierda —la perdición de las almas— y corre de la muerte hacia la vida. Y *miraba las ventanitas*: porque dirige todo su empeño en los corazones de los fieles hacia el Hijo de Dios, que reina según Su humanidad y según Su divinidad, y, absorta en la eterna visión de Su dulzura, se deleita, tal como proclamaba con sus palabras citadas, en diáfana revelación.

26. *El desprecio del mundo*

Pero la imagen que se hallaba, frente al Aquilón, en la rueda, representa la perfección de Cristo y el desprecio del mundo: porque el Hijo de Dios manifestó la plenitud de las virtudes en el rechazo de lo transitorio cuando, estando entre los hombres, no deseó lo terreno y exhortó a Sus seguidores a suspirar vivamente en pos de lo celestial, de todo corazón. *Sostenía en su mano derecha una rama verdeciente*: pues en la parte de la dicha —la salvación de las almas— germina el vástago verdeciente y hermoso, obra de las virtudes bienaventuradas, bañado por la inspiración del Espíritu Santo. *Y la rueda giraba sin cesar, aunque la imagen, en su interior, permanecía inmóvil*: porque la misericordia de Dios se inclina hacia los hombres con bondadosa compasión y se apiada de sus quebrantos, siempre flexible hacia cuantos la buscan, mientras que la perfección de Cristo en el desprecio del mundo es inconmovible, incesantemente en pos de lo que está libre de mudanza.

En la circunferencia de la rueda estaba escrito: «Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor»[9]: la flexible misericordia de Dios, por doquiera brinda esta dicha: cuantos muestren obediencia al Hijo de Dios imitando Su ejemplo, exultarán en la bienaventuranza celestial y estarán con Él eternamente en compañía de los ángeles.

Y en el pecho de la imagen estaba grabado: «Soy el sacrificio de alabanza[10] *en toda la tierra»*: porque Cristo, que enseñó sabiamente el desprecio del mundo, exhorta a los corazones de Sus elegidos,

9. Juan 12,26.
10. Hebreos 13,15.

con Su secreto consejo, a que todas las almas fieles Le veneren y adoren con íntima devoción, pues Él es el sacrificio ofrecido al Padre en el madero de la cruz, mientras resuenan sin cesar en el mundo entero las voces y cánticos de todos los fieles en gloria y alabanza Suya por la recompensa de la vida, como proclama abiertamente esta virtud en sus palabras citadas.

27. *La concordia*

La imagen que estaba ante el ángulo austral representa la concordia, que huye de la furia de los espíritus malignos y se une a la compañía de los ángeles bienaventurados, pues esquiva, por amor de Dios, las discordias de los infieles y aspira a la visión de la paz eterna. *Su semblante irradiaba tal fulgor, que no pudiste mirarla bien*: porque, libre del funesto odio y de la envidia, prepara en las almas de los hombres una claridad mayor de cuanto la mente perecedera, doblegada bajo el peso del frágil cuerpo, pueda imaginar. *En cada costado tenía un ala blanca, cuya envergadura superaba el tamaño de la imagen*: ante la prosperidad y frente a la adversidad, esta virtud despliega la protección de su blanquísima bondad sobre cuantos se unen a ella con el esfuerzo de las obras justas; y la anchura de su amor celestial, así extendido, supera el espacio que ocuparán los hombres aún por nacer: pues cuando llegue el fin del mundo, remontará volando el firmamento de los Cielos y será entonces más luminosa que ahora, allí donde nada terreno ni fugaz será anhelado, sino que con dulce abrazo se amará lo celeste y eterno, allí donde todo lo diáfano y alegre perdurará, disipadas las lóbregas sombras de iniquidad, tal como anuncia fielmente esta virtud en su testimonio.

28. *La fe sostiene la buena obra y con ella revela el amor a Dios*

Y he aquí que todo el suelo del edificio parecía un cristal diáfano que irradiaba un serenísimo fulgor: la fortaleza de la fe verdadera, que lleva sobre sí y expande la obra y la ciudad de Dios, es transparente y tersa, toda en el fulgor del espejo sin mancha; esta fe vigila y edifica, con todas las obras que le pertenecen, en la ciudad de Dios para que, al empezar a hacer el bien, los hombres alcancen con el esplendor de su luminoso designio al Señor y, al culminarlo, Lo conozcan diáfanamente en la salvación de las almas: porque cumplida la obra, la fe muestra con cuánta devoción ha buscado cada alma al Señor.

29. *Dios arrojó a la serpiente antigua al abismo mediante la fe*

Y el esplendor de Aquel ser luminoso sentado en el trono, que te revela todo esto, resplandeció por el pavimento, atravesándolo hasta el abismo: porque la gracia del Dios Omnipotente que todo lo rige y te ha revelado cuanto contemplas en esta visión, redujo al Demonio a la nada en la perdición de la muerte, mediante la fortaleza de la fe. ¿Cómo? Dios arrojó a las simas de la perpetua confusión a la antigua serpiente y a la muerte de la ruina eterna, atravesando vigorosamente las tinieblas de la impiedad por la purísima fe que lleva la renovación del Espíritu y del agua, cuando el Hijo de Dios exhortó a Sus fieles a que proclamaran por todo el mundo la Buena Nueva que les había traído.

30. *Cuantos abjuren de la fe verdadera están bajo la potestad de Dios*

Entre el círculo que rutilaba desde el Ser sentado en el trono y el edificio, sólo aparecía la tierra, inclinada igual que una pendiente, como si el edificio estuviera emplazado sobre la cima de un monte: entre el fuerte poder del Dios Omnipotente y la obra elegida de Su bondad hay muchos hombres, como los paganos, los judíos y los falsos cristianos, que, abjurando de la fe verdadera, prefieren lo temporal a lo eterno; siempre de desdicha en desdicha caen, sumidos en lo caduco sin mirar arriba al espejo de la fe católica, sino que, inmersos en sus placeres, se esfuerzan por arrastrar sus abyectas obras a las simas del pecado. Y la inmensa, hermosa obra de Dios, atravesando con Su Luz las tinieblas de esta desventura, se manifiesta a todos cuantos la buscan en las cumbres de Su bondad suprema, como testimonia Mi bienamado evangelista Juan cuando, inspirado por el Cielo, dice:

31. *Palabras de Juan*

«Me trasladó en espíritu a un monte grande y alto y me mostró la Ciudad Santa de Jerusalén, que bajaba del cielo, de junto a Dios, y tenía la gloria de Dios»[11]. Así es, en verdad: el Espíritu eleva al espíritu. ¿Cómo? El Espíritu Santo, con Su poder, despoja a la mente humana del peso de la carne para que pueda volar con la mirada de los ojos del Espíritu que ve lo interior y al que no oscurece la cegue-

11. Apocalipsis 21,10-11.

ra de las apetencias carnales. ¿Qué significa esto? El Espíritu Santo eleva al espíritu humano al monte de los deseos celestiales para que pueda contemplar nítidamente la obra que ha de cumplirse según el espíritu: la grandeza de la obra de Dios, que ha rendido las mil asechanzas de la maldad diabólica, y las domina como altozano las llanuras del mundo, y que es el fundamento inamovible, como montaña arraigada en la tierra, cuya inenarrable altura rebasa las mentes de los mortales y toda la sabiduría humana que, de corazones terrenos nacida, por cauces terrenos va.

Así se muestra al alma fiel y santa la obra del Espíritu: pues la Jerusalén Celestial ha de ser edificada espiritualmente, por obra dimanada del Espíritu Santo, sin el trabajo de la mano carnal; así se revela la magnitud y altura de las obras bienaventuradas según el Espíritu: pues esa ciudad será engalanada por las buenas obras que realicen los hombres, tocados por la inspiración del Espíritu Santo; oh sí: mira que en la cima de un monte estará situada, innúmeras moradas la formarán, reunirá las piedras más nobles, que son las almas santas en la visión de la paz, purificadas de toda podredumbre de pecado. Y con estas piedras preciosas cual oro brillará: pues la sabiduría revela la obra de su claridad en los hombres buenos. Pero ¿de dónde vienen estas obras, cumplidas según la rectitud de la justicia, con las que se engalana y culmina la Jerusalén Celestial? De las alturas de los Cielos: porque, como baja el rocío de las nubes y humedece la tierra con su frescor, así descienden las buenas obras del Señor a los hombres, bañadas por el efluvio del Espíritu Santo, para que el hombre fiel dé fruto dulce y bueno y se convierta en habitante de la ciudad celeste. Luego las obras celestiales, que, por don del Espíritu Santo, bajan del Cielo a los hombres, poseen la claridad de Aquel de Quien emanaron. ¿Cómo? La claridad de Dios brilla en las buenas obras de los justos para que Aquel sea conocido, adorado y glorificado con mayor entusiasmo en la tierra; y merced a estas virtudes, la Ciudad Santa es engalanada con sus ornamentos: pues el hombre que cumple buenas obras con la ayuda del Señor, Le venera en Sus infinitas maravillas. Y así se ve y se conoce esta revelación con los ojos del espíritu: las rectas obras que los hombres realizan por inspiración del Espíritu Santo aparecen ante Dios en los Cielos.

32. *En el último día se cumplirá el destino*

Así pues, según se ha mostrado, Dios obra desde el Oriente, el Septentrión y el Occidente hacia el Mediodía donde, a través de Su

Hijo, con el amor de la Iglesia, culminará en el último día cuanto fue predestinado antes de la creación del mundo; y la obra que de Él dimana, de nuevo a Su seno la traerá, una vez afianzada y engalanada con las torres y virtudes que, bajo símbolos místicos, has visto; y completa en la suprema perfección. ¿Cómo? La justicia del recto obrar, revelada con Noé, tras la caída de Adán, se encamina hacia el postrer día, amurallada toda por las incontables maravillas que Dios no ha cesado de manifestar mediante Sus elegidos a través del curso de los tiempos: con el preludio de Noé, con las revelaciones de Abraham y Moisés y con la obra de Su Hijo. ¿Cómo? Antes de los siglos ya estaba en el corazón del Padre Celestial todo esto: que querría enviar a Su Hijo al mundo, hacia el fin de los tiempos, por la verdadera salvación y redención de los hombres caídos, y que Él, nacido de una Virgen, cumpliría cuanto hubieran profetizado los antiguos santos, llenos del Espíritu Santo, en Su perfecta obra, así como el hombre primero flexiona sus brazos para trabajar y después procede la mano. ¿Qué significa esto? Cuando Adán fue expulsado de la tierra del florecer, la justicia empezó a moverse, por justo juicio de Dios, en Noé —que es como la primera articulación, la del hombro— y avanzó, fortaleciéndose, con Abraham y Moisés —cual segunda articulación, la del brazo, que es más flexible— y así culminó en la obra perfecta del Hijo de Dios, que cumplió a plena luz todos los signos y profecías de la antigua Ley y dio verdadero testimonio de las virtudes que adornarán la Jerusalén Celestial con Sus hijos, manifestándolas en la renovación del Espíritu y del agua —igual que la mano perfecciona con sus dedos la labor que lleva a cabo y la muestra culminada—. De este modo es como realizo Mi obra para gloria Mía y confusión tuya, oh Demonio: contra ti he alzado la fuerza de Mi brazo en el Aquilón y en el Septentrión y en el Occidente; a todo lo largo del curso del sol, del Oriente al Mediodía, te combatí, y en el ocaso te derroto, así que por doquiera te verás confundido. Mira que hago una obra justa y santa en Mi Iglesia, monte de la fortaleza, oh infame asechador, para muerte tuya, para que seas vencido y borrado de la haz de la tierra, tú que quisiste aniquilar a Mi grey.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

Undécima visión

VENIDA DEL IMPÍO Y PLENITUD DE LOS TIEMPOS

Entonces miré hacia el Aquilón, y he aquí que había cinco bestias: una semejaba un perro de fuego, pero no ardía; otra, un león cobrizo; otra, un pálido caballo; la cuarta, un cerdo negro; y la última, un lobo gris, y todas se volvían al Occidente. Y allí, en el Occidente, ante las bestias, apareció una colina con cinco picos: de la boca de cada bestia partía una cuerda que alcanzaba su correspondiente pico, y eran todas negras, salvo la que salía de la boca del lobo, que era por una parte negra y, por la otra, blanca. Y he aquí que, en el Oriente, vi de nuevo a aquel joven, vestido con una túnica púrpura, sobre el mismo ángulo en que lo había contemplado antes —donde se unían las dos murallas, luminosa y pétrea, del edificio—; pero ahora me era visible desde el ombligo hacia abajo: del ombligo al lugar que evidencia al varón, brillaba cual alborada, y allí mismo yacía como una lira con sus cuerdas en posición transversal; desde ese lugar hasta un espacio de dos dedos por encima de sus talones, estaba lleno de sombras; y desde ese espacio por encima de sus talones, sus pies resplandecían enteramente blancos, más aún que la leche. Y aquella imagen de mujer que había contemplado frente al altar, ante los ojos de Dios, volvió a manifestárseme ahora en el mismo sitio, mas esta vez pude verla desde el ombligo hacia abajo: del ombligo al lugar donde se distingue la mujer, tenía numerosas manchas escamosas y, allí mismo, había una monstruosa cabeza negra: ojos de fuego y orejas como las de un asno, narices y boca igual que las de un león, y enormes fauces abiertas en las que, rechinando, afilaba pavorosamente sus horribles colmillos acerados. Pero, desde donde se hallaba esa cabeza hasta sus rodillas, era, la imagen, blanca y roja, como magullada por muchos golpes; y

desde las rodillas hasta dos franjas blancas horizontales que tenía inmediatamente por encima de sus talones estaba llena de sangre. De pronto, esa cabeza monstruosa se liberó de su lugar, en medio de un fragor tan inmenso, que todos los miembros de la imagen de la mujer se agitaron violentamente. Entonces, una enorme masa de cieno se unió a la cabeza, que subió por ella como por un monte, tratando de alcanzar las alturas del cielo. Mas he aquí que el fucilazo de un rayo, restallando inesperado, fulminó con tal fuerza a la cabeza, que rodó monte abajo y rindió su espíritu a la muerte. Repentinamente, una niebla hedionda cubrió al monte todo y envolvió a la cabeza en una inmundicia tal, que los pueblos que allí estaban se sobrecogieron, llenos de indecible pánico; esta niebla subsistió durante un tiempo alrededor del monte. Viéndola los hombres que cerca se hallaban, presa de terror, se decían unos a otros: «Ay, ay, ¿qué podrá ser esto?, ¿qué os parece que es? ¡Ay, desdichados de nosotros! ¿Quién nos ayudará? ¿quién nos salvará? Pues no sabemos cómo hemos podido ser engañados. Oh Señor Todopoderoso, ten piedad de nosotros. Rápido, apresurémonos y volvamos, volvamos corriendo al testamento del Evangelio de Cristo, ay, que hemos sido amargamente engañados, ay, ay de nosotros». Y, de pronto, los pies de la imagen de la mujer se volvieron blancos, relumbrando esplendorosos, más que el fulgor del sol.

Y de nuevo escuché una voz del Cielo que me decía:

1. *Las cinco cruentas edades de los reinos del mundo*

Aunque cuanto hay en la tierra se encamine hacia su fin y el mundo, falto de fuerzas, adolezca, oprimido por incontables quebrantos y calamidades, enfilando su ocaso, la Esposa de Mi Hijo, exhausta por la lucha de sus hijos frente a los heraldos del Hijo de la Perdición y el mismo Impío, no sucumbirá por mucho que la combatan; pues cuando llegue la plenitud de los tiempos se levantará, llena de renovada fuerza y vigor, más hermosa y diáfana, y así, desbordante de dulzura y suavidad, caminará hacia el abrazo de su Amado: esto aparece místicamente en la visión que contemplas. Porque *miraste hacia el Aquilón y he aquí que había cinco bestias*: estas son las cinco cruentas edades de los reinos de este mundo que, sumidos en las apetencias de la carne donde nunca falta la inmundicia del pecado, se acometerán unos a otros, furiosamente.

2. *El perro de fuego*

Una semejaba un perro de fuego, pero no ardía: este será el tiempo de los hombres de temple mordaz, que creerán semejarse al fuego, mas no arderán en la justicia del Señor.

3. *El león cobrizo*

Otra, un león cobrizo: este será el tiempo de los hombres beligerantes que desencadenarán muchas batallas, pero en ninguna de ellas alzarán la mirada a la rectitud de Dios; su cobrizo color preludia el desmoronarse de estos reinos: umbral del desánimo de su otoño.

4. *El pálido caballo*

Otra, un pálido caballo: porque vendrá el tiempo en que los crápulas, empujados por la tempestad del pecado y las ráfagas de sus placeres, saltarán por encima de las buenas obras virtuosas: entonces, sí, entonces el corazón de estos reinos, desangrada ya su fuerza, pálido en la ruina, se partirá.

5. *El cerdo negro*

La cuarta, un cerdo negro: este será el tiempo en que los príncipes del mundo forjarán en sus corazones la lóbrega sombra de la tristeza, y el cieno inmundo los cubrirá: arrumbarán la Ley divina por la desmesura de la fornicación y otras abominaciones, y urdirán muchos cismas en la santidad de los preceptos divinos.

6. *El lobo gris*

Y la última, un lobo gris: este será el tiempo de la rapiña: los hombres voraces arrebatarán para sí el poder y la riqueza; los veréis irrumpir en los saqueos bajo la piel grisácea, ni negra ni blanca, de sus astucias, y, desmembrando las cabezas de estos reinos, las derrocarán. Ah, porque entonces llegará el tiempo de la tribulación: muchas almas serán apresadas cuando el error del error se alce del infierno al Cielo y los hijos de la Luz sean puestos sobre el lagar del quebranto, pues no renegarán del Hijo de Dios y execrarán al Hijo de la Perdición, que querrá cumplir su voluntad con las artes diabólicas.

Y todas se volvían al Occidente: pues estos tiempos caducos caerán con el Sol poniente, porque tal como este amanece y se pone, así los hombres unos nacen y otros mueren.

7. *La colina de cinco picos*

Y allí en el Occidente, ante las bestias, apareció una colina con cinco picos: aquí se muestra cómo los poderes suscitados en el tiempo de los deseos carnales alcanzarán cinco ápices. *De la boca de cada bestia partía una cuerda que alcanzaba su correspondiente pico*: simbolizan la trayectoria temporal de esos poderes, desde que empiecen hasta que lleguen a su culminación correspondiente. *Y eran todas negras, salvo la que salía de la boca del lobo, que era por una parte negra y, por la otra, blanca*: estas trayectorias estarán marcadas por la contumacia en la desmesura de los placeres; y la que recorre el tiempo de la voraz rapiña manifestará, por una parte, la negrura de numerosas iniquidades, pero también durante ella caminarán en el albor de la justicia los que, saliendo al encuentro del Hijo de la Perdición, con ardientes maravillas a él se enfrentarán, según muestra Mi siervo Job al hablar del justo que obra la justicia cuando dice:

8. *Palabras de Job*

«Contra el impío se indigna el inocente, el justo se afianza en su camino, y el de manos puras redobla su energía»[1]. Así es, en verdad:

El que sea inocente de actos sanguinarios —homicidio, fornicación y otras abominaciones semejantes— se levantará como ardiente centella contra el que siempre miente en sus obras. ¿Cómo? Porque nombra la miel, pero en su boca hay veneno, y llama amigo al que como a enemigo estrangula: suenan dulces sus palabras, mas sólo maldad alberga; habla con ternura al amigo, y en los cepos de la muerte lo aniquila. Pero el que tiene un cayado para espantar a las bestias despreciables lejos de sí, fuera del recto camino de su corazón, también tendrá un diáfano sendero en el sol esplendoroso: porque será la brillante centella, la clara luz suscitada en el Señor como ardiente antorcha; y armado con sus inocentes y poderosas obras, ceñirá su fuerte coraza, y su afilada espada blandirá, arrojando de sí los vicios y atrayéndose las virtudes.

1. Job 17,8-9.

9. *La Iglesia brillará hasta la venida del Impío*

Y he aquí que, en el Oriente, viste de nuevo a aquel joven, vestido con una túnica púrpura, sobre el mismo ángulo en que lo habías contemplado antes —donde se unían las dos murallas, luminosa y pétrea, del edificio—: el Hijo del Hombre, amanecer de la justicia, que preside sobre la fortaleza de la unión entre la ciencia especulativa y el obrar humano, y edifica en la bondad del Padre allí donde, como te fue revelado, derramó Su sangre, según voluntad del Padre, por la salud del mundo, vuelve a manifestarse a ti de nuevo, mediante Sus misteriosos prodigios, sentado en esa misma altura para confirmación de la verdad. *Pero ahora te era visible desde el ombligo hacia abajo*: porque desde la fortaleza de Sus miembros —Sus elegidos—, donde florece como Esposo de la Iglesia, hasta la plenitud de ellos, puedes contemplar muchos signos admirables y oscuros: *del ombligo al lugar que evidencia al varón, brillaba cual alborada*, pues desde esa plenitud —cuando ya Sus fieles miembros estén colmados de fuerza— hasta el tiempo del Hijo de la Perdición, que fingirá ser el varón de la virtud, brillará con el fulgor de la justicia en la rectitud de cuantos devotamente Le veneren. *Y allí mismo yacía como una lira con sus cuerdas en posición transversal*: estos son los cantos jubilosos de aquellos que, durante la persecución en que el Impío infligirá muchos tormentos a los elegidos, serán desligados, por los crueles suplicios sufridos en su carne, de las ataduras corporales, y alcanzarán la paz.

10. *La fe en la Iglesia zozobrará hasta el testimonio de Enoc y Elías*

Desde ese lugar hasta un espacio de dos dedos por encima de sus talones, estaba lleno de sombras: porque desde la época de las persecuciones con que el Hijo del Demonio atormentará a los fieles hasta la enseñanza de Mis dos testigos, Enoc y Elías, que despreciarán lo terrenal y consagrarán todo su esfuerzo a los deseos celestiales, la fe en la Iglesia zozobrará y los hombres se dirán unos a otros con gran desaliento: «¿Qué es esto que se dice de Jesús?, ¿es verdad, o no?».

11. *Cuando llegue el fin del mundo, Mi Hijo brillará*

Pero desde ese espacio de dos dedos por encima de sus talones, sus pies resplandecían enteramente blancos, más aun que la leche: revelado el testimonio de Mis dos testigos, que aguardan la recom-

pensa eterna, y vencido el Hijo de la Perdición, hasta que llegue el fin del mundo, el Hijo del Hombre brillará, claro y hermoso, en la fe católica: entonces, por Él se manifestará a plena luz la verdad, y será borrada la mentira del Impío en toda la haz de la tierra, como testimonia Mi siervo David cuando dice:

12. *Palabras de David*

«Y el rey en Dios se gozará, el que jura por él se gloriará, cuando sea cerrada la boca de los mentirosos»[2]. Así es, en verdad. La profunda ciencia, reina del talento humano, hermosa lengua forjada en la voluntad y designio de Dios, cantará henchida de júbilo ante el altar del Señor, porque conoce a Dios. Y los bienaventurados, llenos de alabanzas sus sonoros corazones, correrán sembrando con el caudal de su cántico un ardiente camino hacia el manantial del Señor Todopoderoso, cuando se cierren para siempre en el tiempo del quebranto las fauces sibilantes, los cepos del Demonio, que una vez envenenaron las mentes de los hombres con el mordisco del oprobio.

13. *Cuando la justicia se entibie, la Iglesia sufrirá tormento*

Y aquella imagen de mujer que habías contemplado frente al altar, ante los ojos de Dios, volvió a manifestarse a ti ahora, en el mismo sitio: pues la Esposa del Hijo de Dios, que alienta las puras oraciones de los santos y las ofrece devotamente a la mirada del Cielo, según te fue revelado, vuelve a mostrarse a ti en estos misterios para confirmación de la justicia. *Pero esta vez pudiste verla desde el ombligo hacia abajo*: aquí se te manifiesta el progreso de la Iglesia desde la procreación de sus hijos, por la que ahora se encamina hacia el apogeo de su grandeza, hasta la plenitud de todos ellos, a través de incontables y místicas maravillas para salvaguarda de muchos. *Del ombligo al lugar donde se distingue la mujer tenía numerosas manchas escamosas*, porque desde su fortaleza —por la que subsiste con gloria y dignidad en sus hijos— hasta el tiempo en que el Hijo de la Perdición trate de consumar las celadas con las que el Demonio apresó a la primera mujer, habrá de sufrir la zozobra y la ingratitud: muchos vicios la atacarán, la fornicación y otras maldades como el asesinato y la rapiña, sumiéndola en el quebranto y la miseria. ¿Cómo? Cuantos debieran amarla, la perseguirán enconadamente.

2. Salmos 63 (62),12.

14. *El Anticristo desgarrará a los hombres en el apogeo de su terror*

Y allí, donde se conoce a la mujer, había una monstruosa cabeza negra: pues el Hijo de la Perdición llegará enloquecido, emboscado en las celadas de la primera tentación, con monstruosa ignominia y oscura iniquidad; *con ojos de fuego y orejas como las de un asno, narices y boca igual que las de un león*: con su furiosa barbarie de fuego maligno, con horribles roznidos de recalcitrante conjura, concitará a los hombres para que abjuren de Dios, envenenará sus sentidos con la más hedionda ponzoña, desgarrará a la Iglesia con su cruenta voracidad; *sus enormes fauces abiertas en las que, rechinando, afilaba pavorosamente sus horribles colmillos acerados*: con sus devoradoras fauces hincará alevosamente el acero de sus vicios a cuantos sucumban a él, y en venenosas dentelladas con su furia mordaz les infestará.

15. *El Hijo de la Perdición perseguirá a los indoblegables*

Pero, desde donde se hallaba esa cabeza hasta sus rodillas, era, la imagen, blanca y roja, como magullada por muchos golpes: porque durante el tiempo del funesto engaño —desde que el Hijo de la Perdición intente primero seducir a los hombres emboscado en dulzura y suavidad, hasta que, muy pronto ya, trate de doblegarlos y avasallarlos con desenmascarada crueldad— la Iglesia, brillantes sus hijos en la blancura de la fe verdadera, sufrirá, sin embargo, la angustia de la sangrienta furia y el hondo quebranto de incontables tormentos.

16. *La Iglesia se cubrirá de noble sangre*

Desde las rodillas hasta dos franjas blancas horizontales que tenía inmediatamente por encima de sus talones estaba llena de sangre: mientras soporte los embates de su tormento hasta que surjan los dos testigos de la verdad, que afianzarán firmemente la Iglesia revelando la blancura de la justicia y la rectitud, cercano ya el fin de los tiempos, sufrirá atroz persecución y el cruel derramamiento de sangre de cuantos desprecien al Impío. ¿Qué significa esto? Cuando el Hijo de la Perdición se crezca en la confianza y fuerza de su hostil enseñanza, confortado en la mentira, la Iglesia se cubrirá de noble sangre a lo largo de su veloz camino y así alcanzará su plenitud, construida en morada celestial. Y entonces vosotras, oh plazas de Jerusa-

lén, como oro puro brillaréis con la sangre de los santos, porque habrá sido aniquilado el Demonio, pues persiguió a los miembros del Rey celestial: sí, de su gran terror habrá sido reducido a la nada.

17. *Estamos en el séptimo milenio*

Pero vosotros, oh hombres, que queréis morar en la Casa del Señor, huid del Demonio y adorad a Dios que os ha creado. Mirad que en seis días concluyó Dios toda Su obra y descansó en el día séptimo de toda la labor que hiciera[3]. ¿Qué significa esto?

Los seis días son los seis números de los tiempos y, en el sexto, se manifestaron al mundo nuevas maravillas, así como Dios terminó Su obra en el día sexto. Mas ahora estamos en el séptimo número del siglo, cercano el umbral del último día, igual que en el día séptimo. ¿Cómo? Los profetas han dicho ya todas sus palabras, Mi Hijo cumplió Mi voluntad en el mundo, el Evangelio se ha predicado abiertamente por toda la haz de la tierra; pero, pese a la gran diversidad del proceder humano, todo lo que he fundado maravillosamente persiste y persistirá a lo largo de los ciclos de este número pleno y allende el fin de los tiempos, bien afianzado por Mi mano.

18. *El Señor pone sus palabras en boca de un sencillo ser humano*

Mas ahora la fe católica zozobra entre los pueblos, declina el Evangelio entre los hombres, los poderosos textos que los grandes sabios revelaron con inmenso fervor se agostan en tedio ignominioso, ya el pan de vida de las divinas Escrituras se ha entibiado: por eso hablo, ahora, de las Escrituras poniendo Mis palabras en la boca de un ser humano que no sabe expresarse, que no ha aprendido de maestro terrenal sino que Yo, el que Soy, anuncio por su voz nuevos secretos y muchos misterios hasta hoy ocultos en los textos, como hace el artesano que primero amasa la arcilla y luego la moldea según su voluntad.

19. *Cumplid estas palabras, enarboladlas contra el Impío*

Oh sabios maestros, que buenos frutos cosecháis, redimid vuestras almas y clamad con fuerte voz estas palabras, no seáis incrédulos

3. Génesis 2,2-3.

ante ellas, porque si las escarnecierais, no las despreciaríais a ellas sino a Mí, que Soy el Veraz. Mira que debéis apacentar a Mi pueblo bajo Mi Ley, cuidarlo hasta que llegue el tiempo señalado de su salvación, cuando ya no habrá quebranto ni fatiga alguna. Pero antes de ese día pasarán largos años, según lo predestinado antes del mundo: sí, corréis al encuentro del tiempo en que vendrá el Hijo de la Perdición. Manteneos firmes, pues, y sed fuertes, elegidos Míos; velad, no caigáis en los cepos de la muerte: enarbolad el victorioso estandarte de estas palabras y arrojaos sobre el Impío. Frente a los errantes caminos de cuantos precedan y sigan al Hijo de la Perdición, al que llamáis Anticristo, imitad los pasos de Aquel que os enseñó la senda de la verdad cuando vino al mundo en la carne, sin soberbia alguna, lleno de humildad. Escuchad, pues, y entended:

20. *Palabras del Espíritu a la Iglesia sobre la plenitud de los tiempos*

Que el Espíritu habla a la Iglesia sobre el tiempo del último error. La muerte irrumpirá en la Iglesia a la hora en que, cercano el fin del mundo, llegue el maldito de la maldición, que es la maldición de las maldiciones como testimonia Mi Hijo en el Evangelio cuando dice, al hablar sobre la ciudad del aciago error:

21. *Palabras del Evangelio*

«Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades te hundirás!»[4]. Así es, en verdad. Oh tú, pozo de iniquidad, abismo del fingimiento, ¿a la cima de las murallas vas a ensalzarte con las alas del engaño, doble lengua de los mentirosos? Si tus ojos están sepultados en el oprobio de los vicios que, en su ciénaga, la luz ardiente ocultan y murmuran: «¿Quién más hipócrita que el parricida al que los necios llaman Señor?»; ¿acaso tendrás el Cielo con los milagros y prodigios cuando hundas tu dedo en la llama del infierno? ¿Cómo? Tus obras merecen el fondo del Hades, en sus voraces entrañas devorado yacerás, hasta que el infierno mismo vomite esa ponzoña por la que el mundo conocerá la amargura de la muerte con la perdición de perdiciones.

4. Mateo 11,23.

22. *En el fin del mundo la Iglesia alcanzará su plenitud*

Mas no debe haber cabeza sin vientre y sin los demás miembros: el Hijo de Dios es la Cabeza de la Iglesia; el vientre y los demás miembros que siguen son la Iglesia y sus hijos. Sin embargo, la Iglesia no ha alcanzado aún su plenitud en sus miembros y en sus hijos; pero, en el último día, cuando se complete el número de los elegidos, también la Iglesia será plena. Entonces, ese día sobrevendrá el cataclismo del fin del mundo y Yo, el Señor, purificaré los cuatro elementos y lo mortal de la carne humana, y allí, en la consumación de los tiempos, estallará en plenitud el júbilo de los hijos de la Iglesia.

23. *Del devenir de los tiempos nada más sabrás, oh hombre*

Como ya se ha dicho, Dios concluyó Su obra en seis días. Los cinco días son cinco números del siglo; en el sexto se revelaron nuevas maravillas en la tierra, lo mismo que en el día sexto fue formado el primer hombre. Pero ya ha transcurrido el sexto número: ha empezado el séptimo, en el que ahora se encuentra el curso del mundo como en el séptimo día de descanso; porque la labor que llevaron a cabo los poderosos sabios en la hondura de las Escrituras con los sellos cerrados está ya abierta y saldrá a la luz con la dulzura de las palabras, como las palabras de este libro, igual que en la calma del séptimo día. Seis días de trabajo y el séptimo de descanso: no hay más jornadas. Lo que queda no podrás saberlo, oh hombre: oculto en el Padre está. Pero, de este ciclo de los tiempos, aún tenéis por delante en vuestro caminar largos años, oh hombres, antes de que venga el homicida que querrá envilecer la fe católica. Qué ocurrirá entonces no es la sazón ni el momento de que lo sepáis, como tampoco sabéis qué pasará tras los siete días de una semana; sólo el Padre, que también esto lo tiene bajo Su potestad, lo sabe. Sobre los días de la semana o el transcurso de los tiempos del mundo nada más sabrás, oh hombre.

24. *Dios quiso que Su Hijo se encarnara hacia el fin de los tiempos*

Transcurridos cinco números del tiempo, revelé al mundo milagros del Cielo, igual que en cinco días fueron formadas, antes que el hombre, las demás criaturas a él sometidas. Así también, antes de que Mi Hijo tomara carne de una Virgen, surgieron las muchedumbres de

paganos y judíos, estallaron muchos cismas de diversas iniquidades, entre gentiles como entre judíos; ya habían obrado la Ley y la Profecía, y todos los pueblos habían sido probados en el bien y en el mal. Sí: no quise enviar a Mi Hijo sin haber mandado antes todo esto para que Él fuera justificación de toda justicia y escándalo de toda injusticia. Que Mi Hijo hubiera venido antes habría sido imprudente: como el que quiere recoger su fruto antes de que esté maduro; o si Su Encarnación se hubiera postergado hasta el fin del mundo, entonces Su venida habría sido brusca, cual parancero que apresa con celada un ave sin que ésta sepa cómo ha caído en su red. Pero Mi Hijo vino en el tiempo en que el día, pasada la novena hora, se acercaba a las vísperas: cuando desmedraba ya la esplendorosa fuerza de los días y empezaba a sentirse el relente del crepúsculo; así, transcurridas cinco edades, vino Mi Hijo a la tierra: cuando el mundo enfilaba su ocaso. Entonces ¿qué? Al venir abrió la médula de la Ley: convirtió el agua de la Ley en el vino del Evangelio, de allí hizo manar el rico caudal de las virtudes; y pues llegó en el tempero, cumplió todo esto, así que las virtudes de la Iglesia, encendidas por el Espíritu Santo, con fuertes raíces medraran en los hombres, y que la virginidad que Él mismo trajo extendiera las hermosas semillas de sus flores.

25. *El Anticristo y su madre*

Pero muy pronto vendrá el insensato homicida, el Hijo de la Perdición: como en el umbral de la noche cuando ya el sol se pone en el ocaso y acaba el día, cuando la plenitud de los tiempos se acerque y el mundo llegue al final de su camino. Oh fieles Míos: escuchad este testimonio, entendedlo con devoción por vuestro bien, no sea que os coja desprevenidos el terror del Impío, viniendo repentinamente, y os arroje a la ruina de la infidelidad y la perdición. Mirad que estáis avisados: armaos con las defensas de la fe y preparaos para la más dura batalla. Cuando llegue el tiempo en que haya de aparecer, entre el espanto, este malvado asechador, la madre que lo traiga al mundo, ya desde la infancia llena de vicios, habrá sido criada hasta su juventud con las artes diabólicas, en los páramos de la abyección, entre los más perversos hombres; sus padres no la conocerán y cuantos vivan con ella no sabrán quién es: porque el Demonio la seducirá para que vaya donde él, y allí, según su voluntad, la engañará, disfrazado de ángel santo. Entonces ella se alejará del mundo a fin de esconderse con mayor facilidad. Se mezclará ocultamente con unos cuantos hombres en el malvado crimen de la fornicación: se mancillará con ellos,

enardecida de tal vehemencia por la ignominia como si un ángel santo le hubiera ordenado colmar el fervor de esa depravación. Y así, en el ferviente ardor de semejante fornicación concebirá al Hijo de la Perdición, sin saber a qué hombre pertenece el semen con que lo engendra.

Pero Lucifer, la antigua serpiente, complacido en esta ignominia, con sus artimañas exhalará su aliento sobre este embrión, por justo juicio Mío, y con todas sus fuerzas lo poseerá enteramente en el vientre de su madre, así que este Impío nacerá lleno del espíritu diabólico. Luego ella abandonará sus hábitos de lujuria y dirá abiertamente a los hombres ignorantes y necios que no conoció varón ni al padre de su hijo: llamará santa a la fornicación que cometió, y el pueblo la tendrá por santa, y santa la llamará.

Así el Hijo de la Perdición será alimentado en las artes diabólicas hasta la edad adulta, siempre ocultándose de cuantos le conozcan.

26. *La madre del Impío le enseñará la magia*

Entretanto, la madre del Impío lo mostrará, mediante el arte de la magia, a los que adoran a Dios como a los que no, así hará que sea visto y amado por ellos. Cuando llegue a la edad de la sazón, enseñará abiertamente una doctrina falsa, combatiéndonos a Mí y a Mis elegidos, y cobrará tal fuerza que, con su gran poder, tratará de subir allende el nublado. Pero, por justo juicio Mío, permitiré Yo que ejerza su voluntad sobre las distintas criaturas; pues igual que el Demonio dijo al principio de los tiempos: «Me asemejaré al Altísimo»[5], y cayó, dejaré que vuelva a caer al final de los tiempos cuando diga, a través de su hijo: «soy el salvador del mundo». Y así como los fieles de todos los siglos supieron que Lucifer era un mentiroso cuando, al principio de los días, quiso asemejarse a Dios, que todo hombre fiel vea entonces que este Hijo de la Iniquidad es un mentiroso cuando, al final de los días, quiera semejarse al Hijo de Dios.

27. *El poder del Impío y los milagros que fingirá hacer*

En verdad que el Impío es una bestia abyecta: matará a los hombres que le nieguen, se unirá a reyes, duques, príncipes y ricos, hollará la humildad, la soberbia ensalzará y avasallará toda la tierra con sus artes diabólicas. Su poder llegará a dominar hasta la voz de

5. Isaías 14,14.

los vientos: le veréis agitar los aires, sacar fuego de los cielos, desencadenar rayos, truenos, tempestades de granizo, abatir montañas, secar las aguas, quitar su verdor y savia a los bosques y de nuevo restituírselo. Y obrará quimeras semejantes con las distintas criaturas: en su temple, lozanía y vejez. Sin cesar montará celadas a los hombres. ¿Cómo? Le veréis despertar la enfermedad en el sano, la salud en el enfermo, arrojar demonios y, a veces, levantar a los muertos. ¿Cómo? Cuando alguna vida se desvanezca y su alma esté en poder del Demonio, a veces dejaré que muestre el Impío sus ilusiones sobre ese cadáver: hará que se mueva como si estuviera vivo; pero no permitiré que dure mucho esta ficción, sino poco, no escarnezca la gloria de Dios con esta presunción.

Algunos de los que vean tales prodigios creerán en él; otros, en cambio, desearán a un mismo tiempo guardar su antigua fe y tenerlo propicio. A éstos, no queriendo herirlos duramente, les provocará ciertas enfermedades: buscarán el remedio entre los médicos, mas no podrán curarles y, entonces, recurrirán a él, por averiguar si es capaz de sanarlos. Al verlos, les quitará el mal que él mismo les había suscitado, por lo que le amarán con devoción y creerán en él. Y así, muchos serán engañados cuando cierren sus ojos interiores, con los que deberían mirarme; porque querrán, degustando esa quimera en el alma como un sabor nuevo, conocer qué es esto que sus ojos exteriores ven y sus manos palpan, despreciando lo invisible que en Mí permanece y que sólo con la fe verdadera ha de ser comprendido: pues los ojos mortales no pueden contemplarme, sino que revelo entre penumbras Mis maravillas a quien deseo; pero nadie Me verá mientras habite en su cuerpo perecedero, si no es bajo la sombra de Mis misterios, como anuncié a Mi siervo Moisés, según está escrito:

28. *Palabras de Moisés sobre la visión de Dios*

«No puede verme el hombre y seguir viviendo»[6]. Así es, en verdad: que no ponga el mortal su mirada perecedera en Mi claridad divina para que pueda conservar su vida transitoria, intacta la ceniza de su carne, mientras habite la mudanza del tiempo que pasa: su peregrinaje de esta vida a la otra; porque Yo he afianzado cuanto vive y vivo eternamente, sin mudanza alguna. Así como un insecto no podría seguir viviendo si se arrojara a la llama del fuego, tampoco el hombre mortal subsistiría si contemplara el resplandor de Mi divinidad; pero Me muestro entre sombras a los hombres perecederos

6. Éxodo 33,20.

mientras pese sobre ellos la carga de su mortalidad, como el pintor hace ver lo invisible a los demás por las imágenes de su pintura.

Mira que si Me amas, oh hombre, te abrazaré y te confortaré con el calor del Espíritu Santo. Cuando Me mires con buena voluntad y Me conozcas en tu fe, estaré contigo. Pero los que Me desprecian, se vuelven al Demonio porque no quieren conocerme. Por eso, también Yo les rechazaré.

29. *Algunos, engañados por el Demonio, obran supuestos prodigios*

A estos el Demonio los burla y engaña como quiere, así que creen verdadero cuanto les enseña; inculca esas artes de su magia a los que en él confían y luego ellos, con semejantes ardides, muestran a los hombres, según su voluntad, distintos prodigios, todos falsos, que realizan en las criaturas. Pero no pueden transformar en otra cosa ni los elementos ni las demás criaturas formadas por Dios, es sólo mediante sus artimañas como fingen hacer monstruos, nebulosas quimeras, ante quienes les creen. Y así como Adán perdió la gloria del paraíso al buscar más de lo que debía, así estos pierden la visión y el oído del hombre interior, porque abandonan a Dios y adoran al Demonio.

30. *Los engaños del Anticristo y por qué le será permitido hacerlos*

Y así también ejercerá el Hijo de la Perdición las artes de su engaño en los elementos, haciéndolos aparecer hermosos, dulces y suaves, según la voluntad de los hombres a los que seduzca. Sin embargo, le será permitido este poder para que los fieles disciernan, mediante su recta fe, que el Demonio no posee dominio alguno sobre los buenos, sino sólo el imperio de la muerte eterna sobre los malos. Todo cuanto realice este Hijo de la Iniquidad, lo hará con prepotencia, soberbia y crueldad; no tendrá misericordia, humildad ni discreción; pero con su tiranía y el gran pasmo que despertarán sus fabulosas quimeras logrará que los hombres sucumban a él y le sigan. A muchas naciones cautivará, diciéndoles que cumplan libremente sus deseos, que no se mortifiquen con vigilias ni ayunos, proponiéndoles que adoren sólo a su Dios, que fingirá ser él mismo, para que, liberados del infierno, alcancen la vida. Y los engañados exclamarán: «Ah, cuán desdichados los que otrora vivieron, que atribularon sus vidas con amargos suplicios; que no conocieron, ay de ellos, la piedad de nuestro Dios». Les mostrará, entonces, tesoros y riquezas, y les dejará obsequiarse como

les plazca, afianzando su doctrina con falsas señales, hasta que todos se convenzan de que no les hace ninguna falta mortificar ni castigar sus cuerpos. Sin embargo, les mandará observar la circuncisión y el judaísmo, según las costumbres judías, y ablandará, tal como deseen, los preceptos más duros de la Ley, que el Evangelio convirtió en Gracia mediante la penitencia justa. Y dirá: «Al que se convierta a mí, le borraré sus pecados y vivirá conmigo en la eternidad». Rechazará el bautismo y el Evangelio de Mi Hijo, escarnecerá todos los preceptos confiados a la Iglesia. Y aun dirá, con diabólica irrisión, a cuantos le sirvan: «Mirad qué insensato fue, y de qué laya, el que, con Sus mentiras, ordenó al pueblo sencillo observar todo esto».

31. *La muerte ficticia del Anticristo y las escrituras malditas*

«Yo, en cambio, moriré por vosotros, para gloria vuestra, y resucitaré de entre los muertos: así libraré a mi pueblo del Hades, a fin de que luego viváis gloriosamente conmigo en mi reino, no como el mentiroso que me precedió y que sólo fingía». Entonces pedirá a sus predilectos que le den muerte con una espada y que le envuelvan en un sudario blanco hasta el día de su resurrección; a tal punto los engañará, que creerán haberle matado y cumplido, así, sus preceptos. Después, fingirá resucitar y traerá las escrituras de la aciaga maldición como remedio para salvación de las almas; entregándoselas a los hombres a modo de señal, les mandará que le adoren. Y si algún fiel, por amor de Mi nombre, se negara a hacerlo, el Impío le aniquilará entre los crueles dolores de los tormentos. Así que el más grande estupor, de admiración y de incertidumbre, sobrecogerá a cuantos vean y escuchen todo esto, como muestra Mi bienamado Juan cuando dice:

32. *Palabras de Juan*

«Una de sus cabezas parecía herida de muerte, pero su llaga mortal se le curó; entonces la tierra entera siguió maravillada a la Bestia»[7]. Así es, en verdad:

Yo, amante de los misterios del Señor, he visto al mentiroso, al maldito, rondando la entera santimonia de los santos, con innúmeras y horribles iniquidades, asediándola con marañas de vicios. He visto que con sus celadas fingirá derramar su sangre, herido de muerte, y

7. Apocalipsis 13,3.

morir; pero no será su cuerpo el que caiga lacerado y sea tenido por muerto, sino una sombra que lo suplantará[8]. Así, dado por muerto con el engaño de su falsa llaga, reaparecerá luego, simulando revivir del sueño de la muerte; entonces, todos los hombres de la tierra sentirán un admirable, terrible estupor ante el espanto de este maldito, igual que el pueblo se maravilló del tamaño y la fuerza de Goliat al verlo frente a sí, armado para la guerra.

Y como ves, gran inquietud y pavor sobrecogerán a las columnas de Mis elegidos por los tormentos y por los aciagos, fabulosos y horribles signos que traerá consigo este Hijo de la Perdición, y lanzarán gemidos de dolorosa angustia.

33. *Dios reservó a Enoc y a Elías para este tiempo*

Pero he aquí que Yo enviaré a Mis dos testigos, Enoc y Elías, a los que guardo, hasta ese tiempo, en el secreto de Mi voluntad, para que combatan al Impío y devuelvan a los errantes al camino de la verdad. Enseñarán a los fieles las virtudes más fuertes y firmes: por cuanto las palabras de su testimonio sonarán unánimemente en sus bocas, traerán la fe a cuantos les escuchen. Mira que he reservado a estos dos testigos de la verdad para que, al venir, su palabra fuera recibida y se consolidara en los corazones de Mis elegidos y, en adelante, medrara el germen de Mi Iglesia con sublime humildad. Y dirán a los hijos de Dios, cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida:

34. *Palabras de los dos testigos a los hijos de Dios*

«Oh hombres justos y elegidos para la gloriosa alabanza de la bienaventurada gracia de la vida, escuchad y entended lo que de buena fe os decimos: este maldito es el enviado del Demonio, su designio es conducir al error las almas que se sometan a sus preceptos. Nosotros fuimos apartados del mundo, guardados en los secretos del Señor, que permanecen ocultos a los hombres, así que no hemos conocido angustia ni solicitud humanas. Porque hemos sido guardados y enviados a vosotros para combatir el engaño de este Impío. Ved, pues, si somos semejantes a vosotros en estatura o edad».

8. Apocalipsis 14.

35. *Los signos de los que combatirán la mentira del Anticristo*

Entonces, cuantos quieran conocer y confesar al Dios verdadero, abandonando el inicuo error, seguirán a estos dos ancianos, testigos veraces que enarbolarán el estandarte de la justicia del Señor; porque éstos resplandecerán con grandes alabanzas ante Dios y los hombres, recorrerán las aldeas, las plazas, las ciudades y otros parajes, dondequiera que el Hijo de la Perdición haya exhalado su aciaga doctrina, allí realizarán muchas señales por el Espíritu Santo, y gran maravilla embargará a cuantos las vean. Entregarán a los hombres estos signos extraordinarios, fundados en la firme roca, para que rechacen las falsas y hostiles señales del Impío. Pues como el rayo incendia y abrasa, así hará el Hijo de la Perdición con su perversa iniquidad y con su vileza, arrasando naciones con sus artes mágicas igual que con fuego de rayo. Pero Enoc y Elías abatirán a toda su cohorte, aterrándolos con su justa doctrina como con restallar de trueno y afianzando, de este modo, a los fieles.

36. *Muerte y merced de los dos testigos*

Sin embargo, con la aquiescencia de Mi voluntad, el Impío dará muerte, al cabo, a Mis dos testigos, que en los Cielos recibirán la merced por su trabajo. Entonces, las flores de su doctrina se deshojarán porque habrán cesado ya de resonar sus voces en el mundo, y mostrarán sus buenos frutos en los elegidos, que despreciarán las palabras y la furia del arte diabólico, bien afianzados en la esperanza de la suprema herencia, como enseña Salomón, hablando del hombre justo y probo, cuando dice: «La casa del justo abunda en riquezas, en las rentas del malo no falta inquietud»[9]. Así es, en verdad.

Un tabernáculo acerado donde no hay quebranto ni desdicha: he aquí el singular espejo del ojo de Dios en el justo, en que este ojo ve la fortaleza de Sus milagros, como en el blandir de una espada la prontitud al ataque. Pero en las obras que, cual frutos, gesta el corazón orgulloso, ese que forja ruinas con sus propios deleites, no falta la tristeza: pues este arrogante corazón no confía en la esperanza que en la plenitud celeste florece.

9. Proverbios 15,6 (en Vulgata se lee: »la morada del justo abunda en fortaleza, en el fruto del impío no falta la aflicción»).

37. *El Impío querrá conocer los secretos de la Iglesia*

Pero viste cómo, *de pronto, esa cabeza monstruosa se liberaba de su lugar en medio de un fragor tan inmenso, que todos los miembros de la imagen de la mujer se agitaron violentamente*: cuando el Hijo de la Perdición, cabeza de la iniquidad, haya crecido desde la semilla criminal de su innata maldad hasta el máximo error, acometiendo la cima de su soberbia desmesurada, queriendo enaltecerse por encima de todo, cuando ya sus engaños estén por cumplirse, entonces el más pavoroso terror estremecerá a toda la Iglesia con todos sus hijos, grandes y pequeños, que aguardarán la furia de su presunción. *Y una enorme masa de cieno se unió a la cabeza, que subió por ella como por un monte, tratando de alcanzar las alturas del cielo*, pues las más pérfidas celadas diabólicas, aprontando su enorme cúmulo de inmundicia, ayudarán al Hijo de la Iniquidad: le darán las alas de la soberbia, y a tamaña cima de arrogancia lo encumbrarán, que creerá poder penetrar los secretos de los Cielos. ¿Cómo? Cuando este Impío haya cumplido enteramente la voluntad del Demonio, cuando, por justo juicio de Dios, ya no le sea permitido por más tiempo tan inmenso poder de iniquidad y crueldad, congregará a toda su cohorte y dirá a sus fieles que quiere subir a los Cielos. Pero así como el Demonio no supo que el Hijo de Dios nacería para redimir las almas, tampoco entonces este Adversario sabrá, al envolverse en el mortífero mal de todos los males, que el poderosísimo golpe de la mano de Dios caerá sobre él.

38. *El Hijo de la Perdición caerá, como el Demonio, en la ruina eterna*

Mas he aquí que el fucilazo de un rayo, restallando inesperado, fulminó con tal fuerza a la cabeza, que rodó monte abajo y rindió su espíritu a la muerte: cuando el poder de Dios se manifieste, abatirá al Hijo de la Perdición con tal fuerza de Su cólera, que caerá de la soberbia por la que se ensalzó contra el Señor en el gran precipicio de su presunción, y allí, exánime, vomitará el último aliento de vida en la muerte de la condena eterna. Pues así como las tentaciones de Mi Hijo terminaron cuando Él mismo, al oír las seducciones del Demonio, le dijo: «Vete, Satanás»[10] y este huyó aterrado, esta ira Mía acabará con las tentaciones del Impío a la Iglesia.

10. Mateo 4,10.

39. *El lugar de la elación se llenará de niebla y hedor*

Repentinamente, una niebla hedionda cubrió el monte todo y envolvió a la cabeza en una inmundicia tal, que los pueblos que allí estaban se sobrecogieron, llenos de indecible pánico: porque un hedor ponzoñoso y mefítico infestará todo el lugar de la elación, allí donde el más pérfido criminal, alcanzado el ápice de su furor, se derrumbe en tal aluvión de inmundicia que, por justo juicio de Dios, en adelante no se recordará ni su principio ni su final; pues cuando las naciones vean su cadáver postrado en tierra, sin voz y lleno de podre, sabrán que han sido engañadas. *Esa niebla subsistió durante un tiempo alrededor del monte*: el hedor que envolverá la elación diabólica desenmascarará su inmundicia para que los hombres seducidos por el Impío se aparten de su error, al descubrir su pestilencia y su hez, y vuelvan a la verdad. Por eso, *viéndola los pueblos que cerca se hallaban, se sobrecogieron, presa de gran terror: porque, al contemplarlo, el más horrible espanto les prenderá, así que derramarán lúgubres clamores, sollozantes lamentos, y dirán que amargamente se engañaron.*

40. *De cuando caiga el Hijo de la Perdición*

Y, de pronto, los pies de la imagen de la mujer se volvieron blancos, relumbrando esplendorosos, más que el fulgor del sol: he aquí cómo la fortaleza del fundamento y el apoyo de la Esposa de Mi Hijo mostrarán la inmensa blancura de la fe y revelarán esa belleza, que supera toda belleza de claridad terrena, cuando, caído el Hijo de la Perdición, según se ha dicho, muchos de los errantes vuelvan a la verdad.

41. *Nadie sabe el día del juicio, sino Dios*

Pero que, tras la caída del Impío, no indague el hombre mortal cuándo llegará el último día, el eclipse del mundo, pues nadie podrá saberlo: el Padre lo guarda en Su recóndito secreto. Luego estad preparados, oh hombres, para el día del juicio. Porque, según se ha dicho, Mi Hijo, el poderosísimo guerrero, vencerá en los últimos tiempos al Hijo de la Perdición con su padre, el Demonio, y con todas sus artimañas, igual que fueron postrados los enemigos del fuerte Sansón en esta prefiguración que narran las Escrituras:

42. *Ejemplo de Sansón*

«Apretó con todas sus fuerzas y la casa se derrumbó sobre los tiranos y sobre toda la gente allí reunida. Los muertos que mató al morir fueron más que los que había matado en vida»[11]. Así es, en verdad:

Al Hijo de Dios, el fuerte Sansón, estuvo unida, al principio, la Sinagoga: Él le dio los secretos ocultos en el Antiguo Testamento mediante Su maravillosa doctrina, le abrió con bondad la dulzura interior de la Ley que era más fuerte que el león[12]. Pero ella Le engañó[13], haciendo que fueran burlados Sus secretos; no quiso mirar Su enseñanza, sino que la despreció con altivo gesto de soberbia. Entonces Él, afligido, predijo que el Reino de Dios le sería arrebatado[14] para dárselo a otro pueblo; así, entre muchos prodigios y acompañado de inmenso gentío, subió a Jerusalén, borrada la infidelidad de cuantos extendieron sus mantos por el camino[15], donde retribuyó con milagros lo que prometió a aquellos a quienes fue denunciado por Su esposa.

Y en medio de este fervor, abandonó a Su esposa[16] al anunciar que su casa quedaría desierta[17]. Pero el padre de Su esposa —la seducción diabólica— la unió a otro hombre: la infidelidad. Entonces el Hijo de Dios envió astutos zorros[18], los apóstoles, para que, con el fuego del Espíritu Santo, quemaran las mieses de sus enemigos: volvieron los preceptos de la Ley hacia el entendimiento espiritual; así ardió la Sinagoga con su padre: la perversa impiedad de la Sinagoga fue arrasada.

Luego postró a los incrédulos con extraordinarias señales y admirables maravillas, así que un inmenso asombro estremeció a todos cuando dijeron temer que vinieran los romanos[19] y destruyeran su lugar santo y su nación. Congregaron, pues, sus cohortes a fin de prenderle, pero Él se escondió en el monte para orar y suplicó si era posible que pasara de Él ese cáliz[20].

11. Jueces 16,30.
12. Alusión a Jueces 14,14.
13. Alusión a Jueces 14,18.
14. Véase Mateo 21,43.
15. Mateo 21,8.
16. Alusión a Jueces 14,20.
17. Véase Mateo 23,38.
18. Véase Jueces 15,1-5.
19. Juan 11,48.
20. Mateo 26,36-39.

Mas Judas Iscariote Le traicionó[21], entregándolo en manos de Sus enemigos. Él ocultó la potencia de Su fuerza, que tenía en Sus cabellos —en Su Padre— y que es desconocida para todos los hombres, salvo en tanto sea percibida por la fe —como se advierten los cabellos en la cabeza—. Después, cuando aceptó sufrir, mostró la potencia de Su fuerza: cogió la quijada de un asno[22], al decir a las hijas de Jerusalén que no lloraran por Él sino más bien por ellas mismas[23], y así les dio muerte —les predijo el terror de las desdichas venideras.

Cuando luego, agonizante en la cruz, sintió sed, brotó[24] de los gentiles el manantial de la fe, del que bebió sin avergonzarse, y entonces dijo que ya todo estaba cumplido[25]. Habiendo, pues, expirado, bajó a la Gehenna —donde la meretriz—[26] mientras sus enemigos Le acechaban, poniendo la guardia en Su sepulcro[27]; pero Él resucitó de la muerte y, cogiendo la puerta con sus dos jambas[28] —Sus elegidos especiales y el pueblo común al que había librado del infierno—, subió al Reino de los Cielos.

Entonces Su bellísima Esposa, la Iglesia, que se había unido a Él, Le preguntó con inmenso amor en qué consistía Su fuerza[29]. Y Él le reveló Su fuerza, pero no de una vez, sino poco a poco, con mesura. ¿Cómo? Cuando, al principio, los fieles recibieron la fe católica, algunos creyeron que debían caminar en la Nueva Ley como hacían en la Antigua, hasta la rectitud perfecta: era como una ligadura hecha de cuerdas de arco frescas, sin secar aún del todo[30]. Por lo que la Iglesia, aún sin labranza, decía a las grandes muchedumbres: «He aquí la fuerza de mi Esposo». Y cuantos la escuchaban tan sólo querían, llevados de un súbito arrebato, adorar a Dios según la palabra oída[31] pero sin vivir conforme al sentido del Espíritu Santo. Sin embargo, así no se descubrió Su fuerza. Después fue noblemente erigida la virginidad, como cordeles nuevos sin usar[32], ya que la virginidad nunca antes había sido tenida por gloriosa: con esta ligadura amarraron fuertemente al Hijo de Dios, mas Él no se mostró todo. Aunque la

21. Marcos 14,10.
22. Jueces 15,15.
23. Lucas 23,28.
24. Juan 4,6-7. Véase Jueces 15,18.
25. Juan 19,30.
26. Jueces 16,1 (Gaza).
27. Mateo 27,66; Jueces 16,2.
28. Jueces 16,3.
29. Jueces 16,15.
30. Véase Jueces 16,8.
31. Véase Romanos 2,13.
32. Véase Jueces 16,11.

Iglesia, levantándose a las alturas, decía: «Oh amigos míos, he aquí la inmensa fuerza de mi Esposo». Pero ni siquiera de este modo se reveló Su fuerza. Y, de pronto, se alzó el fragor de los pueblos, que se lanzaron sobre Él exclamando: «Le hemos prendido en Su inmensa fuerza». Luego la Iglesia fue afianzada por los siete dones del Espíritu Santo, como siete trenzas[33], sujetos por un firme clavo al fundamento de la predicación apostólica. Entonces, así tejida la red de la fe, clamó la Iglesia: «Oh, cuán fuerte es mi Esposo en Sus siete trenzas». Y todos los pueblos que la oyeron se arrojaron con ardor sobre Él, creyendo que esta era Su máxima fuerza. Pero ni siquiera así se descubrió Su fuerza.

Después la Iglesia derramó muchas lágrimas porque no conocía la fuerza de la Santa Trinidad: dijo haber visto la Humanidad del Hijo de Dios, mas sin comprender bien Su Divinidad. Y Él, conmovido, manifestó por boca de Su bienamado Juan[34] el secreto de la Santa Trinidad, hasta donde le era posible al hombre saberlo, en la gloria del Padre y el ardor del Espíritu Santo. Y, recostando Su cabeza sobre el regazo de Su esposa[35], allí descansará hasta que sobrevenga la gran discordia con el Hijo de la Perdición. Cuando llegue ese tiempo se retirará de Él Su fuerza, al serle cortados Sus cabellos; sí, cuando llegue ese tiempo los hombres desearán seguir al Hijo de la Perdición más que a Él, diciendo: «Qué sucede, oh Señor, que vemos tantos y tan extraordinarios prodigios». Así será mitigada Su fuerza, mientras la ceguera de la impiedad oscurezca la fe verdadera. Pero Su fuerza resurgirá cuando aparezcan Enoc y Elías. Entonces, golpeando poderosamente la soberbia y la presunción, postrará al Hijo de la Perdición con todas sus artes diabólicas y sus vicios, y el día en que la Iglesia con su nombre cristiano pase de este mundo temporal a la eternidad, aplastará los crímenes del Demonio más duramente que antes, cuando el culto divino aún florecía dentro del tiempo, en el mundo. ¿Qué significa esto? Cuando sobrevenga el fin del mundo cesarán las persecuciones diabólicas y se habrán cumplido las obras que las virtudes realizan en los hombres, dentro del tiempo.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

33. Jueces 16,13.
34. 1 Juan 5,6-7.
35. Jueces 16,19.

Duodécima visión

SIEGA Y VENDIMIA DE LAS NACIONES

Luego miré y he aquí que todos los elementos y todas las criaturas se vieron sacudidos por un terrible cataclismo: irrumpieron el fuego, el viento y las aguas, haciendo temblar la tierra, estallaron los rayos y los truenos, se desmoronaron los montes y fueron arrancados los bosques, y todo lo mortal exhaló la vida. Todos los elementos fueron purificados y cuanto hubiera de sórdido en ellos se desvaneció para siempre. Y escuché una voz que con fuerte clamor gritó por el orbe entero, diciendo: «¡Oh hijos de los hombres que en la tierra yacéis, levantaos todos!».

He aquí que, entonces, todos los huesos humanos, donde quiera que estuvieran enterrados, se reunieron en un instante y con su carne se cubrieron, y todos los hombres se levantaron, íntegros sus miembros y su cuerpo, con su sexo: los buenos, resplandecientes en la claridad, y los malvados, llenos de negrura, así que en cada uno se revelaron a plena luz sus obras. Algunos de ellos llevaban el signo de la fe y otros no; entre los primeros, unos tenían ante el semblante como un fulgor dorado, y los demás, como una sombra: este era su signo.

Mas, de pronto, brilló desde el Oriente un inmenso resplandor y allí vi, sobre una nube, al Hijo del Hombre con la misma faz de cuando estaba en la tierra, abiertas Sus heridas, que se acercaba con los coros de los ángeles; venía sentado en un trono de llamas que relumbraban pero no ardían, y debajo bramaba la formidable tempestad de la purificación del mundo. Los que llevaban el signo fueron arrebatados en torbellinos a Su encuentro en los aires, hacia donde había visto yo antes el resplandor que simboliza los secretos del Supremo Creador: allí fueron separados los buenos de los malos. En-

tonces, con dulce voz, bendijo a los justos con el Reino Celestial, como está escrito en el Evangelio, y con terrible voz envió a los injustos a las penas del infierno, como también está escrito; y allí no se hizo sino lo que narran las palabras del Evangelio: no hubo otras preguntas ni respuestas sobre los actos de cada cual porque, fueran buenos o malos, se manifestaban nítidamente en cada uno. Pero los que no llevaban signo estaban allá lejos, en la parte del Aquilón, con las huestes diabólicas; no acudieron al juicio, mas viéndolo en la lejanía como un torbellino, aguardaban el final, y amargos lamentos desgarraban sus corazones.

Terminado el juicio, cesaron los rayos y los truenos, los vientos y las tempestades, y todo lo que era transitorio en los elementos al instante se desvaneció: sobrevino una inmensa calma. Y, de pronto, los elegidos se volvieron luminosos, más que el fulgor del sol, y se encaminaron a los Cielos, con el Hijo de Dios y los bienaventurados ejércitos de los ángeles, en medio de un extraordinario júbilo; y los réprobos se arrastraron hacia los abismos infernales con el Demonio y su séquito, entre terribles alaridos. Así, el Cielo acogió a los elegidos y el Hades devoró a los réprobos. Y he aquí que, repentinamente, resonaron tantos cánticos de gozo y alabanzas en el Cielo y tanto ulular de tristeza en los infiernos, que rebasaban cuanto la voz humana puede expresar. Y, al instante, todos los elementos, sumidos en una serena calma, resplandecieron como si hubieran sido despojados de una piel de tinieblas: ya nunca más abrasaría el fuego, ni rebulliría el aire, ni se embravecerían las aguas, ni la tierra temblaría. Y el sol, la luna y las estrellas eran incontables ornatos que rutilaban en el firmamento con intenso fulgor y belleza, y permanecían fijos, sin el movimiento de sus trayectorias, así que ya no separaban el día y la noche: no hubo más noche, sino día. Y aquí se terminó.

Y de nuevo escuché una voz que desde el Cielo me decía:

1. *Grandes cataclismos destruirán el mundo*

Estos misterios revelan la plenitud del mundo: cuando el tiempo caduco sea transformado en la eternidad de un fulgor sin fin. Sí, días de tribulación serán los últimos días: muchos cataclismos sobrevendrán y grandes señales anunciarán el ocaso del mundo. Pues, como has visto, *ese postrer día el terror sacudirá toda la haz de la tierra, las tempestades la agitarán violentamente, las hecatombes borrarán cuanto en ella sea transitorio y mortal*: porque, cumplido el curso

del mundo, no podrá ya durar más, sino que, según designio divino, se extinguirá. Y así como un hombre, cuando se aproxima su final, se ve postrado por muchas enfermedades premonitorias y, llegada la hora de su muerte, se desvanece entre dolorosos quebrantos, así también los más terribles cataclismos precederán al fin del mundo y lo disolverán en su eclipse, entre inmensos terrores: pues entonces los elementos desencadenarán todo el horror de que son capaces, porque será la última vez que puedan hacerlo.

2. *La creación entera se agitará; lo mortal e impuro desaparecerá*

En verdad que, llegado el fin, un movimiento inesperado y repentino desatará los elementos: todas las criaturas se estremecerán, irrumpirá el fuego, rebullirán los aires, se desbordarán las aguas, temblará la tierra, estallarán los rayos, retumbará el fragor de los truenos, los montes se hendirán, se desmoronarán los bosques y todo lo mortal que haya en el aire, en el agua, en la tierra, *rendirá la vida.* El fuego moverá todo el aire y el agua llenará la tierra entera: *y así todo será purificado* para que cuanto sea impuro en el mundo se desvanezca como si nunca hubiera existido, como se diluye la sal cuando se echa en el agua.

3. *La resurrección de los muertos*

Y, como te ha sido mostrado, al escucharse la llamada divina a la resurrección, los huesos de los muertos, donde quiera que estén enterrados, se reunirán de nuevo en su sitio, rápidamente, como en un pestañear de ojos, y con su carne se cubrirán, y nada impedirá que así sea; pues si el fuego, el agua, los pájaros o las bestias los aniquilaran, al instante serían restablecidos; así que la tierra los devolverá como el agua la sal: porque Mi ojo todo lo ve y nada puede ocultárseme. Sí, todos los hombres resucitarán entonces en cuerpo y alma, sin desmedro ni falta en sus miembros, *sino íntegros sus cuerpos y su sexo,* como en un pestañear de ojos: *los elegidos, con el fulgor de sus buenos actos, y los réprobos, con la negrura de su desventurado proceder,* pues allí no se ocultarán las obras de ninguno, mas aparecerán en ellos, nítidamente.

4. *Los resucitados que llevan el sello de la fe y los que no*

Unos llevaban el signo de la fe y otros no, así que las conciencias de algunos de los que tenían fe resplandecían, por sus obras fieles, *con el fulgor de la sabiduría, pero otras revelaban las tinieblas de su indolencia*, por lo que se distinguían claramente: pues aquellos habían cumplido las obras de la fe, mas estos la dejaron morir en sus corazones. *En cambio, había unos que no llevaban el signo de la fe*: porque ni bajo la antigua Ley ni en la Nueva Gracia quisieron poseer la ciencia del Dios vivo y verdadero.

5. *El Hijo vendrá con el poder del Padre para juzgar*

Y entonces, en la claridad de la luz eterna, pero sobre la nube con que se oculta a los réprobos la gloria celestial, en Su forma humana y con las señales de Su Pasión, sufrida según la voluntad del Padre por la salud del género humano, vendrá el Hijo de Dios rodeado por los ejércitos celestes para juzgar a este género humano: porque el Padre Le concedió que, pues había vivido de forma visible en la tierra, juzgara cuanto es visible en el mundo, como Él mismo muestra en el Evangelio cuando dice:

6. *Palabras del Evangelio*

«Y le ha dado poder para juzgar, porque es Hijo del Hombre»[1]. Así es, en verdad.

El Padre «ha testimoniado acerca de Su Hijo»[2]. ¿Qué quiere decir esto? El Padre Le ha dado poder al Hijo: porque Este siempre permanece con el Padre en la Divinidad, pero al recibir la humanidad de Su madre y hacerse hombre, también recibió del Padre que toda criatura Le sintiera Hijo de Dios, igual que la creación entera subsiste como obra del Señor en la forma que Él le confirió. Por eso el Hijo de Dios discernirá todas las obras, sea cual sea su dignidad o bajeza, y allí donde deban ser puestas, las pondrá; pues igual que Él fue hombre, palpable y visible, en la tierra, discernirá según la justicia cuanto fue visible en el mundo: en Su poder para juzgar será terrible con los injustos y dulce con los justos, y de tal modo juzgará, que hasta los elementos se sentirán purificados.

1. Juan 5,27.
2. 1 Juan 5,9.

7. *Quienes lleven el signo de la fe, serán juzgados*

Entonces, los que lleven el signo de la fe serán arrebatados al encuentro del Justo Juez[3]*, rápidamente y sin impedimento alguno*: para que, como tuvieron fe y creyeron en Dios, aparezcan al descubierto en ellos las obras de la fe; y pues la ciencia de Dios conoce todos los actos de los buenos y de los malos, según te ha sido revelado, *allí serán separados estos y aquellos*: porque también sus obras son diferentes. Sí, allí se manifestará verdaderamente en todos ellos, buenos y malos, cómo buscaron a Dios, sea en su infancia o en su adolescencia, en su juventud o en su vejez, o al final de sus vidas.

8. *Las flores del Señor brillarán*

También allí brillarán todas las flores de Mi Hijo: los patriarcas y profetas que existieron antes de Su Encarnación; los apóstoles que vivieron con Él en el mundo; los mártires, confesores, vírgenes y viudas que fielmente Le imitaron; cuantos estuvieron al frente de Mi Iglesia, tanto en lo temporal como en lo espiritual; los anacoretas y los monjes, que se humillaron, castigando y mortificando su carne en nombre de Mi Hijo y que, con gran humildad y amor, mostraron en sus hábitos que imitaban el orden de los ángeles. Pero a los que Me buscaron en la vida contemplativa diciéndose: «Esta es la vida más gloriosa», los tendré por nada. En cambio, al que Me buscó con humildad en esa senda, que dimana de la inspiración del Espíritu Santo, lo pondré entre los primeros puestos en la patria celestial.

9. *El Cielo enmudecerá mientras resuene la sentencia del juicio*

Entonces los Cielos envolverán sus alabanzas en el silencio mientras el Hijo de Dios pronuncie la sentencia de Su juicio sobre los justos y sobre los injustos, y escucharán con noble reverencia cómo los juzga, cuando dulcemente recompense a los justos con el júbilo celestial, y pavorosamente envíe a los injustos a las penas del infierno. *Y allí no habrá otras excusas ni preguntas sobre sus obras*, amén de que allí las conciencias de los hombres, buenos y malos, estarán al descubierto y desnudas.

3. 1 Tesalonicenses 4,17.

10. *Buenos y malos han de ser juzgados*

Los justos, que escucharán allí las palabras del Rectísimo Juez, cumplieron muchas obras de justicia, pero no pudieron realizarlas en plena perfección mientras vivían en el mundo, por eso entonces serán juzgados. Los injustos, que allí sentirán caer sobre sí la dureza de la sentencia, cometieron malos actos, mas no los realizaron en la ignorancia de la divina Majestad —en la inicua impiedad condenada ya de antemano— y, por eso, no escaparán a la sentencia del juicio, porque todo será ponderado con equidad.

11. *Los infieles, ya condenados, no acudirán al juicio*

En cambio, aquellos que no llevan el signo de la fe, porque no creyeron en Dios, *estarán, mientras, retenidos en la parte del Aquilón* —la de la perdición— *con las huestes diabólicas, sin acudir al juicio; pero lo verán entre sombras y aguardarán su fin entre grandes gemidos de sus corazones*: pues estos perseveraron en la infidelidad sin conocer al Dios verdadero; no adoraron al Dios vivo antes del bautismo, en el Antiguo Testamento, ni recibieron el remedio bautismal bajo el Evangelio, mas permanecieron en la maldición de la caída de Adán, incurriendo en los suplicios de la condena, por lo que se encontrarán ya juzgados por la impiedad de su crimen.

12. *Terminado el juicio, sobrevendrá una serena calma*

Terminado el juicio, cesarán los terrores de los elementos, los rayos, truenos y vientos que rebullen en tempestades, y cuanto fuera caduco y transitorio se disolverá, ya no surgirá nunca más, como desaparece la nieve fundida por el calor del sol; entonces, *por concesión divina, sobrevendrá una inmensa, serena calma.*

13. *La Gloria recibe a los elegidos, el Hades devora a los réprobos*

Y los elegidos se encaminarán a la alegría celestial, llenos del esplendor de la eternidad, junto con su Cabeza, Mi Hijo, y con el bienaventurado ejército de los Cielos, en medio de una inmensa gloria; y los réprobos, unidos al Demonio y sus ángeles, irán, entre terrible quebranto, a los suplicios eternos, donde sufrirán por siempre la

muerte sin fin, preparada para ellos, pues prefirieron guiarse por sus propias apetencias que por Mis preceptos. *Así, el Cielo acogerá a los elegidos en la gloria eterna* porque amaron al Señor de los Cielos; *y el Hades engullirá a los réprobos* porque no abominaron del Demonio. *Entonces resonarán tantas alabanzas desbordantes de júbilo en la gloria celeste y se alzarán tantos aullidos rasgados de dolor en los infiernos, que rebasarán cuanto el entendimiento humano puede captar*: pues aquellos gozarán la vida eterna y estos la muerte eterna padecerán, como vaticina Mi Hijo en el Evangelio cuando dice:

14. *Palabras del Evangelio*

«E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna»[4]. Así es, en verdad: los infestados en la ponzoña de todos los males, que no están sedientos por beber la justicia en la Suma Bondad, se abismarán en las penas de la eterna perdición por el camino de su impiedad y su perfidia, y, conforme a sus obras, recibirán los tormentos infernales. Pero los que edifican el fulgor de la Jerusalén celestial y se hallan fielmente a las puertas de la hija de Sión brillarán en la Luz de la vida eterna que la Virgen inmaculada trajo milagrosamente a los creyentes en el florecer de su virginidad.

15. *Los elementos se volverán perfectos, y morirá la noche*

Y, como ves, cuando se haya cumplido todo esto, los elementos brillarán con la mayor claridad y belleza, retirado todo escollo de negrura y sordidez. Sí: *ya no abrasará el fuego* y cual alborada brillará; *el aire, sin rebullir,* diáfano resplandecerá; *no se embravecerán ni desbordarán las aguas,* que permanecerán cristalinas y serenas; *y la tierra, sin temblores ni quebradas,* será firme y rasa: todo entrará en una inmensa calma y belleza.

Y el sol, la luna y las estrellas rutilarán en el firmamento con gran claridad y extraordinario fulgor como piedras preciosas engastadas en oro, y ya no se desplazarán más a lo largo de sus trayectorias *para separar el día y la noche*: porque, terminado el mundo, permanecerán inmutables *y, en adelante, no surgirán las tinieblas de la noche, pues entonces ya nunca morirá el día,* como testimonia Mi bienamado Juan cuando dice:

4. Mateo 25,46.

16. *Palabras de Juan*

«Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará»[5]. Así es, en verdad: quien tiene un tesoro, unas veces lo esconde y otras lo enseña, como la noche sepulta la luz y el día ahuyenta las tinieblas, trayendo la luz al hombre. Pero ya no será así cuando muera el tiempo: entonces habrá sido disipada la sombra de la noche, su lóbrega oscuridad no surgirá ya más; pasado este tránsito, no serán necesarias las lámparas que encienden los hombres para desvanecer las negras sombras, ni el curso del sol señalará el umbral de la noche, tiempo de la calígine; habrá un día imperecedero: el Señor de todos alumbrará con Su claridad divina, a la que no oscurece mudanza alguna, a cuantos en el mundo huyeron, por Su Gracia, de las tinieblas.

Pero que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba.

5. Apocalipsis 22,5.

Decimotercera visión

CÁNTICOS DE JÚBILO Y CELEBRACIÓN

Entonces vi un aire muy luminoso en el que escuché, oh maravilla, todas las músicas con todos los misterios que el Señor me había revelado: las alabanzas de júbilo de los ciudadanos celestes que gallardamente perseveraron en la senda de la verdad; y las lamentaciones de cuantos son llamados de nuevo a estos laudes de la alegría; y las exhortaciones de las virtudes que se alientan entre sí para salvación de los pueblos a los que rondan las celadas del Demonio: las virtudes las derrotan y al fin los fieles salen del pecado, por la penitencia, hacia los Cielos.

Y aquel son, como voz de muchedumbres, que en armonía cantaba las alabanzas de las órdenes celestes, decía así:

1. *Sinfonía de Santa María*

Oh gema esplendorosa, sereno despuntar del Sol
que ha colmado tu regazo cual manantial
del corazón del Padre dimanado:
su Palabra Única
por ella creó la materia primera de este mundo
que Eva llenó de sombras.
El Padre hizo esta Palabra hombre en tu seno
así que tú eres la luminosa materia
por la que exhaló la Palabra todas las virtudes
como de la primera materia forjó
la creación toda.

Suavísima rama frondosa
surgida del tronco de Jesé
Oh maravilla es que el Señor te mirara
bellísima hija, como mira el ojo del águila el sol
cuando el Padre celestial descubrió
el diáfano fulgor de una virgen
donde quiso que se hiciera carne su Palabra.

Mira que por místico secreto del Señor se iluminó
la mente de la virgen
y una flor de luz brotó, oh maravilla,
de sus entrañas.

Y luego cantaron así:

2. *Las nueve órdenes de espíritus celestes*

Oh ángeles llenos de gloria, luz viva bajo el Señor
henchidos de ardiente anhelo contempláis los ojos divinos
con la mística bruma de toda criatura: nunca, pues, os saciaréis
Desbordante de júbilo vuestra esplendorosa belleza
a la que nunca alcanzó la iniquidad
iniquidad surgida al alba de los tiempos
en el corazón de vuestro compañero el ángel caído
mira que quiso volar a la secreta cumbre del Señor:
y como serpiente tortuosa en el seol se hundió
ah, con su caída tejió una celada
para apresar a las criaturas, obra de las manos del Señor.

Pero, oh vosotros ángeles
custodios del pueblo todo
cuya belleza en vuestro semblante brilla.
Oh vosotros arcángeles
que las almas de los justos acogéis
y vosotras, virtudes, potestades, principados
dominaciones y tronos
que os contáis en el quinto número secreto.
Y vosotros querubines
y serafines:
sello de los misterios del Señor
¡gloria a vosotros!

Que miráis en el manantial el lecho del antiguo corazón
pues contempláis la fuerza secreta del Padre
que de su entraña, cual rostro aflora.

Y luego cantaron este canto:

3. *Los patriarcas y profetas*

Oh hombres iluminados
con los ojos del espíritu llegasteis al fondo de lo oculto
anunciasteis bajo la esplendorosa sombra la luz viva y afilada
retoño de la rama
ella sola florecida
al colmarla el fulgor
que en su seno arraigó.

Vosotros, antiguos santos
profetizasteis la salvación de las almas
peregrinas en el exilio
hundidas en el seol
vosotros que cual ruedas girasteis
y con maravillas proclamasteis
el secreto del monte que toca los cielos
que pasa los torrentes de aguas, ungiéndolos,
y entre vosotros se encendió su heraldo:
la lámpara que arde, alumbrándole el camino.

Oh vosotros raíces venturosas
con las que se plantaron obras de luz y no de tinieblas
por el ardiente camino de apacibles sombras.
Oh tú, voz en el desierto y clamor de fuego
heraldo de la piedra afiladora que destruyó el seol
regocijaos en Aquél que es vuestra Cabeza
festejadle
exultad, oh sí, en Aquél
al que alborozados invocaron
muchos que no lo vieron en la tierra.

Luego cantaron así:

4. *Los Apóstoles*

Oh gallarda cohorte
de la flor nacida de rama sin espinas
eres voz de la tierra toda
que recorre los páramos
allí donde comen con las bestias los insensatos a los que venciste
llena del aliento ígneo;
plantaste en los tabernáculos las raíces
de la obra plena de la Palabra del Padre
eres noble estirpe del Salvador
entras en el camino del agua renovadora por el Cordero
que te envió, espada, entre feroces jaurías
de perros que destruyeron su gloria
con los ídolos que hicieron sus dedos
sí: con la obra de sus dedos quisieron
subyugar lo no forjado por mano de hombre
a la forja de sus manos
¡pero vacíos estaban sus puños!

Oh luminoso ejército de los apóstoles
que surge en la ciencia verdadera:
abrió las mazmorras de las artes diabólicas
y lavó a sus cautivos en el manantial de aguas vivas;
clara luz eres entre las más lóbregas sombras
recia estirpe de columnas que sostienen a la Esposa del Cordero
con sus adornos todos
enhiesta en su júbilo, Madre y Virgen victoriosa
Pues el Cordero Inmaculado es el Esposo
de la Inmaculada Esposa.

Luego cantaron este canto:

5. *Los mártires*

Celebrando con los ríos de vuestra sangre la edificación de la Iglesia
entrasteis
oh gallardos triunfadores
al ágape de la sangre del Cordero degollado.

Dichosos sois que en vida humillasteis vuestra carne
en pos del Cordero de Dios
engalanando su dolor que os abrió la puerta
de vuestra herencia.

Sois flores del rosal
bienaventurados vosotros que con el río de vuestra sangre
alcanzasteis la gloria y el júbilo
exhalasteis todos vuestros aromas, disteis vuestro fruto todo
por la salvación
que fluye del profundo corazón del designio
arraigado desde siempre en Aquel, oh sí, en Aquel
que no tiene principio ni fin.

Gloria a vosotros, baluartes de la Iglesia
desbordante en la sangre de vuestras heridas.

Entonces cantaron así:

6. *Los confesores*

Oh herederos del fuerte león
que entre el templo y el altar gobernáis,
pastores suyos,
como cantan los ángeles alabanzas y asisten al pueblo todo
así vosotros entre ellos
siempre vigilantes, apacentando a la grey del Cordero.

Vosotros, que seguís los pasos del Sublime
en el más bello y glorioso misterio,
regia es vuestra insignia
hombres que atáis y desatáis en el Señor
a los tardos de corazón y a los peregrinos
que engalanáis a los llenos de luz y de sombras
y de la abrumadora carga liberáis.

Vuestra misión es la de los ángeles
conocéis los sólidos fundamentos
y dónde deben arraigarse
¡grande es, pues, vuestra honra!

Y nuevamente cantaron:

7. *Las vírgenes*

Hermosos semblantes que miran al Señor
y surgen en la alborada
vírgenes santas, grande es vuestro esplendor
espejo en que se contempló el Rey
cuando os engalanó con todos los atavíos celestiales venideros
así que sois dulcísimo vergel
de aromas repleto

Oh esplendorosa lozanía que en el Sol arraigas
con alba claridad relumbras en Su halo
que está más allá de las atalayas de la tierra:
te envuelve el abrazo de los misterios divinos.

Ardes como llama de sol
como arrebol de alborada resplandeces.

Y de nuevo aquel son que, como voz de muchedumbres, llevaba los lamentos de los que son llamados a estas moradas, en armonía cantaba así:

8. *Lamentos de los que son llamados nuevamente a estas moradas*

Ay, ay clamor terrible esta voz
oh llena de quebrantos.
Se alza prodigiosa una victoria en el maravilloso deseo del Señor
y el deleite carnal se oculta y se oculta.
Ay, ay,
allí ignora la voluntad el crimen
allí el afán humano huye del placer.

Llora, llora, pues, por ellos, inocencia
que con tu probidad no perdiste la lozanía
ni el manjar de la avaricia
en la garra del demonio devoraste.

Oh manantial de aguas vivas
de dulzura lleno
que no borraste de Ti sus rostros
mas Tu ojo clarividente previó
cómo rescatarlos de los ángeles caídos

que creyeron tener lo que no era suyo.
Exulta, pues, hija de Sión
que el Señor te ha traído a muchos
a los que la serpiente quiso segar de ti;
y lucen ahora con fulgor más diáfano que otrora.
Y dice de ellos la Luz viva:
A la serpiente tortuosa hundí en su propia celada
que no era tan poderosa como ella creía
porque por mí lo he jurado
que haría en ellos más y más de cuanto aprovechara tu gozo
oh serpiente
de tus entrañas de iniquidad me llevé
lo que nunca fue tuyo en tu perfidia, oh malvado asechador.

9. *Exhortaciones de las virtudes y lucha contra las artes diabólicas*

De nuevo aquel cántico que, como voz de muchedumbres, clamaba la exhortación a las virtudes en ayuda de los hombres, la llamada a la lucha contra las artes enemigas del Demonio, con el triunfo de las virtudes sobre los vicios y el regreso final de los hombres, por inspiración divina, a la penitencia, cantaba armoniosamente así:

Nosotras virtudes estamos en el Señor
y en el Señor permanecemos.
Combatimos por el Rey de reyes
el bien del mal separamos.
Sí, allí en la primera batalla nos alzamos
victoriosas
cuando cayó aquel que volando quería
remontar su altura.
Unámonos, pues, de nuevo ahora
ayudemos a cuantos nos llaman
hollando las celadas del demonio
guiemos a la casa de la alegría
a estos que seguirnos quieren.

LAMENTO DE LAS ALMAS ENCADENADAS A LA CARNE

Henos aquí peregrinas
qué hicimos
oh para ser errantes

en el camino del mal.
Debimos ser hijas del Rey
pero en la sombra del pecado caímos.
Oh Tú, Sol vivo
llévanos en tus hombros
a la justa herencia
que en Adán perdimos.
Oh Rey de reyes
mira que bajo tu estandarte lucharemos.

INVOCACIÓN DEL ALMA FIEL

Oh dulce divinidad
Oh suave vida
cuando cruce tu umbral llevaré
el vestido del fulgor
me será devuelto lo que perdí
al nacer,
en pos de ti suspiro,
escuchad virtudes
que os estoy invocando.

RESPUESTA DE LAS VIRTUDES

Oh alma venturosa
oh dulce
criatura del Señor:
fundada en la insondable altura
de la sabiduría divina,
y de amor repleta.

EL ALMA FIEL

Mirad, que alegre salgo a vuestro encuentro
oh para que me deis el beso
del corazón.

LAS VIRTUDES

Lucharemos a tu lado
oh hija de Rey.

PERO EL ALMA AFLIGIDA SE LAMENTA

Ay, qué cruento será el combate
mucho me pesa la atadura de esta vida
ah cuán dura será la lucha
contra la carne.

LAS VIRTUDES

Oh alma creada por voluntad del Señor
Oh venturoso tabernáculo
¿por qué adoleces,
por qué flaqueas
ante lo que Dios destruyó con la virginidad?
Mira que con nosotras vencerás al Demonio.

EL ALMA

Venid a mí, socorredme
para que resistir pueda.

LA CIENCIA DE DIOS DICE AL ALMA

Mira este vestido que llevas
hija de la salvación,
manténte firme
y nunca caerás.

EL ALMA

Ay de mí, qué haré
a dónde huiré
ay de mí, no soy capaz
de llevar este vestido
librarme de él quisiera.

LAS VIRTUDES

Oh desdichada conciencia
oh alma mísera
¿por qué escondes tu rostro
ante la faz de tu Creador?

LA CIENCIA DE DIOS AL ALMA

No conoces ni ves al que te ha creado
ni has sentido Su sabor.

EL ALMA

Dios creó el mundo,
y no Le hago afrenta
por querer disfrutarlo.

LA SUGESTIÓN DIABÓLICA DICE AL ALMA

Necia, necia:
¿en qué te aprovechará tanto quebranto?
Mira el mundo
y te cubrirás de gloria.

LAS VIRTUDES

Ay, ay
lloremos, lamentémonos todas nosotras
que la oveja del Señor
huye de la vida.

LA HUMILDAD

Yo, la humildad,
reina de las virtudes
os digo:
«Venid a mí todas
que yo os daré la savia y el arrojo
para traer la dracma perdida
de regreso a la fe
y ceñirle la corona de la dicha».

RESPUESTA DE LAS VIRTUDES

Oh gloriosa reina
oh dulcísima intercesora
alegres venimos a tu encuentro.

LA HUMILDAD

Oh hijas bienamadas
mirad que en el tálamo real os tengo.
Oh hijas de Israel,
bajo Su árbol os despertó el Señor
así que ahora recordad
que Él os ha plantado.
Y exultad, pues, hijas de Sión.

FRAGOR DEL DEMONIO CONTRA LAS VIRTUDES Y LA HUMILDAD

¿Qué poder es ese
que nadie tiene fuera del Señor?
Ah, mas he aquí que os digo:
«A quien quiera seguirme
y hacer su propia voluntad
le daré todo»,
pero tú
y las que están contigo
nada tenéis para dar
pues ninguna de vosotras
sabéis lo que sois.

RESPONDE LA HUMILDAD

Mis compañeras y yo bien sabemos
qué eres tú:
el antiguo dragón
que quisiste volar
por encima de las cumbres más altas
pero el Señor te arrojó
al abismo.

LAS VIRTUDES

Mientras que todas nosotras
habitamos en las alturas.

LAMENTO DEL ALMA PENITENTE QUE A LAS VIRTUDES INVOCA

Oh vosotras
virtudes del Rey
cuán hermosas
cuán brillantes
en el Sol del Cielo
qué dulce es
vuestra morada
ay de mí
que de ella partí.

LAS VIRTUDES

Ven, oh fugitiva
ven a nosotras
que el Señor te acogerá.

EL ALMA PENITENTE

Ay, ay
un dulce fuego me devoró
y en el pecado ardí
no soy digna de entrar.

LAS VIRTUDES

Nada temas
no huyas
que el Buen Pastor busca en ti
Su oveja perdida.

EL ALMA PENITENTE

Sí, es necesario que ahora me abráis la puerta
mirad que llena de heridas vengo
emponzoñada
con el veneno de la antigua serpiente
desgarrada.

LAS VIRTUDES

Corre, ven a nosotras.
Por el camino iremos
en el que no caerás
oh, iremos de la mano por el camino
y el Señor te sanará.

EL ALMA PENITENTE

Heme aquí:
pecadora que partí de la vida
llena de heridas iré
hasta vosotras
para que me deis el escudo
de la redención.

LAS VIRTUDES

Oh alma fugitiva:
sé fuerte
y revístete de las armas de la luz.

EL ALMA PENITENTE

Oh tu, cohorte toda de la Reina
sus blancos lirios, su rosa roja
inclínate hacia mí
que he peregrinado por los caminos del exilio
ay, jornada de destierro
que sola y apartada de vosotros recorrí
ayudadme
para que levantarme pueda
en la sangre del Señor.
Oh bálsamo verdadero
de la humildad
socórreme
mira que la soberbia
con muchos vicios me ha herido
tantas llagas como traigo:
todas de su mano.

Voy hacia ti,
ahora,
acógeme en tu regazo.

LA HUMILDAD A LAS VIRTUDES

Oh virtudes todas
abrazad a esta doliente pecadora con sus llagas
por las heridas de Cristo
y traédmela.

LAS VIRTUDES AL ALMA PENITENTE

Queremos llevarte de vuelta
no te abandonaremos,
todos los ejércitos del Cielo
exultarán por ti,
entonces será el júbilo
para que en armonía cantemos.

LA HUMILDAD AL ALMA PENITENTE

Oh desdichada hija mía
te abrazaré
mira que el Sanador de las almas
por tu causa sufrió
crueles y amargas heridas

LA SUGESTIÓN DIABÓLICA AL ALMA PENITENTE

Quién eres y de dónde vienes
me abrazaste y te saqué fuera
pero ahora tu regreso me confunde:
en los cepos de la muerte te atraparé.

EL ALMA PENITENTE CONTRA EL DEMONIO

Bien sé que todos tus caminos
son agravio
lejos de ti he huido
mas ahora te presentaré batalla
oh malvado asechador

EL ALMA PENITENTE A LA HUMILDAD

Oh reina humildad
sea yo sanada
con tu bálsamo:
en la lucha ampárame.

LA HUMILDAD A LA VICTORIA Y A LAS DEMÁS VIRTUDES

Oh victoria
que a este malvado venciste en los Cielos
apresúrate:
corre con tus compañeras
y entre todas atadle.

LA VICTORIA A LAS VIRTUDES

Pronto, que a mí vengan
mis gallardos soldados, mis valientes
para ayudarme a vencer
al malvado.

LAS VIRTUDES A LA VICTORIA

Oh dulce campeadora
erguida en el torrente de las aguas
que engulleron al voraz lobo
Oh gloriosa coronada
que nos place luchar contigo
contra el malvado.

LA HUMILDAD A LAS VIRTUDES

Amarradle, pues,
oh diáfanas virtudes.

LAS VIRTUDES

Te obedeceremos
oh reina nuestra
todas tus órdenes cumpliremos.

LA VICTORIA

Exultad, oh compañeras mías, alegraos
que la antigua serpiente
encadenada está.

LAS VIRTUDES

Gloria a Ti, Señor
Rey de los ángeles.
¿Quién eres, Oh Señor,
que con Tu insondable designio
has borrado el trago del infierno
en las gargantas de publicanos y pecadores
y ahora brillan en la bondad del Cielo?
Suenen, pues, oh Rey
alabanzas en Tu gloria.

Oh Padre Omnipotente
de Tu seno brota el manantial
cual cálida llama fluye:
lleva a Tus hijos sobre las aguas
haz que el viento hinche sus velas
para que así los guiemos
a la Jerusalén Celestial.

Y estas voces sonaban como voz de muchedumbre inmensa cuando alza su clamor. Y así, en sus sonidos inundada, al instante los entendí sin escollo alguno.

Entonces escuché una voz que del aire luminoso venía, diciéndome:

10. *Que el corazón y la boca alaben incesantemente al Señor*

Canten el corazón y la boca con incesante voz alabanzas al Creador supremo que, por Su Gracia, ha puesto en las moradas celestes no sólo a los que ya estaban en pie y erguidos, sino también a los que cayeron y se habían postrado.

Así pues, has visto, *oh hombre, un aire muy luminoso*: es el fulgor del júbilo de los ciudadanos celestes; *en el que escuchas, oh*

maravilla, todas las músicas con todos los misterios que te he revelado: las alabanzas de júbilo de los ciudadanos celestes que gallardamente perseveraron en la senda de la verdad, y las lamentaciones de cuantos son llamados de nuevo a estos laudes de la alegría, porque así como el aire alberga y sostiene cuanto hay bajo el cielo, así también este dulce y suave son, que, como oyes, celebra todos los milagros del Señor a ti manifestados, alberga y sostiene el armonioso cántico de todas las voces: la dicha por las maravillas de los elegidos que habitan en la ciudad celestial y permanecen en Dios con dulce amor; los lamentos de aquellos que se extraviaron, a quienes la antigua serpiente trató de perder, pero que fueron valerosamente conducidos a las moradas de la excelsa alegría por la virtud divina e ilustrados con los misterios que las mentes humanas inclinadas a la tierra ignoran. *Y las exhortaciones de las virtudes que se alientan entre sí para salvación de los pueblos a los que rondan las celadas del Demonio: las virtudes las derrotan y al fin los fieles salen del pecado, por la penitencia, hacia los Cielos*: pues allí, en las mentes de los fieles, luchando por su redención, se enfrentan las virtudes a los vicios con los que el soplo diabólico las asedia; mira que cuando, con su inmensa fuerza, triunfen sobre ellos, los hombres caídos en el pecado regresarán, por voluntad divina, a la penitencia: evocarán entre lamentos sus obras pasadas y meditarán, prudentes, las venideras.

11. *Este cántico suena en la armonía y la concordia*

Y aquel sonido, como voz de muchedumbres, en armonía cantaba las alabanzas de las órdenes celestes: porque este canto sin cesar celebra, en armonía y concordia, la gloria y esplendor de los ciudadanos celestes, elevando a las alturas lo que la palabra anuncia a plena voz.

12. *La palabra designa al cuerpo; y el canto, al espíritu*

Así como la palabra representa el cuerpo, el cántico manifiesta el espíritu: pues la armonía celestial revela la Divinidad, y la palabra difunde la Humanidad del Hijo de Dios.

13. *El canto de la razón despierta al alma aletargada para que vele*

Y así como el poder de Dios, volando por doquier, todo lo abarca y no hay obstáculo que pueda resistirle, así la razón humana posee una inmensa fuerza para cantar con viva voz, y despertar con su cántico las almas dormidas a la vigilia.

Esto mismo lo demostró David con sus himnos proféticos, y Jeremías con el quebranto de sus lamentaciones. *Y así también tú, oh pequeño y frágil ser humano, escuchas en este cantar todos los sones: el son que produce el ardiente arrullo de la castidad virginal cuando las palabras abrazan la rama floreciente; el son que eleva la llama de las luces vivas, brillantes en la ciudad celeste; el son que las profecías lleva, con sus hondos clamores; el son de milagrosas palabras apostólicas repleto, cuando recorren la tierra entera; el son al derramarse la sangre de los que se sacrifican en la fe; el son al celebrarse los misterios sacerdotales; el son de los pasos en el camino virginal que en el verdor supremo florece.* Porque la criatura fiel aclama al Creador de los cielos y la tierra con gritos de júbilo y de loa, y eternamente Le congratula. *Pero también escuchas que suena, armonioso, cual voz de muchedumbres, un cántico lleno de lamentos por los que son nuevamente llamados a estas moradas*: el canto no sólo resuena alegre con el júbilo unánime de los que han perseverado firmemente en el camino de la rectitud, sino que también exulta en la concordia por la resurrección de cuantos cayeron de la senda de la justicia y al fin se han levantado hacia la bienaventuranza verdadera, pues el Buen Pastor lleva con alegría de vuelta al redil a la oveja perdida.

Y, de nuevo, escuchas este cántico que, cual voz de muchedumbres, en armonía festejaba la exhortación a las virtudes en ayuda de los hombres, la llamada a la lucha contra las artes enemigas del Demonio, con el triunfo de las virtudes sobre los vicios y el regreso final de los hombres, por inspiración divina, a la penitencia: porque dulce es la unión entre las virtudes que guían a los hombres fieles a la verdadera bienaventuranza, mas terrible es la montaña de vicios de las celadas diabólicas: aún así, las virtudes triunfarán sobre ellas, hollándolas enteramente y, con el auxilio del Cielo, llevarán a cuantos acepten su ayuda a la herencia eterna, por la verdadera penitencia, tal como te han mostrado las armoniosas voces de su canto.

14. *Del canto*

Sí, el cántico dulcifica los corazones de piedra, les infunde el arrepentimiento, y al Espíritu Santo llama. *Y estas voces que oyes, sonaban como voz de muchedumbre inmensa cuando alza su clamor*: porque las alabanzas de júbilo y exultación, cantadas en la acordanza de la unanimidad y del amor, llevan a los fieles a esa armonía en la que no hay discordia alguna; y a cuantos en la tierra están les hacen suspirar, con el corazón y la boca, en pos de la suprema herencia.

Y así, en sus sonidos inundada, al instante los entendiste, sin escollo alguno: pues allí donde obra la gracia divina, toda sombra de calígine borrará, y diáfano y luminoso volverá cuanto fue oscuro para los frágiles sentidos de la desvalida carne.

15. *Todo fiel exultará de júbilo, incesantemente*

Así que os digo: quien entienda fielmente al Señor, fielmente Le cante incesantes alabanzas, oh sí, exulte por siempre ante Su faz, de fiel amor lleno; como exhorta, en Mi nombre, Mi siervo David, imbuido del espíritu de profundidad y altura, cuando clama:

16. *Palabras de David*

«Alabadle con clangor de cuerno, alabadle con arpa y con cítara, alabadle con tamboril y danza, alabadle con laúd y flauta, alabadle con címbalos sonoros, alabadle con címbalos de aclamación. ¡Todo cuanto respira alabe a Yahveh!»[1]. Así es, en verdad.

Vosotros, que conocéis, adoráis y amáis al Señor con buena voluntad y devoción pura, alabadle con clangor de cuerno —con el sentido de la razón—: pues cuando el ángel perdido y sus huestes cayeron en la ruina, los ejércitos de espíritus bienaventurados permanecieron, por la razón, en la verdad, y a Dios se unieron con fiel amor.

Y alabadle con el arpa de la honda devoción y con la cítara de dulce melodía: que al son del cuerno prorrumpe el arpa, y al cantar del arpa, la cítara; así como tras los ángeles bienaventurados, que

1. Salmos 150,3-6.

perseveraron en el amor de la verdad, surgieron, ya creado el hombre, los profetas con sus maravillosas voces, y luego siguieron los apóstoles con sus dulces palabras.

Y alabadle con el tamboril de la mortificación y con la danza del júbilo: que al tañido de la cítara, exulta el tamboril y, al son del tamboril, la danza; así como tras predicar los apóstoles las palabras de salvación, los mártires sufrieron en sus cuerpos infinitos quebrantos para gloria del Señor, y luego surgieron los veraces maestros del oficio sacerdotal.

Y alabadle con el laúd de la redención humana y con la flauta del divino amparo: que cuando exulta la danza, brotan las voces del laúd y la flauta; igual que cuando los veraces maestros hubieron enseñado la verdad en su bienaventurado oficio, surgieron las vírgenes que amaron al Hijo de Dios, Hombre verdadero, como al son de un laúd, y Le adoraron, Dios verdadero, como al son de una flauta, pues creyeron que Él era Hombre verdadero y Dios verdadero. ¿Qué significa esto? Cuando el Hijo de Dios Se revistió de carne por la salvación de los hombres, no perdió la gloria de Su Divinidad. Y así fue que las vírgenes bienaventuradas Lo escogieron por Esposo: como hombre verdadero en las nupcias, y como Dios verdadero en la castidad, uniéndose a Él con fiel devoción.

Pero, venga, alabadle con címbalos de hermoso sonar: con clamores que armoniosos reverberen en el júbilo verdadero, cuando los hombres que yacen en la sima del pecado, llenos de arrepentimiento por inspiración divina se levanten del abismo y a las alturas de los Cielos se eleven.

Y alabadle con címbalos de aclamación —con clamores de loa a la Divinidad— cuando las poderosas virtudes, alcanzando gallardamente la victoria, aniquilen los vicios entre los hombres, y lleven a cuantos perseveren en el bien con pleno afán a la bienaventuranza de la herencia verdadera.

Oh sí, todo cuanto respira y, lleno de buena voluntad, crea en Dios y Le honre, alabe al Señor, al Señor de todos: pues es justo que quien ama la vida glorifique a Aquel que es la Vida.

Y de nuevo escuché la voz que del aire luminoso venía, diciendo: «Gloria a Ti, Altísimo Rey, que en este ignorante y sencillo ser humano has obrado maravillas».

Y entonces la voz del Cielo prorrumpió en gran clamor, diciendo: «Acercaos y oíd todos los que queréis alcanzar la suprema herencia y la bienaventuranza. Oh vosotros, hombres de alma devota que aguardáis la recompensa celestial, poned en vuestros oídos estas palabras, grabadlas en la entraña de vuestros corazones, no arrumbéis

esta exhortación que os hago. Mirad que Yo, el Testigo fiel, vivo y veraz, Yo, el Señor cuya voz resuena y no enmudece, pues no guardo silencio sino que hablo, os digo, en verdad os digo: ¿Quién puede prevalecer sobre Mí? A quien lo intente, le abatiré. Por tanto, no abrace el hombre la montaña que no puede mover, mas permanezca en el valle de la humildad. Pero, ¿quién anda por los caminos donde no hay agua? El que es hijo de los torbellinos y reparte fruto sin savia. Ah, ¿acaso creéis que podría estar allí Mi tabernáculo? Mi tabernáculo está, en cambio, allí donde el Espíritu Santo hace fluir Su manantial. ¿Qué es esto?

»"Yo estoy en medio de vosotros"[2]. ¿Cómo? Quien Me abrace con verdad no caerá, ni por la altura, ni por la profundidad, ni por la anchura. ¿Qué significa esto?

Yo soy el Amor al que ni la soberbia enaltecida abatirá, ni la caída en la profundidad quebrará, ni la anchura del mal desbordará. ¿Acaso no puedo edificar tan alto como el escabel del sol? Los fuertes que en los valles muestran su fortaleza Me desprecian; los tardos de corazón Me abandonan cuando estalla el fragor de las tempestades; los sabios rehusan Mi pan, y cada cual se construye una torre para sí, según su voluntad. Pero Yo los confundiré a todos con lo pequeño y lo frágil, así como derribé a Goliat con un niño, y vencí a Holofernes con Judit. Por tanto, si alguno rechaza las palabras místicas de este libro, tensaré Mi arco contra él, y las flechas de Mi carcaj lo atravesarán: haré que ruede la corona de su cabeza, y acabará como los que cayeron en Horeb, cuando murmuraron contra Mí. Y si alguno maldijera esta profecía, él mismo sea maldito con la maldición que pronunció Isaac; pero, llene la bendición del rocío celeste a aquel que la abrace y en su corazón la guarde, aquel que por llanos caminos la lleve.

»Y quien la saboree y en su memoria la ponga, será monte de mirra y de incienso, y de todos los aromas; y anchura de infinitas bendiciones, elevándose de bendición en bendición como Abraham; y columna a la que se unirá ante la mirada de Dios la nueva prometida, la Esposa del Cordero. Y la sombra de la mano del Señor le protegerá.

»Pero, que si alguno se atreve a ocultar estas palabras, venidas del dedo de Dios, y les quita algo, arrebatado en furia, o las lleva a un lugar extraño, por causas humanas, escarneciéndolas, sea condenado. Y el dedo de Dios lo aplastará.

2. Lucas 22,27.

»Alabad, pues, alabad al Señor, corazones bienaventurados, por todas las maravillas que ha obrado en esta suave imagen de la belleza del Altísimo, que Él mismo conocía ya antes de forjarla al sacar a Eva de la costilla de Adán.

»Pero, que quien temple su oído en el sentido místico, suspire en pos de estas palabras, encendido de amor por Mi espejo, y en la sabiduría de su alma las escriba. Así sea».

FIN DE SCIVIAS: CONOCE LOS CAMINOS



I


open
access


ISBN 978-84-8164-330-5
9 788481 643305